



● adquiere este
texto en formato
físico y estarás
apoyando el
proyecto editorial
del socialismo
en Chile

visítanos en nuestra página

largamarchaeditorial.cl



SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL, VOL. 1

**DEBATES EN LA II INTERNACIONAL
SOBRE COLONIALISMO,
AUTODETERMINACIÓN E
INTERNACIONALISMO
(1897–1914)**

Eduard Bernstein, Berfort Bax, Karl Kautsky, Rosa
Luxemburgo, Otto Bauer, Vladimir Il'ich Lenin

Introducción por Fernando Dachevsky



Editorial
Larga Marcha

Editorial Larga Marcha

Sitio Web: www.largamarchaeditorial.cl

Correo: editorial.largamarcha@gmail.com

Instagram: [@largamarchaeditorial](https://www.instagram.com/largamarchaeditorial)

WhatsApp: +56 9 3298 2414

Facebook: Editorial Larga Marcha

Varios Autores

Sobre la cuestión nacional, vol. 1

Colección Debate

396 páginas | 14x20 cm

Publicación: Enero de 2026

Santiago de Chile

Diseño y armado del interior por Editorial Larga Marcha

Impreso en el taller de Editorial Larga Marcha

Diseño de portada y contraportada por @bssttn

*«Instrúyanse, porque necesitamos toda nuestra inteligencia.
Conmuévanse, porque necesitamos todo nuestro entusiasmo.
Organícense, porque necesitamos de toda nuestra fuerza.»*

– Antonio Gramsci

Encuentra más libros en www.largamarchaeditorial.cl

Índice

EL CAPITAL Y LA NACIÓN DESDE LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA <i>por Fernando Dachevsky</i>	5
LA SOCIALDEMOCRACIA Y LOS DISTURBIOS TURCOS <i>por Eduard Bernstein</i>	48
POLÍTICA COLONIAL Y CHOVINISMO <i>por Eduard Berfort Bax</i>	62
VIEJA Y NUEVA POLÍTICA COLONIAL <i>por Karl Kautsky</i>	75
PROGRAMA DE BRÜNN <i>por Partido Socialdemócrata Austríaco</i>	116
PREFACIO A «LA CUESTIÓN POLACA Y EL MOVIMIENTO SOCIALISTA» <i>por Rosa Luxemburgo</i>	158
OBSERVACIÓN ACERCA DEL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES <i>por Otto Bauer</i>	192
NACIONALIDAD E INTERNACIONALIDAD <i>por Karl Kautsky</i>	207
LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA AUTONOMÍA (FRAGMENTO) <i>por Rosa Luxemburgo</i>	259
OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL <i>por Vladimir Il'ich Lenin</i>	305
EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACIÓN <i>por Vladimir Il'ich Lenin</i>	337

EL CAPITAL Y LA NACIÓN DESDE LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA¹

Fernando Dachevsky²

Resumen

En el presente trabajo analizamos la diversidad nacional en tanto forma específica del modo de producción capitalista. Revisitamos las obras fundamentales del marxismo dedicadas a su estudio y advertimos la permanencia de un problema en el hecho de que tiende a concebirse aquello que explica las particularidades nacionales como existiendo exteriormente al capital. Sostenemos que esto tiene como consecuencia el pensar las naciones como si fueran cada una de ellas portadoras de las potencias generales del modo de producción capitalista y el fallar en comprender la unidad mundial diferenciada del capital.

Palabras clave: capital – nación – clase obrera – marxismo

El presente trabajo tiene como propósito contribuir a la comprensión de la diversidad nacional en el modo de producción capitalista. Para ello, revisitamos las obras clásicas del debate marxista sobre la cuestión nacional con énfasis en el modo con que se explica la división del mundo en naciones. Se trata de una problemática de primer orden para comprender la fragmentación política de la clase obrera y que trasciende a los conflictos de autodeterminación. La nacionalidad se desplegó por el mundo como una línea que divide territorios y personas. Se extendió como un atributo portado por todos los seres humanos del mundo³. Por sobre

1. Publicado originalmente en *Izquierdas*, 2021, n.º 50, pp. 1-26. [N. del ed.]

2. CONICET-UBA, Argentina. Correo: fdachevsky@gmail.com.

3. Smith, A. D., *Nationalism and modernism*. Routledge, 2013.

todo particularismo, estamos ante un despliegue global de una forma de concebir la comunidad humana propia de la sociedad capitalista.

Frente a tal realidad se enfrenta el marxismo que tiene a la llamada cuestión nacional como una de sus problemáticas más debatidas. Su centralidad en la formación de programas políticos implicó que apareciera como una temática de peso en la delimitación de diferentes corrientes teóricas. Sin embargo, en los análisis marxistas persisten dificultades para pensar el carácter capitalista de la nacionalidad⁴. En el presente trabajo se sostiene que, con relación a esta cuestión, el principal desafío al que se enfrenta el marxismo en la actualidad es el superar aquellos enfoques donde lo nacional y el capital son concebidos de manera exterior. Esto significa superar las propias apariencias desde las cuales la conciencia nacional logra presentarse en abstracción del modo con que se organiza la producción social.

Consideramos que la problemática concreta donde esta cuestión se hace visible es cuando se necesita explicar la diversidad mundial de naciones. Encontramos en los distintos abordajes marxistas que la fragmentación internacional de la clase obrera es todavía explicada como obedeciendo a circunstancias que exceden al capital. Como si no fuera el capital el que divide a la clase obrera, sino condiciones meramente heredadas, externas.

Para desarrollar nuestro argumento, en la primera sección damos cuenta de los problemas que encierra pensar la nacionalidad de manera exterior al capital. En este sentido, se pone énfasis en los límites de las interpretaciones marxistas dominantes en la actualidad tendientes a reducir las nacionalidades a constructos imaginarios, donde se evade la pregunta por el sujeto implícito de los mismos. Esto nos lleva a examinar las elaboraciones clásicas del marxismo en las que se elaboró de manera más consistente la relación entre clase y nación, con especial atención en la obra de Karl Kautsky y Otto Bauer. Se trata de autores que construyeron los dos polos fundamentales en torno a los cuales se desarrolló el pensamiento marxista sobre la nacionalidad. Allí advertimos que se trata de dos perspectivas donde la unidad mundial de las naciones, la unidad de lo distinto aparece alternativamente como unidad o como

4. Vale recordar aquí el conocido debate marxista entre Hobsbawm y Nairn en el que, desde posiciones antagónicas, coinciden en señalar el fracaso del marxismo durante el siglo xx para comprender el problema nacional. Ver Hobsbawm, E., *Política para una izquierda racional*. Crítica, Barcelona, 2016, p. 101 y Nairn, T. «The modern Janus», *New Left Review*, 1975, vol. 94, n.º 1, pp. 3-29.

distinto, conservándose, invariablemente, una relación exterior entre ambos términos. Problema que adquiere particular importancia cuando se reconoce que se trata de una unidad jerarquizada de naciones. Sobre esta cuestión nos detenemos en la segunda sección desde una revisión de las intervenciones de Lenin. Allí sostenemos que si bien Lenin logra formular proposiciones originales sobre las luchas nacionales no supera las limitaciones que identificamos previamente en el enfoque kautskiano.

Afirmamos que si el problema de lo nacional permanece irresuelto es porque la propia pregunta por la unidad mundial lo está. No se trata aquí rescatar un enfoque marxiano original contra el cual contraponer posibles desviaciones marxistas posteriores. La propia trayectoria de Marx y Engels referida al estudio de casos nacionales fue de las más estudiadas, pero como fuera advertido por numerosos estudios, no encontraremos allí una obra de referencia básica sobre la nacionalidad y sus concepciones deben inferirse a partir de una vastedad de escritos dedicados a temáticas diversas⁵ que, en nuestra consideración, no llegan a conformar una propuesta alternativa. De lo que se trata es de comprender la afirmación histórica de naciones, pero ya no como si fueran recipientes donde se vierten formas generales capitalistas, que con mayor o menor grado de desarrollo implican invariablemente la imagen de que lo específico no brota del capital sino de recipientes definidos exteriormente. Debe explicarse el desarrollo de una relación social mundial que, en su extensión global, se especifica adoptando ropajes nacionales. A esto último le dedicamos la tercera sección donde recuperamos los avances de Juan Iñigo Carrera relativos a la especificidad nacional en el modo de producción capitalista⁶.

5. Ver Mármora, Leopoldo, and Martí Soler. *El concepto socialista de nación*. Mexico City: Siglo XXI, 1986. Haupt, Georges, and Claudie Weill. «Marx y Engels frente al problema de las naciones. La cuestión nacional y la formación de los estados.» *Cuadernos de pasado y presente*, n.º 69, 1980; Bloom, Solomon F. *The world of nations: A study of the national implications in the work of Karl Marx*. Columbia University Press, 1941, entre otros.

6. «Durante las últimas décadas, la preocupación por explicar el carácter netamente capitalista de la nacionalidad apareció en otros autores latinoamericanos que llegaron a presentar a la nación como «la encarnación del capital territorialmente determinada» Veraza, J.: *Luchar por la nación en la globalización*, Ed. Itaca, México, 2005, p. 17, que «resulta ser la más eficiente para la instalación del modo de producción capitalista» Zavaleta Mercado, R.: «Notas sobre la cuestión nacional en América Latina», en *La autodeterminación de las masas*, S. XXI, Bogotá, p. 358. Sin embargo, estos escritos no van más allá de plantear la subordinación de la nación al capital, pero sin profundizar en el consecuente problema de la especificación nacional que constituye el eje de nuestro

La cuestión nacional tiene importancia para nosotros en tanto nos interroga acerca de las formas sociales que hacen necesaria y al mismo tiempo traban la acción política unitaria inmediata con conciencia de clase del internacionalismo proletario. De lo que se trata no es de abrir el marxismo a otras corrientes de pensamiento, como si la amplitud fuera un resguardo frente a la contradicción teórica, sino de explicar la conciencia nacional como forma necesaria en que la práctica social se objetiva y se presenta frente a la clase obrera⁷. Por ello, señalamos en la última sección, las limitaciones que pudo tener el marxismo no remiten a insuficiencias externas, sino al carácter histórico de las formas que éste logra tematizar. Lo que no invalida el hecho de que su análisis actual no pueda desarrollarse sino desde un enfoque que supere el dualismo entre producción y formas de distribución del cual brotan las distintas formas ideológicas. Es decir, como continuación de la crítica de la economía política.

El problema de lo nacional

La nacionalidad surge como problema en el movimiento obrero cuando comienza a revelarse como fuente de diferencias que traban la unidad de acción. El productor de la sociedad capitalista está sujeto a una relación social de alcance universal, pero no se reconoce inmediatamente de tal modo. Frente a ello, la economía política no tiene mucho para decirnos. El pensamiento económico se desarrolla haciendo abstracción del productor y aunque llega a captar el carácter cosmopolita del capitalismo, lo hace a costa de presentar toda afirmación contradictoria como teniendo una existencia exterior y cuya realidad no le atañe. Sin embargo, no puede darles la espalda livianamente. El pensamiento liberal trata de abordar

trabajo. Invariablemente, no abordar el problema de la especificación conlleva a identificar la diversidad nacional ya no como una diferenciación propia del capital, sino como una generalidad cuyas manifestaciones específicas resultan de la convivencia con condiciones exteriores. O, como encontramos en Echeverría, que «tiene determinados “agregados” particulares» Echeverría, B. «El problema de la nación (desde la crítica de la economía política).» *En Cuadernos Políticos*, n.º 29, México, 1981, p. 12.

7. El carácter moderno de la nacionalidad fue objeto de preocupación de distintas corrientes de pensamiento. Fuera del marxismo se destacan las reflexiones de Gellner a quien citamos más adelante. En este trabajo nos centramos en el marxismo en la medida en que nuestro interés es contribuir a clarificar la discusión en torno al lugar de la conciencia nacional en la determinación de la clase obrera como sujeto político.

las nacionalidades enfocándolas desde la idea de utilidad y reflexiona en torno a su conveniencia. Así, oscila entre dos posiciones igualmente abstractas y sin poder explicativo: su repudio por tratarse de una forma de sumisión del individuo al colectivo⁸ o presentarla como fruto de la elección de los individuos sobre su propia cultura⁹.

En la conciencia nacional, el productor se define en un predicado que necesariamente debe abstraerse de su práctica social. Se es parte de la nación independientemente del trabajo concreto que se realice y de los vínculos personales que se tengan. En otras palabras, es una forma abstracta de pertenencia a medida de un sujeto que no está atado a ningún trabajo concreto. Por su parte, el liberalismo intenta lidiar con las abstracciones del nacionalismo sin preguntarse por sus razones. Al fin y al cabo, el sujeto que asume el liberalismo no es sino el mismo que asume la conciencia nacional. En cambio, para el marxismo, la nacionalidad persiste como un asunto que hace a la constitución de la clase obrera como sujeto político. No puede darla por supuesta, así como no puede dar por supuesto al sujeto de la acción política.

Una de las formas contemporáneas y más extendidas para referirse a la nacionalidad es desde el concepto de comunidad imaginaria, que nos remite al conocido estudio de Benedict Anderson. Según este autor, el carácter imaginario de la nación obedece a que «aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión»¹⁰. Se trata de un imaginario que se sustenta en narraciones que el capitalismo con sus imprentas y medios de difusión pudo darle alcance masivo. El estudio de Anderson se ordena en torno a la idea de que «las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas»¹¹.

8. Véase Acton, J. E.: «Nationality», en *The history of freedom and other essays*, Macmillan, London, 1907 y Popper, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, vol. 2, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985; entre otros.

9. Mill, J. S. *El gobierno representativo*. Librería de Victoriano Suarez, Madrid, 1878; Renan, E.: *¿Qué es una nación?*, Conferencia dictada en la Sorbona, París, el 11 de marzo de 1882, ed. digital: Franco Savarino, recuperado en http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf, 2004 y Tamir, Y., *Liberal nationalism*. Princeton University Press, 1995; entre otros.

10. Anderson, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 23.

11. Anderson, B. *op. cit.*, p. 24.

Así, nos ofrece un análisis que pretende no perderse en un contenido opuesto a su forma, sino que se detenga en la descripción de las particularidades históricas de la forma misma. Sin embargo, la historización de formas de conciencia que se da la comunidad humana no nos previene de su naturalización si no se analizan las contradicciones implicadas en ellas si no damos con la forma como objetivación del vínculo social. Dicho de otro modo, el análisis de lo nacional no puede detenerse en la mera presentación crítica de narrativas dadas, sin por ello naturalizar una narrativa alternativa. Anderson nos introduce en un mundo donde los imaginarios se sostienen a sí mismos bajando a la vida real de los hombres solo para difundirse. La historia es así una sucesión de imaginarios que subsisten separados de la práctica real de los productores.

El estudio de Anderson reproduce una perspectiva que encontramos en otros marxistas recientes de renombre como Eric Hobsbawm¹². Se trata de abordajes que se inscribieron en lo que se conoce como el enfoque modernista de la nación, apuntando a desmontar los constructos subjetivos que nutren el pensamiento nacionalista. Sucede que el nacionalismo invariablemente se presenta como apelando a una nacionalidad que siempre estuvo allí. Se concibe a sí mismo surgiendo en la modernidad, pero como reacción frente a un mundo cambiante que, siguiendo a Fichte, anclado en el egoísmo no puede poner sus propios fines¹³. El nacionalismo espiritualiza la nacionalidad presentándola como una forma de conciencia que despliega su propio camino emergiendo desde una supuesta conexión natural entre los hombres. En cambio, Hobsbawm busca explicar a la nación como creación desde arriba respondiendo a la necesidad inicial de centralización territorial de la clase capitalista. Así, se asegura que fue el nacionalismo quien inventó a la nación y no al revés¹⁴. Para ello, se sirve de nuevos imaginarios, que describe Anderson

12. Hobsbawm, E.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona. *Crítica*, 1991, vol. 18. y Hobsbawm, H. y Ranger, T.: *La invención de la tradición*. Crítica, Barcelona, 2002.

13. Fichte, J. G.: *Discursos a la nación alemana*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984, p. 50. En consecuencia, la realización de la vida espiritual, objetivo absoluto de la vida humana, demanda volver a la germanidad, reconocerse alemán, es decir, como manifestación de una naturaleza viva que desde formas originarias se abrió camino a través de todos los condicionamientos que encontró en su camino conformando un pueblo cuya unión nacional no se reduce al mero conocimiento de una lengua común, sino que dicho conocimiento es manifestación de ella. Fichte, J. G.: *op. cit.*, p. 98.

14. Hobsbawm, E., *Naciones y nacionalismo desde 1870*, op. cit.

y la invención de tradiciones, como encontramos en Hobsbawm¹⁵. Pero estos enfoques tienen como contracara la irresuelta controversia en torno a los orígenes de la identidad que nutre al nacionalismo. Si la nación surge del nacionalismo, resta explicar el origen de las ideas nacionalistas. Transformado el asunto en una historia de ideas, no es de extrañar que el modernismo derive en perspectivas que descubren que, al fin y al cabo, las ideas modernas tienen su origen en épocas previas a la modernidad¹⁶. Pero pretender desmontar imaginarios nacionalistas sin dar con la práctica social que tiene a dichos imaginarios como forma de organizarse solo nos lleva a la construcción de otro imaginario. En esta línea autores como Davidson nos dicen que mientras la conciencia de clase tiene una «realidad material previa a la conciencia», la conciencia nacional «surge a través de un proceso de construcción de intereses comunes imaginarios»¹⁷. Aquí lo que se afirma es que hay formas de conciencia que tienen base material y otras que no. Luego, la base material de la sociedad, la práctica real del productor de mercancías es dejada a un margen, como existencia exterior a la conformación de la propia nacionalidad. Sin embargo, solo se puede ser ciudadano de una nación en tanto se está liberado de relaciones de dependencia personal¹⁸. Las relaciones directas que crean la nacionalidad son realización de relaciones indirectas. Abstraerse de ello, reduciendo las relaciones económicas entre productores de mercancías al lugar de influencia exterior solo logra discutir las naturalizaciones del nacionalismo naturalizando la libertad del ciudadano. Lo que se logra es oponer una naturalización a otra. Pero la naturalización de la conciencia libre es piedra fundacional en la construcción de lo que se definió como imaginario nacional. En definitiva, mientras el nacionalismo asegura que la conciencia nacional constituye una unidad originaria que por sí misma abre su propio camino, el marxismo actual busca criticarla afirmando que es imaginación sin base objetiva. Es decir, confirmando que la

15. Hobsbawm, H. y Ranger, T.: *La invención...*, op. cit.

16. Smith, Anthony D., *op. cit.*

17. Davidson, Neil. *Nation-states: Consciousness and competition*. Haymarket Books, 2016, pp. 37-38.

18. Carrera, J. I., «Acerca del carácter de la relación base económica - superestructura política y jurídica: la oposición entre representación lógica y reproducción dialéctica», en Caligaris, G. y Fitzsimons, A.: *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires, 2012, p. 16.

conciencia nacional puede abrirse su propio camino con independencia de toda base material. De este modo, se critica por un lado lo que se reproduce por el otro.

Volvamos entonces nuestra mirada a las expresiones más clásicas del problema surgidas en el contexto de la Segunda Internacional, puesto que, en definitiva, el «subjetivismo» que encontramos en las tendencias actuales surge intentando subsanar los límites del llamado «objetivismo» de la posición ortodoxa clásica del marxismo¹⁹. Es en Karl Kautsky donde los desarrollos de esta perspectiva en su expresión original y mejor fundamentada. Kautsky afirma certeramente que no podremos comprender la nacionalidad como si fuera producto artificial de periodistas y políticos, así como tampoco en las ideas nacionalistas sobre la ascendencia²⁰. No es la mera centralización política por arriba en sí lo que explica la nacionalidad, afirma Kautsky, quien advierte que la centralización estatal despótica oriental no estaba a la cabeza de una vida nacional, sino que era expresión de comunidades indiferentes entre sí²¹. La nación aparece surgiendo de una forma histórica específica de centralización, aquella que originalmente impulsa el capital comercial²². Ahora bien, la conformación del Estado nacional excede al interés del capital comercial y sirve de base para el desarrollo interno de relaciones de producción capitalistas. Pero si el capital necesita de la centralización territorial, ¿qué determinó los límites de ésta? ¿Por qué dicha centralización se detuvo en la afirmación de Estados diferentes y no en un Estado único? La respuesta kautskiana a este problema es que «el factor más importante y que influye de manera decisiva en la conformación de las naciones es aquel que representa el medio absolutamente necesario para que se establezcan las relaciones: la lengua»²³. Así, «en la misma medida en que progresaba el desarrollo económico moderno, debió surgir y crecer entre

19. Como vemos más adelante, el reducir la nacionalidad a una construcción imaginaria sin base objetiva tiene también sus antecedentes clásicos en marxistas como Luxemburg o Strasser.

20. Kautsky, K. «La nacionalidad moderna», en *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial. Primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 73, Siglo XXI, México, 1978, p. 109.

21. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 115.

22. «cuanto más grande y poderosa fuera la patria, tanto mayor el poder del comerciante en el extranjero y tanto mayores los beneficios que obtenía», en Kautsky, K., *op. cit.*, p. 121.

23. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 125.

todos aquellos que hablaban una misma lengua la tendencia a aunarse en un organismo estatal común; la tendencia a eliminar las barreras que separaban a los que hablaban la misma lengua, la tendencia a separarse de aquellos que hablaran una lengua distinta y con los cuales las relaciones se hacían difíciles o imposibles»²⁴. En otras palabras, la diversidad de lenguas preexistente sería aquello que explica la diversidad nacional.

Si «el Estado nacional es la forma que mejor responde a las condiciones modernas»²⁵, debemos entender que las formas subjetivas que hacen a la conciencia nacional viven en unidad con formas objetivas producidas por el propio desarrollo de dicha sociedad moderna. Pero afirmar que la división capitalista del trabajo requiere de cierta comunidad lingüística dentro del taller no es lo mismo que afirmar que la comunidad lingüística es condición preexistente necesaria para la cooperación sobre la cual se desarrolla la división capitalista del trabajo. Lo nacional debe ser reconocido en tanto forma histórica de afirmarse una relación social que en su desarrollo atraviesa momentos históricos particulares puestos por ella misma. Sin embargo, cuando el «objetivismo» kautskiano nos presenta esas formas, apenas atina a ponerlas como condicionamientos exteriores, como no engendradas por la misma sociedad que engendra la nación. En concreto, explicar la diversidad nacional como expresión de la diversidad de lenguas encierra numerosos problemas. Se trata de una perspectiva que apenas si puede captar superficialmente la división de naciones en Europa, difícilmente pueda explicar la formación de Estados nacionales en América. Pero incluso en los países clásicos fueron los Estados nacionales los promotores de la unificación lingüística dentro de su territorio. Es el propio Kautsky quien reconoce esto último señalando que mientras más no remontamos en el pasado mayor diversidad lingüística encontraremos²⁶ y que fue tarea del Estado nacional alcanzar la uniformidad lingüística de los territorios²⁷. Kautsky pone como causa de la nacionalidad lo que luego debe considerar como su consecuencia.

En la perspectiva kautskiana, el capital es presentado como una fuerza inmediatamente asimiladora, donde el valor atraviesa el aislamiento

24. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 126.

25. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 149.

26. Kautsky, K., «Nacionalidad e Internacionalidad», en *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial. Segunda parte, Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 73, Siglo XXI, México, 1978, p. 133.

27. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 146.

humano y conforma una cultura global, aunque demande todavía de «maestros nacionales»²⁸. Se trata de una cultura internacional, «pero las masas del pueblo, que no conocen más que una lengua, solo pueden participar de ella en la medida en que la cultura lingüística adopta un ropaje nacional. Los productos lingüísticos de la cultura internacional tienen que ser asimilados por los escritores nacionales y reproducidos, de modo tal de estar en condiciones de descender al pueblo, de ser reconocidos y asimilados por éste»²⁹. Siguiendo el razonamiento kautskiano, podemos afirmar que afianzar la cultura nacional es perderla porque lo nacional no tiene de dónde sacar sus elementos culturales que de una práctica cuyo contenido es mundial. En este sentido, Kautsky advierte que en los Estados de población mixta tiende a surgir una misma disposición hostil que busca la formación de Estados independientes³⁰. Esto debe ser leído como indicando que, si bien el auge del nacionalismo implicó luchas cruentas y el florecimiento de divisiones en todo el mundo, en todos los casos presentó un único resultado: la consolidación de la forma Estado nacional. En otras palabras, cuando todos terminan haciendo lo mismo es claro que el resultado está definido en una relación social que atraviesa a todos y no en las particularidades de cada uno.

Encontramos en Kautsky una perspectiva que reconoce al Estado nacional como momento necesario e ineludible en el desarrollo mundial del capital. Se trata de un enfoque que enfatiza en la potencia asimiladora del modo de producción capitalista. Sin embargo, la diversidad nacional llega a ser captada apenas como expresión de un subsistente aislamiento de los pueblos, pero nunca como algo que se afirma con su interacción. La forma Estado nacional se despliega en la medida en que asimila pueblos. La unidad aparecería sobreponiéndose a dicho aislamiento, pero en forma inmediata, mientras lo diferente vive en lo heredado todavía no superado. Pero poner la diversidad en estos términos es pensar que aquello que mantiene desunida a la sociedad es siempre preexistente al capital, como si la fragmentación de la clase obrera no fuera también necesaria en su desarrollo³¹. En estos términos, la nación termina siendo reducida a

28. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 143.

29. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 143.

30. Kautsky, K., *op. cit.*, p. 147.

31. La base de esta fragmentación no es sino producto de las transformaciones que el propio capital impone en los procesos de trabajo. Para un análisis de la relación entre cambios en los procesos productivos y determinación de la división internacional del

una cosa, es decir, a una sumatoria de propiedades exteriores a la propia práctica humana presente, como mera subsistencia exterior al sujeto³²; donde lo constitutivo de la particularidad nacional son propiedades que persisten por sí mismas, en abstracción de la relación capitalista, en una unidad primaria anterior al capital.

Pero cuando lo viejo se resiste a morir, debemos pensar si no es realmente parte de lo nuevo. La pregunta por la nación no encuentra respuesta sin analizar las determinaciones del sujeto con conciencia nacional. Se entiende entonces que la perspectiva kautskiana tenga su contracara en aquella que, como en el austromarxismo, plantea que la nación debe ser buscada en el propio sujeto. Sin embargo, al reducirlo a un *a priori*, solo reconoce la unidad de la diferencia a costa de definir como condición externa primaria la unidad en lugar de la diferencia.

Si bien no sería correcto presentar al austromarxismo como una corriente unificada, podemos reconocer en ella expresiones coherentes en torno a un concepto de nación que difieren de la mirada kautskiana. Para el austromarxismo, la conmensurabilidad de Estado y nacionalidad aparecía como un principio irrealizable en las condiciones concretas del imperio austrohúngaro. En Bauer y Renner encontramos críticas a la concepción de que la forma Estado nacional corresponde a una etapa necesaria e inevitable en el pasaje del modo de producción capitalista hacia la revolución socialista. El socialismo no implica la asimilación de la diversidad, nos dice Bauer, para quien «fueron enterradas todas las esperanzas de que una “revolución desde arriba” resolviera el problema de las nacionalidades austrohúngaras»³³ y que la tarea de la Internacional «no es la nivelación de las particularidades nacionales, sino la promoción de la unidad internacional dentro de la diversidad nacional»³⁴.

trabajo véase Starosta, G. y Caligaris, G.: *Trabajo, valor y capital: de la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2017, capítulo 7.

32. El concebir la nación como una yuxtaposición exterior de propiedades toma su forma más acabada en Stalin: «Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura», ver Stalin, J. *El marxismo y la cuestión nacional*, en <https://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm>

33. Bauer, O.: *The question of nationalities and social democracy*. University of Minnesota Press, 2000, p. 5.

34. Bauer, O.: *The question of...*, op. cit., p. 18.

Pero si la diversidad internacional es insuperable, ¿cuáles serían las bases de la unidad a lograr? El austromarxismo nos ofrece una solución ética. La nación no puede ser reducida a características consideradas objetivas, como la lengua o el territorio, sino, afirma Renner: «¿qué otro criterio puede haber para la pertenencia a una comunidad espiritual y cultural aparte de la conciencia de tal pertenencia?»³⁵. La comunidad nacional vive en el individuo, en su conciencia y la nación «es comunidad de vida intelectual y afectiva, o sea pura interioridad»³⁶. La cuestión nacional no puede ser tratada como principio territorial, sino como principio privado³⁷. Luego, «el principio de personalidad, y no el territorial, tiene que constituir el fundamento de la regulación»³⁸. Se trata de una perspectiva que propone darle a la nacionalidad un tratamiento legal similar al que ya tiene la religión³⁹.

Pero reducir lo nacional al ámbito privado ¿no significa reafirmar la separación entre una esfera pública y una privada? En Marx, la religión pudo ser convertida en asunto privado recién cuando se reveló ya no como la esencia de la comunidad sino de la diferencia⁴⁰. Pero esta conversión no fue sino un desplazamiento. Siguió teniendo como base la separación de lo privado y lo público, donde la nacionalidad apareció ocupando el lugar de fuerza celestial secularizada. La conciencia nacional es forma mediante la cual el productor de mercancía concibe la unidad social como existencia separada respecto suyo. Por su parte, el austromarxismo nos señala que la política socialista respecto de la nacionalidad consiste en reproducir tal separación, como si la nación subsistiera por fuera de toda enajenación, como simple participación inmediata y sin rodeos en la cultura.

En estos términos, la conciencia nacional pareciera referirnos a una unidad de representaciones anterior a toda experiencia. La nación así entendida es interioridad pura. Su hábitat es la conciencia de los indivi-

35. Renner, K. (Synopticus), «Estado y nación», en AA. VV., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial. Primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 73, México, 145-180, 1980, p. 152.

36. Renner, K. (Synopticus), *op. cit.*, p. 157.

37. Renner, K. (Synopticus), *op. cit.*, p. 159.

38. Renner, K. (Synopticus), *op. cit.*, p. 160.

39. Renner, K. (Synopticus), *op. cit.*, p. 161.

40. Marx, K.: Sobre la cuestión judía, en Marx, K. y Bauer, B.: *Sobre la liberación humana*, Ediciones RYR, Buenos Aires, 2012, p. 187.

duos separada de sus productos. La nacionalidad, en definitiva, no debe buscarse en las formas objetivadas de la propia conciencia, sino en su subjetividad en abstracto. La conciencia nacional es la medida de todas las formas exteriores. Lo contrario, asegura Bauer, es pensar la comunidad humana como el encuentro accidental de quienes experimentan tales formas:

La idea de que las diferencias nacionales no son más que diferencias lingüísticas se basa en la concepción individualista atomista de la sociedad, en la que la sociedad aparece como la mera suma de individuos unidos externamente y, por lo tanto, la nación aparece simplemente como la suma de esas personas unidas por medios, es decir, por idioma⁴¹.

En otras palabras, se afirma que las diversas formas de asociación humana presuponen su unión. La unidad de las conciencias no depende de las formas concretas de su asociación, sino que éstas presuponen la unidad de las conciencias. Como expone Max Adler, una de las principales influencias de Bauer:

La verdad con respecto al contenido no solo presupone lógicamente la compulsión de la conciencia individual en el sentido antes mencionado, sino que sería impensable como producto histórico, si no fuera porque la peculiar naturaleza del pensamiento humano, en virtud de la cual es tanto una conciencia separada e individual como también una manifestación de la conciencia general, constituye la base trascendental que hace posible la interacción y cooperación de los seres humanos en el proceso de alcanzar conocimiento de la verdad. Pues solo de esta forma lo que es intelectualmente necesario llega a ser universalmente válido, y hay así una comunidad de existencia humana con la que puede relacionarse toda conciencia individual, en su interrelación con las demás, como a una unidad que las abarca a todas. Si, por otra parte, el individuo, en su realidad histórica concreta, es considerado como algo a la vez anterior a la vida social, no hay forma posible de que alcance esta unión con sus congéneres sino considerándolo como sujeto y no como objeto. Es un error total (...) suponer que la unidad

41. Bauer, O. *The question of...*, op. cit., p. 112.

del vínculo social pueda producirse a resultas de la vida en comunidad de los seres humanos, como si ésta fuera una mera suma o integración de aquellos individuos (...) El verdadero problema de la sociedad no se origina en la asociación de un número de seres humanos, sino simple y exclusivamente en la conciencia individual⁴².

El austromarxismo nos dice que la unidad intersubjetiva de los seres humanos no depende de ningún tipo de asociación concreta. La unidad social es un *a priori* que permite pensar la interacción humana. No se constituye en la experiencia, por lo que no llega a ser concebida en su propio devenir a resultas de la vida en comunidad. Bauer retoma la concepción que nos remite a una unidad *a priori* y la reviste de un nombre: nación. Luego, la política nacional no puede ser entendida desde la inmanencia contenida en la forma nacional, puesto que se trata de una unidad primaria carente de toda inmanencia. En la política, la conciencia individual es causa, acción y efecto de sí misma⁴³. En consecuencia, el austromarxismo concibió su política nacional como la formulación de regulaciones que habiliten al individuo a llevar una existencia más acorde con la unidad primaria que lo constituye.

Bauer afirma: «No tendría sentido preguntarse si la comunidad de carácter de clase es más fuerte que la comunidad de carácter nacional o viceversa. No existe un estándar objetivo para medir la fuerza de tales comunidades»⁴⁴. Las formas de conciencia no tienen como medirse sino en sí mismas. Luego, toda acción política resulta de un deber ser exterior: «La cuestión de si el trabajador alemán comparte más características con el burgués alemán o con el trabajador francés no tiene nada que ver con la cuestión de si la política del trabajador alemán debería basarse en la clase o en el ámbito nacional, si debería unirse con los proletarios de todos los países contra el capital internacional o con la burguesía alemana contra otros pueblos»⁴⁵. Bauer pretende alejarse del nacionalismo reconociendo que el carácter nacional es variable, puesto que la nación pertenece siempre a los vivos y no a los antepasados⁴⁶, pero la propia

42. Adler, M. «Kausalität und Teleologie», en Kolakowski, L.: *Las principales corrientes del marxismo*. Vol. 5. Madrid: Alianza Editorial, 1985, p. 263.

43. Bauer, O. *The question of...*, op. cit., pp. 27-28.

44. Bauer, O. *The question of...*, op. cit., p. 21.

45. Bauer, O. *The question of...*, op. cit., p. 21, nota al pie 3.

46. Bauer, O.: *The question of...*, op. cit., pp. 20-21.

nación como forma de comunidad persiste y el socialismo no hace sino consumarla. La glorificación de la producción privada e independiente de mercancías termina en la separación absoluta de lo privado y lo público, donde la conciencia individual habita una interioridad inalterable y de lo que se trata es de que lo público se acomode a ella:

El Estado me comanda externamente; la nación vive dentro de mí, es la fuerza viva y efectiva de mi carácter, que está determinada por su destino. La nación aparece así como una estructura natural, el Estado como un producto artificial. Si el Estado tradicional ya no satisface las necesidades de la época —protección contra la amenaza de la dominación extranjera, la demanda de una región económica más extensa—, ¿qué podría ser más lógico que adaptar el producto artificial, el Estado, al producto natural de la historia humana, la nación, para hacer de la nación misma el sustrato del Estado?⁴⁷

Bauer buscó superar al marxismo desde una formulación que nos afirma que el sujeto con conciencia nacional es, en definitiva, una estructura natural. Llegado a este punto, carece de relevancia su denuncia acerca de que en el capitalismo «el trabajo de uno se transforma en la cultura de otro»⁴⁸, puesto que, en Bauer, el capital, la forma históricamente determinada del proceso de metabolismo social, no es más que una forma mediante la cual se confirma aquello que ya fue definido primariamente en la nación como unidad anterior a toda relación de producción. Luego, no es el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social el que toma forma concreta en la existencia de una vida nacional, sino que «el hecho de que hasta ahora ha sido posible que estas fuerzas productivas se desarrollen sólo en el contexto del capitalismo, sólo al servicio del capital, limita el acceso de las masas a la cultura de la nación; este hecho establece los límites del desarrollo de la comunidad nacional de cultura»⁴⁹. Es decir, mientras Kautsky presenta a la nación como una exterioridad sobre la cual avanza el capitalismo, Bauer presenta al capitalismo como una exterioridad sobre la cual avanza la nación.

En Bauer, la nación es un constructo subjetivo que cambia a lo largo de la historia, pero que constituye una unidad primaria. La acción obrera

47. Bauer, O.: *The question of...*, op. cit., p. 152.

48. Bauer, O.: *The question of...*, op. cit., p. 86.

49. Bauer, O.: *The question of...*, op. cit., pp. 85-86.

es presentada como extensión de la vida nacional⁵⁰, dejando a un lado el problema de la unidad mundial de las formas nacionales. Lo cual, demanda avanzar por sobre las apariencias que brotan de la propia nacionalidad. La nación se afirma a sí misma como una comunidad política donde la soberanía aparece formalmente emergiendo del pueblo. Su ideal es la autodeterminación conformándose en un Estado que la resguarde, donde la fuente de legitimidad no está portada en ningún individuo concreto. Es decir, se fundamenta en una concepción igualitarista de la soberanía política. Ese igualitarismo se traslada a la mirada del otro. En el ideal moderno de nacionalidad, el mundo no está dividido en un ordenamiento jerárquico de pueblos que se rinden tributo, sino en naciones autodeterminadas. Las Naciones Unidas logran expresar ese ideal de soberanía nacional, donde un país sumergido en la pobreza y con una economía precaria aparece formalmente como si contribuyera al orden mundial en los mismos términos que una potencia como Estados Unidos. Por la misma relación social que se abstrae de la individualidad de las personas relacionándolos como individuos iguales, las naciones aparecen así coexistiendo unas junto a otras en pie de igualdad. Se trata de una apariencia que subsiste de buena manera con las formulaciones de Otto Bauer. Pero si corremos el velo de las formalidades que alimentan los sueños de una comunidad internacional, nos enfrentamos a un mundo donde la forma nacional encubre una unidad jerárquica de procesos específicos de acumulación de capital. Encontramos en Lenin un mayor esfuerzo por pensar esta cuestión. Retomando el enfoque kautskiano como base, los escritos de Lenin apuntaron dar con la diferenciación nacional en tanto unidad diferenciada de naciones dentro del modo de producción capitalista.

50. No es de extrañar, por ello, que su obra haya encontrado cierta revalorización reciente entre marxistas gramscianos para quienes la acción política obrera se les aparece como disputa hegemónica por la nación. Ver Mármora, Leopoldo, and Martí Soler. *El concepto socialista de nación*. op. cit. Con Bauer tenemos un enfoque de lo nacional que, abstrayéndose del capital, se abstrae de la unidad mundial de las formas nacionales. La política obrera pareciera ser entonces el copamiento de la nación, así como en Gramsci, la superación del economismo, el sindicalismo y, en definitiva, del liberalismo, significa la formación de una «voluntad colectiva nacional popular». Ver Gramsci, A.: *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 5, Ediciones Era, 1999.

Lenin y la autodeterminación nacional

«Quien espere la revolución social “pura”, no la verá jamás» señala Lenin en 1916⁵¹. Según el líder bolchevique, la revolución socialista mundial es el resultado de un proceso de muchos años, compuesto por diferentes tipos de luchas, donde la clase obrera de cada nación debe desplegar un programa propio. El internacionalismo proletario no puede abstraerse de las diferencias nacionales pretendiendo una agenda inmediatamente común o mutuamente indiferente. Su base es el conocimiento de las diferencias existentes.

En la medida en que la acción política obrera tiene por delante la toma del poder del Estado no puede ser indiferente a la existencia de otros Estados nacionales. En consecuencia, el internacionalismo no puede dar la espalda a las diferencias nacionales, sino, sostiene Lenin, ser capaz de poner a los intereses de todas las naciones por encima de la propia⁵². Esta perspectiva lleva implícita una identificación de aquellos intereses nacionales que deben ponerse por delante. Debe distinguirse la existencia de naciones cuyo desarrollo contienen un carácter progresivo en contraste con otras que no. Debe mostrarse la unidad de formaciones económicas nacionales heterogéneas. Es decir, debe darse una explicación de la diferenciación internacional del capital.

Si nos remontamos a sus escritos sobre el desarrollo ruso, nos encontramos con que Lenin concibe la particularidad nacional de dicho país en el modo que tomó el proceso de acumulación originaria de capital. Él encuentra la especificidad de Rusia en las formas de su atraso, que se miden por la presencia de instituciones precapitalistas que frenan la movilidad del campesino en descomposición. Su estudio se centra en contraponer desarrollo con ausencia de desarrollo, aunque, esto no equivale a analizar particularidades en el desarrollo⁵³. Luego, conforme el populismo ruso perdía vitalidad política, las intervenciones de Lenin se orientaron a la controversia con otras expresiones de la socialdemocracia. Así, la cuestión de las especificidades nacionales reapareció en una dimensión

51. Lenin, V. «Balance de la discusión sobre la autodeterminación», en Lenin, Vladimir Il'ich, y C. Leiteizen. *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967, Moscú, p. 247.

52. Lenin, V., *op. cit.*, p. 242.

53. Dachevsky, F. G.: «Lenin y la especificidad nacional en el capitalismo. Análisis de sus escritos económicos sobre Rusia.» *Izquierdas*, n.º 46, 2019, pp. 162-193.

que trascendía al excepcionalismo ruso y estaba directamente ligada al problema de la unidad internacional del capitalismo.

La posición de Lenin se desarrolla en polémica con dos frentes. Por un lado, contra aquella corriente que identificaba a ciertos países de Europa occidental como si fueran portadores en sí mismos del desarrollo general de las fuerzas productivas; lo que, se aseguraba, los hacía merecedores de que la Socialdemocracia defendiera sus intereses nacionales particulares. Por otro lado, aquella corriente que identificaba a toda reivindicación nacional como si no fuera portadora de progreso alguno.

En la primera perspectiva, denominada revisionista, la acción política de la clase obrera se confunde con la defensa de ciertos espacios nacionales concretos, que invariablemente se trata de los países clásicos de occidente. Es decir, la expansión del capital fuera de estos espacios nacionales no los confirma como formas específicas de un desarrollo que los trasciende, sino que se los presenta como conservando su capacidad de representar las potencias generales del capital; mientras que los nuevos países no son sino la recreación de momentos ya superados en la forma clásica. De aquí que Bernstein afirmara que: «La libertad de alguna nación insignificante fuera de Europa no puede ser equiparada al desarrollo de las grandes naciones europeas»⁵⁴. La unidad mundial es así reducida al encuentro de naciones que se determinan a sí mismas y cuya diversidad es de grado. La segunda perspectiva, donde se destaca Luxemburg, impulsa una acción inmediatamente internacionalista que debe ubicarse por encima de todo interés nacional. Su posición se sustenta en la idea de que la forma Estado nacional ya se encuentra perimida: «lo que mejor responde a las necesidades de la explotación capitalista no es el Estado nacional, como supone Kautsky, sino el Estado imperialista»⁵⁵. Así las cosas, defender la autonomía nacional constituye invariablemente una «tentativa desesperada y, desde un punto de vista histórico, reaccionaria»⁵⁶ puesto que la nación solo subsiste como un mero concepto

54. Bernstein, E.: «La socialdemocracia alemana y los disturbios turcos», en AA.VV: *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial, Primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 73, México, 1978, pp. 48-49.

55. Izquierdo, M. P (comp.): *Rosa Luxemburgo. Textos sobre la cuestión nacional*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1977, p. 110.

56. Izquierdo, M. P (comp.): *op. cit.*, p. 115.

burgués a revisar⁵⁷, como una máscara ideológica que se sostiene en la relativa autonomía de la superestructura⁵⁸.

Los enfoques marxistas en torno a esta cuestión se definen en el modo de concebir el lugar de lo nacional en un programa universal. En la formulación llamada revisionista, el pasaje implica un desarrollo evolutivo del capitalismo en las diferentes naciones donde cada una parece estar llamada a replicar las formas preestablecidas por occidente y el programa socialista se realiza en la preservación de formas democráticas que aseguren la coexistencia multicultural entre ellas. Así, pareciera ser que el capital ya no es mundial por su contenido y nacional por su forma, sino que es capaz de desarrollar todas sus potencias en el marco de cada nación. Luego, el desarrollo de las fuerzas productivas sociales aparece condicionado exteriormente por un acervo cultural destinado a prevalecer. En consecuencia, la nación aparece como algo exterior al capital, como un hecho ahistórico. Por su parte, en el enfoque internacionalista, el problema nacional se lo resuelve evitándolo. Se reconoce que las naciones surgen originariamente como expresión del desarrollo del capitalismo, pero su vigencia pareciera deberse a un asunto abstractamente ideológico. La superación de la fragmentación internacional de la clase obrera tiene como único límite que los obreros decidan dejar de ser engañados por la burguesía. O, como explicita Joseph Strasser desde un internacionalismo no menos abstracto: «el sentimiento nacional no es más que habitualidad que se sostiene por pereza mental»⁵⁹. De esta manera, quiénes más radicalmente dicen defender los intereses de la clase obrera, la terminan vaciando de potencia puesto que, en definitiva, ésta no sería más que un sujeto que se deja engañar. Pero sucede que no es posible afirmar que las ideas de nacionalidad son ajenas a la clase obrera sin también afirmar que el no poder desprenderse de las mismas es lo que la mantiene en su condición de clase explotada. Es decir, aquellas ideas que son ajenas a su realidad material serían las que, casualmente, organizan su vida material. En definitiva, se termina afirmando que aquello que es ajeno a la clase obrera es lo más propio de ella.

57. Izquierdo, M. P (comp.): *op. cit.*, p. 116.

58. Luxemburg, R.: *The national question*, disponible en <https://www.marxists.org/archive/luxemburg/1909/national-question/index.htm>.

59. Strasser, Josef. «El obrero y la nación.» *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial, Segunda parte*, (1912), p. 220.

La fragmentación internacional de la clase obrera nos refiere al modo con que se organiza su práctica en tanto productora de mercancías. Lo cual, se manifiesta en la propia fragmentación internacional de los partidos socialdemócratas. Se trata de una forma concreta del desarrollo del capitalismo que debe ser explicada y la perspectiva de Lenin nace tratando de dar cuenta de esta cuestión. Siguiendo a Lenin, podría afirmarse que las perspectivas antes señaladas, aunque opuestas entre sí, se abstraen de la existente unidad jerarquizada de naciones. Las naciones existen y la lucha política se plantea en términos nacionales. En consecuencia, el proyecto universal que constituye el socialismo no puede abstraerse de ello sin caer en una forma de nacionalismo. En la perspectiva revisionista se caería en una forma de nacionalismo que explícitamente pone por delante los intereses de ciertos países. En el segundo caso, se trataría de un discurso que, aunque internacionalista por su forma, tiene al nacionalismo de las llamadas naciones opresoras por contenido, en la medida en que falla en reconocer el carácter progresivo de las luchas de las llamadas naciones oprimidas⁶⁰.

Es importante marcar que, en el ejercicio de clarificar en qué consiste esta jerarquización de naciones, Lenin no abandona la perspectiva desde la cual había analizado anteriormente el caso ruso. Opuesto a todo enfoque estancacionista, que pretenda disolver lo nacional en una agenda inmediatamente internacional y socialista, buscó presentar las luchas nacionales como formas necesarias en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad:

El quijotismo y los suspiros estériles existirían si los socialdemócratas dijese a los obreros que la salvación puede encontrarse al margen del capitalismo. Pero nosotros no decimos eso. Nosotros decimos: el capital los devora, devorará a los persas, devorará a todos y seguirá devorando hasta que no lo derroquéis. Esa es la verdad y no olvidamos agregar: solo en el crecimiento del capitalismo está la garantía de la victoria sobre él⁶¹.

El programa leninista de autodeterminación nacional no se plantea lograr la coexistencia de naciones, ni a salvar los particularismos exis-

60. Lenin, V.: *op. cit.*

61. Lenin, V.: «Carta a Maxim Gorki», en *op. cit.*, p. 52.

tentes del avance del capitalismo y «no equivale al reconocimiento de la federación como principio»⁶² y, sostiene, «no somos en modo alguno partidarios incondicionales de naciones indefectiblemente pequeñas; existiendo las demás condiciones de igualdad, estamos incondicionalmente a favor de la centralización»⁶³. La clave aquí es que, en Lenin, la autonomía nacional no es contradictoria con la centralización de las naciones. El programa de autonomía nacional tampoco debe ser entendido como un mero engaño para sumar movimientos nacionalistas a la causa socialdemócrata. Por el contrario, la autonomía nacional es un momento necesario en la centralización internacional⁶⁴. Centralización que es potencia del desarrollo capitalista mientras que «la resistencia a la política colonialista y al saqueo internacional mediante la organización del proletariado, mediante la defensa de las libertades para la lucha proletaria no demora el desarrollo del capitalismo, sino que lo acelera»⁶⁵.

Desde sus primeras intervenciones contra el populismo ruso, Lenin enfatiza en que el programa socialista no constituye una respuesta inmediata a un colapso, sino que progresa con un programa democrático⁶⁶. En este punto, lo que diferencia a Lenin de las perspectivas revisionistas no es un menor compromiso con el programa democrático, sino el reconocimiento del sujeto capaz de impulsarlo. Ya en 1894 Lenin planteaba que lo específico de la época era que la clase capitalista había perdido impulso progresivo y que el desarrollo del capitalismo colocaba al partido socialdemócrata a cargo de esa tarea⁶⁷. Luego, no hace más que generalizar esta idea reconociendo a las diferentes variantes nacionales de la socialdemocracia como quienes deberán personificar el progreso del capitalismo hasta sus límites:

62. Lenin, V. «La Revolución Socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación», *op. cit.*, p. 158.

63. Lenin, V.: «Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación», *op. cit.*, p. 128.

64. Page, S.: «Lenin and Self-Determination», *The Slavonic and East European Review*, Vol. 28, N.º. 71, 1950, pp. 342-358.

65. Lenin, V.: «Carta a Maxim Gorki», en *op. cit.*, p. 52.

66. Lenin, V.: *El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, tomo 23, Akal, Madrid, p. 1977.

67. Lenin, V.: «¿Quiénes son los Amigos del Pueblo?», *Obras completas. Tomo I*, Madrid, Akal Editor, 1975.

El proletariado internacional hace retroceder (теснит⁶⁸) al capital de dos maneras: de un lado, transformándolo de octubrista⁶⁹ en democrático y, de otro, expulsando de su país al capital octubrista y transfiriéndoselo a los salvajes. Y eso amplía la base del capital y acerca su muerte. En Europa casi no existe ya el capital octubrista; casi todo el capital es democrático. El capital octubrista se ha trasladado de Inglaterra y Francia a Rusia y Asia. La revolución rusa y la revolución en Asia es la lucha para desplazar al capital octubrista y sustituirlo por el capital democrático. Pero el capital democrático es el último hijo del capitalismo. No tiene a dónde ir. Está perdido...⁷⁰.

Lenin no se posiciona desde un supuesto bloqueo al desarrollo del capitalismo, sino desde el problema de las formas políticas que deberán personificar dicho desarrollo. Aunque no deja de presentarlas de manera exterior al capital, como si presionaran desde fuera, lo cierto aquí es que, contrario a representaciones comunes dentro del marxismo, Lenin no concibe al problema nacional de manera significativamente distinta al modo con que Marx trataba el conocido caso de la India. El programa proletario sigue teniendo como base impulsar el capitalismo entre los «salvajes»⁷¹.

En Lenin, la llamada cuestión nacional está enfocada en el avance del capital sobre el viejo régimen. Su énfasis está en plantear que la clase capitalista, que supo movilizar al pueblo contra las clases precapitalistas, ya no puede hacerlo más. En consecuencia, en la nueva etapa, llamada imperialista, no deja de estar vigente la forma nacional, lo que cambia es el sujeto que la impulsa puesto que la clase capitalista de occidente

68. En la versión original en ruso no está la idea de retroceso. Una traducción más precisa es acosar o presionar. Ver Lenin, V. *Polnoe sobranie sočinenij*, Tom 48, *Pis'ma: janvar'-maj 1911 g.* Istočnik: <https://leninism.su/works/87-tom-48/362-pisma-ynvar-may-1911.html>

69. El octubrismo nace haciendo honor al Manifiesto de Octubre emitido por Nicolás II ante los acontecimientos de 1905. Se trata de una corriente política que buscaba defender los intereses del capital industrial y agrario sin dejar de mantener un pleno apoyo al zarismo.

70. Lenin, V.: «Carta a Maxim Gorki», en *op. cit.*, p. 53.

71. Pocos marxistas suelen reconocer este aspecto de la perspectiva leninista de la cuestión nacional. Una excepción la encontramos en Astarita, R.: «Lenin, sobre dependencia y liberación nacional.» *La balsa de piedra: revista de teoría y geoestrategia iberoamericana y mediterránea*, n.º 8, 2014, pp. 6-13.

perdió la capacidad de avanzar sobre el viejo régimen mientras establece alianzas con fuerzas reaccionarias de Asia impidiendo el pleno desarrollo del capital en esa región⁷².

En síntesis, Lenin reconoce que el nuevo mundo se encuentra dividido en tres clases de países: 1) los avanzados, que incluyen a Europa occidental y Estados Unidos, donde los movimientos nacionales progresivos están agotados; 2) los de Europa del Este, donde los movimientos nacionales ya se han desarrollado en los comienzos de siglo xx y 3) las semicolonias y colonias de Asia, principalmente, donde estos movimientos recién comienzan⁷³. Así, la unidad mundial en el enfoque leninista aparece como una combinatoria de distintos grados de desarrollo, donde si bien se reconocen trayectorias nacionales diferentes, parecieran cada una contener la capacidad de alcanzar un mismo destino genérico dentro del capitalismo, de mediar ciertas formas políticas. En otras palabras, Lenin no llega a reconocer una diferenciación nacional específicamente capitalista, sino una diferenciación que se explica desde lo heredado por los viejos regímenes, sobre los cuales el capitalismo avanza bajo las condiciones antes mencionadas. Este enfoque evidencia sus límites cuando Lenin se enfrenta a formas diferentes pero que reconoce como plenamente desarrolladas, puesto que no logra reconocerles ninguna especificidad, sino apenas condenarlas en tanto desviaciones. Nos referimos a aquí al tratamiento que hace de la clase obrera de los países de occidente.

Desde sus controversias con el populismo, Lenin pone énfasis en mostrar a la clase obrera como un sujeto con atributos políticos particulares determinados por el capital. Solo el obrero de la gran industria, sostiene en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, puede proponerse la planificación centralizada de la producción, superando la anarquía capitalista⁷⁴. Esto lo lleva a concluir que, a pesar de ser numéricamente inferior al campesinado, la clase obrera se conforma en un sujeto político dirigente. Pero Lenin contrapone al campesinado con un obrero genérico que no tendría mayor especificidad en Rusia, ni cuyas fragmentaciones internas parecen ser significativas en su acción política. El peso de sus argumentos sobre la especificidad rusa está puesto en la caracterización de lo precapitalista

72. Lenin, V.: «La Europa atrasada y el Asia avanzada», en *op. cit.*, pp. 88-89.

73. Lenin, V. «Balance de la discusión sobre la autodeterminación», *op. cit.*

74. Lenin, V.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria*, Moscú, Progreso, 1950.

que determina las formas concretas con que avanza la acumulación originaria⁷⁵. Las consecuencias de este enfoque se aprecian cuando avanza en el análisis internacional. Sucede que allí Lenin no puede simplemente repetir las conclusiones del caso ruso. Su polémica no es ya con distintas versiones del populismo asiático, sino que con otras tendencias de la socialdemocracia. Si el populismo podía ser representado como expresión política de un campesinado en decadencia, no así las tendencias rivales dentro del marxismo. La socialdemocracia y el marxismo son manifestaciones de la clase obrera y sus divergencias deben ser reconocidas como expresión de una fragmentación al interior de una clase que es atributo pleno del capital. En consecuencia, cuando Lenin traslada su mirada de lo nacional al análisis de la unidad mundial debe ofrecer una explicación a la propia fragmentación política internacional de la clase obrera en tanto sujeto político. Allí es donde se pone en evidencia la debilidad del enfoque kautskiano retomado por Lenin. En sus escritos sobre la cuestión nacional, Lenin presenta a la etapa imperialista como una fase en la que el desarrollo del capitalismo en países de Asia se ve limitado por la acción de los países capitalistas de occidente con la participación necesaria de la socialdemocracia de estos últimos países. Lenin retoma entonces la noción de aristocracia obrera como forma desviada de una clase obrera normal, que avalaría la explotación de los países oprimidos participando en parte del plusvalor allí extraído⁷⁶. Es decir, cuando Lenin tiene que dar cuenta de otras corrientes de la socialdemocracia no puede hacerlo en tanto expresión del desarrollo diferenciado del capital, sino como desviación de lo que debiera ser su curso normal. En definitiva, cuando finalmente el leninismo se enfrenta a la fragmentación internacional de la clase obrera, no puede explicarla y no hace otra cosa que condenarla por no ajustarse a un ideal de normalidad que, casualmente, excluye al capital normal, es decir, al capital medio radicado en los países clásicos⁷⁷.

En su avance sobre los problemas específicos de la llamada etapa imperialista, la perspectiva de Lenin deja intactos los problemas que señalamos en el enfoque kautskiano de la nación. Solo que los termina de poner de manifiesto al enfrentarse a una diferenciación alimentada

75. Dachevsky, F.: *op. cit.*

76. Lenin, V.: «El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional», en *Obras completas*. Tomo 23, Akal, Madrid, 1977.

77. Para una definición de capital medio, ver Carrera, J. I.: *El capital...*, *op. cit.*

por el propio desarrollo del capital. De esta manera, la pregunta por la fragmentación de la clase obrera en naciones quedó encerrada entre dos perspectivas contrapuestas, pero alternativas, donde la unidad de lo distinto aparece en ellas como unidad o como distinto, pero sin superar la dualidad.

Unidad mundial y especificación nacional

Analicemos entonces qué significa que el capital sea una relación social nacional por su forma, pero mundial por su contenido⁷⁸. La unidad mundial del capital precede a toda afirmación nacional. Se trata de una determinación inmanente a las relaciones sociales organizadas por el valor. Así, nos dice Marx que «el dinero es inmediatamente la comunidad, en cuanto es la sustancia universal de la existencia para todos, y al mismo tiempo el producto social de todos»⁷⁹, «pero como moneda pierde también su carácter universal, para asumir uno nacional, local (...) recibe un título político y habla por así decirlo una lengua distinta en los distintos países». El dinero no tiene determinación geográfica. Es mercancía omnipresente⁸⁰. El dinero mundial es premisa histórica del modo de producción capitalista. Luego: «en los diversos uniformes nacionales que visten al oro y la plata acuñados en monedas y sellos que en el mercado mundial se despojan, se nos revela el divorcio entre las órbitas interiores o nacionales de la circulación de mercancías y la órbita genérica del mercado mundial»⁸¹.

Así como el dinero se desarrolla convirtiéndose en dinero mundial, se desarrolla el cosmopolitismo latente en productor de mercancías. El espejo donde el productor de mercancías ve afirmar su identidad no es sino otro productor de mercancías⁸². En tanto productores de mercancías

78. Marx, K. y Engels, F., *Manifiesto del Partido Comunista*, Buenos Aires, Editorial Polémica, 1974, p. 48.

79. Marx, K.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Tomo 1, Siglo XXI editores, México, p. 161.

80. Marx, K., *Elementos fundamentales...*, op. cit., p. 164.

81. Marx, K.: *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo 1, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 83.

82. «Al hombre le ocurre en cierto modo lo mismo que a las mercancías. Como no viene al mundo provisto de un espejo ni proclamado filosóficamente, como Fichte: “yo soy yo», solo se refleja, de primera intención, en un semejante. Para referirse a sí mismo

nos identificamos con quienes nos identifican como productores de mercancías. Mientras, la mercancía se desenvuelve por encima de cualquier barrera religiosa, política, nacional y lingüística. O, como señala Marx:

Su lengua general es el precio y su comunidad es el dinero. Pero con el desarrollo del dinero mundial en contraposición a la moneda nacional se desarrolla el cosmopolitismo del poseedor de mercancías como credo de la razón práctica, en contraposición a los prejuicios tradicionales de orden religioso, nacional, y otros, que inhiben el proceso metabólico de la humanidad⁸³.

La superación práctica de toda subdivisión humana es producto histórico con que el capital avanza transformando atributos subjetivos del productor de mercancías. Se trata de un proceso que arranca históricamente transformando al productor dependiente de relaciones personales en un sujeto doblemente libre: libre de vender su fuerza de trabajo en el mercado por estar liberado de los medios de producción. Ni el dinero, ni la mercancía, ni los bienes de consumo o de producción son de por sí capital, sino que necesitan convertirse en capital. El capitalismo presupone un proceso histórico de conversión, es decir, de acumulación originaria, que no es resultado sino premisa histórica del capital⁸⁴. Lo cierto, señala Marx, es que el capital lleva inscripto desde su génesis histórica la marca del «pecado original»⁸⁵. La representación económica del capital identifica en la propiedad privada el fruto del propio trabajo, pero el capital no surge como afirmación simple de esta propiedad privada, sino como su negación, desarrollándose como apropiación privada del trabajo ajeno. Proceso que solo puede arrancar tomando forma en una acción directa y violenta. Por ello, el capital se abre paso originariamente desde la acción directa de unidades políticas preexistentes capaces de motorizar dicho

como hombre, el hombre Pedro tiene que empezar refiriéndose al hombre Pablo como su igual. Y al hacerlo así, el tal Pablo es para él, con pelos y señales, en su corporeidad paulina, la forma o manifestación que reviste el género hombre». Marx, K.: *El capital...*, op. cit., p. 19.

83. Marx, K.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI editores, México, p. 143.

84. Marx, K.: *El capital...*, op. cit., pp. 607-608.

85. Marx, K.: *El capital...*, op. cit., p. 607.

proceso y que terminan conformando espacios de acumulación de capital. De aquí la apariencia de que es el nacionalismo quien crea la nación.

Para el momento en que Marx escribe *El Capital*, «en el occidente de Europa, cuna de la economía política, el proceso de la acumulación originaria se halla ya, sobre poco más o menos, terminado. En estos países, el régimen capitalista ha sometido directamente a su imperio toda la producción nacional»⁸⁶. Situación que él contrasta con la de las colonias, donde todavía se revela el antagonismo entre dos sistemas de producción: la propiedad privada basada en la apropiación del trabajo ajeno debe todavía abrirse paso sobre la propiedad privada basada en el trabajo propio⁸⁷. En los dos casos, es el proceso de acumulación originaria el que conforma los ámbitos de acumulación de capital que reconoce Marx. En los países clásicos sobre la base de las unidades estatales precapitalistas; en las colonias no puede sino replicar una y otra vez el pecado original desde formas políticas nuevas impuestas desde los países clásicos. Lo importante aquí es que la unidad mundial capitalista no brota espontáneamente en todo el mundo, sino que se expande inicialmente desde la acción de los países de Europa occidental, fundamentalmente Inglaterra. Esto significa que, en su etapa originaria, el desarrollo de la unidad mundial aparece coincidiendo con la acción de un grupo limitado de países. Los cuales, no aparecen todavía formas específicas de un desarrollo general, sino que el desarrollo general es portado por ellos. Esto sería así, siguiendo a Marx, por haberse convertido en espacios donde el régimen capitalista sometió bajo su imperio a toda la producción.

En este desarrollo, la forma nacional aparece en Marx reservada para aquellos ámbitos que puedan desplegar dichas determinaciones generales: Europa occidental. La propia idea de pueblos con o sin historia, de naciones revolucionarias y contrarrevolucionarias, que encontramos en diversos textos de Marx y Engels, no hacen sino presentar a los ámbitos nacionales como espacios lo suficientemente importantes para que el capital todavía pueda desplegar la generalidad de sus potencias en su interior⁸⁸. La nacionalidad aparece entonces como una fuerza organiza-

86. Marx, K.: *El capital...*, op. cit., p. 650.

87. En consecuencia, advierte Marx, en el capítulo final de *El capital*, «en los países viejos y civilizados, el obrero, aunque libre se halla sometido por ley natural al capitalista; en las colonias, no hay más remedio que crear esta sumisión aplicando remedios artificiales», Marx, K.: *El capital...*, op. cit., p. 655.

88. De aquí el rechazo a los reclamos de autodeterminación de las llamadas nacio-

dora inherente al surgimiento de la producción capitalista. Por ello, en Marx y Engels los particularismos nacionales son considerados como restos tendientes a ser eliminados conforme dicho desarrollo barra con los resabios preexistentes⁸⁹. La diferenciación del mundo en naciones, la propia existencia de particularidades nacionales nos remite todavía a las formas con que el capital se abrió paso en las diferentes regiones del planeta en el seno de sociedades precapitalistas.

Marx llega a reconocer la unidad mundial de las formas nacionales en el sentido de que éstas no solo no pueden hacer su propio desarrollo, sino que ni siquiera pueden replicar el desarrollo de otras. No es necesario esperar a los conocidos escritos tardíos de Marx sobre la comuna rusa para dar con esta perspectiva. En sus tempranos trabajos referidos a Alemania, Marx ya advierte que las naciones contribuyen a un desarrollo general que las excede:

Lo que las naciones han hecho como naciones, lo han hecho por la sociedad humana; todo su valor consiste únicamente en el hecho de que cada nación ha logrado en beneficio de otras naciones uno de los principales aspectos históricos (una de las principales determinaciones) en el marco del cual la humanidad ha logrado su desarrollo y, por lo tanto, después de la industria en Inglaterra, la política en Francia y la filosofía en Alemania se han desarrollado, se han desarrollado para el mundo, y su significado histórico-mundial, como también el de estas naciones, ha llegado a su fin⁹⁰.

nes sin historia. Esta cuestión fue analizada en el conocido trabajo de Rosdolsky. Ver Rosdolsky, R. *Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia": la cuestión de las nacionalidades en la revolución de 1848-1849*, Cuadernos Pasado y Presente, n.º 80, México, 1980. Sin embargo, Rosdolsky reduce el problema a un asunto de influencias intelectuales sin analizar el contenido mismo de la forma nacional en su proceso de especificación.

89. Quien lea el *Manifiesto del Partido Comunista* no se encontrará con la imagen de un mundo que se encaminaría hacia la Primera Guerra Mundial, sino con uno donde «ya el propio desarrollo de la burguesía, el libre comercio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales» Marx, K. y Engels, F.: *Manifiesto...*, op. cit., pp. 73-74.

90. Marx, K.: «On Friedrich List's Book *Das Nationale System der Politischen Oekonomie*», en *Marx and Engels Collected Works*, n.º 4, Lawrence & Wishart, 2010, p. 281.

La nacionalidad es, al mismo tiempo, una forma particular de enfrentarse a la relación social general capitalista. Los ingleses se destacan en la industria, los franceses en la política y los alemanes en la filosofía. Se trata de una apreciación que Marx repite en otras oportunidades y que expresa el pensamiento marxiano referido a las diferencias nacionales. Se trata de una formulación que nos remite a la idea de maestros nacionales que recupera Kautsky y que evidencia la existencia formas distintas con que la conciencia enajenada del productor de mercancías logra referirse a lo mismo:

La *igualdad* no es otra cosa que la traducción francesa, es decir, política, del alemán *yo = yo*. La igualdad como *fundamento* del comunismo es su fundamentación *política* y es lo mismo que cuando el alemán lo funda en la concepción del hombre como *autoconciencia universal*. Se comprende que la superación de la enajenación parte siempre de la forma de enajenación que constituye la potencia *dominante*: en Alemania, la *autoconciencia*; en Francia, la *igualdad* a causa de la política; en Inglaterra, la necesidad *práctica*, material, real que sólo se mide a sí misma⁹¹.

La subdivisión del mundo en naciones nos revela que la clase obrera no se enfrenta a su relación social general de manera directa, sino fragmentada. Distintas formas de enfrentarse a esa relación social general constituyen distintas formas subjetivas de referirse a la propia enajenación. Podría afirmarse que los espacios nacionales tienen una misma raíz genérica, pero en ellos se reproducen subjetividades que unilateralizan formas particulares de la relación social general.

Marx nos expone las determinaciones generales de la forma nacional concebida en el momento originario del modo de producción capitalista. Por ello, en Marx, la nacionalidad está todavía limitada a expresiones de un desarrollo genérico sobre condiciones precedentes. O, en otras palabras, las naciones no tienen por delante sino el contener un desarrollo genérico hasta su disolución como naciones. Así, aunque Marx nos advierta que Inglaterra, la nación más avanzada, no explica la historia económica de las distintas naciones, pareciera darles una imagen de su futuro. Se trata de un horizonte que se vislumbra tanto en sus reflexiones tempranas sobre la colonización en la India como en sus escritos tardíos sobre Irlanda,

91. Marx, K.: *Manuscritos: economía y filosofía*, Altaya, Buenos Aires, 1997, p. 168.

donde lo que cambia son las formas políticas encargadas de impulsar dicho desarrollo. En definitiva, como advierte Bloom, en Marx y Engels la diversidad nacional se limita todavía a identificar la existencia de múltiples pueblos que sostienen diferentes entornos medioambientales que los hacen más o menos aptos para la producción capitalista⁹². La subdivisión humana hace así referencia enteramente a condiciones precedentes a la relación capitalista desde las cuales se absorben desarrollos ya realizados en países más avanzados. Ya en la primera oración de *El capital* se nos dice que la mercancía es la forma que toma la riqueza social en las sociedades donde impera el modo de producción capitalista⁹³. Es decir, en el capitalismo de *El capital* no impera en una sociedad diferenciada en naciones sino en sociedades distintas. Hay sociedades capitalistas.

Las limitaciones de Marx y Engels para llegar a un concepto actual de lo nacional fueron advertidas por numerosos autores que pusieron énfasis en distintos aspectos del problema. Pero la cuestión aquí no es advertir la posible influencia del cosmopolitismo de la época⁹⁴, el haber tomado la Revolución Francesa como modelo general⁹⁵, el haber subestimado las potencialidades de las llamadas naciones sin historia⁹⁶, ni el anteponer las contingencias de lo político frente a las leyes económicas⁹⁷. Mejor que especular sobre un mundo de ideas que se influyen a sí mismas es indagar en qué medida el conocimiento de lo nacional nos habla de lo que el propio capital hace con las naciones. ¿De dónde puede surgir la apariencia de que las naciones portan un mismo destino genérico por delante sino del hecho de que en su momento histórico inicial el desarrollo genérico estuvo portado en determinadas naciones? Como advierte Iñigo Carrera, el proceso mundial de acumulación de capital no arranca tomando tal forma concreta inmediata, sino que como la confluencia de espacios

92. Bloom, Solomon F. *The world of nations*, op. cit., p. 14.

93. Marx, K.: *El capital...*, op. cit., p. 3.

94. Traverso, Enzo, and Michael Löwy. «The Marxist Approach to the National Question: A Critique of Nimni's Interpretation.» *Science & Society*, 54.2, 1990, pp. 132-146.

95. Mármora, L.: *El concepto socialista de nación*. op. cit.; Aricó, J.: Marx y América Latina, Catálogos, Buenos Aires, 1988.

96. Rosdolsky, R. *Friedrich Engels y el problema...*, op. cit.

97. von Braunmühl, C.: «El análisis del Estado nacional burgués en el contexto del mercado mundial. Un intento por desarrollar una aproximación metodológica y teórica.» Bonnet, A. y Piva, A (comps.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta, 2017.

nacionales que pugnan por desarrollar en su interior la generalidad de las mercancías que consumen⁹⁸. De aquí surge la apariencia de tratarse de unidades íntegras de capital social, no de fragmentos que en su lucha por afirmar su independencia chocan entre sí⁹⁹. Luego:

En este curso de reproducirse a sí mismos con una potencialidad multiplicada a través de desarrollar la unidad mundial del proceso de acumulación de capital, los procesos nacionales de acumulación en cuestión engendran a otros nuevos. No lo hacen precisamente para determinarlos como nuevos competidores que se erijan ellos también en los sujetos activos de la conformación del mercado mundial. Por el contrario, lo hacen para que amplíen la potencialidad de esos mismos viejos sujetos activos que los han engendrado. Esta diferenciación resulta particularmente expresiva de que la determinación originaria, por la cual la unidad mundial surgía como resultado del movimiento autónomo de los procesos nacionales de acumulación, se está invirtiendo: ahora, el curso seguido por cada proceso nacional brota del lugar que ocupa en el movimiento de la unidad mundial de la acumulación de capital. Esto es, cuanto más actúan los procesos nacionales originales dando curso a la unidad mundial de la acumulación, más se determinan a sí mismos, no ya como los sujetos autónomos que concurren a formarla, sino como órganos nacionales específicos de dicha unidad¹⁰⁰.

En definitiva, la expansión del capital, impulsada inicialmente desde los países clásicos, los determina a estos como formas específicas de una unidad mundial diferenciada en espacios nacionales. De ser portadores de las potencias generales del capitalismo pasan a afirmarse como formas específicas de un desarrollo general. Estamos ante un proceso de especificación que nos permite entender la razón por la cual dichas naciones pudieron originariamente parecer marcar el destino del resto. Pero si esa apariencia podía sostenerse durante buena parte del siglo XIX,

98. Carrera, J. I. *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2008, p. 148.

99. Carrera, J. I.: *El capital...*, op. cit., p. 149.

100. Carrera, J. I.: *La especificidad nacional de la acumulación de capital en la Argentina: desde sus manifestaciones originarias hasta la evidencia de su contenido en las primeras décadas del siglo XX*, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2013, p. 58.

conforme nos adentramos en el siglo xx comenzó a chocar contra las formas concretas con que se afirmaba la diferenciación internacional del capital. Disolviendo imperios y unidades políticas que dominaban sobre territorios que hoy ocupan diversos Estados nacionales autode-terminados, el capital se desplegó en el mundo dando forma a naciones de lo más variadas, donde ninguna de las explicaciones que hacían eje en condiciones generales precedentes al capital podían captar el proceso en su diversidad. Razón por la cual, debían abstraer alguna de sus manifestaciones como si fueran causa exterior del problema.

El siglo xx creó numerosos espacios nacionales, fragmentando a la clase obrera sobre bases que ya cada vez más difícilmente puedan ser pensadas como heredadas, sino como engendradas por el propio capital. La propia cuestión de la autodeterminación nacional nos revela un proceso de fragmentación en unidades políticas ya establecidas y no de centralización. En la actualidad, la lucha por la autodeterminación nacional carece de base en procesos de acumulación originaria. Su realidad es la fragmentación de una clase obrera ya existente, especificándose en espacios donde desarrollarse con atributos subjetivos distintos. De aquí la necesidad de nutrirse de tradiciones inventadas, como llegó a reconocer Hobsbawm, aunque sin explicar el proceso que las engendra.

Lejos de ser una forma destinada a su pronta disolución, la fragmentación del mundo en naciones se afirma conforme el desarrollo del modo de producción capitalista. Entonces, ¿qué nos dice esto sobre la acción política obrera respecto de la nacionalidad? Si es cierto que la clase obrera se determina a sí misma como sujeto revolucionario destruyendo la nacionalidad, debemos despojarnos de toda idea que refiera la nacionalidad a un resabio y respondernos en primer lugar por qué su práctica como productor de mercancías la desarrolla con conciencia nacional.

Clase obrera y conciencia nacional

La clase obrera llega a tener conciencia nacional por la misma necesidad por la cual el producto de su trabajo se transforma en una mercancía portadora de valor. En la sociedad capitalista, la producción social se organiza de manera privada e independiente. Se trata de una sociedad fundada en la disolución de relaciones de dependencia personal, donde la conciencia y la voluntad del productor no se encuentran subordinadas a otros individuos. Pueden aplicarse de manera libre en la organización del

trabajo privado por estar privadas de involucrarse en la organización del trabajo de los demás¹⁰¹. Es libre de organizar su acción en forma privada, pero las potencias de sus actos no están contenidas, para este sujeto, en sus actos mismos; le son extrañas. O, como señala Iñigo Carrera, «el productor se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es sirviente del carácter social de su producto»¹⁰².

El cambio mercantil es donde se pone de manifiesto si un trabajo privado forma parte del trabajo social. Por ello, el productor de mercancías no puede contentarse con producir valores de uso, debe producir su relación social general, debe producir valor. Donde lo que rige la producción social no es sino la forma objetivada que toma dicha relación social en el dinero. El que los productos del trabajo social no se intercambien sino como portadores de valor determina a la relación entre productores como una de carácter indirecto. Se realiza en una forma de intercambio que se separa en momentos de compra y venta, derribando las barreras temporales, locales e individuales del intercambio¹⁰³. La relación social capitalista encierra así la potencia de superar toda forma de aislamiento geográfico. Pero esta superación de formas de aislamiento no debe confundirse con el encuentro directo de los habitantes del mundo. Lo que se extiende es un vínculo social mediado por el valor. El cosmopolitismo latente en todo productor de mercancías no es sino la forma con que se afirma su aislamiento privado, desde el cual, el productor reconoce al otro como igual en la misma medida en que le es un ser extraño. Así, se reproduce una relación social autonomizada en la cual el carácter social de su trabajo se proyecta como si fuese un don natural de los objetos que produce, como si el vínculo social que une a los productores fuese una relación establecida entre los mismos objetos al margen de ellos¹⁰⁴. Pero las mercancías no llegan solas al mercado. Para que las cosas se relacionen las unas a las otras como mercancías es necesario que sus poseedores se relacionen como personas cuyas voluntades residen en aquellos objetos. Los productores deben reconocerse como propietarios privados bajo relaciones jurídicas que tienen como forma concreta de realizarse al contrato¹⁰⁵ y, para que haya contrato, tiene que haber un

101. Carrera, J. I. *El capital...*, op. cit., p. 11.

102. Carrera, J. I. *El capital...*, op. cit., p. 11.

103. Marx, K. *El capital...*, op. cit., p. 73.

104. Marx, K. *El capital...*, op. cit., p. 37.

105. Marx, K. *El capital...*, op. cit., p. 48.

tercero cuya particularidad no es la de celebrar contratos, sino la de actuar como quien le da validez. Dicha validez no puede depender de la virtud personal de los sujetos privados. Un contrato se celebra entre personificaciones. Para ellos, el vínculo social no es más que un proceso individual¹⁰⁶. El productor de mercancías no podría afirmar su carácter privado e independiente actuando como su propio juez, ni dependiendo del reconocimiento fortuito de otro sujeto privado e independiente, sino que presupone su reconocimiento general por parte de un representante que tiene una existencia propia e independiente respecto de los productores privados, que personifica la reproducción de la relación social general enajenada: el Estado.

La unidad social se le presenta entonces como una potencia exterior al productor de mercancías y la sociedad lo reconoce de manera igualmente exterior. Se trata de una sociedad que glorifica el individualismo, pero que es incapaz de reconocer la individualidad. En su lugar, lo reconocido son individuos medios cuya libertad personal no es sino aquella que experimentan por haber sido arrojados al terreno del azar y la falta de planificación¹⁰⁷. Gozan de libertad de opinión por no tener más que un punto de vista de la unidad social, desde los límites que fija la división mercantil del trabajo¹⁰⁸. Su libertad no es sino una forma concreta de afirmarse una conciencia enajenada que solo encuentra reconocimiento en las apariencias de la circulación, donde aparece ya no como la forma específica con que se realiza la producción social organizada de manera privada e independiente sino invertida como brotando de un derecho natural. En consonancia, la sociedad es representada como una comunidad de sujetos independientes, libres, iguales y unidos por una conexión natural. Es decir, una nación. El Estado, por su parte, como un Estado nacional.

El Estado nacional aparece representando el interés de una sociedad basada en la libertad individual. Lo cual, no debe confundirse con un Estado en el cual lo particular y lo universal se hallan finalmente encontrados sin oposición. Se trata de individuos que no podrían nunca

106. Marx, K. *El capital...*, op. cit., p. 49.

107. Marx, K. y Engels, F.: *La ideología alemana*, Nuestra América, Buenos Aires, 2004, p. 68.

108. «la diversidad de sus opiniones se explica por la diferencia de la posición que ocupan en el mundo, y esta diferencia de posición es producto de la organización social», Marx, K.: *Manuscritos...*, op. cit., p. 32.

acordar delegar el monopolio de la representación general de la relación social. Contra toda apariencia contractualista, el Estado nacional constituye invariablemente un poder exterior para el productor. La sociedad capitalista transforma al Estado, cuyo origen le precede, en una forma acorde a la necesidad de actuar como representante general del capital, donde aparece una esfera pública escindida de la esfera privada. Por ello, Marx reconocía que el Estado moderno, aun despojándose de toda religión oficial, necesita comportarse «de un modo tan espiritualista como el cielo respecto a la tierra»¹⁰⁹, donde el hombre en la inmediata realidad de la sociedad civil pasa a ser su ser profano.

El Estado moderno no puede espiritualizarse sin un imaginario de nación que exprese la distinción entre esferas de la acción y su unidad general. El Estado nacional aparece como una comunidad «ideal» separada y contrapuesta a la realidad «material» de la sociedad civil. Su historia parece estar por fuera de los hombres reales que lo determinan y el propio pasado subsiste como realidad que pesa sobre la conciencia de los hombres del presente¹¹⁰. Pero reconocer esto no es lo mismo a reducir la nación a un imaginario (Anderson), un conjunto de tradiciones inventadas (Hobsbawm) o un concepto burgués obsoleto (Luxemburg) sostenido en la pereza mental (Strasser). La nacionalidad no es un parásito mental que se cura pensando. El problema está en la realidad de las relaciones sociales y no en las palabras que la expresan. Si el devenir de la unidad social se le aparece al productor de mercancías como teniendo una existencia histórica extraña y autonomizada a su ser individual es porque la tiene, en la misma medida en que el trabajo pasado de la sociedad domina sobre la actividad vital del presente.

La nacionalidad es la conciencia de comunidad del productor de mercancías. Nos refiere a una experiencia que tiene sobre su propia práctica. La nación implica pertenencia impersonal a la cultura. El hombre con conciencia nacional mantiene una relación social cosmopolita por su contenido, pero solo puede identificarse con el espacio de sociabilidad que en la práctica lo reconoce comprándole su mercancía. Su lealtad política no se orienta a personas concretas, sino que trasciende todo

109. Marx, K.: *Sobre la cuestión judía*, op. cit., p. 185.

110. Marx, K.: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, pp. 13-16.

vínculo personal apuntando a una cultura que lleva consigo¹¹¹. En otras palabras, aquello a lo que debe lealtad es algo que está portado en él. Su lealtad es, en definitiva, a sí mismo. ¿Internacionalista o nacionalista? Fetichista. La conciencia de comunidad del productor de mercancías se tensiona hacia formas contradictorias que le dicta la mercancía de la cual es poseedor, oscilando entre repudiar todo límite a su libertad y la defensa de aquello que la limita como algo que emerge por mérito propio, que lo define como productor privado e independiente.

Su existencia como productor privado e independiente determina a la clase obrera como un sujeto cuya posición subjetiva frente a su ser social adquiere características que corresponden con la particularidad de la mercancía que personifica: la fuerza de trabajo. Se trata de una mercancía que siempre sobra. La propia existencia de población sobrante es lo que plasma la división de clases en la sociedad¹¹². Bajo estas condiciones, la reproducción de la fuerza de trabajo por su valor no emerge de la simple concurrencia al mercado, sino que demanda establecer lazos de solidaridad. La clase obrera se ve forzada a luchar por objetivar las condiciones para la compra y venta de fuerza de trabajo en leyes estatales¹¹³. Debe transformar la reproducción de la fuerza de trabajo en una demanda social, en un asunto de utilidad pública. Por ello, como advertía Lenin, no puede contentarse con la mera actividad gremial, acotada siempre al ámbito de capitales particulares, sino que debe actuar como partido político cuyos alcances se extiendan al ámbito nacional¹¹⁴. Al mismo tiempo, el ámbito nacional se determina como un espacio que regula la compra y venta de fuerza de trabajo de una porción de la clase obrera.

Lejos de ser fruto de un engaño directo, la conciencia nacional es una necesidad práctica de la clase obrera en tanto productora de mercancías. Se renueva cada vez que la clase obrera necesita regular la venta de su fuerza de trabajo. En este sentido, aunque pueda implicar un enfrentamiento

111. Es Gellner quien advierte esta relación particular que el hombre con conciencia nacional tiene con su cultura. Ver Gellner, E.: *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza, 1988, p. 36. Aunque presenta esta identidad como expresión de la simple división del trabajo en abstracción de su forma específica capitalista.

112. Marx, K.: *El 18 Brumario...*, op. cit., p. 143.

113. Caligaris, G.: «Clases sociales, lucha de clases y Estado en el desarrollo de la crítica de la economía política», *Relaciones económicas y políticas: aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, 2012, pp. 76-77.

114. Lenin, V.: *¿Qué hacer?*, Buenos Aires, Akal, 2015.

con el Estado, está asociada a su práctica «reformista». La conciencia nacional organiza la firma de contratos, no destruye la relación contractual. Pero su aparición como problema teórico para el marxismo no proviene estrictamente de esta cuestión, sino del hecho de que, en su devenir histórico como productor de mercancías, la clase obrera no se enfrenta directamente a su relación social en una forma objetivada general, sino fragmentada en espacios nacionales. No se enfrenta al Estado, en tanto representante general del capital, sino a Estados nacionales.

Esto nos llevó a poner en discusión perspectivas que veían la diferenciación internacional como simple subsistencia de una realidad precapitalista. Por su parte, la plena actualidad de la diferenciación nacional fue reconocida en las últimas décadas por autores de origen weberiano como Ernst Gellner. En *Thought and Change*¹¹⁵ y *Nations and nationalism*¹¹⁶, Gellner desarrolla una perspectiva del nacionalismo como secularización de la cultura inherente al proceso de industrialización, iniciado desde el siglo XIX, cuya base es la creciente división del trabajo. Las diferencias nacionales son presentadas como dando forma a dicha división. La industria avanza por el mundo transformando sociedades agrarias en sociedades civiles y el nacionalismo como un impulso siempre modernizador. Pero no deja de tratarse de una perspectiva donde no pareciera habitar mayor contradicción que la que surge de la relación entre desarrollo y subdesarrollo. Entre un presente y un futuro que es la simple expresión ampliada del presente, en Gellner no hay lugar para la superación de la conciencia nacional porque no se concibe la superación de la división del trabajo planteada en términos de Adam Smith.

Se trata de un enfoque que fue reproducido por discípulos marxistas, como Tom Nairn. Ninguna particularidad nacional es importante pero la particularidad misma es indispensable nos dice Nairn¹¹⁷, para quien las diferencias nacionales son las huellas de la diversidad del mundo agrario sobre el cual avanzó el modo de producción capitalista, y el nacionalismo constituye el continuo esfuerzo compensador de los países por alcanzar un desarrollo genérico. El capital es reducido al acto de la competencia por la competencia misma. Lo importante es competir y donde hay competencia, hay necesidad de compensar el propio subde-

115. Gellner, E.. *Thought and change*, Chicago University Press, Chicago, 1964.

116. Gellner, E.: *Naciones y nacionalismo*. op. cit.

117. Nairn, T.: *Faces of nationalism: Janus revisited*. Verso, 1997, p. 8.

sarrollo frente al desarrollo del competidor. Es necesario, por lo tanto, una forma de conciencia general que agrupe a los hombres con el fin de alcanzar dicha compensación. Esto es el nacionalismo. Pero a Nairn nunca se le aparece que las diferencias nacionales son diferenciaciones de una misma relación social de carácter mundial, sino que presenta a dicha relación social surgiendo de la confluencia competitiva de espacios nacionales que se determinan a sí mismos persiguiendo cada uno de ellos un desarrollo genérico.

Cuando se abstraen las diferencias nacionales de la unidad mundial, las manifestaciones del proceso de acumulación de capital se terminan poniendo en oposición unas a otras como si no fueran formas contradictorias pero necesarias de lo mismo, sino como afirmaciones inmediatas mutuamente excluyentes. Hasta aquí vimos que, para ello se toman formas objetivas o subjetivas propias de las formas nacionales y se las coloca como determinación anterior al capital. Pero esto no es sino la esencia del modo de producción capitalista. El capital se desarrolla liberando, por primera vez en la historia humana, a la subjetividad de su propio mundo objetivo. El productor doblemente libre aparece así para el capital como mera capacidad subjetiva desprovista de medios, conservando una existencia siempre ajena al producto. Para esta forma de conciencia enajenada, la comunidad aparece alternativamente como objetividad exterior o como pura interioridad. Pero lo que aparece como oposiciones excluyentes es la base de la enajenación, donde, como advertía Marx, cada manifestación de la actividad humana enajenada «se relaciona de forma enajenada con la otra enajenación»¹¹⁸. La superación de la conciencia nacional implica enfrentarse al hecho de que ni la subjetividad existe en abstracción de la reproducción de la vida material, ni el mundo objetivo se compone de otra cosa que de medios para la reproducción del sujeto.

Si la superación de las nacionalidades aparece para la clase obrera como una necesidad no es sino porque los lazos de solidaridad que debe establecer para garantizar su reproducción demandan un alcance que desborde los límites nacionales, en la medida en que se extiende globalmente la relación competitiva entre vendedores de fuerza de trabajo. Con el desarrollo histórico del modo de producción capitalista, dice Marx, la gran industria «creó por primera vez la historia universal, haciendo que toda nación civilizada y todo individuo dentro de ella dependiera del

118. Marx, K.: *Manuscritos...*, op. cit., p. 166.

mundo entero para la satisfacción de sus necesidades y acabando con el exclusivismo natural y primitivo de naciones atrasadas»¹¹⁹. En este desarrollo, «mientras la burguesía de cada nación seguía manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria creaba una clase que en todas las naciones se movía por el mismo interés y en la que quedaba destruida toda nacionalidad.»¹²⁰. La nacionalidad debe entenderse como la afirmación de una comunidad de burgueses particulares contra el proletariado al interior del país¹²¹, mientras que la clase cuya práctica encierra la potencia de superar las limitaciones nacionales es la clase obrera. Por ello, afirma Marx: «La nacionalidad del trabajador no es francesa, inglesa o alemana, es el trabajo»¹²². El trabajo es la práctica social que destruye la nacionalidad.

Si el obrero de la gran industria crea la historia universal destruyendo la nacionalidad es porque crea un mundo donde la necesidad de espiritualizar el pasado cede en la misma medida en que desarrolla una conciencia científica sobre las potencias presentes de su propio trabajo. Por el mismo proceso que multiplica naciones, y puede incluso transformar a la diversidad en un valor, puesto que en definitiva se revela como diferenciación de lo mismo, se hace perder sentido práctico a la fragmentación de la subjetividad obrera en espacios diferentes.

El internacionalismo de la clase obrera se desarrolla como una necesidad práctica en la medida en que las diferencias nacionales se evidencian como diferenciación de un mismo proceso de metabolismo social, como manifestación del presente y no como supervivencia exterior de un pasado que pesa sobre nuestras conciencias. Se trata de un mundo que debe finalmente enfrentarse a la realidad de que el pensamiento nacional es una contradicción en sus propios términos puesto que la nacionalidad no tiene de donde afirmarse sino, como llegó a reconocer Kautsky, de una cultura cuyo contenido es mundial. Y que, por ello, puede reconocer que cualquier afirmación teórica que se presente como expresión de condicionamientos locales constituye un retroceso respecto de lo que ya se encontraba originalmente en Adam Smith. El pensamiento no puede ser nacional porque las relaciones sociales que constituyen a las naciones

119. Marx, K. y Engels, F: *La ideología alemana*, op. cit., p. 60.

120. Marx, K. y Engels, F: *La ideología alemana*, op. cit. p. 61

121. Marx, K.: «On Friedrich List's Book...», *op. cit.*, p. 280.

122. Marx, K.: «On Friedrich List's Book...», *op. cit.*, p. 280.

no lo son. Lo que tiene por delante la clase obrera es enfrentarse a su relación social sin rodeos¹²³.

Que las burguesías nacionales necesiten medirse a sí mismas con una vara distinta y opuesta a las demás no nos revela más que su impotencia para determinarse como sujeto universal. Las potencias revolucionarias de la clase obrera no se desarrollan confirmando lo nacional, ni como negación inmediata desde un internacionalismo abstracto que, todavía mediado por la nacionalidad, se afirma unilateralizando el cosmopolitismo latente a la mercancía, sino del enfrentarse al contenido mundial de la relación social enajenada que la determina como sujeto universal. En definitiva, la crítica de la nacionalidad no surge exteriormente a la crítica de la economía política, sino que es su desarrollo.

123. «Lo que antes era ser fuera de sí, enajenación real del hombre, se ha convertido ahora en el acto de la enajenación, en enajenación en sí. Si esa Economía Política comienza, pues, con un reconocimiento aparente del hombre, de su independencia, de su libre actividad, etcétera, al trasladar a la esencia misma del hombre la propiedad privada, no puede ya ser condicionada por las determinaciones locales, nacionales, etc, de la propiedad privada como un ser que exista fuera de ella, es decir, si esa Economía Política desarrolla una energía cosmopolita, general, que derriba todo límite y toda atadura, para situarse a sí misma en su lugar como la única política, la única generalidad, el límite único, la única atadura, así también ha de arrojar ella en su posterior desarrollo esta hipocresía y ha de aparecer en su total cinismo», Marx, K.: *Manuscritos...*, op. cit., p. 140.

Bibliografía

- Acton, J. E.: «Nationality», en *The history of freedom and other essays*, Macmillan, London, 1907
- Anderson, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993
- Aricó, J.: *Marx y América Latina*, Catálogos, Buenos Aires, 1988.
- Astarita, R.: «Lenin, sobre dependencia y liberación nacional.» *La balsa de piedra: revista de teoría y geoestrategia iberoamericana y mediterránea*, n.º 8, 2014, pp. 6-13.
- Bauer, Otto. *The question of nationalities and social democracy*. U of Minnesota Press, 2000.
- Bernstein, E.: «La socialdemocracia alemana y los conflictos turcos», en AA. VV.: *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente n.º 73, 1978.
- Bloom, Solomon F. *The world of nations: A study of the national implications in the work of Karl Marx*. Columbia University Press, 1941
- Caligaris, G.: «Clases sociales, lucha de clases y Estado en el desarrollo de la crítica de la economía política», *Relaciones económicas y políticas: aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, 2012.
- Carrera, J. I. *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Imagomundi, Buenos Aires, 2008.
- Carrera, J. I., «Acerca del carácter de la relación base económica - superestructura política y jurídica: la oposición entre representación lógica y reproducción dialéctica», en Caligaris, G. y Fitzsimons, A.: *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires, 2012.
- Carrera, J. I.: *La especificidad nacional de la acumulación de capital en la Argentina: desde sus manifestaciones originarias hasta la evidencia de su contenido en las primeras décadas del siglo XX*, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2013.
- Dachevsky, F. G.: «Lenin y la especificidad nacional en el capitalismo. Análisis de sus escritos económicos sobre Rusia.» *Izquierdas* 46, 2019.
- Davidson, Neil. *Nation-states: Consciousness and competition*. Haymarket Books, 2016
- Echeverría, B. «El problema de la nación (desde la crítica de la economía política)» *En Cuadernos Políticos*, n.º 29, México, 1981.
- Fichte, J. G.: *Discursos a la nación alemana*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984.
- Gellner, E.: *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza, 1988.
- Gellner, E.: *Thought and change*, Chicago University Press, Chicago, 1964.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 5, Ediciones Era, 1999
- Haupt, G. y Weill, C.: «Marx y Engels frente al problema de las naciones. La cuestión nacional y la formación de los estados», AA. VV.: *Cuadernos de pasado y presente*. 69, 1980.
- Hegel, G. W. F.: *Fenomenología del espíritu*. Fondo de cultura económica, 2017.
- Hobsbawm, E., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona. *Crítica*, 1991, vol. 18.
- Hobsbawm, E., *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, 2016.
- Hobsbawm, H. y Ranger, T.: *La invención de la tradición*, Crítica. Barcelona, 2002.
- Izquierdo, M. P (comp.): *Rosa Luxemburgo. Textos sobre la cuestión nacional*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1977.

- Kautsky, K. «La nacionalidad moderna», en AA. VV.: *Cuadernos de Pasado y Presente n.º 73*, Siglo XXI, México, 1978.
- Kautsky, K., «Nacionalidad e internacionalidad», en AA. VV.: *Cuadernos de Pasado y Presente n.º 73*, Siglo XXI, México, 1978.
- Kolakowski, L.: *Las principales corrientes del marxismo*. Vol. 5. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Lenin, V. «Balance de la discusión sobre la autodeterminación», en Lenin, Vladimir Il'ich, y C. Leiteizen. *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1967.
- Lenin, V. Polnoe sobranie sočinenij Tom 48 Pis'ma: janvar' - maj 1911 g. Istočnik: <https://leninism.su/works/87-tom-48/362-pisma-ynvar-may-1911.html>
- Lenin, V., ¿Qué hacer?, Buenos Aires, Akal, 2015.
- Lenin, V.: «¿Quiénes son los Amigos del Pueblo?», *Obras completas. Tomo I*, Madrid, Akal Editor, 1975.
- Lenin, V.: «El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación», en *Obras completas. Tomo 23*, Akal, Madrid, p. 1977.
- Lenin, V.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria*, Moscú, Progreso, 1950.
- Lenin, V.: El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional, en *Obras completas. Tomo 23*, Akal, Madrid, 1977.
- Lenin, V.: *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967, Moscú.
- Luxemburg, R.: *The national question*, disponible en <https://www.marxists.org/archive/luxemburg/1909/national-question/index.htm>.
- Mármora, L.: *El concepto socialista de nación*. Mexico City: Siglo XXI, 1986.
- Marx, K. y Engels, F.: *La ideología alemana*, Nuestra América, Buenos Aires, 2004.
- Marx, K. y Engels, F.: Manifiesto del Partido Comunista, Buenos Aires, Editorial Polémica, 1974 (1848)
- Marx, K.: «On Friedrich List's Book *Das Nationale System der Politischen Oekonomie*», en *Marx and Engels Collected Works*, n.º 4, Lawrence & Wishart, 2010.
- Marx, K.: «Sobre la cuestión judía», en Marx, K. y Bauer, B.: *Sobre la liberación humana*, Ediciones RYR, Buenos Aires, 2012.
- Marx, K.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI editores, México.
- Marx, K.: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003.
- Marx, K.: *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo 1*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.
- Marx, K.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858. Tomo 1*, Siglo XXI editores, México.
- Marx, K.: *Manuscritos: economía y filosofía*, Altaya, Buenos Aires, 1997.
- Mill, J. S. *El gobierno representativo*. Librería de Victoriano Suarez, Madrid, 1878.
- Nairn, T.: «The modern Janus», *New Left Review*, 1975, vol. 94, no 1.
- Nairn, T.: *Faces of nationalism: Janus revisited*. Verso, 1997.
- Popper, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Vo. 2, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
- Renan, E.: ¿Qué es una nación?, Conferencia dictada en la Sorbona, París, el 11 de marzo de 1882, ed. digital: Franco Savarino, recuperado en http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf, 2004.

- Renner, K. (Synopticus), «Estado y nación», en AA.VV., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial. Primera parte*, Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 73, México, 1980.
- Rosdolsky, R. *Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia": la cuestión de las nacionalidades en la revolución de 1848-1849*, Pasado y presente, México, 1980.
- Rosen, F.: «Nationalism and early British liberal thought», *Journal of Political Ideologies*, 2(2), 1997)
- Smith, Anthony D., *Nationalism and modernism*. Routledge, 2013.
- Stalin, J. «El marxismo y la cuestión nacional», en <https://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm>
- Starosta, G. y Caligaris, G.: *Trabajo, valor y capital: de la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2017.
- Strasser, J.: «El obrero y la nación.» *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial (Segunda parte)*, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1980.
- Tamir, Y., *Liberal nationalism*. Princeton University Press, 1995.
- Traverso, Enzo, and Michael Löwy. «The Marxist Approach to the National Question: A Critique of Nimni's Interpretation.» *Science & Society* 54.2, 1990.
- Veraza, J.: *Luchar por la nación en la globalización*, Ed. Itaca, México, 2005.
- von Braunmühl, Claudia. «El análisis del Estado nacional burgués en el contexto del mercado mundial. Un intento por desarrollar una aproximación metodológica y teórica.» *Bonnet, A. y Piva, A (comps.) Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta, 2017.
- Zavaleta Mercado, R.: «Notas sobre la cuestión nacional en América Latina», en *La autodeterminación de las masas*, S.XXI-CLACSO, Bogotá.

LA SOCIALDEMOCRACIA Y LOS DISTURBIOS TURCOS^{124, 125}

Eduard Bernstein

1897

A ningún observador prevenido se le habrá escapado que las posiciones sustentadas en la prensa socialdemócrata respecto de las luchas libradas por los armenios turcos contra el régimen del sultán y sus partidarios son todo menos unitarias. Junto a artículos favorables a los primeros se hallan intercalados otros que, palabras más palabras menos, se inclinan a favor del gobierno otomano atribuyendo el origen del movimiento armenio a incitaciones provocadas por agentes rusos. Sólo puede afirmarse que existen coincidencias en un punto. Todas las partes intervinientes eluden fijar su posición de un modo preciso y desprovista de ambigüedades respecto a cuál es la solución positiva de los conflictos actuales y por la cual debiera abogar la socialdemocracia y pronunciarse a fin de que el peso de su opinión grave sobre la balanza de los acontecimientos. La incertidumbre sobre el punto de vista que debiera ser adoptado respecto de este asunto se refleja en los temerosos esfuerzos por mantener la mayor de las imprecisiones posibles en las polémicas acerca de tales conflictos.

Pero ésta constituye una situación vergonzosa y con el tiempo insostenible para un partido tan poderoso como lo es la socialdemocracia alemana. Cuando se representaba cuarta parte del electorado del imperio alemán entonces se es portador de un fragmento de *responsabilidad* por la política del mismo. En su realidad de suscriptor del acuerdo de Berlín de 1878, el imperio alemán es garante de las reformas que habrían de llevarse a cabo en la Armenia turca y que fueron allí estipuladas; posee voz y

124. El ensayo que aquí, se reproduce se hallaba prácticamente terminado cuando me llegaron los números de *Sachsischen Arbeiterzeitung* (Gaceta, obrera de Sajonia), con los artículos de la señorita Rosa Luxemburg sobre las luchas nacionales en Turquía y la socialdemocracia. A partir de lo que aquí se expone el lector podrá advertir en qué medida estoy de acuerdo con los principios y las conclusiones de ese excelente trabajo.

125. Publicado originalmente como «Die deutsche Sozialdemokratie und die türkischen Wirren», en *Die Neue Zeit*, xv (1896-1897), vol. 1. Traducido del alemán por Conrado Ceretti. [N. del ed.]

voto en el concierto de las grandes potencias y el modo como ejerce tales derechos, el espíritu con que toma posición frente a las propuestas para controlar los conflictos que tienen lugar en Turquía, está sometido a la crítica —aunque por desgracia todavía no al poder de decisión— de la dieta del imperio alemán. De acuerdo con ello será responsabilidad de la socialdemocracia en la dieta imperial exigir que el gobierno rinda cuentas de su conducta en lo que a dicha cuestión se refiere. Pero esto por cierto no va más allá de una crítica de los hechos consumados. El deber del partido posee un alcance mayor. De acuerdo con su influencia sobre la opinión pública debe intentar gravitar sobre la política del gobierno imperial desde un comienzo, debe fijarle orientaciones precisas; debe exigir de la diplomacia alemana el apoyo a ciertas propuestas y el rechazo de otras. El hecho de que sus pronunciamientos sean tomados en cuenta o no en nada puede modificar la obligación que le asiste. La advertencia realizada por el partido en contra de la anexión de Alsacia y Lorena y que fuera realizada en condiciones mucho más difíciles finalmente fue tomada en cuenta a pesar de que en un principio pareció destinada al fracaso, convirtiéndose de ese modo en un acontecimiento de importancia histórica.

En un solo caso la abstención de la socialdemocracia alemana no configuraría un atentado contra su obligación política, aun cuando esta situación en última instancia resultaría poco digna de elogio. Ello sucedería si fuera de su conocimiento que el gobierno imperial sostiene la misma posición en la cuestión de los armenios turcos que la posición defendida por el partido en las actuales circunstancias. Únicamente entonces el partido se vería libre de la insoslayable obligación de elevar su voz. Y sólo en tal caso la medida en que la prensa partidaria sigue los acontecimientos se torna un problema que atañe al papel informativo que dicha prensa cumple, pero no una cuestión de política partidaria.

¿Y acaso, la política respecto a Oriente sustentada por el gobierno imperial es de una naturaleza tal que la socialdemocracia se ve eximida de oponerle propuestas propias?

Por lo pronto, responder conduce a establecer cuáles son los puntos de partida desde los que la socialdemocracia debe contemplar la lucha de liberación en la que se hallan empeñados los pueblos que se encuentran bajo el dominio turco.

Desde un comienzo existe la inclinación a otorgar nuestra simpatía a todo movimiento emancipador y, en general, no nos equivocáramos

al considerar esta tendencia natural a todo partido democrático como el punto de partida de toda investigación. Concedamos sus derechos a este sentimiento y veamos si la razón y los intereses reales conducen a la misma conclusión o en qué medida la modifican.

No todas las luchas de los pueblos oprimidos contra quienes los someten constituyen luchas emancipadoras similares. En África subsisten tribus que se atribuyen el derecho de ejercer el tráfico de esclavos y que sólo pueden ser disuadidas de tales propósitos por las naciones europeas culturalmente más desarrolladas. El alzamiento de aquellas contra tales naciones no nos conmueve en absoluto y, dado el caso, nos contarán entre sus enemigos. Lo mismo es válido para aquellas comunidades que transforman el saqueo de los pueblos agrícolas vecinos y el robo de ganado en su actividad permanente. Los, pueblos enemigos de la civilización e incapaces de acceder a mayores niveles de cultura no poseen ningún derecho a solicitar nuestras simpatías cuando se alzan en contra de la civilización. Nosotros no reconocemos derecho alguno al robo ni al saqueo de cultivos. En una palabra, por crítica que sea nuestra posición respecto a la civilización alcanzada, no dejamos de reconocer sus logros relativos y los erigimos en aspectos que determinan el criterio de acuerdo con el cual tomamos partido. Vamos a enjuiciar y combatir ciertos métodos mediante los cuales se sojuzga a los salvajes, pero no cuestionamos ni nos oponemos a que éstos sean sometidos y que se haga valer ante ellos el derecho de la civilización.

Para que una lucha por la emancipación despierte nuestro interés y, dado el caso, dispongamos a su favor nuestras fuerzas, debe poseer un carácter civilizador: Sea que se trate de pueblos o naciones que hayan desarrollado una vida cultural propia y que se rebelan contra el dominio extranjero que traba su propio adelanto cultural, sea que se trate del levantamiento de clases progresivas contra el sometimiento que sufren a manos de otras de naturaleza retrógrada. A todo pueblo que haya evidenciado su capacidad para desarrollar una vida cultural nacional le reconocemos el derecho de nacionalidad y, por consiguiente, de conservarlo.

Hasta aquí seguramente nuestras reflexiones no tropezarán con ninguna oposición seria. Si hace un tiempo podían hacerse propuestas de brindar apoyo a los salvajes y aborígenes en su lucha contra la expansión capitalista desde una óptica socialista, ello no es más que el resultado de un romanticismo cuya inconsistencia se demuestra simplemente observando las consecuencias que trae aparejado.

Sin embargo, tampoco podemos sentir la misma simpatía frente a cualquier alzamiento de cualquier pueblo poseedor de una cierta cultura. La libertad de alguna nacionalidad insignificante fuera de Europa o en Europa central no puede ser equiparada con el desarrollo de los grandes pueblos altamente civilizados de Europa. Allí donde los intereses de este desarrollo se ven seriamente amenazados por una lucha semejante, no cabe ninguna duda de que debe ser adoptada una actitud de rechazo.

Pero entiéndase bien, dije: seriamente amenazados. Puesto que erigir toda molestia por pequeña que ella sea y toda sospecha sobre algún supuesto peligro en pretexto para oponerse a los esfuerzos de alguna pequeña nacionalidad por sacudirse el yugo bajo el que se encuentra, es transformar el justificado instinto de conservación de las naciones en un egoísmo nacional insoportable y reaccionario. Y ello sigue siendo así aun cuando semejante actitud sea adoptada en nombre de la gloriosa jornada en que se producirá el «triunfo definitivo del socialismo», que habrá de poner fin a todas las formas de opresión.

Es sabido que inclusive el último congreso socialista de Londres salió del paso con esta hermosa evasiva, cuando se vio conminado a dar respuesta al debate entablado entre los socialistas polacos sobre la posición a adoptar frente a la restauración de Polonia. Si se toma en cuenta el escaso tiempo de que dispuso el congreso, que por su brevedad impidió toda discusión seria sobre la cuestión, puede justificarse que haya concluido refugiándose en lugares comunes. Pero con ello se adjudicó la responsabilidad de que en la actualidad nuestros amigos polacos puedan enfrentarse disputando alrededor de cuál de todas las orientaciones que defienden se halla respaldada por la resolución del congreso. A nuestro juicio se trata de la orientación representada en este periódico por la señorita Luxemburgo. Sin embargo debemos advertir de inmediato que no suscribimos en absoluto la referencia al «triunfo definitivo del socialismo». Puesto que el pueblo italiano y otros han obtenido su liberación nacional sin que se haya producido este triunfo definitivo, no se comprende en absoluto por qué los polacos y otras nacionalidades que aún no lograron emanciparse habrían de resignar un objetivo que sin duda no se consumirá bajo la forma de un «triunfo definitivo del socialismo». A la señorita Luxemburgo le cupo introducir argumentos mucho más certeros sobre este asunto que semejantes indicaciones utópicas.

Así como los obreros en ninguna parte están dispuestos a dejar de lado, a la larga, la lucha por mejoras salariales en virtud de referencias a la

sociedad futura en la que ya no existirá más el sistema del trabajo asalariado, así también ningún pueblo, ninguna nacionalidad, se va a consolar con la esperanza en el día de la liberación general, sino que utilizará toda oportunidad apropiada para conquistar su libertad lo antes posible. Éste constituye un derecho inalienable. Derecho que no cuestionaremos aun en el caso en que entre en colisión con nuestros intereses respectivos y las circunstancias nos conduzcan a tomar posición en su contra en nombre de fines superiores, tal como sucedió a mediados de este siglo con la actitud adoptada por los partidos revolucionarios con respecto a los cristianos sojuzgados de Turquía.

Para nuestros fines, no necesitamos efectuar una investigación retrospectiva para determinar si siempre se actuó correctamente o si, por el contrario, se produjeron extralimitaciones en tal sentido. De todos modos, resulta incuestionable que la revolución europea tenía razón cuando caracterizaba a Rusia como su enemigo mortal. Esto es lo que explica a su vez que Turquía, que se hallaba enfrentada con Rusia, fuera considerada como su aliada transitoria, y que opusiera toda su resistencia al debilitamiento de ésta. En lo que a Alemania se refiere basta con recordar a Olmütz. Inclusive la unificación nacional alemana, tal como hoy se halla realizada, sólo fue posible gracias a un golpe de mano que tomó por sorpresa a Rusia. No obstante, el hecho de que la misma no haya podido concretarse sino a costa del desgarramiento de Alemania es el resultado, en primer lugar, de la influencia rusa. Tampoco fueron motivos humanitarios los que condujeron a Rusia a oponerse en 1875 a la invasión de Francia considerada necesaria por Bismark y Moltke, sino la necesidad de impedir que Alemania se volviera excesivamente poderosa. Desde entonces Rusia se convirtió cada vez más en el protector de Francia, a pesar de todos los favores que Bismark le prestó. Este papel fue desempeñado por Rusia con la secreta ilusión de insuflarle vida a una reacción orleanista que posibilitara la presentación conjunta de ambos países frente al mundo en calidad de aliados. Finalmente, el zar Nicolás dio un paso más y decidió visitar la república francesa, circunstancia que aprovechó para ensalzar de todas las maneras posibles a sus entrañables amigos, los Orleans.

Si, por su parte, en tales ocasiones los franceses acogían jubilosamente a los autócratas rusos, se torna indispensable no dejar pasar por alto dichas situaciones. Resulta ridículo sostener que los franceses no son más que simples víctimas en esta alianza ruso-francesa. Si bien la misma contribuyó

a que Rusia adquiriera una posición europea poderosa en extremo, por otra parte, es a la amistad con Rusia que debe atribuirse el hecho de que Francia se convirtiera nuevamente en una potencia de primer orden, cuya voz tiene hoy un gran peso en la balanza de los acontecimientos que se desarrollan en Europa, Asia y África. Si Francia no estuviera respaldada por Rusia difícilmente hubiera podido tomar posesión de la mayor parte de Indochina, todo Madagascar y de un enorme pedazo de África. Los franceses constituyen un pueblo inteligente y sagaz que sabe hacer sus cuentas y que se las arregla muy bien en los negocios; al punto que hay que despertar su compasión para arrancarles algo. Además, no se les puede condenar si prefieren recurrir a la protección que la amistad con Rusia les depara, a pesar de los reiterados juramentos efectuados por Alemania en el sentido de que nada deben temer de ella.

Por otra parte, no queremos engañarnos y no podemos menos que reconocer que la alianza ruso-francesa goza de popularidad en un gran sector obrero e inclusive entre las filas de los socialistas o, cuanto menos, se la reconoce como justificada. Para quien analiza las cosas con cierta frialdad, se toma difícil consolarse, pues, lamentablemente, no debe sorprender en absoluto el hecho de que diversos concejales socialistas no pudieran sobreponerse a sus limitaciones y votaran autorizando los gastos para la realización de los festejos de recepción organizados en honor del zar.

La frase que sostiene que el proletariado no tiene patria se ve alterada toda vez y en la misma medida en que éste puede participar en el gobierno y en la redacción de la legislación en calidad de ciudadanos de pleno derecho y, por ende, imprime a las mismas una disposición acorde con sus intereses. Tanto la historia como las instituciones francesas influyen de conjunto en el sentido de generar el sentimiento nacional en los obreros, y mientras persistan las naciones es de suponer que aún por mucho tiempo poco habrá de cambiar en este aspecto. La conciencia nacional no excluye el pensamiento y, el intercambio internacional en la misma medida en que el internacionalismo tampoco impide la conservación de intereses nacionales. La circunstancia de que reconozcamos el derecho de los socialistas franceses a tomar en consideración la nación, siempre dentro de determinados límites, no implica de ningún modo que en lo referente a la política mundial aceptemos, sin más, toda consigna que nos llegue del otro lado del Sena.

Si bien Rusia ejerce una influencia de escasa importancia sobre el desarrollo interior francés, para el desarrollo político interior de Alemania constituye una traba permanente. Con el zarismo ruso a sus espaldas jamás logrará conquistar enteramente la libertad política. Ni siquiera posee el pleno dominio de su política exterior a pesar de su condición de potencia por todos reconocida. Permanentemente se ve afectada y distorsionada por las consideraciones que tiene que hacer en razón de la alianza ruso-francesa. Para agudizar aún más dicha dependencia, en Alemania existe una cierta prensa que gusta de revestirse de un ropaje particularmente nacionalista y que predica la anglofobia, gracias a la cual nos hallamos ante el preludio de una alianza ruso-franco-inglesa que tornaría la posición alemana más precaria aún. Recientemente el periódico inglés *Labour Leader* mostraba un dibujo que sirve para poner de manifiesto los resultados de esta prédica y de este odio contra los ingleses. En el mismo, el oso ruso y el gallo galo —que últimamente ostenta un abrigo de piel de oso— aparecen abrazados y al hacerlo aprisionan entre ellos al representante del imperio alemán que exclama angustiosamente: «Oh, dejádnos marchar contra Inglaterra.» Sin embargo ni el oso ni el gallo parecen estar dispuestos a concederlo.

¿Cómo se hallan pues las cosas en Oriente? ¿Es que Turquía aún sigue siendo una protección frente a Rusia? Nadie que se halle en pleno uso de sus facultades mentales se atrevería a sostener semejante cosa. Destrozada interiormente, incapaz de transformarse en un estado moderno, se ha convertido en un juguete en manos de la diplomacia rusa. El sultán mira hacia Rusia como quien mira a su ángel protector y baila al compás de la música que Rusia le impone. Por otra parte, dada su situación actual, Turquía no sólo no resulta un vecino que no molesta a Rusia para nada, sino que, por el contrario, es de lo más agradable que se pueda imaginar. No incurrimos en ninguna exageración si afirmamos que Turquía desempeña a través del Bósforo y de los Dardanelos el papel de puesto de guardia de Rusia.

Aquí no se necesita explicar el proceso por el cual se arribó a esta situación. Basta con saber que así están las cosas. Hace unos treinta o cuarenta años no resultaba nada extraño considerar factible un proceso de regeneración de Turquía originado en su propio interior. En la actualidad sólo puede soñar con semejante posibilidad quien deliberadamente cierre los ojos ante el curso de los acontecimientos. Para nuestros fines no resulta necesario buscar las raíces de esta incapacidad transformadora

en las condiciones propias de Turquía y en su religión, no obstante, lo cual ésta constituye sin duda un factor de atraso de las estructuras del país. El hecho de que los mahometanos (pero no turcos) hayan sido efectivos portadores de cultura comparados con Europa del sur; luego de que ésta fuera arrasada por las incursiones bárbaras, no entra para nada en contradicción con lo anterior. Pues si bien no aniquilaron los conocimientos provenientes de la herencia greco-alejandrina, una vez que la transformaron en su propia fuente de recursos no supieron preservarla ni continuar su desarrollo. La religión que profesaban, el Islam, no les impidió convertirse nuevamente en bárbaros; más bien por el contrario, y bajo el influjo de las condiciones de África de Oriente, lo alentó, pues de acuerdo con sus concepciones fundamentales y sus preceptos configura en realidad una religión propia de bárbaros, es decir de nómades, de comerciantes al viejo estilo, y de campesinos que aún viven en comunidades locales.

De todos modos, la religión por sí sola no puede detener el desarrollo de un pueblo, al menos por mucho tiempo, si no entran a jugar otros factores. Lo que impidió a los turcos constituirse en un estado moderno es el hecho de que permanecieran como conquistadores en su propio imperio, viviendo como conquistadores y subsistiendo como, tales. No lograron jamás asimilarse a los pueblos que sometieron; tan sólo se limitaron a devastarlos. El que no degollaran la gallina de los huevos de oro sólo puede merecer un tibio reconocimiento, aun cuando sin duda nunca se comportaron como la chusma sangrienta que los demagogos del pulpito intentan presentarnos. Simplemente se trataba de un pueblo bárbaro: la violencia se entremezclaba con la indolencia. Los tributos naturales de los que se apropiaban, sin duda oprimían a los pueblos que se hallaban bajo su dominio pero de ninguna manera traía aparejado su aplastamiento total. *Vivir y dejar vivir* es el principio básico de una economía natural. Asimismo, el impuesto natural implica la existencia de los autogobiernos locales puesto que los mismos alivian la recaudación del tributo. La libertad existente en Turquía, de la que tanto se gusta hablar, es la libertad de un estado anterior al moderno, esto es, de un estado que aún no ha logrado imponer a todas sus partes la Violencia centralizada a través de la obligatoriedad de sus leyes. El sultán es un déspota, pero lo es en un sentido completamente diferente al modo en que lo es el zar. Nominalmente posee un poderío aun superior, pero en los hechos lo posee en un grado mucho menor. Gobierna a través de sus

vasallos que, a su vez, son también una suerte de pequeños autócratas que poseen sus propios vasallos; el sultán, por lo tanto, no reina a través de una burocracia centralizada y sujeta a órdenes centralizadas. Con todo lo terriblemente corrupta que es la burocracia rusa, no constituye sin embargo ningún obstáculo al desarrollo del país puesto que defiende y lucha por una seguridad cada vez mayor de sus beneficios y privilegios. La economía del pachá de Turquía, por el contrario, debido a su propia naturaleza, se erige en una traba para el desarrollo¹²⁶.

Sólo así se comprende la contradicción, que de otro modo no se podría entender, expresada en el hecho de que todos los pueblos sometidos de Turquía que poseen interés y disposición para desarrollarse prefieran el absolutismo ruso a la «libertad» allí imperante. Esta libertad equivale a la libertad que existía bajo el feudalismo medieval, la que, por lo demás, en muchos aspectos era superior a la del absolutismo principesco. Pero así como la comprensión de esto no puede despertar ninguna ansiedad por retomar al feudalismo, así tampoco podemos considerar la libertad existente en Turquía como justificativo para la mantención de la dominación sobre los armenios. Bajo esta libertad van a ser aniquilados pues se trata de la libertad concedida por un ejército de sanguijuelas para succionarlos hasta el agotamiento, se trata de la libertad de los circasianos y los kurdos, una libertad que sólo tiene como finalidad el saqueo y el asesinato. El horror ejercido por estos bárbaros sobre los armenios indefensos fue atestiguado por representantes diplomáticos de todas las naciones. ¿Y se pretende que la socialdemocracia no se muestre sensible ante el grito de auxilio lanzado por un pueblo sometido a una opresión semejante?

Lo escrito por *La Barbe* en el cuaderno núm. 2 de *Die Neue Zeit*¹²⁷ respecto a las condiciones imperantes en la Turquía armenia puede ser

126. «En los hechos tanto del despotismo turco como todas las formas de dominio orientales, se hallan en abierta contradicción con la sociedad capitalista. El plusvalor obtenido no se halla seguro en manos de sátrapas y pachas amantes del latrocinio. Falta la primera de las condiciones fundamentales entre las exigencias que la burguesía levanta: “La seguridad personal y patrimonial del comerciante”» Friedrich Engels, *Die auswärtige Politik des russischen Zarenthums* (La política exterior del zarismo ruso): *Die Neue Zeit*, año VIII, p. 183. La corrección de esta afirmación la revela el salto económico dado por todos aquellos países que escaparon a las garras del despotismo turco.

127. *Die Neue Zeit* («La Nueva Era», 1883-1923): revista teórica marxista alemana, estrechamente vinculada al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Dirigida durante décadas por Karl Kautsky, funcionó como uno de los principales órganos de elaboración y debate del marxismo de la Segunda Internacional. [N. del ed.]

exagerado en ciertos detalles, pero en general coincide con los informes consulares e impresiona como esencialmente correcto. Y con acierto resalta la causa fundamental por la cual en la actualidad los armenios se ven empujados a una lucha desesperada: la desaparición de lo que Marx denominara «uno de los secretos de la supervivencia del imperio turco» cuál es el tributo natural. Los bárbaros más brutales pero humanos al fin desaparecen tan pronto como las condiciones de intercambio natural por las que se hallan rodeados son reemplazadas por la economía monetaria y por el afán de lucro. Esto lo demostró la historia en todas partes y sería un milagro que esta experiencia justamente dejara de repetirse en Turquía. Pero los propios acontecimientos indican que allí no hay milagro alguno.

El comercio moderno y el inmenso desarrollo que pueda alcanzar arrastra a Turquía, incluso a sus lugares más recónditos, hacia la órbita de la civilización capitalista. En tiempos de Urquhart, aquel viejo y famoso amigo de los turcos, aún no existía el ferrocarril de Oriente, y la ruta que cruzaba el país comunicándolo con Asia Menor no sólo era terriblemente incómoda y tediosa, sino que resultaba inclusive peligrosa. En la actualidad ya sea por tren o por dicha ruta el viaje resulta un placer. Transformaciones de similar envergadura se produjeron en las relaciones de mercado de los productos de Oriente. La europeización de Turquía se manifiesta hoy con mayor fuerza que nunca, lo mismo que el enfrentamiento entre las modalidades gubernamentales y las necesidades europeas. ¿Cómo podemos quitar de en medio semejantes enfrentamientos? Las ruedas de la historia no permiten retroceder, la solución hay que buscarla mirando hacia adelante. No obstante, existe un grave obstáculo para el avance de aquellas. No se trata de la maldad del sultán, se trata de su incapacidad para imponer las reformas innumerables veces prometidas. Para que en Turquía se pueda llevar a cabo una reforma sustancial se torna necesario la existencia de un poder estatal fuerte, lo que no significa que deba ser autocrático. Las reformas que hasta aquí se han venido realizando sólo se llevaron hasta el punto en que traían por resultado un debilitamiento del poder estatal. Si Turquía se disuelve, ello no habrá ocurrido por las amputaciones a las que se vio sometida sino debido a las chapucerías que con ella fueron cometidas. Las amputaciones contribuyeron a que, pese a la anomalía representada por la existencia de pueblos mucho más capacitados para desarrollarse, y que se hallaban sometidos a pueblos más atrasados, éstos logran paso a paso ciertos adelantos. Las reformas inconclusas y realizadas a

medias, en cambio, contribuyeron en cierta medida a mantener pueblos más capacitados para desarrollarse bajo el dominio turco, con lo cual la contradicción entre esta opresión y una evolución moderna se hizo más evidente a la vez que pueblos o tribus más atrasados vieron facilitada su oposición al poder central. Convirtieron a Turquía en una suerte de Austria en versión desmejorada que internamente sólo lograba mantenerse merced a las rencillas internas entre diversas ramas de la población y que en general adquirirían un curso sangriento.

Ningún estado del mundo tiene interés en esta situación y en su persistencia excepto, claro está, Rusia. Cuanto más débil, cuanto mayor, sea el desgarramiento de Turquía, tanto mayor es la posibilidad de que sea utilizada por Rusia de acuerdo con su voluntad. Rusia sabe perfectamente que la ocupación del Bósforo en el marco de una guerra mundial afecta uno de sus puntos más débiles y a la que no habrá de resistirse, pero por motivos diametralmente opuestos según quien lleve a cabo la ocupación. Por ello le resulta mucho más cómodo jugar desde ya el papel de amiga dilecta y de protectora del sultán. Con ello, objetivamente, está tomando todas las precauciones del caso. La autorización para el paso de barcos de guerra por el estrecho de los Dardanelos constituye otra arma, pero de doble filo, pues eventualmente podría convertirse en una oportunidad tentadora para los buques de guerra ingleses el lanzamiento de una ofensiva con miras a bombardear los puertos rusos del Mar Negro. De allí que sea una gran suerte el que el sultán continúe protegiendo el estrecho de los Dardanelos a fin de evitarle problemas a su entrañable amigo, el zar.

Inglaterra no puede reconciliarse con el sultán mientras sus súbditos cristianos se encuentren sojuzgados. Esto no lo permitiría la «conciencia inconformista». De ahí que Rusia se niegue a apoyar a Inglaterra en los esfuerzos que ésta realiza por contribuir a la lucha de los armenios. No sólo que carece de aliento para erigir una «Bulgaria armenia», sino que ni siquiera tiene apuro por tomar a los armenios bajo su propia protección. Sabe bien que este fruto que tan fácilmente podría obtener hoy, en el futuro se le habrá de podrir entre las manos. Qué importa si entretanto miles de armenios son pasados a degüello y si las mujeres, muchachas y niños armenios son maltratados brutalmente. Tanto mejor resulta la situación para Rusia. Cada matanza agudiza la contradicción entre Inglaterra y Turquía a la vez que contribuye a estrechar lazos entre el zar y el sultán. Desde el punto de vista zarista esta incalificable política resulta

fácilmente comprensible. ¿Pero acaso la política alemana es igualmente justificable?

Ya hemos señalado que Alemania, incluida la oficial, no tiene ningún interés en el fortalecimiento ruso en Oriente y que, más bien, todos sus intereses se hallan enfrentados con dicha posibilidad. Si a pesar de ello la diplomacia alemana apoya la política que Rusia lleva en Oriente, quisiéramos suponer que lo hace seguramente empujada por la necesidad, y no por propia voluntad. Nos resulta difícil imaginar que aún en la actualidad existan funcionarios públicos alemanes que se presten voluntariamente a impulsar una política tan suicida como ésta. Pero la política alemana se halla metida en un callejón sin salida a tal punto que hay que estar preparado para lo más extravagante e inverosímil. Si hay algo que debiera provocar la vergüenza de todo ciudadano alemán con algún sentido patriótico, ello es el papel que Alemania desempeñó en la cuestión de Creta¹²⁸. Se señala el carácter cristiano de Alemania, se construye una iglesia cristiana tras otra, se habla de una cultura cristiana que debe ser conservada y tan pronto como un pueblo cristiano de Oriente se levanta para exigir de un déspota semibárbaro que cumpla con las reformas innumerables veces prometidas, no queda otra cosa mejor por hacer que obstaculizar el camino de los «rebeldes» mediante un bloqueo establecido de común acuerdo con los rusos y que responde a las cínicas instrucciones impartidas por el zar. Por suerte que Erztory Salisbury es tan liberal como para no entrar en este juego, con lo cual el proyectado bloqueo quedó en la nada. Pero los grados en que aumentó la popularidad de Alemania en el mundo civilizado con semejante actitud pueden ser contados por cualquiera con los dedos de la mano.

Como dijimos, suponemos que la Alemania oficial se comporta frente a Creta y Armenia del modo en que lo hace pues es el único recurso de que dispone a fin de evitar males aún mayores. Pero esto de ninguna manera significa que la socialdemocracia deba permanecer inmutable y

128. La llamada cuestión de Creta remite al conflicto en torno a la isla —formalmente integrada al Imperio otomano— atravesada por reiteradas insurrecciones de su población mayoritariamente griega en favor de la unión con Grecia (*enosis*), y por la intervención de las potencias europeas en el marco de la «cuestión oriental». En este contexto, Alemania sostuvo la preservación del dominio otomano y se opuso a una solución basada en la autodeterminación, actuando como potencia imperialista interesada en mantener el statu quo regional y sus propios intereses estratégicos, aun cuando ello implicara reforzar indirectamente la política rusa en Oriente. [N. del ed.]

callada frente a estos sucesos. Todo lo contrario. Ni está en conocimiento de los supuestos motivos que conducen a que Alemania lleve a cabo una política tan deleznable, ni se halla sujeta a las eventuales consecuencias que la misma, pueda traer aparejada. Su obligación consiste en manifestar su protesta enérgicamente y alentar el movimiento que propugna que Alemania tome decididamente, partido por Armenia y le brinde un fuerte apoyo. Su deber la impulsa a promover una política para Oriente que conduzca resueltamente y sin dilaciones a la transformación de Turquía en un estado centralizado al moderno estilo europeo y con capacidad de erguirse sobre sus propios pies desvinculándose de aquellas partes cuya tendencia es hacia la separación. Esta es la única forma de lograr la emancipación turca de Rusia.

Resulta poco probable que este objetivo pueda ser alcanzado bajo las actuales circunstancias, pero ello de ningún modo puede ser contemplado como un motivo para que la socialdemocracia deje de esforzarse en tal sentido. Dada su condición de partido de la oposición, tiene la obligación de inclinarse por aquella política que según sus puntos de vista resulte la más acertada. Poco es lo que puede verse perjudicado con ello y, en cambio, mucho es lo que puede beneficiar. El gobierno no puede permanecer callado frente a un movimiento de profunda raigambre y que se desarrolla dentro del país. De una u otra manera no le quedará más remedio que fijar su posición. Así es que a pesar de todo podemos contribuir, aunque sea en pequeña escala, a que los armenios reciban alguna ayuda.

Pues no podemos olvidar una cosa. No existe ningún estado moderno poderoso que haya hecho tan poco por ganarse la estima de los pueblos como el alemán. Si uno se detiene frente al mapa y trata de averiguar cuál es el pueblo al cual Alemania ayudó a conquistar su libertad, se encontrará con que en la mayoría de los casos nuestro país se ubicó del lado de los opresores, adoptando una posición enfrentada a los movimientos de liberación nacional. Inclusive allí donde alguna vez contribuyó favorablemente, tal como lo hizo en 1866 en relación a Hungría e Italia, su ayuda fue concedida bajo condiciones que no pueden ser consideradas, precisamente, como dignas de elogio. Con todo, representan puntitos luminosos en un panorama negro, muy negro. Hasta los propios partidos democráticos de Alemania, a menudo se vieron condenados a oponerse a los movimientos de liberación debido a la posición poco feliz de aquélla, y en virtud de su triste historia. La página de Oriente es particularmente

negra y lo es desde el comienzo hasta el fin. Y si alguna vez se insinuó algún intento de rectificación, como se puso de manifiesto con respecto a Bulgaria, estuvo condenado desde el principio a culminar de un modo aún más penoso y repugnante.

Por último, con la cuestión armenia nos enfrentamos a la posibilidad de elevar nuestra voz por la causa de la libertad y del hombre en Oriente sin que por ello debamos sentirnos amedrentados por el temor de que nuestra ayuda contribuya al fortalecimiento del zarismo. Nuestro sentimiento de solidaridad natural con todos los oprimidos que se alzan en contra de sus opresores, nuestro interés por el desarrollo general que, por cierto, también abarca a los países atrasados, y nuestro interés particular—debido a nuestra condición de alemanes—de que llegue a su fin el inconducente juego de intrigas imperante en Oriente siendo reemplazado por un cierto orden, se encuentran en una encrucijada que hace posible que todos ellos sean encauzados simultáneamente y en un sentido positivo. Los socialistas y los obreros ingleses, bajo formas diversas pero unidos en el contenido, se levantaron en favor de este pueblo vergonzosamente violentado y por la finalización de la administración del pachá¹²⁹ en Turquía. Ojalá que los alemanes no permanezcan a la zaga.

129. *Pachá (Paşa)*: Alto funcionario del imperio otomano, designado por el sultán, que ejercía autoridad administrativa, militar y judicial sobre una provincia o territorio, y cuyo gobierno se caracterizaba frecuentemente por prácticas despóticas y represivas, especialmente en regiones periféricas y sometidas a conflicto nacional. [N. del ed.]

POLÍTICA COLONIAL Y CHOVINISMO¹³⁰

Ernest Belfort Bax

1898

En un artículo publicado en *Die Neue Zeit* hace algunos meses, Eduard Bernstein se hizo eco y contribuyó a la exteriorización de la opinión según la cual la expansión ilimitada de la denominada cultura moderna, en otros términos, de la economía capitalista actual junto con todo lo que ello implica, constituye de por sí un adelanto para los pueblos salvajes y bárbaros. Y otro tanto ocurre para el mundo en general, como si tal expansión económica en realidad fijara una condición ineludible para todo progreso ulterior. Puesto que este modo de pensar u otros semejantes pueden ser escuchados a menudo, sin duda se justifica el esfuerzo que supone someterlos a un examen más minucioso.

El hecho de que para el capitalista como para los partidarios del sistema burgués, tal como éste existe, la extensión del mismo sea concebida como una gran bendición para la humanidad y un significativo avance del progreso, se sobrentiende. Y no podría ser de otro modo puesto que dicha difusión trae consigo el sojuzgamiento de pueblos con economías naturales con el fin de someterlos a explotación en las minas, la construcción de ferrocarriles y, más tarde, en las fábricas. Asimismo trae aparejada la apertura de nuevos mercados, la expulsión de los nativos de sus tierras, la expropiación de su ganado, etc. Pero que puntos de vista semejantes deban ser sostenidos por un socialdemócrata constituye una exigencia que habrá de ser considerada por el modesto integrante del partido como un ataque inexplicable contra el principio fundamental del socialismo.

Ante todo, necesitamos averiguar en qué consiste realmente la expansión de la cultura moderna considerada tan beneficiosa por Bernstein en plena concordancia con los filisteos burgueses de otras épocas¹³¹. En primera

130. Tomado de *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial (primera parte)*. [N. del ed.]

131. Lamentablemente Belfort Bax omite la aclarar con cuál de los artículos de Bernstein polemiza. No obstante, si mal no recordamos, con toda seguridad se refiere a los párrafos que aquí reproducimos y que pertenecen al escrito publicado por Bernstein

instancia nos encontramos que, con ello, se quiere significar la abrupta irrupción de la economía capitalista, habitualmente bajo su forma más repugnante, y el estrangulamiento simultáneo de la economía del país desarrollada naturalmente. La prioridad está dada por la liquidación de las conquistas y los adelantos realizados en la agricultura correspondientes al modo de producción y cambio allí imperantes. Las antiguas instalaciones productivas por lo general son destruidas violentamente. Todos los recursos religiosos y filantrópicos son utilizados para sacar de en medio las formas económicas anteriores así como los hábitos religiosos y la tradición popular. Se denuncia y condena e inclusive se procede a abolir la esclavitud antigua imperante. ¿Y en beneficio de qué se lleva a cabo todo esto? En el mejor de los casos se ve favorecida la esclavitud moderna caracterizada por el contrato libre que, con todo, trae aparejado para los nativos la supresión de muchas angustias en relación a la esclavitud de castas a la que se hallaban acostumbrados. Pero, en el peor de los casos,

en *Die Neue Zeit*, xv, 1, p. 109, *La socialdemocracia alemana y los disturbios turcos*, donde sostiene que: «En África subsisten tribus que se atribuyen el derecho a ejercer el tráfico de esclavos y que sólo pueden ser disuadidas de tales propósitos por las naciones europeas culturalmente más desarrolladas. El alzamiento de aquellas contra tales naciones no nos conmueve en absoluto y, dado el caso, nos contarán entre sus enemigos. Lo mismo resulta válido para aquellas comunidades que transforman el saqueo de los pueblos agrícolas vecinos y el robo de ganado en su actividad permanente. Los pueblos enemigos de la civilización o incapaces de acceder a la cultura no poseen ningún derecho a solicitar nuestras simpatías cuando se alzan contra la civilización. Nosotros no reconocemos derecho alguno al robo o al saqueo de los cultivos. En una palabra, por crítica que sea nuestra posición respecto a la civilización alcanzada, no dejamos de reconocer sus logros relativos y los erigimos en aspectos que determinan el criterio de acuerdo con el cual tomamos partido. Vamos a enjuiciar y combatir ciertos métodos utilizados para sojuzgar a los salvajes, pero no cuestionamos ni nos oponemos a que éstos sean sometidos y que se haga valer con ellos el derecho que asiste a las culturas superiores.»

Esto nos parece que es algo completamente distinto de lo que Bax le hace decir a Bernstein. De allí que, tal vez, se hubiera justificado que directamente no diéramos lugar a la polémica, puesto que un debate que habrá de girar alrededor de rectificaciones personales resulta poco prometedor desde su mismo comienzo. No obstante, nos resulta extremadamente difícil ignorar cualquier ataque que se efectúe contra nosotros o alguno de nuestros colaboradores permanentes.

Por otra parte, la confrontación entre el punto de vista sustentado por Bax y el de Bernstein sobre esta cuestión no puede ser reducida a un simple malentendido. Se trata de un punto profundo y trascendente y la resolución del debate abierto no puede ser sino positivo. [N. de la redacción.]

(En realidad esta advertencia redaccional pertenece a Kautsky.) [N. del ed.]

es reemplazada por el trabajo contractual forzado y esto ocurre muy a menudo. Con tal sistema, el nativo desprevenido, obligado por la fuerza o atraído por medio de falsas promesas, se alquila por un cierto período durante el cual se encuentra bajo el poder de su patrón, sometido a su violencia. Únicamente luego de transcurrido el tiempo estipulado se extinguen sus obligaciones. Dicho en otros, términos, se trata de un sistema que conjuga todo lo nefasto de la moderna esclavitud asalariada con la esclavitud de castas, sin poseer ninguna de las considerables ventajas de aquélla. Todos los que se han ocupado de las cuestiones que la situación de los nativos pone sobre el tapete, así como por ejemplo la sociedad inglesa dedicada a la «protección de los nativos» —cuyas publicaciones recomiendo al lector—, saben el odio que existe contra esta filantrópica mentira de la supresión de la esclavitud en países salvajes. Y este odio se acentúa aún más cuando se trata del trabajo forzado contractual que, la mayoría de las veces, viene a reemplazar a la esclavitud antigua.

De modo que éstas son algunas de las consecuencias que la conquista realizada por el capitalismo de países salvajes trae aparejada para los nativos. Pero esto no es todo ni mucho menos. Sin duda el objetivo central perseguido por semejantes empresas es bien conocido, se trata de la apertura de nuevos mercados para los productos de la gran industria del país central. En la medida en que esto se logra, es sabido que el modo de producción natural propio de la comunidad nativa pronto es suprimido y suplantado por una economía monetaria. Supongamos por un momento un país bárbaro como, por ejemplo, Marruecos —este resabio aún subsistente de la cultura antigua— y que se halla ubicado de una manera tan propicia respecto de Gibraltar. Sin duda, tal como generalmente se reconoce, constituye un bocado sumamente delicado para el capitalista europeo (disfrazado de «promotor de la civilización» o de «filántropo»), quien hace tiempo posó su mirada envidiosa sobre ese país. A fin de alcanzar sus objetivos, de tanto en tanto difunde a través de la prensa horribles descripciones sobre la opresión ejercida por el pachá y la mala administración del gobierno en general. Con ello, toda suerte de filisteos bien intencionados desprovistos de cualquier interés personal en la explotación de Marruecos, ven aguijoneada su indignación contribuyendo a conformar una opinión pública propensa a facilitar los objetivos deseados. Los relatos minuciosos de la crueldad de la esclavitud y del desquicio imperante en la economía son medios

largamente conocidos para justificar las campañas de saqueo y muerte emprendidas por el capital.

Contemplemos pues cuáles son las circunstancias económicas realmente existentes en Marruecos, las condiciones que determinan la vida cotidiana de la población. En lo referente a los medios de vida, el trigo cuesta 4 francos, por hectolitro¹³² —se trata del componente principal del pan y, con ello, el rubro fundamental de la alimentación—, y en Marsella el trigo norteamericano cuesta 16 francos por hectolitro, mientras que el trigo francés resulta de difícil obtención por menos de 22 o 23 francos. Uno de los motivos de la baratura del trigo en Marruecos radica en que se halla prohibida la exportación de granos. Naturalmente que esta circunstancia, muy beneficiosa para la población marroquí, resulta una disposición extremadamente molesta para los terratenientes capitalistas. Semejantes precios económicos también rigen para otros productos nativos. Y si los medios de vida resultan baratos, los salarios son relativamente elevados. Los hombres perciben en promedio alrededor de 1 franco por día, las mujeres 1/2 franco. Existe otra disposición que, al igual que las restantes, puede ser considerada de inspiración bárbara y que prohíbe la utilización de la maquinaria agrícola para la recolección de granos. Lo destacable es que expresamente persigue evitar que los pobres se vean privados de trabajar en las cosechas debido a la codicia de los terratenientes. En lo que respecta al trabajador manual, por cierto, que el mismo es propietario de sus herramientas. La producción se halla en un estadio primitivo, en todo el país no existen caminos, el sultán y los pachás no quieren saber nada con los caminos por lo que nada que se desplace sobre ruedas se halla permitido. Todos los esfuerzos del gobierno se destinan a impedir la incorporación y difusión del mercantilismo moderno y de la gran industria. Sólo se pueden encontrar telares manuales. No obstante, y a pesar de esta orientación «bárbara», cualquiera que visite el país regresa (conste que he conocido unos cuantos que lo hicieron) formulando alabanzas respecto de la simpleza de las costumbres y del bienestar del pueblo.

Tanto Bernstein como otros serviles aduladores de la civilización moderna verían, sin duda, como un gran adelanto la pertenencia de Marruecos a una de las grandes potencias europeas. Y, con ello, que sus

132. *Hectolitro*: unidad de volumen del sistema métrico equivalente a 100 litros, utilizada históricamente en Europa para medir productos agrícolas a granel, como cereales y líquidos. [N. del ed.]

costumbres tradicionales y sus maneras de producir sean devoradas y deglutidas por la gran industria y el mercado mundial. ¡La felicidad del pueblo nativo para nada importa! Por cierto, que la población de Marruecos se vería liberada de algunos aspectos tan nefastos que su carácter se revela a simple vista. ¿Pero a qué precio? En realidad, se reemplazarían las reiteradas situaciones de opresión y terror provocadas por el pachá por las condiciones generales y permanentes a que se halla sometido el proletariado. Y a esto se le denomina progreso y prosperidad. Pero si el desarrollo, en sentido capitalista, es decir, la introducción de la gran industria, de la economía monetaria y la incorporación al mercado mundial, trae aparejado un «mejoramiento para peor» y la infelicidad para un pueblo como el de Marruecos —que ya posee una cierta civilización—, ello se acentúa aún más al tratarse de pueblos salvajes y bárbaros que desconocen toda civilización y que todavía viven en comunidades gentilicias y de castas. La transformación mayoritaria de los mismos en proletarios, y la condena irremediable para todos sus miembros a consumir los productos inservibles y venenosos de la gran industria europea, por cierto, no puede ser considerada como el progreso en el sentido de un aumento de la felicidad y el bienestar del pueblo. ¿O es que acaso el señor Bernstein y sus camaradas poseedores de convicciones similares (entre los cuales creo, con justicia, poder incluir al redactor de *Die Neue Zeit*¹³³) se atreven a sostener lo contrario? De no ser así, en la medida en que pueden ser considerados socialistas, deberán exponer otros argumentos.

Pero, el único argumento alternativo que queda es el siguiente: la sociedad, afirma, se desarrolló desde formas primitivas hasta el capitalismo actual, el cual a su vez contiene en su seno la nueva sociedad socialista. El socialismo es la consecuencia inevitable del capitalismo y, por otra parte, el socialismo en el sentido moderno de la palabra sólo puede encontrar su origen en el capitalismo moderno; *de allí se desprende* que (y aquí viene lo que me permito designar como el falso final) todas las ramas de la población mundial habrán de atravesar inexorablemente por el capitalismo como paso previo al socialismo puesto que sólo aquél lo torna posible. Quienes sostienen este punto de vista seguramente deben haber aprendido mal sus lecciones de historia. Pues olvidan un hecho tan

133. Belfort Bax se refiere a Karl Kautsky, redactor de *Die Neue Zeit* desde su fundación en 1883 hasta que el fraccionamiento del SPD provocaron que perdiera la dirección editorial de la revista en 1917. [N. del ed.]

importante como es que en cada gran período del desarrollo histórico sólo determinadas razas resultan escogidas por la selección histórica, o como quiera designársela, como los genuinos portadores de la cultura de dicho período, para lo cual tuvieron que atravesar todos los estadios de desarrollo precedentes. Los pueblos restantes simplemente son arrasados por aquellas tan pronto como traban contacto con las mismas. Se ven sometidos a la cultura de la época que se halla en manos de los pueblos más progresivos y en corto tiempo, que a menudo no alcanza más allá de algunas generaciones, siempre y cuando no se extingan, se hallan esencialmente en un mismo nivel con aquellos sin haber atravesado por ninguna vía evolutiva predeterminada en el sentido estricto del término. Los alcances y las dimensiones de los progresos realizados en cierta época histórica se hallan establecidos por el grado de progreso de aquellas razas que cumplen el papel de portadores históricos del progreso durante dicha época. Tal papel de portadores históricos fue desempeñado en la antigüedad más remota por los pueblos orientales, los babilonios, egipcios, sirios, etc.; en el periodo clásico les correspondió cumplirlo a Grecia e Italia; a las razas germánicas y sus mezclas les correspondió en la Edad Media, y en los tiempos modernos fueron las mismas razas las que ejercieron tal rol, pero convertidas en naciones y junto con todas sus colonias (Europa occidental). Aunque en realidad en este último caso si nos expresamos en un sentido más amplio tenemos que referirnos a toda Europa. En ningún caso tal transformación y pasaje definitivo de un determinado grado de desarrollo a otro estadio superior impuso otra condición que un relativo disgregamiento de los pueblos.

Si todas éstas resultan verdades históricas harto conocidas, para no llamarlas lugares comunes debo pedir disculpas al lector por tales explicaciones. Pero las mismas se justifican si tenemos en cuenta que Bernstein, suponiendo que lo entienda bien, opina que el capitalismo moderno constituye un indispensable escalón previo al socialismo moderno para aquellas naciones que configuran la línea de avanzada de la civilización contemporánea; por tanto, para que el socialismo haga su entrada triunfal en beneficio de toda la humanidad se impone como condición la previa incorporación de todos los hotentotes y cafres, de los habitantes de la Patagonia, de las islas de los mares del sur *et hocgenus omne* al capitalismo.

La naturaleza errónea de estas suposiciones se pone en evidencia por sí misma tan pronto como las mismas son expuestas sin ropajes fraseológicos de un modo breve y preciso. La pluma de Friedrich Engels lo expuso

reiteradas veces con toda claridad cuando afirmaba que la única política correcta de la socialdemocracia respecto de los pueblos más atrasados, al menos por el momento, era el *laissez faire*. Inclusive se podría llegar a sostener que para todo socialista consecuente resultará claro, siempre y cuando no se halle embarrado con el «falso final» arriba mencionado, que no llevamos a cabo ninguna acción excesivamente encomiable si hacemos saltar por los aires una organización social natural para reemplazarla por el estadio que corresponde a la gran industria. En cambio, el señor Bernstein parece no pensar de igual manera dada su defensa del capitalismo y del Partido Liberal de Inglaterra.

Pero la explotación de pueblos atrasados por medio de la conquista y la colonización no sólo resulta condenable desde el punto de vista más o menos estático de su bienestar y desde el de la moral socialista, sino que configura un obstáculo de dimensiones insospechadas para la realización histórica del socialismo. El único salvavidas que el capitalismo moderno posee radica en la posibilidad de expandir su radio de influencia. La contradicción cada vez más aguda entre el modo de producción y el modo de cambio provoca efectos que el capitalismo sólo puede soportar temporariamente a través de la lucha por nuevas áreas de influencia, es decir mediante la conquista de nuevos mercados. Tal es el fin que persigue toda la política colonial contemporánea. Desde el mismo instante en que esta expansión se detenga o que el ritmo de la misma resulta insuficiente, el hundimiento del sistema capitalista como tal se hace inevitable dejando con ello su lugar al colectivismo. A esto debe agregarse el surgimiento de un nuevo «ejército de reserva» proletario bajo la forma de los nativos, los que al menos por el momento nada saben de la lucha de clases y que, de ser necesario, podrían reemplazar a los proletarios rebeldes de los países altamente civilizados. Todo esto es conocido muy bien por el capitalista moderno y por el funcionario estatal actual. De allí el fervor, el entusiasmo y la implacabilidad con que proceden, lo más rápido posible, mientras no sea tarde, a apoderarse de países y pueblos nuevos. La industria y el comercio de aquel país que logre someter a su control la mayor parte de las regiones que aún no hayan sido conquistadas ni saqueadas no cabe ninguna duda que habrá obtenido una posición inmejorable para gravitar en el mercado mundial futuro, e inclusive, bajo circunstancias especiales, someterlo a su dominio. Es por eso que toda alta política en la actualidad, directa o indirectamente, fija su preocupación central en la cuestión colonial. A partir de lo aquí expuesto y por los sólidos motivos

aludidos, somos de la opinión, tanto antes como ahora, de que la obligación de todo socialdemócrata, sea cual fuere el estado al que pertenezca, consiste en oponerse contra toda la política colonial en general y contra cada una en particular. La expansión capitalista y las formas económicas que ella adopta se basan en la ampliación del mercado mundial, en la conquista de nuevas regiones para la colocación de mercancías y en el sometimiento de nuevas comunidades nativas. Esta expansión significa para el capitalismo en general la postergación de la fecha de su muerte, lo que, por su parte significa la postergación de la irrupción de un nuevo orden mundial, de la sociedad socialdemócrata, eventualmente hasta las calendas griegas. Desde este punto de vista todo progreso de la colonización representa un retroceso de la causa socialista. Del mismo modo, toda derrota de alguna potencia civilizada en su lucha contra los salvajes y bárbaros representa para la socialdemocracia, en la medida en que es consecuente, un triunfo de la causa socialista. Desde este punto de vista los problemas de los nativos son, a su vez, nuestros propios problemas. De manera que, estimado amigo Kautsky, el motivo por el cual en mi calidad de socialdemócrata condeno, sea cual fuere la situación, el sometimiento de pueblos más atrasados por los más civilizados no es sólo ni fundamentalmente *moral* o como usted lo llamaría, por motivos «sentimentales»; es decir, en razón de un sentimiento humanitario, por reconocimiento del derecho de los pueblos más débiles o en virtud de la simpatía que podamos sentir por las condiciones imperantes allí donde existe un escaso desarrollo de la civilización. No, mi condena y la causa por la cual la mayoría de los socialdemócratas instintivamente hacen lo mismo tiene su origen en consideraciones de índole puramente económicas. Los socialdemócratas saben bien que el proletariado nada tiene que ganar con la incorporación de países y poblaciones nuevas al circuito del desarrollo capitalista moderno. Tienen plena conciencia de que el poderío colonial beneficia sólo a las clases poseedoras, generalmente a los grandes capitalistas, y a nadie más.

Los que rechazan este punto de vista son casi exclusivamente los maestros de la mediocridad y algunos aspirantes a políticos prácticos. Únicamente ellos se atreven a sostener que nada tiene de malo el sometimiento de poblaciones y tribus atrasadas a manos y en beneficio de la Europa capitalista y que, a lo sumo, podemos criticar las modalidades con que esto se lleva a cabo. Con ello rechazan el punto de vista del partido considerando a su conducta como la imagen misma de la razón y la pru-

dencia. De acuerdo con la moda del día, su menosprecio por lo que tildan de «fraseología revolucionaria» llega a tal punto que ya no queda ningún razonamiento serio en la base de sus postulaciones al extremo de que sus argumentaciones encontrarían mejor lugar en el periódico *Vossischen Zeitung*¹³⁴ o en el *Daily Chronicle*¹³⁵. Olvidan e ignoran por completo los objetivos últimos del movimiento socialista a cambio de debatirse en el círculo del pensamiento del liberalismo y el radicalismo burgués. Y a esto le llaman sentido político práctico y «juzgar las cosas tal cual son». Por el contrario, y de acuerdo con la posición que termino de exponer arriba, la política exterior de los socialistas adquiere un norte y un hilo conductor consecuentes. Todo aquello que contribuye a proveerle un atajo al capitalismo moderno, a la gran industria actual y al comercio contemporáneo, actúa contra el advenimiento del socialismo. En consecuencia, sean de la naturaleza que fueren, deben ser combatidos por el partido sin ninguna clase de concesiones. Por ejemplo, no cabe ninguna duda de que la supresión del imperio turco y la consiguiente apertura de todo el Asia occidental favorable a la industria moderna y al comercio le brindaría una valiosa ayuda al sistema capitalista para postergar su derrumbe. Por ello es que la socialdemocracia tiene la obligación de sumarse a la propuesta de mantener en pie, tal como existe en la actualidad, el *statu quo* turco. No obstante, debe tenerse en cuenta que la verdadera piedra angular de todos los esfuerzos de los modernos capitalistas y de sus correspondientes estados consiste en lograr la rápida apertura de África. África representa para el capitalismo moderno, que comienza a debatirse en dificultades crecientes en Europa y en los Estados Unidos, algo así como la tierra prometida. La opinión de moda es que si esa inmensa zona virgen del continente africano fuera conquistada para la civilización, es decir para la moderna civilización capitalista, en el transcurso de los próximos diez años, entonces dicha civilización se vería a salvo tanto del derrumbe que la amenaza como de los socialistas que bregan por él. Esta esperanza, por cierto, no siempre se revela en forma tan clara y precisa como la

134. *Vossischen Zeitung* («El periódico de Voss», 1721-1934): periódico liberal de Berlín, Alemania, considerado una de las publicaciones más influyentes de la prensa alemana hasta su cierre bajo el régimen nazi. [N. del ed.]

135. *Daily Chronicle* («Crónica Diaria», 1872-1930): periódico británico de orientación liberal-radical, que durante fines del siglo XIX y comienzos del XX dio amplia cobertura a debates sociales, sindicales y socialistas en Europa, incluidos los del movimiento obrero internacional. [N. del ed.]

acabo de formular, pero en su versión instintiva se halla diseminada en el contexto de todas las fundamentaciones justificatorias de la política colonial. Sea como fuere y suceda lo que sucediere, África central debe ser conquistada para el capitalismo.

Precisamente en la posibilidad de que el sistema económico actual logre apoderarse de nuevas zonas para su desarrollo radica el mayor de los peligros para el socialismo de nuestros días. Se puede sostener, si así se desea, que se trata de un peligro que no puede ser eludido, puesto que el poderío capitalista aún es demasiado grande y la influencia socialista entre la masa de los pueblos culturalmente adelantados resulta insuficiente. De todos modos, en primer lugar, dicha afirmación todavía no ha sido demostrada y, en segundo lugar, suponiendo que la situación fuera ésa, la obligación de la socialdemocracia no se ve disminuida un ápice. Su deber continúa siendo poner en movimiento todos los resortes y medios de que dispone a fin de obstaculizar todo lo posible esta política capitalista y, si bien tal vez no sea factible impedirla totalmente, al menos se habrá logrado trabar y perturbar su aplicación y desarrollo normal.

Con respecto a la competencia interestatal desatada entre las clases dominantes de las diferentes naciones, el partido, tal como aparentemente insinúa, puede permanecer en la indiferencia. En realidad, este problema puede aparecer como una cuestión secundaria frente al aspecto fundamental, que versa sobre la obtención o no por parte del sistema capitalista de nuevas áreas de expansión. No obstante, desde el punto de vista de la evolución futura de la humanidad y al margen de todo chovinismo moderno, de ninguna manera carece de trascendencia. La política colonial capitalista actual, naturalmente, ostenta el chovinismo como una de sus características más notorias. Lo que se encubre con ello no es más que la aspiración del cartel representado por los capitalistas de una nación a enriquecerse, a expensas de otros carteles semejantes de las naciones restantes. Pero justamente la preeminencia de una raza, es decir su radicación en los países de más futuro del mundo o al menos en la mayoría de éstos, y, junto con ello, el predominio de su lengua, hábitos, costumbres, o sea de su tradición, podría bajo ciertas circunstancias poseer una importancia nada despreciable para el devenir de la humanidad. Vistas las cosas desde esta óptica, nos ubicamos de la misma manera en que lo hace Schreiber cuando analiza los peligros que entraña soportar la preeminencia de una sola raza. Y esta raza es la anglosajona. Por doquiera los ingleses se erigen en colonizadores e Inglaterra en una poten-

cia colonialista. Entre tanto, como es bien sabido, los Estados Unidos también proclaman ciertas atribuciones cual si fueran la potencia decisiva de todo el continente americano. Hasta ahora la Europa continental permaneció tan ocupada con el problema judío que los restantes aspectos de la cuestión racial merecieron poca atención; no obstante, en algunos casos, la importancia que poseen para el futuro de las relaciones de la humanidad exceden en mucho a esta última. Suetonio comenta que el dictador Sila¹³⁶ había dicho, dirigiéndose a algunos de sus partidarios que querían que César fuera llamado de regreso de su exilio puesto que ya no entrañaba ningún peligro para el estado, que «en César se encerraba el peligro de muchos Marios». Lo mismo digo de los fervientes opositores de los supuestos avances del judaísmo y que no avizoran peligro digno de ser considerado en los progresos que realizan los anglosajones. En los anglosajones se encierra el peligro de diez judíos.

La raza anglosajona constituye uno de los pueblos más destacados entre los arios, del mismo modo que lo es la raza judía con respecto a los pueblos semitas. A semejanza de esta última, la raza anglosajona hace sentir cotidianamente la supremacía que en ciertos, aspectos posee. Tal vez esto explique la simpatía que sienten los judíos hacia Inglaterra, por ejemplo. No hay patriota británico más fanático que el judío de segunda generación. Por cierto, existen diferencias notorias en el modo en que ponen de manifiesto su poderío racial. En algunos aspectos inclusive pareciera que el peligro existente por el lado de los anglosajones es superior. Ello se revela sobre todo en un aspecto. Si bien los judíos se conservan como una raza, si bien mantienen vivas sus costumbres tradicionales con el máximo fervor bajo las diversas y cambiantes condiciones sociales, no absorben los pueblos entre los cuales desarrollan su existencia. Desde este punto de vista puede decirse que el judaísmo no se expande, conserva intacta la magnitud de su influencia. Muy distinta se presenta la cuestión con los anglosajones. A diferencia de los judíos, éstos conforman sus propios estados y no sólo se mantienen, sino que se expanden. Los anglosajones poseen la peculiaridad fuertemente arraigada de fagocitar otros pueblos con lo cual la identidad de éstos se pierde.

136. Suetonio fue un historiador romano de comienzos del siglo II d. C., autor de *Las vidas de los doce césares*.

Lucio Cornelio Sila fue un general y dictador de la República romana (82-79 a. C.), cuya figura estuvo asociada a las guerras civiles y a la represión política que marcaron el fin del orden republicano clásico. [N. del ed.]

Los judíos configuran partes integrantes de la población de los países culturalmente avanzados, y el cuño característico de la cultura nacional de cada uno de estos países permanece inalterado frente a la presencia de aquellos. Por el contrario, el anglosajón es poco afecto a radicarse en un país culturalmente extraño, en cambio posee ciertas propiedades que lo ponen en ventaja frente a los demás pueblos para establecerse entre las tribus salvajes o en las zonas más inhóspitas del globo. En una palabra, posee una predisposición natural para el arte de la colonización. Por ello es que los anglosajones se diseminaron por todas partes y continúan haciéndolo —ya que no puede sostenerse que el movimiento de su expansión haya concluido ni mucho menos—, es decir, que difunden las características originales que les son propias y la naturaleza específica de su cultura por toda la superficie terrestre. Y no sólo esto. Allí donde el auténtico anglosajón inmigra y se radica en un país culturalmente avanzado, la cultura de este pueblo no sólo se ve amenazada sino que finalmente resulta aniquilada. Su posteridad y descendencia poseen el inefable sello anglosajón. Ejemplos de este tipo lo brindan generosamente el área de influencia británica y las colonias inglesas. Pero el símbolo más acabado está constituido, sin duda, por los Estados Unidos. Ofrece el ejemplo clásico de lo que estamos mostrando. Todos los pueblos inmigrantes de los Estados Unidos, tanto alemanes como rusos, franceses, italianos, fueron integrados a lo sumo en la segunda generación a la «anglosajoneidad» americana. Se convierten en norteamericanos y con ello asumen las costumbres, hábitos, las propiedades y el modo de pensar de los anglosajones y, simultáneamente, la individualidad de su raigambre originaria queda anulada. Resulta fácil, por otra parte, mostrar que esto mismo es válido para las restantes ramas de la raza anglosajona. Inclusive la población del más antiguo origen francés de Canadá, que hasta ahora se había mantenido incommovida, según todo parece indicarlo se verá anglizada en muy corto tiempo.

Por ello sostengo que todo esto conforma una situación que da que pensar: No hay que olvidar que estos países sin duda configurarán centros de enorme importancia para el futuro de la humanidad. Está lejos de mí cuestionar las significativas virtudes que adornan la raza anglosajona, no obstante, queda en pie la pregunta acerca de si la anglinización de una gran parte de la población mundial futura no traerá aparejada consigo, cuando menos, la unilateralización y el achatamiento de las mismas. Cada rama de un pueblo posee los defectos de sus virtudes. Naturalmente a

los chovinistas ingleses nada les parece mejor a que el mundo sea conquistado por las naciones de habla inglesa. Pero el hombre razonable debería reconocer que la preminencia de una rama de cierta raza traería aparejado serios perjuicios en la medida que con ello se importen también las debilidades y las características menos destacables de la misma. Los judíos sin duda también poseen propiedades elogiables en abundancia, pero un judaísmo excesivo seguramente no sería una bendición para la humanidad. Y esto bien puede afirmarse sin ser conceptuado como un antisemita. Por mi parte no veo motivo de regocijo alguno en el hecho de que el dominio del mundo caiga en manos de dos ramas raciales predominantes como por ejemplo los anglosajones y judíos. De allí que no veo mal que se le ponga un freno a la voracidad desplegada por doquiera por los anglosajones. Estas consideraciones seguramente resultarán muy sentimentales para el camarada Kautsky. A un historiador materialista de semejante vuelo, todo aquello que no proviene de una deducción estricta de la base económica no puede menos que parecerle sentimental.

No obstante, aquellos lectores de *Die Neue Zeit* de concepciones menos dogmáticas encontrarán aquí, en unas pocas frases, las consideraciones del caso. Con ello nos damos por satisfechos.

Ahora bien, sea como fuere con los aspectos últimamente analizados, estoy convencido de haber expuesto con largueza en el presente artículo suficientes argumentos como para fundamentar por qué la socialdemocracia debe condenar, cualesquiera que fueran las circunstancias, el hecho mismo de «someter a los salvajes imponiéndoles el derecho que les asiste a las culturas superiores». Y, con ello, creyó haber establecido fehacientemente los motivos por los cuales la socialdemocracia no puede, ni mucho menos, limitarse a criticar «los métodos utilizados para llevar a cabo tal sometimiento», es decir un aspecto que en última instancia desempeña un papel bien secundario, tal como pretende y sostiene el señor Bernstein.

VIEJA Y NUEVA POLÍTICA COLONIAL¹³⁷

Karl Kautsky
1898

El tema de la tan comentada y criticada discusión entre Belfort-Bax y Bernstein ha adquirido gran actualidad para la socialdemocracia alemana al ponerse sobre el tapete la cuestión del Asia oriental y el proyecto de la Armada¹³⁸. Lamentablemente, en el curso de la discusión aquél ha quedado algo desplazado, y por lo demás sólo ha sido tratado académicamente, y la forma de polémica hace difícil la consideración de un objeto bajo todos sus aspectos.

En mayor medida aunque ésta discusión ha sido la guerrilla desatada entre *Vornwärts*¹³⁹ y una parte de nuestra prensa partidaria en torno al mismo tema, la que nos ha incitado a intentar la reunión de los puntos de vista que debemos tener en cuenta en la cuestión colonial, y, particularmente, en la cuestión del Asia oriental.

Nuestra tarea será aquí esencialmente una tarea histórica. Una vez que hayamos pasado revista a las diversas fases de la política colonial, quedará por sí mismo en evidencia si aquellas clases hoy dominantes en Alemania están en condiciones de llevar adelante una política colonial fructífera, y si la pretensión de dominio de regiones de ultramar constituye o no una necesidad para el desarrollo económico de Alemania. Consideraremos en primer lugar la política colonial de los siglos XVII y XVIII, en un

137. Publicado originalmente como «Ältere und neuere Kolonialpolitik», en *Die Neue Zeit*, XVI (1897-1898), vol. 1. Traducido del alemán por Conrado Ceretti. [N. del ed.]

138. El «proyecto de la armada» o el *Plan Tirpitz* alude a los planes de expansión de la marina de guerra alemana impulsados desde fines del siglo XIX que buscaban convertir a Alemania en una potencia naval mundial. Ésta se desarrolló desde 1898 y se cristalizó en una serie de leyes de flota (*Flottengesetze*) y suscitó debates dentro de la socialdemocracia alemana por su carácter imperialista. [N. del ed.]

139. *Vornwärts* («Adelante», 1876-1933): periódico central del SPD, que durante fines del siglo XIX y comienzos del XX actuó como uno de los principales órganos de prensa del movimiento obrero alemán, dando amplia cobertura a debates políticos, sindicales y teóricos de la socialdemocracia y la Segunda Internacional. [N. del ed.]

artículo subsiguiente discutiremos la del siglo xix, y finalmente, en un tercer artículo, consideraremos en particular la cuestión del Asia oriental.

Fueron tres factores los que llevaron a la era de los descubrimientos y, con ello, a la iniciación de la política colonial de las naciones europeas modernas: el desarrollo de la técnica de la navegación, el avance de los turcos, y la «sobrepoblación», que en el siglo xv fue una consecuencia del derrumbe del feudalismo autónomo. Éste separó de sus medios de subsistencia a numerosos campesinos, pero principalmente a muchos miembros de la baja nobleza, y los forzó a salir tras la aventura y el pillaje.

Una sobrepoblación similar había llevado algunos siglos atrás a las Cruzadas. Pero en el siglo xv los turcos cerraron el camino hacia el Oriente y no sólo expulsaron a los cristianos de Asia sino que los hicieron retroceder de toda la cuenca oriental del Mediterráneo, obstruyendo a la vez las antiguas rutas comerciales hacia la India. En la Europa oriental, el excedente de la población encontró ocupación en la lucha contra los turcos; en la Europa central proporcionó los reclutas de las guerras religiosas que asolaron de tiempo en tiempo a Alemania desde la época de los husitas hasta la Paz de Westfalia. En los países litorales del océano constituyó una de las fuerzas impulsoras de la política de ultramar de descubrimiento y conquista.

La expansión de los pueblos europeos hacia el este y también hacia el sur, en el Mediterráneo, se había vuelto imposible a causa de los turcos. Sólo quedaba la expansión a lo largo de la costa occidental del África y en dirección hacia el este, atravesando el océano.

La navegación costera a lo largo de la costa occidental del África resultaba más accesible y más realizable que la aventurada empresa de atravesar un océano desconocido. Los portugueses practicaron esta navegación costera ya a comienzos del siglo xv. Éstos se aventuraron cada vez más hacia el sur, se hicieron cada vez más emprendedores hasta que se fue imponiendo la osada idea, llevada a cabo, de la circunnavegación del África, para encontrar de ese modo una ruta marítima hacia la India.

Inducidos por el erróneo cálculo del genovés Colón, quien suponía demasiado pequeño al globo terráqueo y demasiado corta la distancia a la India desde el occidente de Europa a través del océano, los españoles, gracias a la osadía de Colón, se dieron a la búsqueda de otra ruta, casi simultáneamente con el descubrimiento de la ruta marítima hacia la India por los portugueses, topándose entonces con América.

Con ello quedaba inaugurada la política colonial moderna. Enormes extensiones de tierras con fabulosas riquezas se abrieron de pronto ante los ojos asombrados de los europeos, y estos territorios, a diferencia de los países hasta ese momento conocidos del Oriente, Asia Menor, Siria, Egipto, estaban habitados por pueblos indefensos que podían ser dominados sin gran esfuerzo.

Una verdadera fiebre se apoderó tanto de los portugueses como de los españoles. En masas se afluía a las colonias para retornar con riquezas adquiridas sin esfuerzo alguno. En la América española, al igual que en la India portuguesa, se armó un sistema de pillaje agresivo y despiadado.

Pero este sistema de pillaje no podía, ciertamente, Ser continuado de manera ilimitada. Los portugueses obtuvieron un provecho más duradero del comercio con las especias, tan codiciadas en aquella época, que producían las islas de la India, y las ricas telas, principalmente de algodón y seda que en grandes cantidades y de manera insuperable producían las antiguas culturas de la India, que de la piratería y el pillaje de las ciudades costeras. En América, por el contrario, se trataba de las inagotables minas de oro y plata que atraían a los españoles y que acarreaban ingentes riquezas a la madre patria. Sólo más tarde se desarrolló también el cultivo de «mercancías coloniales», de azúcar y café.

Sin embargo, cada una de las naciones velaba celosamente sobre el monopolio del comercio con sus colonias. Ningún extranjero podía aparecer en una colonia española o portuguesa, ninguna embarcación de bandera extranjera dejarse ver en aguas españolas o portuguesas. Ambas potencias se habían dividido el mundo y estaban decididas a no tolerar injerencia alguna.

Habría que pensar, que esta actividad colonial tan feliz que produjo de inmediato frutos tan ricos debía influir de la manera más favorable sobre el desarrollo económico de la península de los Pirineos. Ello ocurrió, aparentemente, de manera efímera. Afluyeron riquezas y poder, Lisboa se convirtió en la sede comercial más rica y casi toda Europa se inclinaba ante el monarca del reino en el que no se ponía el sol.

Con todo, pronto se presentaron los signos de la decadencia.

Las riquezas provenientes de las colonias no afluían al pueblo sino a la monarquía absoluta y a sus instrumentos, la nobleza y la Iglesia. El rey de Portugal era el primer comerciante de su reino, él monopolizaba el comercio de la pimienta, y el comercio con las Indias Orientales sólo podía efectuarse por medio de los navíos, reales, bajo el pago de eleva-

dos tributos. Las ventajas del comercio que iban a parar a manos del rey y sus congéneres le hicieron posible afirmar su poder; para el pueblo, empero, la política colonial significó meramente el incremento de su opresión y de sus cargas.

El enorme reino colonial conquistado por Portugal planteó exigencias al pueblo que el pequeño país no podía satisfacer. El servicio de las colonias absorbió cada vez mayores masas de hombres, pero las guerras, las pestes, los naufragios diezaban las multitudes que afluían a las colonias. Se descuidaron la industria y la agricultura, se despobló el país, que acabó en la ruina; le fue cada vez menos posible proporcionar las fuerzas que exigía la afirmación de su reino colonial. Y perdió la mayor parte de éste en manos de rivales más poderosos.

Lo mismo ocurrió con España. Por cierto, que este estado era más extenso que Portugal y podía soportar más fácilmente una sangría de su población. Pero también, allí encontramos reinando el absolutismo, el absolutismo feudal, el absolutismo burocrático, que no eliminó a la nobleza feudal y a la Iglesia feudal, sino que las convirtió en sus servidoras, transformándolas en nobleza y clero cortesanos, logrando así un apoyo tanto mayor. Fueron estos elementos los que usufructuaron de la expoliación colonial. La monarquía la Iglesia, la nobleza, la burocracia se enriquecieron y acrecentaron su poder frente a las clases inferiores. El oro y la plata afluían a España, pero sólo servían para mantener a innumerables lacayos ociosos, sacerdotes y funcionarios y elevar el precio de los medios de subsistencia y de los productos industriales, sin que se produjera un incremento correlativo de los salarios. Los campesinos y artesanos encontraban mayor provecho en emigrar a las colonias o convertirse en monjes o lacayos que en ganarse el pan con el sudor de su frente.

A ello se agregó que el absolutismo, en razón de los tesoros que afluían de las colonias, se independizó totalmente del progreso de la industria y la agricultura. Volviéndose por completo indiferente a las necesidades de las clases trabajadoras, y la burguesía reprimió de la manera más cruel todo intento de movimiento autónomo. Sabido es que Felipe II expulsó totalmente de España a la parte principal de la población industrial, a los moriscos. Pero la población industrial católica no se sentía mejor en el estado de la inquisición; apenas podía, huía a los Países Bajos y a Italia. Todo ello ocasionó la ruina de la agricultura y de la industria y la despoblación del país.

Pero las riquezas coloniales proporcionaron también al absolutismo español el poder de hacer política mundial. En tanto que la política colonial forzó a España a una expansión de su poder marítimo, se vio envuelta en sangrientas guerras que completaron su despoblación y sellaron su ruina económica, en razón de los intereses dinásticos de los Habsburgo en media Europa, en los Países Bajos, en Italia, en Alemania y frente a Francia. Hasta el presente las colonias constituyen una maldición que pesa sobre España, al proporcionar éstas la gran mayoría de los medios de la economía militar, burocrática y clerical que frena todo progreso económico y político del país. La pérdida de sus colonias provocará un significativo debilitamiento de estos elementos del régimen español, y liberará así a la población española de una pesadilla.

Distinta fue la política colonial de los Países Bajos. Éstos habían vuelto a caer en manos de los Habsburgo en 1477, los que también tomaron posesión de España en 1504. Pero ambos territorios tenían intereses demasiado contrastantes como para que a la larga pudieran quedar unificados en una sola mano. Carlos V favoreció a los Países Bajos, enemistándose así con los españoles. La política de Felipe II, por el contrario, se inclinó en todo momento a favor de los intereses españoles. Las clases dominantes de los Países Bajos, la nobleza y los comerciantes, fueron postergados, oprimidos, exprimidos por doquier. Para escapar a esta opresión y no ver suprimidas todas sus fuentes de vida, debían separarse de España. Ello se logró, al menos para las provincias del norte en una terrible lucha que se prolongó a lo largo de ochenta años, y a la que sólo puso fin la Paz de Westfalia (1648). No fue poco lo que contribuyó esta guerra de ochenta años al agotamiento de España, más por otra parte fue precisamente esta decadencia, provocada sobre todo por su política colonial, la que hizo posible que este pequeño país pudiera enfrentarse victoriosamente a la potencia mundial de los Habsburgo.

Los holandeses, expertos en navegación, pusieron el mayor peso de la lucha en la guerra naval, en la derrota del poder naval de España. Cuanto mayor el desarrollo de su propio poderío naval frente al de España, tanto mayor su aspiración a lograr dominios coloniales propios. Pero, extrañamente, no fueron colonias españolas, sino portuguesas, de las que se apoderó. Las posesiones coloniales americanas poseían escaso atractivo para este pueblo de comerciantes. Los extensos territorios de América, habitados por una población pobre, sin cultura, podían tener atractivos para la nobleza feudal española, la que erigió allí un nuevo reino feudal.

Las colonias españolas habían sido divididas en grandes posesiones, concedidas a los favoritos de la corona, y trabajadas por indios sumisos o por negros esclavos, traídos del África. Los comerciantes holandeses no tenían interés alguno por estas colonias, los productos de las minas de plata podían resultar más atractivos, pero les resultaba más cómodo despojar las flotas españolas de sus cargamentos que asumir la dirección de las minas peruanas y mexicanas.

Los territorios ocupados por los portugueses eran de un género totalmente distinto. Había allí una población de elevada cultura que proporcionaba múltiples productos muy bien pagados en Europa. La conquista y la monopolización de estos mercados era una tarea que podía tentar a un pueblo mercantil.

La distribución de las mercancías de la India desde Lisboa al resto de Europa cayó bien pronto en manos de los holandeses, después de que éstos hubieran logrado el predominio sobre el poderío naval español. Pero este beneficioso comercio amenazó con escapárseles de las manos cuando Portugal se hizo española y Felipe II, en 1594, prohibió a sus súbditos todo comercio con los rebeldes. Ello dio motivo a que los holandeses fueran en busca de las mercancías que ya no podían obtener en Lisboa a sus lugares de origen, y que ahuyentaran a los portugueses donde pudieran, implantando el monopolio holandés en la India, en sustitución del portugués. Portugal era ya demasiado débil y pobre en hombres como para oponer una gran resistencia. El fulgurante reino colonial portugués se derrumbó de la noche a la mañana.

De acuerdo con la distinta estructuración social interna y la distinta política interna, la política colonial de la república comercial nórdica fue también por completo diferente a la del absolutismo feudal español. Fueron comerciantes los administradores y explotadores de las colonias, y no la burocracia estatal y el ejército. Pero dado el estado generalizado de la guerra en el mar y allende el mar, donde cada nación buscaba excluir a todas las demás de los beneficios del comercio y donde la piratería hacía estragos por doquier, el comerciante, por sí solo, no podía procurarse los medios requeridos por el comercio de ultramar. De igual manera que en la actualidad la construcción de los ferrocarriles exige medios demasiado voluminosos para un particular de modo tal que debe ser emprendida por grandes sociedades por acciones, que además gozan de derechos de monopolio concedidos por el estado, o que también son subvencionadas, cuando no son llevadas a cabo por el estado mismo, lo

mismo sucedía en aquel entonces con la política colonial. Cuando ésta no estaba directamente en manos del poder estatal, recaía en grandes sociedades comerciales, que gozaban de privilegios concedidos por el estado. Las colonias no sirvieron al fortalecimiento del poder del estado, de la Iglesia y de la nobleza, sino al fortalecimiento del capital, de la burguesía. El comercio holandés prosperó de manera extraordinaria, y con él, la industria. Verdad es que los productos textiles provenientes de la India competían considerablemente con las manufacturas holandesas, pero el objetivo principal del comercio que llevaba a toda Europa los productos de la India y las especias llevaba también consigo los productos de los artesanos y las manufacturas de los Países Bajos. No se trataba únicamente de productos de trabajadores de origen holandés. Pues con el predominio de la burguesía se fortaleció también la libertad burguesa en la república y la tolerancia religiosa, y las cabezas más inteligentes, y los trabajadores más diestros que el absolutismo victorioso había expulsado de España, Portugal y Francia, por su rebeldía, encontraron asilo en los Países Bajos. Mientras que España y Portugal se despoblaban, afluyó una numerosa población a Holanda.

Esta brillante situación no iba a durar, empero, por largo tiempo. El monopolio de un comercio tan beneficioso despertó bien pronto los celos de numerosos competidores, principalmente los de dos vecinos mucho más grandes y fuertes, Inglaterra y Francia de los cuales uno acosó a la república desde el mar y el otro, desde tierra.

Si Holanda quería continuar su política mundial debía mantener a la vez un poderío marítimo y terrestre superior. Lo intentó, pero finalmente se desangró lo mismo que antes España y Portugal. Es cierto que la política colonial había traído al país ingentes riquezas, pero éstas habían recaído en unas pocas familias de comerciantes y sus favoritos. Y la masa del pueblo debió cargar con el peso que acarreaban las interminables guerras marítimas y terrestres que debían asegurar las fuentes de las riquezas. Además, la riqueza había debilitado, corrompido y desorbitado a los comerciantes y sus secuaces. Éstos buscaban cada vez más desembozadamente echar sobre las espaldas de las clases más bajas las cargas del estado, haciendo que sirviera a sus intereses privados, y se mostraron cada vez más desprovistos de toda perspicacia en el manejo de los asuntos de estado. A la devastación exterior se agregaron las luchas internas, la decadencia de la industria que no podía soportar las cargas estatales crecientes, y la corrupción de toda la vida social. Así como fue

brillante el cuadro que presentaban los Países Bajos en el siglo XVII, fue tétrico en el curso del siglo XVIII.

Las ganancias de los holandeses tentaron también, naturalmente, al resto de las naciones de Europa a imitarlos. En todas prendió la moda de adquirir dominios coloniales. Llevaría demasiado lejos entrar aquí en los detalles de estos intentos; baste mencionar como curiosidad el que también algunos príncipes alemanes cayeron en los proyectos coloniales, por más que las circunstancias del momento no los justificaran en modo alguno. Se cuenta que en los años cuarenta de nuestro siglo, un reyezuelo alemán exclamó: «Yo también quiero mi ferrocarril propio, aunque me cueste mil táleros.» Así, en el siglo XVIII, los príncipes alemanes estaban decididos a fundar un reino colonial; aunque costara mil táleros. Alrededor de esa cifra habría costado la colonia que el príncipe Ferdinand María von Bayern pretendió fundar en 1664, no a orillas del mar suave, sino del Caribe, pero que fracasó dadas las condiciones exorbitantes planteadas por la Compañía Holandesa de las indias Occidentales.

El Gran Elector de Brandenburgo, por el contrario, puede reivindicar para sí el mérito de haber fundado realmente una colonia alemana, seducido por un aventurero holandés que ya con anterioridad había ganado su confianza el efectuar con éxito, a pedido suyo, una expedición de pillaje contra los suecos.

Puesto que los comerciantes de Königsberg se negaron a comprometerse en la empresa, que les pareció demasiado arriesgada, se ordenó a un grupo de consejeros privados y generales fundar una compañía africana, la que levantó también un fuerte en la costa de Guinea, comenzando a practicar alegremente el comercio de esclavos con las Indias Occidentales —por cierto que «bajo la conducción divina» (Deo Duce) como podía leerse en los ducados de la Compañía Africana, acuñados por el Gran Elector. Pero pese al entusiasmo de los señores consejeros privados y de los generales por el tráfico de esclavos, parecen haber carecido del necesario espíritu comercial. La «mercancía negra» no arrojaba suficientes beneficios, la compañía acumuló pérdida tras pérdida, de modo que Friedrich Wilhelm se cansó de tirar el dinero para el juguete que había heredado de su abuelo. En 1721, después de multiplicar regateos, vendió el reino colonial de Brandenburgo a los holandeses por siete mil doscientos ducados, con gran pena no de sus vasallos, pero sí de nuestros actuales y entusiastas colonialistas, que se lamentan melancólicamente,

pues ¡cuánto más poderosa sería hoy Prusia, y con ello Alemania, si del emplazamiento de esclavos hubiera surgido un gran reino colonial!

Estos podrán encontrar consuelo, pues estados muchos más poderosos y con condiciones mucho más favorables para llevar a cabo una política de ultramar sufrieron mayores penas aun de resultas de sus dominios coloniales. Francia, donde la monarquía alcanzó una posición tan vigorosa en lo interno como en lo externo, también cayó por cierto, presa de la moda de las fundaciones coloniales. Al igual que en España, también en Francia era una monarquía absoluta, que se apoyaba en una nobleza cortesana y en una Iglesia cortesana, quien tomó en sus manos la política colonial. Pero en Francia esta política colonial se inició más tarde, cuando el desarrollo capitalista había ya avanzado, ya para fortuna del desarrollo de este país no procuró grandes riquezas obtenidas sin esfuerzo que hubieran otorgado una posición de poder a la burocracia, a la nobleza, y a la Iglesia frente a la masa, del pueblo. La fuerza económica de la monarquía francesa descansaba en no poca medida en el auge del comercio y de la industria, y no podía descuidar estos factores en la medida en que lo habían hecho, los regentes de España.

De acuerdo, con ello, la política colonial francesa ostentó un carácter doble; constituía una mezcla de la política española y la holandesa. La primera se puso más de manifiesto en las colonias americanas, la última más en las posesiones de la India. En la India se trataba ante todo de volcar en manos francesas, al menos en parte, el beneficioso comercio que habían intentado monopolizar primero los portugueses, luego los holandeses y finalmente los ingleses. Con esta finalidad se crearon compañías comerciales con privilegios exclusivos.

Pero, aun cuando la fuerza económica de la mayoría francesa descansara en gran parte en el auge del comercio y de la industria, y los gobiernos de Francia desde Enrique IV consideraran como uno de sus objetivos principales las exigencias de éstos, no eran comerciantes e industriales los que tenían el gobierno en sus manos, sino burócratas y cortesanos, y el sistema de gobierno consistía en un despotismo que aplastaba rabiosamente todo intento de movimiento autónomo de los vasallos. Así fue como Luis XIV, pese a toda su predilección por el comercio y la industria, cometió el mismo error que Felipe II de España. Mientras que por una parte practicaba una celosa política colonial a fin de promover el comercio y la industria, arruinaba a éstos por medio de las siempre crecientes cargas bélicas y por la opresión de sus vasallos más industrio-

sos, los hugonotes, a los que expulsó de Francia después de la anulación del Edicto de Nantes¹⁴⁰.

Este mismo sistema de gobierno pesaba también sobre las sociedades comerciales, a quienes les era negado todo movimiento autónomo. Los directores de la Compañía de las Indias Orientales, por ejemplo, no eran elegidos por los dueños de las acciones, sino que desde 1723 eran nombrados por la corte y disponían a su arbitrio. Durante todo el período desde 1723 hasta la suspensión de la Compañía, que se adelantó a su bancarrota (1769), los accionistas no se reunieron sino en una sola ocasión (1744). No hay que sorprenderse pues de que esta compañía comercial no lograra prosperar jamás.

Si en las Indias Orientales se imitaba preferentemente a los holandeses, en América se imitaba a los españoles, pero no con mayor éxito. Los franceses fueron atraídos hacia Luisiana y hacia el valle del Mississipi por la noticia de la existencia en el lugar de ricas minas. Las minas auríferas de Luisiana eran trampas con las que Law capturó a los franceses. Estas permitieron que las acciones de la Sociedad del Mississipi crecieran enormemente. Además, los favoritos de la corte recibieron en donación extensas franjas de tierra, y cada uno de los nuevos propietarios buscó atraer trabajadores franceses, suizos y alemanes, que debían trabajar en sus minas. Pero puesto que de éstas no había huella, explotó bien pronto la pompa de jabón. La Sociedad del Mississipi quebró y los infelices colonos se vieron obligados a procurarse su sustento como campesinos en un clima nocivo. No le costó gran esfuerzo a Francia ceder esta miserable colonia a España, en el año 1762.

El Canadá dio mejores resultados. No fueron las minas auríferas sino los animales de pieles finas los que atrajeron a los primeros colonos. El comercio de pieles se convirtió en monopolio de una compañía. Pero, además, se intentó erigir un nuevo reino feudal, siguiendo el modelo de los españoles. Así como en la América española las tierras habían sido divididas en grandes encomiendas que eran entregadas en concesión a terratenientes privados (favoritos de la corte, conventos y otros semejantes), Canadá fue dividida en señoríos que fueron otorgados a

140. *Edicto de Nantes* (1598): Promulgado por Enrique IV para garantizar la tolerancia religiosa y ciertos derechos civiles a los protestantes franceses (hugonotes); su anulación en 1685 por Luis XIV provocó la persecución y expulsión de una parte significativa de esta población, con consecuencias económicas y sociales duraderas para Francia. [N. del ed.]

soldados o funcionarios que pretendían buscar fortuna en aquellos territorios. Pero en las colonias españolas se había encontrado la fuerza de trabajo necesaria entre los mansos indígenas y los negros esclavos; los salvajes canadienses no podían ser utilizados para los trabajos forzados. Los señores debieron procurarse colonos de Europa, sin los cuales sus posesiones territoriales carecían de valor. Pero el interés de escapar del feudalismo francés para caer en manos del feudalismo canadiense y bregar allí para el señor feudal, para la Iglesia, que por cierto no caía en el olvido, y para la corona, era con todo demasiado escaso. La población blanca creció lentamente, y ascendía sólo a 80.000 personas, entre las que se encontraban numerosos soldados y cazadores, cuando el Canadá fue conquistado por los ingleses (1759).

Por esta misma época, Francia perdió también sus posesiones en las Indias Orientales. Desde la paz de París (1763) careció casi por completo de dominios coloniales.

Fueron las condiciones internas de Francia las que hicieron tan estéril y sacrificada su política colonial, el sojuzgamiento y la expoliación de la nación por el absolutismo feudal, por los cortesanos ignorantes y ávidos, por los soldados, los sacerdotes y los burócratas.

Por cierto, que nuestros fanáticos de la armada objetarán: el fracaso de la política colonial francesa en los siglos XVII y XVIII debe ser atribuido a la falta de un poder marítimo suficiente. Lo cual es correcto sólo en parte.

La carencia de poderío marítimo no explica en modo alguno el hecho de que las colonias no prosperasen mientras estuvieron bajo el dominio francés, pero tampoco explica del todo su pérdida. La India y el Canadá fueron conquistados por los ingleses Clive y Wolfe en batallas terrestres, y si la paz de París confirmó estas pérdidas, ello se debió más a la derrota de Rossbach que a la batalla naval de Quiberón.

Sin embargo, no negaremos, por cierto, que una política colonial en gran estilo requería, durante los siglos XVII y XVIII, un gran poderío naval. Pues esta política descansaba en aquella época en el monopolio, en la explotación exclusiva de un territorio conquistado de ultramar por una de las naciones europeas y en el alejamiento de las demás naciones de la presa, y para ello era preciso, ciertamente, un poderío naval, y tanto mayor cuanto más rica la presa, cuanto mayor la atracción ejercida sobre otras potencias navales.

Ello resultaba tan conocido para los regentes franceses de los siglos XVII y XVIII como para nuestros fanáticos de la armada. Si, con todo, los

grandes estadistas del siglo XVII, anteriores a Luis XIV, Enrique IV, Richelieu, Mazarino, no hicieron ningún intento de crear una gran flota, es porque el ejemplo muy próximo de España los hacía desistir de ello. Era precisamente por aquella época que España se desangraba en sus esfuerzos de mantener a la vez un gran poderío naval y un gran poderío terrestre. Además, los holandeses y los ingleses ya habían adquirido demasiado vigor como para que subsistiera alguna perspectiva de poder competir con ellos. En aquella época, los gobiernos franceses se consagraron a su ejército y no a la flota, a la industria en el país y no a las colonias.

Esto se modificó cuando Luis XIV, el «rey sol», se convirtió en su propio canciller. A él no le fue suficiente la situación hegemónica en el continente y la prosperidad de la industria en su país. Debía también poseer una gran flota y un gran imperio colonial. «En los años 1664 y 1665 —dice Voltaire en *El siglo de Luis XIV*— en que los ingleses y holandeses cubrían el océano con casi trescientas embarcaciones de guerra de gran magnitud, Luis no poseía sino quince o dieciséis embarcaciones de poca monta. Pero Luis se aplicó con todas sus fuerzas a poner fin rápida y expresamente a este vergonzoso estado de cosas.»

Todo lo que podía hacerse mediante dinero, se hizo; surgieron numerosas flotas de grandes embarcaciones, bien equipadas. Pero éstas por sí solas no constituyen todavía un poder naval. Debían ser dotadas de tripulación, lo cual no resultaba tan sencillo. Cualquier hijo de campesino, cualquier vagabundo, con sólo tener sus miembros completos, podía ser convertido en soldado; pero como tripulantes sólo podían utilizarse experimentados hombres de mar. La flota comercial, que estaba en pleno auge, debió sacrificar a la flota de guerra sus mejores hombres.

Pero tampoco ello era suficiente. Se necesitaban oficiales. La guerra naval, más aún que la terrestre, se había convertido en una ciencia, y el comandante poseía aun mayor importancia allí que aquí. El soldado raso, en tierra, podía reparar una necesidad de su oficial con su fusil, con su perseverancia, con su inteligencia; en la guerra naval decidían ante todo los movimientos de la nave, y éstos dependían en todo del comandante.

Pero, ¿quién, bajo el absolutismo feudal, podía convertirse en oficial? Tanto en la armada como en la administración del estado, los cargos elevados se convertían cada vez más en privilegios de la nobleza. No eran experimentados hombres de mar sino cortesanos ignorantes y blandos los que se colocaban a la cabeza de las flotas.

Hubiera sido un milagro si los franceses hubieran recuperado nuevamente la ventaja obtenida por Inglaterra; resulta sabido que todo incremento bélico francés traía consigo un incremento bélico por parte de los ingleses. Pero la mala conducción aumentaba aún más la desventaja en la que se hallaba el poderío naval francés frente al inglés. De nada sirvieron todos los sacrificios, el país se agotó sin ningún provecho para el comercio; por el contrario, las guerras navales llevadas adelante por Francia la dejaron en completa ruina. Todos los intentos que volvieron a hacerse una y otra vez en el siglo XVIII, de elevar el nivel de la flota francesa terminaron en el fracaso tan pronto se trataba de librar una batalla.

Si la política colonial francesa sufría por la ausencia de un poderío naval con capacidad de resistencia, ello no se debió a que los estadistas franceses pasaran por alto su necesidad, sino a que no estaban dados los supuestos para su creación; la política de ultramar sólo condujo a un derroche inútil de medios y vidas humanas, acelerando el derrumbe económico del país en el siglo XVIII.

De lo que España y los Países Bajos no fueron capaces, como es de tener a la vez un poderío marítimo y terrestre, tampoco lo fue la poderosa Francia. Hasta entonces ningún estado había logrado tal capacidad.

Después de un corto período de esplendor la política colonial de Portugal, de España y de Holanda había llegado a la decadencia. La política colonial de Francia careció de este período de brillo, desde el comienzo hasta el fin constituyó una ininterrumpida cadena de fracasos, excepto por muy escasas y breves victorias.

Todo lo contrario fue la política colonial de Inglaterra. Cuando se habla de las ventajas materiales y del auge económico que debe suceder a la adquisición de colonias, se piensa en Inglaterra; en efecto, este país debe su riqueza y el nivel del desarrollo económico que alcanzó frente a las demás naciones de Europa en gran parte a sus posesiones coloniales. Pero fue una verdadera y única concurrencia de circunstancias favorables la que le creó esta posición singular, y constituiría la cima de la necedad pretender alcanzar una posición similar por una imitación externa de la política colonial británica de los siglos XVII y XVIII.

Al igual que los Países Bajos, Inglaterra tuvo la fortuna de que la iniciación de su política colonial coincidiera con una lucha que terminaba victoriosamente contra el absolutismo feudal. La política colonial no le brindaba a éste un punto de apoyo, no se convirtió en un medio de sujeción de la actividad autónoma de la burguesía y de las clases más

bajas; por otra parte, la nobleza cortesana feudal, la Iglesia cortesana y la burocracia no se hallaban en situación de intervenir lesionando la política colonial. Ésta pudo así desplegar sus efectos benignos sobre el desarrollo económico, sobre el fortalecimiento del capital y de la industria con el mismo vigor que en Holanda, y aún con mayor vigor. Pues Gran Bretaña e Irlanda constituían juntas un poder de mayor magnitud que Holanda y la masa de la población podía soportar por un tiempo más prolongado los costos de la política colonial sin los perjuicios económicos de aquel género que llevaron a la ruina a los Países Bajos. Pero ante todo Inglaterra se diferenciaba de Holanda, para su ventaja, por su posición insular. Mientras que Holanda, para velar por sus riquezas y por su posición, debía ser igualmente fuerte en tierra que en el mar, debiendo por consiguiente hacer esfuerzos que finalmente la agotaron, Inglaterra pudo dedicar todas sus fuerzas al desarrollo de su potencia naval. Podía prescindir del mantenimiento de un gran ejército, y no se veía obligada a intervenir en las intrigas europeas sino según sus conveniencias.

A ello se agregó que su situación se conformara tanto más favorablemente para la dominación del comercio cuanto más se corría hacia el norte el centro de gravedad económico de Europa, cuanto más profunda la decadencia de Italia, España y Portugal, y cuanto mayor el auge de los Países Bajos y la Francia del Norte. El camino a los puertos de esos países fue dominado totalmente por Inglaterra.

Aun antes de que Inglaterra pudiera pensar en una política colonial o en una lucha abierta contra alguna de las grandes potencias marítimas, su favorable posición en el canal, a través del cual se movía la mayor parte del comercio marítimo europeo, había sido utilizada por arrojados marinos para la piratería y el contrabando, tácitamente tolerados por los gobiernos británicos, y que bien pronto fueron practicados en las costas de las colonias, principalmente las de España.

De esta actividad, menos copiosa que rentable, surgieron los primeros héroes navales de los ingleses.

Pero Inglaterra, gracias a su hegemonía marítima, no sólo supo conquistar colonias, sino que también supo administrarlas.

Su política colonial en las Indias Orientales adquirió una forma semejante a la de los holandeses. Una compañía privilegiada, la de las Indias Orientales (durante un tiempo fueron dos), obtuvo el monopolio del comercio de esta región y de la explotación de las tierras. Pero la compe-

tencia con los franceses provocó que esta compañía, una vez que hubo arraigado, se saliera del molde holandés.

A los comerciantes holandeses les interesaba primordialmente el comercio, se contentaron con la ocupación de puntos costeros y de islas. El colonialismo feudal, por el contrario, ponía gran énfasis en la conquista de grandes superficies de territorio. Hemos visto ya en qué medida se puso ello de manifiesto en la colonización de América por los países feudales de España y Francia. Los franceses habían seguido, originariamente, el ejemplo holandés en las Indias Orientales, pero a mediados del siglo XVIII Dupleix¹⁴¹, el gobernador general de las posesiones de la Compañía Francesa de las Indias Orientales, avanzó desde la costa y logró fundar un gran imperio con treinta millones de habitantes en el sur de la India, aunque sin poder afirmarse. Los cortesanos y burócratas de Versalles, que dirigían la compañía, no tenían idea de la significación de la empresa de Dupleix, y lo dejaron en la estacada. Los comerciantes ingleses entendieron mejor de qué se trataba, enfrentaron a los franceses con todo vigor y los vencieron en algunos encuentros, pero aun antes de que le hubieran inflingido una derrota decisiva la Compañía Francesa de las Indias Orientales renunció a su imperio y lo abandonó a su rival inglesa. Esta última continuó pues la obra de Dupleix, conquistó el sur de la India, y a continuación Bengala, poniendo así los cimientos del imperio anglo-indio, que, con su población en parte de una elevada cultura, igual a la de Europa (sin Rusia), constituyó desde entonces hasta nuestros días una de las fuentes de ingresos más ricas de la burguesía de Inglaterra. La burguesía inglesa se cuidó por cierto de poner en manos del estado este instrumento de poder y de riqueza. Sólo a mediados de este siglo se decidió a ello, cuando el poder del estado ya se encontraba totalmente en sus manos.

Aún más importante para el desarrollo no solamente de Inglaterra, sino de toda la humanidad, fueron los resultados producidos por sus colonias americanas.

El absolutismo feudal, que en la primera mitad del siglo XVII luchaba en Inglaterra por alcanzar la hegemonía, llevó, al igual que en España y Francia, a la emigración de numerosos elementos de oposición, principalmente

141. *Joseph François Dupleix* (1697-1763) fue gobernador general de las posesiones francesas en la India y uno de los principales artífices de la política francesa de expansión colonialista en el subcontinente. [N. del ed.]

elementos democráticos pequeñoburgueses y del campesinado pobre. Pero, mientras que los emigrantes españoles y franceses se perdieron para su patria, asentándose en otros países de Europa, proporcionando a éstos sus brazos y su habilidad, los emigrantes británicos se conservaron para Inglaterra. Es cierto que muchos de ellos se dirigieron en un comienzo, como tantos otros, a Holanda, que por aquel entonces era el único país con tolerancia religiosa y libertades burguesas; más, una vez que algunos precursores audaces lograron fundar un hogar por completo libre en las costas de América próximas a Inglaterra, en medio de una tierra inculta, le sucedieron bien pronto numerosos grupos de puritanos fugitivos. Verdad es que se trataba de una posesión inglesa la tierra en la que se asentaron, y si el absolutismo hubiera salido victorioso en Inglaterra se hubiera puesto fin también en «Nueva Inglaterra» a las libertades religiosas y burguesas. Pero, en ese caso, los estados de Nueva Inglaterra hubieran seguido su desarrollo tan lento y pobre como el vecino Canadá, donde los jesuitas, y los militares dominaban sin límite alguno.

Pero los Estuardo fueron derrocados, llegó la república, y cuando ésta cayó, y después de un corto período de reacción, la «gloriosa revolución» de 1688 trajo consigo un compromiso que condujo a que el poder del estado fuera compartido por la aristocracia del dinero y la aristocracia terrateniente, a la masa de la población se le negó la participación en la administración del estado, aun cuando se le concedió una amplia libertad de movimiento.

Con ello quedó asegurada la libertad de las colonias americanas, y si antes los fugitivos habían afluído en grandes cantidades para encontrar refugio en el páramo, ahora que el capitalismo había ascendido al poder en la madre patria, afluyeron tanto más desposeídos, atraídos por la posesión de tierras y por el bienestar. A mediados del siglo XVIII, cuando Canadá, que había sido colonizado con mucha anterioridad —como ya observáramos— sólo contaba con 80.000 habitantes de ascendencia europea, la población europea de aquellas colonias británicas que posteriormente habrían de formar los Estados Unidos contaban, según un cómputo, con 1.200.000 personas, cifra que se duplicó en 1775; ya era mayor que la de Escocia, e incluso que la de los Países Bajos.

Por primera vez en la historia de la política colonial moderna vemos surgir aquí un gran imperio colonial que no se funda en la explotación sino en el trabajo, que no reduce la cifra de la población del reino al que pertenece, sino que la incrementa, que representa un estado de ultramar

de igual jerarquía que aquel que le dio origen, e incluso superior, ya que, librado de las tradiciones hereditarias y de las trabas, lleva en sí el germen para el desarrollo de la cultura europea en un nuevo continente.

Pero si bien Inglaterra había de alcanzar una posición de poder en base a sus colonias relativamente pequeñas de América, que sobrepasaría ampliamente a la posición adquirida por Francia gracias a las enormes extensiones de tierra que había ocupado, también habría de provenir de allí la peor derrota jamás sufrida por el imperio británico.

Por más que la política colonial de Inglaterra superara ampliamente a la de las demás naciones, incluso a la de los holandeses, gracias a su situación interna, siguió siendo, empero, al igual que la de aquellas, una política monopolista y de explotación. No se protegían las colonias, recurriendo a todos los medios, con el fin de desarrollar allí a competidores. Las colonias americanas, al igual que las de las Indias Orientales, debían ser un medio de enriquecimiento del estado inglés y de sus clases dominantes. Verdad es que Inglaterra se abstuvo de conceder a una compañía comercial el monopolio exclusivo del comercio con las colonias americanas, pero impuso la prohibición de comerciar con embarcaciones que no fueran inglesas, importar mercancías de otros puertos que los ingleses y vender ciertas mercaderías a otros puertos que no fueran los ingleses. También les fue prohibido a los americanos todo tipo de industria superior, y sólo les fue permitido practicar las manufacturas más elementales. Finalmente, el gobierno inglés intentó también cargar de impuestos a las colonias americanas para el mantenimiento de los funcionarios y soldados enviados para sujetarlos.

Mientras la independencia de las colonias americanas se vio amenazada por un enemigo más peligroso, el absolutismo de la monarquía francesa, dieron pruebas de gran patriotismo y apoyaron celosamente y con éxito a la madre patria en su lucha contra los franceses. Pero cuando tales luchas terminaron con un resultado favorable para los ingleses, éstos no sólo habían inculcado a las milicias americanas un entrenamiento militar —Washington obtuvo en aquella época sus primeros laureles— sino que también, por su resultado, el parlamento *británico* se convirtió en el más próximo y peligroso enemigo de la independencia americana. La lucha entre los que hasta entonces habían sido camaradas de armas se hizo inevitable, y los americanos los combatieron con ayuda de los mismos franceses, a quienes pocos años atrás habían expulsado del territorio.

En 1763 la paz de París selló la pérdida de Canadá para Francia. Diez años después, las colonias americanas se encontraban ya en plena revuelta contra Inglaterra, y en 1776 declararon abiertamente su independencia. En 1778 se aliaron con Francia y veinte años después de la paz de París, la paz de Versailles confirmó la pérdida de las colonias americanas para Inglaterra y su emancipación.

Las luchas por la emancipación de las colonias americanas constituyeron el prólogo para la gran revolución francesa. Nuevas capas sociales llegaron al poder, surgieron nuevas necesidades económicas, y con ello la política colonial sustentada hasta entonces, y que había sufrido la bancarrota en todos los estados y traído una derrota tan grave para Inglaterra, se hizo totalmente insostenible.

Pero la consecuencia inmediata de la revolución francesa y de las guerras mundiales que le sucedieron fue una enorme ampliación del imperio colonial inglés. Mientras que los pueblos del continente europeo se desgarraban en sangrientas luchas de tierra, el poderío naval de Inglaterra arruinaba su comercio de ultramar y anexaba sus colonias que sólo en parte restituyó más tarde.

El recuerdo de estos días es utilizado ahora a efectos de hacer propaganda en favor del proyecto de flota. El ministro de guerra, von Gossler, señaló en la sesión del Reichstag del 21 de febrero que Napoleón había sido derrotado esencialmente por la carencia de una flota. En la guerra con España se vio imposibilitado de bloquear la costa y los ingleses introdujeron material y tripulación sin ningún obstáculo. Si Napoleón hubiera poseído una flota, hubiera vencido bien pronto a España. Igualmente, hubiera podido conducir la lucha contra Rusia sobre una base de desperficiones totalmente distinta de haber contado con una flota.

Supongamos que esta hipótesis es correcta, ¿qué es lo que prueba? ¿Había Napoleón subestimado la importancia de una flota? ¿Había desconocido la necesidad de una flota para la realización de sus planes? Con toda seguridad que no. En repetidas ocasiones hizo enérgicos intentos por crear una gran flota. Pero para la realización de sus planes no sólo necesitaba un poder naval en general, sino un poder naval superior al de los ingleses, y no pudo procurárselo, por mayores esfuerzos que hiciera.

Pero no por ello debía Napoleón ser derrotado, por la carencia de una flota. Pues, ¿quién lo forzó a ir a España y a Rusia?, ¿quién lo forzó a practicar una política mundial que sólo podía ser llevada adelante con éxito con una flota superior a la de los ingleses? Napoleón cayó en razón

de la desmesura de su política, por haber sobrestimado el rendimiento de los pueblos por él dominados. Ello fue lo que le ocasionó la ruina y el más hondo perjuicio a estos pueblos, por decenios.

Von Gossler está en lo cierto cuando nos trae el aleccionador ejemplo de Napoleón, pero no en el sentido por él afirmado. Desde Felipe II hasta Napoleón I, los hechos de la historia atestiguan de la manera más inequívoca que la aspiración de afirmar simultáneamente la supremacía en tierra y en el mar no ha sido lograda ni tan siquiera por las naciones mayores y más vigorosas de Europa y que ello no les acarreó más que el agotamiento y la ruina económica.

Política colonial del manchesterismo

La rebelión de las colonias americanas inauguró, al menos en relación con las colonias de trabajo¹⁴², el comienzo de una nueva política colonial de Inglaterra, que condujo finalmente a la concesión de una total autonomía administrativa a estas colonias.

Pero en mayor medida, aunque por las enseñanzas de las guerras americanas de emancipación, la política colonial de Inglaterra, y la de Europa en general, sufrió una transformación en razón del auge del capital industrial.

Los dos grandes factores revolucionarios de nuestro siglo no son el capital y el proletariado directamente, sino el capital *industrial* y el proletariado *industrial*. Los desposeídos, los proletarios, han existido por siglos, pero sólo la gran industria moderna configura, a partir de la masa de los desposeídos, una clase de cuyo trabajo depende la existencia de toda la sociedad. Hasta entonces habían sido superfluos para la existencia de la sociedad, sólo a partir de entonces pudieron volverse determinantes para su conformación. Así hubo también por siglos capitalistas, comerciantes y usureros, pero ellos no tenían intervención en la creación de la riqueza, sólo atraían hacia sí las riquezas ya creadas. Ellos no necesitaban un nuevo modo de producción, y por consiguiente tampoco tenían necesidad de crear una forma social especial. Al igual que la Iglesia católica,

142. Esto es, colonias ocupadas por pobladores europeos que se establecen para vivir de su trabajo, principalmente de la explotación de las tierras, en contraposición a las *colonias de explotación* en las que los europeos no se establecen para fundar allí una nueva patria basada sobre el propio trabajo, sino para explotar a la población nativa y volver a Europa con las riquezas adquiridas.

con la que tenían en común el buen estómago, los comerciantes y los usureros se han acomodado siempre a cualquier forma de sociedad, e incluso llegaron a configurar, principalmente estos últimos, un elemento conservador. Sólo cuando el capital se apodera de la industria surge, por su acción, un nuevo modo de producción que exige nuevas formas sociales, un modo de producción que no sólo revoluciona todas las condiciones técnicas y sociales heredadas, sino que, al encontrarse en una constante transformación, destruye toda estabilidad y toda creencia en la estabilidad de lo dado.

Los intereses del capital industrial en modo alguno coinciden con los del capital comercial y los de las altas finanzas —este fruto del capital usurario moderno— menos aun coincidían por cierto con los de las demás clases dominantes, del latifundio, de los militares, de la burocracia. Ello se puso cada vez más de manifiesto tanto en la política interna como en la política colonial a medida que el capital industrial alcanzó el poder en el estado y en la sociedad en la primera mitad de nuestro siglo.

Para las clases que en los siglos XVII y XVIII habían practicado la política colonial, las colonias eran consideradas en primera línea, como proveedoras de productos, de los que se tomaba posesión o bien a través de la violencia —por la conquista, pillaje, o gravámenes fiscales— sin ninguna compensación, o bien a través del monopolio comercial, a cambio de una compensación muy reducida, para venderlos luego mucho más caros en Europa. Sólo en segunda línea, secundariamente, se tomaba en cuenta a las colonias como mercados para la industria europea. En qué medida las Indias Orientales carecían de importancia en aquel entonces como mercado para los productos europeos lo muestran los reiterados lamentos de los economistas acerca de la constante y enorme pérdida de plata sufrida por Europa en razón del comercio con la India. Pero no se trataba sólo de que la India comprara pocos productos industriales europeos, ocasionando con el pago de sus mercancías una continua exportación de plata de Europa; sus mismos productos competían con las empresas industriales europeas, y, principalmente, en el caso de la industria textil. Se requirió una larga y violenta lucha competitiva hasta que los fabricantes de Lancashire triunfaron sobre los tejedores manuales de la India y pudieron pronunciar su sentencia de muerte, condenándolos a la inanición.

En mayor medida que las colonias de explotación, las colonias de trabajo eran consideradas como mercado para la industria de la madre

patria. Pero la guerra americana de emancipación había mostrado que no era posible mantener a la larga la monopolización de este mercado.

Así, pues, las colonias poseían un interés mucho más reducido para los capitalistas industriales que para aquellas clases que habían dominado la política, y con ello también la política colonial, en los siglos XVII y XVIII.

Desapareció el afán de expandir las posesiones coloniales y, a la vez, el tratamiento de las fuerzas de trabajo se suavizó frecuentemente.

Para los campesinos colonizadores y para los terratenientes, el nativo constituye o bien un obstáculo, o bien sólo tiene interés como animal de trabajo; lo esclaviza, y donde ello no es posible lo extermina. Los campesinos de los Estados Unidos, que tan enérgicamente habían luchado por los derechos del hombre, ponían precio a los cueros cabelludos de las mujeres y los niños indígenas, y los bóers¹⁴³, por cuya república el público monárquico alemán mostrara tanto entusiasmo, gozan de una triste fama, en sus distritos, como crueles señores de los negros nativos.

Tan despiadados como éstos son el burócrata y el soldado en las colonias. En general, no son los mejores elementos los que llegan a éstas: aventureros y sujetos malhabidos en la patria ocupan entre ellos un lugar importante. Lejos del control de la opinión pública de su país, enfrentados a una población indefensa, de un nivel cultural más bajo, a la que deben explotar y reprimir, los administradores de las colonias organizadas militar o burocráticamente adoptan con gran rapidez los bárbaros métodos de presión de los señores nativos, los cuales empero, dado su desconocimiento de las condiciones y la superioridad de su poder, provocan resultados mucho más pavorosos que en manos del despotismo primitivo.

Pero también el comerciante se comporta cruelmente ante el productor colonial cuya dependencia y miserable situación busca acrecentar para extraerle su producto al menor precio posible. Esto reviste su forma más terrible allí donde el comerciante, en lugar de arrebatarle los productos elaborados al productor colonial, toma él mismo en sus manos la elaboración de estos productos. Lo cual sólo resulta posible por la expropiación violenta y el esclavizamiento de la población, por la represión sangrienta

143. *Bóers*: colonos de origen neerlandés asentados en el sur de África que fundaron repúblicas independientes en el siglo XIX; su dominación se basó en la expropiación de tierras y en la explotación y sometimiento violento de la población africana, lo que les valió una reputación de extrema dureza colonial. [N. del ed.]

de todo intento de liberarse del despiadado yugo, y a través del comercio de esclavos en sus distintas formas, cuando los despojados indígenas sucumben con demasiada rapidez bajo los trabajos forzados.

El capitalista industrial no siente interés por todas estas atrocidades. Lo que él busca en las colonias son compradores, no le convienen los miserables esclavos sin dinero en efectivo en sus manos, ni tampoco los campesinos en estado de inanición que sucumben bajo el peso de los gravámenes o los estafados indígenas que ceden sus valiosos productos a cambio de bagatelas: todos ellos carecen de los medios para adquirir sus mercancías.

De este modo, el mismo capitalista industrial que en casa se opone sin escrúpulo alguno contra toda ley de protección del trabajo, y que flagela a mujeres y niños en sus cárceles, se convierte en las colonias en un filántropo, en un activo adversario del comercio de esclavos y de la esclavitud, y mientras que el comerciante marcha de la mano con los soldados y los burócratas, el industrial prefiere la acción pacífica del misionero, que busca proteger al indígena e inculcarle las necesidades europeas.

Mientras el capital comercial predominó en Inglaterra, este país se hallaba a la cabeza de las naciones que practicaban el comercio de esclavos. La paz de Utrecht (1713) fue ventajosa para los ingleses ante todo porque concedió a éstos el derecho de la importación de esclavos en las colonias españolas.

Cuando el capital industrial adquirió la hegemonía, Inglaterra se puso a la cabeza de las naciones que combatieron el comercio de esclavos y la esclavitud. En 1806 prohibió el comercio de esclavos, en 1838 abolió la esclavitud en sus colonias, alrededor de la misma época en que las atrocidades del sistema fabril forzaron a las primeras limitaciones serias del trabajo infantil. Marx, en *El Capital*, traza con incisiva ironía la comparación entre la ley fabril de 1833 que limitaba el trabajo de niños de nueve a trece años a ocho horas diarias, desde 1833, pero que hasta 1836 concedía una jornada de trabajo de doce horas diarias, y el acta de emancipación que abolió la esclavitud y que en el período de transición prohibió a los plantadores ocupar a un adulto negro por más de cuarenta y cinco horas semanales. La jornada normal de trabajo del negro de las colonias, de aquel entonces —siete horas y media— constituiría aun ahora, después de dos generaciones, un enorme progreso para los trabajadores libres de las naciones civilizadas.

Al igual que en Inglaterra, el capital industrial de los Estados Unidos también inició una campaña contra la esclavitud de los estados sureños, mientras que el capital comercial defendía el mantenimiento de la esclavitud. Resulta significativo el hecho de que los mismos capitalistas ingleses que habían intervenido en favor de la abolición de la esclavitud en las Indias Occidentales tomaron el partido de los estados esclavistas en la guerra de Secesión. Por cierto, que no se trataba para ellos de la producción de azúcar y ron, sino de algodón, el elemento vital para su industria.

Mano a mano con el creciente liberalismo de la política colonial iba la creciente indiferencia frente a nuevas adquisiciones coloniales.

La industria británica de exportación había crecido con demasiado ímpetu como para que el imperio colonial inglés, por más extenso que fuera, pudiera absorberla. En el año 1854, el primero del que poseemos datos exactos, el valor de la exportación de productos británicos del Reino Unido ascendió a noventa y siete millones de libras esterlinas, de los cuales sólo una tercera parte, alrededor de treinta y tres millones, se dirigió a las Indias Británicas, frente a veintiún millones a los Estados Unidos.

La monopolización del mercado colonial no ofrecía sino escasas perspectivas a la industria inglesa; y tanto más podía renunciar a la misma cuanto más podía hacer frente a sus competidores. Mayor importancia que los mercados de las colonias adquirieron los de los estados independientes, cuya explotación sólo podía ser lograda a través del librecambio, lo opuesto precisamente al monopolio. Lo que la industria inglesa de exportación necesitaba y por lo que se esforzaba no era una política colonial, sino una política mercantil, los acuerdos de contratos comerciales, la promoción de las comunicaciones, la iniciación de los contactos comerciales, el desarrollo de relaciones consulares y otras semejantes.

Pero, igualmente necesario se hizo también el mantenimiento de la paz.

El capital huye del tumulto y de la lucha, y su naturaleza es medrosa —afirma un escritor inglés citado por Marx en *El Capital*—. Ello es verdad, pero no es toda la verdad. El capital siente horror por la ausencia de beneficios o por beneficios muy reducidos, como la naturaleza siente horror ante el vacío. Con los beneficios adecuados, el capital se vuelve osado. Asegurado el diez por ciento, puede ser puesto en práctica por doquier; con el veinte por ciento, se vuelve activo; con el cincuenta por ciento, positivamente osado; con el cien por cien, aplasta con su pie todas las leyes humanas; con el trescientos por ciento ya no existe crimen que no arriesgue —incluso si corre el peligro de ser colgado.

Si se mira más detenidamente se percibe que esta osadía es propia en una medida mucho mayor del comercio que de la industria. Cuanto mayor el peligro, tanto mayor el premio por el riesgo corrido, tanto más elevados los beneficios; esto vale sobre todo para el comercio, que extrae sus ganancias del aprovechamiento de las circunstancias favorables. Sólo el que arriesga gana.

La industria, por el contrario, para prosperar necesita de condiciones regulares y ordenadas. «El tumulto y la lucha» elevan el riesgo, pero no la prima de riesgo de la industria. Pero existe aún otra diferencia entre la industria y el comercio, que debe ser considerada aquí. El capitalista industrial hace la guerra competitiva tanto en el mercado interno como en el mercado industrial, principalmente a costa de sus trabajadores. La agudización de la lucha competitiva lleva a la agudización de las contradicciones de clase dentro de las naciones industriales, a la incitación de la lucha de clases.

El comerciante, por el contrario, sólo enfrenta a un adversario: al comerciante competidor. Toda agudización de la lucha competitiva lleva a una agudización de las contradicciones de los comerciantes entre sí. Mientras que el capitalista industrial tiende ante todo a fortalecer su posición de poder frente a los trabajadores asalariados, el comerciante busca incrementar su poderío frente a sus competidores, busca la monopolización del mercado, lo que en el comercio internacional sólo puede lograrse por la fuerza de las armas.

A esta circunstancia atribuimos el hecho de que los estados mercantiles hayan sido siempre belicistas, desde Atenas y Cartago en la Antigüedad, hasta Génova y Venecia en la Edad Media, e Inglaterra y Holanda en los tiempos modernos. Pero cuanto mayor es el predominio que alcanza el capital industrial, y principalmente la producción para la exportación, tanto mayor es la necesidad de paz de las naciones capitalistas. Esto se ve con la mayor claridad en la Inglaterra de nuestros días, que en el siglo pasado y aun a comienzos de éste fue uno de los estados más agresivos de Europa y que hoy no se deja arrastrar a una guerra ni por la más fuerte de las provocaciones.

El capitalismo manchesteriano no predicaba solamente el librecambio, sino también la paz.

Pero la paz no resulta compatible con la apetencia de nuevas adquisiciones coloniales. Cuanto más extenso el imperio colonial, tanto más numerosos los puntos que pueden conducir a conflictos bélicos, y todo

nuevo territorio ganado no solamente multiplica el número de estos puntos críticos, sino que incita también a los vecinos a hacer lo propio, aumentando así, por su parte, el peligro de choques antagónicos.

Teniendo en cuenta todo esto, no habrá de causar extrañeza el fenómeno señalado por Max Beer en *Die Neue Zeit*, en su artículo sobre el imperialismo inglés (xvi, 1, p. 302), de que las colonias inglesas de la época del manchesterismo debían ser consideradas como un residuo del antiguo estado aristocrático, más perjudicial que beneficioso. Resulta muy sintomático el pensamiento de Disraeli, del año 1852, citado por Beer: «Las colonias son piedras de molino que penden de nuestro cuello.»

Cuanto mayor difusión encontró el manchesterismo en Europa, tanta mayor aceptación encontraron por todas partes estas ideas, y así vemos que la fiebre colonial acaba por completo y que desde los años cuarenta hasta bien entrados los años setenta no puede registrarse ningún desarrollo de importancia de los territorios coloniales, si hacemos abstracción de la expansión del territorio ocupado en Australia y África del Sur, provocada por el incremento de la población campesina de aquellas regiones y por los hallazgos de oro, y no por las necesidades del capital industrial europeo.

Los dos únicos territorios de extensión que el siglo xviii había dejado para que tomaran posesión de ellos los europeos eran África y China. En África competían entre sí las naciones capitalistas europeas en la empresa de viajes de exploración, en la iniciación de relaciones comerciales, en la apertura de rutas comerciales. Pero al mismo tiempo se comprometían mutuamente a velar por la «integridad» de los reinos indígenas.

Inglaterra, en el período mencionado, declaró tres veces la guerra a China, en 1840, 1856 y 1860, pero en ninguna de estas guerras se trataba de la adquisición de monopolios o territorios; sólo se pretendía forzar al imperio chino a abrir sus puertas al comercio con todas las naciones. En las dos últimas guerras se aliaron Inglaterra y Francia, las mismas potencias que en el siglo pasado se habían enfrentado tan duramente en la lucha por sus posesiones coloniales. La guerra de 1840 terminó con la adquisición de un puerto, Hong Kong; las otras dos, pese a que en una de ellas los aliados habían llegado hasta las puertas de Pekín, terminaron sin cesión territorial alguna, no obstante que el enorme imperio se hallara indefenso a los pies del vencedor. Pero éste en modo alguno pensaba cargar con tal presa. Todo lo que pretendía era el aseguramiento del libre comercio, al menos en ciertos puntos.

No era el humanitarismo o la modestia lo que no les permitía exigir más: la guerra de 1840 fue desencadenada por la importación del opio, y los saqueadores del palacio imperial de verano en Pekín eran todo, menos modestos. Fue la convicción de que cualquier expansión ulterior de los territorios de ultramar resultaría más perjudicial que beneficiosa para los intereses capitalistas lo que los movió a no violar la integridad del imperio chino.

¿Y en la actualidad? Vemos hoy un ajetreo y una caza desenfrenada en pos de adquisiciones territoriales en África y China, bajo la convicción generalizada de que sólo así se posibilitaría la supervivencia de la sociedad. Ha sido nuevamente revitalizado con todo vigor el arancel proteccionista junto a los premios y subvenciones de exportación para las ramas de la producción en crisis, y sólo faltan los monopolios y las guerras mercantiles para ir a parar en las máximas de la economía mercantilista.

¿Qué es lo que ha acontecido en los dos últimos decenios? Los manchesteristas, ¿eran socialdemócratas que pretendían ahogar el modo de producción capitalista por medio de la limitación de los mercados? ¿O se trataba de ideólogos poco prácticos que no entendían su negocio? Habría que pensar que si alguien representaba los intereses de la industria exportadora y entendía la necesidad de crear mercados de venta, no podían ser otros que los manchesterianos.

Y si así se pone a mayor atención se perciben también que no fueron las necesidades del desarrollo industrial las que crearon la fase más reciente de la política colonial sino, por una parte, las necesidades de aquellas clases sociales cuyos intereses se contraponen con los del desarrollo económico, y, por otra parte, las necesidades de los estados cuyos intereses entran en contradicción con el progreso de la civilización. En otras palabras, al igual que la política aduanera proteccionista, la fase más reciente de la política colonial es obra de la reacción; no es en absoluto necesaria para el desarrollo económico, sino, por el contrario, perjudicial en muchos aspectos. Esta política no proviene de Inglaterra, sino de Francia, Alemania y Rusia; por lo general Inglaterra sólo participa de la misma en la medida en que obedece a la necesidad, no por propio impulso, no agresivamente, sino a la defensiva.

El expansionismo ruso

El caso de Rusia es exactamente el opuesto al de Inglaterra. Si ésta ha estado protegida de toda agresión europea por su posición insular, Rusia lo estaba por el carácter inhóspito de sus extensos y poco poblados territorios. Rusia, al igual que Inglaterra, sólo necesitaba intervenir en los asuntos europeos cuando ello le convenía; de los conflictos europeos podía sacar ventajas únicamente si se conducía con habilidad. Si Inglaterra, por otra parte, debido a su posición insular estaba predestinada sobre todo a incrementar sus posesiones a través de la expansión de ultramar, Rusia, por su posición geográfica, estaba predestinada a convertirse en una potencia asiática. Ya muy tempranamente tomó posesión de Siberia. Lo que llevó a los rusos a esta región fue lo que por la misma época atrajo a los franceses a Canadá: el comercio de pieles. Ya durante la Edad Media había adquirido una gran importancia el comercio ruso de pieles. Poco después de que los rusos hubieran rechazado a los mongoles y adquirido vía libre hacia el este, los cosacos cruzaron los Urales (1577) en pos de los costosos animales de pieles finas. En 1639 habían ya arribado a las costas del Océano Pacífico el que atravesaron para ocupar también la península de Alaska, todo ello por su afán de animales de pieles finas. Nadie sospechaba aún la existencia de riquezas auríferas en Alaska.

No fue la región del sur, más fértil, sino la inhóspita, aunque rica en pieles región del norte de Siberia, la primera en ser ocupada por los rusos.

Pero hasta bien entrado nuestro siglo, Rusia no prestó sino una escasa atención a sus posesiones asiáticas. Fuera de los comerciantes en pieles sólo enviaba allí a criminales y otras gentes de las que quería verse libre.

Su atención se orientaba hacia Europa. El absolutismo ruso había tomado sus instrumentos de poder del Occidente —la burocracia y el ejército—, y mientras el absolutismo burocrático y militar dominó en Europa, el Occidente «corrupto» constituyó el ideal no sólo de los elementos liberales, sino también de los gobiernos del imperio zarista. Éstos se esforzaron por todos los medios en acercarse a Occidente, e incluso por el medio convertido en habitual de la conquista. Este medio era también necesario para el desarrollo del comercio ruso, para llegar a la gran ruta comercial, al mar. Rusia trató de llegar al mar Báltico y expandirse en sus costas a expensas de Suecia y Polonia, e igualmente de llegar al mar Negro a expensas de Turquía. Pero sus afanes iban más allá aun, y buscó abarcar este mar desde el este y el oeste, convertirlo

en aguas rusas, y finalmente, conquistar Constantinopla, la llave de la cuenca oriental del Mediterráneo.

De ese modo, empero, entró en conflicto con Inglaterra. Este país no podía admitir en modo alguno la expansión de la poderosa Rusia, proteccionista y monopólica, a costa de la débil Turquía, que necesariamente debía condescender con el libre comercio, ni tampoco la conquista de un punto comercial y estratégico de la importancia de Constantinopla. Mientras que otras potencias europeas se mostraron indecisas en muchas ocasiones frente a Rusia, dejándose atraer por las perspectivas de una repartición de Turquía y la participación en la presa, este señuelo no podía causar efecto sobre Inglaterra. La pérdida para Inglaterra no iba a ser menor si una parte de Turquía caía en manos del proteccionismo austríaco en lugar de hacerlo en manos del proteccionismo ruso.

Por consiguiente, en lo que respecta a la cuestión oriental Inglaterra adoptó siempre una posición de vanguardia en la lucha contra Rusia. Ésta no podía competir con el imperio británico por mar; pero la región más importante y más extensa de éste, la India, podía ser alcanzada por Rusia por vía terrestre. Aquello que Napoleón había intentado en vano, la lucha contra Inglaterra en la India, podía ser emprendido con mejores perspectivas de éxito por Rusia.

Por cierto, que este país, como ya hemos visto, no poseía la importancia, que con frecuencia se le atribuye, para la industria y también para el comercio británico. En 1892, del total de la exportación de productos británicos por valor de 227 millones de libras esterlinas, sólo veintiocho millones correspondieron a la India. En aquel entonces, el total de las importaciones de Inglaterra ascendía a 424 millones de libras esterlinas, de las cuales sólo treinta millones procedían de las Indias Británicas. Aún hoy la India resulta mucho más importante como territorio de exportación que como territorio de colocación de mercancías. Todos los puestos lucrativos de la administración, de la justicia, del ejército, etc., bien numerosos por cierto en el imperio anglo-indio, están en manos de ingleses, los que sólo vienen a este país para reunir riquezas y abandonarlo nuevamente. La India debe enviar anualmente cuatro millones de libras solamente en calidad de pensiones para estas personas.

A ello se agrega la importancia que ha adquirido para las altas finanzas, para la clase de los comerciantes en dinero, aquellos señores que están a la cabeza en el reino del capital. Bajo la influencia inglesa se construyeron numerosas obras de irrigación y ferrocarriles con capital inglés. A

ello se agregan las numerosas empresas privadas fundadas con dinero inglés y que arrojan beneficios que fluyen hacia Inglaterra. Según los datos mencionados por Ernst Hasse en el *Diccionario de ciencias políticas*, de los ochenta y dos millones de libras de los gastos del presupuesto hindú (éstos corresponden a 1892; desde entonces estos gastos han experimentado un incremento considerable), veintiún millones —más de cuatrocientos millones de marcos— fluían a Inglaterra. Por consiguiente, el monto total de lo que Inglaterra extrae año a año de la India supera con toda seguridad los quinientos millones de marcos.

No se deja escapar espontáneamente una presa tan considerable. Sin embargo, el dominio que Inglaterra posee sobre la India es bien precario. Es cierto que las clases más inteligentes del país reconocen que el dominio británico, pese a toda la explotación, ha promovido el desarrollo económico más allá de lo que hubiera sido capaz el despotismo nativo. También reconocen que en este abigarrado reino no existe aún una unidad nacional, que la expulsión de los ingleses no significaría la emancipación nacional sino el sometimiento a otra potencia, y que de ningún otro régimen extranjero podrán esperar el grado de libertad y administración racional que les concedió el dominio de la democrática Inglaterra en los últimos decenios. El régimen ruso sería decididamente peor.

Pero de todos modos, y pese a que el inglés era el más moderado entre todos los explotadores posibles para la India, se trataba no obstante de un explotador, y un explotador de un pueblo que vivía en condiciones de ningún modo satisfactorias. La gran masa del pueblo, en su ignorancia, sólo ve su miseria; actual y espera un alivio de cualquier cambio una examina si éste puede provocar un incremento de su miseria. Por consiguiente, el régimen inglés no puede esperar un apoyo de la población en la India en caso de ser atacado por un enemigo exterior; por el contrario, debe contar con que ella apoyará al mismo.

Pero para fortuna del dominio inglés, la India es un país de difícil acceso. La ruta marítima se halla dominada por Inglaterra, quien «incorporó» el territorio del Cabo en las guerras napoleónicas. Por tierra se halla protegida por una terrible cadena de montañas, las más elevadas de la tierra, a las que se anteponen extensos desiertos. El peligro de éstos fue experimentado por una expedición militar de Rusia en 1839, enviada contra Bujara, que se vio forzada a emprender el regreso por falta de agua y por las tormentas de nieve, después de la pérdida de un tercio de sus hombres. Es cierto que Rusia amplió constantemente su territorio en

Asia Central a expensas de la India, pero sólo fue capaz de emprender una ofensiva abierta contra este reino cuando tuvo a su servicio los medios modernos de comunicación, al construir un ferrocarril que atravesaba el desierto desde el mar Caspio (1880-1888).

A partir de este momento el peligro ruso se hizo amenazador para la India y con toda seguridad puede esperarse que la próxima guerra entre ingleses y rusos ha de traer consigo un ataque de los rusos a la India.

Preservarse de este ataque se convirtió en una tarea perentoria para los ingleses. Desde 1887 anexaron, una tras otra, las zonas fronterizas del territorio montañoso de Afganistán, intentando convertir a este país en su vasallo e iniciando así una guerra contra las poblaciones fronterizas; pero ello no se produjo por culpa de la «insaciable ambición territorial del pueblo mercantilista», sino por el afán de controlar la vía de incursión a través de la cual tantos conquistadores arios y mongólicos habían ya penetrado en la India. Se trataba únicamente de una reacción natural frente al avance incontenible de Rusia, próxima ya a las fronteras de la India.

Pero, además del ferrocarril de Asia Central hay otro medio moderno de comunicación que amenaza a la India; el Canal de Suez, que convierte a Inglaterra en uno de los grandes estados europeos más alejados de la India. El camino a la India es ahora mucho más corto para Francia y Rusia, lo que resulta tanto más peligroso desde que Rusia creara una potente flota de guerra en el mar Negro.

En vano se opuso Inglaterra a la construcción del Canal de Suez. La influencia de Francia sobre Egipto era superior a la propia, y el canal quedó terminado en 1869, justo antes de que se derrumbara la potencia de su protector. Una de las consecuencias de este derrumbe fue el rompimiento de la paz de París de 1856, que había prohibido a cualquier potencia mantener una flota de guerra en el mar Negro.

Hubiera significado abandonar a la India a sus propias fuerzas en una futura guerra si Inglaterra no hubiera cuidado de asegurarse el camino marítimo hacia las Indias Orientales bajo estas nuevas circunstancias. La ocupación de Chipre en 1878 y la de Egipto en 1882 fueron las consecuencias naturales de los acontecimientos que acabamos de narrar; por múltiples que hayan sido las influencias que actuaron en estos acontecimientos, el momento decisivo fue, en última instancia, de naturaleza defensiva y no agresiva.

Las relaciones entre Rusia e Inglaterra han sufrido algunas modificaciones en los últimos decenios, pero apenas si se han hecho más cordiales.

Desde que en Occidente irrumpieron las formas estatales parlamentarias, el gobierno zarista ya no siente apetencia por los progresos en sentido occidental, tampoco en el ámbito de la adquisición de territorios. Y desde que Rumania y Bulgaria se mostraron capaces de hacer ostentación de arrebatos autonomistas, perdió las ganas de disgregar la Turquía europea.

Pero en el ínterin surgió en Rusia una vigorosa industria capitalista que se desarrolló rápidamente y que debido a la pobreza del campesinado ruso no puede ya arreglárselas con el mercado interno. Pero esta industria no es competitiva en el mercado mundial; sólo puede imponerse allí dónde el poder del estado le asegura el monopolio, o al menos ventajas amplias frente a los competidores. La industria rusa no necesita tanto de la expansión del mercado mundial como de la conquista de mercados y de la exclusión de éstos de las industrias competidoras de otras naciones, vale decir, requiere de una política proteccionista y de conquista, siguiendo los modelos del siglo pasado.

Por consiguiente, Rusia busca expandirse cada vez más no hacia Europa, sino hacia Asia, para satisfacer a su industria. Es así como se anexiona una región tras otra del Asia Central e intenta convertir en sus vasallos a Persia y Afganistán, y adquirir la mayor cantidad posible de tierras en el norte de China. Pero en aquellos lugares donde logra asentarse, hace todo lo posible para excluir las industrias extranjeras por medio de derechos aduaneros y de toda suerte de trabas. En consecuencia, la expansión de Rusia significa la restricción del mercado ante todo en perjuicio de Inglaterra, pero también de las demás naciones cuyas industrias manifiestan interés por el librecurso.

La política colonial de las fuerzas reaccionarias

Pero desde veinte años atrás, hay otras naciones de Europa que trabajan en la misma dirección. El «monótono» manchesterismo ha sido superado por doquier, excepto en Inglaterra. El fin de los años sesenta trajo a Europa, aun cuando de manera incompleta, el cumplimiento de aquello por lo cual los combatientes de 1848 habían luchado en vano, proporcionó a la élite de los trabajadores ingleses el derecho de sufragio, a Austria, una constitución parlamentaria, a Alemania, el derecho de sufragio universal y la unidad, a Francia, la república.

Pero estas libertades tuvieron un efecto distinto en el continente que en Inglaterra. La gran industria capitalista es aquí omnipotente, el capital industrial y el proletariado industrial dominan aquí la situación. El manchesterismo sólo puede ser superado en sentido proletario, esto es en el sentido del socialismo, y ya se han dado los primeros pasos para ello. En ningún lugar las leyes de protección al trabajo han alcanzado un desarrollo tan elevado, en ningún lugar la perspectiva política y social ha desalojado hasta tal punto la perspectiva fiscalista de los organismos estatales y comunales.

Pero tanto más segura es la posición que el manchesterismo posee en Inglaterra frente a la reacción económica: nadie atenta contra las libertades de coalición, de asociación, de tránsito, del comercio.

Otra cosa sucede en el continente. Encontramos aún allí, por doquier, una numerosa pequeña burguesía, y un campesinado aun más numeroso. Constituyen en la mayoría de los estados la mayor parte de la población, y ellas, y no el proletariado, se constituyeron en primer lugar en los señores de la situación gracias a las conquistas democráticas. Pero sólo aparentemente, pues la pequeña burguesía y el campesinado nunca supieron hacer una política independiente. En un comienzo, cuando aún se esperaban maravillas de la nueva libertad política y económica, marcharon a unidos con el liberalismo. Pero pronto debieron percatarse de que la gran industria sólo les traía ruina. Esta desaloja la manufactura y reduce a la miseria al campesinado, debido a la protección otorgada a la competencia de medios de subsistencia de ultramar. No es de extrañar, pues, que tales clases se apartaran del manchesterismo y que abandonaran la conducción a aquellas clases que por sus contradicciones con la burguesía industrial siempre se opusieron a ésta, es decir ante todo al gran latifundio. Aun cuando éste en ninguna parte ha encontrado un desarrollo mayor que en Inglaterra, posee empero un poder político mucho más amplio en el continente que aquí.

A ello se agrega otro factor. En Inglaterra, todos los adelantos modernos, tanto los del capital como los del proletariado, se conquistaron a través de la lucha de la masa del pueblo. Pero en el continente la masa del pueblo se hallaba sojuzgada en todas partes, y las conquistas modernas fueron el resultado de las victorias (y por cierto, con mayor frecuencia aun, de las derrotas) de los ejércitos de los estados en particular. Un militarismo que, aunque se sustentaba en el servicio militar obligatorio admitía a la vez la separación entre el pueblo y las castas de oficiales de

profesión; este militarismo que había triunfado con los prusianos, les fue impuesto a todas las grandes naciones del continente junto con la conquista de las libertades.

Pero la casta de los oficiales se reclutaba principalmente entre el gran latifundio, los intereses de ambos se hallaban estrechamente enlazados. El incremento del poder de uno debía llevar al incremento del poder del otro.

Existe aun otra diferencia entre Inglaterra y los grandes estados del continente: todos éstos pasaron por un período de absolutismo, el que no sólo dominaba a través del ejército sino también a través de la burocracia centralizada, la cual eliminó toda autonomía de la población. Los movimientos democráticos aspiraban a quebrar la omnipotencia de la burocracia, aspiraban aun desarrollo autónomo de la administración por las clases en decadencia, desesperadas de sí-mismas y de su fuerza, apelan a su vez al estado, no como a un instrumento, sino como a una entidad colocada por encima de ellas. Pero este poder estatal que se coloca por encima del pueblo no es sino el poder de la burocracia, que bajo estas circunstancias se acrecienta igualmente.

Todos estos factores se aúnan para poner fin al manchesterismo; uno critica en él la libertad de agremiación, el otro la libertad de comercio, un tercero, el derecho de traslado, el cuarto, la política absoluta de paz, el quinto la oposición frente a la tutela de la burocracia.

El proletariado nunca supo bien qué posición adoptar frente a estas corrientes. Sus primeras luchas se habían orientado naturalmente contra el manchesterismo, y el capital industrial constituía su enemigo más próximo. ¿No debía acaso ver en la nueva orientación antimanchesteriana un aliado, o al menos un adversario que no debía ser especialmente combatido? ¿No era acaso lo más conveniente constituirse en espectador satisfecho del aniquilamiento mutuo del liberalismo manchesteriano y la reacción, del capital y los poderes del pasado? La tentación era tanto mayor en la medida en que la reacción económica se había apoderado de la fraseología socialista. Ella no poseía una ideología propia para oponerla a la teoría manchesteriana. Con las aspiraciones económicas del pasado se rehabilitaban también los poderes espirituales del pasado. La Iglesia adquiere un nuevo poder. Sin embargo, en el siglo del vapor y de la electricidad ya no resultan suficientes Santo Tomás de Aquino o la historia de los Apóstoles. Y así, los teóricos de la reacción —muchos de ellos sacerdotes— remozaron a Santo Tomás con referencias a Lassalle y a Marx.

Sin embargo, el proletariado en ninguna parte se dejó engañar por mucho tiempo por este género de socialismo, y la socialdemocracia se constituyó en su enemigo más peligroso y decidido.

La burguesía siguió otro camino. Por sí sola no estaba en condiciones de ofrecer resistencia a la reacción y sólo podía terminar con ésta aliándose con el proletariado. Pero desde junio de 1848 y mayo de 1871, la burguesía del continente siente un pánico incontenible ante el proletariado; al igual que en 1848, también en esta ocasión traiciona la causa de la libertad burguesa, no sólo política, sino también económica, por temor al proletariado. El capital se alió con la reacción y junto a ésta combatió al proletariado.

De tal modo, la socialdemocracia en sus luchas prácticas, se ve enfrentada a una tarea mucho más difícil en los grandes estados de la Europa continental que en Inglaterra. Para la elevación del proletariado debe luchar contra el capital, pero, al mismo tiempo, para salvaguardar el progreso económico debe defender los fundamentos de la producción capitalista contra los embates de la reacción; debe superar al manchesterismo, y, sin embargo, constituye por doquier la única protección vigorosa de aquellas exigencias del mismo que significan un progreso frente al absolutismo corporativo, burocrático y militar.

De esta situación ha surgido la nueva política colonial, el afán de los estados europeos por adquirir nuevas colonias. La aprobación de la ley socialista la ensalza. Es cierto que el capital industrial también pretendía obtener sus ventajas de esta política, pero ello no constituye el motivo principal del movimiento colonial. Las fuerzas principales que dan impulso a la fase más reciente de la política colonial la constituyen el militarismo que anhela la acción y el avance; la burocracia que suspira por el incremento del número de cargos rentables, la decadencia de la agricultura que ahuyenta a tantos campesinos de su terruño, y obliga a los hijos más jóvenes de la propiedad latifundista a buscarse puestos que requieren pocos conocimientos pero tanto más brutalidad; la codicia creciente de la Iglesia, que también pretende alcanzar riquezas y honores en las regiones salvajes y que puede obtener éstos con mayor facilidad bajo la protección estatal y, finalmente, el poder creciente de las altas finanzas y su necesidad cada vez mayor de hacer negocios exóticos; éstas son las principales fuerzas motrices de la fase más reciente de la política colonial.

El monto del plusvalor anualmente acumulado es tan enorme que en la mayoría de los estados capitalistas ya no resultan suficientes las

necesidades de la industria, del comercio y del estado y de las comunas para proporcionar al creciente capital posibilidades de inversión.

Una parte cada vez mayor del mismo debe salir del país y buscar colocación en el extranjero. Las altas finanzas son las que intervienen en este proceso y que realizan allí sus mejores negocios. Los mejores, empero, los realiza bajo la protección de su propio estado —ya que el poder estatal se ha vuelto totalmente dependiente de las mismas. Y es así como lo impulsan a la adquisición de colonias en las cuales hacer sus negocios sin control alguno pero con la protección del estado.

Los estadistas continentales cedieron a estos afanes tanto más dispuestos cuanto menos satisfactoria era la situación interna en sus respectivos estados, lo que ocasionaba que prefirieran orientar su atención al exterior. Y la masa de las clases insatisfechas y pauperizadas, que no puede ayudarse a sí misma y que espera tanto más fervorosamente al mesías, gustosamente se inclina a pensar que cualquier hecho puede ser liberador. Al igual que el médico que sin creer en sus poderes curativos prescribe una medicina al enfermo, para tranquilizarlo, *ut aliquid fecisse videatur*¹⁴⁴, la política colonial le es presentada a las «clases productivas» como el medio que promete una vida económica floreciente.

No han faltado las razones aparentemente fundadas que apoyaban la necesidad de adquirir nuevos territorios de ultramar. Se afirmó por allí, en primer lugar: debemos conservarle a la patria la posibilidad de emigrar. Sin embargo, aquella nación que hoy es una de las más activas en la expansión de su imperio colonial precisamente sufre por el escaso crecimiento de su población. En este caso, la política colonial, que exige tantas fuerzas, que devora tantas vidas, significa directamente un perjuicio para las fuerzas del pueblo.

La situación se presenta mejor en Alemania. No carecemos de exceso de población y la emigración es suficientemente vigorosa. ¿Pero de dónde sacar las colonias para esta emigración? Cuando se inició la nueva política colonial, a fines de los años setenta, sólo podían encontrarse tierras que pudieran ser adquiridas sin guerras en los territorios polares y en los trópicos, en África y Asia. Ninguno de estos territorios sirve para la colonización de campesinos europeos —y son éstos los primeros que entran en consideración para toda colonia de trabajo. En su época

144. «Para que parezca que se ha hecho algo», locución latina utilizada de forma irónica para aludir a medidas meramente aparentes o carentes de efectos reales. [N. del ed.]

se pintó con los colores más brillantes la significación que habría de adquirir Angra Pequeña y el África Oriental para la emigración alemana; todo ello, empero, no fue más que un engaño.

Ahora bien, podría plantearse la hipótesis de que Alemania habría de adquirir territorios apropiados para la colonización por alguna guerra, y hay personas que ya dirigen su mirada codiciosa al sur del Brasil. Pero aun suponiendo el caso de que el reino alemán quisiera emprender la guerra, no sólo con el Brasil sino también con los Estados Unidos y acaso otras potencias internacionales, las perspectivas de asegurar de ese modo la emigración alemana para la patria no mejorarían de todos modos. No hay que olvidar que las colonias anglo-americanas, que son las primeras que se tienen en cuenta cuando se habla de colonias de trabajo, no fueron fundadas por el gobierno de su país, sino por fugitivos que sabían preservar su libertad frente a la madre patria; y si Australia y Canadá, además de los Estados Unidos, atraen a tantos colonos en la actualidad, ello es debido a la autonomía administrativa amplia concedida por la madre patria. ¿Podemos nosotros esperar que Alemania conceda las libertades republicanas a alguna de sus colonias?

Las clases que hoy llevan adelante la política colonial en Alemania son las mismas clases que llevaban adelante la política colonial francesa del siglo pasado; y así como éstas se mostraban incapaces de llevar a cabo una colonización, lo propio ocurre con aquellas. Los hugonotes emigraron por millares de Francia, pero a ninguno se le hubiera ocurrido dirigirse a Canadá o a Luisiana, regiones que se afanaban por atraer colonos franceses. Allí dominaban los mismos burócratas y los mismos soldados jesuitas que en Francia, y ello basta para ahuyentar a los emigrantes franceses. Y así también los colonos alemanes de la actualidad no irán a asentarse en un país en el que encontrarían al mismo oficial de reserva, al mismo prefecto, al mismo sargento del que acababan de escapar, y seguirán prefiriendo, ahora como antes, emigrar a los Estados Unidos o a una colonia inglesa. Por otra parte, no hace falta retrotraernos al siglo pasado para percibir en qué medida el militarismo y la burocracia constituyen obstáculos para el desarrollo de una colonia de trabajo. Francia está pasando en este siglo, en Argelia, por la misma experiencia por la que pasó en Canadá. Pese a que este territorio ocupado por los franceses en 1830 se encuentra muy próximo a la madre patria, y pese a todo lo que se hace para atraer colonos, y principalmente desde 1871, año en que se estableció un gran número de alsacianos, el incremento,

de la población europea es relativamente escaso. En 1871 se contaban allí doscientos cincuenta mil europeos; en 1896, quinientos mil, de los cuales la mitad eran franceses. Esta población, empero, no se mantiene por sí misma, y sólo puede ser mantenida a costa de grandes desembolsos. En 1887, los ingresos estatales en Argelia ascendían a 43,7 millones de francos, los gastos a 120,3 millones de francos. El déficit debió pagarlo la madre patria. Desde 1830 Argelia le significó al estado francés, en cifras redondas, unos cinco mil millones de francos. Con este costo mantenía la madre patria un cuarto de millón de franceses, entre los cuales se contaban los funcionarios públicos que la política colonial llevaba a los territorios de ultramar.

Antes de poder pensar en el establecimiento exitoso de una colonia de trabajo, debía ser modificado el sistema de gobierno en la madre patria. Esto vale tanto para Alemania como para Francia.

Sin embargo, la adquisición de colonias no habría de ser solamente necesaria para la incorporación de los emigrantes, sino también para la absorción del excedente de los productos elaborados en la madre patria. Estas colonias deben constituir su mercado más seguro. Nuestra industria de exportación necesariamente, habría de quedar paralizada sin colonias.

Por cierto, que este interés por el fomento de la exportación aparece sospechoso en boca de aquellos cuya aspiración más ferviente se orienta a sacrificar la industria en aras de la agricultura, para quienes los actuales convenios comerciales constituyen una espina y que exigen a veces guerras arancelarias contra aquellos países que se cuentan entre los mejores consumidores de los productos industriales alemanes. La afirmación de que la política colonial siguiendo el modelo francés o alemán abriría nuevos mercados para la industria y constituiría el medio más importante para fomentar la exportación constituye una patraña casi mayor aun que el reclamo de Angra Pequena o de África Oriental como territorios para la colonización alemana.

Del total de la exportación alemana por un valor de 3.753,8 millones de marcos, en 1895, correspondieron cinco millones al África Occidental alemana (Camerún, Togo y África Sudoccidental), un millón y medio al África Oriental alemana, a la Nueva Guinea alemana, aproximadamente 283.000 marcos.

Las colonias no constituyen pues un pingüe negocio para la industria alemana.

Por el contrario, la ayuda financiera que el gobierno debe prestar para los gastos administrativos asciende, de acuerdo al presupuesto de 1897-1898 a 8.044.000 marcos, esto es, mayor que el valor del monto total de lo exportado.

Pero acaso ello se explique por el hecho de que no poseamos el número suficiente de colonias. Pues la gran empresa resulta más rentable. Ello es posible, pero no bajo un régimen de *alféreces* y *tenientes*. Verdad es que las colonias Inglesas cubren casi totalmente sus costos. En el presupuesto inglés para los años 1892-1893 —no contamos con uno más reciente— encontramos registrado como gastos para la administración colonial la suma de 132.300 libras esterlinas, dos millones seiscientos mil marcos, una tercera parte de los gastos que debe emplear Alemania para sus colonias. La exportación inglesa a sus colonias, por el contrario, ascendió en 1892 a mil cuatrocientos millones de marcos, la de Alemania a las suyas ascendió en 1896 aproximadamente a siete millones de marcos. Pero consideremos otro imperio colonial administrado no según el modelo *manchesterista*, sino igualmente según principios *burocrático-militares*, como el alemán.

Los franceses, durante los últimos veinte años, ocuparon importantes territorios de ultramar. Hemos visto ya cómo procedieron en Argelia. Las restantes colonias, aparte de Argelia, le cuestan anualmente al estado aproximadamente setenta millones de francos. Este monto, por cierto, resulta formidable. El valor de la exportación francesa a estas colonias importa aproximadamente el mismo valor (setenta millones de francos de un total exportado de tres mil setecientos cincuenta y tres millones, en 1870). Sin embargo, a partir de 1885, en que ascendió a cien millones, muestra una tendencia a disminuir.

Si bien estas cifras son más considerables que las alemanas, resultan empero insignificantes en relación al total exportado, el que poco o nada es afectado por las colonias. Y ello, pese a que el industrial francés goza en las colonias de su país de una envidiable posición preferencial frente a sus colegas extranjeros a través de franquicias aduaneras y protecciones estatales de todo género. Es cierto que en Francia, en mayor medida aunque en Alemania, han sido la burocracia, el ejército y principalmente las altas finanzas los que practicaron la política colonial. Fue esta última la que llevó a Francia a Túnez, a Tonkin, a Madagascar, bajo las manifestaciones de regocijo del ejército y de la flota, esto es, de sus conductores que ardían por resarcirse de las pérdidas de 1870.

Estas clases poseen en la actualidad un poder mayor en Francia que en Alemania, pues la pequeña burguesía y el campesinado son más fuertes allí, y la gran industria se halla menos desarrollada que la de los Vosgos. Pero la influencia política del proletariado es aun menor que la que correspondería a su desarrollo industrial, ya que gracias al sistema de dos hijos los campesinos y los pequenoburgueses no producen el excedente necesario de fuerza de trabajo que pudiera ocuparse en la industria. Por consiguiente, la industria utiliza las fuerzas que necesita de los países extranjeros —el número de éstos ascendía en 1896 a más de un millón. Es así que una gran parte del proletariado industrial francés no tiene derecho al sufragio y es políticamente impotente. Así se explica que Francia sea aún hoy más reaccionaria que Alemania, pese a su constitución republicana, que los aranceles que pesan sobre los medios de subsistencia sean aún más elevados y que su industria se vea aun con mayores trabas en su capacidad de competir con el extranjero. La política de «protección al trabajo nacional», de protección aduanera, y el aventurerismo colonial le han jugado una mala pasada a la industria. Pero ello precisamente lleva a otorgar a la industria francesa una posición monopólica en aquellos mercados externos donde se posee el poder, es decir, en las colonias.

De ese modo, la política francesa en el mercado mundial se convierte en la contrapartida de la política rusa. Al igual que ésta, no se esfuerza por explotar el mercado mundial, sino conquistar todo lo posible de él y aislarlo; al igual que ésta, entra así en contradicción con la política inglesa del libre comercio y la apertura del mercado mundial a todas las naciones. Y al igual que la política rusa, la francesa impulsa a Inglaterra a extender su imperio colonial, no por un afán de tierras, sino para su defensa, porque sólo así puede proteger a la mayor parte de territorios aún no colonizados y ocupados del aislamiento y la monopolización. Los territorios conquistados por Inglaterra quedan abiertos a la industria de todo el mundo. En la medida en que poseen aranceles proteccionistas, éstos afectan a la industria inglesa tanto como a la de los demás países. Las modificaciones que en este sentido se persiguen, son también de naturaleza defensiva, y les son impuestas a los ingleses y a sus colonias contra su voluntad, en razón de la política arancelaria proteccionista generalizada.

Resulta natural que las altas finanzas de Inglaterra exploten esta situación. Pero los reales y consortes no serían tan populares en Inglaterra ni tendrían tampoco tanto éxito si el continuo afán de algunos estados

continentales por adquirir y aislar nuevos territorios en África no hubiera provocado la veloz expansión del imperio colonial británico como única posibilidad de salvar para el libre cambio al menos una porción considerable del continente negro.

En esta carrera entre Francia e Inglaterra, todas aquellas naciones que poseen una industria con posibilidades de competir en el mercado mundial tienen interés por el éxito de Inglaterra. Una de las peores desventajas, que tiene su origen en sus posesiones de tan escaso valor, la constituye para los alemanes el haber arribado a una contraposición de intereses con Inglaterra en África, para gran júbilo de los proteccionistas y políticos coloniales franceses.

Sin embargo, también aquí, como ya ha ocurrido en tantas ocasiones en la política colonial, los celos mercantiles hacen aparecer a la presa más valiosa de lo que es, con excepción de Inglaterra, ningún estado colonizador ha logrado allí más que déficit, derrotas y embrutecimiento. Para la misma Inglaterra, el valor del mercado africano no es excesivo si prescindimos de Egipto, hacia donde su explotación ascendió en 1892 a tres millones de libras esterlinas (la de Alemania, en 1895, ascendió aproximadamente a seis millones de marcos), y del Cabo, cuyas minas de oro y diamantes ocasionaron una fuerte corriente importadora en Inglaterra (en 1892, ocho millones de libras esterlinas), pero también en Alemania (en 1895, trece millones de marcos). Hemos visto ya lo que las colonias significaron para la industria de Alemania y, prescindiendo de Argelia, para la de Francia. Resulta conocida la utilidad que extrajo Italia de su aventura africana: ésta selló su bancarrota.

¿Y el estado del Congo? Éste no está lejos de la bancarrota, de modo tal que los especulativos padres de la patria que lo fundaron ya se afanan por entregar su imperio colonial a sus amados hijos nativos, pese a que estos últimos protestan vigorosamente contra un «incremento del reino». La exportación belga al Congo ascendió en 1894 a seis millones doscientos cuarenta mil francos (con un monto total de productos exportados por un valor de mil quinientos millones de francos). El déficit del estado para 1895 se estimó en cuatro millones cuatrocientos mil francos.

Para casi la totalidad de las naciones colonizadoras de Europa, África se convirtió en un momento de debilitamiento y no de fortalecimiento. Las altas finanzas hacen sus negocios con la política colonial africana, los burócratas y soldados encuentran allí un campo para cosechar laureles, buenos sueldos y pensiones satisfactorias, cuando no sucumben al clima

o en manos de los nativos; pero las posesiones coloniales africanas sólo acarrearán ventajas insignificantes a las clases industriales del continente europeo que no compensan sus cargas.

La escasa exportación a estas regiones hubiera sido alcanzada igualmente si se hubiera continuado la política colonial europea del librecambio, pero con sacrificios mucho menores, sacrificios que además hubieran recaído únicamente en los interesados.

La situación de China es distinta, pero no mejor.

PROGRAMA DE BRÜNN¹⁴⁵

Partido Socialdemócrata Austriaco
Septiembre de 1899

Prólogo

A fines de septiembre de 1899, en el congreso del Partido Socialdemócrata Austriaco (*Gesamtpartei*) reunido en Brünn, se adopta el primer programa nacional de un partido socialdemócrata, y primer ejemplo de una solución práctica a las dificultades nacionales propuesto por el proletariado, para parafrasear a Rosa Luxemburgo.

Este programa lleva tanto la marca de las circunstancias específicas que reinaban en su adopción cuanto revela el nivel de la reflexión y la búsqueda de soluciones por los marxistas en un momento crucial del movimiento obrero. La unidad formal del partido socialdemócrata austriaco, primer partido organizado en un estado multinacional dentro de las dimensiones de un imperio, sólo se había realizado diez años antes, en el momento en que, con el desarrollo de la industria capitalista en Cisleitania, se exacerbaban las tensiones nacionales.

Consciente de la magnitud de las dificultades nacionales, pero concediendo la prioridad a la unidad conseguida a alto precio, Víctor Adler, jefe histórico del partido, trata de eludir la cuestión nacional, que considera explosiva. Acepta con reticencia el hecho de que el partido socialdemócrata austriaco se dote de una estructura federativa de seis partidos nacionales en el congreso de Viena-Wimberg, en 1897. En el mismo momento, gracias a una tímida reforma electoral concedida bajo la presión de la lucha del partido socialdemócrata pro sufragio universal, los socialdemócratas, elegidos en gran parte en las circunscripciones de las nacionalidades, entran en el Reichsrat¹⁴⁶. La tensión nacional, que no deja

145. Originamente publicado como *Protokoll über die Verhandlungen des Gesamtparteitagess der sozialdemokratischen Arbeiterpartei in Österreich, Brünn*, Viena, 1899. Traducido del alemán por Conrado Ceretti. [N. del ed.]

146. *Reichsrat*: parlamento del imperio austrohúngaro (Cisleitania), creado en 1861,

de subir, culmina con la obstrucción sobre las ordenanzas lingüísticas, lo cual hace inexcusable una toma de posición de los socialdemócratas sobre la cuestión nacional, y por consiguiente la adopción de un programa.

En enero de 1898 inicia Karl Kautsky en la *Neue Zeit* un debate que evidencia la pluralidad de tendencias en el seno de la socialdemocracia austríaca. Haciendo hincapié en un pseudoacuerdo de principio y dejando las divergencias para el terreno de las modalidades, Kautsky propone una alternativa constructiva: la de la transformación democrática del estado austríaco, que prefigura en su trama la solución que luego adoptará el programa de Brünn.

Elaborado por el comité ejecutivo del *Gesamtpartei*¹⁴⁷ austríaco, compuesto por representantes de cada una de las organizaciones nacionales, el proyecto de programa fue objeto de un vivo debate, animado por la minoría de los partidarios de la autonomía cultural extraterritorial, cuyo portavoz era Etbin Kristan, representante de los eslovenos. Después de reformulado en comisión, el programa fue adoptado por unanimidad.

Este documento es capital: sirve de punto de partida y de referencia para la reflexión y las búsquedas de soluciones a la cuestión nacional en todos los partidos socialdemócratas, a los que se plantea aquélla con acuidad, y en particular para el PSODR.

Indirectamente, al ser traducido, el texto del programa de Brünn padecerá alteraciones partidarias que desnaturalizan su esencia. El célebre texto de Stalin¹⁴⁸, por el cual suele hacerse referencia al programa de Brünn, es el ejemplo más patente. En un resumen lapidario, Stalin ve en él la victoria del principio de la autonomía cultural extraterritorial, con lo que hace un contrasentido del mismo congreso de Brünn, que lo rechazó en beneficio de una restructuración de Austria a partir de las fronteras lingüísticas.

en el que estaban representadas las diversas nacionalidades del Estado y que desempeñó un papel central en los conflictos políticos y nacionales de la Austria de fines del siglo XIX. [N. del ed.]

147. *Gesamtpartei*: organización unitaria del Partido Socialdemócrata Austríaco, concebida como una federación que integraba a las distintas organizaciones nacionales del imperio, con el fin de coordinar políticamente a nivel multinacional. [N. del ed.]

148. Ceretti se refiere al texto de Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*, publicado por artículos en la revista bolchevique *Prosveshchenie* en marzo, abril y mayo de 1913 y luego editado como folleto en 1914. [N. del ed.]

La socialdemocracia internacional y la disputa entre las nacionalidades en Austria

[...] Al efecto, se presenta la siguiente *moción del Ejecutivo en pleno*:

Como los desórdenes nacionales en Austria paralizan todo progreso político y todo desarrollo cultural de los pueblos; como esos desórdenes son reducibles en primer término al atraso político de nuestras instituciones públicas y como en especial la prosecución de la disputa nacional es uno de esos medios con que las clases dominantes se aseguran su dominación e impiden toda exteriorización vigorosa de los intereses reales del pueblo, el congreso del partido declara:

El arreglo final de la cuestión de las nacionalidades y de la cuestión lingüística en Austria, en el sentido del igual derecho y de la igualdad de derechos y la razón, es ante todo una exigencia cultural, y por ende está en el interés vital del proletariado; sólo es posible en una colectividad verdaderamente democrática que se funde en el sufragio universal, igualitario y directo, de la que estén eliminados todos los privilegios feudales en el estado y en los territorios, pues recién en tal colectividad pueden llegar a tener voz las clases trabajadoras, que en verdad son los elementos que conservan el estado y la sociedad..

La conservación y el desarrollo de las peculiaridades nacionales de todos los pueblos de Austria sólo son posibles sobre la base de la plena igualdad de derechos y de la ausencia de toda clase de opresión. Por lo tanto, lo primero que hay que rechazar es el sistema del centralismo burocrático del estado, lo mismo que los privilegios feudales de algunos territorios.

En estas condiciones, y solamente en estas condiciones, será posible establecer en Austria el orden nacional en vez de las disensiones nacionales; a saber, sobre la base de los siguientes requisitos:

1. Austria sólo puede ser un estado multinacional democrático (es federal multinacional).

2. Este estado federal se articulará en regiones nacionales autónomas, con una administración propia, que han de adaptarse en lo posible a las fronteras lingüísticas.

3. Las regiones con administración propia constituirán en su conjunto sendas unidades nacionales que arreglarán y cuidarán con plena autonomía de sus asuntos nacionales (vale decir, lingüísticos y culturales).

4. Las minorías nacionales que estuvieran mezcladas en tales regiones serán protegidas en su actuación nacional por una ley propia.

5. No reconocemos ninguna prerrogativa nacional, y por ende descartamos la exigencia de una lengua oficial, a la par que consideramos solamente como necesidad práctica el hecho ahora existente de la lengua de comunicación alemana hasta tanto no se dé otra, sin permitir que de esto resulte un privilegio excluyente de las demás lenguas.

El congreso del partido, en cuanto órgano de la socialdemocracia internacional en Austria, expresa la convicción de que sobre la base de estos principios es posible un entendimiento de los pueblos, y declara solemnemente que reconoce el derecho de toda nacionalidad a la existencia nacional y al desarrollo nacional, pero que los pueblos sólo pueden conquistar todo progreso de su cultura en estrecha solidaridad unos con otros, y no en la mezquina disputa de unos contra otros; que en especial la clase obrera de todas las lenguas persevera en la camaradería combativa y en la fraternización internacionales en el interés de cada nación por separado como en el interés del conjunto, y debe librar su lucha política y sindical en unitaria compacidad.

Informante SELIGER. ¡Honorable congreso! Suena como una contradicción que nosotros, el congreso de la socialdemocracia internacional en Austria, nos pongamos a plantear en adelante la cuestión de la solución del problema de las nacionalidades en Austria, que nos dediquemos a encontrarle una solución teórica. Este hecho es característico de la situación en Austria bajo un doble aspecto, primero, muestra a qué circunstancias llegó este estado y qué poca capacidad poseyó el portador de este sistema, la burguesía, para cumplir su tarea histórica. Pero también es característico que seamos nosotros, que somos denunciados como nacionalmente neutros, quienes intentemos encontrar la solución del problema de las nacionalidades. Por supuesto que no me parece que haya contradicción alguna en absoluto, sino que lo considero precisamente como una tarea natural de la socialdemocracia en Austria. Si no se hubiesen producido los acontecimientos de los últimos años, por cierto que hoy no nos ocuparíamos de esa cuestión, pero no obstante habríamos sido impulsados a hacerlo alguna vez. El desarrollo de las circunstancias políticas hizo madurar mucho antes la cuestión para nosotros. Hoy tenemos claro que esto no puede seguir tal cual anduvo en los dos últimos años. No debemos buscar una salida para conservar duraderamente estas formas, sino en

aras del interés del proletariado. Nos denominan socialdemócratas К.К.¹⁴⁹ y cuando pase este congreso nos denominarán así más que nunca, a consecuencia del desconocimiento con que se enfrentan nuestros empeños.

No es tan fácil hablar sobre el presente tema porque los partidos chovinistas de nacionalidad alemana y eslava enseguida darán vuelta cada palabra de nuestra boca. Tenemos la firme convicción de que en las presentes circunstancias son los obreros quienes deben sufrir más onerosamente. En gran parte, la lucha entre las nacionalidades se zanja sobre la espalda de los obreros, y los obreros son quienes tienen que correr casi exclusivamente con los gastos de esa lucha. Prescindo del hecho de que, donde se llega a fricciones nacionales, donde se encierra a la gente, donde corre sangre, por norma son los obreros quienes lo sufren, porque cuando en alguna parte se emprende algo ellos están allí, aunque sólo sea como espectadores. Pero es de mayor significación que nosotros, a consecuencia del azuzamiento nacional, no podamos ganar tiempo para otorgar a los intereses del proletariado en la vida política el necesario énfasis. O sea que no debemos ponernos a encontrar una solución a esta cuestión para conservar duraderamente este sistema, sino para crear la posibilidad de que el proletariado de Austria pueda imprimir su sello al desarrollo de este país.

La no resolución del problema de las nacionalidades en Austria siempre brindó a los feudales y a los clericales la posibilidad de hacer jugar a una nación contra la otra para cocinar su sopita al fuego nacional y ejercer en todo tiempo una poderosa influencia sobre el desarrollo del imperio. Si hoy desarrollamos esta cuestión, no lo hacemos únicamente para agenciarle al proletariado la influencia necesaria sobre el desarrollo de este estado; también lo hacemos para dar vía libre al desarrollo cultural global en este país. El principio de las nacionalidades siempre fue un principio de dominación hasta ahora. Hemos visto cómo una vez gobernaron los feudalclericales en alianza con los alemanes, y hemos visto que este sistema fue relevado por un sistema de feudalclericales en alianza con los eslavos contra los alemanes. Si el problema de las nacionalidades queda sin resolver, podemos estar seguros de que volveremos a vivir una época en que los alemanes, en alianza con los feudales y los clericales, dominarán a los eslavos. La cuestión de las nacionalidades en Austria es una cuestión de poder entre los alemanes y los eslavos, y esta circunstancia

149. *Kaiserlich-Königliche*: imperiales y reales. [N. del ed.]

llevó precisamente a que a los feudales y clericales les resulte tanto más fácil ser los dominadores propiamente dichos en Austria y sacar el máximo provecho para sí. O sea que, si queremos encontrar una solución, es para quitarle de una vez por todas a la reacción las bases sobre las cuales construye su poder. Pero no deberemos encontrar una solución únicamente para el imperio, sino también para los territorios y comarcas, pues de otro modo esto no significaría otra cosa que la transferencia de la lucha entre las nacionalidades a los últimos. Debemos afanarnos por eliminar en todas partes las causas en que se origina el azuzamiento de las nacionalidades.

No somos los primeros en intentar resolver la cuestión de las nacionalidades. Tanto los chovinistas alemanes como los checos tienen su programa nacional: unos, el centralismo, los otros, su derecho político. Hemos visto cómo se han ido desplazando lentamente estos puntos de vista y, ni bien los chovinistas checos intervinieron en favor de cierto centralismo, los alemanes abandonaron enseguida su punto de vista y retornaron al federalismo y viceversa. Hemos visto que aquellos partidos que precisamente inscribieron en su bandera la exigencia del nacionalismo son a su vez el mayor obstáculo para la solución del problema. Ni los chovinistas alemanes ni los checos *quieren* la solución del problema de las nacionalidades, porque ellos sólo pueden existir en tanto quede sin resolver ese problema. Pero en el instante en que se eliminen las superficies de fricción entre las naciones, se le quitará terreno a los partidos nacional-chovinistas; éstos, pues, o bien deben concebir el nacionalismo como una cuestión cultural o bien desaparecer de la escena. Ahora bien, sabemos perfectamente que estos partidos nacionales jamás se pueden convertir en partidos culturales. Sabemos que no se puede ganar a esos elementos pequeñoburgueses para el elemento nacional en el sentido de un movimiento cultural, y que tales partidos tienen interés en mantener en pie la situación actual. Pero sólo los feudales y los clericales tienen un real interés material en la situación actual, pues en el momento en que se cree la igualdad nacional entre los pueblos de ese país, en que desaparezca toda razón para un azuzamiento de las nacionalidades, también tocará a su fin el poder de los feudales y clericales en Austria. Por otro lado, resulta claro que la igualdad nacional sólo puede efectuarse sobre la base de una democratización de Austria, y en sí la igualdad ya aniquilaría la dominación de esos partidos. Así, no es sino natural que ninguno de los partidos hasta aquí dominantes en Austria haya acometido

seriamente jamás la solución del problema de las nacionalidades. Hay gente que pregunta qué le importa a la socialdemocracia internacional el antagonismo nacional: en rigor, el antagonismo nacional sólo existiría entre la burguesía de las diferentes naciones, pero no tocaría al proletariado, pues en rigor los obreros alemanes, checos, polacos, etc. se llevan muy bien entre ellos, y por eso hasta estaría propiamente en el interés de la socialdemocracia que los partidos burgueses de las diferentes naciones se agarrasen de los pelos. Ahora bien, la cosa no es así. No podemos cruzarnos de brazos y mirar tranquilamente la lucha, porque el proletariado mismo tiene que sufrir más que nadie esta lucha nacional de los burgueses. Los diputados socialdemócratas, por ejemplo, no estuvieron en los últimos dos años y medio de furibunda lucha nacional en situación de redactar en el parlamento las leyes más necesarias y urgentes en el terreno de la protección al obrero y otorgar a nuestras exigencias el énfasis necesario para su realización. Esto ya es una nítida prueba de que nosotros, y propiamente, nosotros solos, tenemos un interés muy eminente por la cuestión de las nacionalidades y por eso mismo debemos aspirar a una solución. Tampoco podemos decir que los obreros carezcan de cierto sentimiento austríaco. Acaso ya en sus primeros impulsos de libertad del año 1848 se haya quitado ese sentimiento a los obreros, y donde quedaba un resto de él lo habrían hecho detonar a todos los vientos los tiros de Falkenau, Ostrau, Nürschan, Graslitz, etc. Si realmenteuviésemos interés en que esta Austria se fuera al diablo, quizás podríamos decir: «Dejemos que las cosas sucedan simplemente.» Pero sabemos que a pesar de todas las ficciones deberemos vivir juntos en Austria, y por ende no nos resta sino encontrar una salida a la situación actual para impedir por un lado la declinación económica de Austria y hacer que la convivencia de los pueblos de Austria se torne desahogada, y, segundo, crear situaciones que posibiliten el procurar a las exigencias proletarias el énfasis necesario para el mejoramiento de la situación económica y política de la clase obrera. Son precisamente los intereses proletarios los que nos deben motivar para que abordemos la solución del problema, y sería un pecado por omisión de la socialdemocracia austríaca el no querer ocuparse de esa cuestión en el instante en que se ha vuelto madura para su solución.

La solución de la cuestión sólo se puede mover en la dirección de la democracia. Para eliminar los antagonismos nacionales y las causas exteriores del azuzamiento nacional actual, es necesario antes que cualquier

otra cosa crear para las naciones una plena autonomía en la administración de sus asuntos nacionales y así dar vía libre a su desarrollo.

Ante todo, la cuestión de las nacionalidades no debe ser concebida como una cuestión de poder sino como una cuestión cultural. En la dirección propuesta por el ejecutivo en pleno, las naciones deben obtener su total derecho a la autodeterminación, de tal modo que Austria se divida en regiones nacionales autoadministradas que cuiden autónomamente de sus asuntos nacionales. Pero esta división de Austria no puede efectuarse de manera que todos los asuntos se consignen a la autodeterminación de las naciones, sino que ciertos asuntos también deben seguir siendo arreglados en común. En Austria se da una serie entera de cosas semejantes. Si hoy se ha de erigir una escuela o una universidad, tal establecimiento educativo es objeto del comercio de intercambio entre el gobierno y los diferentes partidos, sin que se pregunte por la necesidad de tal establecimiento. Si la erección de una escuela, si el cultivo del arte y la ciencia no fueren cosa del estado sino de las naciones, éstas sólo decidirían acerca de semejantes intereses culturales desde el punto de vista de su necesidad. Y así como ocurre con una escuela, también se eliminará en todas las cuestiones, mediante la creación de las regiones nacionales autoadministradas, la razón del azuzamiento de las nacionalidades. Pero esta nueva regulación sólo puede ser creada sobre una base completamente democrática, pues de otro modo sólo volverá a servir a los intereses de aquellos círculos que posean la influencia mayor en esas regiones nacionales autoadministradas, y no a los intereses generales de la nación, y entonces tendríamos aproximadamente una relación similar a la de hoy. Pero no por eso se anula la existencia de Austria. Austria será representada por una Cámara del Pueblo donde estén representadas todas las nacionalidades, es decir por diputados elegidos con base en el sufragio general, igual y directo.

La resolución del ejecutivo en pleno anhela la conservación y el desarrollo de las «peculiaridades nacionales» de todos los pueblos. Por ello sólo entendemos las peculiaridades del *desarrollo cultural* de cualquier nación. Pero al menos estamos tan interesados como la burguesía por el desarrollo cultural nacional; tenemos interés en el fomento de la literatura, el arte, la poesía y la ciencia. Por lo pronto, el obrero alemán tiene su principal interés en la literatura alemana, cuyas creaciones puede entender y sentir mucho mejor que las creaciones literarias de otros pueblos. Pero también ganan todas las naciones si se protege y fomenta el desarrollo

de la peculiaridad de cada nación por separado. Esta exigencia está tan en nuestro interés como las cosas puramente materiales.

Según nosotros, no hay que entender la democracia completa solamente en el sentido de que para cada región administrativa nacional se cree un cuerpo legislativo en pequeño, sino en el sentido de que el pueblo también obtenga el derecho de elegirse sus funcionarios, sus jueces.

En Austria tenemos regiones autoadministradas puramente nacionales, pero también tenemos regiones en las que se encuentran minorías nacionales, y a éstas se les debe conceder la protección necesaria para el desarrollo de su peculiaridad nacional. A fin de eliminar las superficies de fricción entre las naciones, será necesario fijar por ley con exactitud hasta dónde puede llegar la libertad de movimiento de la minoría nacional, vale decir la influencia de la mayoría nacional. Si simplemente abandonásemos desprotegidas a las minorías nacionales, la disputa entre las nacionalidades sólo volvería a encontrar nuevo pábulo, y jamás se podría instaurar una paz nacional.

En el punto 5 de la resolución se anuncia: «No reconoceremos ninguna prerrogativa nacional, y por ende descartamos la exigencia de una lengua oficial, a la par que consideramos solamente como necesidad práctica el hecho ahora existente de la lengua de comunicación alemana hasta tanto no se dé otra». Ahí hay mucho más una negación que una exigencia positiva. Con ello queremos establecer expresamente que no queremos dejar que le quepan privilegios a ninguna lengua de Austria, pero que tampoco cerramos los ojos ante los hechos; si reclamamos para todo el imperio la lengua de comunicación alemana hasta tanto no se dé otra, lo hacemos porque sabemos que como lengua de comunicación es la más apropiada y con ella se puede instaurar más fácilmente el entendimiento entre los pueblos. Supongamos que se erigieran esas regiones autoadministradas nacionales. Es sabido que en todas partes de Austria se encuentran minorías alemanas. Ahora bien, si por ejemplo se dirige un acta de un tribunal de Trieste donde el despacho se hace en italiano, esloveno, alemán y croata, a un tribunal de Bohemia, donde el despacho se hace en eslavo e igualmente en alemán, resulta obvio que ahí la lengua para entenderse será la alemana.

Me apuro a concluir y advierto que si en mis declaraciones me impuse cierta reserva, lo hice porque sé que la resolución presente del ejecutivo en pleno, hasta donde estoy informado sobre el estado de ánimo del congreso, aún será sometida a una modificación a fondo. Aquí quisiera

todavía remitir brevemente al hecho de que la tarea de la socialdemocracia no puede ser, les diría a ustedes, pintar un estado nacional del futuro hasta en sus más pequeños detalles, como tampoco se puede reclamar la exhibición detallada del llamado estado del futuro en general. La *tarea de la socialdemocracia* sólo es indicar el camino que lleve fuera de la lastimosa situación en que nos encontramos, precisar la dirección en que debe operarse el desarrollo si es que hemos de llegar a un sistema estatal donde se brinde al proletariado la posibilidad de desplegar completamente su fuerza y hacer valer plena y totalmente la influencia que le compete. La socialdemocracia en Austria debe buscar aportar una solución a esta cuestión e intervenir en su favor con toda su fuerza agitativa. Se trata de hallar las bases sobre las que sea posible en este estado una vida de los pueblos que ofrezca la garantía de que la lucha entre las nacionalidades sea reemplazada por la plena y pura lucha de clases. (*Aplausos.*)

NEMEC (Praga, checo): El tema sobre el que ahora deliberamos es uno de los más importantes del orden del día, porque hemos de determinar para un período prolongado la dirección y el camino por el que tenemos que avanzar unos junto a otros y en común. Entre nosotros hay muchos compañeros, y en especial compañeros checos, que declaran que nuestro punto de vista acerca de la cuestión nacional ya está minuciosamente determinado en el Programa de Hainfeld y que, en la medida en que necesitemos la solución de esta cuestión para nosotros, la cuestión ya está realmente resuelta, pero que no necesitamos afligirnos por los intereses de la burguesía. Pero ya el hecho de que esta cuestión esté hoy en el centro de la discusión es una prueba de cuánto se equivocan. Claro que la solución de esta cuestión resulta tan dificultosa porque la complican otras cosas diferentes, empeños y exigencias económicas, diferencias culturales, etc. Aquí se debe considerar todo eso.

Antes de entrar en lo meritorio de esta cuestión, quiero aún rechazar un reproche que se nos hizo a los checos. En un periódico del partido leí que los compañeros checos «en alguna medida se han tomado a pecho las quejas de los jóvenes checos». Este reproche es totalmente infundado. Con su declaración contra el derecho político, los compañeros checos han puesto una valla eterna entre ellos y los jóvenes checos. Demostraron que nada tienen en común con los jóvenes checos ni en el terreno económico, ni en el político, ni en el cultural, pues para éstos sólo se trata de conservar sus antiguos privilegios y de adquirir nuevos privilegios. Pero también hemos refutado prácticamente ese reproche

cuando en los días de diciembre de 1897 toda Praga estaba presa de delirio nacional, y policía y ejército eran impotentes contra ello. Entonces los socialdemócratas checos consiguieron no sólo mantenerse ellos mismos alejados del chovinismo nacional en medio de los más recios embates, sino también impedir en general, allí donde tienen organizaciones fuertes (Lieben, Bubna, Holesovic, Smichov), esos impetuosos estallidos de delirio nacional. Acaso ustedes no puedan hacerse una idea de cómo se comporta una burguesía aspirante como la checa. La burguesía alemana es marásmica, venal, sin médula; la joven checa es codiciosa, brutal, inescrupulosa, (ADLER: *¡También lo es la nuestra a pesar del marasmo!*) O sea que no hemos merecido que se nos hagan tales imputaciones.

Estamos ante dos resoluciones del ejecutivo en pleno y del ejecutivo eslavo meridional. Ambas son idénticas en lo esencial. Por eso quiero ocuparme principalmente de la primera resolución. Ésta se divide en dos partes: una parte teórica y una parte práctica. La primera corresponde por completo a nuestro programa, y nos podemos declarar perfectamente de acuerdo con ella. Otra cosa es con la parte práctica. Ésta contradice la parte teórica de muy poderosa manera, y también debe comprobarse que no corresponde a las tesis fundamentales de nuestro programa. Nosotros, los socialdemócratas, estamos en el terreno de la concepción materialista de la historia y en todas partes buscamos las bases económicas. Pero aquí se abstrae totalmente éstas, y se cree posible constituir nuevos estados en el estado, sin tomar en consideración las circunstancias económicas y el desarrollo económico. Creo que allí hay un funesto error de la resolución. En la parte teórica se dice que estamos en contra del centralismo burocrático y sería de esperar que esta concepción también se mantuviese en la parte práctica. Pero esos cinco postulados formulados en la segunda parte no pueden eliminar el centralismo; al contrario, sólo lo fortalecerán. Pero también el burocratismo obtiene su fomento esencial en la segunda parte, especialmente por obra de las disposiciones sobre la lengua de comunicación. Claro que se presupone una constitución democrática en Austria, donde el pueblo mismo elegirá sus funcionarios. Pero falta mucho para que lleguemos a eso, y cuando lleguemos, a eso tendremos tiempo suficiente para determinar una lengua de comunicación. Por cierto que ahora no es cosa nuestra determinar qué lengua han de hablar entre sí las autoridades. Eso es una cosa que no nos concierne. Si se ha de fijar una lengua para todas las autoridades en Austria entera, por cierto que eso también contradice la igualdad de derechos, y si sólo

se la quiere fijar entre las autoridades superiores es del todo seguro que eso es lo que menos nos importa. Ésas ya se organizarán de acuerdo a sus necesidades. Para nosotros sólo se trata de cómo se comportarán frente a nosotros.

El fin que quiere lograr la resolución es reducir hasta donde fuere posible las superficies de fricción entre cada nación. Pero esta resolución, especialmente con el estilo en que nos es presentada, lograría lo diametralmente opuesto. Figurémonos la cumplimentación práctica de esta resolución; figurémonos por ejemplo la delimitación nacional en Bohemia. En Bohemia es frecuente que las naciones habiten unas junto a otras en cada localidad, y las disputas lingüísticas serían llevadas hasta la última aldehuela. Entonces se disputaría sobre la pertenencia de tal o cual aldea a uno u otro grupo nacional. La lucha nacional se tornará aun más aguda de lo que es ahora mismo sin eso. Ya mencioné en la introducción que es funesto error de la resolución el no tomar para nada en consideración las circunstancias económicas. Allí sólo se habla de asuntos nacionales y culturales y se deja totalmente de lado los económicos. Pero finalmente se viene a parar en quién ha de pagar toda la historia. Allí obtendríamos nuevas disputas que, como todas las disputas económicas, asumirían una agudeza muy especial. Nosotros, los socialdemócratas checos, no coincidimos con esta resolución en su presente estilo. Ella no corresponde a lo que los socialdemócratas estamos obligados a hacer, no corresponde a nuestras necesidades y exigencias prácticas, y no eliminaría, sino que sólo agudizaría las disputas nacionales.

Planteo la moción de que después de la parte teórica con la que, como dije, estamos de acuerdo, los puntos 1 a 5 sean sustituidos por la siguiente disposición:

Austria sólo puede existir como *estado multinacional democrático*, construido sobre los principios de una cabal igualdad de derechos. Hay que proteger a las minorías nacionales en sus empeños y necesidades con una ley imperial especial.

Aquí se enfrentan uno con otro dos diferentes modos de ver, y no sé cuántos más se agregarán. A pesar de ello, queremos y debemos resolver la cuestión hasta donde sea justamente resoluble. Esto sólo hace al terreno del compromiso; a través del entendimiento recíproco, debemos buscar la forma en que resulte posible, la forma que no nos obstaculice

en nuestro desarrollo. Por ende, hago moción *para que del pleno del congreso se elija una comisión en la que estén representadas todas las nacionalidades, y que durante el congreso elabore y nos presente otra resolución definida*. Como quiera que finalmente fuere la resolución, habrá salido de un entendimiento recíproco y, por ende, corresponderá a las necesidades de todos. Todos tenemos el común interés en que los obreros de todas las naciones se desarrollen hasta donde sea posible; claro que nuestro deber no es arrebatarnos especialmente por formas estatales. Pero no resulta indiferente que los obreros se puedan desarrollar en esas formas estatales, y como socialdemócratas debemos afanarnos por ganar la suficiente influencia para conquistar aquellas formas estatales en que el desarrollo de los obreros sea mínimamente obstaculizado. (*Vivos aplausos.*)

HANNICH (*por reglamento*) hace moción para que en este punto el tiempo de exposición se prolongue a 20 minutos, RESEL se pronuncia en contra y KRAPKA a favor de la moción, que acto seguido es *adoptada* por todos contra cinco votos.

HUEBER (*por reglamento*) hace moción para que se proceda de inmediato a la elección de la comisión propuesta y se postergue el debate.

El doctor ADLER advierte que previamente debería ser presentado un material a la comisión.

Acto seguido, se *rechaza* la moción de HUEBER.

PRAHÄUSER (Salzburgo): De las disquisiciones de la prensa y las argumentaciones del exponente ya se desprende que nadie se puede entusiasmar especialmente con ambas resoluciones. Si en nuestros círculos existe una disputa entre las nacionalidades, claro que resulta importante para nosotros eliminarla. Pero creo que la disputa entre las nacionalidades no se origina en causas nacionales, sino en causas económicas, dentro de las clases burguesas. Por ende, esa disputa es un asunto puramente burgués, que no nos importa para nada. La lengua alemana seguirá siendo una lengua de cultura y comunicación, lo deseemos o no y estén o no en contra los compañeros checos. Por ende, resulta superfluo recalcar esto en la resolución, porque es la comprobación de un hecho sabido de todos. Nuestra tarea es única y exclusivamente hacerlo todo para quedar listos como ejército político. Estoy convencido de que jamás se dará una Austria democrática, pues, como alemanes, si Austria se disgregase no tendríamos ningún interés en constituir un estado federal. (*Aplausos.*)

Doctor ADLER (Viena): Ante todo quisiera verificar que en esta discusión no se trata de algo que podíamos esquivar. No somos frívolos ni

abordamos sin largo titubeo la cuestión. Pero en Austria las cosas son justamente tales que el partido está obligado a dar una nítida respuesta a la cuestión nacional. (*¡Bravo!*). Aquí no se puede llegar a que un grupo tenga la mayoría sobre el otro; aquí sólo podemos verificar cuál es la *propiedad espiritual común del partido*. Aquí, en el congreso, queremos conseguir formarnos una convicción, y sólo en tanto y en cuanto lo logremos estaremos en situación de adoptar resoluciones. Por ende, no se puede tratar de atenernos testarudamente a una formulación, y declaro por adelantado que estamos totalmente de acuerdo con los compañeros checos que reclaman la implantación de una comisión.

El ejecutivo en pleno ponderó largo tiempo la cuestión y la giró a una comisión donde actuaban todas las nacionalidades representadas en Viena. El resultado de los detenidos y largos debates es la resolución presentada a ustedes. Pero no somos tan arrogantes como para pretender que estamos igualmente en condiciones de resolver al primer golpe la mayor dificultad política que se da en Europa. No obstante, es nuestra convicción que al menos las ideas fundamentales aquí enunciadas deben convertirse en el programa de la socialdemocracia si es que ésta ha de dar respuesta a la cuestión nacional. Ese razonamiento es el siguiente: resulta necesario que se creen aquellas condiciones que en lo posible aminoren las dificultades nacionales, y esto sucederá por obra de la democratización del sistema estatal no sólo en la legislación sino también en la administración. Segundo, las fricciones deben ser disminuidas. Los compañeros checos del consejo imperial produjeron un hecho históricamente memorable: emitieron una declaración contra el derecho político *bohémio*, contra el centralismo *fragüense* y, compañeros, nosotros exhortamos a los delegados de este congreso a emitir una declaración contra el derecho político *austríaco*, contra el centralismo vienés, y, de ese modo, tronchar los lazos que aún hoy siguen vinculando directamente a los obreros con las clases dominantes de Austria. De estas provincias abigarradas y conquistadas en su conjunto queremos hacer cuerpos autónomos. Debo confesar que me maravilla que alguien se rompa la cabeza pensando cómo ocurrirá económicamente eso. ¿No creen que las mismas facultades que tienen los hoy llamados territorios de la corona pueden ser acordadas al menos en igual medida a los cantones nacionales? En ello no puedo notar dificultad alguna, y mientras haya una no es tarea nuestra resolver los detalles en el congreso del partido. Sólo hemos precisado los lineamientos según los cuales queremos marchar, y en absoluto cómo puede hacerse algo

con esta Austria, sino con los pueblos que habitan Austria. (*Aplausos.*) Se anduvo criticando nuestras propuestas, e incluso se encontró un crítico que no está de corazón en la cosa sino que sólo quiere exhibir un alarde de ingenio. Con ello aludo a los artículos que aparecieron en la *Leipziger Volkszeitung*. No necesitamos continuar ocupándonos de un punto de vista del cual sale que la democratización de Austria entrega Austria a los eslavos y clericales, y que por eso la burguesía alemana habría librado una lucha desesperada al combatir la reforma electoral de Taaffe¹⁵⁰. (*Aplausos.*) Se puede estar en favor del derecho político bohemio y se puede estar en favor del derecho político austríaco, pero estar en favor del derecho político bohemio y del austríaco al mismo tiempo y, además, querer ser socialdemócrata, es imposible. (*Hilaridad y aplausos.*)

El compañero Nemec hizo notar que nuestra resolución estaría en cierta antítesis con el ejecutivo eslavo meridional. Ahí Nemec no parece haber penetrado en el sentido más preciso de la cosa. Propiamente hablando, la moción del ejecutivo eslavo meridional es nada más que la expresión de aquella idea que desarrolló Synopticus en su folleto sobre la cuestión nacional, es decir determinar para una suma de individuos una autodeterminación nacional, de modo similar a como ocurre con las congregaciones eclesiásticas. Por cierto que es una idea muy ingeniosa, pero dudo que alguien considere hoy día la cosa como ejecutable en la práctica. Además, en la resolución incluso hay una contradicción. Ahí se dice «estado federal multinacional», y luego se vuelve a protestar expresamente contra un territorio para determinada nación. Pero una y otra cosa no son posibles, pues si bien se puede pensar una nación sin territorio, no es posible un estado federal sin territorios separados.

Seguro que ninguna nación, por interés nacional, objetará nada contra la delimitación nacional. Pregunto a los checos si no sería un interés principal de la nación checa que esos cinco millones de checos, independientemente de todo acontecimiento casual, tengan en esta Austria y para todo el futuro una asociación administrativa entre sí. En cambio, quien pudiera elevar protestas son única y exclusivamente los alemanes. ¡No nos

150. La reforma electoral de 1882, promovida por el conde Eduard Taaffe, redujo el umbral de impuestos para obtener el derecho de voto en la parte austríaca del imperio (Cisleitania), ampliando formalmente el electorado masculino, aunque mantuvo un sistema ponderado por clases de votantes. Esta medida buscaba debilitar el dominio de la élite liberal alemana y atender las demandas de sectores populares y eslavos en el parlamento imperial. [N. del ed.]

engañemos! En Austria, la internacionalidad es disputada en todas partes a costa de los alemanes, y esto se sobreentiende, pues hasta ahora una burocracia alemana, en nombre de los alemanes, tuvo el predominio en Austria. En Galitzia son los polacos quienes tienen que cubrir los gastos. Pero no dudo de que los polacos, como los alemanes, se desprenderán con alegría de las presuntas ventajas de ese predominio cuando no sólo obtengan derechos para las naciones oprimidas sino también sus propias libertades; cuando los alemanes de Austria y los polacos de Galitzia ya no tengan que jugar a los gendarmes de ese llamado estado.

Por último, se choca más que ningún otro con el punto 5 de nuestra resolución, que se pronuncia contra una lengua oficial pero que quiere enunciar el hecho de que es necesaria una lengua de comunicación y comprueba que esa lengua de comunicación es justamente la alemana. Yo, por mi parte, declaro, si les resulta incómodo, que comprobé ese hecho: podemos aguardar. Podemos aceptar tranquilamente la moción que, como creo, hizo el compañero Steiner en la conferencia checa, y según la cual eso podía dejarse al parlamento, pues esa lengua de mediación, como todos ustedes mismos saben, y como aquí muestra el congreso del partido, no puede ser otra que la alemana, (*Aprobación en todas las bancas.*) Pero les recuerdo: defender nuestra causa exige coraje, y ustedes, compañeros checos, han mostrado tener cien veces más que el que se necesita para reconocer hechos indudables; ustedes todavía harán este pequeño esfuerzo.

No hay duda alguna de que lo que nosotros les proponemos aquí es un *hecho* revolucionario, en la medida en que en general se pueda hablar como de hechos de la resolución de un partido y de un congreso. Lo que aquí les proponemos golpea en el rostro a la Austria *de hoy* en todas sus partes. Esta propuesta de separación por naciones, este despedazamiento de las provincias, este federalismo nacional, dan en el corazón de la antigua forma estatal y matan el centralismo vienés y matan el centralismo praguense. Sólo ella puede liberar a los pueblos, sólo ella es el futuro, y decirlo requiere coraje. ¡Tengámoslo hoy si nuestro conocimiento creció lo suficiente! Si no lo tenemos hoy, lo tendremos en el próximo congreso del partido. La idea está enunciada y debe ganar a todos, porque tiene de su parte la lógica interna y la necesidad histórica y es nada más que la expresión de los hechos insuperables que cada vez se hacen valer más. Veamos la cosa sin ninguna prevención. No somos susceptibles ni

estamos dispuestos a cualquier entendimiento. El congreso del partido hará nada más que lo que sea su *convicción común*. (*Aplausos.*)

(*Por moción del compañero STEINER de la serie de oradores anotados tiene primero la palabra un representante de cada nación.*)

Diputado DASZYNSKI: ¡Compañeros del partido! Surgió la cuestión de si hemos de ocuparnos de esta resolución en general y no contentarnos con la declaración general de la igualdad de derechos, y se dijo que no necesitamos rompernos la cabeza por los partidos burgueses. La necesidad de dedicarnos a la cuestión la hemos sentido en la práctica en el parlamento, cuando nosotros, diputados socialdemócratas de casi todos los pueblos de Austria, nos vimos forzados a tomar posición en la cuestión lingüística. A la sazón, todos los compañeros admitieron: Sí, ha sido necesario declararse, pero sin decir ni una palabra más ni una palabra menos, porque no se sabe cómo se ubica el partido al respecto. Pero además, también la situación del estado requiere que uno se dedique a la cosa. Cada movimiento en Austria debe partir del allanamiento de las disputas nacionales. Si nosotros no nos dedicamos a esta cuestión, otros lo harán, y hoy mismo lo hacen al azuzar todas las pasiones en interés de su partido y de su influencia. Por lo tanto, en las circunstancias dadas debemos tomar posición de modo claro y preciso. En esta lucha se trata de la configuración futura de las circunstancias públicas del estado, y ahí no podemos permanecer indiferentes. Le adeudamos al proletariado no el bastarnos aquí con frases generales sino el establecer un programa en este sentido. Y esto no es en absoluto un deber meramente moral del partido, sino su esencia más íntima, y nuestra actividad cotidiana hace necesario que el partido se ponga en claro acerca de cómo se imagina las instituciones nacionales en Austria. Sólo remito al hecho de que hay pueblos enteros, como por ejemplo los rutenos de Galitzia o los polacos de Silesia, cuya desconfianza hacia la socialdemocracia sólo pudo suscitarse debido a que se difundió la mentira de que la socialdemocracia es nacionalmente indiferente y no entiende de cuestiones nacionales. Aquí se dijo que no hay ninguna cuestión nacional sin basamento económico. Si así hubiese sido y si, como proletariado, sólo hubiésemos tenido que satisfacer realmente intereses económicos, entonces sostengo que hace dos años habríamos cometido el mayor de los errores al organizarnos nacionalmente. Pero en modo alguno hemos sentido eso, al contrario: todos los informes, tanto de los compañeros polacos como de los alemanes y checos, son unánimes en el sentido de que esa separación por

nacionalidades recién introdujo al partido en la vida nacional. Y debemos contar con esta peculiaridad nacional; es de tal modo como nos hemos vuelto fuertes, al haber podido incorporar correctamente la cuestión nacional en el interior del partido. También se trata de si estamos en condiciones e incluso obligados a establecer el mismo programa para todo el imperio. Hoy día, en los territorios de la corona, pueblos enteros se encuentran en minoría. En Galitzia tenemos casi tres millones y medio de rutenos que debido a la creación de la provincia de Galitzia fueron rebajados a ser una minoría desesperanzada. En Bohemia vemos a dos millones y medio de alemanes que están condenados a constituir una minoría impotente, y tal estado de desesperanza nacional de millones de personas debe conducir a una lucha contra las circunstancias existentes. Si declaramos que al menos se deben configurar autónomamente grandes complejos de naciones, esa desesperanza disminuirá. Cada tronco étnico tiene su propia casa. En rigor, y propiamente hablando, en la cuestión nacional sólo se trata de un par de escuelas, cargos, teatros, estipendios, etc. Si consideramos la legislación de la dieta bohemia, de la galitziana o de la silesia, veremos que las minorías nacionales de los alemanes, los rutenos y los polacos se sienten inquietas y tienen razón en temer que sus asuntos no sean resueltos de manera justa. Y entonces el compañero Nemec pregunta: ¿Quién pagará eso? *Sí, ¿quién lo paga ahora?* Los tres millones de rutenos, por ejemplo, pagan en rigor toda la cultura polaca del este de Galitzia; los 180.000 polacos de Silesia oriental pagan todos sus establecimientos culturales a los 42.000 alemanes; aquí en Moravia el 70% de los checos cubre la mitad de las necesidades culturales alemanas del 30% de los alemanes. Los tres millones y medio de rutenos no tienen una sola universidad, los polacos tienen dos; los rutenos tienen cuatro colegios, los polacos 25; en Silesia los alemanes tienen cuatro colegios, los polacos ni uno solo, aunque en el ducado de Teschen sean cuatro veces más numerosos que los alemanes. Precisamente de acuerdo con concepciones puramente marxistas hoy resulta imposible seguir manteniendo la situación actual, (ADLER: *¡Eso no es Marx, eso es teneduría de libros!*) Toda minoría desesperada recurre a cualquier tabla de salvación que encuentre. Así vemos a los partidos nacionales contraer en esta lucha las alianzas más antinaturales; vemos a los rutenos aliarse con sus peores enemigos, que se las dan de salvadores del Este. Todo esto ocurre porque los pueblos están nacionalmente aplastados y deben librar en esta vieja Austria una lucha desesperada que hace echar de menos toda

razón. ¿De dónde viene que los burgueses se unan con los feudales, los Thun y los Licchtenstein, con los clericales, etc.? ¿Cómo es posible que en este parlamento austríaco jamás se pudiera pasar a la formación de un partido económico? Dado que la socialdemocracia ganó comprensión de cosas nacionales, dado que aplacó las necesidades nacionales, ha posibilitado, como único partido del parlamento, unir a todas las naciones y defender todos los intereses económicos. Ningún otro partido estaba en condiciones de hacerlo, porque se aferraba a diferentes programas históricos que resultan imposibles en la vida del estado moderno, pues si ustedes tienen a la vista el derecho político austríaco, verán que el punto de partida de ese concepto ya no es moderno, pues ni una sola nación tolerará que en virtud de un derecho político la vuelvan a encorvar bajo el yugo. La orientación moderna es otra. Se citó a Marx como al salvador de la vieja Austria (NEMEC: *¿Qué esperanza: al contrario!...*) Tanto mejor para mí. (*Hilaridad.*) Doquiera miren ustedes, encontrarán que las naciones se quieren establecer autónomamente como estados. Miren a los daneses de Alemania; miren Alsacia y Lorena en la medida en que son francesas; tomen a los polacos de Alemania y pregúntenles a todas esas naciones si están contentas y si esa Alemania unificada era una necesidad histórica. Vean a Noruega, a Italia, y por doquier encontrarán la tendencia de que los pueblos quieren liberarse de la presión de nacionalidades extranjeras. Pero una nación no puede ser construida de otro modo, sin por lo menos asimilar una porción de democracia.

Cuando Bismarck quiso trocar en realidad la unificación nacional de Alemania, debió introducir la exigencia principal de la democracia y dar a la Alemania unificada el sufragio universal e igualitario. En Austria una cosa tampoco va sin la otra. Sabemos que necesitamos el sufragio universal, y asimismo que si queremos expugnarlo debemos sacudir a todas las naciones y a todos los estratos del pueblo. Debemos representar una fuerza para tomarnos ese derecho. Todos juntos sólo somos partes de la gran corriente democrática. El sufragio universal es una liberación de la opresión política, y la igualdad nacional de derechos en las formas de la democracia también es una liberación de la opresión ejercida por los privilegios y otras injusticias. Una cosa está condicionada por la otra. No insisto en absoluto en la comprobación de la lengua de comunicación. Esta cosa será decidida muy simplemente por las circunstancias efectivas. (*Aplausos y batir de palmas.*)

Aquí se *interrumpe* la sesión siendo las 12 del mediodía.

(Sesión vespertina)

El compañero STAMPFER, que sesiona como corresponsal de la *Leipziger Volkszeitung*, reclama la palabra.

Por moción del compañero SCHUMMEIER no se le concede la palabra HANKIEWICZ (Lemberg): Nosotros los rutenos estamos de acuerdo con la resolución de la representación en pleno del partido, y eventualmente con la omisión del pasaje sobre la lengua de comunicación. En lo restante, adherimos a la moción de implantación de una comisión.

En el debate que se sostuvo en los últimos tiempos, siempre seleccioné de los periódicos partidarios checos la idea fundamental de que la paz nacional sólo puede llegar cuando estas naciones se hayan vuelto mutuamente equivalentes. Cuando se es del parecer que la socialdemocracia tiene que fomentar a las naciones débiles en su desarrollo, resulta necesario sin embargo que cada una de esas naciones pueda arreglar de modo plenamente autónomo sus asuntos nacionales, que cada una, de ser posible, tenga un territorio propio donde pueda desarrollar realmente todas estas fuerzas como unidad nacional autónoma. Por eso nosotros, socialdemócratas rutenos, estamos por lo pronto en favor del postulado según el cual la vieja Austria debe ser dividida en aquellas regiones nacionales autoadministradas donde cada nación pueda regir libremente su sino, y luego en favor de que Austria sea reconstruida sobre una base democrática, pues sólo bajo esta condición se podrá cumplimentar también el primer postulado. Si intervenimos en pro de una solución semejante, es porque tenemos especial interés en que así nuestro pueblo no sólo se pueda desarrollar libremente en este estado, volviéndose equivalente a los demás pueblos de Austria, sino que también nosotros obtengamos puntos de contacto con la gran parte de nuestro pueblo que suspira bajo el yugo del zarismo. La socialdemocracia rutena me encomendó emitir la declaración que sigue:

Los socialdemócratas rutenos estamos en el terreno de la solidaridad internacional del proletariado de todas las naciones de Austria, y sabemos que sólo en esta fraternal alianza también nuestro pueblo, que pertenece en una de sus partes a este estado, puede conquistar su liberación nacional. Pero no queremos perder de vista el hecho de que entre los mojones de este estado sólo habita una parte de nuestro pueblo, y que más allá de la frontera la gran mayoría de la

nación ucraniana debe soportar bajo el yugo del absolutismo zarista la privación de todos sus derechos nacionales, que ha de conducir a su muerte nacional. Estamos convencidos de que el poder internacional del proletariado sólo se desarrollará cuando cada nación pueda decidir sobre su historia. Sabemos que la liberación social y política también presupone la emancipación nacional. Por eso los socialdemócratas también aspiran a la libertad nacional de su nación entera, a fin de que el pueblo ruteno unificado y liberado se ubique como el condigno eslabón en la serie de los pueblos.

KRISTAN (Trieste): Hoy ha sido varias veces muerta la resolución presentada por la representación eslovena del partido. El compañero Nemec se acomodó lo más que pudo a ello declarándola simplemente no existente, y lo volvió a hacer el doctor Adler cuando recaló su imposibilidad práctica. Frente al compañero Nemec debo advertir que nuestra resolución no sólo no encaja con la resolución del ejecutivo sino que, en esencia, establece algo totalmente distinto. El ejecutivo reclama territorios nacionales autónomos; nosotros, autonomía nacional sin consideración del territorio. Desde el principio estoy convencido de que nuestra concepción no tendrá para sí la mayoría del congreso, y tampoco derramaré lágrimas por eso. Tanto menos por cuanto sé que ni siquiera la resolución que salga de las deliberaciones de la comisión tendrá consecuencias prácticas de inmediato. Pero nuestro ejecutivo se considera obligado a presentar al congreso aquellas concepciones que considera las únicas correctas por principio. Si descartamos el estado en sí y queremos reemplazarlo por una sociedad libre, tampoco puede ser nuestra tarea crear una nueva formación estatal. Con el principio de la sociedad libre corre el concepto de nación, que está desglosada del territorio. En el transcurso del debate sobre la cuestión nacional, se declaró reiteradamente en la prensa partidaria cuando se hablaba de la igualdad de derechos que eso era un lema, una frase. Pero aquí debo remitir entonces al hecho de que, por último, la igualdad de derechos es el quid de esta cuestión, que la cuestión debe girar en torno a cómo ha de crearse esa igualdad de derechos. Si uno crea una formación que por necesidad incluirá en sí minorías, la igualdad de derechos no es alcanzable, tanto menos por cuanto en rigor las fluctuaciones de la población tardarán mucho en terminarse. Luego, hasta que estos territorios nacionales se hayan modificado después de algún tiempo, si las naciones han desplazado su asiento, deberemos volver a sentarnos

aquí y crear nuevos distritos. (*Exclamación: ¡Todavía se está muy lejos de eso!*) Lejos o no, aquí se trata de la fijación por principio de esta cuestión. Debemos comprobar por principio que se puede instaurar la igualdad de derechos si la nación no es una población que vive en una porción de país sino la suma de todos aquellos seres humanos que profesan esa nacionalidad. De paso quiero advertir que no le hemos robado esta idea a Synopticus, sino que ya hace mucho que fue desarrollada por nosotros en la Academia de Praga.

Si ustedes ponen atención en el Litoral, verán que ahí los eslovenos hacen política austríaca. ¿De dónde viene eso? En sí, los eslovenos por cierto que no son un pueblo tan reaccionario como uno estaría autorizado a suponer según esa manifestación. En nuestra historia también hay periodos revolucionarios, e incluso hoy el pueblo sigue sin tener una orientación política. ¿Pero de dónde viene entonces esa política «de estado»? Esto sólo es posible debido a que siempre se hizo jugar a una nación contra la otra para llevar a que ambas consideren como factor de salvación el poder gubernamental. La consecuencia de ello es que en más de uno de nuestros compatriotas, que ven que esloveno y reaccionario significan lo mismo, se aviva la manía de preferir ser italiano falsificado antes que esloveno reaccionario.

Para mí la resolución del ejecutivo también es inadoptable porque a su vez crea algo así como una especie de nuevo estado de posesión. Ni siquiera el punto sobre la protección a las minorías me resulta precisamente simpático. En vez de ello habría que hacer una ley para arreglar los asuntos comunes de las naciones que habitan en un territorio. Con la protección de las minorías se suscita la apariencia de que, por principio, la mayoría tiene derecho a violentar a la minoría, y que recién mediante ley se debe poner dique a ese derecho. No puedo meterme en los detalles acerca del modo en que hay que cumplimentar nuestra resolución, como quiera que, en rigor, los expositores mencionaron que tales pinturas de detalle sólo a duras penas resultan posibles. Pero así como la Iglesia romana prescinde de todo territorio y sin embargo tiene una sólida organización, así también es posible hacerlo con las nacionalidades. Con la resolución del ejecutivo en pleno sólo disminuyen un poco las superficies de fricción entre las naciones, pero con toda certeza no se las elimina. Incluso allí donde las naciones viven juntas en masas compactas, siempre están mezcladas en las periferias. Por eso será difícil fijar las fronteras. ¿Cómo se ha de llevar a cabo en el litoral una separación nacional territorial?

En su parte preponderante, la ciudad de Trieste es italiana, y el territorio circundante casi exclusivamente esloveno. En rigor, si se hubieran hecho muy pequeños cantones y los cantones nacionales juntos recién formasen una unidad, claro que la cosa iría. (*Gritos: ¡Eso ya se dijo!*) El compañero Hankiewicz puso de relieve que la mayor parte de su pueblo vive en Rusia y que para ellos habría interés en obtener puntos de contacto con esa parte. Lo mismo vale también para las demás naciones. También el alemán tiene, en rigor, relaciones culturales con el alemán de afuera.

GERIN (Trieste): El debate de hoy sólo es consecuencia de la separación nacional verificada en el último congreso del partido. La cuestión nacional sólo me parece que es una cuestión estomacal para la burguesía, que no nos aflige absolutamente en nada. Si se habla de territorios nacionales, esta idea sería simplemente inejecutable para nosotros, italianos de Austria, porque los italianos sólo habitan juntos en masa más compacta en el Tirol meridional. Considero prematuro que el congreso se ocupe de esta cuestión. Hoy la única tarea de la socialdemocracia es proseguir la lucha de clases.

PERNERSTORFER (Viena): Si hiciese falta una prueba de que en Austria se necesita realmente un programa nacional que posibilite la supervivencia en este país, sería indudablemente la circunstancia de que hasta ahora el conjunto de las naciones que hablaron aquí se ocuparon de este estado de manera sumamente despectiva. Los círculos socialistas y democráticos de cada nación declaran que, en su sentimiento, esta forma estatal significa tanto como nada. De ello se sigue que, en los hechos, los pueblos tienen integrada la conciencia de querer salirse de las formas actuales. O sea que es menester hallar formas donde los muchos pueblos de este imperio puedan empezar a vivir de manera apacible. Todos estamos convencidos de que si no se llega a una solución medio satisfactoria de la cuestión de las nacionalidades, la existencia de este estado tan sólo puede continuarse a la manera de la del actual estado turco. Pero para nosotros, que somos un partido vigoroso, esa no es precisamente una perspectiva confortante.

En la cuestión presente debemos, ante todo, separar tajantemente una de otra dos cosas: la cuestión lingüística y la cuestión de las nacionalidades. Si se tratase meramente del arreglo de la cuestión lingüística en Austria —y sólo se trata de eso para la mayoría de los partidos burgueses—, los socialdemócratas podríamos entendernos con mucha facilidad, pues ahí estamos en el punto de vista de lo que se precisa. Pero vemos que

ni siquiera un arreglo de la cuestión lingüística en este sentido satisface absolutamente aquellos deseos formulados por las naciones.

Pero la cuestión que aquí se trata no es la cuestión lingüística, sino la cuestión nacional, y si hay congresales que en el desarrollo de la cuestión nacional divisan una «falsificación del pensamiento proletario», yo podría indicar que nos llamamos partido socialdemócrata y que debiéramos tachar de nuestro programa la palabra «demócrata» si tampoco queremos defender aquellas exigencias de democracia que reclaman el derecho de cada pueblo a la existencia nacional. Ahora bien, ¿cómo se puede garantizar tal existencia? No será garantizada por la igualdad de derechos lingüísticos. Las circunstancias lingüísticas se pueden entremezclar de modo múltiple, y aquí remito a Norteamérica, donde nadie está forzado a aprender una lengua oficial. Pero vemos que las grandes masas de inmigrantes europeos se desnacionalizan completamente, y en este territorio surge una nación especial, la nación yanqui. Claro que nadie de esta sala deseará que en Austria cundan circunstancias similares y surja quizás una nacionalidad austríaca. Nosotros queremos asegurar la existencia de las naciones en sus territorios. En rigor, yo mismo estoy en el punto de vista de las propuestas de Synopticus, a las que también adhiere el compañero Kristan. Pero por desgracia no veo la posibilidad de cumplimentarlas hoy día en la práctica. Incluso el compañero Kristan llegó hasta establecer un programa europeo. No obstante, mucho me temo que no lo impondremos, pues el presupuesto para ello sería el interés de amplios círculos. Debemos preguntar qué es prácticamente posible. Al hacerlo debemos decirnos enseguida que, por supuesto, la frase sobre la igualdad de derechos no puede ser cumplimentada hasta sus extremas consecuencias. Estamos por la libertad, pero por cierto que en la colectividad democrática también tendremos ciertas leyes que restrinjan esencialmente la libertad del individuo. O sea que se trata de hallar, mediante compromisos, un camino que salga de fiador por la exigencia democrática de existencia nacional, y creemos haber hallado ese camino en nuestra resolución. Opinamos que, ante todo, cada nación debe ser protegida y asegurada en su existencia. Pero el aseguramiento de una nación sólo se da merced a la confirmación de determinados territorios nacionales. Por supuesto que los alemanes quizás estaríamos en situación de decir primero que todos que no tenemos tanta necesidad de él. Pero el pueblo checo no tiene estado, y por eso resulta muy comprensible que sus partidos burgueses también hayan levantado la exigencia de tal

estado. Pero los socialdemócratas checos, que están en el punto de vista del derecho vivo, tienen total interés, en la medida en que se sienten a sí mismos como nación, en erigirse un estado consolidado. Ya se dijo que ese estado representaría una masa de cinco millones. En ésa su casa serán los dueños irrestrictos. Si rechazan tal exigencia y no quieren establecer esa formación concreta, llegarán sin más ni más al hecho, de huir de toda solución a la cuestión lingüística. Pero si los territorios nacionales están cerrados unos frente a otros, tampoco procede la necesidad de reconocer una lengua de comunicación. Si la socialdemocracia, ese partido donde las naciones trabajan en común, no tiene la capacidad de aportar esa solución democrática a la cuestión nacional, ¿qué partido en Austria o en otro país ha de poseer tal capacidad? Somos el único partido que tiene un interés vital en proclamar la solidaridad de las naciones. Por ende, también somos quienes pueden decir con derecho frente a las clases dominantes: «Ustedes no representan la nación, ¡a ésta la representamos nosotros!» Se me reprochó haber hablado con demasiada germanidad y con demasiado nacionalismo en la asamblea de hace dos días, y casi se me amenazó con la hoguera. Como alemán, proclamé la solidaridad internacional, y si por eso ustedes me remolcan a la hoguera, les ruego que sea en compañía de los compañeros Daszynski y Nemec, a fin de que la hoguera se internacionalice. (*Hilaridad.*)

Para nosotros resulta claro que el desarrollo de la cuestión de las nacionalidades en el partido es una necesidad. Aunque hoy ustedes puedan postergar la cuestión, ésta siempre volverá mientras no arribemos a resoluciones sólidas. Pero sería totalmente errado adoptar la moción del compañero Nemec. Lo que está en esa moción lo venimos predicando desde hace treinta años. O sea que si no podemos resolver más que lo que está ahí, no habría sido necesario en absoluto que nos ocupásemos de la cuestión en general.

El compañero Nemec ha calificado su propuesta de propuesta de compromiso. Pero ¿qué quiere decir entonces compromiso? Que dos personas transijan a mitad de camino. No hay compromiso alguno si uno se queda sentado en su lugar y el otro debe ir a él. Pero eso es lo que ustedes nos proponen aquí. Claro que aquí no se puede hablar de una obtención de mayoría. Tales cosas no se decidirán por una votación en la que decidan 10 ó 20 votos. Aquí debe existir una coincidencia general. Ante una negación absoluta de un lado, es natural que se esté plenamente indefenso. Pero ustedes mismos deberán decirse que si no nos unificamos

dentro de nuestro partido, menos aun podrá aplacarse la lucha nacional. No podemos fiarnos de la sabiduría del gobierno. La democracia que exigimos como presupuesto es nuestra aspiración desde hace treinta años, y debo agregar que, en rigor, luchamos por una cantidad de cosas que sabemos que no se pueden lograr de hoy para mañana.

El compañero Nemec calificó nuestra resolución hasta de centralista, porque Austria es y sigue siendo una unidad económica. Si mal no entendí, él quiere hasta unidades nacionales económicamente cerradas, apartadas. Sin embargo, en eso no piensa ninguno de nosotros, que somos partidarios de la idea de ampliar las unidades económicas, que hasta probablemente seamos todos partidarios de una federación aduanera europea. Pero para que en cierto grado sea borrada del mapa la cuestión nacional, debemos buscar, ante todo, una base sobre la cual poder seguir construyendo. Debemos quitar terreno a los empeños de predominio nacional, y ello sucederá cuando sepamos restringir la dominación de cada nación a cierto territorio. Naturalmente que también será necesario organizar una protección razonable a las minorías. Acaso hoy no se pueda hablar de las perspectivas que nos abrió el compañero Kristan. Hoy todavía no estamos en el punto de vista de poder concebir la cuestión nacional como la gestión religiosa. Quizás se llegue a eso con el tiempo. Hoy debemos dirigirnos a las circunstancias concretas. Por eso les recomiendo que adopten la resolución de la representación del partido. (*Aplausos.*)

KREJCI (Pilsen, checo): No hay duda alguna de que la vieja Austria ya no se puede mantener en pie. Austria sólo puede ser posible sobre una base democrática. Por autonomía, la burguesía sólo entiende la autonomía de la nobleza, de la burguesía; con ello alude a que la autoadministración se ponga en manos de la burguesía y la nobleza, no en las del pueblo. Pero nosotros queremos que todas las instituciones y toda legislación se ponga en manos del pueblo. Soy del parecer que los compañeros alemanes renuncien a toda la segunda mitad de la resolución, y que a cambio de ello se adopte un pasaje que diga que los socialdemócratas deben manifestarse en todas partes contra la violación de las minorías nacionales.

Por último, el compañero Krejci hace moción para que el pasaje de la resolución que va de «el arreglo final» hasta «privilegios feudales en el estado y en los territorios» sea reemplazado por el pasaje siguiente:

El arreglo final de las cuestiones culturales y económicas, así como de la cuestión de las nacionalidades y de la cuestión lingüística, en el sentido del igual derecho y de la razón, pertenece al interés vital del proletariado. Este arreglo sólo es posible si las naciones de Austria se vuelven autónomas e independientes, lo que sólo es posible en una colectividad verdaderamente democrática que se funde en el sufragio universal, igualitario y directo, y en la que estén eliminadas todas las prerrogativas del nacimiento, el estado y la propiedad, así como todos los demás privilegios estatales y territoriales.

Además, el pasaje que va de «bajo estos presupuestos» hasta «declara solemnemente» tendría que ser reemplazado por:

El congreso del partido condena todas las fricciones nacionales provocadas artificialmente y declara que el Partido Socialdemócrata intervendrá en todas partes contra la violación de las minorías nacionales.

Doctor ELLENBOGEN (Viena): Cuanto más reflexiono acerca de la resolución, tanto más clara se me vuelve una serie de contradicciones allí contenidas que me determinan a asumir otro punto de vista que el allí expresado. Por cierto que resulta ridículo que con respecto a nuestro punto de vista internacional compañeros aislados nos digan que no tenemos necesidad de dedicarnos a la cuestión nacional. Esta cuestión es un acontecimiento elemental que en los últimos tiempos nos aportó la peculiaridad de las circunstancias, y nuestra tarea debe ser encauzar por determinados carriles esa marejada, a fin de que no se tome perjudicial para nuestro partido y nuestras metas. El doctor Adler tiene mucha razón cuando dice que tenemos que dedicarnos a la cuestión nacional para disminuir las superficies de fricción entre las naciones. Pero estas superficies de fricción no están eliminadas en la resolución; ésta resulta incompleta, quedó rezagada en determinado punto, y sólo surgirían nuevas y muy poderosas fricciones. Si se asigna a las nacionalidades ciertos territorios como su hogar, también debemos hablar de las minorías alófonas que habitan en los territorios, y en el mismo momento en que éstas existan, empezará de nuevo la disputa nacional. Esta cuestión no es académica en absoluto, sino puramente práctica. Debemos pensar en las minorías alófonas de obreros de las llamadas regiones lingüísticas cerradas, y estos compañeros también deben obtener el derecho a ser instruidos en su

lengua, pues la nacionalización en el sentido de la mayoría no sucede de hoy para mañana. Además, tenemos el derecho de asociación y de reunión, y sabemos que hoy se usurpa a las minorías el derecho de hablar en las asambleas en su propia lengua. Ustedes dirán que hemos prevenido eso en nuestra resolución porque esas minorías nacionales de las regiones donde hay mezcla lingüística han de ser protegidas por una ley propia en su actuación nacional. Pero con ello ustedes sólo han quebrantado sus propios principios y declarado la disputa en permanencia, pues en rigor esa ley sólo creará nuevamente el consejo imperial. Ustedes volverán a llevar la cuestión nacional al consejo imperial y, en rigor, quieren que el consejo imperial no se dedique a tales asuntos. (Diputado DASZYNSKI: *¡Al contrario, queremos arreglarlos ahí!*)

En rigor, si queremos arreglar la cuestión en el sentido de la resolución, crearemos un hogar para las nacionalidades, deberemos amojonar las fronteras de las regiones lingüísticas cerradas. ¿Y eso lo hará el consejo imperial? ¿Y queremos remitir esas cuestiones elementales a un parlamento que impuso las disputas nacionales y que probó que es incapaz de allanarlas? Aquí debemos hallar otra forma y declarar desde el inicio que no nos atenemos al principio de la territorialidad de las naciones, sino que pasamos a las regiones de las corporaciones nacionales sin territorios, que se constituyen en base a la profesión voluntaria y que luego arreglan sus asuntos lingüísticos y culturales con plena autonomía, sobre la base del sufragio universal, igualitario y directo en sus curias nacionales. Si conservamos estas curias nacionales, se termina toda disputa por escuelas, etc., porque tales cosas ya no le importan más al parlamento ni al gobierno, sino que son arregladas por las naciones en sus propias representaciones. El compañero Pernerstorfer habla del hogar de una nación y el compañero Daszynski del *mínimum* de existencia nacional, de la casa donde las naciones puedan desplegar su actividad. Se dijo que no hay derecho alguno a la expansión irrestricta, pero tampoco puede haber derecho a la opresión irrestricta de otra nación. Y nosotros estableceríamos algo semejante dentro de los territorios cerrados si se consintiese en esta visión. Vemos que hoy día tropes enteros de peones rurales pasan emigrando en masa compacta de regiones checas a regiones alemanas. Frente a ellos debió hacerse valer una compulsión y desposeerlos de su nacionalidad. (DASZYNSKI: *¿Por qué?*). Porque no tendrían el derecho a hacer valer irrestrictamente su nacionalidad en ese territorio. Si esas fronteras están amojonadas, ello parece, ser meramente

una suspensión de la disputa nacional, pues tampoco podremos impedir la entreverada fluencia de súbditos de las naciones aisladas, que se funda en las circunstancias. Pero en el momento en que fijemos las fronteras y en que a la vez comprobemos que esa entreverada fluctuación de las nacionalidades ha de terminar, la ineludible consecuencia será una cadena ininterrumpida de fricciones, que en rigor queremos evitar. ¿Por qué no hemos de constituir allí corporaciones nacionales que consten de adeptos que las profesen voluntariamente, y crear un «modus» en virtud del cual las naciones puedan arreglar de manera efectiva y perfectamente autónoma sus asuntos? Claro que este punto de vista es el que Synopticus desarrolla en su libro, pero yo lo amplío con relación a nuestras exigencias proletarias. Si se amojonaran esas fronteras nacionales, ello significaría la detención de ciertas naciones en determinada fase. Y como también hay naciones que se van a pique, nosotros conservaríamos una situación que no tiene derecho alguno a la existencia, pues la fuerza de una nación para desarrollarse no consiste en la dimensión físicamente mayor de la nación, sino que debemos concebir ese desarrollo como una lucha de las fuerzas espirituales inmanentes a él y que se le enfrentan. Esta comprobación del estado de posesión de una nacionalidad en cuanto a contenido espiritual, en cuanto a la capacidad de ser creativa en arte y en literatura, no podemos efectuarla a través de fronteras físicas. A lo que dice Synopticus se le hizo la objeción de que, aun siendo ingenioso, no sería posible. ¿Creen ustedes que si la resolución presente fuese adoptada y sometida al parlamento austriaco para su gobierno, ésta, nuestra exigencia, se traduciría tan fácil y llanamente en realidad? Todos estamos convencidos de que costará largas y severas luchas la realización de nuestras ideas. Y si sabemos que la meta fijada no se puede realizar de hoy para mañana, ¿por qué no vamos más lejos y declaramos que la plena autonomía de las nacionalidades queda garantizada con la posibilidad de expandirse en sentido espiritual? Pero si ustedes dicen que eso también es teóricamente imposible, creo que precisamente en nuestro partido, que debemos señalar como modelo, tenemos una prueba factual de la posibilidad de que las cosas se desarrollen en nuestro sentido. Estamos ante un momento importante y grande de la historia de nuestro partido. En este instante debemos procurar ponernos mutuamente en claro de cómo hay que eliminar las dificultades y como arreglar la cuestión para bien del desarrollo del conjunto de los seres humanos que viven en este estado. Aquí no podemos dejarnos influir por la posibilidad momentánea,

sino que debemos crear sólidos elementos con los cuales se puede hallar efectivamente una salida, y debemos elegir un camino que, aunque quizás más extenso y dificultoso, sea de todos modos más seguro y significativo para nosotros. (*Vivos aplausos y batir de palmas.*)

Diputado ZELLER (Teplitz): No puedo ver en la resolución ninguna solución a la cuestión de las nacionalidades. En esta cuestión no se trata meramente de si la gente puede fundar asociaciones, sino también de puestos públicos, escuelas, etc. Al hacerlo tampoco se puede olvidar quién suministrará los medios para las necesidades de las naciones. No me puedo representar la protección a las minorías de otro modo que creando hasta cierto porcentaje leyes protectoras para las minorías mayores, pero abandonando a las minorías menores. *Estoy por la moción de Nemec porque espero que de la comisión salga efectivamente una resolución que pueda ser adoptada unívocamente.*

WINARSKY (Viena): Si tenemos presente las tristes manifestaciones de la lucha entre las nacionalidades de los últimos tiempos, hallaremos como causa de las mismas que esa lucha, al igual que toda la vida restante en Austria, fue envenenada por el absolutismo feudal en Austria. Si queremos que en Austria no se elimine la alegre emulación entre las nacionalidades; si queremos que las naciones se sigan desarrollando sin impedimentos; si queremos que cada nación pueda expresar libremente su opinión, la resolución propuesta por la representación del partido nos muestra el camino correcto. Si se dijo que todo lo que sucede en Austria para la internacionalidad se consuma a costa de los alemanes, creo que la nación alemana no olvida en absoluto lo que le pertenece como herencia y propiedad, sino que es una prerrogativa que ellos poseen de hacer valer su nacionalidad a costa de las demás nacionalidades. Por supuesto que ésta no fue ninguna prerrogativa del proletariado alemán, pero la burguesía alemana adquirió la cultura superior que le es inherente a costa de las restantes nacionalidades que habitaban en el país, y si se pone fin a esta situación, sólo será un acto de justicia niveladora. Los compañeros Kristan y Ellenbogen elevaron su protesta contra la delimitación nacional. La exigencia del compañero Kristan puede parecer muy democrática, pero hay una contradicción en sus argumentaciones cuando opina que los eslovenos no tienen ningún interés en la existencia de Austria, y por otro lado reclama que cada cual haya de optar por una nación y subordinarse simplemente a un ejecutivo singular para el imperio entero. Si realmente se constituye un imperio gran esloveno o gran bohemio o alemán puro,

los eslovenos que habitan en Viena ¿han de subordinarse pues a los laibachenses, o los alemanes de Laibach al ejecutivo vienés (y debemos sacar, hasta donde podamos las consecuencias)? Si el doctor Ellenbogen entresacó de la resolución presente un derecho a la opresión, yo remito, frente a él, a la disposición sobre la protección a las minorías nacionales. Si se habla del parlamento, por supuesto que no puede aludirse con ello al presente, sino solamente a un parlamento democrático elegido por el sufragio universal, igualitario y directo, que decidiese en este asunto y tuviese que proceder a ese reparto.

Voy a la cuestión de la lengua de comunicación y remito a ustedes al enunciado de Lasalle, quien dice que «La política más fuerte es la de enunciar lo que es». Y la lengua de comunicación alemana es un hecho. Ustedes ven aquí en el congreso, ustedes ven, si no, en la vida, que la lengua de comunicación alemana está en vigor, claro que no implantada por una ley, y tampoco desaparecerá si eso no se enuncia hoy aquí. Pero sólo sería un signo de debilidad el que no nos atrevamos a enunciar lo que en todas partes resulta palpable. Con ello sólo nos mostraríamos incapaces de decir algo definido acerca de cuestiones nacionales. Ahora no se trata de lo que declaró el Congreso de Hainfeld, sino de cómo hay que resolver hoy la cuestión. Aunque estoy convencido de que no será posible recomendar otra y mejor resolución con igual estructura lógica, resulta necesario sin embargo someter esa resolución a una detenida deliberación previa, y por eso hago moción para que:

El congreso del partido elija, a fin de que dictamine sobre las mociones planteadas con respecto al cuarto punto, una comisión que se componga de los cuatro miembros del comité del ejecutivo en pleno y de dos alemanes, dos checos, un compañero polaco, un ruteno, uno italiano y uno esloveno.

Esta comisión nos elevará un informe, y espero que su moción, en interés de los pueblos de Austria y de su socialdemocracia, no entrañará otra cosa que la adopción inalterada de la resolución del ejecutivo en pleno. (*¡Bravo! ¡Bravo!*)

PREUSSLER (Viena): No se trata de hacer propuestas utópicas, sino de aquellas apropiadas para servir de base en la cuestión de las nacionalidades. También debemos tomar en consideración las clases burguesas y posibilitarles que acepten propuestas directas. Tenemos el deber de procurar incluso una unión de los partidos burgueses. Debemos salir al encuentro de la intrusión de los diferentes partidos burgueses y defender

lo mejor de las naciones. En este sentido somos nacionales. Las propuestas de los compañeros Kristan y Ellenbogen tendrían por consecuencia que el chovinismo se perpetuase y fuese llevado a cada pequeña comuna, a cada pequeño grupo. También sería posible que un grupo insignificante lograra un poder que no le cabe. En rigor, también pasó dentro de nuestra organización que en Linz los compañeros checos, que allí cuentan en total quizás con doce hombres, quisieron construir una organización electoral propia y enviar delegados propios. (STEINER: *¡Eso no es verdad!*). A pesar de todas las consecuencias de la disputa entre las nacionalidades de los últimos años, las clases burguesas no entrarán en razón, sino que el federalismo y el clericalismo permanecerán en el poder hasta que se llegue a una catástrofe. Pero nosotros debemos prepararnos para esas circunstancias, y desde este punto de vista yo intercedo en favor de la resolución.

Doctor LIEBERMANN (Przemysl): La resolución que nos presentan no es clara. El Programa de Hainfeld contiene una nítida respuesta a la cuestión nacional, y la resolución sólo sería un achicamiento de la declaración de principios de Hainfeld. Ella contradice los postulados de la socialdemocracia, que es un partido de la libertad. Ellenbogen tiene razón en que este programa práctico sólo sería medio programa, pues en la cuestión más importante se nos da largas con una ley a decretar. La representación del partido tendría que ilustrar acerca de cómo hay que arreglar la cosa en los distritos con mezcolanza lingüística. Pero sólo habla en general de una protección a la minoría. O nos quedamos en frases generales o también respondemos de modo muy concreto las cuestiones prácticas. Y desde esta óptica la resolución de Nemec me resulta más a propósito que la de la representación del partido, pues no levanta la reivindicación de proporcionar un programa práctico. Sólo quiere ser una declaración de principios y ampliar la del Congreso de Hainfeld, Daszynski opina que debemos abordar la solución de la cuestión nacional porque si no otros partidos se nos adelantarán, y por otro lado sostiene que sólo la socialdemocracia está en condiciones de resolver la cuestión. Eso es una contradicción. La aseveración de Daszynski es falsa, como si no hubiese que ganar para la socialdemocracia a los rutenos porque éstos no tendrían que esperar de la socialdemocracia ninguna protección nacional. Eso es incorrecto, porque los rutenos no forman un proletariado urbano, sino sólo agrícola, en el que resulta difícil la agitación socialdemócrata. Además, los proletarios rutenos tampoco forman masas concentradas. A pesar

de ello, hemos conquistado a los obreros de Boryslaw, aunque, o precisamente porque no planteamos la cuestión nacional. Nuestra actividad está demasiado absorbida por la cuestión nacional. En rigor, puede que las masas indiferentes de la burguesía se dejen arrebatar por estos lemas. Pero aquí debo volver a Marx, quien dice: «En la historia sólo son concluyentes los impulsos económicos de la masa.» Si los partidos burgueses se entusiasman con la fruslería nacional, las masas, en su obrar y pensar, no son ideológicas, y no pueden olvidarse de sus intereses económicos. El interés económico cotidiano exhorta al pueblo a preguntar al partido de Schonerer y a los demás partidos nacionales: ¿qué nos ofrecen estos partidos?, y como estos partidos nada pueden ofrecer a los obreros en el aspecto económico, muy pronto las masas se desencantarán. Por eso no podemos dejarnos intimidar por esos partidos nacionales.

A pesar de la autoridad de Lasalle aducida por Winarsky, no soy de la opinión de que se pueda enunciar todo lo que se tiene que enunciar. En nuestro fuero interno arraigan ideas que no podemos enunciar porque es demasiado temprano. Por eso comprendo a los compañeros checos, que quieren omitir la palabra «lengua de comunicación». Las masas no diferenciarán las sutilezas de lengua oficial, lengua administrativa y lengua de la comunicación. Esto será tergiversado por nuestros adversarios y se ofrecerá a la burguesía checa un nuevo punto flaco en nuestros compañeros checos debate sobre el problema de las nacionalidades.

En el futuro, la lengua de comunicación será estatuida por una ley. Yo voto por la resolución de Nemec, porque es poco pretenciosa y sólo contiene una declaración de principios pero no un programa práctico.

VANNEK (Budweis, checo): Creo que nos ocupamos algo prematuramente de los asuntos de la futura Austria. Todavía no llegaron tan lejos las circunstancias, todavía no se dan las condiciones previas para fundar la futura Austria. Debemos diferenciar dos cosas: primero, cómo queremos organizar Austria en el futuro; segundo, cómo hemos de arreglarnos con el presente. Ahora bien, la resolución del ejecutivo tiene el error de no diferenciarlo y de bandearse de aquí para allá entre ambas cosas. La primera parte de la resolución es correcta, pero tal cual la resolución pasa al tratamiento de las cuestiones prácticas, se torna inejecutable. Ahora tenemos fronteras territoriales, y si queremos crear regiones nacionales deberemos constituir nuevas fronteras. Ya se remitió, y considero legitimada la objeción, al hecho de que el proceso de fluctuación aún no finalizó; puede suceder fácilmente que de una minoría

se haga de repente una mayoría y que se deban modificar las fronteras. Figúrense esto nomás en la realidad. Si ya hacemos un programa para el futuro, del que sabemos que sólo es la meta que, por lo demás, no se puede cumplimentar enseguida, me parece más razonable, pues, que prescindamos completamente de las fronteras territoriales y fundemos comunas nacionales según el modelo de las congregaciones religiosas. Aquí se nos reprochará que queremos tirar abajo todo, y no precisamos tener demasiado miedo de ello: de todos modos, siempre se nos hace ese reproche. Que eso sería inejecutable, no lo creo. Remito a ustedes al hecho de que ya existe algo similar, a saber: nuestra organización sindical. Los compañeros migran de localidad en localidad, pero en todas partes siguen siendo miembros de su organización. Otra objeción es que de este modo se fortalecería el clericalismo. Pero hasta que este programa para el futuro se torne práctico, hasta ese entonces, acaso el clericalismo será incluso algo menos poderoso que ahora. Pero ¿de dónde saldrán los medios?, se pregunta. Ahí justamente el estado, al que se quitan ciertas competencias, también debe devolver a las comunas nacionales el dinero que hasta ahora recaudó por aquellas.

O sea que la tarea de la comisión será ocuparse de la cuestión nacional según ambas ópticas. Al tomar posición ante el presente, también deberá preguntarse sino sería bueno imponer hoy día a los compañeros del partido el deber de que en todas partes intervengan en favor de las minorías nacionales, aunque no se tratare de compañeros. Así, por ejemplo, los compañeros de Lieben protegieron personalmente la escuela alemana. Frente al compañero Preussler, debo advertir que le habría deseado algo más de exactitud. Sólo quiero mencionar la bagatela de que a Linz van ochenta *Dělnické Listy*¹⁵¹, o sea que allí hay algo más de doce compañeros checos, como sostenía Preussler. En Praga hay un pequeño montoncito de alemanes, y no se nos ocurrió prohibirles la delegación de un compañero.

ZIPFINGER (Viena) hace moción para que se cierre el debate y se elija la comisión de inmediato.

POKORNY hace moción para que se cierre la lista de oradores. El presidente POPP hace saber que aún están anotados diecisiete oradores.

A esto se resuelve el cierre del debate y se adopta la moción de WINARSKY.

151. *Dělnické Listy* («Hojas Obreras», 1872–1938): periódico socialdemócrata en lengua checa, estrechamente vinculado al movimiento obrero checo del imperio austro-húngaro. [N. del ed.]

Entre los compañeros checos se propone a VANNEK y BERNER; entre los alemanes, a HANNICH y RESEL, y luego al doctor LIEBERMANN (polaco), HANKIEWICZ (rutenio), GERIN (italiano) y KRISTAN (esloveno); además, los exponentes SELIGER y BERNER han de pertenecer a la comisión.

Se adoptan estas propuestas.

KRAIPKA (Viena) advierte con respecto a la aseveración del compañero Preussler, según la cual en Linz sólo habría doce compañeros checos, que a Linz va un número muy respetable de periódicos partidarios checos. Asimismo, en Steyr los compañeros checos estarían fuertemente representados, lo que igualmente se desprende de la adquisición de numerosos ejemplares de periódicos checos. Por cierto que tales organizaciones tendrían derecho a estar representadas en el congreso del partido. (*Aplausos*)

ELDERSCH (Brünn), rectificando de hecho una observación que hiciera el compañero Schummeier, declara que el compañero Stampfer, con su actividad de muchos años en la organización y la prensa partidaria de Brünn, se reveló de modo invariable como absolutamente desinteresado.

SCHUMMEIER (Viena) declara que sólo quiere evitar un debate con Stampfer. No niega que el compañero Stampfer también proporcionó gratuitamente hasta folletines para la *Volkstribüne*.

SPIELMANN (Linz) replica a Krapka que por el número de los periódicos partidarios checos que llegan a Linz no se podría deducir el tamaño de la organización.

Ahora se pasa al quinto punto del Orden del día.

Nuevamente se pasa al debate del punto 4 del orden del día: «La Socialdemocracia internacional y la disputa entre las nacionalidades en Austria» (continuación).

Exponente SELIGER (Teplitz): Ayer en la noche la comisión celebró una sesión, y por fortuna podemos informar que superamos las dificultades. (*¡Bravo!*) Por lo pronto, quisiera rectificar un asunto personal. Tanto el doctor Adler como así también el doctor Ellenbongen efectuaron la observación de que no me sería fácil defender la resolución en su texto presente. Yo declaro que eso sólo fue dicho en el aspecto formal. Es decir, sabía que los compañeros checos reclamarían modificaciones hartas gravosas, pero me dije que la resolución del congreso del partido debía ser unánime, o sea que debíamos transigir unos y otros. Por supuesto que no podía prever que la cosa se dejaría allanar de modo tan relativamente fácil como fue efectivamente el caso.

La base de nuestra deliberación la formaron los cinco puntos propuestos en la resolución. No entramos en más detalles con respecto a la declaración introductoria y a la final porque, en rigor; durante el debate general, no se levantó contra esta parte general ninguna contradicción digna de ser mencionada. La resolución que ahora les propone a ustedes la comisión tiene el siguiente texto:

Las siguientes disposiciones remplazan los puntos 1 a 5:

1. Austria debe ser transformada en un estado federal multinacional democrático.

2. Los territorios históricos de la corona deben ser sustituidos por corporaciones autónomas nacionales delimitadas, en cada una de las cuales la legislación y la administración se confían a cámaras nacionales elegidas sobre la base del sufragio universal, igual y directo.

3. Todas las regiones autónomas de la misma nación forman en conjunto una unión nacional única, que resuelve sus asuntos nacionales de una manera absolutamente autónoma.

4. Los derechos de las minorías nacionales son garantizados por una ley especial aprobada por el parlamento imperial.

5. No reconocemos ninguna prerrogativa nacional, y por ende descartamos la exigencia de una lengua oficial; un parlamento imperial determinará hasta dónde es necesaria una lengua de mediación.

En la determinación de estos cinco puntos, la comisión se dejó guiar por las opiniones ayer expresadas. Sólo el punto 1 presenta una redacción más precisa. El punto 2 debió ser modificado para eliminar la falta de claridad en que se encontraba una serie de compañeros con relación a este punto. Ayer el compañero Nemec opinaba que si aquí se habla de regiones nacionales autónomas con administración propia, con ello no se liquida la cuestión de cómo serán administradas en el aspecto económico esas regiones autoadministradas. Ayer se mostró que en esto falta una clara expresión de cómo se tienen que imaginar esas regiones lingüísticas, hasta dónde llegan sus derechos y qué agendas les tocan. Como en la resolución sólo se puede indicar en qué dirección debe moverse la modificación, si es que en Austria se ha de llegar a una paz duradera entre los pueblos, no pudimos enumerar todas aquellas agendas que les tocan a estas regiones autoadministradas. Para indicarlas aquí, hemos declarado expresamente que de ahora en más los cuerpos administrativos nacionalmente delimitados

han de reemplazar a los territorios históricos de la corona, vale decir que entonces será con aproximadamente las mismas agendas que actualmente les asignan los territorios de la corona. Ayer también se advirtió que de la resolución del ejecutivo en pleno no se desprende con total claridad cómo han de articularse las regiones autoadministradas nacionales y las unidades nacionales; qué tiene que representarse uno con eso. Para hacer alguna claridad aquí, se modificó el punto 3. Ahora ruego que se retenga que las regiones autoadministradas nacionales tienen que cuidar aproximadamente de las agendas de los territorios actuales de la corona; que, por ejemplo, la región autoadministrada de la Bohemia alemana se aunará con las restantes regiones autoadministradas de lengua alemana de Austria en una asociación unitaria cuya tarea será liquidar los asuntos nacionales del conjunto de los alemanes que viven en Austria. Para liquidar los asuntos concernientes al imperio entero tenemos el Parlamento imperial, que como ya se dijo sólo ha de fundarse en el sufragio universal, igualitario y directo.

Ayer ya se dijo que la palabra «protección» no abarca tan totalmente lo que se debe conceder a las minorías nacionales. No se trata meramente de otorgar protección a la minoría nacional frente a la mayoría en cuanto a su actuación nacional y desarrollo cultural, sino también de cuidar de que a esa minoría nacional se le concedan ciertos derechos, pues en rigor nosotros no despedazaremos las comunas hasta ahora existentes. Acaso esa minoría también tenga especial interés en la administración comunal, y aquí debe fijarse de qué derechos goza en ese estrechísimo círculo en relación con el arreglo de sus intereses públicos más inmediatos. O sea que en lugar de la protección se estatuye el *derecho*, que ha de ser fijado por el Parlamento.

Ayer también se suscitó la cuestión de quién ha de crear esa ley para la minoría, y se respondió: el parlamento. Pero no se estaba en claro sobre cuál parlamento, si el presente o el futuro. Ahora bien, se entiende de suyo que no podemos querer que el arreglo de una cuestión tan importante se transfiera al parlamento actual, que está a cielos de distancia de una base democrática.

En el debate se destacaron dos pareceres: uno dice que no es necesario declarar lo que ya se trocó en realidad, y el otro que quiere enunciar eso precisamente porque existe. Aquí la comisión echó a andar por el camino del medio, y convino en que la determinación de una lengua de mediación, en la medida en que es necesaria, queda reservada al parla-

mento imperial. Pero para salvaguardar el punto de vista de principio relativo a los privilegios nacionales en relación con determinada lengua, dejó la primera frase del punto 5 de la resolución y adoptó el punto 5 de la redacción presente.

Lo que la comisión consignó en esos cinco puntos es lo que pudimos seleccionar del debate de ayer, y debo constatar con especial alegría que en cierto respecto quedé desengañado, puesto que me figuré que las dificultades serían mucho mayores de lo que efectivamente fueron. El estilo de la resolución, especialmente entre los compañeros checos, condujo a una exposición oblicua de lo que aquélla quiere decir, pero, según la interpretación de los autores de la misma, la cosa asumió otro cariz, y puedo decir que los postulados consignados en estos cinco puntos de la nueva resolución casi no divergen en nada de los puntos programáticos de la resolución de la representación del partido en pleno. Además, pongo de relieve como especialmente importante que con relación a esos puntos programáticos tal cual se consignan aquí, en la nueva resolución reinó la más plena coincidencia dentro de la comisión. (*¡Bravo! ¡Bravo!*) Claro que dentro de la comisión se destacaron dos opiniones. El doctor Liebermann defendió la concepción según la cual no debemos meternos con la aserción de los puntos programáticos en el sentido en que aquí se establecieron, sino ampliar nuestra declaración de principios de 1892 expresando con mayor precisión cómo nos imaginamos la relación con las naciones.

Además, en la deliberación de la comisión tuvo expresión el parecer del compañero Kristan, consignado en la moción del ejecutivo eslavo meridional. Y si la resolución *íntegra* fue adoptada por todos contra el único voto del compañero Kristan, Kristan sólo votó en contra porque la comisión rechazó la idea consignada en la moción del ejecutivo eslavo meridional de insertar la llamada teoría de la corporación en la parte introductoria de nuestra resolución. Puedo añadir que Kristan declaró estar perfectamente de acuerdo con los postulados rectores consignados en los cinco puntos. La comisión también rechazó la moción de Nemec, que fue resumida por Liebermann en una resolución algo más detallada, donde las ideas se enunciaban con mayor claridad, porque en ella se dijo que no nos avenimos con esa resolución, dado que estimamos incondicionalmente necesarias las aserciones de los postulados rectores. Pero Liebermann, tras el rechazo a su resolución, votó por los otros cinco puntos elaborados.

Quisiera volver todavía a la concepción según la cual hemos de considerar como no existente para nosotros, la cuestión de las nacionalidades, concepción que, se sobreentiende, no podía ser tenida en cuenta por la comisión, pues, en rigor, sería practicar la política del avestruz en perjuicio de la clase obrera el querer dar por inexistente algo que ocurre tan concretamente ante nosotros. La cuestión nacional en Austria no es asunto de la burguesía de los pueblos austríacos, sino asunto del *conjunto* de todas las naciones a que se sobreentiende que pertenecen los obreros. Estos tienen un interés esencial en el modo como se arreglen las relaciones mutuas de las naciones, y en que una nación no intervenga determinativamente en los asuntos de la otra nación que habita junto a ella. La necesidad de fijar aquí postulados rectores resulta, por lo pronto, del hecho de que debemos eliminar aquellos obstáculos que tenemos inmediatamente delante para poder desplegar en toda la línea la lucha de clases. Por otro lado, también juzgamos que la solución del problema de las nacionalidades es una cosa que no está puesta en un futuro tan indefinido como para que hoy podamos considerarla una utopía. La comisión fue de la opinión de que más bien es una política muy *práctica* ocuparse hoy día de esa cuestión de que en tiempo no lejano eso no podrá continuar; de que los obreros tienen un interés muy considerable en que se modifique la situación actual, y de que esa concepción del proletariado también se transfiera a aquellos estratos populares que uno no puede contar directamente en el proletariado. Debe llegar y llegará el instante en que se produzca una modificación de las cosas, y si reconocemos que ese momento no está en una lejanía tan indefinida ante nosotros, la socialdemocracia no tiene que callar al respecto, sino que debe imprimir su sello al desarrollo y modificación que sobrevengan por necesidad en las cosas, debe empeñarse por generar el mayor, de los éxitos posibles para la clase trabajadora a partir de esa modificación, y ello sólo puede suceder cuando dé expresión a su opinión en el sentido en que eso sucede en la resolución. Si hoy el congreso del partido se pone a arreglar esta cuestión eminentemente importante y complicada; si hoy quiere dar la línea de orientación según la cual tenemos que marchar en Austria para salir de este loco entrevero, de este batifondo, de estas insufribles circunstancias, agudizadas hasta lo imposible; si hoy el congreso del partido da la pauta para el único razonable, el único posible y tan urgentemente necesario desarrollo, de Austria, esto ha de suceder de manera que el congreso del partido, que todos los delegados de todas las naciones de Austria, mani-

fiesten en común su común voluntad. Para el valor de esta resolución, y para la fuerza que queramos poner en ella, es de gran significación que el congreso del partido en pleno adopte unívocamente la propuesta de la comisión sin consideración por lo que digan los partidos chovinistas de todas las naciones. Podríamos transplantar el reino de los cielos a la Tierra y nuestros adversarios siempre querrían hacer de ello un infierno. Por ende, no tenemos que preguntar qué dirán eventualmente al respecto los nacional-alemanes y los jóvenes checos, sino que tenemos que contar única y exclusivamente con los hechos dados. Tenemos que preguntar si lo que exigimos y enunciamos puede resistir a la crítica científica; si lo que le formulamos es o no posible. Lo que está consignado en estos postulados rectores no es nada que no se deje realizar; por el contrario, si uno medita en las propuestas, deberá llegar necesariamente a la convicción de que, hablando en propiedad, son lo más inmediato, lo único posible que se puede realizar si hemos de arribar a la paz nacional.

¡Compañeros del partido! Veremos que nuestros adversarios nos combatirán del modo más violento por esta resolución y por los postulados que contiene. Eso está en la naturaleza de la cosa, pues, nadie más que los partidos chovinistas nacionales puede ser enemigo de la paz nacional. (*Aplausos.*) Ellos nos combatirán sin cuartel. Si salimos a batallar por nuestras exigencias tal cual las planteamos aquí en el congreso del partido, por cierto que también estaremos en condiciones de defender con vigor y energía nuestra concepción. Si ustedes adoptan la resolución en la forma presente, la socialdemocracia austríaca documentará que en ella no sólo reside única y exclusivamente la fuerza moral y ética de intervenir en favor de una idea; con ello documentará al mismo tiempo que la socialdemocracia es el único partido de Austria que todavía tiene ideas, ideas que se dejan transplantar a la realidad objetiva. La idea de la solidaridad internacional que hemos expresado tan brillantemente en nuestra organización partidaria, esa idea, debe ser impresa como sello oficial a la vida estatal austríaca. El hecho de que fue posible para nosotros también debe ser posible para el pueblo austríaco y para todas sus clases. *Con esta resolución defendemos la paz nacional del estado, esa paz nacional que hemos creado para nuestro partido a través de nuestra organización partidaria.* (*Vivos aplausos y batir de palmas.*)

NEMEC (Praga, checo): La resolución que les presenta la comisión es el resultado de una controversia entre las nacionalidades por separado. Ustedes recuerdan que durante el debate los checos declararon que sólo

la parte teórica de la resolución del ejecutivo era adoptable, pero no la práctica, que tiene especialmente el error de ser demasiado poco clara e indefinida. Ahora bien, los autores de esta resolución nos explicaron en la comisión cómo entienden la resolución, y de esa manera zanjaron la mayor parte de nuestros reparos. Claro que también debió ser transformada la resolución y, en especial, aceptadas las explicaciones. Ahí está por ejemplo el segundo punto, según el cual el estado federal se articulará en regiones nacionales autónomas con administración propia que se adapten lo más posible a las fronteras lingüísticas. Teníamos temor de que con esa disposición se reintrodujese el centralismo que, en rigor, queremos eliminar.. Esa disposición fue modificada de conformidad. En el tercer punto se fijó el modo como han de colaborar las organizaciones nacionales. Las fronteras territoriales existentes serán derribadas y se formarán fronteras nacionales naturales. Los territorios existentes de la corona serán reemplazados por las regiones nacionales, y éstas formarán en su conjunto una liga de nacionalidades que tendrá su autonomía en todos los asuntos que le conciernan. Nosotros, los socialdemócratas checos, siempre hemos opuesto eso al derecho político checo. Simultáneamente, se fijó que las regiones nacionales mismas cuidarán de la administración financiera. Antes eso no estaba determinado con claridad. Tuvimos en claro que en las fronteras de las regiones nacionales siempre se encuentra una zona de mezcolanza lingüística, y por ende debimos prever disposiciones de protección a las minorías. La ley concerniente no puede ser decretada por las regiones nacionales, sólo puede ser dada por la representación imperial. El último principio concierne a la exigencia de la lengua oficial. Claro que es cierto que con la palabra «lengua oficial» uno no se representa nada, como tampoco ocurre con el derecho político checo. Eso es nada más que una frase agitativa. Por un lado debimos establecer claramente nuestra posición de principio al respecto; por el otro, debimos fijar cómo se comunicarán entre sí las regiones administrativas nacionales. Naturalmente que la lengua oficial fue descartada de modo decidido, y la fijación de la lengua de entendimiento entre cada una de las regiones nacionales ha de ser resuelta por el parlamento.

Esta resolución fue adoptada unívocamente en la comisión, si bien se examinaron a fondo todas las objeciones que se alzaron. Aun quiero saber si imaginé que el arreglo de la cuestión sería más dificultoso de lo que realmente es. En la vida práctica, la presión de las circunstancias nos obliga cada vez más unos a otros, porque la comunidad de intereses

económicos es mucho más fuerte que las diferencias nacionales. (*Aplausos.*) En la resolución están fijadas todas nuestras exigencias, tal cual resultan de las circunstancias presentes. Si alguna vez se modifican las circunstancias, naturalmente que también podremos modificar la resolución. Si adoptamos unívocamente la resolución, documentaremos que hemos resuelto la cuestión que escinde a la burguesía; documentaremos que la socialdemocracia es el más progresista, el verdadero partido del pueblo, y que sólo ella puede eliminar todos los obstáculos puestos en el camino del desarrollo de todas las naciones. Se documentará la unanimidad del proletariado austriaco. (*Aplauso atronador.*)

KRAPKA (Viena): Considerando la significación de la resolución y la manifestación de unidad del partido, hago moción para que *la resolución sea adoptada sin debate.*

Acto seguido, la resolución es adoptada unívocamente en bloque. (Aplauso frenético durante varios minutos. El congreso entero se levanta y todos estallan en entusiastas vivas en alemán y checo.)

REGER (Bielitz), en nombre de los delegados polacos, hace la siguiente declaración:

La delegación polaca declara: El proletariado polaco organizado en el partido socialdemócrata trabaja y actúa solidariamente con las organizaciones proletarias de Austria entera. Pero su situación se presenta tanto más dificultosa por cuanto el *pueblo* polaco fue dividido territorialmente en tres partes, la acción común del conjunto del proletariado polaco se torna extraordinariamente difícil y la brutal opresión nacional por parte de los estados ruso y prusiano al mismo tiempo también quiere a su vez impedir el trabajo organizado del proletariado polaco. Por eso los socialdemócratas polacos actúan incansablemente en el conjunto del pueblo polaco para que se elimine la grave injusticia nacional que se ejerce contra el pueblo polaco y para que el pueblo polaco se una nacionalmente en el futuro y exista libre dentro de la familia de los pueblos.

Doctor ELLENBOGEN: A pesar de que mis argumentos no fueron refutados, voté sin embargo por la resolución, y ello por la razón de que en este instante no hay que consagrarse a especulaciones filosóficas.

POPP: El Congreso del Partido toma conocimiento de ambas declaraciones.

La sesión matinal concluye a la 1 hora.

PREFACIO A «LA CUESTIÓN POLACA Y EL MOVIMIENTO SOCIALISTA»¹⁵²

Rosa Luxemburgo

1905

Al presente libro, que constituye un conjunto de artículos sobre la cuestión polaca provenientes de diferentes periódicos y escritos en diversas lenguas y periodos por diversos autores, se puede aplicar el proverbio: *Habent sua fata libelli*¹⁵³. Contiene efectivamente un trozo de la historia de las ideas del socialismo polaco y presenta en sí mismo un curioso fenómeno: el de una amplia discusión en la prensa internacional sobre la cuestión del programa de los socialistas polacos, que se había suscitado principalmente en el año 1896 con motivo del Congreso Internacional Socialista de Londres.

Tampoco es accidental el hecho de que un problema doméstico de los socialistas polacos fuera llevado al foro europeo y sometido al juicio del socialismo internacional. Es cierto que el mutuo intercambio de opiniones sobre la táctica de los partidos obreros de los diversos países se va convirtiendo últimamente en un hábito de la Internacional socialista, tal como lo han demostrado recientemente el jauresismo o la huelga general del Partido Obrero Belga en abril del año 1902, hechos que provocaron una vivaz discusión en la prensa alemana, holandesa, rusa, etcétera¹⁵⁴.

152. Tomado de *Obras Escogidas de Rosa Luxemburgo*, vol. 1. Ediciones Era, 1981.

153. Los libros tienen su destino. [N. del ed.]

154. La autora se refiere a la huelga general proclamada en Bélgica en abril de 1902 en favor del sufragio universal, que concluyó con la derrota de la clase obrera. Este hecho conmovió a toda la opinión pública internacional y fue objeto de amplios debates en el seno del movimiento obrero. La revista francesa *Le Mouvement Socialiste* realizó una encuesta internacional, que fue publicada luego en volumen aparte con un prólogo de Hubert Lagardelle.

Véase la traducción al español de dicha encuesta en Cuadernos de Pasado y Presente, n. 61, ed. Siglo XXI, *La huelga general y el socialismo*. Rosa Luxemburgo dedicó a este tema varios artículos entre los cuales podemos citar los siguientes: «Die Ursache der Niederlage» (La causa de la derrota) en la *Leipziger Volkszeitung* del 22 de abril de 1902 y «Das belgische Experiment», en *Die Neue Zeit* del 26 de abril de 1902, que motivaron la

Más en particular, fue la corriente oportunista, que hace algunos años subió a la superficie de todo el movimiento internacional provocando por doquier casi análogos síntomas y análoga acción en contra del ala revolucionaria, la que creó esa particular hermandad espiritual de los diferentes grupos de los diversos países de manera tal que, tendiendo *per se* al separatismo local y nacional y a la disgregación del movimiento socialista, condujo por el contrario al mayor estrechamiento de las relaciones internacionales.

Por lo tanto, el socialismo polaco mantiene, o por lo menos mantuvo en cierto periodo de su existencia, una particular relación con el socialismo internacional, y esto debido al problema nacional polaco.

Es claramente comprensible que los levantamientos polacos hayan despertado las más cálidas simpatías entre las filas de los demócratas occidentales. Sin embargo, la causa de la democracia occidental no sólo estaba emparentada con la causa polaca por lazos del sentimiento, sino también y principalmente por los intereses políticos. Desde el momento en que los zares rusos, dentro del contexto de la Santa Alianza, comenzaron a intervenir en la política interna europea a la manera de gendarme de la reacción internacional, los demócratas franceses y en particular los alemanes debieron considerarlos como sus propios enemigos, cuyo aniquilamiento sería una de las condiciones del triunfo de la revolución europea. Sin embargo, en la propia Rusia, dentro de la sociedad rusa, no se perfilaba aún ningún factor revolucionario. Los primeros síntomas de tal naturaleza de principios y mitad del siglo XIX e inclusive más tardíos —el movimiento de los decembristas, el atentado de Karakozov¹⁵⁵— parecían estallar momentáneamente sólo a los fines de

réplica molesta de Emil Vandervelde («Nochmals das belgische Experiment» [Una vez más el experimento belga]) aparecida en el fascículo del 7 de mayo de la mencionada revista. En el fascículo del 14 de mayo, Rosa Luxemburgo responde con «Und zum drittenmal das belgische Experiment» (Y por tercera vez el experimento belga). Se pueden consultar todos estos trabajos en Cuadernos de Pasado y Presente, n. 62, ed. Siglo XXI, México, 1978. Véase R. Luxemburgo, *Obras escogidas*, cit., t. I, pp. 10-223. [N. del ed.]

155. El movimiento decembrista fue una conspiración de la oficialidad joven de la nobleza rusa contra el zar Nicolás I, con el propósito de instaurar un régimen constitucional republicano. Se denominó así por haber estallado en diciembre de 1825 y fue sangrientamente aplastada por las autoridades.

Dimitri Karakozov fue un ex-estudiante miembro de un grupo terrorista que atentó infructuosamente contra la vida del zar Alejandro II, el 4 de abril de 1866. Inmediatamente detenido, fue poco después ejecutado. [N. del ed.]

mostrar las impenetrables tinieblas de la barbarie social bajo los zares. He ahí por qué los levantamientos armados polacos tenían a los ojos de Occidente la importancia del único factor revolucionario, en el sentido de distraer las fuerzas del absolutismo ruso y proteger así la causa de la revolución democrática en Occidente.

De tal manera se fue constituyendo naturalmente esa posición de la democracia alemana respecto a Rusia y a Polonia, cuyo representante más radical y consecuente fue Karl Marx. Como es sabido, la idea de declarar la guerra a Rusia juntamente con un levantamiento en Polonia constituía el eje de la política exterior de Marx durante la revolución de marzo. Ocupando la extrema izquierda de aquella democracia revolucionaria, también en este caso Marx cruzaba temerariamente la línea entre la táctica defensiva y la ofensiva y aspiraba —sin esperar la colisión con Rusia en el terreno alemán— a llevar la guerra y los levantamientos al terreno ruso, lanzando así el guante del desafío al rostro del absolutismo¹⁵⁶.

No analizaremos aquí si dicha táctica tenía o no posibilidades de ser llevada al terreno real y si eran reales sus bases en aquel entonces. Lo

156. «Todo esto Alemania podía garantizarlo salvaguardando al mismo tiempo sus intereses y su honor, si después de la revolución hubiese tenido el coraje de exigir a Rusia, arma en mano, el abandono de Polonia [...] La única solución posible que habría salvado el honor y los intereses de Alemania era, lo repetimos, la guerra contra Rusia.» Esto escribía Marx en un artículo de *La Nueva Gaceta del Rhin* del 20 de agosto de 1848, comentando el debate sobre la cuestión polaca suscitado en la Asamblea de Frankfurt. El artículo citado es reproducido en *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lasalle, herausgegeben von Franz Mehring*, m, Stuttgart, 1902. pp. 160-154, o bien en MEGA, I, 7, pp. 303-304. Sobre la actitud de Marx en 1848 respecto de la cuestión polaca, véase la amplia introducción de Mehring, *Die polnische Frage*, en los *Nachlass* citados, pp. 18-44. Dicha introducción retoma entre otras las ideas que Rosa Luxemburgo había venido elaborando en un manuscrito sobre Polonia que facilitó a Mehring para su lectura y que éste utilizó ampliamente para su trabajo. Con referencia al asunto. Rosa Luxemburgo manifiesta a Luise Kautsky, en una carta del 1.º de mayo de 1909, una explícita protesta contra el comportamiento de Mehring: «Había decidido firmemente terminar al fin este verano y preparar para la imprenta mi trabajo histórico sobre Polonia (aquel que mi amigo Franz ha saqueado y copiado con tanta displicencia)». Gf. Rosa Luxemburgo, *Briefe and Karl und Luise Kautsky* (1896-1918), Berlín, 1923, p. 124.

Sobre el papel que la cuestión polaca tenía en la estrategia marxiana véase la carta de Engels a Marx del 23 de mayo de 1851: «Cuanto más reflexiono sobre la historia, más se me aclara que los polacos son una *nation fatale*, que se puede adoptar como instrumento sólo hasta el momento en que la propia Rusia sea arrastrada a una revolución agraria. [N. del ed.]

que nos importa es la comprobación del hecho de que tal y no otro fue el origen de las tradiciones sobre la cuestión polaca, heredadas más tarde por el socialismo internacional. No fueron la teoría ni la táctica socialista sino la política del momento de la democracia alemana, los intereses prácticos de la revolución burguesa occidental, los que dieron comienzo a esta posición con respecto a Polonia y a Rusia, preservada más tarde por Marx y por Engels. Precisamente, esta posición muestra ya a primera vista su falta de parentesco interno con la teoría social del marxismo, puesto que en contra de la quintaesencia de dicha teoría analiza tanto a Polonia como a Rusia no como sociedades *clasistas* que contienen en su seno contradicciones económicas y políticas, no desde el punto de vista del desarrollo histórico, sino tomando a las dos naciones en su estado congelado, absoluto, como dos totalidades homogéneas e indiferenciadas. Polonia constituía para la democracia occidental de antaño el país de los rebeldes; Rusia, el de la reacción y nada más. Tanto para los demócratas burgueses como para los socialistas alemanes, el medio social, el trasfondo económico, el contenido político de los levantamientos polacos no existían, o por lo menos se los tomaban muy poco en cuenta; tan poco que todavía en 1875, en su respuesta a Tkachov publicada en el *Volkstaat*¹⁵⁷, Engels, al enumerar los factores contrarios al absolutismo en Rusia comienza por: *Das erste sind die Polen* [En primer lugar los polacos].

En realidad *die Polen*, es decir, aquel pueblo indiferenciado de los «polacos», cuya única profesión aparente cuando Engels escribía esas palabras era la lucha por su independencia, había dejado de existir hacía tiempo, si es que alguna vez existió. Pues precisamente en esa época se producían entre nosotros las mayores orgías del «trabajo orgánico» [ideología del trabajo como igualador de propietarios y no propietarios], comenzaba la furiosa danza de la economía capitalista y del enriquecimiento capitalista —y todo ello sobre la tumba de los movimientos nacionales y del periodo de la hegemonía de la nobleza en la vida de Polonia. Inmediatamente, dos o tres años después, como prueba fehaciente de que Polonia había dejado de ser el país de los «polacos» para convertirse completamente

157. Se refiere al trabajo de Engels «Acerca de las relaciones sociales en Rusia», que apareció como artículo y de la serie *Literatura de los emigrados* publicada entre junio de 1874 y abril de 1875. El texto puede encontrarse en nuestra reciente edición de los *Escritos Programáticos de Marx y Engels*, pp. 105-133. [N. del ed.]

en una moderna sociedad burguesa herida por hostilidades y luchas clasistas, apareció por primera vez en Polonia el movimiento socialista.

Por lo tanto, las tradiciones polacas en las esferas internacionales del socialismo constituyeron durante mucho tiempo un terreno improductivo. Después del último levantamiento fueron silenciados los clarines de las luchas nacionales. La Polonia capitalista dejó de llamar la atención de Europa con el ruido de sus armas, ya que el *enrichissez-vous*¹⁵⁸ burgués exige silencio y tranquilidad, le gusta esconderse en las sombras como una humilde violeta y nada teme tanto como el ojo envidioso del vecino. Por otra parte, los socialistas polacos no sólo no trataron, con motivo de su primera presentación, de establecer lazos entre su política y las tradiciones revolucionarias sino que, por el contrario, se manifestaron con toda conciencia y determinación *en contra* de esas tradiciones de la sociedad polaca, sin llevar su lastre en las filas del socialismo internacional. La primera organización socialista sería en Polonia, el partido Proletariado¹⁵⁹, adoptó, como es sabido, una posición en contra de los movimientos nacionales y los criticó acerbamente como *punto de partida* de su posición clasista. Los creadores y los dirigentes teóricos de Proletariado no ignoraban la opinión de Marx y de Engels sobre la cuestión polaca; sin embargo, no se dejaron amedrentar por ella, considerándola como una supervivencia de ideas anticuadas basadas en la ignorancia del contenido social de los movimientos nacionales internos en Polonia, como también de los cambios sociales acaecidos en ese país desde el último levantamiento. Cuando en noviembre del año 1880 el grupo *Równosc*¹⁶⁰, es decir. Ludwik Warynski, Stanislaw Mendelson y Szymon Dickstein¹⁶¹, conjuntamente

158. «Enriquezcanse» asociada irónicamente al espíritu burgués del siglo XIX. [N. del ed.]

159. *Partido Social Revolucionario Internacional «Proletariado»*: primera organización socialista en Polonia que se caracterizó por su adhesión al internacionalismo proletario y su oposición al movimiento de independencia nacional polaco en favor de una política de lucha de clases. [N. del ed.]

160. *Równosc* («Igualdad», 1879-1889), revista publicada por un grupo de pioneros del socialismo polaco. [N. del ed.]

161. Ludwik Warynski (1856-1899), personalidad de gran importancia, fue uno de los primeros socialistas polacos, fundador y dirigente del primer Proletariado, en el que impulsó la alianza con el movimiento revolucionario ruso *Narodnaya Volia*. Su autodefensa en el proceso de 1885, en el cual fue condenado a dieciséis años de prisión, tuvo una especial resonancia por su firmeza y su inteligencia. Stanislaw Mendelson (1857-1913) fue también uno de los pioneros del socialismo y después de la desaparición de

con sus compañeros, organizaron en Ginebra un mitin internacional en conmemoración del quincuagésimo aniversario del levantamiento de noviembre con el fin de señalar su posición netamente antinacionalista, recibieron entre otras muchas cartas y telegramas también una carta de Marx y Engels, que resume con exactitud la relación histórica entre la independencia de Polonia y la causa revolucionaria en Occidente de la siguiente manera:

[...] El grito: ¡Viva Polonia! que resonó en aquel entonces [tras el fracaso del levantamiento de noviembre] en toda Europa occidental no constituyó tan sólo una demostración de simpatía y admiración hacia los combatientes patriotas aplastados por la fuerza bruta: con este grito también se saludaba a la nación cuyos levantamientos, tan trágicos en sí, siempre servían de barrera a la marcha de la contrarrevolución, nación cuyos mejores hijos jamás cesaron su lucha defensiva, combatiendo en todas partes bajo los estandartes de las revoluciones populares. Por otra parte, la participación de Polonia solidificó la Santa alianza, esa máscara de hegemonía de los zares por sobre todos los gobiernos de Europa. Por lo tanto el grito de ¡Viva Polonia! significaba al mismo tiempo: muerte a la Santa alianza, muerte al despotismo militar de Rusia, Prusia y Austria, muerte a la hegemonía mongólica sobre las sociedades modernas. [La carta termina con estas palabras:] Por lo tanto, los polacos fuera de las fronteras de su patria han tenido un rol muy importante en la lucha por la independencia del proletariado; ellos han sido sus principales combatientes internacionales. Hoy, cuando esta lucha se desarrolla entre el mismo pueblo polaco, debe ser apoyada por la propaganda, por la prensa revolucionaria, para que se una a los esfuerzos de nuestros hermanos rusos. Será un motivo más para repetir el antiguo grito: ¡Viva Polonia!¹⁶²

Proletariado figuró entre los fundadores del Partido Socialista Polaco (PSP), Szymon Dickstein (1858-1884) fue uno de los redactores de *Równosc, Przedsmit y Walka Klas*. [N. del ed.]

162. Véase *Sprawozdanie z miedzynarodowego zebrania, zwołanego w 50 rocznice listopadowego powstania przez redakcję, «Równosci» w Geneinie* [Informe sobre el congreso internacional, convocado en el 50 aniversario del levantamiento de noviembre por la redacción de *Równosc* en Ginebra], Biblioteka de *Rótnosc*, Ginebra, 1881. t. I, p. 30. [N. del ed.]

En respuesta a la carta, Ludwik Warynski, en su extenso discurso pronunciado en el mencionado mitin, manifestó:

[...] A la alianza tripartita se opuso la Internacional, convocando a todo el pueblo trabajador a la lucha bajo una misma bandera: la bandera de la revolución internacional. Sin embargo, la Internacional, no contando con suficientes fuerzas como para oponerse a la reacción, no incluyó la causa polaca en el programa general de la emancipación del proletariado. Se creía que los patriotas polacos rebeldes eran los únicos aliados dentro del Estado ruso que podían detener la marcha zarista hacia el afianzamiento de la reacción en Europa. Durante mucho tiempo se ha limitado así nuestra participación en el movimiento internacional. *Inclusive los autores del Manifiesto Comunista enlazan su inmortal proclama «Proletarios de todo el mundo, uníos», con otra —atractiva también para la burguesía y para las clases privilegiadas—: ¡Viva Polonia! Este homenaje y simpatía hacia Polonia, la Polonia de los explotadores y de los explotados, demuestra que en las mentalidades de sus defensores aún no han perdido su significado las antiguas combinaciones políticas. Y, sin embargo, este significado se va perdiendo gradualmente y esperemos que también ellos pronto lo olvidarán*¹⁶³.

Warynski estaba equivocado. Las tradiciones polacas en el seno del movimiento internacional socialista, a pesar de haber caído momentáneamente en el olvido, no desaparecieron, aunque las condiciones históricas que les dieran origen hayan cambiado radicalmente. Todas las ideologías llevan la semilla del conservadurismo y también la ideología del movimiento obrero, a pesar de su naturaleza revolucionaria, obedece a las mismas leyes. Sus puntos de vista sobre cuestiones particulares siguen con retraso considerable al desarrollo real de los hechos, lo cual se subsana por intermedio de radicales y periódicas revisiones. Pero el partido socialdemócrata constituye un partido de lucha política y no de lucubraciones filosóficas a fin de hallar verdades abstractas. Es por ello que, por lo general, no se realizan revisiones de opiniones anticuadas hasta que los intereses concretos del movimiento obrero lo hacen indispensable. De tal manera, las opiniones tradicionales quedan depositadas durante mucho tiempo en el cofre de la socialdemocracia, a pesar de que las condiciones sociales que les correspondían hayan cambiado radicalmente.

163. *Ibid.*, pp. 80-81.

Y en el momento en que nuevas necesidades vitales del movimiento originadas por la marcha del progreso se les oponen expresamente, la opinión pública las saca del cofre y realiza una crítica a fondo.

Tal es lo que está ocurriendo con las opiniones tradicionales de los socialistas acerca de la cuestión polaca. Estas fueron archivadas en las mentes sin intervenir jamás en la práctica política. No hubo más movimientos nacionales polacos que pudieran refrescarlas, mientras que los socialistas polacos simplemente no les hacían caso alguno y proseguían su marcha por el camino de la política antinacionalista.

Sin embargo, la situación cambió totalmente en el momento en que hacia 1893 apareció la corriente socialpatriótica representada por el Partido Socialista Polaco. Ya con anterioridad hubo ensayos de unir el movimiento socialista polaco con el programa de la reconstrucción de Polonia, tanto por la agrupación *Lud Polski*¹⁶⁴ en el año 1881, como por la agrupación *Pobudka*¹⁶⁵ en el año 1889, ambas bajo el liderazgo de B. Limanowski¹⁶⁶. Sin embargo, ambas exiguas agrupaciones sentían a tal grado la brecha que las separaba del socialismo internacional que no hicieron ningún esfuerzo por *tender lazos* entre su posición y las tradiciones marxistas, reconociendo que el programa no estaba basado en la teoría del socialismo moderno sino en una singular especie de fraseología socialista metafísico-sentimental.

Fue el Partido Socialista Polaco el que por vez primera realizó el intento de renovar y aprovechar en amplia escala aquella herencia abandonada de la política de Marx del año 1848. Fue creado y puesto en marcha todo un sistema tendiente a «realizar» —en su acepción mercantil— las tradiciones polacas errantes entre los socialistas de Europa occidental, cuya prueba hallarán los lectores en el presente libro, y en particular en el artículo del señor Haecker¹⁶⁷, de Cracovia. El sistema consistía, como

164. *Socjalistyczne Stowarzyszenie «Lud Polski»* (Asociación Socialista «Pueblo Polaco»): asociación política de emigrados polacos fundada en 1881 en Ginebra, de orientación socialista y nacional, que buscó articular reivindicaciones sociales con la lucha por la independencia de Polonia frente a las potencias ocupantes. [N. del ed.]

165. *Pobudka* («Despertar»): título de una publicación periódica de emigrados polacos con orientación nacional-social registrada en París desde finales del siglo XIX, asociada a debates sobre la cuestión nacional polaca; su carácter político refleja las corrientes nacionalistas sociales entre emigrados. [N. del ed.]

166. *Bolesław Limanowski* (1835-1935): organizador de la Asociación *Lud Polski*, y luego uno de los fundadores del PSP. [N. del ed.]

167. *Emil Haecker* (1875-1934): periodista y activista socialista polaco vinculado al

lo expresó acertadamente uno de nuestros compañeros, en recolectar «avales por la reconstrucción de Polonia» de todas las luminarias del socialismo occidental. Estos «avales» se recolectaban –tal como lo demuestra más adelante la carta de Antonio Labriola– asegurando a los socialistas franceses, italianos, alemanes, ingleses, etcétera, que «todo el socialismo polaco quiere» la reconstrucción de Polonia, y pidiendo por adelantado unas palabras de simpatía para esa tendencia. Puestos así ante un hecho consumado y no teniendo motivo para expresarse la mente acerca de la racionalidad o no del programa de un partido foráneo, cuya lengua y condiciones les eran ajenos, los socialistas de Occidente por lo general extendían el «aval» sin pensarlo demasiado, escribían la misiva o el artículo pedido o pronunciaban unas palabras en alguna asamblea a la que fueran invitados también por adelantado.

De tal manera, las escrupulosamente coleccionadas expresiones de las celebridades del movimiento obrero internacional comenzaron a desempeñar en la literatura del socialpatriotismo, en los años 1895-1896, el papel de una letanía repetida continuamente: en las ediciones especiales de mayo de 1896, en los artículos del *Przedświt*¹⁶⁸, de *Gazeta Robotnicza*¹⁶⁹, etcétera. Los nombres de Marx, Engels, Bebel, Kautsky, Bernstein, Guesde, Labriola, Hyndinan, Eleonora Marx Aveling, Mottelet, Lessner, etcétera, etcétera, en su calidad de fervientes partidarios de la reconstrucción de Polonia, se repetían incesantemente en la literatura socialpatriótica, así como tampoco se dejaba escapar ocasión alguna para refrescar dichas tradiciones en la prensa occidental.

Partido Socialista Polaco (PSP) y editor de publicaciones obreras como *Naprzód*, activo en Cracovia y tomando una posición nacionalista en los debates de la socialdemocracia sobre la cuestión polaca a fines del siglo XIX y comienzos del XX. [N. del ed.]

168. *Przedświt* («Alba», 1881-1920): revista socialista vinculada a las corrientes más activas del movimiento obrero polaco y a el Partido Socialista Polaco y, antes, a el primer partido «Proletariado», que abordó debates teóricos, políticos y nacionales del socialismo desde finales del siglo XIX hasta después de la Primera Guerra Mundial. [N. del ed.]

169. *Gazeta Robotnicza* («El periódico de los trabajadores», 1891-1914, con ediciones posteriores): órgano de la tendencia separatista e independentista del PSP en los territorios bajo ocupación alemana. Su polémica con Rosa Luxemburgo, por su tendencia a la integración de los obreros polacos en el partido socialdemócrata alemán, fue particularmente feroz. La acusación de histerismo, que había sido lanzada contra Rosa por el *Naprzód* de Cracovia en el número del 14 de mayo de 1896, fue retomada y generalizada por la *Gazeta Robotnicza*. También August Winter fue denostado como «autor histérico del campo de Rosa». [N. del ed.]

La aparición de este fenómeno tan original no fue obra de las circunstancias, ni del mal gusto de los voceros del socialpatriotismo. Esta tendencia, que apareció por primera vez en los años 1893-1894 en el movimiento obrero polaco, encontró en Polonia una atmósfera hostil en sumo grado. La opinión de los círculos socialistas polacos elaborada en quince años de actividad de *Rómnosc* y de *Przedświt* en el espíritu del partido Proletariado, es decir en el espíritu de extremo antinacionalismo, recibió con mucha desconfianza este programa de reconstrucción nacional. Según las viejas nociones de Proletariado, cultivar el patriotismo y las proclamas de los levantamientos de la nobleza era sencillamente traicionar la bandera socialista y la posición de la lucha de clases. Para neutralizar esta atmósfera hostil y estas tradiciones tan fuertemente arraigadas de Proletariado era imprescindible dar una amplia motivación del nuevo programa desde el punto de vista de clase del movimiento socialista. Pero lograr tal motivación le sería imposible hasta al rey Salomón, porque según el proverbio: *où il n'y a rien, le roi perd ses droits* [ahí donde no hay nada, el rey pierde sus derechos]; el socialpatriotismo *no podía* motivarse. El famosísimo esquema inventado antaño para aparentar que el programa era «obrero» consistía en asegurar que la constitución de una Polonia independiente sería con seguridad «más democrática» que la eventual constitución rusa después de la caída de los zares, y evidentemente satisfacía las reducidas necesidades mentales de niños de cuarto grado. Por ende, la solución más simple fue invocar las tradiciones del socialismo internacional, invocar los nombres de Marx, Engels y, tras ellos, los de otros eminentes socialistas. La larga lista de nombres ilustres había de servir como sucedáneo de la motivación del programa socialpatriótico. La reconstrucción de Polonia perdía su aspecto de traición con respecto al socialismo a partir del hecho de que los más duchos teóricos del movimiento apoyaban tal posición, y el «marxismo» impartía una sanción directa al programa del Partido Socialista Polaco, ya que el «mismo Marx» extendía el certificado de su legitimidad. A partir de aquel momento, todas las dudas, temores e indiferencias de los círculos socialistas polacos con respecto al cambio de dirección programática del socialpatriotismo se neutralizaron por medio de recitar la letanía: Marx, Engels, Liebknecht, Bebel, Eleonora Aveling, Labriola, etcétera, o, en el orden inverso: Labriola, Bebel, Liebknecht, Engels, Marx, etcétera.

Unos momentos de reflexión bastarán para comprender que tal solución consistía en una doble y muy grosera mistificación. A los socialistas

foráneos se les hacía creer que todo el movimiento obrero consideraba como su incuestionable programa la reconstrucción de Polonia y partiendo de esta base, expresaban sus simpatías al programa en cuestión. Por otra parte, la opinión socialista polaca se formaba una imagen errónea por las así logradas expresiones de simpatía de los socialistas extranjeros creyendo que todo el movimiento internacional socialista consideraba como una imperiosa exigencia la tendencia a la reconstrucción de Polonia defendida por los socialistas polacos. Desde ambas partes la política mencionada se basaba en silenciar cualquier juicio crítico sobre el socialpatriotismo fundándose en el criterio de autoridad: allá, la autoridad de todo el movimiento obrero de Polonia: aquí la autoridad de los grandes nombres de Marx, Engels, etcétera.

Para socialistas de la talla de Ludwik Warynski, como ya vimos, ni siquiera la autoridad de Marx en vida tuvo el efecto de influir sobre sus juicios. Sin embargo, para aquellas esferas de la patriótica y pequeñoburguesa inteligentzia, entre las cuales la corriente socialpatriótica reclutó el mayor número de sus adeptos precisamente *gracias* a la faceta nacionalista de su programa, la autoridad personal de Marx, Engels, Bebel, Liebknecht, era ampliamente suficiente para la absolución de la conciencia. En particular después de los largos años de la cruzada formal emprendida por los socialistas de la escuela de Warynski, era sumamente placentero descubrir que se podía seguir siendo nacionalista a la antigua y a pesar de ello, *y casi precisamente por ello*, también ser «socialista».

Este fue el momento preciso en que las viejas tradiciones de la Internacional Socialista con respecto a la cuestión polaca entraban en la zona de los intereses prácticos del movimiento obrero y cuando se convirtió en una exigencia real del socialismo polaco e internacional someterlas a un análisis crítico.

Se trataba pues de hacer desaparecer esas ilusiones y opiniones anticuadas con respecto a Polonia, con las cuales el socialpatriotismo había construido la más fuerte de las barreras a la posición socialista de clase y para el movimiento obrero en Polonia, de analizar críticamente esos puntos de vista, que habían sido transformados por los partidarios del socialpatriotismo en su formal *artículo* de fe para los socialistas polacos. Se trataba pues de pasar revista a las anticuadas *opiniones* de Marx sobre la cuestión polaca a fin de que las *bases de la teoría marxista* tuvieran libre acceso al movimiento obrero polaco.

Por otra parte, la restauración y efectivización de las tradiciones nacionales entre los socialistas alemanes y otros, realizadas por el PSP durante años enteros inclusive por intermedio del periódico *Bulletin Officiel du Parti Socialiste Polonais*, tenían una clara finalidad práctica: adosar el programa de la reconstrucción de Polonia, no sólo a los socialistas del reino¹⁷⁰, sino también a los de Galitzia y de los territorios ocupados por Prusia, y fusionar las tres fracciones del movimiento obrero polaco, combatientes en condiciones políticas totalmente diferentes, en una sola unidad basada en el nacionalismo y opuesta a los esenciales intereses políticos del proletariado polaco. La otra cara de la moneda de la mencionada tendencia fue evidentemente la emancipación política del movimiento socialista polaco de la socialdemocracia alemana y austríaca, es decir, la introducción de una escisión nacionalista en las homogéneas filas del proletariado de Alemania y Austria.

El punto culminante que coronará los dos años de esfuerzos socialpatrióticos habría de ser el Congreso internacional socialista celebrado en Londres en agosto de 1896, en el que el Partido Socialista Polaco propuso una resolución que consagraba las aspiraciones de los socialistas polacos con respecto a la reconstrucción de Polonia como exigencia ineludible para el movimiento obrero internacional. De tal forma, la tendencia nacionalista dentro del movimiento obrero polaco buscaba obtener, con todas sus consecuencias, la sanción de la suprema instancia socialista, contra la cual se habrían de estrellar luego todas las futuras críticas en el seno de las filas socialistas polacas.

Por ende, la ponencia del Partido Socialista Polaco en el congreso londinense constituía *per se* el punto de partida de una extensa discusión sobre la cuestión polaca. Dicha polémica, en parte puramente teórica, en parte referida al campo de la táctica y de la política práctica, se inició en *Die Neue Zeit* y prosiguió en el *Vornwärts*—órgano central de la socialdemocracia alemana— y en otros periódicos partidarios alemanes

170. Por «Reino» se entendía la parte de Polonia bajo dominio ruso, mientras que Galitzia pertenecía al imperio austríaco.

(*Leipziger Volkszeitung*¹⁷¹, *Sächsische Arbeiterzeitung*¹⁷²), y también pasó a la prensa italiana. Todo ese animado debate de los años 1896 y posteriores lo hallará el lector en el presente libro. Considerando que el principio señero de la socialdemocracia en contra de la tendencia socialpatriótica no es el adormecimiento, sino el *despertar* del pensamiento crítico en las filas socialistas, ofrecemos a nuestro público, sin cambio alguno, todas las opiniones emitidas, todos *los pro* y *los contra* de nuestra posición; no proporcionamos tan sólo ciertos resultados preparados y conclusiones finales, sino que ofrecemos todo el extenso *material* para posibilitar al lector un juicio independiente sobre esta polémica y sobre esta cuestión, tan básica para el movimiento obrero polaco.

Desde el punto de vista político, el objetivo directo de la polémica iniciada en *Die Neue Zeit* se logró a la perfección. Hasta tal grado inquietó las mentes y obligó a los socialistas occidentales a reconsiderar el significado político y las consecuencias de la corriente socialpatriótica, que la ponencia de esta última en el congreso londinense no fue considerada, mientras que fue aprobada unánimemente una resolución que expresaba en forma general las simpatías de los socialistas hacia todos los pueblos sojuzgados y el reconocimiento de su derecho a la autodeterminación¹⁷³. Por supuesto, jamás hubo duda alguna de que los socialistas sintieran simpatía y compasión hacia los pueblos sojuzgados, ya que ambas cosas son propias de la ideología socialista. No menos claro e indudable es para los socialistas el *derecho* que tiene cada pueblo a su independencia porque también *ello* emana de los principios elementales del socialismo.

171. *Leipziger Volkszeitung* («Periódico Popular de Leipzig»): periódico alemán con fuerte vinculación histórica al movimiento socialdemócrata, fundado en Leipzig en octubre de 1894, que en sus primeros años actuó como un importante órgano de prensa del Partido Socialdemócrata de Alemania y el movimiento obrero en Sajonia antes de ser prohibido por el régimen nazi en 1933. [N. del ed.]

172. *Sächsische Arbeiterzeitung* («Periódico Obrero Sajón», 1890-1908): periódico socialista alemán publicado en Dresde y Sajonia entre 1890 y 1908, vinculado a las organizaciones socialdemócratas regionales. [N. del ed.]

173. La resolución dice: «El congreso declara que está a favor del derecho completo a la autodeterminación de todas las naciones y expresa sus simpatías a los obreros de todo país que sufra actualmente bajo el yugo del absolutismo militar, nacional o de otro género; el congreso exhorta a los obreros de estos países a ingresar en las filas de los obreros conscientes de todo el mundo, a fin de luchar juntamente con ellos para vencer el capitalismo internacional y realizar los objetivos de la socialdemocracia internacional».

Los congresistas socialpatrióticos no deseaban una expresión general de *simpatía* hacia *todas* las nacionalidades, sino precisamente su circunscripción a la causa de la reconstrucción de Polonia como una necesidad política especial del movimiento obrero: no el reconocimiento del *derecho* a la independencia de todos los pueblos, sino el reconocimiento de la *conveniencia* y de la *necesidad* de las aspiraciones de los socialistas polacos en su esfuerzo por realizar tales «derechos» en Polonia. Desde tal punto de vista, las directivas del congreso londinense fueron contrarias, porque no sólo colocaron la causa polaca al nivel de la causa de todos los demás países sojuzgados, sino que también indicaron, a manera de única solución para la explotación nacional que los obreros de todos los países sojuzgados, en vez de ocuparse de la reconstrucción de sus respectivas sociedades capitalistas, ingresen en las filas del socialismo internacional para apresurar la instauración de tal régimen, el único que podrá suprimir toda explotación de clase y por ende la nacional.

Este resultado directo de la crítica realizada por nosotros demuestra inmediatamente hasta qué punto las tradiciones polacas, sobre las cuales la tendencia socialpatriótica basó su existencia en el movimiento internacional, ya eran obsoletas y hasta qué punto estaban en oposición a los intereses reales del movimiento obrero. Ello surgió principalmente como consecuencia de que la exposición de la causa de la reconstrucción de Polonia en el ámbito de la política práctica del proletariado suscitó inmediatamente toda una serie de otras cuestiones *internacionales*, planteando algunas consideraciones que en tiempos de *La Nueva Gaceta del Rin* y de la revolución de 1848 aún no habían surgido. A saber, surgió inmediatamente la siguiente cuestión: si el proletariado internacional debía considerar la construcción nacional del Estado polaco como misión primordial de la política socialista, entonces, ¿por qué no habría de considerar en igual medida como misión de la socialdemocracia la devolución de Alsacia-Lorena a Francia, como también el apoyo a las tendencias nacionalistas italianas con respecto a Trento y a Trieste, o las aspiraciones separatistas de los checos, etcétera?

Por otra parte, el reconocimiento de la tendencia de las organizaciones socialistas polacas a separarse de aquellas de los países agresores, y, recíprocamente, la tendencia a unir el proletariado de los tres territorios polacos ocupados en un solo partido obrero causaría un sinfín de dificultades organizativas. En Alemania, además de la población alemana, habitan no sólo los polacos sino también, y en número considerable,

daneses, franceses alsacianos y, en la Prusia oriental, lituanos. El principio adoptado por la tendencia socialpatriótica provocaría en consecuencia la escisión de la unidad socialdemocrática de Alemania en varios partidos independientes según las fronteras nacionales. Y, más aún, estas mismas consecuencias tendrían lugar en varios otros países, ya que ninguno de los Estados modernos es nacionalmente homogéneo.

De tal manera, la aceptación del programa socialpatriótico acarrearía una revisión total de la posición actual de la socialdemocracia internacional y un alejamiento en el programa, en la táctica y en los principios organizativos desde posiciones puramente políticas y de clase a posiciones nacionalistas.

Bastaba pues señalar estas consecuencias y todo este conglomerado de problemas vinculados a la tendencia socialpatriótica, para que la cuestión se convirtiera de *polaca* en internacional, incluyendo en la política directa también a los compañeros alemanes, italianos y rusos.

Y en especial a estos últimos. La ponencia, del Partido Socialista Polaco en el congreso de Londres, como también toda la orientación que al aceptarla se habría sancionado, tenía enorme significado político para el movimiento obrero de Rusia propiamente dicha.

El lector polaco, conocedor de las publicaciones del Partido Socialista Polaco, sabe que desde el primer momento de su aparición pública, es decir desde el año de 1893, la tendencia socialpatriótica trató de justificar su existencia ante el público *polaco* invocando la inercia social en Rusia y las pocas miras del movimiento obrero ruso¹⁷⁴. Por medio del cultivo

174. Esto es lo que expresa y prueba de manera más eficaz el editorial del número 11 del *Przedswit* del año 1894, en el característico fragmento que transcribimos: «Entre nosotros hay personas que siguen o se imaginan que siguen nuestro programa y que sin embargo plantean la siguiente reserva: con toda nuestra exigencia de una república polaca independiente no deberíamos olvidar que en caso de establecerse en Rusia un fuerte y promisorio movimiento constitucional también nosotros deberíamos unirnos a él y brindar nuestra ayuda para obtener la constitución. Otros van más allá y aun dicen que aunque la independencia es imprescindible para el obrero polaco y que, tarde o temprano, la deberá obtener, son necesarias primero las libertades constitucionales, y que cuando podamos organizar las masas obreras, entonces obtendremos la coronación de nuestros esfuerzos: una república democrática. Como ya hemos dicho, los que proclaman tales ideas se equivocan creyendo en nuestra unanimidad y si, por su parte, están de acuerdo con nuestras exigencias, es que no se han tomado el trabajo de pensar en todas las consecuencias de tal paso. ¿Cómo incluir en el programa la eventualidad de una lucha por la constitución si no se cree en la existencia de fuerzas capaces de conquistar tal constitución?

cuidadoso de la tradicional política polaca en Occidente, el socialpatriotismo intentaba la momificación de esos puntos de vista con respecto a Rusia también entre las filas del socialismo internacional.

Presentando sistemáticamente al movimiento obrero polaco como único fenómeno revolucionario serio bajo los zares, el PSP tenía la ilusión de fijar en las mentes de los socialistas alemanes, franceses y otros las mismas nociones sobre las condiciones sociales que imperaban en Rusia en los tiempos de la revolución de 1848 en el reinado de Nicolás I y en la época de la Rusia señorial. De tal manera, el movimiento obrero ruso, que alcanzó su desarrollo en la década del ochenta, debía encontrarse ante las puertas cerradas de la opinión pública del socialismo internacional. Y precisamente cuando en Petersburgo —durante la primavera de 1896— el estallido de una enorme huelga de 40.000 obreros anunciaba el comienzo de un movimiento masivo del proletariado ruso, se esperaba que el socialismo internacional, basándose en una ponencia socialpatriótica, reconociera oficialmente que todas sus esperanzas de derrocar al zarismo no estaban puestas en la lucha clasista y política del proletariado, sino en la lucha nacional de los polacos; es decir, se confiaba, en otras palabras, que dijera públicamente que no esperaba nada de los obreros rusos y que ignoraba totalmente su lucha revolucionaria.

Así la crítica de la ponencia socialpatriótica en el congreso londinense, extendida luego a la crítica de todas las opiniones tradicionales sobre la cuestión polaca, se convirtió, al mismo tiempo, en crítica de los puntos de vista tradicionales con respecto a Rusia, colocando ante los ojos de los socialistas occidentales, en vez de estampas de la Rusia patriarcal de Nicolás I, la noción de una Rusia moderna, capitalista, con su proletariado en lucha. De tal manera, proclamaba que el movimiento obrero ruso había conquistado el formal derecho a la ciudadanía y al reconocimiento oficial por parte del movimiento internacional, en su calidad de hecho irrevocable y factor de primordial importancia.

y, sin embargo, esa desconfianza fue evidente entre nosotros desde el mismo momento en que se originó el actual programa político. Más aún ¿cómo puede conjugar nuestro partido de la "eventual" constitución sus aspiraciones con el convencimiento de la reacción de la sociedad rusa y la debilidad de los elementos socialistas en Rusia, cuando la combinación de estos dos factores deja entrever que nuestras libertades constitucionales serán en Rusia poco significativas o bien inexistentes? Entre tanto, sin embargo, posiblemente ninguno de nuestros argumentos ha obtenido tanta popularidad entre la generalidad de nuestros compañeros como este reaccionarismo de Rusia».

De este modo, una polémica que comenzó siendo un problema doméstico del socialismo polaco se convirtió desde sus orígenes en una revisión total de las opiniones imperantes en el socialismo europeo occidental desde tres puntos de vista: el de las relaciones internacionales, el de las relaciones en Rusia y el de las relaciones en Polonia.

Se suele hablar largo y tendido sobre el «dogmatismo» de la escuela de Marx. Precisamente la revisión de la política polaca proporciona un ejemplo más que suficiente de que tales objeciones son superficiales. El socialpatriotismo polaco trató de «elaborar» una opinión de Marx sobre política corriente en un verdadero dogma, inmutable para toda la eternidad e independiente del desarrollo simplemente porque lo dijo «el mismo Marx». Sin embargo, tal abuso del nombre de Marx a fin de sancionar una tendencia que se hallaba totalmente en contra de las nociones y la teoría del marxismo pudo haberse mantenido como una momentánea mistificación hecha principalmente a medida de la enajenación mental en las esferas de la intelectualidad nacionalista polaca.

La esencia del «marxismo» no depende de tales o cuales opiniones sobre las cuestiones del momento, sino que se asienta sobre dos principios fundamentales: sobre el sistema dialéctico-materialista de investigación histórica, una de cuyas conclusiones principales es la teoría de la lucha de clases, y sobre el análisis de la economía capitalista, fundamentado por Marx. Esta última teoría —la interpretación de la esencia y los orígenes del valor, del plusvalor, del dinero y del capital, de la concentración de capitales y de las crisis— es prácticamente una genial aplicación de la dialéctica y del materialismo histórico al periodo de la economía burguesa. Así, la columna vertebral, el *espíritu* de toda la doctrina de Marx está constituido por el método dialéctico-materialista de investigación de las cuestiones sociales, método que no reconoce fenómenos, principios y dogmas estables o inmutables, método cuyo lema para las relaciones sociales humanas es esta observación mefistofélica: «La razón se vuelve un absurdo, la caridad una condena»; método para el cual cada una de las «verdades» es susceptible de ciertas e implacables críticas por parte del desarrollo histórico.

Por lo tanto, la socialdemocracia polaca hizo suyo el objetivo de aplicar el *método* y los principios básicos de la doctrina marxista a las condiciones sociales polacas, y no buscó la bendición de Marx para los antiguos lemas nacionalistas en sus opiniones anticuadas sobre la cuestión polaca. Desde tal punto de vista, halló en el patrimonio teórico del socialismo polaco

una suerte de *tabula rasa*. Los primeros promotores del movimiento obrero polaco, Warynski y compañía, los que trasplantaron las opiniones del socialismo científico a nuestro suelo, se encontraron con los residuos de las ideologías nobiliarias nacionales y, simultáneamente, con la teoría del trabajo orgánico como forma imperante de ideología social. En su calidad de representantes de los intereses de la nueva clase, del proletariado, debieron en primer lugar ajustar cuentas con la herencia ideológica de las clases dominantes, y solucionaron tal cuestión proclamando sin titubeos que todas las teorías y todos los movimientos nacionales polacos constituían expresión de los intereses egoístas y clasistas de la casta de la nobleza, y que la teoría del «trabajo orgánico» lo era de los intereses materiales y estrechos de nuestra burguesía industrial. De tal manera, ya a fines de la década del setenta y al comienzo de la del ochenta, los socialistas polacos abrieron el camino en nuestro país a la teoría de la hostilidad de clases, combatiendo tanto el nacionalismo de la nobleza como la «organicidad» burguesa como teorías de la aparente armonía de intereses de todas las clases sociales. Con ello, también fue trasplantado a Polonia el análisis general marxista de la sociedad capitalista conjuntamente con sus consecuencias: la lucha de clase del proletariado y el programa socialista. He aquí el mérito histórico de Ludwik Warynski, Dickstern y sus camaradas.

Sin embargo, contraponiendo de tal manera la revolución *socialista* como *objetivo* directo del proletariado polaco a los programas políticos de las clases dominantes, dejaban al movimiento obrero prácticamente sin ningún programa político, y colocaban al socialismo en el terreno de la clandestinidad utópica; en otras palabras: sentenciaban al movimiento socialista a la vegetación estrechamente sectaria y a una muerte rápida¹⁷⁵.

Por otra parte, la argumentación que hemos citado podría haber sido escudo suficiente contra el nacionalismo siempre y cuando este último se opusiera abiertamente a las aspiraciones socialistas presentando los gastados lemas de la armonía de intereses y de la unidad nacional según el espíritu de T. T. Jez-Milkowski¹⁷⁶, o intentara aliarse al socialismo de manera tan torpe e ingenua como el «socialismo nacional» del señor

175. Las transformaciones consecutivas de la posición política del grupo de Warynski se describen detalladamente en nuestro artículo titulado «En memoria del partido Proletariado» en la *Przegląd Socjaldemokratyczny*, n. 1 y 2, año 1903.

176. *Szajgrun F. Milkowski* (Theodor Thomas Jez, 1824-1915): fundador de la *Liga Polska* (Liga Polaca) y novelista. [N. del ed.]

Limanowski. Empero dicha argumentación era totalmente inservible ante las más modernas ediciones del nacionalismo, es decir, cuando éste, renegando de la desacreditada teoría de la unidad nacional, se colocaba la careta de la teoría de la lucha de clases y se manifestaba bajo los lemas del programa político del proletariado.

Por lo tanto, a comienzos de la década del noventa, conjuntamente con el impetuoso desarrollo del movimiento obrero en Polonia que alcanzaba las dimensiones de movimiento de masas, y que siguió de tal modo al fracaso del socialismo de sectas, la socialdemocracia se encontró ante la necesidad de crear y fundamentar un *programa político* para la lucha de clase del proletariado. Y la manera de hacerlo —según el espíritu de la teoría marxista— sólo podía ser un estudio de las tendencias reales del desarrollo social de Polonia, estudio que descubriera la base para comprender ciertos fenómenos de naturaleza política, intelectual y moral en las relaciones de producción y sus consecuentes relaciones de clases. En este caso, no se trataba ya de *comprobar* el desarrollo capitalista de Polonia y hasta qué punto éste crea entre nosotros la concentración de capitales, la proletarización, la explotación, en una palabra, la anarquía social y la lucha de clases, sino de *analizar* dicho desarrollo y la creación de ciertas tendencias políticas dentro de la sociedad. En otras palabras, no se trataba de comprobar la existencia en Polonia de ciertos fenómenos *típicos* y esquemáticos del capitalismo internacional, sino de realizar la exposición de estos fenómenos *específicos* en la vida social de *Polonia*, fenómenos que tuvieron lugar como consecuencia de singulares condiciones históricas y políticas de nuestro país.

No se trataba, repetimos, de importar directamente a Polonia ciertos resultados generales del análisis marxista de la sociedad burguesa, sino de hacer un análisis social independiente de la Polonia burguesa y, al mismo tiempo, de transferir el socialismo de las nubes de lo abstracto y de los esquemas incorpóreos al terreno real de *Polonia*. Este análisis, cuya parte económica intentamos esbozar en *El desarrollo industrial de Polonia*, está expuesto en un breve ensayo, conjuntamente con todas las principales ponencias, en el informe oficial de la socialdemocracia al Congreso Internacional Socialista de Zúrich del año 1893. De este análisis derivaba lógicamente un doble resultado, positivo y negativo: por una parte la confirmación teórica de la conclusión, a la cual el movimiento obrero ya había llegado empíricamente por su desarrollo de masas, de que el más urgente de los objetivos políticos del proletariado polaco del Reino es la

lucha conjunta con el proletariado ruso a fin de derrocar el absolutismo, y lograr la democratización de las relaciones internas; por otra parte, que la aspiración a la construcción de Polonia constituye una utopía sin esperanzas ante el desarrollo capitalista del país, del cual el programa político citado es una resultante inevitable de la necesidad histórica.

De tal modo, la socialdemocracia polaca se vio obligada a emprender, aplicando los principios del socialismo científico a la realidad polaca, una investigación independiente a fin de hallar la explicación del desarrollo de la Polonia moderna, al igual que, por ejemplo, la socialdemocracia rusa debió fundamentar un programa político positivo para su proletariado por medio del análisis de las condiciones sociales específicas de Rusia propiamente dicha, y destruir las teorías críticas del «populismo». La socialdemocracia polaca y rusa han llegado de tal manera a un mismo punto por los resultados positivos de sus respectivas teorías: a un mismo programa político, aunque por conductos diferentes. La gran diferencia estriba en que mientras ya en el año 1875 Engels, en la respuesta a Tkachov publicada en *Volksstaat*, demuestra una genial comprensión de los principales errores del «nacionalismo» ruso y traza las líneas directrices del desarrollo del capitalismo en Rusia que atraviesan la decadencia de la primitiva comunidad agrícola, en cuanto a Polonia, tanto él como Marx hasta el último momento no se tomaron el trabajo de revisar su vieja posición del año 1848, y hasta la transfirieron mecánicamente a todo el movimiento socialista polaco, tal como ya vimos en su carta, con motivo de la conmemoración de noviembre, a Ginebra en 1880, y, también en 1892, en el prólogo de Engels a la edición polaca del *Manifiesto Comunista*¹⁷⁷.

Ya desde el primer momento en que en 1893 la socialdemocracia expuso sus críticas del socialpatriotismo basadas en la mencionada teoría social, resultó que este último pudo esgrimir como defensa y fundamento una argumentación sólo digna de menores de edad. Por supuesto, esa pobreza mental tuvo brillo muy singular, ya que no fue manifestada ante el poco exigente público polaco sino en el ámbito internacional. Los partidarios del nacionalismo demostraron aquí no sólo su total incapacidad para la contrargumentación, sino hasta para la *comprensión* del análisis hecho según el método de la teoría marxista.

177. Prólogo presente en la edición de Editorial Larga Marcha, *El Manifiesto Comunista y otros textos* (2025). [N. del ed.]

Cuando, por ejemplo, se señala que la tendencia del desarrollo capitalista en Polonia une gradualmente con mayor fuerza nuestro país con Rusia por medio de los intereses materiales de las clases dominantes, los socialpatriotas tratan de «estigmatizar» todo ese proceso histórico objetivo y sumamente complicado, que desde bases puramente económicas, a través de los intereses e influencias políticas, se extiende hasta las más sutiles esferas de la ideología social, expresando que se trata de una tendencia puramente subjetiva de los socialdemócratas hacia la «incorporación orgánica», o de problemas —también subjetivos— de los industriales de la Polonia reconstruida para que éstos tengan donde vender sus «percales». A un mismo nivel se encuentran también las réplicas de los partidarios del social-nacionalismo: su indignación porque los socialistas toman en cuenta una cosa de tan poca monta como el desarrollo capitalista, o su generosísima promesa —como la que por ejemplo leemos en el número de noviembre de 1894 de *Przedswit*— de que en la Polonia reconstruida será labor de los diputados socialistas en el parlamento el dar trabajo a aquellos obreros que lo perdieran a causa de la crisis de la industria polaca y la pérdida del mercado ruso¹⁷⁸...

178. Para un futuro historiador del «humor nacional» en la Polonia moderna, quien por otra parte hallará infinitos tesoros en la literatura socialpatriótica, citamos aquí en toda su extensión esta perla: «No nos quitará el sueño el hecho de que los señores Scheibler y Cía. pierdan sus ingresos millonarios obtenidos por la venta de sus “percales” a los varios calmuco y otras tribus; y si, como consecuencia de una menor demanda para los productos de las fábricas polacas, cierta cantidad de obreros hubiera de perder su ocupación, no por eso habremos de renegar de nuestra independencia. Será misión de la futura fracción socialista polaca conseguir los medios de subsistencia para esos pobretones a través de una legislación adecuada, de la agitación por el acortamiento de la jornada de trabajo, el derecho al trabajo, etcétera». Ante tal *embaras de richesses* de ingenuidades manifestadas con la mayor seriedad, creemos sin embargo que el primer puesto se lo merece la argumentación de un cierto señor Zborowicz, quien a la manera de un nuevo Moisés del socialpatriotismo dio los diez mandamientos que resumen todas las posibles necesidades de esta tendencia ya en el año 1892, en el folleto titulado *Przyczynek do Programu Socjalnych Demokratów Polskich* (Contribución al programa de los socialdemócratas polacos) (Berlín, ed. Morawski). El autor, mostrando ingenuamente su preocupación por hallar «mercados» para «nuestra» industria, soluciona la cuestión de la siguiente y maquiavélica manera: «Al obtener nuestra independencia política perderemos los mercados meridionales de Rusia, pero, por las mismas causas, Rusia perderá los mercados lituanos abastecidos hoy por las industrias moscovitas. Por lo tanto, tal mercado, juntamente con el de Galitzia —hoy cubierto por la industria vienesa— se nos abrirá automáticamente. *Me parece que tal ganancia bien vale la pérdida...*» (ibid., p. 22).

Esta mecánica y superficial reducción del complejo de las relaciones sociales de la Polonia burguesa a una simple cuestión de «mercados» de venta, y la reducción de la tendencia objetiva del proceso histórico a los temores, aspiraciones y problemas subjetivos de los socialistas, demostró que en las mentes de los socialpatriotas la teoría del materialismo histórico y toda la doctrina de Marx se reflejaba de manera tan caricaturesca como en las mentes de los críticos burgueses, quienes «aniquilaban» periódicamente a la doctrina marxista, degenerándola, deformándola y conviniéndola en un monstruo horrible. El hecho de que la publicación misma de esa clase de argumentos en la prensa polaca y alemana fuera factible por parte de una tendencia que quiso en Polonia llevar el nombre de socialista, ese solo hecho da un pavoroso testimonio del nivel mental de los círculos de la intelectualidad polaca socialista. Aquí halló su expresión el prolongado adoctrinamiento de nuestra inteligentzia «radical» basado en las mecánicas y superficiales teorías de Limanowski¹⁷⁹, en esa insulsa «bettelzuppe»¹⁸⁰ socialista, como dicen los alemanes, que lleva el nombre de «teorías sociales de los siglos XVIII y XIX», y en esa simplota y chillona edición «revolucionaria» del socialismo practicada por las publicaciones extranjeras de los ex-Proletariado, *Walka Klas*¹⁸¹ y *Przedswit*, particularmente a partir de la mitad de la década del ochenta. Halló también su expresión aquí el triste hecho de que a la *inteligentzia* polaca se le enseñó, en el mejor de los casos, a *creer* de manera socialista pero jamás a *pensar* según el espíritu del socialismo científico.

En las discusiones de los marxistas con sus contrincantes burgueses en Alemania o en Francia, se intuye inmediatamente que los oponentes son «bárbaros» los unos para los otros, es decir, que no los separan diferencias en los puntos de vista particulares, sino que el mismo modo de pensar, toda la ideología, son diferentes. Del mismo modo, la polémica con el socialpatriotismo se asemejaba a una conversación en la torre de Babel. Y las réplicas socialpatrióticas llevaban desde el principio esa característica

179. Luxemburgo alude probablemente a las siguientes obras de Limanowski: *Historia ruchu społecznego w drugiej połowie XVIII stulecia* [La historia del movimiento social en la segunda mitad del siglo XVIII], Lwow, 1888 E *Historia ruchu społecznego w XIX stuleciu* [La historia del movimiento social en el siglo XIX] Lwow. 1890. [N. del ed.]

180. Sopa de mendicantes. [N. del ed.]

181. *Walka Klas* («Lucha de Clases», 1884-1887) órgano teórico del primer «Proletariado», publicado en Ginebra. [N. del ed.]

nota de irritación y despecho que también se oye generalmente en las respuestas de los antagonistas burgueses del marxismo.

Los socialpatriotas polacos tienen algo en común con todos los utopistas pequeñoburgueses, es decir, consideran que el descubrimiento de realidades históricas adversas a sus utopías constituye una indignidad personal de los que realizan esos descubrimientos. Por nada del mundo son capaces de comprender que a lo sumo se trata de una «indignidad» del proceso histórico objetivo y no de los que señalan sus tendencias y que, por otra parte, ese proceso indigno no deja de proseguir por más que cerremos los ojos. También son incapaces de comprender que también en este caso podemos hablar de «indignidad» histórica, ya que el desarrollo dialéctico de la historia al debilitar y destruir las formas tradicionales de satisfacer las necesidades sociales, crea simultáneamente formas nuevas. Aquellos «intereses», por otra parte, para cuya solución el desarrollo social no presenta ninguna garantía material, constituyen, mirándolos más de cerca, intereses obsoletos, intereses en bancarrota o simplemente «intereses» *imaginarios*.

Cuando los demócratas alemanes y franceses expresaban en el año 1848 su opinión con respecto a la cuestión polaca, tomaban en cuenta, en realidad por una parte el movimiento nacional de la nobleza polaca, y se guiaban, por la otra, únicamente por los intereses de su propia política democrática. No contaban ni podían contar con el movimiento socialista polaco, ya que tal movimiento en aquel tiempo no existía. Actualmente, para nosotros, socialistas polacos, antes de adoptar una posición con respecto a cualquier fenómeno social, es importante la siguiente pregunta: ¿qué influencia tendrá dicha posición sobre los intereses de clase del proletariado polaco? El análisis objetivo del desarrollo social de Polonia nos lleva a la conclusión de que las aspiraciones a la reconstrucción nacional constituyen una utopía pequeñoburguesa, y como tal sólo pueden interferir con la lucha clasista del proletariado. Por ello, actualmente, y tomando en cuenta los intereses del movimiento socialista polaco, la socialdemocracia polaca repudia la posición nacionalista, ocupando así una posición diametralmente opuesta a la de los antiguos demócratas occidentales. ¿No fue acaso el mismo giro del desarrollo histórico el que convirtió en utopía la reconstrucción de Polonia oponiéndola a los intereses del socialismo polaco, y el que presentó al respecto una *nueva* solución para satisfacer los intereses democráticos internacionales? Si la idea de convertir a Polonia independiente en escudo y paragolpes defensivo del

Occidente ante la reacción de los zares rusos demostró ser irrealizable, entonces el desarrollo capitalista que había desplazado esa idea creó en su lugar el movimiento revolucionario de clase del proletariado unido, tanto en la misma Rusia como en Polonia, proporcionando así al Occidente un aliado mucho más valioso, que no sólo sabrá defender a Europa contra el absolutismo sino derrocar el absolutismo *mismo*.

Por otra parte, esta solución no está en contra de los intereses nacionales del proletariado polaco. Sus intereses reales al respecto, los que exigen la libertad de existencia y desarrollo de la cultura nacional, la igualdad de derechos, la desaparición de toda opresión nacional, sólo hallarán una solución efectiva, satisfactoria y posible dentro de las aspiraciones de clase generales del proletariado a la más amplia democratización de los Estados opresores, entre las cuales la autonomía polaca es parte constituyente natural. Empero, la necesidad de poseer además un aparato de Estado clasista independiente, que por sí mismo se convertiría en enemigo y órgano de opresión de la clase obrera, constituye en las presentes condiciones y ante lo utópico de tal aspiración sólo un interés imaginario de los obreros influidos por la ideología pequeñoburguesa, tan ajena a los reales intereses clasistas del proletariado como a los métodos de investigación del socialismo científico.

La falta absoluta de argumentos efectivos por parte del socialpatriotismo fue demostrada de manera harto llamativa por el singular hecho de que en la polémica comenzada en la prensa extranjera salió en defensa de tal posición un teórico extranjero —Kautsky— quien se enfrentó a la necesidad de crear por sí mismo toda una teoría en apoyo de la reconstrucción de Polonia, no hallando en las manifestaciones de los partidarios de tal programa ni rastros de tal fundamentación¹⁸². El lector comprobará más adelante con qué dificultades debió toparse ese ilustre representante del marxismo, deduciendo —ante su ignorancia de la vida social en Polonia— por vía de un razonamiento puramente abstracto cuáles eran los intereses de las diversas clases de la sociedad polaca y llegando, cosa que sucede a menudo cuando se hacen razonamientos abstractos, a la inesperada conclusión de que la reconstrucción de Polonia constituye una urgente necesidad no sólo para el proletariado polaco o para alguna de sus clases sociales, sino para todas ellas sin excepción: la burguesía, la nobleza, los campesinos, la pequeña burguesía, la clase media y el proletariado.

182. Karl Kautsky, «Finis Poloniae?», en *Die Neue Zeit*, xvi (1895-1896), t. 2, n. 42-43.

En conclusión, es aparentemente programa «obrero» puro del social-patriotismo, al ganar en posibilidades de realización efectiva, perdía al mismo tiempo en tal metamorfosis todo su carácter clasista y retomaba imperceptiblemente a aquella época en que constituía la expresión de la armonía de los intereses de todas las clases sociales, es decir, a la (q.e.p.d.) «unidad nacional» de Zygmunt Fortunat Milkowski.

El artículo de Kautsky quedó sin respuesta directa por la circunstancia de que había aparecido casi al comenzar el congreso londinense y la publicación de una réplica antes de dicho congreso ya era imposible. Por otra parte, después de la asamblea de Londres, la polémica sobre la reconstrucción de Polonia perdió actualidad y significado práctico, debido a que —como ya lo mencionamos— la ponencia socialpatriótica, cuya fundamentación debía constituir el ensayo de Kautsky, no fue aceptada por el congreso.

Con respecto a la argumentación general de Kautsky, su único fundamento real —la teoría de los intereses económicos de la burguesía y de la nobleza regional— había sido tomado, como el mismo Kautsky lo reconoce, del artículo de un tal señor S. G., aparecido en *Die Neue Zeit*¹⁸³. Este periodista del *Przedswit*, oculto tras esas humildes iniciales, trató de realizar un ensayo de fundamentación «materialista» del programa de reconstrucción de Polonia, demostrando por medio de falsas estadísticas, fechas históricas imaginarias y citas inexistentes de diversos autores, que el capitalismo polaco, oprimido por el gobierno de los zares, debía necesariamente originar tendencias separatistas y nacionales entre la burguesía polaca. Kautsky, como escritor de estatura europea, no pudo naturalmente presentir que tales malezas, eliminadas radicalmente del terreno alemán por Lassalle con su famosa ejecución de Julián Schmidt¹⁸⁴, aún crecen en los campos de nuestro periodismo «nacional» según el proverbio «*la vermine pullule chez les mendiants*»¹⁸⁵. Por lo tanto, Kautsky fue una víctima inocente de la mistificación de nuestro estadista «nacional», y lo correcto sería dirigir las críticas no tanto contra el malinformado teórico alemán,

183. S. G., «Ein Beitrag zur Geschichte der Agrarpolitik Russlands in dessen polnischen Provinzen» (Una contribución a la historia de la política agraria rusa en sus provincias polacas), en *Die Neue Zeit*, xiv (1895-1896), t. 2, n. 40.

184. Se trata de una publicación de Ferdinand Lassalle que contiene una demoledora crítica de la historia de la literatura alemana elaborada por Julián Schmidt (*Herr Julián Schmidt der Literaturhistoriker*, Berlín, 1862). [N. del ed.]

185. Las plagas pululan entre los mendigos. [N. del ed.]

como contra el mistificador compatriota nuestro. Una revisión bastante considerable, aunque incompleta, de las principales falsificaciones estadísticas cometidas por el señor S. G. también se realizó en *El desarrollo industrial de Polonia*, pero este señor, sin duda demasiado ocupado con la planificación de la guerra nacional y con el contrabando de cañones en la redacción del *Przedswit*, aún no ha contestado ni una palabra. Finalmente, en cuanto a las argumentaciones de naturaleza puramente política y táctica del artículo de Kautsky, el mismo lector habrá de convencerse, con la ayuda de sus artículos posteriores que incluimos más abajo, que él mismo, en sus opiniones sobre la cuestión polaca, fue girando hacia la posición de la socialdemocracia, bajo la influencia de los hechos que reafirmaban día a día esta posición.

A pesar de que la revisión de las opiniones tradicionales sobre la cuestión nacional en Polonia comenzó en el año 1896, no finalizó en ese año, prolongándose hasta la actualidad. Precisamente, en 1896 comenzaba en Alemania aquel proceso de emancipación del movimiento socialista polaco del alemán, el que tras una serie de hechos sumamente tristes terminó en 1901 con la separación definitiva del Partido Socialista Polaco del territorio ocupado por los prusianos del seno de la socialdemocracia de Alemania¹⁸⁶. Muchas de nuestras deducciones apriori, publicadas en la primavera del año 1896 en el primer artículo de *Die Neue Zeit*¹⁸⁷, y que esbozamos como consecuencias lógicas de la tendencia nacionalista, se hacían realidad en años posteriores con la máxima exactitud. Tal como lo habíamos demostrado en aquel entonces, el antagonismo político que la tendencia socialpatriótica debía provocar entre el socialismo polaco y el internacional se hizo realidad en la historia del movimiento obrero polaco en Alemania. Tales experiencias no podían dejar de influir en las opiniones de la socialdemocracia alemana, y hallaron su expresión oficial en la conocida manifestación de August Bebel y de la mesa directiva del partido, en el sentido de considerar imposible la concordancia entre los programas de reconstrucción de Polonia y la lucha de clase del proletariado polaco. Del mismo modo, el antagonismo entre la tendencia socialpatriótica y el movimiento obrero ruso debió manifestarse en la

186. La escisión definitiva entre el PSP de la ocupación prusiana y el Partido Socialdemócrata de Alemania se produjo en el Congreso de Dresden (1903). [N. del ed.]

187. Se trata del artículo «Nuevas corrientes en el movimiento socialista polaco en Alemania y Austria», incorporado en Rosa Luxemburgo, *El desarrollo industrial de Polonia*, Cuadernos de Pasado y Presente, ed. Siglo XXI, México, 1979. [N. del ed.]

práctica a medida que la socialdemocracia en Rusia comenzó a formar un partido homogéneo. La revisión emprendida consecuentemente por los socialdemócratas rusos con respecto a la tendencia del PSP está resumida en varios artículos en *Iskra*, que el lector también hallará en la presente recopilación¹⁸⁸. Finalmente, desde un punto de vista puramente teórico, Mehring emprendió la crítica de las opiniones de Marx acerca de la cuestión polaca al revisar sus puntos de vista a la luz de acontecimientos posteriores¹⁸⁹, con motivo de la preparación de una edición de las obras de Marx, Engels y Lassalle. Y aquí también la revisión de la posición de *La Nueva Gaceta del Rin* mediante la aplicación de los principios y el método marxista llevó al total reconocimiento de los puntos de vista de la socialdemocracia polaca, de manera tal que en la actualidad se puede decir que las filas del socialismo internacional han dado, con respecto a la cuestión polaca, un viraje decisivo y consciente en todo el frente¹⁹⁰.

188. Se trata de los artículos publicados en *Kwestia polska a ruch socjalistyczny* (La cuestión polaca y el movimiento socialista); «Polatach czterdziestu» (Después de 40 años), pp. 123-126 y «Kwestia narodowa w naszym programie» (La cuestión nacional en nuestro programa), pp. 126-132. Originalmente fueron publicados como editoriales de *Iskra*. [N. del ed.]

189. Se alude a la introducción de Franz Mehring a los artículos de Marx de 1848 a la que hicimos mención antes. [N. del ed.]

190. Puede decirse que esta frase es aplicable no sólo a la cuestión polaca, sino en general a todas las tendencias nacionalistas dentro del movimiento obrero, que actualmente provocan animosidad e inclusive un rechazo directo.

La cuestión de la independencia nacional de los checos fue estudiada hacia fines del año 1898 en *Die Neue Zeit*, oportunidad en la que Karl Kautsky se manifestó en forma contundente en contra de ese postulado, partiendo de la posición de los socialdemócratas austríacos, postulado defendido en aquel entonces por un cierto F. Stampfer. Véanse los artículos correspondientes de Kautsky en los n. 10 y 16 de *Die Neue Zeit* (1898-1899), t. I.

Las tentativas de los separatistas italianos en Trento y Trieste, y sus correspondientes tendencias nacionalistas en Italia, dieron lugar a una conferencia partidaria especial de los socialistas italianos y austríacos en Trieste en mayo de 1905, en la que, con la participación de Víctor Adler de una parte y Bisolati de la otra, se rechazó cualquier solidaridad y apoyo, de *ambos* partidos hacia este movimiento nacionalista.

En contra de las tendencias separatistas de una fracción de socialistas armenios se pronunció extensamente Kautsky en el *Leipziger Volkszeitung* del día 1 de mayo de 1905.

Finalmente, las últimas semanas han producido un fenómeno sumamente característico que no carece de humor: el tira y afloja del partido galitziano con la corriente separatista de los socialistas *judíos* en el seno de la organización polaca. Siguiendo fielmente las huellas del PSP de los territorios bajo ocupación rusa y prusiana y utilizando

Pero el testimonio más contundente de la teoría presentada por la socialdemocracia polaca en el año 1893, y cuya defensa en el movimiento internacional había comenzado en 1896, lo proporcionan los sucesos de los últimos años y los últimos meses. Precisamente, en el momento de comenzar la impresión del presente libro, nuestro país, conjuntamente con Rusia, sufre una tremenda crisis social. Desde el año 1896, es decir, desde el momento en que apareció el primer artículo publicado en el presente libro hasta el momento actual, ambos países pasaron por toda una época de desarrollo y hoy, ya de una manera evidente para todo el mundo, acontece aquel hegeliano y revolucionario *Umschlag der Quantität in Qualität*: transformación de los cambios cuantitativos acumulados imperceptiblemente en una nueva cualidad. Somos testigos del fin de ese proceso interno por el cual el desarrollo capitalista va derrumbando el absolutismo y sobre el cual la socialdemocracia basó su posición programática. Y simultáneamente se manifiestan políticamente ambas facetas de ese proceso capitalista que habíamos señalado desde el principio. La unión económica de Polonia y Rusia en un solo mecanismo, al eliminar las bases materiales de las aspiraciones nacionales separatistas de nuestra sociedad, produjo el curioso fenómeno de que el movimiento nacionalista en Polonia, como tendencia política activa a la reconstrucción de Polonia, haya desaparecido casi sin dejar rastros. El periodo de la guerra¹⁹¹, que trajo consigo el soplo vital y convocó a la actividad, que trajo a la superficie social todos los elementos revolucionarios y opositores en la misma Rusia e inclusive trocó un fenómeno políticamente tan endeble como el liberalismo ruso en un potente foco revolucionario, ese mismo periodo de guerra, que constituía el último y más importante llamamiento, la última tentativa histórica para las aspiraciones independentistas, si existiera una sola chispa de ellas en la sociedad, mostró al mundo el sorprendente cuadro del silencio en la Polonia burguesa, silencio digno de un cementerio. Por el contrario, el único síntoma de la evolución del

en cierta medida los argumentos socialpatrióticos, los socialdemócratas judíos tratan de separarse del partido del proletariado galitziano, permitiendo de tal forma que los partidos del socialpatriotismo vean la otra cara de la moneda: la natural consecuencia de sus propias tendencias al gradual desmenuzamiento de las filas clasistas del proletariado. A fin de aniquilar esa tendencia tan temible, el partido galitziano no tuvo más remedio que invocar la autoridad de la socialdemocracia austríaca, obteniendo de ésta un severo anatema para los separatistas judíos.

191. Rosa Luxemburgo se refiere a la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. [N. del ed.]

nacionalismo bajo la influencia del proceso revolucionario de los últimos sucesos fue la renuncia al programa de independencia nacional de una de las fracciones del nacionalismo, o sea la renuncia *formal* de parte de la *Narodowa Demokracja*¹⁹² mediante un pronunciamiento oficial del año 1903, y el *efectivo* ocultamiento de este programa por parte del Partido Socialista Polaco, el que desde el momento del estallido de la revolución en el imperio zarista renunció completamente a su consigna: insurrección armada para independizar a Polonia de Rusia. La «declaración política» de ese partido de fines de enero del corriente año, que enuncia la exigencia de una «dieta legislativa en Varsovia», significa la total bancarrota del socialpatriotismo bajo el peso de la crisis revolucionaria en Rusia. Este nuevo programa conserva toda su reaccionaria médula nacionalista, ya que el lema «dieta legislativa en Varsovia» no incluye ningún programa independentista para todo el resto ruso, a diferencia de la socialdemocracia que exige una república en todo el territorio ruso con una autonomía regional para Polonia como parte orgánica de esa libertad general. La trama nacionalista del actual programa social patriótico se manifiesta en *silenciar*, en *ignorar* la libertad para el imperio de los zares, manteniendo —eso sí— todo su *utopismo* llevado al máximo absurdo, ya que la idea de la «dieta legislativa en Varsovia» flotando en el aire y no basada sobre un determinado régimen democrático en Rusia es en las condiciones actuales mucho más utópica que la idea de la reconstrucción de Polonia, debido a que constituye una reversión más reaccionaria hacia aquella idea gastada por el desarrollo histórico: la constitución autónoma del Reino dentro del Estado absolutista ruso, por la gracia del Congreso de Viena.

Pero debido, sin embargo, al propio abandono de las consignas de insurrección armada a fin de independizar a Polonia de Rusia y la adopción de la proclama de la constitución autónoma para nuestro país, el socialpatriotismo ha dado testimonio público en el sentido de que el desarrollo de los acontecimientos sociales simplemente le ha quitado de las manos su programa político; del nacionalismo sólo ha quedado hoy la parte negativa: el desconocimiento de la lucha revolucionaria por la

192. *Narodowa Demokracja* («Democracia Nacional»): movimiento político y corriente ideológica de la derecha polaca fundado en la segunda mitad del siglo XIX, que promovió el nacionalismo polaco frente a las potencias y que luego dio lugar a organizaciones partidarias como el *Stronnictwo Narodowo-Demokratyczne* («Partido Nacional Democrático»); su principal ideólogo fue Roman Dmowski y tuvo influencia hasta el fin de la Segunda República Polaca en 1939. [N. del ed.]

libertad de Rusia; mientras que la parte *positiva* —la aspiración a la independencia estatal polaca— demostró ser una huera frase hecha. Porque es evidente que quien no haya lanzado el llamado a la emancipación y al levantamiento armado *boy*, en el transcurso de la gran revolución en el imperio de los zares, no lo lanzará jamás. En otras palabras, en el momento del estallido de la revolución, del nacionalismo ha quedado *solamente la reacción*; mientras que su faceta *superficial y formalmente* «revolucionaria», basada en la consigna de la lucha armada por la independencia nacional, zozobró irreparablemente en la primera oleada de la actual revolución.

La otra cara del mismo proceso capitalista moderno se manifestó en la acción revolucionaria unificada de clase del proletariado polaco y ruso en contra del absolutismo, dando testimonio textual a las frases con las que la autora del presente prefacio había finalizado en el año 1897, *El desarrollo industrial de Polonia*.

El gobierno ruso, incorporando económicamente a Polonia al imperio de los zares, y cultivando en ella el capitalismo a manera de antídoto para las aspiraciones nacionales, cultiva al mismo tiempo una nueva clase social en Polonia: el proletariado industrial. Se trata de una clase cuya base social misma la obliga a la oposición contra el absolutismo. Y aunque tal oposición del proletariado no pueda tener un carácter nacionalista, sus resultados serán aún más fecundos, ya que opondrá a la solidaridad de la burguesía polaca y rusa deseada por el absolutismo su lógica respuesta: la solidaridad del proletariado ruso y polaco. La unificación capitalista de Polonia y de Rusia conduce a un resultado final que no advierten tanto el gobierno ruso como la burguesía polaca y los nacionalistas polacos. Ese resultado final es *la unificación del proletariado ruso y polaco para tomar las funciones del síndico liquidador después de las bancarrotas del absolutismo ruso primero y del capitalismo ruso-polaco después*.

La primera liquidación ya comenzó. El espíritu de Marx ya triunfa en la revolución del proletariado en las calles de Varsovia, al igual que en las calles de Petersburgo...

Todo este proceso de desarrollo de la sociedad, cuyo punto culminante lo constituye el actual estallido revolucionario en el imperio de los zares, fue absolutamente mortal para nuestro socialismo. Pero no para la causa de la nacionalidad polaca. Todo lo contrario. Allí donde el utopismo

reaccionario hipnotizado por el pasado ve solamente la ruina, la derrota, la aniquilación, allí mismo, la vista del investigador ducho en las claves de la revolución dialéctica histórica debe descubrir nuevas posibilidades para la emancipación de la cultura nacional polaca.

Pero a la socialdemocracia no se la critica sólo por el «dogmatismo», con igual frecuencia se le acusa de «doctrinarismo», es decir de estrechez mental que trata de forzar el amplio e infinitamente diverso mundo de los fenómenos sociales en el rígido marco de sus esquemas, que no reconoce nada aparte de los «intereses materiales» y queda ciega y sorda ante fenómenos psíquicos de orden superior, como por ejemplo los sentimientos nacionales.

La teoría marxista puede contestarles a estos críticos con las palabras de Goethe: *«Ihr gleicht dem Geist, den Ihr begreift, nicht mir!»*¹⁹³.

Son precisamente los que se quejan del «doctrinarismo» de la socialdemocracia los que transforman su ideología en una doctrina estrecha y sofocante. El marxismo es la más universal y la más fecunda de las ideas, la más espiritual de las teorías, vasta como el universo, flexible y rica en colores y matices como la naturaleza misma, motivadora de la acción, pulsadora vital como la juventud. Es la única teoría que permite comprender los acertijos de los hechos pasados, predecir el futuro desarrollo de la sociedad y de tal manera, «apoyando su mano izquierda en el pasado y golpeando con la derecha el futuro», conquistar en el presente una realidad fecunda, verdaderamente revolucionaria.

Porque darse cuenta de las reales tendencias del desarrollo histórico no nos libera de la activa intervención en los propios sucesos sociales, no nos permite, doblando las manos sobre el pecho como un faquir de la India, esperar pasivamente el veredicto del futuro. «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio» (*aus freien Stücken*), como dice Marx. Con igual derecho se puede invertir esta sentencia: los hombres no hacen su historia según su propio parecer, pero la hacen por *sí mismos*. El tomar en cuenta las tendencias del proceso histórico objetivo no retarda ni paraliza la activa energía revolucionaria, sino —al contrario— despierta y fortalece la voluntad y la acción, señalándonos aquellos caminos por los cuales podemos llevar eficazmente la rueda del progreso social, defendiéndonos contra la infecundidad y la impotencia de golpear la cabeza contra la pared, cuya consecuencia es, tarde o temprano, las

193. ¡Os asemejáis al espíritu que concebís, no a mí! [N. del ed.]

dudas, el desencanto, y la fraseología hueca, y defendiéndonos también contra el error de tomar por acción revolucionaria ciertas aspiraciones que el desarrollo social hace mucho que ha transformado en reaccionarias.

Únicamente el marxismo está en condiciones de aclararnos, como lo podrá ver el lector del presente libro, la extraña y misteriosa historia de nuestra sociedad en los últimos cincuenta años, llegando hasta los sutiles matices de su anatomía espiritual, de su ideología. Porque sólo para bravucones irreflexivos puede ser simple el hecho de que una sociedad sojuzgada de tal manera, tan sistemáticamente maltratada en sus más elementales derechos nacionales, tan brutalmente sofocada en su vida espiritual y cultural, no sólo se haya olvidado desde hace cincuenta años de emprender cualquier intento de lucha armada para recuperar su independencia, sino que tampoco haya demostrado ninguna tendencia hacia las formas emancipadoras europeas, ninguna oposición activa contra el salvaje opresor. Sólo las personas que «hacen» revoluciones y «levantamientos» en los círculos de estudiantes secundarios pueden liquidar cuestiones históricas de tal magnitud, estigmatizando brevemente a ciertas clases o estratos de la sociedad con el nombre de «conciliadores» y hablando de un «puñado» de partidarios del acuerdo, sin comprender que ante las reales condiciones del desarrollo material de nuestra sociedad es precisamente ese «puñado» de conciliadores quien representa efectivamente a toda la Polonia burguesa y a su historia presente —y no aquel otro puñado que delibera sobre «cañoncitos» y sobre levantamientos de utopistas pequenoburgueses. Para el investigador marxista, la exacta comprensión de las más profundas motivaciones de ese vergonzoso pasado y presente burgués de la sociedad polaca fue la única clave para la previsión de las tendencias y desarrollos futuros de la historia de nuestro país y de la lucha de clases en su seno. Esa comprensión —no pervertida ni velada por romanticismos utópicos— de las causas del derrumbamiento de la Polonia rebelde y señorial, de los vergonzosos hechos de la Polonia burguesa y capitalista, proporcionó la posibilidad de prever el renacimiento revolucionario de la Polonia obrera del cual hoy somos testigos. Por otra parte, la comprensión de las vías del desarrollo de la causa clasista y nacional dio al mismo tiempo la posibilidad de señalar el único acto verdaderamente revolucionario, que es dar *conciencia* al impetuoso proceso histórico y, por ende, acortar y apresurar el proceso mismo.

Entre la lucha de clases del proletariado y la cuestión nacional existe entre nosotros, indudablemente, una especial relación histórica. Pero,

por supuesto, no en el sentido en que quisieran los socialnacionalistas, que consideran el movimiento moderno del proletariado como chivo expiatorio, por medio del cual se pueden reivindicar todas las deudas de la nobleza y de la pequeña burguesía hace tiempo amortizadas por la historia y al que se le pueden presentar los pagarés de todas las clases sociales en quiebra. La relación mencionada tiene un significado harto diferente y, dentro de las directivas dictadas por la lucha de clase del proletariado polaco, la misma cuestión nacional adquiere otra forma que la que le proporcionan las aspiraciones de la nobleza y de la pequeña burguesía.

La cuestión nacional no es ni puede ser ajena a nuestra clase obrera, que no puede permanecer indiferente ante la más odiosa de las opresiones por parte de la barbarie: la opresión dirigida contra la cultura *espiritual* de la sociedad. Es un hecho comprobado a través de la historia y que habla a favor del género humano que hasta la más inhumana de las opresiones en el terreno *material* no es capaz de provocar el estallido de revueltas tan fanáticas y dar origen a odios tan perennes como la opresión en las esferas de la vida espiritual: la opresión religiosa y nacional. Pero en defensa de esos bienes espirituales sólo son capaces de revueltas heroicas y de martirio las clases revolucionarias, tanto desde el punto de vista *material* como social.

Pasar por alto la opresión nacional, sobrellevarla con humildad perruna, pudo haberlo hecho nuestra nobleza, puede hacerlo nuestra burguesía, es decir las clases propietarias, hoy por sus intereses esencialmente reaccionarias; clases que representan el cuadro de aquel grosero «materialismo» estomacal en que se transforma por lo general en las cabezas de nuestros escritores caseros la filosofía materialista de Feuerbach-Marx. Nuestro proletariado, en su condición de clase que no posee «bienes terrenales» en nuestra sociedad y ungido por el mismo desarrollo histórico de la misión de derrocar todo el régimen existente, en una palabra, como clase *revolucionaria*, debe sentir y siente la opresión nacional como una herida abierta, como una vergüenza, aunque esa injusticia constituya una gota en el mar de la miseria social, de la persecución política, del desarraigo espiritual que marcan el destino del mercenario capitalista en la sociedad actual.

De allí no se deduce, como ya hemos dicho, que el proletariado sea capaz, según los deseos de las ánimas errantes de nuestro impotente nacionalismo, de retomar el objetivo histórico de la nobleza: la devolución a Polonia de una existencia clasista-estatal, objetivo abandonado

por la nobleza misma e imposibilitado por la burguesía. Pero nuestro proletariado puede y debe luchar en defensa de su *nacionalidad*, como cultura espiritual independiente que tiene todo el derecho a la existencia y al desarrollo. Y la defensa de nuestra nacionalidad es posible no por medio de separatismos nacionalistas, sino únicamente a través de la lucha para derrocar el despotismo y para conquistar en todo el país del látigo aquellas formas de la vida cultural y social que hace tiempo han existido en Europa occidental.

Por lo tanto, ese mismo movimiento puramente clasista del proletariado polaco que brotó conjuntamente con el capitalismo sobre la tumba de las aspiraciones independentistas es la mejor y, a la vez, la *única* garantía de obtener la libertad cultural nacional conjuntamente con la política, con la igualdad de derechos y con la autonomía para nuestro país. Por lo tanto, desde un punto de vista estrictamente nacional, todo lo que contribuye al cultivo, fortalecimiento o acercamiento de ese movimiento clasista obrero debe ser considerado como factor *patriótico y nacional*, en el mejor sentido de esas palabras. Y todo lo que obstaculiza el desarrollo de ese movimiento clasista, todo lo que puede retardarlo o pervertirlo, debe ser considerado como factor hostil y dañino para la causa nacional. Considerada desde tal punto de vista, la restauración de las tradiciones del viejo nacionalismo y el esfuerzo por torcer el rumbo emprendido por la clase obrera polaca hacia la utopía de la reconstrucción de Polonia —como han sido los doce años de actividad del socialpatriotismo— es, en el fondo, una política profundamente *antinacional*, a pesar de su carácter nacionalista.

La socialdemocracia, avanzando bajo el pabellón del socialismo internacional, guarda en sus arcas el tesoro de la causa cultural y nacional polaca: he aquí el resultado actual de la dialéctica histórica, resultado que fue previsto, comprendido y puesto en práctica gracias al método marxista de investigación social.

OBSERVACIÓN ACERCA DEL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES¹⁹⁴

Otto Bauer

1907

1. La nación

Mis estudios sobre la cuestión de las nacionalidades, sometidos a tan prolija crítica por el venerado maestro Karl Kautsky en el primer cuaderno suplementario de *Die Neue Zeit*, brotaron de dos raíces: por un lado, de la preocupación por algunos problemas de la *concepción materialista de la historia*; por el otro, de la necesidad práctica de adoptar una posición abarcadora y fundada frente a los *problemas nacionales* que dominan la vida pública de Austria y cobran creciente significación en las luchas políticas internas de los demás estados.

Marx y sus discípulos sólo pudieron poner a prueba la concepción materialista de la historia en pocos dominios de la investigación histórica. Por lo pronto, aquélla se aplicó a la comprensión de la historia de las luchas sociales y políticas y de las mutaciones del orden estatal y jurídico en su conexión con el desarrollo económico. Aquí la conexión entre la «base» económica y la «superestructura» ideológica carece de mediaciones, o sea que tampoco aquí hubo necesidad de analizar las ideas fundamentales del método histórico que Marx sintentizó en pocas frases sucintas, pero tanto más ricas en contenido. Por cierto que más tarde también aprendimos a ver bajo esta nueva óptica a sectores aislados del desarrollo de la ciencia y la filosofía, de la poesía, el arte y la religión, pero en tanto pudimos limitarnos a considerar estos dominios de la conciencia humana solamente de acuerdo a su contenido ideal, mientras que, por norma, el elemento formal presente en ellos y la oculta sustancia anímica y emotiva de su contenido de ideas se descuidaban y sólo se les podía

194. Publicado originalmente como «Bemerkungen zur Nationalitätenfrage», en *Die Neue Zeit*, xxv, vol. 1. Traducido por Conrado Ceretti. [N. del ed.]

prestar una atención ocasional, siempre nos pareció prescindible meditar sistemáticamente sobre los conceptos contenidos en los postulados de la concepción materialista de la historia y sobre su vinculación. Por más importante y fructífero que haya sido ese trabajo, no podemos sentirnos satisfechos con él. Debemos poner *todas* las manifestaciones de la conciencia humana, y no sólo lo que todas contienen de representaciones y resoluciones, sino también lo que contienen de disposiciones anímicas y sentimientos; no sólo su contenido en general, sino también las formas peculiares en que se manifiesta este contenido, dentro de aquel contexto que el método marxiano de investigación histórica nos enseñó a descubrir. Para hacerlo, no precisamos en absoluto agregar a la concepción materialista de la historia un elemento nuevo, hasta ahora ajeno a él, sino que basta analizar lo que en ella está sintetizado, y desplegar lo que en ella está embrionariamente contenido. Así, por lo pronto, arribaremos a una *sociología formal* vale decir a una distinción exacta de las diferentes formas de asociaciones e instituciones sociales. Luego esta *doctrina de las formas sociales* se convertirá en método de indagación concreta de los contenidos materiales de la conciencia histórica cuando aprendamos a comprender, por un lado, que las diferentes formas de los grupos sociales provienen de las mutaciones de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción y, por el otro, a exponer cómo cada uno de estos innumerables grupos sociales representa al individuo histórico concreto de acuerdo a una de las facetas de su determinabilidad; cómo la diversidad de los caracteres individuales, la peculiaridad personal de cada individuo, la peculiaridad de su pensar, sentir y querer, provienen justamente de que cada individuo es encerrado por otros de esos innumerables grupos, y de que en cada individuo se vinculan otros de esos grupos. De tal modo, la doctrina de las formas sociales es nada más que la *doctrina de los términos medios* que vinculan el desarrollo de los procedimientos laborales y las relaciones de producción con las manifestaciones concretas de la conciencia individual que, en rigor, son las manifestaciones empíricas inmediatas de la historia.

Ahora bien, tal sociología formal nos enseñará a distinguir en abstracto y esencialmente dos tipos de manifestaciones sociales, pero también a entender su interdependencia sometida a leyes. Los individuos pueden ligarse alguna vez a un grupo porque en cada uno de ellos por separado actuó determinativamente o actúa duraderamente (por lo cual hay que distinguir, además, si se trata de una vivencia y una experiencia comunes o solamente homogéneas) la misma fuerza, el mismo modo de existencia

o el mismo destino. Aquí el lazo que vincula al grupo no es una norma que enlace a los individuos desde afuera, sino una fuerza que los vincula por dentro: el hecho de que el pensar y el obrar de cada uno por separado, junto a otras fuerzas, también determina una fuerza que no sólo vive en él, sino también en cada uno de los otros integrantes del grupo. Lo que para mí es lo mío, es lo suyo para todo otro compañero de grupo. Llamo *comunidades* a tales grupos. Pero por otro lado, los seres humanos también están vinculados por normas exteriores: por normas del obrar (moral, derecho), por normas de la relación intelectual (ciencia), por normas de la asociación de ideas con combinaciones fonéticas (lengua), etc. (por lo cual hay que distinguir, además, si se trata de normas necesarias, que en general arraigan en la legalidad de la conciencia humana y, sin duda sólo se van desplegando paulatinamente en el curso del desarrollo histórico, o de normas arbitrarias, que pueden reivindicar vigencia para determinados grupos meramente). Ahora bien, el sometimiento a la misma norma enlaza igualmente a los individuos en un grupo. Llamo *sociedades* a tales grupos. Distinguir las diferentes formas de comunidades y sociedades y exponer su interdependencia será la tarea de la doctrina de las formas sociales.

Ahora bien, de estudios como éstos provenía mi investigación de la esencia de la nación, pero las necesidades prácticas de la lucha política perturbaban su progresión metódica. La socialdemocracia austríaca vio hace años que las devastadoras luchas de las naciones por el poder dificultaban su lucha, y más de un suceso nos hizo temer que la clase obrera también pudiera ser arrastrada a la disputa nacional y que los antagonismos nacionales destruyesen la unidad y el carácter compacto del ejército proletario. En tales circunstancias, consideré que era mi deber publicar los resultados provisionales de mis estudios sobre la cuestión de las nacionalidades, aunque tenía perfecta conciencia del carácter defectuoso e incompleto del material por mí elaborado. En tales circunstancias, tampoco podía cargar mi libro con pesadas investigaciones metodológicas, a fin de no dificultar su inmediata eficacia política. Así fue que debí publicar mi teoría de la nación sin aquellas series de ideas que están en su base: sin el esbozo por mí trazado de una doctrina de las formas sociales, de un análisis de la doctrina, embrionariamente contenida en la concepción materialista de la historia de los grupos sociales, de los términos medios entre las fuerzas productivas y el individuo en vivo.

Seguramente, el autor de un libro no puede pedir que el lector se interese por la génesis de sus conceptos, pero en este caso debí contar la historia de mi libro a fin de poder poner en claro el antagonismo entre mi concepción y la de Kautsky acerca de la esencia de la nación.

Es que Kautsky ve la falta decisiva de mi libro, a partir de la cual se pueden explicar todos o casi todos los demás errores, en el hecho de que yo rehúso «reconocer como el lazo o, más bien, como el más fuerte de los diferentes lazos que unen a las naciones, lo que resulta abiertamente palmario: la lengua». Él cita un par de frases del primer capítulo de mi libro en las que enuncio que existen diferentes pueblos que se sirven de la misma lengua, mientras por otro lado los judíos no tienen una lengua común y, sin embargo, son una nación, para agregar: «Eso es todo lo que Bauer dice al respecto.»

Esta exposición es incorrecta. El primer párrafo de mi libro no contiene sino observaciones preliminares introductorias que señalan el problema de la esencia de la nación pero en modo alguno pretenden resolverlo. Sólo después me pongo a clasificar el material factual a partir del que debe procurarse elaborar tal solución, y para ello me sirvo de la historia alemana. Aquí se muestran las mutaciones de la lengua como manifestaciones subsidiarias, pero también y simultáneamente como instrumentos de las modificaciones del modo de existencia de la nación: a la transición al cultivo sedentario, al desarrollo de la propiedad particular de la tierra, al desmembramiento de la nación en estrechos círculos regionales de índole campesina y doméstico-económica a los que ya no vincula ninguna comunicación, sigue la diferenciación de la lengua en innumerables dialectos, de manera que, aún hoy, el campesino de la Alta Franconia y el campesino de la Baja Franconia, siendo descendientes de *una sola* tribu que una vez también tuvo *una sola* lengua, sólo pueden entenderse en una lengua extraña para ambos, aprendida en la escuela: la lengua literaria alto-alemán moderna¹⁹⁵. Pero por otro lado, la historia

195. Kautsky rechaza la suposición de que las tribus alemanas desciendan de un solo pueblo y los dialectos alemanes hayan surgido de una sola lengua. Yo no considero ni refutada ni prescindible esta hipótesis. Pero si Kautsky no está conforme con ella, seguramente no podrá negar que cada uno de los miembros del pueblo alemán, muy diferentes en dialecto, moral, hábitos de vida y aspecto físico, salieron de cada una de las *tribus* alemanas durante un proceso de diferenciación que ya se operara en los albores de la historia. ¿Qué poderosa diferenciación subyace, por ejemplo, en la tribu franca o en la sajona? No pienso para nada en las partes de aquellas tribus que hoy están absorbidas

alemana también nos enseña cómo, por lo pronto, de las relaciones de recíproca comunicación de las clases dominantes —antes, quienes vivían caballerescamente; luego, los cultos—, surge la tendencia a la creación de una lengua unitaria y cómo sólo por obra de la mutación completa de todas las relaciones sociales —primero bajo la dominación del capitalismo moderno, y luego del socialismo— la lengua unitaria se convierte en lengua materna de todo el pueblo. Recién después desarrollo sobre esta base empírica mi concepción de la relación entre nación y lengua, o sea que dicha relación no debe ser buscada en el § 1, sino en el § 10 de mi libro. En este capítulo mostré prolija y reiteradamente el hecho y la causa de que la nación sea, por necesidad, una comunidad de lengua; por ende, entre Kautsky y yo no hay disputa alguna acerca de ello. Pero no me puedo contentar con la comprobación de que cada nación usa una lengua común. Más bien pregunto por qué precisamente este círculo de seres humanos y no otro, o uno más estrecho, se sirve de la misma lengua. La cuestión de qué fuerza traza la frontera de la comunidad de lengua conduce al concepto de comunidad de comunicación, y si ahora buscamos determinar causalmente las fronteras de la comunidad de comunicación llegamos por último al concepto de comunidad de destino a través del concepto de comunidad de cultura. Así, por supuesto, la lengua común también se me manifiesta como una connotación de la nación, pero en cuanto «medio de segundo orden»: «la historia común como causa eficiente, la cultura común y la ascendencia común [como] medios de su eficacia, y la lengua común, a su vez, [como] mediadora de la cultura común, producto y productora de ésta simultáneamente». O sea que no niego que la nación sea una comunidad de lengua, sino que busco detrás de la lengua lo que la genera, produce sus mutaciones y determina los límites de su vigencia. Así como Marx busca detrás del «movimiento aparente» de la competencia el «movimiento real, pero sensorialmente imperceptible», y detrás de las meras «formas de manifestación» del acontecer económico su «naturaleza interior», la «relación real», para mí la comunidad de lengua que, al decir de Kautsky, «resulta abiertamente palmaria», es una «forma de manifestación» de formaciones sociales más complicadas que, como diría Marx, «están detrás de ella» y

en naciones extranjeras, sino en la diferenciación apenas menos ampliamente extendida dentro del marco de la nación alemana. Basta la consideración de este hecho para mi teoría de la nación.

en ella «se ponen de manifiesto», vale decir no hacen más que posibilitar su comprensión.

Mi análisis del concepto de nación descubre la *comunidad de cultura* detrás de la comunidad de lengua. Pero ahí, durante el período de la propiedad privada, se revela un movimiento discrepante: por un lado la descomposición paulatina de una cultura nacional unitaria —resulta indiferente si es la cultura del pueblo germánico o por ejemplo de la tribu franca— en innumerables círculos culturales más estrechos y tajantemente divididos entre sí, pero por el otro la reunificación paulatina de esos círculos más estrechos en una cultura nacional unitaria. Este proceso de resurgimiento de la unidad cultural (y por ende, también lingüística) de la nación debe ser investigado si se quiere entender el devenir de las naciones modernas. Ahora bien, yo he rastreado las fuerzas que vuelven a vincular las partes disociadas, los productos de descomposición de las viejas naciones que descansan en la comunidad de ascendencia y el comunismo gentilicio, y encontré que su eficacia en la sociedad feudal y en la capitalista quedó restringida, por lo pronto, a las clases dominantes, sólo que éstas, por obra de la comunidad de la cultura, que se servía de una lengua común como herramienta, se coaligaron en una comunidad nacional unitaria y rigurosamente delimitada, mientras las clases trabajadoras del pueblo seguían persistiendo en su retraimiento regional y quedaban excluidas de la vivencia común y, por ende, también de la lengua común de la nación. O sea que del análisis del proceso de surgimiento de la nación moderna, de la investigación de la fuerza que junta los miembros centrífugos, resulta el conocimiento de que sólo las clases dominantes se vinculan en una comunidad nacional en determinado grado de su desarrollo, o sea que tan sólo ellas son connacionales, mientras que los estratos trabajadores del pueblo constituyen meramente «los tributarios de la nación». En cambio, Kautsky objeta que con mucha frecuencia fueron precisamente los campesinos los más fieles custodios de la peculiaridad nacional. Pero el hecho de que el campesino no pueda ser despojado de su nacionalidad obedece a que por estar encerrado en un estrecho círculo cultural no lo pudo comprender ninguna comunidad de comunicación más amplia: de tal modo, él protegió su particularismo local contra la cultura y la lengua de todo pueblo extraño, pero así también quedó por lo pronto excluido de aquel gran movimiento que soldó en la moderna nación unitaria a las comunidades culturales regionales más estrechas. El hecho de que el campesino conserve el particularismo que fue creciendo

en el dilatado proceso de diferenciación a partir de la nación unitaria del pasado no refuta el conocimiento de que en un grado de desarrollo que duró siglos quedara excluido del proceso de unificación del cual surge la nación unitaria del presente y del futuro. Por eso pude designarlo como «tributario de la nación».

Sólo las convulsiones sociales bajo la dominación del capitalismo moderno hacen que el proceso durante el cual se funda, o, más bien, se vuelve a fundar la unidad cultural de la nación, comprenda también a las clases trabajadoras del pueblo. Pero este movimiento se opera en dos formas: en las naciones *históricas*, que abarcan clases dominantes y dominadas, significa que los estratos trabajadores del pueblo también se conquistan una participación en la cultura nacional ya existente; en cambio en las naciones *ahistóricas*, que sólo constan de clases dominadas y explotadas, significa que recién surja una cultura nacional que ya no descansa en la mera transmisión de antiquísimos elementos culturales sino que es viva y progresista. O sea que en, los dos tipos de naciones modernas la lucha de clase del proletariado también tiene una sustancia nacional diferente, y en cada uno de los dos tipos tiene que cumplir otra función en el proceso de surgimiento de la nación moderna. Kautsky pasó completamente por alto esta distinción muy esencial para mi teoría de la nación. Yo designé la lucha de clase del proletariado como política evolucionista-nacional para decir con ello que la clase obrera de las naciones históricas recién en la lucha de clases conquista su participación en la cultura nacional viva de su pueblo, y en cambio Kautsky objeta que no tiene ningún sentido sostener esto de los eslovenos: de los eslovenos, que justamente son una nación ahistórica, o sea en cuyo desarrollo el ascenso de las clases bajas del pueblo también tiene una función muy distinta qué en el desarrollo de las naciones históricas.

Pero la objeción más decisiva de Kautsky contra mi apreciación de la sustancia nacional de la lucha de clases es otra: él opina que el proletariado lucha por la posesión de la cultura internacional, no de la cultura de una comunidad nacional particular, y que una falta esencial de mi libro está justamente en que yo no separo los elementos culturales nacionales e internacionales, y en que siempre concibo la cultura sólo como cultura nacional, pero sin apreciar suficientemente su carácter internacional.

Kautsky llega a esta crítica de la manera siguiente: ve la cultura de las diferentes naciones como un todo y divide los elementos culturales en dos grupos. El primer grupo abarca aquellos elementos culturales comu-

nes a todas o a varias naciones —la cultura internacional—, y el segundo grupo los elementos culturales propios de cada nación por separado: las culturas nacionales particulares. Así, por supuesto, puede decir que los elementos culturales internacionales constituyen una parte cada vez mayor de la cultura global, y que la clase obrera los anhela tanto como anhela la cultura nacional particular.

En cambio, mi razonamiento no parte de una distinción abstracta de los elementos culturales de acuerdo al círculo de su vigencia, sino de una exposición histórica de las relaciones de las diferentes culturas nacionales. Ya en la parte histórica de mi libro (los capítulos sobre la sociedad feudal, la capitalista temprana y la socialista) mostré cómo una nación asimila elementos culturales extraños que crecieron primeramente en el suelo de otra nación; acto seguido, en la síntesis teórica, describí generalizando ese proceso de «nivelación material de los contenidos culturales», y también expuse el extremo caso límite de la vinculación de varias culturas, de efecto igualmente fuerte, en un individuo: el caso del «mestizo cultural»; finalmente, dediqué un capítulo especial —los §§12 y 13 de mi libro— a probar que esa penetración de elementos, culturales extraños, o sea la internacionalización de la cultura, no se tiene que combatir. O sea que es infundado el reproche de que no presté atención al carácter internacional de la cultura moderna. Pero no me contenté con la distinción lógica entre contenidos concienciales nacionales e internacionales, sino que intenté describir *psicológicamente* el proceso de asimilación de elementos culturales extraños. Ahora bien, ahí no se me podía escapar que las ideologías de cada nación no sólo siguen obrando en el espacio al ser adoptadas por otras naciones, sino que también continúan viviendo en el tiempo al codeterminar para todo el futuro el desarrollo de la ideología de la propia nación. Ahora bien, si en un grado superior del desarrollo de la sociedad surgen nuevas representaciones y nuevos modos de valorar, éstos entran en relación con los contenidos concienciales tradicionales de la nación, no es raro que luchen con ellos, y de tal manera resultan transformados; si incluso los mismos elementos culturales son asimilados por varias naciones, en cada nación entran en relación con otros contenidos concienciales, y en cada nación adquieren una coloración nacional particular al luchar con su ideología particular, determinada por toda su historia. Este conocimiento, que se apoya en innumerables observaciones aisladas, es meramente una forma especial de manifestación de la ley general de la *continuidad de la conciencia humana*, la *apercepción nacional*, por

mí descrita, de un modo especial de manifestación de una ley general de la psicología. No se debe pasar de largo ante este hecho si uno quiere entender, por ejemplo, por qué la manera de vivir, la poesía y el arte, la política; por qué también los elementos culturales que Kautsky sintetiza como cultura técnica; por qué el capitalismo y el socialismo, a pesar de la homogeneidad relativa de las fuerzas que hoy actúan entre ingleses y franceses, deben configurarse necesariamente en formas muy distintas que entre los alemanes; Kautsky no podrá explicar estas diversidades a partir de las diversidades idiomáticas. A pesar de la acción igual de las leyes del modo de producción capitalista, [se da] una conformación diferente de las ideologías, porque las fuerzas homogéneas del capitalismo trabajan en cada país un material psíquico diferente, cuya diversidad esta fundada en la peculiaridad del desarrollo histórico de cada nación y hay que explicarla a partir de él; este conocimiento no sólo torna explicables las manifestaciones concretas de nuestra vida espiritual, sino que también nos libera de la ilusión de un carácter nacional inexplicable, de la mística del alma del pueblo. Pero, por supuesto, también nos muestra que la cultura internacional que el teórico, en camino hacia la abstracción, decanta a partir de muchas culturas nacionales particulares, no puede llevar una vida autónoma en parte alguna, y sí solamente ponerse de manifiesto en cada cultura nacional por separado. Las culturas nacionales son los receptáculos en que también está escondida la cultura internacional, vale decir los elementos culturales comunes a todas o a varias naciones. Así como la conciencia en general sólo se pone de manifiesto en la conciencia de muchos individuos, la cultura internacional sólo se pone de manifiesto en las culturas nacionales particulares. El teórico puede dividir los elementos culturales según el círculo de su vigencia, y de esta manera llegar a la distinción entre cultura nacional e internacional, pero poniendo abstractamente de relieve los elementos culturales comunes a todas o a varias naciones no se puede anular el hecho de que en ninguna parte se da otra cultura que la nacional, y que la cultura internacional no puede ser otra cosa que la suma de los elementos comunes a diferentes culturas nacionales. No se puede anular las diferencias de las culturas nacionales porque no se puede dar por no sucedida la historia de las naciones. Por eso la lucha de clases del proletariado es una lucha por la posesión de la cultura nacional.

Ya en la disputa en torno al concepto de cultura nacional nos duele carecer de un análisis de las series de ideas sintetizadas en la concepción

materialista de la historia. Semejante doctrina de las formas sociales mostraría cómo las manifestaciones ideológicas resultantes sólo se pueden explicar a partir del enlace de los contenidos concienciales formados por las nuevas relaciones de producción con los elementos culturales transmitidos que arraigan en las relaciones de producción de tiempos pasados; ésta sería la base teórica general de nuestra doctrina de la apercepción nacional, que a su vez es la base de nuestra teoría de la función de la lucha proletaria de clase en el curso constitutivo de las naciones.

Pero sentimos con mucha mayor nitidez aún la falta de una doctrina de las formas sociales si ahora ascendemos del concepto de comunidad de cultura al concepto de *comunidad de destino*, que le sigue en jerarquía. Si Kautsky piensa refutar mi definición de la nación al calificar también como comunidades de destino la comuna, el estado, el gremio, el partido, la sociedad por acciones, sólo lo puede hacer porque se ciñe meramente a la *palabra* comunidad de destino y no presta atención a la sólida delimitación que di a ese concepto, pues las formaciones sociales mencionadas por Kautsky son, según mi terminología, no manifestaciones de la comunidad, sino de la sociedad, o sea que de acuerdo a mi criterio tampoco son comunidades de destino. Acaso también haya dentro de la nación comunidades de destino más estrechas, pero en, el § 10 de mi libro mostré que la dificultad de deslindar abstractamente de la nación a esas comunidades de destino sólo obedece a que representan justamente determinados grados del desarrollo hacia su transformación en naciones autónomas, en tanto la tendencia a la formación de una nación unitaria tampoco las comprenda a ellas, las «tributarias de la nación». Estas comunidades más estrechas son «los productos de descomposición de la nación comunista del pasado y el material de la nación socialista del futuro». Si antes no las hubiese comprendido el proceso de unificación nacional, las comunidades de destino más estrechas dentro de la nación deberían convertirse en naciones autónomas.

Hemos ascendido de la comunidad de lengua a la comunidad de destino a través de la comunidad de cultura; si ahora desandamos el camino a partir de la comunidad de destino, atravesando la comunidad de cultura, llegamos por un lado a la sociedad de lengua, que sienta espontáneamente la comunidad de cultura, pero por el otro a la *comunidad de carácter*, pues la homogeneidad del destino produce el parentesco de los caracteres.

Kautsky quiere refutar empíricamente mi definición de la nación como comunidad de carácter cuando señala la gran diversidad de los caracteres

individuales dentro de cada nación moderna. Pero sólo puede acometer ese intento porque concibe el concepto de comunidad de carácter en su sentido provisorio, como lo he establecido en el § 1 de mi libro, y no en su sentido desplegado y definitivo, que él puede encontrar en el § 10 de mi libro, pues aquí la comunidad de carácter ya no significa la similitud empírica de los caracteres individuales, sino el hecho de que en su formación trabajó una fuerza común a todos ellos, por más diferentes que hayan sido las demás fuerzas que con ella cooperaron. El carácter individual es la resultante de cuatro componentes: uno de estos componentes —el destino nacional, la cultura nacional— participó en la creación de la peculiaridad individual de todos los connacionales; donde quiera que los demás componentes sean similares, surgirán caracteres similares; donde los demás componentes sean diferentes, también los caracteres individuales provenientes de su cooperación con los componentes homogéneos serán muy diferentes. Pero la comunidad de uno de esos componentes, el componente nacional, también coliga en una comunidad de carácter a esos individuos que empíricamente difieren por completo.

Por supuesto, uno podría preguntar ahora si un concepto de comunidad de carácter nacional tan deslucido y completamente diferente del vulgar no resulta inútil. Pero la respuesta a esta pregunta recién la puede dar aquella doctrina de las formas sociales cuyos conceptos fundamentan mi teoría de la nación. Ella mostrará que no podemos referir el pensar y el sentir, el querer y el obrar de los individuos, que constituyen el contenido inmediato de todo acontecer social y por lo mismo el punto de partida de toda indagación histórica, al desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción si no es aprehendiendo aisladamente al individuo de acuerdo con cada faceta de su determinabilidad legal y ordenándolo de acuerdo con cada una de estas facetas a una de esas comunidades de carácter que provienen de la lucha de la humanidad con la naturaleza. De las diferentes relaciones defensivas de estas diferentes comunidades de carácter proviene, pues, la diferencia de los individuos. Por eso la búsqueda de estas comunidades de carácter es la tarea suprema de la historia como ciencia.

La comunidad de lengua de Kautsky es una sociedad; mi comunidad de carácter es una comunidad. Mi doctrina de las formas sociales probará que las sociedades deben ser referidas a comunidades, y que aquellas sólo pueden ser comprendidas en cuanto sentadas por éstas. Espero, en tiempo no demasiado lejano, presentar sus ideas fundamentales al

público. Hasta ese momento, debo aplazar la controversia decisiva con Kautsky. Pero el hecho de que la crítica de Kautsky nos reconduzca a aquellos conceptos y series de ideas que constituyen la base de toda mi teoría y, sin embargo, no pudieron ser enunciados en mi libro, testimonia igualmente la escurpulosidad de la crítica de Kautsky y la exactitud de mi sistema: él me ataca precisamente allí donde, por razones externas y accidentales, todavía no pude dotar a mi posición de aquellas trincheras avanzadas que, tal cual espero, la asegurarán contra cualquier ataque.

2. El Estado

El antagonismo entre Kautsky y mi teoría de la nación también determina nuestro antagonismo en la concepción de la relación de la nación con el estado. Así como Kautsky reduce la nación a la comunidad de lengua, también deduce el principio de la nacionalidad de las dificultades lingüísticas del estado multinacional. A causa de las dificultades que tienen sus miembros para entenderse, el estado multinacional es poco solvente, y por eso no puede subsistir. No conozco ningún caso en que un estado multinacional se haya ido realmente a pique sólo por la dificultad puramente técnica del [mutuo] entendimiento y las violentas luchas idiomáticas de Austria me enseñaron precisamente que en la lucha idiomática llegan a expresarse antagonismos mucho más profundos: si sólo se tratase de la cuestión técnica del [mutuo] entendimiento, todos los conflictos prácticos se dejarían superar sin dificultad, y resultaría fácil allanar la menor solvencia del estado multinacional. La violencia de las luchas idiomáticas y la dificultad de su solución arraiga precisamente en el hecho de que la nación es más que una mera comunidad de lengua.

Por ende, me resulta totalmente ininteligible cómo puede sostener Kautsky que yo estime en menos que él la fuerza del principio de la nacionalidad. El cuadro de la articulación política de la Europa socialista que bosquejé en el § 30 de mi libro no difiere en ningún punto de las concepciones que Kautsky desarrolla al final de su artículo. Yo fui aún más lejos e intenté demostrar prolijamente qué tendencias incluso aún dentro de la sociedad capitalista, tornan imaginable el despedazamiento de los viejos estados multinacionales. Mucho me sorprendería si en estas investigaciones, que a cualquier negriamarillo le deben parecer un sacri-

legio, se pudiera descubrir tan sólo una huella de ese especial «amor» al estado multinacional de que me acusa Kautsky.

Por supuesto que una investigación muy poco cariñosa pero tanto más sobria evidencia que el desmembramiento de Austria dentro de la sociedad capitalista no es justamente muy probable, y que sólo podría producirse a consecuencia de una convulsión imperialista mundial que no puede desear el proletariado de todos los países ni entrar en sus cálculos políticos. De ahí se sigue para la socialdemocracia austríaca el deber de luchar por lo pronto dentro del marco estatal dado a corto plazo, por un arreglo de las relaciones jurídicas nacionales que mejor corresponda a los intereses de clase y a la ideología de clase de los obreros. Sé que con Kautsky tenemos la misma opinión con respecto a la meta de esa lucha. Sólo que Kautsky señala los límites de solvencia de la autonomía nacional, y procura sacudir nuestra fe en la practicabilidad de nuestras pretensiones.

Por lo pronto, Kautsky enuncia que la autonomía nacional no puede resolver todos los problemas nacionales. Que el problema nacional no puede ser exhaustivamente resuelto en la sociedad capitalista yo mismo lo enuncié reiteradamente. Pero recién ahora se ventila vivamente en *Der Kampf* si los límites de la autonomía nacional no están más lejos de lo que podía parecer a una consideración fugaz. Aquí me doy por satisfecho con remitir a esta discusión.

Kautsky, además, combate la concepción de que la cumplimentación de la autonomía nacional eliminará los obstáculos que se enfrentan al logro de éxitos políticos-económicos y sociopolíticos prácticos para el proletariado. Quien haya leído el capítulo final de mi libro, donde se expone sin reservas qué impedimentos se enfrentan a tales éxitos precisamente en el grado más alto del desarrollo capitalista, no puede creer que yo precise más información al respecto. Pero ni siquiera Kautsky nos aconseja renunciar a la lucha por la autonomía nacional en aras de esa noción. Y claro que la autonomía nacional eliminará el peor peligro para el proletariado: la amenaza a la unidad del ejército proletario procedente de las luchas nacionales por el poder.

Finalmente, Kautsky duda de si la administración autónoma local, base de la autonomía nacional, puede ser conquistada contra la resistencia de la burocracia y de la burguesía. Lo más importante que tenía que decir en contra de ello lo sintetiqué brevemente en el quinto cuaderno de *Der Kampf*. Aquí Kautsky subestima las dificultades del estado multinacional: una

severa crisis estatal que duró diez años ilustró a quienes tienen el poder sobre el hecho de que ellos, por cierto, no deben dejar completamente de la mano la administración interna, pero sí compartirla con el pueblo organizado en corporaciones autónomas para solamente asegurarle la pura vida al estado. Mientras nuestra administración no esté puesta sobre bases completamente nuevas, el estado no tendrá segura la vida ni un día; toda reforma administrativa burocrática naufraga contra los antagonismos nacionales; la necesidad estatal de reconstruir la administración debe compatibilizarse con la idea democrática de la administración autónoma local para superar el impedimento de los antagonismos nacionales. Que la disputa por la autonomía de la Bohemia alemana, que lleva una década, sólo puede terminarse de esta manera ya lo reconocieron muy influyentes círculos burocráticos: no porque nuestra burocracia esté especialmente «agraciada por Dios», sino porque la penuria del estado también le inculca dialéctica. La fuerza del principio de la nacionalidad es tan grande que la férrea necesidad también empuja al estado multinacional a aproximarse a él; pero la autonomía nacional no es nada más que el principio de la nacionalidad interno al estado.

No obstante, como quiera que uno piense acerca de estas cuestiones del futuro, me resulta lo bastante importante ponerme de acuerdo con Kautsky en nuestras pretensiones y en el resultado práctico de mi libro para el presente. Sin embargo, nuestras diferencias de opinión quizás tengan su más profunda razón en un problema *táctico*. Ambos luchamos por una táctica unitaria y compacta del proletariado de todas las naciones. Kautsky cree poder fomentar cuanto antes esta meta si pone de relieve el carácter internacional de la cultura moderna, reduce la nación a la mera comunidad de lengua y deplora la diversidad idiomática como un impedimento para el [mutuo] entendimiento y el obrar unánime de las clases y los pueblos. Pero yo creo que sólo podemos batir al nacionalismo burgués, cuyo poder también fascina a compañeros aislados de nuestro campo, cuando descubramos la sustancia nacional de la lucha internacional de clases, la significación de la lucha proletaria internacional por el desarrollo y la difusión de nuestra comunidad de cultura nacional, y mostremos a cada cual que en el campo de batalla donde las clases miden sus fuerzas también se decide la prosperidad, el tamaño externo y la riqueza interna de las naciones. Así batiremos al nacionalismo en su más propio suelo. El arte de la guerra enseña a no esquivar al adversario sino llevar la guerra a su propio país. También en la lucha contra

el nacionalismo nos puede instruir Hegel, maestro de nuestro maestro, quien sentaba como premisa de una de sus grandes refutaciones estas palabras: «La verdadera refutación debe meterse en la fuerza del adversario y ubicarse en el entorno de su vigor; combatirlo allí donde no está no favorece la causa.»¹⁹⁶

196. En su réplica, Bauer desarrolla una idea totalmente nueva, la idea de una «sociología formal», que establece una distinción entre sociedad y comunidad sin la cual su teoría de la nacionalidad permanece ininteligible. En la búsqueda de las «comunidades de carácter» él ve «la tarea suprema de la historia como ciencia». Lástima que sus indicaciones al respecto no alcancen a someter a pruebas esa «doctrina de las formas sociales». Por eso me parece conveniente suspender a ulterior controversia sobre el concepto baueriano hasta que aparezca su «doctrina de las formas». [N. de Kautsky]

NACIONALIDAD E INTERNACIONALIDAD¹⁹⁷

Karl Kautsky

1908

1. El concepto de nación

En ningún país como en Austria la nacionalidad domina tanto a la totalidad de la vida política y social; de ahí que apenas pueda encontrarse otro país que acuse una literatura tan extensa acerca de los problemas nacionales. No es de extrañar que la primera discusión detenida sobre el problema nacional desde una perspectiva marxista fuera también elaborada por un austríaco. Se trata del voluminoso tomo de Otto Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* [La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia] publicado en los Marx-studien (Viena, Ignaz Brand).

Bauer proporciona una teoría general de la nacionalidad, pero toma fundamentalmente de Austria el material sobre él que la edifica. Y la segunda parte de su libro está orientada a la aplicación práctica de su teoría a las condiciones austríacas. Se topa así con Renner, quién ya con anterioridad había tratado las cuestiones nacionales austríacas en una serie de escritos. En 1899, como Synoptikus («Staat und Nation» [Estado y nación]); más tarde, en 1902, como Springer, en su libro *Der Kampf der österreichischen Nationen um den Staat* [La lucha de las naciones austríacas por el estado] (analizado en una reseña de *Die Neue Zeit*, xx; 2, p. 253, por Ellenbogen y por Max Adler, en un número posterior, en p. 641), y en 1906, con el mismo seudónimo de Springer (aunque con el prólogo firmado con su nombre) en su libro, *Grundlagen und Entwicklungsziele der österreichisch-ungarischen Monarchie* [Fundamentos y metas del desarrollo de la monarquía austro-húngara], del cual sólo recientemente Mehring hizo una reseña en *Die Neue Zeit* (xxv, 2, p. 507).

197. Publicado originalmente como «Nationalität und Internationalität», en *Ergänzungsbeilage zur Neuen Zeit*, núm. 1, del 18 de enero de 1908, pp. 1-36. Traducción de Ursula Köchmann. [N. del ed.]

Los elogios que Mehring hace de Renner pueden ser extendidos igualmente, sin reservas, a Otto Bauer. Ambos poseen un conocimiento exacto de Austria y manejan de manera acabada el método del materialismo histórico. En qué medida este método no es un patrón rígido se pone de manifiesto con claridad a partir de las diferencias entre los escritos de ambos autores, que no obstante tratar el mismo tema. Con igual método y en estrecha colaboración personal, y habiendo llegado a resultados semejantes en todos los puntos esenciales, cada uno presenta, sin embargo, méritos por completo originales. Renner escribe como político realista, Bauer como investigador; Renner como jurista, Bauer como economista; la fuerza del primero radica en el informe y en las proposiciones prácticas, la del segundo, en el descubrimiento de relaciones complejas; con lo cual no se quiere decir que cada uno no tenga méritos considerables en los ámbitos dominados por el otro. Podría afirmarse que en Renner predomina el pensamiento de Lassalle, y en Bauer el de Marx.

Pero el hecho de que el marxismo suponga todo menos un patrón fijo o una obediencia ciega a las palabras del maestro se torna más claro aún cuando en vez de comparar las diferencias entre Bauer y Renner se consideran las diferencias existentes entre ambos pensadores y los representantes del socialismo científico, dedicados también en su momento al problema de las nacionalidades austríacas. Bauer y Renner contradicen abiertamente a los padres de ese socialismo, a Marx y a Engels, cuyos puntos de vista sobre el problema, formados en la época de la revolución de 1848, hoy se han vuelto insostenibles, tal como puse en evidencia, en 1896, en mi prefacio a la edición de la serie de artículos de Marx recopilados en el libro, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. Pero por más que allí me aleje de Marx y de Engels, no puedo, sin embargo, refrendar el conjunto de las afirmaciones de Bauer y Renner.

Nuestras diferencias podrían radicar, en parte, en el hecho de que representamos tres generaciones, cada una de las cuales conoció a Austria en circunstancias distintas; pero tienen también su fundamento en el hecho de que la nación debe ser considerada cómo una estructura social de difícil captación, como un producto del desarrollo social, como uno de los factores más poderosos de la evolución social, que sin embargo nunca fue transformado en un organismo social con límites determinados por estatutos o reglas de algún tipo. La nacionalidad es una relación social que se modifica continuamente y que bajo circunstancias diversas posee un significado muy distinto; es un Proteo que se nos escapa de entre

las manos cuando queremos apresarlos y que, no obstante, está siempre presente, ejerciendo su poderosa influencia sobre nosotros.

La investigación del concepto y la acción de la nacionalidad adquiere nuevamente un interés muy especial precisamente ahora que en Francia florece el hervéismo, que la socialdemocracia alemana discute sus deberes frente a su nación, que la revolución rusa moviliza a las distintas naciones del imperio zarista, que el judaísmo pretende constituirse como nación, que, por otra parte, Inglaterra trata de crear un estado nacional interoceánico juntamente con Canadá, Australia y África del Sur, mientras que, simultáneamente y en su propio umbral, el nacionalismo irlandés levanta otra vez su cabeza de manera amenazadora. Es así que investigaciones como las de Bauer y Renner adquieren un significado que trasciende los límites de Austria. Y gracias a su dominio de la materia y a la unidad y fecundidad de que da prueba su método, sacan a luz una profusión, de nuevos puntos de vista incluso para aquellos que no están en condiciones de seguirlos en todos sus desarrollos.

Es cierto que el libro de Bauer plantea objeciones ya en su punto de partida, en su definición del concepto de nación.

Así, afirma certeramente:

La nación no constituye, para nosotros, un objeto inanimado, sino un proceso en devenir, determinado esencialmente por las condiciones bajo las cuales los hombres luchan por su subsistencia y por la conservación de la especie. Y puesto que la nación no se origina aún en el estadio en que los hombres sólo buscan sus alimentos, sin todavía elaborarlos, en que obtienen sus medios de subsistencia por la mera ocupación, por la toma de posesión de los bienes sin dueño que encuentran, sino sólo en el estadio en que el hombre arranca a la naturaleza los bienes requeridos mediante el trabajo, así el origen de la nación, la peculiar idiosincrasia de cada nación, está condicionado por el modo de trabajo de los hombres, por los medios de trabajo de que éstos se sirven, por las fuerzas productivas que dominan, por las relaciones que establecen entre sí en la producción. Comprender la formación de la nación, de cada nación en particular, como un fragmento de la lucha entre la naturaleza y la humanidad, ésta es la gran misión para la cual nos ha capacitado el método histórico de Karl Marx (pp. 120-121).

Esto es muy cierto. Pero la particular definición de nación que nos da Bauer ha de interpretarse de una manera tan vaga que no nos muestra nada que distinga a la nación de otras formaciones sociales, o bien no resulta exacta.

Bauer llama nación a una comunidad cultural y de caracteres fundada en un destino común.

Toda formación social constituye una comunidad de destinos; toda sociedad posee destinos y tradiciones comunes; la gens, la comunidad, el estado, la corporación, el partido, la misma sociedad anónima. Y muchas de estas formaciones implican también una comunidad de cultura, se estructuran en base a la cultura común de los miembros que la constituyen, a los que a su vez procuran una cultura común. Y la comunidad de destinos y cultura puede también, perfectamente, desarrollar un carácter común, tanto en la «gens» como en la ciudad, también en la corporación, o acaso en la casta; incluso en el partido cuando éste actúa durante un tiempo suficientemente largo y representa un partido de clase contrapuesto rígidamente a los restantes partidos y clases.

Por otra parte, sin embargo, la comunidad de destino y de cultura de un grupo humano no configura nada que separe de manera rigurosa a una nación de las demás. Los suizos alemanes y los suizos franceses, a pesar de la diferencia de nacionalidad, están ligados por una comunidad de destino y de cultura mucho más estrecha que el suizo alemán y el vienés, o el habitante de Holstein.

Y allí donde dentro de una nación se configuran grandes diferencias de clase, también se originan diferencias culturales que calan más hondo que muchas diferencias culturales entre naciones, en la medida en que la igualdad de la clase también provoca, frecuentemente, una comunidad cultural entre los miembros de una misma clase pertenecientes a naciones distintas. En todo caso, el campesino alemán y el campesino danés de Schleswig mantienen una comunidad cultural más estrecha que el campesino alemán de Schleswig y el periodista y el artista alemán de Berlín W., mientras que estos últimos están en una comunidad cultural más estrecha con los periodistas y artistas de París.

Las diferencias de clase llevan así a Bauer a la paradójica afirmación de que sólo aquellos componentes de la nación que participan de la cultura —hasta ahora sólo las clases dominantes y expoliadoras—, son las que configuran a la nación.

En la era de los Staufen la nación no consistía en ninguna otra cosa que en la comunidad cultural de los caballeros [...] El carácter nacional unitario, producido por la uniformidad de esta influencia cultural, sólo era el carácter de una clase nacional [...] El campesino no participaba. En todo aquello que unificaba a la nación el campesino no tenía parte alguna. Así, por ese entonces, los campesinos alemanes no forman en absoluto la nación, sino que sólo son los vasallos de la misma (pp. 49-50).

En la sociedad que descansa sobre la propiedad privada de los medios de trabajo, las clases dominantes —en un tiempo la clase caballeresca, hoy los hombres cultos— constituyen a la nación como la totalidad de aquellos en los que una educación análoga, configurada a través de la historia de la nación, produce un parentesco en los caracteres, mediado por la unidad de lengua y la educación nacional. No es pues la gruesa masa del pueblo la que constituye a la nación (p. 136).

Sólo con el socialismo, con la «política nacional evolucionista [...] de la clase trabajadora moderna», ésta se convertirá en nación.

Es posible [...] llamarla política evolucionista por cuánto no sólo no impide que el carácter nacional siga desarrollándose, sino que sólo mediante esta política el pueblo entero se convierte en nación, sólo ella aspira a su desarrollo como nación. Para esta política no se trata solamente del desarrollo de la nación sino del desarrollo de la totalidad del pueblo como nación (p. 160).

Es éste un pensamiento muy agudo, con un núcleo de verdad; pero, respecto del problema nacional, nos lleva por un sendero errado, pues concibe a la nación en un sentido que no nos permite comprender en absoluto la fuerza que el pensamiento nacional tiene en el presente en todas las clases, los fundamentos de las actuales contradicciones nacionales de pueblos enteros.

Bauer contradice en este punto una observación que hace Renner, según la cual es precisamente el campesino el depositario de la nacionalidad. Nos muestra que en el transcurso del último siglo toda una serie de ciudades han cambiado su nacionalidad en Austria (inclusive Hungría); ciudades alemanas que se convirtieron en Húngaras o checas; otras, principalmente Viena, que por su parte absorbieron una enorme afluencia

de nacionalidades extranjeras asimilándolas a la nación alemana. Por el contrario, en las zonas rurales las fronteras lingüísticas permanecieron casi por completo inamovibles.

En efecto, el proceso de germanización se había completado a comienzos del siglo XIX en las mayores ciudades de Austria; todas ellas eran alemanas, a excepción, de las de Galitzia, Croacia y las regiones italianas, entre otras. Pero la que siguió siendo nacional fue la población campesina; aquí fracasó la transformación de Austria en un estado nacional. El campesino se apegaba tenazmente a su nacionalidad como a todo lo que pertenece a la tradición, mientras que el habitante de la ciudad, y principalmente el hombre culto, es mucho más susceptible de adaptación. Si solamente la clase culta configurara a la nación, en Austria no habría existido más que una nación a comienzos del siglo XIX —exceptuados los polacos e italianos—: la alemana.

Y lo mismo que la comunidad cultural, tampoco el carácter nacional, que distinguiría y conformaría a la nación, nos permite avanzar más lejos.

Es verdad que grupos aislados de hombres pueden desarrollar un carácter grupal peculiar que por regla general es común a cada uno de sus miembros: coincidencias en lo exterior, en la sensibilidad y el pensamiento, que facilitan su mutua simpatía y comprensión. Tales caracteres aparecen allí donde un grupo humano subsiste un tiempo más o menos prolongado bajo condiciones similares —clima similar, medio ambiente similar, modos similares de trabajo y de vida. Ellos pueden volverse hereditarios a través de las generaciones si estas condiciones permanecen invariables, pueden incluso quedar fijados por un tiempo en los descendientes y adoptar así la forma de caracteres raciales.

Cada forma particular de lucha por la subsistencia exige cualidades corporales y espirituales peculiares. Aquellos que las poseen son los primeros en afirmarse y propagarse mientras subsiste esa forma particular. Pero además, cada modo peculiar de vida y de influencias externas acarrea consecuencias particulares que no siempre son precisamente beneficiosas para el individuo o para la especie, a las que sin embargo no puede sustraerse, o solo lo hace con dificultad. Así, el carácter de los pueblos limitados a una alimentación vegetariana es diferente al de aquellos que disfrutaban de una dieta predominantemente carnívora.

Finalmente, es preciso tomar en cuenta la ley de la correlatividad, según la cual ciertas modificaciones de un órgano no pueden producirse sin acarrear determinadas modificaciones en otros órganos.

Se sabe, por ejemplo, que la castración influye sobre el organismo y el carácter en su totalidad.

Cuando se incrementa la pilosidad de las hojas en una planta, al ser trasplantada a una región seca, esta modificación repercute sobre la nutrición de las demás partes, y puede tener por consecuencia el acortamiento de los miembros del tallo, y, con ello, la reducción del tamaño de toda la planta (Haeckel).

Todo esto hace que en grupos humanos que viven un tiempo suficiente bajo las mismas condiciones, los individuos adquieren la tendencia a desarrollar rasgos característicos similares que les son peculiares y que los distinguen de otros grupos.

Así, cuando una nación entera vive bajo condiciones similares, desarrolla un carácter nacional. Por el contrario, no se puede pensar en un carácter nacional de tal naturaleza cuando las condiciones en que viven los miembros de la nación son muy variadas, cuando, por ejemplo, la diversidad en las condiciones geográficas —llanuras y montañas, zonas mediterráneas y costas marítimas— es muy grande; cuando la división del trabajo y de clases —agricultura e industria, ciudades y aldeas, hombres cultos e ignorantes, etc.— es extrema; cuando, por último, el ritmo de desarrollo social de cada uno de los componentes de la nación es distinto, lo que da lugar a que unos vivan aún bajo condiciones semif feudales, mientras que otros acusan ya un modo de producción capitalista altamente desarrollado.

Es posible que algunos decenios atrás se pudiera hablar todavía de un carácter nacional ruso o húngaro¹⁹⁸, en la medida en que en estos pueblos la masa de la nación se componía de campesinos y aristócratas terratenientes y que su territorio presentaba en todas partes el mismo carácter de llanura, sucediéndose el desarrollo económico con tal lentitud que no provocaba diferencias perceptibles en cada uno de los componentes de la nación; en que la población urbana, aún insignificante, estaba compuesta, en parte, por la afluencia de campesinos que conservaban aún el carácter de tales, y en parte por extranjeros (alemanes y judíos en Hungría) que no influían sobre la nación.

198. Bauer polemiza injustamente con mi exposición en *Die Neue Zeit*, xxiii, 2, p. 464. No niego allí un carácter nacional ruso, sino uno común a todos los eslavos. [N. del ed.]

Pero, ¿cómo determinar el carácter nacional de una nación moderna como la alemana, cuyo territorio abarca una diversidad tan grandes de comarcas —las costas del Mar del Norte y del Báltico, la depresión del norte y la elevación de los Alpes, y en medio de todo esto, nuevamente, las diversas regiones, desde el risueño y cálido vallé del Rin, con una cultura de casi dos milenios, hasta la atrasada y empobrecida región del Oder? Y dentro de esta nación, encontramos las más prodigiosas diferencias sociales: aquí, el semifeudalismo de Mecklenburgo y Posse; en la Sajonia y la región del Ruhr, el capitalismo en su más elevada expresión; aquí, ciudades de millones de habitantes, como Viena y Berlín, y junto a ellas villorrios olvidados por el mundo. Y por encima de esto, las divisiones en clases y profesiones.

¿Cómo es posible concebir allí un carácter nacional determinado que permita diferenciar a la nación alemana de las demás naciones? ¿Es el habitante del Rin su representante, o el de la Alta Baviera? ¿El habitante de Holstein o el vienes? ¿Su tipo, es Fausto o Carlos Moor? ¿Bismark o el tío Brásig?

Por otra parte, encontramos que donde hay dos naciones limítrofes que viven bajo condiciones de vida similares, ambas partes desarrollan caracteres también similares. Así ocurre, por ejemplo, con los alemanes y los checos en Bohemia, o con los frisios holandeses occidentales y los frisios de Prusia oriental, los que en la actualidad pertenecen a dos naciones distintas. También es posible que un pueblo cambie su nacionalidad debido a acontecimientos políticos, sin modificar su carácter cuando sus condiciones de vida permanecen iguales. El campesino alsaciano sigue siendo el mismo, llámese Jean o Hans.

En todo caso, el carácter nacional de los grandes pueblos culturales configura un fenómeno tan problemático y tan poco delimitable, que resulta imposible percibir en esta madeja que se deshace al menor soplo el lazo que mantiene unidas a las naciones con mano férrea y que las separa de las demás de manera inconfundible.

No resulta, muy comprensible por qué razón Bauer se niega a reconocer como lazo, o como el más fuerte de entre los distintos lazos que unifican a la nación, a aquel que está a la vista de manera evidente: la lengua. Pasa por alto esta cuestión de manera algo ligera:

¿Es la comunidad de la lengua la que unifica a los hombres como nación? Pero los ingleses e irlandeses, los daneses y noruegos, los

serbios y croatas, hablan la misma lengua, y no por ello constituyen un pueblo; los judíos no tienen una lengua común, y sin embargo son una nación [...] La cuestión de la nacionalidad sólo puede ser desarrollada a partir del concepto de carácter nacional [...] La nación no significará nada para el que pretende negar esto; ¿acaso el inglés que vive en Berlín y que sabe hablar alemán se convierte por eso en alemán? (p. 2).

Esto es todo lo que encontramos en Bauer sobre el particular.

Consideremos primero al inglés en Berlín. Nadie ha afirmado que por el aprendizaje de una segunda lengua se pierda la nacionalidad, o que se pertenezca a tantas naciones como lenguas se entienden. El inglés seguirá siendo inglés mientras hable el inglés mejor que cualquier otra lengua. Mas, si permaneciera tanto tiempo en Berlín sin relación alguna con otros ingleses, que olvidara el inglés, convirtiéndose el alemán en la lengua que él conoce mejor que cualquier otra, por cierto que, debido a este cambio, se convertiría en alemán sin necesidad de que su carácter sufriera modificación alguna.

¿De qué otra manera podría cambiarse de nacionalidad si no es por el cambio, de la lengua que se habla habitualmente, que más se domina? No, por cierto, cambiando el carácter.

Veamos ahora el caso de los ingleses e irlandeses, los daneses y noruegos, los serbios y croatas. ¿Prueban éstos, acaso, que la comunidad nacional no es una comunidad de lenguas? ¿Acaso los ingleses no hablan todos la misma lengua? ¿Y los daneses, y los servios? Es cierto que los ingleses comparten su lengua con los irlandeses, los daneses con los noruegos, los serbios con los croatas. Mas esto no prueba aún que toda comunidad nacional no sea una comunidad lingüística sino, solamente, que en ciertos casos una comunidad lingüística puede comprender a dos naciones (y además: la inglesa comprende también a los americanos, a los australianos y a otros); que la comunidad de la lengua no constituye el único signo característico de la nación; que existen otros, además de éste. Pero no constituye de ningún modo una prueba que contradiga al hecho de que la lengua constituye uno de estos signos característicos, y que es el más importante entre ellos.

Otra cosa sería si existieran naciones donde cada parte perteneciera a comunidades lingüísticas diferentes. Bauer trata también de aportar pruebas, pero no puede presentar sino un único caso —y le resultaría difícil

encontrar otro— que concierne a una nación de la que resulta altamente discutible que represente cabalmente a una nación, y que, en todo caso, si se pretende reconocerla como tal, constituye una nación que no tiene igual, que nadie adoptaría como nación tipo. Esto lo sabe Bauer mejor que nadie, y en su capítulo sobre la «autonomía nacional de los judíos» expone que lo que es válido para todas las naciones no es aplicable a los judíos, que éstos no tienen futuro como nación.

Es verdad que los judíos hablan distintos idiomas. Mas, ¿acaso los que hablan el alemán no pertenecen a la nación alemana, y los que hablan francés, no son franceses? Sólo los judíos de la Europa Oriental se perciben como nación, pero allí hablan su propia lengua, no el hebreo, sino un alemán corrupto que los separa de su medio.

En realidad, el judaísmo constituyó en sus orígenes una nación con una lengua común; posteriormente se convirtió en una comunidad religiosa que admitía adeptos provenientes de distintas naciones y que encontró acogida entre las naciones más diversas. Cuando más tarde el cristianismo puso término a la capacidad de la religión judía para ganar adeptos, expandiéndose por medio de la propaganda entre las naciones, el judaísmo se convirtió en una raza especial puesto que le estaba vedada la relación matrimonial con otros que no fueran miembros de su religión, convirtiéndose además, en tanto representante de la economía monetaria transmitida desde la época de los romanos, en una profesión especial en medio de la economía natural de los bárbaros. Si se quiere caracterizar el papel que desempeñó el judaísmo en la Edad Media, y que desempeña aún hoy en la Europa oriental, resulta mucho más certera su caracterización como casta y no como nación. No es entre las naciones de la moderna Europa, que son las que constituyen nuestro tema, sino entre las castas de la India, donde encontramos fenómenos análogos al judaísmo, tal como éste se conformó después de la destrucción de Jerusalén y el advenimiento del cristianismo.

En efecto, los intentos por mantener al judaísmo como nación no son más que intentos por prolongar su existencia como una casta especial. Tal tendencia, resultaría incomprensible en un estado moderno y sólo puede prosperar bajo la infame economía de la burocracia moscovita o de los boyardos rumanos.

La alusión al judaísmo no contribuye en absoluto al conocimiento de la naturaleza de la nación. Pero éste es el único caso que Bauer puede

aducir para rebatir la concepción según la cual la comunidad nacional es una comunidad lingüística.

La lengua nacional es inmediatamente reconocible para cualquiera de manera unívoca y clara, mientras que resulta difícil y problemático aprehender el carácter nacional. Y si el carácter nacional carece totalmente de significación para la acción social mancomunada de los hombres, la lengua, en cambio, constituye su primer supuesto. Personas que no hablan nuestra lengua y con las cuales no podemos entendernos quedan excluidas de nuestra relación social. Frente a esto poseemos un sentimiento de solidaridad social con respecto a todos aquellos que hablan nuestra propia lengua, cualesquiera sea su carácter y posición social. En un país extranjero las diferencias de nacionalidad se muestran a menudo más fuertes que el más rígido antagonismo de clases. Un trabajador alemán que «llega a Francia sin conocer palabra del francés y sin tener a su lado compañeros de clase que hablen el alemán se encontrará muy aislado e incómodo entre los proletarios franceses, y pese a sus sentimientos internacionalistas y a su conciencia de clase saludará con alegría al primer alemán con que se tope, aun cuando fuera un explotador al que en su patria enfrentaría lleno de odio.

El poderoso papel de la lengua en la vida social nos permite comprender buena parte de la fuerza del sentimiento nacional. El carácter nacional común, que nadie sabe muy bien en qué consiste y que en la vida cotidiana prácticamente no tiene una influencia perceptible, no explica, en cambio, nada en absoluto.

El hecho de que Bauer no quiera saber nada de la lengua como signo decisivo de la nación resulta tanto más sorprendente cuanto que es precisamente en Austria donde las cuestiones nacionales se plantean sólo como problemas lingüísticos.

2. La consolidación de la nación

La lengua es un instrumento insustituible en las relaciones sociales. Éstas se originan con ella y a partir de ella. Pero con esto queda dicho también que el ámbito de vigencia de una lengua está condicionado originariamente por las condiciones sociales. Las personas que mantienen un contacto regular tienen, que hablar la misma lengua. El círculo de un contacto de tal naturaleza, y por consiguiente, también el ámbito de validez de una lengua en particular hablada en él, puede variar mucho bajo

circunstancias diversas; su extensión depende del modo de producción, de la configuración geográfica, de las condiciones de ese contacto. Un valle estrecho, encerrado entre montañas, situado lejos de toda vía de comunicación entre pueblos y cuya producción satisface las necesidades de sus habitantes, puede desarrollar una lengua especial y conservarla a través de los siglos; los habitantes de una región atravesada por un gran río que sirve de vía de comunicación lograrán con toda facilidad una comunidad lingüística extensa.

Sin embargo, es posible afirmar en general que en un comienzo los ámbitos de cada una de las lenguas debieron ser muy pequeños, y que con el progreso del desarrollo económico éstos se extendieron cada vez más, a la par que desaparecía un número cada vez mayor de lenguas. La cifra total de indios en América del Norte y América del Sur asciende aproximadamente a los 10 millones, la de sus lenguas, según un cálculo aproximado a 100. Algunos investigadores calculan una cifra superior, de 400 y más aún.

Por el contrario, el mero ámbito de la lengua inglesa comprende en la actualidad 125 millones; se ha sextuplicado casi en el término de un siglo.

Sin embargo, mientras la población de un círculo lingüístico no se asienta, la expansión de éste sigue siendo altamente fluctuante. Los nómades se separan con la misma facilidad con que se unen. En un momento, una tribu se ve precisada a arrojar de su seno a una parte de su gente en búsqueda de nuevas tierras de caza y pastoreo, ya sea porque el número de la población se ha vuelto muy grande o porque las catástrofes naturales, las sequías, las inundaciones, las pestes, han reducido el espacio que les permitía subsistir. El excedente de población emprende la marcha hacia tierras lejanas y trasplanta su lengua, la que bajo las nuevas condiciones asume entonces un desarrollo peculiar. Pero puede ocurrir también que una tribu entera se vea desalojada de su asentamiento por fuerzas hostiles o catástrofes naturales yendo a parar a un medio nuevo, al que acaso impone su lengua, pero del que también puede adoptar la suya y perder la propia. Y resulta verosímil que se unan de manera temporaria distintas tribus en una convivencia más o menos prolongada para una empresa que sobrepasa las fuerzas de la tribu aislada, para defenderse, para atacar, o para una migración. La convivencia de los distintos elementos tiene que influir también, necesariamente, sobre su lengua, y puede, en ciertos casos, dar origen a una nueva. De este modo, las tribus, en este estadio, constituyen un caos nebuloso que se agita de aquí para allá, ora

desgarrándose, ora apiñándose, haciéndose muy difícil la formación de naciones estables. Sólo el sedentarismo lleva a los pueblos desde un estado de indeterminada nebulosidad originaria a la constitución de cuerpos con límites fijos. Hemos visto ya la importancia que tiene el campesino para la conservación de la nación. Una importancia igualmente grande adquiere en su formación. Con el territorio habitado, la nación obtiene tierra firme bajo sus pies, en todos los sentidos del término. A partir de este momento su situación se hace más estable, se consolida.

Sin embargo, el territorio adquiere significación no sólo para la unión perdurable sino también para la separación perdurable en naciones.

Al igual que la comunidad lingüística, también el territorio compartido puede generar una serie de intereses, concepciones y sentimientos comunes no compartidos con otros pueblos que habitan otros territorios, aun cuando hablen todos la misma lengua. Y si un pueblo extranjero se anexa el territorio nacional, lo domina y lo explota, se convierte en enemigo nacional, hable o no la misma lengua.

Se explican así los casos de distintas naciones que hablan la misma lengua, se explica que la comunidad lingüística no coincida siempre con la comunidad nacional. Éstos son los casos mencionados más arriba, que Bauer opone a la concepción según la cual la comunidad lingüística es el signo más originario de la nación. Sólo prueban que la nación no es un fenómeno tan simple como muchos creen y que representa un producto histórico de una multiplicidad de factores.

Un medio ulterior que consolida a la nación se origina en el curso de la evolución social a través de la escritura. La lengua como fundamento de la comunidad nacional queda fijada haciéndose luego más difícil su modificación. La formación de nuevas naciones por la mezcla de naciones antiguas, y la consecuente generación de una lengua mixta común, experimenta a partir de aquí obstáculos significativos. Por el contrario, ahora se promueve la expansión de la nación, de modo que la lengua de una nación se convierta en lengua escrita que adoptan otras naciones que tienen lenguas emparentadas.

La palabra hablada sólo puede ser transmitida a través de una relación personal. La palabra escrita no está ligada a la persona del que escribe; puede hablar a generaciones posteriores después de la muerte del que las escribió, puede hablar a pueblos a los que nunca llega el escriba. Pero la palabra escrita nunca puede reproducir totalmente la hablada. Las pocas letras que componen el alfabeto no pueden agotar la riqueza de

los sonidos humanos. La palabra escrita no ofrece más que un indicio dé la hablada, la que por un hábito suscita la impresión de esta última. Donde se dan dos lenguas emparentadas, que con frecuencia designan los mismos conceptos mediante palabras similares, se hace posible ahora utilizar la misma lengua escrita, la que en la lectura suscita en todos impresiones análogas.

Los miembros de ambas comunidades lingüísticas pueden ahora comunicarse, aun cuando no sean capaces de hacerlo verbalmente.

Obsérvese aquí que el parentesco de las lenguas no ha de ser concebido necesariamente como un parentesco en el sentido en que las personas están emparentadas entre sí, como si las distintas lenguas emparentadas procedieran necesariamente de una madre común, de una lengua originaria, en fin, como si todas las lenguas remontaran su origen a una sola.

Debajo de estas concepciones subyace de una manera no consciente el problema mosaico de la creación, que ha sido reconocido ya largamente como un mito ingenuo y que, no obstante, sigue influyendo aún sobre nuestro pensamiento. Lamprecht habla todavía de una «pareja primigenia» como origen de un pueblo. Debemos imaginar, sin embargo, que no ha sido una pareja humana aislada la que surgió primero en algún lugar, sino que hombres-monos agrupados en numerosas manadas evolucionaron paulatinamente hasta convertirse en hombres, en un extenso ámbito, acaso en ámbitos diversos. Cada una de estas manadas, que en un principio mantenían apenas trato alguno con las otras, debe haber desarrollado su propia lengua. De ese modo, en los comienzos de la humanidad, debemos suponer no una sino innumerables lenguas originarias. Mas esto no quiere decir, necesariamente, que cada una fuera en todo por completo diferente de las demás. También para el quehacer humano resulta válido el principio de que causas semejantes provocan efectos semejantes, pese a todas las ilusiones acerca del libre albedrío. Dada, una organización corporal y circunstancias externas semejantes, el comportamiento de los hombres resulta similar. Así es que pueblos distintos, independientes entre sí, pueden provocar fenómenos sociales por completo análogos. Esto, frecuentemente, no es tenido en cuenta. Cuando en dos pueblos se encuentran organizaciones sociales, leyendas, obras de arte coincidentes, muchos investigadores suponen de inmediato que ello prueba que ambos pueblos habrían estado relacionados de alguna manera, que habrían constituido alguna vez un pueblo, que se separó después o que, por haber sido limítrofes, habrían aprendido uno

del otro. Esto, por cierto, resulta posible, pero no es necesario. También encontramos tales coincidencias en casos en que una relación de tal naturaleza queda por completo descartada. Así, tanto los peruanos como los germanos poseían una constitución provincial, como lo demostró certeramente Cunow.

De manera semejante, podemos suponer también con respecto a la lengua que circunstancias análogas generan situaciones análogas, y circunstancias similares situaciones similares; esto es, que las lenguas que se originaron bajo circunstancias análogas, en una misma región y entre distintas hordas, de manera independiente entre sí, debieron presentar una cierta semejanza, un parentesco. Nuevos parentescos se originaron posteriormente por el hecho de que un pueblo, al crecer, se dividiera en varios, cada uno de los cuales llevó consigo la vieja lengua para seguir desarrollándola. Por otra parte, también puede darse el caso de que pueblos con lenguas distintas lleguen a tener un contacto estrecho duradero, adoptando cada uno tanto del otro que sus lenguas, aun sin asimilarse, se vuelven semejantes, o, como suele decirse, emparentadas.

El parentesco de las lenguas de una masa de pueblos que, como las tribus comprendidas bajo el nombre de germanos, atravesaron un continente en todas direcciones a lo largo de siglos, en un constante contacto, aglomeración y dispersión recíprocas, puede tener, por consiguiente, las causas más variadas. Esto no prueba, ni su descendencia de un «tronco común de los germanos», como supone Bauer (p. 31), ni tampoco la existencia de una lengua originaria, común que sólo después de su asentamiento se hubiera dividido en dialectos. En general, el paso evolutivo de la lengua no marcha de la unidad a la multiplicidad, sino a la inversa.

Sin embargo, como quiera que sea que se haya originado el parentesco de las distintas lenguas, la lengua escrita constituye un medio de unificar en una nueva comunidad lingüística a todos aquellos pueblos que hablan lenguas emparentadas; de reunir en una gran nación común a los pueblos limítrofes que hablan lenguas emparentadas. La lengua escrita común se convierte en lengua nacional; las lenguas habladas por cada uno de los pueblos dentro de esta nueva comunidad nacional, pasan a ser meros dialectos. Y el nuevo lazo nacional se hace tanto más fuerte y profundo en la medida en que sobre la base de la lengua escrita común se asienta una literatura nacional común.

Pero, de igual manera que el territorio, también la lengua escrita y la literatura nacional de pueblos lingüísticamente emparentados puede no

sólo unir, sino también separar en nacionalidades. El bajo alemán tiene un parentesco mucho más grande con el holandés que, por ejemplo, con el alemán o con el dialecto austríaco de Baviera. Y desde el punto de vista territorial y cultural, los habitantes de la Waterkant alemana se aproximan más a los holandeses que a los alemanes de los Alpes. Pero adoptaron junto con estos últimos la misma lengua escrita y participan de la misma literatura nacional, en la época en que los holandeses desarrollaron una literatura propia. Ha sido la lengua escrita propia y la literatura, y no la separación en estados, lo que provocó que los holandeses se desprendieran de la nación alemana, a la que los suizos alemanes siguen perteneciendo pese a su independencia estatal. El habitante de la costa alemana del Mar del Norte podrá entenderse verbalmente con mayor facilidad con su vecino del Zuidersee que con el habitante ribereño del Zürchersee, pero un Lilienkron o un Frenssen escribe en la misma lengua que un Gotfríed Keller o que un C. F. Meyer.

Evidentemente, Otto Bauer tiene en vista, ante todo, a la literatura común cuando presenta a la nación como comunidad cultural, encontrando que sólo los caballeros habrían representado a la nación en la época de los Hohenstaufen, y posteriormente sólo los hombres cultos; que las masas de la nación y, ante todo, los campesinos, sólo constituirían sus vasallos.

Así, en cierto pasaje afirma:

Que nuestra poesía clásica ha contribuido a forjar el carácter unitario de la nación alemana, en la medida en que se convirtió en vivencia, en destino determinante para cada alemán. Y lo que es válido para nuestra poesía clásica, no lo es menos para la Ilustración Alemana [...] Lo que la burguesía alemana pensó por sí misma en aquella época y fundió con elementos extraños en algo propio constituye aún hoy nuestra posesión. El desarrollo económico del siglo XVIII generó aquella cultura; pero una vez creada esta cultura se convirtió en un factor real, efectivo, que perdurando en sus efectos sigue aún determinando de igual manera a las generaciones posteriores y, en tanto actúa aisladamente sobre cada individuo, fusiona a la nación en una comunidad cultural.

¡Pero, por cierto! La cultura burguesa, con toda su fuerza, aún en la actualidad no actúa sobre todo el pueblo, aún hoy sólo lo hace sobre las clases poseedoras y dominantes de nuestro pueblo (pp. 81-82).

Por consiguiente, no existe nación alguna que abarque a la totalidad de la nación alemana. Mas, ¿tenemos la perspectiva de ver jamás tal nación? En modo alguno si su existencia depende de su «carácter unitario» creado a través del carácter unitario de su literatura. Si es verdad que la literatura ha poseído alguna vez este carácter, lo cierto es que se pierde cada vez más. Y nunca a través de ella le ha sido dado a la nación alemana un carácter unitario.

La literatura no constituye la esencia de la cultura sino sólo una parte de la misma. Quizás se podría diferenciarla, en tanto cultura lingüística, de la cultura técnica, que incluiría a las artes plásticas y a la música. Esta última forma de cultura no exige una transmisión lingüística para ser llevada a otras naciones. Una comunidad de cultura técnica análoga puede comprender a numerosas comunidades lingüísticas. Por otra parte, empero, la comunidad de la literatura no constituye el único lazo, ni siquiera el más importante, y ni qué decir el más originario de la comunidad nacional. Y de ningún modo ésta mantiene su cohesión por la comunidad de un carácter nacional que nadie puede precisar con exactitud y que en ninguna parte se pone de manifiesto de manera inequívoca y tangible. Por el contrario, los caracteres y lazos de la lengua hablada, del territorio, de la lengua escrita, son evidentes sin más, reconocibles y siempre efectivos para el espíritu más simple. En ciertas circunstancias, un destino histórico común puede desarrollar un carácter nacional común propio a partir de esta posesión común, el que entonces con toda seguridad contribuye a configurar aun más estrechamente la acción nacional mancomunada y a poner límites más definidos aún frente al extranjero. Pero la comunidad de caracteres no constituye un requisito incondicional para el surgimiento y la existencia de la nación; aquélla, en general, sólo es propia de los grados primitivos carentes de una articulación social considerable o de pueblos pequeños de poca extensión, y tiene la tendencia a desaparecer a medida que la nación se amplía y se divide en profesiones y clases.

3. Los círculos culturales internacionales

Hemos visto que la lengua representa el instrumento más importante de las relaciones sociales. A medida que con el progreso económico se desarrollan estas relaciones, crece también el círculo de los que hablan la misma lengua. De allí surge la tendencia de ciertas naciones a la ex-

pansión, al sojuzgamiento de otros pueblos, los que pierden su propia lengua y adoptan el idioma foráneo de la nación dominante, o bien una lengua híbrida.

Pero a esta tendencia se oponen otras tendencias contrarias. Vemos que las relaciones crecen mucho más aceleradamente que las naciones, que las comunidades relacionadas se expanden con mucho mayor velocidad que las comunidades lingüísticas. El desarrollo de las relaciones ha conducido hasta este momento a la formación de tres grandes comunidades culturales. Cada una de éstas desarrolla una cultura peculiar, cuyos lineamientos fundamentales pueden encontrarse igualmente en todas partes.

Estas tres comunidades culturales, que abarcan la mayor parte del mundo, pueden ser separadas del mejor modo por las religiones que dominan en cada una de ellas. Se trata del círculo cultural cristiano, con casi 600 millones de adeptos, el islámico con 250 millones y el budista, que, junto con el círculo estrechamente emparentado del brahmanismo, cuenta con casi 700 millones de adeptos.

Pero cada uno de estos círculos culturales abarca lenguas y naciones muy diversas: Dentro de cada uno de ellos, la parte dominante de la cultura no es nacional sino internacional.

Sin embargo, las relaciones mundiales actúan aún más allá. Se expanden cada vez más e instauran por doquier el imperio de la misma producción capitalista; de este modo, estos tres grandes círculos culturales, junto con el resto, se convierten cada vez más, desde el punto de vista económico, en un ámbito unitario con una cultura común, desapareciendo progresivamente las fronteras entre las naciones y los círculos culturales. Con ello se hace también cada vez más viva la necesidad de una lengua mundial unitaria. Vemos, empero, simultáneamente, que la superestructura que se levanta sobre estos fundamentos económicos toma una dirección totalmente opuesta, que los sentimientos nacionales no decrecen, no pierden fuerza, y que en muchos casos incluso se afianzan, que entre las naciones atrasadas una tras otra se eleva del estado de la inconciencia al de la conciencia nacional creando una literatura nacional propia, consolidando de ese modo fuertemente su propia nacionalidad.

Aparentemente, estas dos tendencias tan contradictorias entre sí resultan totalmente incompatibles. Pero, como suele suceder con tanta frecuencia, también aquí las apariencias engañan. Una misma causa puede provocar dos movimientos recíprocamente contradictorios. Si arrojo una piedra al agua, ésta caerá rápidamente al fondo en sentido vertical;

pero, simultáneamente, provocará un movimiento en la superficie del agua que se propagará horizontalmente en movimientos circulares y de ondas, y que no cesará aún mucho después de que la piedra haya llegado al fondo del agua y perdido todo movimiento.

Aquí la relación de los movimientos, cada uno de naturaleza diferente, es fácil de percibir. Mucho más complejos son los movimientos sociales, todos ellos mediatizados por la conciencia humana de innumerables individuos; todos éstos tienen ciertamente conciencia de su voluntad pero muchos de ellos no de la amplitud y género de su potencia, y los menos, de las causas reales que los mueven. Resulta aquí imposible, a primera vista, conciliar siempre los fenómenos económicos y la vida espiritual, apareciendo ésta con frecuencia como totalmente independiente de aquélla. Sin embargo, cada vez que se profundiza utilizando el método marxista, se pone de manifiesto la relación de ambos movimientos y la dependencia del movimiento espiritual respecto del económico, también allí donde toma una dirección contradictoria con éste último.

Si el desarrollo de la comunidad lingüística y el de la nación no coinciden con el de la comunidad cultural, si la extensión de ésta sobrepasa bien pronto al de aquellas, ello depende ante todo del hecho de que el hombre no necesariamente tiene que hablar una sola lengua. El hombre puede aprender y dominar varias lenguas, lo que se pone de manifiesto, a menudo en forma drástica, en puntos donde las relaciones conectan a un gran número de naciones. Así, en Constantinopla es frecuente encontrar personas que dominan una docena de idiomas.

Sin embargo, cuando dos pueblos mantienen una relación estrecha y constante, el bilingüismo que de allí se origine constituirá sólo un estadio de transición. Donde todos hablan dos lenguas, habrá una, en todos los casos, que finalmente alcanzará el predominio por una razón cualquiera –acaso por ser la lengua del pueblo más rico o poderoso, o porque procura una literatura más perfecta, mientras que la otra carece de tal–, o bien se configurará una nueva lengua a partir de estas dos, una lengua mixta, como el francés o el inglés. La antigua nación desaparecerá no por haberse extinguido o puesto fin a su comunidad cultural sino, simplemente, porque se habrá cesado de hablar su lengua ya que se considera que otra resulta más conveniente.

Mas, en el curso del desarrollo económico surge una clase peculiar con una profesión especial, la de la relación entre los pueblos: los comerciantes. Allí donde se forma esta clase ya no es necesario que todo el pueblo hable

la lengua del otro con el que mantiene relaciones comerciales. Resulta suficiente que los comerciantes puedan hacerlo. Pero el surgimiento del comerciante coincide con el asentamiento del pueblo, está incluso en una relación causal con el mismo. Cuando la masa de la población está atada a la gleba, al menos una parte de la misma debe proseguir con la vida nómada y ocuparse de las relaciones entre los pueblos. El sedentarismo, empero, estrecha al mismo tiempo el horizonte de la masa del pueblo, al incrementar la carga del trabajo. De ese modo favorece la separación de los pueblos extranjeros, disminuye la necesidad, el deseo y la posibilidad de aprender lenguas extranjeras. El mismo desarrollo económico que con el comerciante crea la posibilidad de una continua expansión de las relaciones, y que amplía cada vez más el círculo de la comunidad cultural económica a través de la expansión de la producción de mercancías, consolida así a la nación y la separa más rigurosamente de los otros pueblos.

El progreso ulterior del desarrollo social crea la ciudad, y, dentro de ella, un círculo de hombres cultos —originariamente, por lo general, aristócratas propietarios de tierras que cambiaron el aislamiento rural y la rudeza por los estímulos de la ciudad subyugados por los goces del arte y de la ciencia o por la actividad del gobierno y la administración de la cosa pública. En estos círculos se despertó el espíritu de la ciencia, de la investigación de las conexiones más profundas de las cosas, pero también el de la renovación. En la gran ciudad, bajo la influencia del comercio, el desarrollo social se realiza más aceleradamente que en las zonas rurales, pero también se incrementan más fuertemente las contradicciones de clase y se toma conciencia de éstas de una manera más nítida. Surge la aspiración hacia nuevas formas sociales y políticas y, por otra parte, se origina la necesidad, para los dueños del poder, de defender con buenas razones el orden subsistente para que éste no aparezca sino como lo evidente de suyo y lo natural. En una atmósfera de esta naturaleza, las relaciones con los pueblos extranjeros repercuten también sobre la clase culta, despertando otros intereses por la relación con estas naciones que los meros intereses comerciales. Se busca en el extranjero una sabiduría o un arte más elevados, modelos y ejemplos; o se lo considera al menos como otro objeto de investigación, lo mismo que a la naturaleza, para extraer de allí, a través de la comparación, nuevos conocimientos e impresiones artísticas. La relación con el extranjero se convierte cada vez más en una necesidad de la clase culta, satisfecha en parte con los viajes,

en parte con el estudio de la literatura poética y científica que se hacen llegar del extranjero.

En la medida en que se expanden las relaciones, en que crecen las ciudades, en que una clase particular de hombres cultos cultiva el arte, la ciencia y la política —desprendidos del arte ingenuo, originario, de la sabiduría de vida y de la política de la masa del pueblo—, la cultura, siguiendo a las relaciones comerciales, adopta un carácter internacional, y el hombre culto, lo mismo que el comerciante, se ve precisado a dominar una mayor cantidad de lenguas; el mero conocimiento de su lengua nacional no le resulta ya suficiente.

Cuando una comunidad cultural y comercial estrecha y perdurable subsiste entre varios pueblos, una nación, o un par de naciones, logra imponerse en razón de méritos más elevados, ya sea económicos, militares, científicos o artísticos. Sus lenguas se hacen imprescindibles para los comerciantes y para todo hombre culto que habita dentro del perímetro de la comunidad cultural internacional; su cultura —economía, arte, literatura— imprime su carácter predominante a toda la comunidad cultural. Un papel semejante desempeñaron el griego y el latín en la cuenca del Mediterráneo, en las postrimerías de la Antigüedad. En el mundo islámico, el árabe cumple este papel; en el círculo cultural cristiano —que comprende por cierto a judíos y ateos— el alemán, el inglés y el francés se convirtieron en idiomas universales. Cualquier hombre culto que pertenezca a este círculo cultural, sea cual fuere la nación de la que provenga, se trate de un finlandés, un portugués, un noruego, o un búlgaro, debe conocer por lo menos una de estas lenguas si quiere ser partícipe de la cultura moderna. Y toda producción científica, poética o política en una de las naciones de este círculo pasará a integrar la cultura moderna sólo si se la vierte en una de estas tres lenguas mundiales, cuando no ha sido concebida desde un principio en una de ellas.

Resulta probable que el desarrollo económico y político añada a estas tres lenguas una cuarta, la rusa, como lengua universal. Pero también es factible que una de ellas, el inglés, se convierta en la única lengua universal. Ésta no sólo posee la mayor expansión dentro del ámbito de la así llamada cultura cristiana sino que, además, se va convirtiendo paulatinamente en la lengua de la clase culta perteneciente al círculo cultural budista-brahmánico y al círculo islámico. Entre las lenguas universales su ámbito de influencia es el que crece más aceleradamente. A comienzos del siglo XIX se calculaban aproximadamente algo más de veinte millones

de ingleses, treinta millones de franceses, otro tanto de alemanes (según la lengua, y no por nacionalidad). En la actualidad se calculan, en este sentido, aproximadamente algo más de cuarenta millones de franceses, más de setenta millones de alemanes y 125 millones de ingleses.

Paralelamente al surgimiento de las lenguas universales propias de los comerciantes y de los círculos cultos, se va produciendo la unificación de las naciones en comunidades culturales internacionales. Esta unificación no ha sido nunca más estrecha que en la actualidad; nunca ha sido menos posible una cultura puramente nacional. Es por ello que resulta, singularmente extraño que Otto Bauer no hable de otra cosa que de la cultura nacional, planteando como meta del socialismo el poner a las masas populares en posesión de la cultura nacional.

Pero si se toman en consideración sus ejemplos de cultura nacional, se pone de manifiesto que lo «nacional» es lo «folklórico», lo común a todo movimiento democrático y socialista sin diferencia de lengua.

Así es como Bauer alude a la política social de la clase trabajadora:

La protección a los trabajadores y la lucha de los gremios por un salario más elevado y por el acortamiento de la jornada de trabajo, son los supuestos necesarios para convertir a las grandes masas del pueblo en miembros de una comunidad cultural nacional. Es por ello que el siglo XIX no conoce un hecho nacional de mayor trascendencia que la heroica y magna lucha por el acortamiento de la jornada de trabajo, el gran movimiento del 1 de mayo.

Pero la clase trabajadora sabe que por grandes que sean los éxitos de su lucha no podrá nunca, sin embargo, tomar posesión plena de la cultura nacional en la sociedad capitalista. Sólo la sociedad socialista convertirá a la cultura nacional en posesión de todo el pueblo, y, con ello, a todo el pueblo en nación. De ahí que toda política nacional evolucionista es necesariamente una política socialista (pp. 164-165).

Para mostrar lo ilusorio de esta deducción basta poner en lugar de la expresión general «cultura nacional» la designación de cualquier nación determinada:

La elevación y el acortamiento de la jornada de trabajo son necesarios si las masas populares de los eslovenos quieren convertirse en

miembros de una comunidad cultural [...] Sólo la sociedad socialista pondrá a la cultura eslovena en posesión del pueblo esloveno entero.

La cosa no mejora, aun cuando llame menos la atención, si ponemos, por ejemplo, a la nación alemana o francesa en lugar de la eslovena. La cultura a que aspiran los proletarios eslovenos, rutenios o rumanos, es la misma, por la que luchan los proletarios alemanes, franceses e ingleses, es la moderna cultura internacional de la que cada cultura nacional, y también la de una de las naciones de cultura más avanzada, no es más que un fragmento. No basta ya en ninguna parte la cultura nacional para poner a alguien en posesión de toda la cultura moderna. Para ello se hace preciso poder abarcar más que la cultura nacional, dominar varias lenguas o, al menos, una lengua universal.

...Nadie querrá negar que nuestra economía y nuestra ciencia son internacionales, que nadie que no domine por lo menos una lengua universal puede seguir las de cerca y abarcarlas en su conjunto.

Pero también en aquel ámbito que es el más típicamente nacional, el de las bellas artes, en el que la forma lingüística adquiere la mayor importancia, donde la lengua no es sólo un medio de entendimiento sino también un medio para lograr efectos artísticos, donde puede hablarse mejor que en cualquier otro caso de una peculiaridad nacional, también allí resulta imposible quedarse en la mera cultura nacional. También en este ámbito es preciso conocer la literatura universal si se pretende que la cultura moderna tenga plena vigencia. Dada la importancia que adquiere aquí la forma lingüística, y por la especial peculiaridad de cada lengua, la traducción resulta, precisamente en este ámbito, un sucedáneo deficiente e insuficientemente accesible a las naciones pequeñas con un ínfimo círculo de lectores. Es allí: donde la exigencia del conocimiento de las lenguas universales se hace mayor aún si se pretende marchar al compás de la cultura moderna. Con toda seguridad que hay más de un alemán que ha producido grandes cosas para la cultura moderna y sobre el cual, empero, la literatura nacional alemana de los últimos cincuenta años ha tenido una influencia mucho menor que, por ejemplo, la de Zola y Maupassant, la de Ibsen y Kielland, la de Turgueniev y Tolstoi. Y si bien encuentra inspiración en Schiller y Goethe, acaso no sea menor la que encuentra en Shakespeare.

Cuando la sociedad socialista proporcione a las masas una educación adecuada, entonces les dará también la posibilidad de dominar varias

lenguas, lenguas universales, y por ende de participar en toda la cultura internacional y no solamente en la cultura particular de una comunidad lingüística nacional aislada.

Mas, una vez llegado al punto en que la masa de la población de nuestros estados culturales domine una o varias lenguas universales además de sus lenguas nacionales, quedará preparado el terreno para un gradual retroceso y posterior desaparición de las lenguas de las naciones más pequeñas en primer término, para terminar en la unificación de toda la humanidad civilizada en una sola lengua y en una sola nacionalidad, a semejanza de los pueblos de la cuenca oriental del Mediterráneo, que después de Alejandro Magno fueron unidos por el helenismo, y los pueblos de la cuenca occidental que más tarde se fundieron en la latinidad.

La diversidad de lenguas dentro de nuestro círculo cultural hace más difícil el entendimiento mutuo entre los miembros, de las distintas naciones y constituye un obstáculo para el progreso de la civilización. Pero solamente el socialismo será capaz de superar este obstáculo, y tendrá que actuar durante mucho tiempo antes de lograr la educación total de las masas populares a tal grado como para lograr resultados tangibles.

Es necesario tomar conciencia ya mismo de que nuestro internacionalismo no representa una clase especial de nacionalismo, que sólo se diferenciaría del nacionalismo burgués por el hecho de no actuar agresivamente como éste, permitiendo, por el contrario, a cada nación los mismos derechos que reivindica para sí misma y reconociendo la total soberanía de cada país. Esta concepción que transfiere el punto de vista del anarquismo del individuo a las naciones no responde a la estrecha comunidad cultural que existe entre las naciones de la civilización contemporánea. Éstas, en efecto, constituyen, económica y culturalmente, un único cuerpo social cuyo desarrollo descansa en el concurso armónico de sus partes, posible únicamente cuando cada una de ellas se subordina al todo. La Internacional Socialista no constituye un conglomerado de naciones soberanas donde cada una de ellas actúa de acuerdo a su libre arbitrio bajo el supuesto de no lesionar la igualdad de derechos de las demás, sino que conforma un organismo cuyo funcionamiento es tanto más perfecto cuanto más fácilmente se entienden sus partes y cuanto más unánimemente actúen según un plan común.

Ésta es también, ciertamente, la concepción de Otto Bauer, pero desaparece tras del acento que pone, en la cultura y la soberanía nacional. Y sin embargo es un aspecto de la cuestión nacional que debería ser

destacado precisamente en una obra socialista que desarrolla una teoría general de la nación.

En Bauer sólo se destaca un aspecto del movimiento democrático, el cual algunas veces puede conducir a un fortalecimiento del momento nacional.

4. El Estado nacional

Hemos visto que los comerciantes y la clase culta se convierten en mediadores de la comunidad cultural internacional. Pero, al mismo tiempo, se convierten también en los portadores más importantes de la conciencia nacional, que se fortalece y se arraiga en el pueblo en la medida en que se desarrollan las relaciones internacionales y la comunidad cultural internacional.

A medida que la producción se convierte en producción de mercancías resultan cada vez más insuficientes los instrumentos de la relación personal, de la memoria personal y de la tradición, así como los del cálculo mental, para la persona individualmente considerada, que resultaban suficientes mientras cada campesino producía según el modo patriarcal y elaboraba por sí mismo todo lo que necesitaba. Se trata ahora de realizar cálculos complejos que sólo pueden hacerse sobre el papel, se trata de fijar derechos y deberes en el papel, de escribir y leer documentos, de poder realizar comunicaciones escritas y de leerlas; el campesino ya no puede pasárselas sin cartas, sin calendario, sin periódicos.

Si antiguamente el hijo aprendía todo lo necesario para desempeñarse en la vida en el establecimiento de su padre, y la hija en la casa con su madre, ahora se requiere para ello de la escuela. Mientras antiguamente ésta constituía un privilegio de la clase poseedora, un cierto grado de formación escolar de toda la población se convierte en la actualidad en un supuesto para asegurar el bienestar de la sociedad. Sin embargo, esta formación se reduce a su límite más estrecho; no hay tiempo para el pueblo de aprender lenguas extranjeras. Si bien las escuelas superiores también sirven, entre otras cosas, para el aprendizaje de otras lenguas culturales importantes además de la propia la escuela popular es, por principio, una escuela puramente nacional. El pueblo no quiere ni puede recibir otra enseñanza que en su propia lengua. Exige maestros nacionales que estén capacitados sin más para ello.

Sin embargo, con el desarrollo de la producción y de las ciencias surge en las masas populares la necesidad de otros intelectuales que no sean maestros. La necesidad de abogados aparece, en particular, entre los pequeños propietarios, los campesinos, los pequeños comerciantes, los artesanos, y para todos ellos, la de médicos. Con éstos, igualmente, sólo pueden llegar a entenderse si hablan su propia lengua.

Finalmente, empero, con el conocimiento de la lectura y la escritura surge también la posibilidad para las masas populares de alcanzar una cierta participación en la cultura superior en la medida en que ésta es difundida por la imprenta.

Esta cultura es internacional, pero las masas del pueblo, que no conocen más que una lengua, sólo pueden participar de ella en la medida en que la cultura lingüística adopta un ropaje nacional. Los productos lingüísticos de la cultura internacional tienen que ser asimilados por los escritores nacionales y reproducidos, de modo tal de estar en condiciones de descender al pueblo, de ser reconocidos y asimilados por éste.

Es así que con la evolución de la producción de mercancías crece la necesidad de una clase intelectual que hable su propia lengua, de una clase intelectual nacional, y la necesidad de una cultura lingüística adopta la forma de la necesidad de una cultura formalmente nacional, por más que su contenido sea de naturaleza internacional.

Si de ese modo surge en la nación la necesidad de una clase nacional de hombres cultos, en esta clase se acrecienta a su vez la necesidad de una nación grande y culta. Dentro del modo capitalista de producción, la grandeza de la nación a la que se pertenece no resulta indiferente para ninguno de sus miembros, ni para los trabajadores asalariados ni mucho menos aún para las clases *modernas*. También para los trabajadores asalariados mejoran las condiciones en la medida en que se engrandece su nación y, al permanecer constantes las demás circunstancias, en la medida en que pueden moverse libremente en ella. Es cierto que tienen la posibilidad de emigrar, de salir de su territorio para encontrar trabajo asalariado; pero de ese modo aumenta el grado de su dependencia del capitalismo y les resulta más difícil entenderse con sus compañeros en un país donde desconocen su lengua. De igual manera, es beneficioso para el capitalista pertenecer a una nación poderosa —no hablamos aún, aquí, del estado. Las personas que hablan su lengua preferirán comprarle a él y no a un extranjero. Pero, de todos modos, es posible superar el

obstáculo de la lengua, y también el proletario aprende con facilidad lo necesario de una lengua extranjera para poder manejarse en otra nación.

El intelectual, en cambio, está mucho más interesado que estos dos en la grandeza de la nación. Para él, la lengua es mucho más que un mero instrumento de comunicación en las relaciones sociales; constituye una de sus principales herramientas, a veces la única, y cuya naturaleza es tal que no puede cambiarla por otra. Si el capitalista y el proletario pueden aprender sin mucho esfuerzo lo necesario de una lengua extranjera para hacerse entender por medio de ella, esto no resulta suficiente en la mayoría de los casos para el intelectual. El poeta, lo mismo que el orador —ya sea político, jurista o sacerdote— debe dominar su lengua en toda su fuerza y fineza, en su plenitud y sonoridad, mientras que el hombre de ciencia debe dominarla en su claridad y rigor de discernimiento. Cuanto mayor su maestría lingüística, tanto mayor el éxito del intelectual —ciertamente, si las demás condiciones permanecen constantes. Con excepción de algunos pocos individuos particularmente dotados, el dominio de una lengua solo se logra si se la ha practicado desde la infancia. Por consiguiente, con la actual educación sólo se adquiere, por regla general, el dominio de la lengua materna. El intelectual se ve precisado a aprender las lenguas extranjeras para poder apropiarse de los productos de la cultura internacional; más, en la medida en que él mismo quiere contribuir a esta cultura, sólo puede hacerlo en su lengua materna. Su auditorio está constituido por lo pronto por su propia nación. Feliz el intelectual que pertenece a una gran nación, o a una cuya lengua se ha convertido en lengua universal. En este último caso habla para todo el mundo. Por el contrario, aquel intelectual que pertenece a una nación pequeña y, por ende, pobre y atrasada, que cuenta todavía con un número reducido de hombres cultos entre sus filas, podrá, por cierto, apropiarse de la manera más amplia de la cultura internacional, pero no encontrará a menudo público alguno para sus propias contribuciones a la cultura por más geniales e imponentes que sean. O se verá forzado a servirse de una lengua extranjera en la que sólo logrará expresar sus productos espirituales de manera incompleta.

Por consiguiente, nadie aspira con tantas ansias al engrandecimiento de la propia nación como el intelectual, principalmente si proviene de una nación pequeña. Los hombres cultos —que son los que más aprenden lenguas extranjeras y que han sido, influidos más que ningún otro grupo por la cultura internacional— son a su vez los que más tienen en

cuenta la pureza de la propia lengua, la expansión de su ámbito de vigencia, la condenación de lecturas extranjeras. En síntesis, los elementos internacionales en la nación son también sus elementos más nacionales.

Pero los sentimientos nacionales se ven reforzados aún más con la aparición del estado moderno, que tiene el mismo origen que el crecimiento de las relaciones internacionales: el modo de producción capitalista.

En la Edad Media, el estado estaba constituido por un gran número de cantones y distritos, de comunidades autónomas desde el punto de vista administrativo y económico sólo relacionadas con el poder estatal por un fino hilo de dependencia. Por cierto que en cada una de estas comunidades dominaba una sola lengua. No era necesario, con todo, que todas las comunidades que constituían un estado hablaran una misma lengua. El poder estatal tenía tan poco que ver con la administración interna de cada una de las comarcas y cantones que el plurilingüismo no causaba ninguna dificultad perceptible. Y en la guerra, los contingentes que provenían de cada una de estas pequeñas comunidades luchaban uno al lado del otro, y la táctica no había alcanzado aún un desarrollo tal que hiciera necesario, a lo largo de la batalla, evoluciones difíciles que exigieran un entendimiento de las tropas entre sí y con los oficiales. También el ejército podía cumplir su misión sin ninguna dificultad, aun cuando entre sus filas dominaran varias lenguas.

Esto cambió cuando el capitalismo introdujo la economía monetaria, cuando los cantones y las comarcas trabaron relaciones económicas más estrechas y cuando, al mismo tiempo, la administración autónoma de las pequeñas comunidades fue sustituida por una burocracia paga centralizada, y el ejército feudal de vasallos por un ejército profesional pago. Es verdad que este último toleró aún por cierto tiempo el plurilingüismo. El ejército se dividía ahora en distintos cuerpos, y cada uno de éstos en secciones que debían actuar conjuntamente, de manera planificada, y llevar a cabo durante la batalla las más diversas y a menudo artificiosas evoluciones bajo las órdenes del general. Pero, de todas maneras, eran siempre aún masas cerradas las que debían moverse allí; el ejército era un mecanismo y no un organismo; sus movimientos —simples, rutinarios— siempre volvían a repetirse después de haber sido estudiados cuidadosamente en el campo de ejercicios, y su ejecución se efectuaba sin más ni más tan pronto sonaban las órdenes correspondientes. El lenguaje de órdenes y el de los altos oficiales tenía que ser un lenguaje unificado. Por lo demás, no importaba la lengua que hablara cada soldado.

La unificación de la lengua adquirió una importancia mayor para la burocracia, sobre la que recayeron los asuntos más importantes y diversos referentes a la justicia y la policía, la aduana, el comercio, los impuestos, etc., que con frecuencia exigían largas exposiciones e informes. La diversidad de lenguas en el aparato burocrático implicaba una complicación infinita y una traba para sus asuntos. El absolutismo burocrático centralizado trató así de imponer la unificación de la lengua en toda la administración estatal.

Pero los burócratas no sólo se veían obligados a tratar entre sí sino también con la población, sobre cuyos movimientos el estado policíaco intervenía a cada paso. Para ello, era preciso que el representante del estado entendiera también la lengua de la población. La unificación de la lengua del pueblo se volvió tan importante como la de la burocracia.

De este modo, ya en el siglo XVIII el estado absoluto aspira a convertirse en un estado nacional con una sola lengua hablada dentro de sus fronteras. Busca nuevos dominios, preferentemente en los territorios que hablan la lengua que impera en su reino. Pero aspira también a imponerla a aquellos vasallos que no poseen la lengua dominante, fundamentalmente, a través de la enseñanza escolar. En aquel entonces ya se pensaba —y algunos burócratas siguen pensándolo aún en la actualidad— que las escuelas podían formar al individuo de acuerdo a las necesidades de la clase dominante. En muchos sentidos se logró la uniformación nacional a la que se aspiraba, no a través de la escuela, ciertamente, sino a través del poder de las relaciones dentro del estado.

Mas donde las relaciones no se fortalecieron lo suficiente como para reducir a los miembros de comunidades lingüísticas extranjeras al uso de la lengua dominante, los esfuerzos de la burocracia por introducir la uniformidad lingüística provocaron el efecto contrario al buscado. Las naciones extranjeras se sintieron oprimidas y sojuzgadas. La enseñanza en la lengua dominante sólo significó una dilapidación de fuerzas y de tiempo para sus hijos, los que de todos modos no estaban en condiciones de seguir esa enseñanza; esto significó la privación de una verdadera enseñanza requerida en forma apremiante y que les fuera de alguna utilidad. Y cuando las gestiones ante la administración y la justicia eran realizadas en la lengua dominante, los miembros de las demás naciones se encontraban, asimismo, en una situación desventajosa. Además, los miembros de la nación cuya lengua era la lengua del estado, poseían ya dentro de la burocracia, por la situación misma, una ventaja frente a los

de las demás naciones, aun cuando hubiera total igualdad de derechos entre las mismas, puesto que dominaban la lengua que sus colegas de las demás naciones debían aprender penosamente. Ya desde un principio, éstos tenían abiertas las puertas a todos los medios culturales, cerradas para los miembros de las demás naciones en la medida en que no estuvieran en condiciones de aprender la lengua estatal dominante. El ascenso a la burocracia de los hijos de artesanos y campesinos se hizo sumamente difícil para las naciones que no hablaban la lengua estatal.

Es así que en aquellas naciones que integran estados con una población de nacionalidades mixtas surge una disposición hostil frente al estado, pero no una hostilidad frente a cualquier estado sino frente a aquel en el cual viven; surge la aspiración de liberarse del mismo para organizarse —acaso con otras naciones que en un estado vecino comparten el mismo destino— como estado independiente. Al igual que en la nación dominante, en las naciones dominadas surge el impulso hacia un estado nacional.

Este afán se acentúa aun más con la aparición del movimiento democrático que surge necesariamente a una cierta altura del capitalismo debido, por una parte, a la tendencia de la clase capitalista a poner a su servicio el poder estatal, y por la otra, en razón de la educación creciente de la clase trabajadora, de los artesanos, campesinos, asalariados, y las crecientes relaciones entre éstas; en razón del desarrollo de las comunicaciones y la prensa que al superar paulatinamente la estrechez local infunde el interés por la política del estado e incluso por la política mundial.

Nace así el movimiento democrático; la aspiración, por una parte, a sustituir la burocracia por la administración autónoma de unidades administrativas menores y, por la otra, a controlar la burocracia estatal en la medida en que ella no puede ser sustituida, a dominarla mediante un parlamento central.

El antagonismo entre la burocracia y el pueblo se agudiza cuando la nacionalidad de ambos es distinta. Por otra parte, la aspiración a un parlamento se convierte en aspiración por un parlamento nacional, pues sólo éste puede satisfacer las exigencias de la nación y sólo a través de él puede la nación expresarse correctamente. Así como la burocracia debe ser necesariamente un mecanismo con una sola lengua para funcionar sin dificultades ni trabas, también el parlamento habrá de ser un organismo tal, ya que su nombre le viene del habla. Por cierto que se puede permitir que cada uno pronuncie su discurso en cualquier lengua; pero, ¿cómo lograr un efecto, si no se es entendido por la masa de los oyentes?

¿Cómo concebir un debate importante o una conducción ordenada de los asuntos si la presidencia no entiende lo que se habla, si una parte de los parlamentarios no entiende a la otra, o no entiende las disposiciones de la presidencia?

Las dificultades de los debates en algunos de nuestros congresos internacionales son ya muy grandes pese a realizarse en no más de tres idiomas universales —que muchos de los asistentes entienden—, y pese a que los debates no duran más de ocho días y tratan sobre principios generales. Mas, imaginemos un parlamento en el que uno hable húngaro, otro croata, un tercero rumano, un cuarto alemán. Nadie entiende a nadie y el presidente sólo conoce el húngaro. Y los debates se prolongan doscientos días por año, no sólo en pleno, sino en las comisiones, no sólo sobre principios generales sobre los cuales cada uno de los participantes está orientado de antemano, sino sobre los párrafos particulares de un proyecto legislativo complejo.

Pero no sólo desde el punto de vista de la población y de los principios democráticos sino también desde el del gobierno mismo se hace más necesario ahora, en el período del parlamento y de la democracia que en el del absolutismo burocrático, que el estado se unifique nacionalmente.

En el estado moderno se incrementan las dificultades y tareas de los gobiernos; la necesidad de una burocracia unificada se hace sentir cada vez más, pero las diferencias y aspiraciones amenazan cada vez más con su descomposición. Y la democracia, que le resulta incómoda, es reforzada allí donde coincide con el nacionalismo de las naciones postergadas. Finalmente, también para el ejército se hace cada vez más necesaria la unificación de la lengua. En la estrategia moderna cada una de las secciones adquiere una autonomía creciente, se ve forzada cada vez más a acomodarse rápidamente a situaciones cambiantes. De mecanismo, el ejército se transforma en organismo. Un organismo enorme pero sumamente sensible, cuya efectividad depende, en gran parte, de que los oficiales no emitan meramente algunas voces de mando sino que exista un entendimiento entre la oficialidad y la tropa, que puedan transmitirse recíprocamente sus observaciones. Y no basta que el oficial se entienda con su propia gente. En las batallas modernas los regimientos se mezclan y dispersan con toda facilidad, los oficiales se separan de sus tropas y se ponen en contacto con otras. ¡Cuántas dificultades surgirían si cada regimiento hablara una lengua diferente!

No podemos aquí escribir un libro y debemos contentarnos por ello con algunas indicaciones acerca de la importancia que adquiere la uniformación de la lengua en el estado moderno, de lo que se deduce la importancia para éste de estar constituido por una única nacionalidad de manera similar como, a la inversa, es sumamente importante para cada nación el organizarse en un estado propio.

Lamentablemente, Otto Bauer no ha tomado en cuenta de manera suficiente la importancia que tiene la lengua tanto para la nación como para el estado. En la aspiración al establecimiento del estado nacional sólo percibe la necesidad de rechazar cualquier dominio extranjero, así como la necesidad del capitalismo de establecer un amplio mercado interno; finalmente, percibe en esta aspiración la repercusión del nacionalismo revolucionario de la burguesía que pretende configurar al estado de acuerdo a sus fines, considerándolo a éste una estructura artificial, y a la nación una estructura natural, razón por la cual busca adecuar el estado a la nación.

Es verdad que todos estos motivos han jugado un papel central, pero no bastan para explicar la gran fuerza del principio de la nacionalidad en la vida política moderna. Sólo el que tiene en cuenta la enorme importancia que alcanza la lengua para el estado puede comprender cabalmente la potencia que ejerce el principio de la nacionalidad en la política de nuestro tiempo.

Pero no resulta casual que Otto Bauer subestime la fuerza de la aspiración al establecimiento del estado nacional. Su amor le pertenece al estado de nacionalidades. Su ardiente preocupación se orienta a darle una forma visible y adecuada, y a este fin sirve su investigación acerca de la naturaleza y eficacia de la nación.

5. El Estado de nacionalidades

El estado, nacional es la forma que mejor responde a las condiciones modernas, es la forma en que el estado puede cumplir con mayor facilidad sus tareas. Pero no a todo estado le es dado alcanzar esta forma. Así como en el moderno modo de producción se siguen encontrando formas de explotación características de la época feudal, e incluso del comunismo primitivo, así también se encuentran aquí residuos de los tiempos en que un estado podía estar formado por los más variados

componentes nacionales, sin menoscabo de su fuerza, sin fricciones y antagonismos internos extraordinarios. Los mismos estados nacionales ostentan aún, con frecuencia, residuos del antiguo estado de nacionalidades. Junto con éstos, empero, subsisten estados que siguen siendo enteramente estados de nacionalidades.

Se trata de todos aquellos estados cuya estructuración interna, por éstas u otras razones, ha resultado anormal o se ha desarrollado poco. Esto se pone de manifiesto en Turquía y en Rusia, pero también resulta válido para dos estados con un nivel económico elevado, como Bélgica y Suiza. Éstos son estados neutrales que deben su existencia, al igual que Turquía, y no en escasa medida, a la circunstancia de que ninguno de sus vecinos consintió en que pasaran al poder del otro. Esto viene al caso fundamentalmente para Bélgica. A lo largo de los siglos xvii y xviii era codiciada tanto por Francia como por Holanda. Si en el momento oportuno, en el siglo xvii por ejemplo, se hubiera convertido en posesión francesa, es indudable que hubiera adoptado totalmente el carácter francés. Si, por el contrario, en aquella época hubiera caído bajo el dominio perdurable de Holanda, los flamencos, junto con los holandeses, habrían formado una nación unificada, absorbiendo acaso a los valores. Pero Francia no consintió que Bélgica pasara a manos de otro estado mientras ella misma veía impedida su anexión a Bélgica debido al celo de otras grandes potencias, dado que con ello su poder se hubiera acrecentado sobremanera. Inglaterra principalmente debió oponerse continuamente, pues Amberes es uno de los mayores puertos de Europa y está ubicado precisamente frente a la desembocadura del Támesis. Una potencia que lograra apoderarse de este puerto y de la desembocadura del Escalda se hubiera convertido en un vecino peligroso para el reino insular, ya que es desde allí desde donde puede ser atacado más eficazmente. Así fue que Bélgica debió permanecer como un pequeño estado independiente, como una pelota en el juego de las grandes potencias; no fue posible efectivizar las tendencias de su incorporación en un estado nacional. Disputada por Francia y Holanda, permaneció así mitad francesa y mitad bajo-alemana; de sus siete millones de habitantes, el 42% no habla más que el flamenco y el 38% sólo el francés.

Suiza fue pelota de juego para sus vecinos en medida algo menor. Además de los celos de éstos, su independencia quedó preservada por el espíritu guerrero de sus habitantes así como por su relativa pobreza e inaccesibilidad, lo que obstaculizó también su desarrollo político. El

compañero Renner quiere hacer de Austria una «monarquía suiza», una república con Francisco José a la cabeza. Pero, ¿aceptaría también la soberanía de los cantones, cada uno de los cuales conserva aún su propia legislación? Precisamente lo que Otto Bauer y Renner combaten con tanto ímpetu, y con toda razón, es el federalismo de las «individualidades histórico-políticas», a saber —traducido del austriaco al alemán— el federalismo de las formas estatales de su patria heredadas de la época feudal, el de los reinos, ducados y archiducados, los margraviatos y el de los temidos condados; lo que se encuentra en Suiza en su expresión más elevada es una confederación de diminutos y casi soberanos estados conservados desde la época feudal, y de ningún modo una confederación de naciones.

Suiza existe como un estado de nacionalidades sin fricciones nacionales internas porque no es un estado moderno, un estado unificado con una administración unificada. El mismo ejército recuerda en cierta medida, y a pesar de las limitaciones impuestas a los derechos de los cantones, al ejército feudal, compuesto por los contingentes de cada uno de los cantones.

Pero las condiciones en Bélgica y en Suiza son además mucho más favorables, en el sentido de la nacionalidad, que las de Austria. En Bélgica sólo dominan dos lenguas; en Suiza, tres, si se descuentan algunos fragmentos insignificantes de nacionalidades. Entre las lenguas habladas en Bélgica, una es una lengua universal que cualquier hombre culto aprende desde un principio. Además, casi dos millones de belgas dominan ambas lenguas —la mayoría, por cierto, habla el flamenco. De las tres lenguas suizas, dos son universales, y una, el italiano, una lengua cultural de primer orden. Cualquiera que domine una de estas lenguas adquiere un rico tesoro cultural. El conocimiento de dos o incluso de las tres lenguas del país no constituye una carga sino un beneficio buscado por cualquiera cuando las circunstancias se lo permiten. De ese modo, la separación lingüística no es percibida como problema ni en el ejército ni en el parlamento o en los tribunales, ni tampoco en la escuela misma. Alberto Oauzat relataba hace poco en el *Courrier Européen* (18 de octubre), la existencia de comunidades suizas en la frontera lingüística germano-francesa que antiguamente hablaban el francés, que ahora lo hacen en alemán, pero que todavía siguen impartiendo la enseñanza escolar y los sermones en francés, siguiendo la vieja tradición. Esto no trae problemas cuando el uso de dos lenguas está ampliamente difundido.

Distinta es la situación en Rusia, aunque también, aquí es algo más simple que en Austria. Rusia es un gran estado centralizado con numerosas nacionalidades, pero el núcleo, la masa preponderante de la población, lo constituyen los rusos, y las demás naciones habitan sobre todo en la periferia del reino. De la población de la Rusia europea 84 millones son rusos, frente a 8 millones de polacos, 5 millones de judíos, 3 millones de alemanes, 1 millón de rumanos y armenios, etc. Rusia podría muy bien conceder la autonomía a dichas naciones, y éstas en la medida en que habitan territorios unidos, podrían separarse de la nación central sin que la misma quedara amenazada en modo alguno en su existencia.

Otra es la situación en Austria. Se diferencia de Suiza y Bélgica por el gran número de sus naciones —nueve, y si se cuentan por separado los eslovacos y los checos, y por otra parte los serbios y croatas, once. Y sólo una de las lenguas habladas por estos pueblos, la alemana, es una lengua universal, sólo una que directamente descubre un gran fragmento de la cultura internacional.

Austria se diferencia de Rusia en que ninguna de sus naciones posee una preponderancia numérica notable sobre las demás; en que ninguna habita el centro del imperio. Hay 11 millones de alemanes, 9 millones de húngaros (magiares), 8 millones de checos y eslovacos, 4 millones de polacos y ruteños respectivamente, casi tantos serbios y croatas, más de un millón de eslovenos y casi un millón de italianos. Las naciones mencionadas en último término habitan la periferia, pero las tres naciones mayores —los alemanes, los magiares y los checoslovacos— llegan cada una hasta el centro del imperio. Entran en colisión en las cercanías de Viena, en Presburgo. Entre todos los estados europeos de nacionalidades no hay ninguno, excepto quizás la Turquía europea, que presente una situación tan difícil con respecto a sus nacionalidades como Austria. Ésta no representa el tipo de estado de nacionalidades; para éste no existe tipo alguno en absoluto; cada uno es un caso singular, totalmente peculiar. Austria presenta el problema de las nacionalidades en su forma más compleja y difícil.

6. El futuro de Austria

Otto Bauer no trata el tema del estado de nacionalidades en general. Esto resultaría más bien difícil. Sólo examina la situación en Austria, «el

más desarrollado entre los grandes estados europeos de nacionalidades». Esta investigación constituye la parte principal de su obra, no sólo por el volumen sino también por su contenido. Comprende sus partes más brillantes y maduras. El que quiera entender el caso de Austria deberá estudiar, además de la obra de Renner, la de Bauer.

Podría escribir un libro voluminoso si quisiera reproducir todas las reflexiones a qué me llevaron los desarrollos de Bauer sobre Austria. Pero debo renunciar a ello pues mi disquisición se ha prolongado ya excesivamente; y en muchos casos no tendría sino que repetir, en otro contexto, lo que ya expuse en mis anteriores artículos acerca del problema de las nacionalidades en Austria.

Por consiguiente, paso por alto la exposición de Bauer acerca del origen de Austria y de las transformaciones que ha sufrido su situación nacional, aun cuando precisamente estas partes constituyen algunas de las mejores de su obra. Sólo quiero considerar el medio que propone para salvar la situación, en apariencia totalmente desesperada, de la monarquía habsburga.

Piénsese lo que se quiera acerca del futuro más lejano de Austria —y en esto difiero enormemente de Bauer y Renner—, lo cierto es que considerando las actuales relaciones de poder del imperio su caída no es inminente. Pero es igualmente cierto que su situación nacional se ha vuelto insostenible, trabando en forma extrema cualquier progreso social y político.

Todo organismo social bajo el modo capitalista de producción tiende a un incremento ininterrumpido. Toda nación, lo mismo que toda empresa particular, busca su expansión. Sin embargo, la nación sólo puede convertirse en un estado nacional por una expansión del estado, y en Europa esto sólo es posible a través de una guerra. Pero al mismo tiempo, la burguesía europea siente la necesidad de paz; teme la revolución, sabe que en la actualidad a toda guerra le sigue muy de cerca la revolución. Ésta es una de las razones por la cual los estados modernos emprenden todos, en la medida de lo posible, una política colonial, buscando de ese modo la expansión territorial. Ésta tiene siempre mayores visos de posibilidad sin guerra que una expansión en la misma Europa. No obstante, no todos los estados están en condiciones de poder practicar una política colonial exitosa. Ni siquiera Alemania, a pesar de su gran poderío militar y económico, pudo obtener una posesión colonial significativa. Italia naufragó miserablemente con su política colonial y

también Rusia debe expiar onerosamente su política expansiva en Asia oriental. Austria, por su ubicación geográfica, tiene menos condiciones aún que estos estados para una política colonial; dando una prueba de cordura, no lo ha intentado siquiera.

Pero en un estado compuesto por naciones, la expansión territorial del estado no constituye el único medio de expansión territorial nacional. El mismo resultado puede lograrse haciendo retroceder a otras naciones dentro de los límites dados del imperio.

La lucha de las nacionalidades dentro de Austria desvió el interés de sus gobernantes y de las clases conductoras de sus naciones de la política colonial, y constituye una de las razones por las que Austria no la estimuló. Por otra parte, la ausencia de toda política territorial expansiva del imperio tiene que acentuar extremadamente las aspiraciones expansivas entre sus naciones, dentro de su territorio.

La socialdemocracia austríaca se originó en esta situación convirtiéndose en un poder político que debe intervenir en la acción política de los partidos y naciones. No hace hincapié en la existencia del estado, pero éste existe y no tiene visos de desaparecer ante la proximidad de la revolución europea. Sin embargo, no es suficiente que la socialdemocracia tenga meramente un programa para ese momento que puede estar más o menos lejano y cuya aparición, en todo caso, no depende de su voluntad. Debe tener también un programa para el presente a los efectos de una acción práctica, como, así también, a los fines de la propaganda. Pues la propaganda de la acción es siempre más efectiva que la propaganda de las palabras, en la medida en que por ella se entienda no una propaganda de delitos sino de una praxis fecunda y meditada.

Un programa de esta naturaleza, de reformas posibles ya en la actualidad, coincide con frecuencia en numerosos puntos con los programas reformistas de los políticos burgueses. Pero la socialdemocracia se diferencia en su trabajo de detalles y el referido a la actualidad incluso del de los políticos más avanzados, en primer término por la falta de consideración y la energía con la que formula y defiende sus exigencias, y luego, por la claridad que tiene sobre la insuficiencia de todas las reformas parciales, las que, por útiles y necesarias que puedan ser, provocan siempre reacciones entre las clases poseedoras que hacen necesarias nuevas luchas y nuevas reformas. Ninguna reforma parcial en el campo de la propiedad privada de los medios de producción está en condiciones de modificar el carácter total del moderno modo de producción y de asegurar una

existencia tolerable para el proletariado. En un estado como Austria es preciso que la socialdemocracia agregue al programa presente que posee en común con los partidos hermanos de otros países un programa que incluya a las nacionalidades.

Además de las consideraciones de tipo propagandístico y práctico referentes a la acción, la fuerzan a ello consideraciones de tipo organizativo. En un principio, el proletariado austríaco-alemán era el único que estaba lo suficientemente desarrollado como para asimilar la propaganda socialista, pero en el curso de los cuatro decenios de propaganda una nación tras otra, dentro del estado, entró en el círculo de la moderna cultura internacional; y cada una de estas naciones produjo un proletariado que aspira a esa cultura y de la cual, sin embargo, sólo puede participar en la medida en que se le hace accesible en la lengua de su nación como cultura lingüística, bajo la forma de cultura nacional. Es así que la propaganda socialista y su organización, aun cuando internacional por su contenido, debe ser nacional por su forma. Así, pues, la socialdemocracia austríaca necesita de un programa nacional no sólo para el estado, sino también para el partido y para los sindicatos. También aquí es preciso crear formas que posibiliten una acción conjunta unificada de las distintas naciones dentro de la misma organización.

Ahora bien, en la medida en que Bauer y Renner consideran a la autonomía de las naciones como el fundamento de este programa pisamos ciertamente el mismo terreno; puesto que ya casi diez años atrás señalé en *Die Neue Zeit*¹⁹⁹ que el «federalismo de las naciones» constituye el único medio para superar por lo menos los antagonismos nacionales más agudos

Este programa se contrapone tanto al centralismo como a aquel federalismo que pretende estructurarse sobre la base de la tradicional división en «reinos y provincias». No significa en modo alguno una superación de la idea del estado nacional sino tan sólo su adecuación a las condiciones particulares de Austria, su transformación en una confederación de organizaciones nacionales, una especie de estados nacionales. Rechaza la autonomía de los reinos y provincias precisamente porque muchos de

199. *Die Neue Zeit*, xvi, «Der Kampf der Nationalitäten und das Staatsrecht in Österreich» (La lucha de las nacionalidades y el derecho del estado en Austria), pp. 516, 555, y «Nochmals der Kampf der Nationalitäten in Österreich» (Nuevamente sobre la lucha de las nacionalidades en Austria) pp. 7-23. Véase también «Das böhmische Staatsrecht und die Sozialdemokratie» (El derecho de estado en Bohemia y la socialdemocracia), xvii, 1, pp. 397. y «Die Krisis in Österreich» (La crisis en Austria), xxii, 1, pp. 39-55.

éstos no son estados nacionales sino también estados de nacionalidades, frecuentemente en la escala más reducida. Así, por ejemplo, en 1900, la pequeña Silesia, con no más de 600.000 habitantes, comprendía 280.000 alemanes, 130.000 checos y 180.000 polacos. El federalismo de los territorios, históricamente heredado, no dignificaría la división de Austria en estados nacionales sino trasladar todas las fricciones que presenta el estado de nacionalidades del todo a las partes, esto es, su multiplicación y diversificación.

¿Cómo, pues, constituir cada una de las naciones? Lo más inmediato era fijar el territorio habitado por cada nacionalidad y concederle dentro de éste la autonomía administrativa en sus asuntos nacionales.

A ello se opone, según Renner y Bauer, el hecho de que las nacionalidades no ocupan en Austria territorios totalmente delimitados sino que, en muchos casos, éstas se encuentran mezcladas, por lo cual no es posible una separación territorial estricta. Por lo tanto, en lugar del principio territorial, ellos proponen el principio personalista. Las naciones se constituirían como corporaciones especiales, independientes del territorio, de manera semejante a las sociedades religiosas.

Por supuesto que en la realización de este principio se pone en evidencia que la nación no puede existir sin un territorio. Por grande que sea el número de miembros de una nación que viva entremezclado con otras nacionalidades, el núcleo de la nación debe ocupar siempre un territorio delimitado. Es allí donde se concentra también la vida de su cultura lingüística, y sin una afluencia permanente desde este territorio y las permanentes influencias de su cultura lingüística, los miembros dispersos de la nación perderían bien pronto su comunidad lingüística y su nacionalidad.

Pero la comunidad lingüística que antiguamente estaba ligada de la manera más estrecha a la comunidad de relaciones ha quedado, como hemos visto, atrás con respecto al desarrollo de esta última, se ha independizado en gran medida de ella, y, por consiguiente, la articulación territorial de las naciones se ha desarrollado en un sentido distinto que las relaciones comerciales. Éstas unifican, por lo general, a las partes limítrofes de un ámbito geográfico. Dentro de un ámbito de tal naturaleza pueden, por el contrario, cohabitar los miembros de diversas nacionalidades; por otra parte, una nación puede extender su territorio sobre varios ámbitos que mantienen relaciones comerciales, por comarcas que a veces no son limítrofes, sino que constituyen enclaves.

Las articulaciones del estado según las necesidades de las relaciones comerciales o las de la cultura técnica adoptarán, por consiguiente, formas distintas a la articulación según las necesidades de las relaciones lingüísticas o de la cultura lingüística. La primera habrá de efectuarse siempre según ámbitos cerrados, geográficamente delimitados con exactitud; la segunda abarcará frecuentemente territorios fragmentarios, estará siempre oscilando permanentemente y requerirá la aplicación del principio personalista si se pretende que conduzca a una unificación de todos los miembros de una nación.

Renner elaboró detenidamente un plan, en extremo riguroso, para la organización de Austria sobre estas bases en su libro *Der Kampf der österreichischen Nationen um den Staat* [La lucha de las naciones austríacas por el estado], plan que también fue aceptado por Bauer. Según éste, toda Austria sería dividida en circunscripciones con una administración autónoma. Cada una de estas circunscripciones no comprende, en lo posible, más que habitantes de la misma nacionalidad. El conjunto de las circunscripciones de la misma nacionalidad constituye la nación. Aquí tenemos la constitución de la nación sobre la base del principio territorial. Según la hipótesis de Renner este principio comprendería nueve décimas partes de todas las circunscripciones. Restaría una décima parte, habitada por dos o más nacionalidades en diversas proporciones. Para estas circunscripciones se aplicaría el principio personalista. En cada una de ellas los miembros de una nacionalidad constituirían una corporación autónoma que administraría sus asuntos nacionales en la circunscripción misma. Todas estas corporaciones de igual nacionalidad se unirían al gran organismo de conjunto de la nación, que determina por sí mismo todas las cuestiones racionales. Éstas no son otras que las referentes a la cultura lingüística con toda razón, no transfiere la totalidad de las funciones estatales a las nacionalidades cuya constitución él exige, sino sólo a aquellas que sirven a la cultura lingüística, esencialmente las referentes a la enseñanza. Para todos los otros fines conserva la división del estado en determinados ámbitos administrativos unificados, tales como los que posee cualquier estado.

Es así que Austria se organizaría doblemente, por ámbitos comerciales y por naciones.

Esta doble organización constituye un pensamiento muy original y fructífero que sigue siendo digno de consideración aun para aquellos que podrían no coincidir con ciertos detalles.

Pero, lamentablemente, no puedo compartir el optimismo que nuestros dos camaradas austríacos anudan a sus propuestas. Bauer sostiene:

Esta constitución bosquejada por Springer pone término a las luchas de poder entre naciones [...] Ninguna disputa nacional traba ya el avance de las clases.

No pretendo llegar a este extremo. Lo cierto es que ninguna constitución está en mejores condiciones que la bosquejada por Springer para conjurar las disputas nacionales y contrarrestar las luchas de poder de las naciones. Pero tampoco ésta puede eliminar todos los puntos de fricción. Ni siquiera en aquel ámbito en el que la autonomía de las naciones se manifiesta por completo, en el de la enseñanza.

Esta autonomía implica que cada nación ha de mantener su sistema de enseñanza con medios propios. Pero en Austria existen paralelamente naciones muy ricas y muy pobres, esto es naciones con muchas gentes ricas. Encontramos entre los alemanes a la mayoría de los capitalistas que se apoderan del plusvalor de toda Austria y también del plusvalor creado por las demás naciones. Por otra parte, la ciudad alemana de Viena constituye el centro del imperio; allí se ubican todos los cargos centrales con sus ingresos y su aparato. Finalmente, confluyen también allí los grandes terratenientes a consumir sus rentas territoriales.

Junto a ésta existen naciones formadas sólo por pequeños campesinos, por artesanos y proletarios, en los que la productividad del trabajo es limitada en razón del atraso técnico pero frecuentemente también por la aridez del suelo, y que deben ceder todo el excedente de su miserable producción que supera sus necesidades mínimas al estado y a los explotadores extranjeros.

De ese modo, las diferencias en riqueza y producción de impuestos entre cada uno de los reinos de la corona son muy grandes.

Según Rauchberg²⁰⁰ cada rutenio sólo paga, por término medio, 3,5 coronas en concepto de impuestos directos; cada serbio o croata, 3,6 coronas; por el contrario, cada alemán paga 22,4 coronas (en la baja Austria llega a pagar 42,6 coronas).

200. *Die statistischen Unterlagen der österreichischen Wahlreform* (Los datos oficiales de la reforma electoral austríaca), Brünn Irrgang, 1,50 coronas.

De ese modo, el sistema de enseñanza de los rutenios y dálmatas resultaría mucho más pobre que el de los alemanes. Lo que implicaría que las naciones pobres mirarían con envidia a las naciones ricas y exigirían al estado una compensación justa. Pero cualquier intento en este sentido tiene que chocar con la oposición de los alemanes. Más difícil aun resulta excluir las fricciones nacionales en territorios para los cuales la autonomía nacional no puede tener vigencia. ¿Qué sucederá con la lengua del estado? El programa de nacionalidades de 1889 de nuestro partido hermano de Austria aprobado en Brünn se expresa con mucha cautela sobre este punto:

No reconocemos ninguna prerrogativa nacional, rechazamos por consiguiente la exigencia de una lengua estatal; hasta qué punto sea preciso una lengua mediadora, esto lo determinará el parlamento del reino.

Tampoco Bauer y Renner se expiden con mayor precisión acerca de esta cuestión, y sin embargo el problema de la lengua alberga en su seno los mayores conflictos, trátase de una lengua estatal o de una lengua mediadora.

Recordemos solamente la importancia que la lengua unificada ha adquirido en la actualidad para el ejército. Desde el punto de vista puramente militar el plurilingüismo constituye un factor por demás crítico. Si no puede ser suprimido, la exigencia mínima que debe plantearse una conducción militar es la unificación de la lengua de comando para todos los miembros del ejército así como la necesidad de una lengua «mediadora» para los oficiales. De ello se sigue una cierta postergación para todas aquellas naciones que hablan otra lengua que no sea esta lengua mediadora y de comando.

Sin embargo tampoco resulta posible prescindir de una lengua unificada como lengua interna para las funciones de la burocracia. Los procedimientos, burocráticos ya de por sí lentos y complejos, se harían intolerables si las reparticiones tuvieran que relacionarse en distintos idiomas y se vieran obligadas a preparar las actas en varias lenguas a la vez. Además el ámbito de la burocracia estatal crece de manera incesante. Piénsese solamente en la nacionalización de los ferrocarriles. Así, también aquí nos encontramos nuevamente con la postergación de todas aquellas naciones cuyas lenguas no coinciden con la de la administración interna, y con una fuente de

conflictos interminable. ¿Y en el parlamento? También allí se impone, explícitamente o no, una lengua mediadora. Y la lengua conocida por la mayoría de los miembros del parlamento será la utilizada por éstos. Los que la desconocen ignoran lo que acontece y no son entendidos cuando quieren participar. Los miembros del parlamento, al igual que los ministros, deben poder manejar de hecho esta lengua mediadora —y también son postergados aquí los que no la entienden. Las naciones postergadas tratan por todos los medios y exigencias de restablecer la igualdad pero no logran otra cosa que la vejación y el descontento.

Finalmente también en la concesión de ventajas personales o locales —cargos, títulos, construcción de vías férreas, de canales, etc.—, resulta probable que ciertas naciones sean favorecidas o perjudicadas por el gobierno central.

La lengua que en Austria ha sido designada desde un principio como mediadora o estatal y que no puede ser sustituida por ninguna otra es la alemana no sólo en cuanto lengua de la nación más poderosa y económicamente más fuerte, sino también como la única lengua universal entre todas las de Austria, como aquella que todo hombre culto del imperio debe aprender bajo cualquier circunstancia si quiere tener acceso a la cultura moderna.

Pero con esto queda dicho también que aquellos elementos que en Austria dominan el alemán resultarán siempre favorecidos frente a los demás. Constituyen los únicos para quienes permanecen abiertos los cargos más altos en el estado, los únicos que lo gobiernan, que ejercen el mando en el ejército, que influyen sobre las decisiones parlamentarias.

Esta posición ventajosa que subyace en la naturaleza de las cosas, que no puede ser eliminada por ningún tipo de consolidación, provocará siempre la envidia y el descontento de las naciones no alemanas. Resulta imposible encontrar una constitución en Austria que pueda eliminar totalmente la lucha de las nacionalidades por el poder estatal.

Pero una cosa podría lograrse con la constitución de Renner: ella estaría en condiciones de poner término a la lucha de las naciones en lo que respecta a la educación, así como a la lucha por el poder en las comunidades y circunscripciones, al género de lucha más mezquino y maligno y que mayor influencia tiene sobre una gran parte de la masa, sobre los elementos pequeñoburgueses y campesinos. Así, no quedaría eliminada la lucha por el poder de las naciones, mas quedaría limitada por una parte a objetivos mayores, y por la otra, a objetivos que no

tocan los intereses de la masa de la población. Se plantearía entonces la posibilidad de interesar a éstas por otros problemas que no fueran los nacionales, y donde la lucha nacional se vuelve ineludible podrían limarse sus asperezas, reducirse la sensibilidad nacional y dejar abierta a la mirada lo útil y lo conveniente.

De ese modo, el estado austríaco de nacionalidades no se elevaría aún al nivel de eficacia de un estado nacional, pero, en todo caso, sí al nivel más elevado para un estado de nacionalidades.

Sin embargo, no se puede pensar que con ello queda allanado el camino para una actividad reformadora fructífera y de grandes dimensiones. ¡Como si la desavenencia nacional constituyera el único obstáculo! Vemos lo estéril que se ha vuelto en todas partes el parlamentarismo burgués gracias a la actual situación política y social de las distintas capas de la burguesía. No podemos fundamentar aquí esta cuestión; ella requeriría otro artículo separado. Pero el hecho mismo queda establecido. No hace falta más que recordar la impotencia del mismo radicalismo burgués, que en la actualidad tiene el timón en Francia e Inglaterra. ¿Cómo esperar más de un parlamento austríaco? La lucha de las nacionalidades no hace más que imprimir un carácter peculiar a la impotencia del parlamentarismo burgués, no hace más que incrementarla.

Pero, es precisamente por esta impotencia que nos resulta también muy dudoso que la autonomía de las naciones, en la manera propuesta por Bauer y Renner, esté en situación de llegar a realizarse antes de que el proletariado conquiste el poder político. Pues sólo esto es lo que se plantea con toda su fuerza y decisión tras de aquella exigencia. Bauer mismo se ve obligado a admitir que el antagonismo nacional ha echado raíces muy profundas incluso en las demás clases, pero espera que en última instancia la lucha nacional se haga insostenible para todos.

Las tendencias antagónicas que conducen a la paz nacional recibirán una fuerza creciente, un contenido más determinado, no de los sentimientos pacíficos de los pueblos y de las clases sino del odio nacional siempre creciente, de la intensificación creciente y de la violencia de las luchas nacionales, de la total anulación de todos los organismos legales. Las luchas nacionales generan la autonomía nacional (p. 594).

El mismo Bauer espera, pues, por lo pronto, una intensificación de los antagonismos. Ciertamente que éstos generarán cada vez más el

anhelo de pacificación nacional. Pero con esto no queda dicho que los antagonismos inculquen en las clases burguesas el anhelo por la salida que precisamente propone la socialdemocracia. Las clases explotadoras experimentan todas un aborrecimiento insalvable por la administración local autónoma, a la que aborrecen mucho más que al derecho universal de voto del parlamento central. Esperan que allí el proletariado siga aún oprimido por largo tiempo por los campesinos y pequeños burgueses. Por el contrario, existen ya numerosas regiones industriales en las que domina el proletariado. Así como resulta probable, por lo pronto, la agudización de las luchas nacionales, del mismo modo resulta inverosímil la conversión de la burguesía a la idea democrática de la administración autónoma.

Junto a la burguesía, la burocracia constituye en Austria un factor decisivo. Bauer y Renner cuentan con ella y con su cabeza, la corona, de manera muy especial. Afirman que sin la autonomía de las naciones perece el estado; la burocracia y la monarquía tienen el mayor interés en conservar al estado, y es así que ellas tienen que poner el mayor empeño en la conservación del estado y actuar en esta cuestión en la misma dirección que la socialdemocracia. La acción paralela de estos factores que acaba de llevar a feliz término la lucha por el derecho al voto debe seguir actuando, y su aceleración será provocada, sobre todo, por el desarrollo de las cuestiones húngaras:

Las fuerzas internas del imperio conducen al cesarismo, el que transforma el pensamiento de la igualdad democrática y de la libertad nacional en herramientas de poder para la corona (p. 436).

Y ya antes:

La necesidad del estado de vivir es más fuerte que el ansia de poder de la burocracia. Tan pronto la burocracia no esté ya en condiciones de administrar a la quebrantada Austria, buscará, ella misma, la participación del pueblo en la administración (p. 403).

Esto se me aparece como una ilusión, y, por cierto, una ilusión peligrosa. Ella contradice toda experiencia histórica. ¿O debemos suponer que los Habsburgo y su burocracia están particularmente iluminados por Dios?

No debe inducir a engaño el que la corona abogara por la reforma electoral. Hay que prescindir aquí por completo de la cuestión acerca de la influencia que tuvo la revolución rusa sobre este proceso —los días de octubre de 1905, en Rusia, y el repentino entusiasmo del gobierno austríaco por el derecho al voto igualitario y directo, hasta ese momento totalmente rechazado, coinciden totalmente en el tiempo. Pero el gobierno no renunció a ningún título de poder, a ninguna de sus atribuciones con la reforma electoral. Ésta se impuso no a costa de la burocracia y de la corona sino a costa, ante todo, de la aristocracia. El derecho al voto general e igualitario ha sido siempre el instrumento preferido del «cesarismo», para hablar con las palabras de Bauer. Pero nunca se les hubiera ocurrido a los socialistas de Francia agradecer por ello de manera especial a Napoleón III o a los socialistas de Alemania, a Bismarck, o sacar la consecuencia de que de estos regentes puede esperarse la «igualdad democrática» y la «libertad nacional». Es verdad que el cesarismo aspira a una cierta igualdad, a saber a la misma impotencia para todas las clases frente al gobierno y a sus instrumentos de poder, frente a la burocracia y el ejército. Precisamente para producir esa impotencia, para equilibrar a determinadas clases superiores por medio de las clases inferiores, es que al cesarismo se le presenta, bajo determinadas condiciones, el derecho al voto universal e igualitario como un instrumento adecuado. Pero como un instrumento adecuado sólo cuando al mismo tiempo puede depositar toda su confianza en la burocracia y el ejército, cuando la dominación que éstos ejercen es ilimitada, y cuando están a su disposición también de manera ilimitada. La monarquía burocrática, ya sea cesarista o no, se ha defendido siempre de la manera más enérgica contra cualquier limitación al poder burocrático por medio de la democratización de la administración. La mayor concesión a que puede llegar es a la autonomía administrativa local —pero sólo de la aldea—, en un territorio puramente agrícola. Con ello no se debilita el poder central. Es sabido que el comunismo democrático de las aldeas constituye el fundamento del despotismo oriental. Por el contrario, en un país con una población urbana numerosa y, quizás, con un proletariado fuerte, una extensa administración autónoma —principalmente, en territorios extensos, así como en circunscripciones que comprenden varias comunidades, significa tal riesgo para el poder absoluto del gobierno central que éste nunca lo consentirá voluntariamente.

Y Bauer y Renner esperan que éste trabaje enérgicamente, mano a mano con el proletariado, en pos de tal administración local autónoma.

Tampoco la situación húngara modifica algo en este sentido. Verdad es que allí reina una situación que por el interés de la corona exige una reforma electoral en el sentido del derecho al voto universal e igualitario, y lo exige con mayor urgencia aun que la de este lado del Leitha. Lo que Bauer y Renner afirman de esta situación y de sus fundamentos es muy cierto. El elogio que Mehring concede al escrito de Renner es bien merecido. Bauer lo completa y corrige en un punto importante.

Al igual que Austria occidental, también Hungría se convierte aceleradamente en asiento de una lucha nacional desenfrenada. Si hasta ahora las nacionalidades que constituyen la mayoría en el país, los eslovacos, rumanos, eslavos del sur, alemanes, soportaron el dominio de la aristocracia magiar, con el progresivo desarrollo económico despiertan a la autoconciencia nacional y se rebelan contra la privación de sus derechos.

Coinciden en ello con la dinastía que está en lucha con la misma aristocracia magiar; ésta no fue más que una aristocracia cortesana servil que se enfrentó siempre enérgicamente a la monarquía, al igual que sus colegas prusianos, por ejemplo. Y al igual que éstos, busca desesperadamente la ayuda del estado, busca pruebas de amor de todo tipo. Se vuelve insaciable y avanza cada vez más, llevada a ello por la ruina financiera creciente. Es así que ha llegado a un límite más allá del cual la corona no puede seguirla y que ella exige imperiosamente que sea atravesado. La aristocracia húngara pretende el monopolio de los cargos oficiales en los regimientos húngaros, y, por consiguiente, el húngaro como lengua de comando. Pero la corona, en interés de la unidad del ejército, tiene que seguir manteniendo a la lengua alemana en el servicio. Un monarca se siente siempre, en primer lugar, jefe supremo. Aquí yace la raíz de su poder, y a quien pretenda socavarla le declara la guerra. Los pequeños aristócratas húngaros no se contentan, en absoluto, con la lengua húngara como lengua de comando. Los cargos disponibles en la burocracia y en el ejército no le alcanzan ni a ella ni a su descendencia, tan numerosa como hambrienta. Quieren más cargos bien dotados, y para ello necesitan de una industria floreciente. Ésta debe ser creada entonces con toda su potencia. De allí que exijan una política aduanera que los proteja de la industria austríaca. Exigen, por lo tanto, además de la separación militar, la separación económica de Hungría y Austria. La dinastía ha de constituir el único lazo entre ambas partes. ¿Por cuánto tiempo? Noruega muestra

lo fácil que resulta desgarrar el lazo de la unión personal cuando las dos partes poseen intereses antagónicos. De ese modo, el abismo entre los Habsburgo y la aristocracia húngara se hace cada vez más profundo.

Ahora bien, en la lucha entre ambos factores la corona encuentra un aliado oportuno en las nacionalidades sojuzgadas de Hungría. El consolidarlas se constituye en su principal empeño. El derecho electoral universal e igualitario resulta un medio adecuado a este fin. Ha sido en Hungría, y no en Austria, donde la corona descubrió primero su inclinación por la reforma electoral. No obstante, gracias a la impetuosidad y fuerza del proletariado austríaco, la reforma electoral se hizo efectiva en Austria antes que en Hungría.

La lucha entre la corona y los húngaros se halla sólo en sus comienzos. Cada una de las partes reconoce el peligro que representa el otro, pero cada una conoce también la fuerza del otro y por eso no arriesga un ataque decisivo. Todavía se busca un entendimiento, pero las cosas seguirán su curso más allá de las intenciones de los hombres. En Hungría debemos estar preparados para una continua agudización de las luchas nacionales, así como para el antagonismo entre la corona y la aristocracia. De ello pueden resultar sorpresas del género más violento, que repercutirán sobre Austria Occidental. El proletariado tiene sobrados motivos para seguir este desarrollo con la más viva atención y debe estar preparado para sacar de cada situación lo que ella pueda dar. También aquí, empero, sólo una cosa es segura: la agudización de los antagonismos y de las luchas; pero resulta sumamente improbable la conversión de la burocracia y de la corona a un sistema de autonomía nacional, a una amplia administración democrática autónoma. Todo lo contrario; cuanto más violentas sean las luchas, tanto mayor será el temor de la burocracia a soltar las riendas de sus manos, a dejar rienda suelta a los contendientes, y con tanta mayor energía mantendrá en sus manos los instrumentos de poder.

El programa de la autonomía de las naciones no tiene perspectiva alguna de ganar para sí a ninguna de las clases y poderes dominantes en Austria. Algunos ideólogos aislados podrán entusiasmarse con esta idea. Quizás la burocracia tome algunas de las sugerencias propuestas por Bauer y Renner, y haga efectivas aquellas que no exijan la administración democrática autónoma. Esto último, núcleo de las propuestas de nuestros camaradas, no encontrará otro apoyo más poderoso y entusiasta entre todas las grandes clases de Austria que el del proletariado.

Esto, empero, no quiere decir que los trabajos de Bauer y Renner acerca de la cuestión de las nacionalidades sean inútiles, sino solamente que su significación radica, en parte, en otro ámbito que el que suponen nuestros camaradas. De sus trabajos no resultará, con toda seguridad, un cambio revolucionario en Austria que convierta a este conglomerado de pueblos en un estado vigoroso: no porque sus propuestas sean poco convenientes, sino porque la sociedad burguesa y el estado burgués se han vuelto incapaces en todas partes, y por consiguiente también en Austria, de suministrar otra cosa que no sea un mísero trabajo de remendón. Para los estadistas dominantes en Austria las propuestas de Renner y Bauer no serán más que una nueva fuente de remiendos que harán más variado aún el trabajo de los remiendos anteriores. El «Gfretb», ese concepto auténticamente austríaco y difícilmente traducible al alemán escrito, seguirá siendo la signature de la monarquía de los Habsburgo hasta su bienaventurado, final.

Por el contrario, los trabajos de nuestros camaradas tendrán la mayor importancia para la fuerza y la solidaridad de la socialdemocracia austríaca. A pesar de los reparos que se pueden oponer a ciertos detalles, estos trabajos implican una considerable profundización y esclarecimiento de aquellas concepciones sobre las cuales se ha de edificar la política nacional en la ciudad, en el campo, en la comunidad, así como la organización interna y la propaganda de nuestro partido hermano en Austria.

Especialmente fructífera se presenta la propuesta de Renner cuando plantea para Austria una doble organización: una, para los efectos de la cultura lingüística, según nacionalidades, en la cual se impondría el principio personalista; y otra a los efectos de la cultura técnica, que habría de estructurarse de un modo puramente territorial.

Cualquiera que fuere la forma de realización práctica que esta propuesta encuentre en un estado, ella responde a un curso de ideas que también es aplicable a la organización del partido.

También éste, al igual que el estado, tiene una doble misión: una respecto a la cultura lingüística, la de la propaganda, que para ser conducida de manera adecuada y suficiente exige una organización partidaria por naciones, en base al principio personalista. Y junto a ésta, la misión del despliegue de fuerzas, de la acción en el ámbito político, gremial y partidario, que exige la síntesis unitaria de todas las fuerzas proletarias sin diferencia de nacionalidad para determinados territorios.

Así como la autonomía de las naciones es importante y necesaria para las tareas de la propaganda escrita y oral, política y sindical, así también puede tornarse peligrosa en el terreno de la nación.

Aquí nos encontramos con una aparente contradicción; pero hemos visto que esta contradicción atraviesa la esencia toda del desarrollo de la cultura moderna, la que, por una parte, extiende cada vez más el ámbito de la cultura internacional, configurando de manera cada vez más estrecha las relaciones internacionales, y, por otra parte, destaca cada vez con mayor fuerza el momento nacional de determinados ámbitos culturales. La misión del proletariado victorioso será la de superar en todas partes estas contradicciones de la sociedad. Superarla ya en la actualidad dentro de las organizaciones de lucha del proletariado es la misión de los proletarios que luchan en los estados de nacionalidades y, principalmente, la del proletariado austríaco, el proletariado del más desarrollado de los grandes estados de nacionalidades en el cual la cuestión nacional adopta las formas más difíciles. Aquí se trata ante todo de encontrar la síntesis entre la autonomía nacional y la unidad centralizada; la síntesis de aquellos principios ambos igualmente necesarios para la lucha del proletariado, cada uno de los cuales, aislado, puede tener efectos insuficientes o aun perniciosos.

Bauer trata también estas cuestiones de manera certera, pero infortunadamente se ha cerrado el camino para comprender y desarrollar la síntesis entre nacionalidad e internacionalidad en sus fundamentos, en la medida en que entiende a la nación como comunidad cultural y no como comunidad lingüística, como comunidad de la cultura en su totalidad, no distinguiendo entre el carácter nacional e internacional de la misma.

Aquí reside la debilidad fundamental de su obra, y así fue como se cerró el acceso a numerosas e importantes cuestiones debido a su enorme exageración del factor nacional y su completo olvido del factor internacional.

Los trabajos de Renner no presentan este defecto. Por una parte, porque sólo tratan cuestiones especiales acerca de Austria sin pretender una exposición sobre la naturaleza de la nación en general, pero también por el hecho de que la nación constituye para él una comunidad lingüística mucho más que una comunidad cultural en general.

Si Bauer logra superar esta deficiencia sus trabajos acerca de la nación y de los problemas nacionales se convertirán en una base no sólo de la práctica del partido austríaco, sino también de su teoría internacional,

y con ello también en una base para la práctica socialista internacional. Y aquella doble articulación del estado y del partido por naciones y por territorios que Bauer y Renner exigen y fundamentan adquirirá importancia también para la configuración de las organizaciones administrativas socialistas.

Una vez que el proletariado conquiste el poder político, junto con las diversas tradiciones legadas del pasado caerán también las fronteras estatales. Las relaciones internacionales se han vuelto tan estrechas que incluso los políticos burgueses exigen en la actualidad, y cada vez con mayor urgencia, la implantación de una unión aduanera europea, o al menos de Europa central. Pero el desarrollo capitalista, con la creciente agudización de sus contradicciones económicas, conduce a un continuo incremento de las barreras aduaneras que separan a los estados. Como muchas otras cosas que serían beneficiosas e incluso imprescindibles para el mundo burgués, pero para las cuales se halla incapacitado o impedido por intereses especiales preponderantes, también los Estados Unidos de Europa sólo serán posibles con la victoria del proletariado. Más aún, no sólo posibles, sino ciertos.

De los estados de Europa surgirá entonces una confederación estatal de nacionalidades, tal como la propuesta por Bauer y Renner para Austria. El mismo problema que hoy se plantea para Austria se pondrá de manifiesto con la configuración de este nuevo estado: la doble organización por naciones y por ámbitos económicos constituirá una solución feliz también para este nuevo problema. En tal sentido, es posible que Austria llegue a convertirse en modelo: todas las ideas que sacan a luz los pensadores socialistas austríacos, todas las experiencias que recogen las organizaciones proletarias de Austria, y, por fin, todos los éxitos logrados por estas ideas y estas organizaciones en el problema de las nacionalidades, todas ellas fecundarán la nueva formación de Europa toda, de todo el círculo de la cultura europea.

Pero Austria misma se volverá entonces superfina incluso para aquellas naciones que todavía en la actualidad creen que no pueden prescindir de ella. Si toda Europa se articula por naciones y ámbitos económicos, ¿qué lugar tendría una confederación de estados dentro de otra confederación de estados? Y si todas las nacionalidades de la actual Austria se fusionaran con aquellas otras que fuera del actual territorio del reino hablan el mismo idioma para formar cuerpos autónomos a los efectos de

la cultura lingüística, ¿qué elementos restarían para un estado, particular de nacionalidades?

LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA AUTONOMÍA (FRAGMENTO)²⁰¹

Rosa Luxemburgo

1908

1. El derecho de los pueblos a la autodeterminación

I

Entre otras cuestiones, la revolución ha puesto a la orden del día en el Estado ruso la cuestión nacional. Hasta ahora, dicha cuestión sólo llegó a tener candente importancia dentro del imperio austrohúngaro, en el contexto de las naciones europeas. Hoy se ha vuelto también actual en Rusia, ya que el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios pone a todas las clases y a todos los partidos políticos frente a la necesidad de solucionar la cuestión nacional desde el punto de vista de la política práctica y de sus tareas inmediatas. Todos los partidos –tanto los ya creados como los que se están formando en la nación rusa–, ya sean radicales, liberales o reaccionarios, se ven obligados a incluir en sus programas tal o cual posición con respecto al problema nacional, problema estrechamente vinculado a todo el sistema de política interior y exterior del Estado. Para el partido obrero, este problema sobrepasa el mero ámbito del programa para entrar en el de la organización de las clases. Respecto de la cuestión nacional, como de cualquier otra, la posición del partido obrero debe diferenciarse claramente, por su método mismo y por la concepción básica del problema, de las posiciones adoptadas por los partidos burgueses, incluso los más radicales, y también de las posiciones de los partidos pseudosocialistas de la pequeña burguesía. La socialdemocracia que basa toda su política en el método científico del materialismo histórico y en la lucha de clases, no puede hacer una excepción de la cuestión nacional. Tal concepción básica fundada en el

201. Tomado de *Obras Escogidas de Rosa Luxemburgo*, vol. 1. Ediciones Era, 1981.

punto de vista del socialismo científico es la única que puede asegurar a la política socialdemócrata una solución y un tratamiento *fundamentalmente unitarios*, aunque tomando en cuenta la variedad de formas de la cuestión nacional, nacidas de la diversidad social, histórica y étnica del imperio ruso.

En el programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, tal fórmula, que abarca la solución general de la cuestión nacional en todas sus manifestaciones particulares, está contenida en el punto noveno, que proclama que el partido exige una república democrática cuya constitución aseguraría, entre otras cosas, «*a todas las nacionalidades que formen parte del Estado, el derecho a la autodeterminación*».

A decir verdad, el programa del partido ruso contiene otros dos postulados sumamente importantes y que se refieren al mismo problema. Se trata del punto séptimo, que exige la supresión de las clases y la completa igualdad de derechos para todos los ciudadanos sin distinción de sexo, *confesión, raza o nacionalidad*, y del punto octavo, que proclama que la población de la nación debe tener el derecho a concurrir a escuelas gratuitas y autónomas que enseñen en el idioma nacional, a utilizar su lengua en las asambleas, como también en todas las oficinas estatales y públicas, conjuntamente con el idioma del Estado. Finalmente, en estrecho contacto con la cuestión nacional, queda el punto tercero del programa, que formula la exigencia de una amplia autonomía local y de la autonomía de distritos para aquellas localidades donde reinen condiciones particulares de vida y donde haya una diversificación en la composición de la población. Es evidente, sin embargo, que los autores del programa consideraron insuficientes para solucionar la cuestión de las nacionalidades la igualdad de derechos, la autonomía local y provincial, y el derecho al idioma propio, ya que juzgaron indispensable el agregado de un párrafo especial por el cual cada nacionalidad debía tener el «*derecho a la autodeterminación*».

Lo que caracteriza principalmente a dicha formulación es la circunstancia de que no contiene nada relacionado específicamente con el socialismo o con la política obrera. «El derecho de las naciones a la autodeterminación» parece a primera vista una paráfrasis de la vieja consigna del nacionalismo burgués de todos los países y en todos los tiempos: «el derecho de las naciones a la libertad y a la independencia».

Aquí, en Polonia, «el innato derecho de las naciones a la libertad» constituyó la fórmula clásica de los nacionalistas, desde la Asociación Democrática hasta la Pobudka de Limanowski y desde la nacionalso-

cialista Pobudka hasta la antisocialista Liga Nacional en la etapa en que ésta aún no había renegado del programa emancipador. Igualmente, la resolución sobre «el mismo derecho de todas las naciones» a la libertad fue el único resultado del famoso congreso paneslavista de Praga, dispersado en el año 1848 por las igualmente paneslavistas bayonetas de Windischgrätz²⁰². Por otra parte, a pesar de la elasticidad del principio del «derecho de las naciones a la autodeterminación», que es el más puro lugar común —ya que, evidentemente, es aplicable por igual no sólo a los pueblos que habitan en Rusia, sino también a las naciones que viven en Alemania y en Austria, en Suiza y en Suecia, en América y en Australia—, no figura en ningún programa de los partidos socialistas contemporáneos. En particular, el programa de un partido que actúa en un Estado de composición nacional extraordinariamente diversificada y para el cual la cuestión nacional desempeña un papel de primer orden —el programa de la socialdemocracia austríaca— no contiene el principio del derecho de las naciones a la autodeterminación.

El programa del partido austríaco soluciona la cuestión de las nacionalidades no en base a formulaciones metafísicas a partir de las cuales cada pueblo resuelve el problema según su gusto y parecer, sino a partir de un plan estatal y político bien definido. Es decir, la socialdemocracia austríaca pide la supresión del actual régimen estatal de Austria, conformado por una mescolanza de «reinos y países coronados», formados durante la Edad Media por la política dinástica de los Habsburgo, donde cada uno de ellos agrupa varias nacionalidades mezcladas territorialmente de diversas maneras. El partido exige, por tanto, la repartición de esos reinos y países en territorios de carácter nacional, al menos aproximadamente, y luego la unión de éstos en una federación estatal. Por otra parte, y debido a que casi en todo el territorio de Austria las nacionalidades están en cierto modo mezcladas, el programa de la socialdemocracia prevé un derecho especial para la defensa de las minorías nacionales en los territorios así constituidos. El valor práctico de este plan puede naturalmente suscitar diversas opiniones. Karl Kautsky, uno de los más finos conocedores de las relaciones internas austríacas y uno de los fundadores espirituales de

202. *Alfred Candidus Ferdinand Windischgrätz* (1787-1862): Príncipe que fue mariscal de campo austríaco y se hizo célebre por la violencia con que sofocó la insurrección liberal y nacional de Bohemia, llegando a bombardear Praga en 1848. Posteriormente actuó con igual severidad frente a los movimientos populares revolucionarios suscitados en Viena durante el mismo año. [N. del ed.]

la socialdemocracia de ese país, demuestra en su último trabajo, *Nacionalidad e internacionalidad*, muy convincentemente, que dicho plan, en el supuesto caso de su aplicación práctica, no sería suficiente para erradicar los pleitos y las dificultades nacionales. Pero al menos se trata aquí de un ensayo de solución práctica de tales dificultades presentado por el partido del proletariado y, dada la gran importancia de la cuestión de las nacionalidades en Austria, lo citaremos aquí en su totalidad.

El programa para las nacionalidades del partido austriaco, aprobado por el congreso de Brünn en 1899, expresa lo siguiente:

Dado que los litigios entre las nacionalidades en Austria frenan totalmente el progreso político y el desarrollo cultural de los pueblos; que dichos diferendos se originan en primer término en el atraso político de nuestras instituciones públicas y que la prolongación de esta situación nacional es, en particular, uno de los medios por los cuales las clases dominantes aseguran el poder de su gobierno e impiden toda manifestación de los verdaderos intereses populares, esta asamblea declara:

La regularización definitiva del problema de las nacionalidades y de los idiomas en Austria, basada en un espíritu de igualdad y razón, es principalmente una exigencia cultural, por lo que constituye uno de los intereses vitales del proletariado.

Tan sólo es posible lograr la regularización en un régimen verdaderamente democrático basado en un derecho electoral universal, igualitario y directo, en el que todos los privilegios feudales en el ámbito del Estado y de las naciones serán suprimidos, porque solamente en tal régimen las clases trabajadoras —verdaderas fuerzas vitales que sostienen al país y a la sociedad— pueden expresar sus anhelos.

La conservación y el desarrollo de las particularidades nacionales de todos los pueblos de Austria sólo es posible sobre la base de la plena igualdad de derechos y de la ausencia de toda clase de opresión. Por tanto, debe ser rechazado en primer término todo centralismo burocrático del Estado, y los privilegios feudales imperantes en los territorios.

En estas condiciones, y solamente en estas condiciones, se podrá establecer en Austria el orden nacional en vez de la discordia nacional, precisamente sobre la base de los siguientes principios:

1. Austria debe ser transformada en un Estado que represente una unión democrática de nacionalidades [*Nationalitätenbundesstaat*].

2. En lugar de los territorios históricos de la Corona, deben formarse corporaciones autónomas nacionalmente delimitadas, en cada una de las cuales la legislación y la administración se confíen a cámaras nacionales [*Nationalkammern*] elegidas sobre la base del sufragio universal, directo e igualitario.

3. Todas las regiones autónomas de una y la misma nación forman en conjunto una unión nacional única, que resuelve sus asuntos nacionales [«es decir, los culturales e idiomáticos», según la aclaración adjunta al proyecto de la comisión del partido. – R. L.].

4. Los derechos de las minorías nacionales los garantizará una ley especial que habrá de promulgar el parlamento imperial.

5. No reconocemos ningún privilegio nacional, y por lo tanto rechazamos el pedido de un idioma oficial; corresponderá al parlamento decidir sobre la necesidad o no de un idioma intermediario.

El congreso del partido, en su carácter de órgano supremo de la socialdemocracia de Austria, expresa su convicción de que en base a estos principios fundamentales es posible la comprensión y el entendimiento entre los pueblos; asimismo, declara solemnemente que reconoce el derecho a la vida nacional de todas las nacionalidades y al consiguiente progreso nacional; y que, sin embargo, los pueblos podrán conseguir su desarrollo cultural solamente en estrecha solidaridad de unos con otros y no a través de los litigios mezquinos que los separan; y que en particular la clase obrera de todas las lenguas, en defensa de cada una de las nacionalidades y en el interés de la totalidad, ocupa su inconfundible posición en pro de la unión internacional, la fraternidad y la lucha común, debiendo encarar la lucha política y sindical en filas estrechas de homogénea manifestación²⁰³.

En las filas del socialismo internacional, el partido obrero ruso es el único que incluye en su programa la exigencia de garantizar «a los pueblos el derecho a la autodeterminación»; aparte de la socialdemocracia rusa, también encontramos análoga formulación, conjuntamente con el principio del federalismo estatal, en el programa de los «socialistas

203. Revisar el presente volumen, p. 151. [N. del ed.]

revolucionarios rusos»; el párrafo pertinente de la declaración política de este último partido dice:

La más amplia aplicación del principio del federalismo en las relaciones entre las diversas nacionalidades; el reconocimiento de su ilimitado derecho a la autodeterminación.

A decir verdad, la citada formulación tiene todavía otra relación con el socialismo internacional; se trata de una paráfrasis de uno de los párrafos de la resolución adoptada en el año 1896 por el Congreso Internacional Socialista y Obrero llevado a cabo en Londres, cuyo tema principal fue la cuestión de las nacionalidades. Sin embargo, las circunstancias que motivaron dicha resolución, como también su contenido total, indican inconfundiblemente que si debemos considerar el punto noveno del programa ruso como aplicación práctica de la resolución londinense, tal hecho se debería sólo a una confusión de conceptos de sus autores rusos.

La resolución de Londres no fue ni mucho menos concebida con la intención o la necesidad de ocuparse, en el congreso internacional, de la cuestión de las nacionalidades en general; menos aún fue presentada o adoptada por dicho congreso como un plan *de solución real del problema* a cargo de los partidos obreros de los diversos países. Todo lo contrario. La resolución de Londres fue adoptada a instancias de la fracción socialpatriótica del movimiento polaco, es decir del Partido Socialista Polaco²⁰⁴ a partir de una ponencia que reclamaba que la reconstrucción de la Polonia independiente fuera considerada como la prioridad más urgente dentro de los objetivos del socialismo internacional²⁰⁵. Bajo la influencia de las

204. El Partido Socialista Polaco (PSP) fue fundado en noviembre de 1892 en el curso de un congreso de socialistas polacos que tuvo lugar en París bajo la dirección de Boleslaw Limanowski. Se caracterizó por el esfuerzo de unificar en un solo partido a los polacos que vivían bajo el dominio ruso, alemán y austríaco, y por hacer de la reconstitución del Estado polaco independiente y unitario uno de los objetivos fundamentales de su acción. Su ala derecha degeneró en una corriente puramente nacionalista, mientras su ala izquierda permaneció en el terreno socialista. Contra este partido se dirigió la constante polémica de Rosa Luxemburgo con respecto precisamente a su actitud en tomo a la cuestión nacional. [N. del ed.]

205. El texto de la citada ponencia era el siguiente: «Considerando que la sujeción de una nación a otra sólo puede ayudar al interés de los capitalistas y los déspotas, pero siempre e igualmente es una desventura para el pueblo trabajador de las naciones afectadas, y que particularmente el zarismo ruso, que deriva sus fuerzas en el interior y su

críticas emitidas ante el congreso por la socialdemocracia polaca y de la polémica desatada en consecuencia en la prensa socialista²⁰⁶, y debido además a la impresión causada por la primera manifestación masiva del movimiento obrero en Rusia, es decir por la memorable huelga de cuarenta mil obreros de la industria textil en Petersburgo (mayo de 1896), el congreso internacional no tomó en consideración la ponencia polaca, cuya argumentación mostraba un neto carácter antirruso y se dirigía en contra del movimiento revolucionario de ese país. Adoptó, en cambio, la mencionada «resolución londinense», rechazando del siguiente modo la propuesta de la reconstrucción de Polonia:

El congreso —dice la resolución— declara que está a favor del derecho completo a la autodeterminación de todas las naciones, y expresa sus simpatías a los obreros de todo país que sufran actualmente bajo el yugo de un absolutismo militar, nacional o de otro género: el congreso exhorta a los obreros de todos estos países a ingresar en las filas de los obreros conscientes de todo el mundo, a fin de luchar juntamente con ellos para vencer al capitalismo internacional y realizar los objetivos de la socialdemocracia internacional.

Como vemos, el texto de la resolución londinense, en lugar de considerar exclusivamente la cuestión polaca, hace una generalización de la situación sufrida por todos los países sojuzgados, transfiriendo la cuestión del terreno nacional al internacional y, en vez del definido y totalmente concreto postulado surgido de la política práctica contenida en la ponencia del PSP —la reconstrucción de la Polonia independiente—, manifiesta un principio general del socialismo: la simpatía por el proletariado de los países oprimidos y el reconocimiento de *su derecho* a decidir por sí mismos sobre sus destinos. No cabe duda alguna de que dicho principio no fue formulado por el congreso con intenciones de proporcionar al movimien-

influencia en el exterior de la sujeción y el desmembramiento de Polonia, representa un peligro permanente para el progreso del proletariado internacional, el Congreso declara que; la independencia y la autonomía de Polonia son reivindicaciones políticas no menos necesarias al movimiento obrero internacional en su conjunto que al proletariado de la misma Polonia».

206. Véase: *Kwestia polska a ruch sojalistyczny* (La cuestión polaca y el movimiento socialista), conjunto de artículos sobre la cuestión polaca de R. Luxemburgo, K. Kautsky, F. Mehring, Parvus y otros, con prólogo de Rosa Luxemburgo. Cracovia, 1905. [El prólogo de Rosa Luxemburgo puede consultarse en el presente volumen, p. 158.]

to obrero internacional una solución al problema de las nacionalidades. Todo lo contrario, la indicación práctica de la resolución londinense, a los efectos de una política socialista, está claramente incluida no en la parte primera sino en la segunda, allí donde se «exhorta a los obreros de todos estos países» (oprimidos nacionalmente) a que ingresen en las filas de la socialdemocracia internacional y trabajen para la realización de sus principios y fines. Se trata de una enfática y nada ambigua reiteración de que el principio contenido en la primera parte (el derecho de las naciones a la autodeterminación) sólo puede llevarse a cabo plena y vitalmente por medio de la realización previa de los objetivos del socialismo internacional y después de haber alcanzado su meta final.

Es evidente que ningún partido socialista interpretó la resolución londinense como solución práctica a la cuestión de las nacionalidades, ni incluyó sus conceptos —al menos en ese sentido— en sus respectivos programas. Es significativo que precisamente la socialdemocracia austríaca, para la cual el problema de las nacionalidades y su normalización constituían una cuestión vital, no lo haya hecho, sino que haya creado independientemente para su propia utilización el ya citado y práctico «programa» del año 1899. Y lo más significativo es que tampoco lo haya hecho el Partido Socialista Polaco (PSP), ya que a pesar de todos sus esfuerzos en el sentido de difundir la versión según la cual la resolución de Londres estaría formulada «en el espíritu» del socialpatriotismo, era más que evidente que había sido adoptada a fin de rechazar la ponencia polaca de la reconstrucción, o al menos de diluirla con un texto abstracto sin ninguna intención práctica²⁰⁷.

En rigor, los programas políticos de los partidos obreros contemporáneos no pregonan principios abstractos del ideal socialista, sino que formulan reformas sociales y políticas prácticas, necesarias para el proletariado consciente, que no sólo las necesita sino que también las exige en la sociedad burguesa, a fin de facilitar la lucha y apresurar la victoria final. Los postulados de los programas políticos se formulan con ciertos objetivos determinados: deben dar soluciones directas, prácticas y realizables en un régimen burgués a los problemas más candentes de la

207. Sólo el Partido Socialista Polaco de la región ocupada por Prusia incluyó la resolución de Londres en su programa, durante la época de sus conflictos con la socialdemocracia alemana. Tras unirse nuevamente a ésta, el PSP adoptó sin reservas el programa de Erfurt.

vida social y política surgidos en torno a la lucha clasista del proletariado; deben servir como indicaciones y directivas para la política cotidiana y común y para sus exigencias; deben provocar y encauzar la acción política del partido obrero en la dirección conveniente; finalmente, deben delimitar la política revolucionaria del proletariado de la política de los partidos capitalistas y pequeñoburgueses.

La consigna sobre «el derecho de las naciones a la autodeterminación» evidentemente no tiene ese carácter. No da ninguna indicación práctica para la política cotidiana del proletariado, ninguna solución práctica de los problemas nacionales. No indica al proletariado ruso, por ejemplo, en qué forma debe exigir la solución de la cuestión nacional polaca, del problema finlandés, caucasiiano, judío, etcétera, sino que más bien presenta una ilimitada autorización para que todas las «naciones» interesadas solucionen sus cuestiones nacionales de la manera que más les plazca. La única conclusión práctica para la política cotidiana de la clase trabajadora que uno logra extraer de ese texto es la indicación de que su deber consiste en combatir todos los síntomas de la opresión nacional. Si reconocemos como derecho de cada nación el determinarse a sí misma, es evidente que, como lógica conclusión, debemos repudiar cualquier tentativa de una nación por sojuzgar a otra, o de un pueblo por imponer a otro —por la fuerza— tales o cuales formas de vida nacional. Sin embargo, en el concepto del partido clasista del proletariado la obligación de protestar y luchar contra la opresión nacional no emerge de ningún «derecho de los pueblos», del mismo modo que, por ejemplo, la lucha por la igualdad de derechos sociales y políticos para ambos sexos no emana de ningún innato «derecho de la mujer» invocado por el movimiento de las feministas burguesas, sino que surge como reacción natural contra el régimen de clases basado en la desigualdad social; en una palabra, de la misma y básica posición del socialismo.

Pero dejando de lado lo anterior, la citada indicación para la política práctica es de carácter puramente negativo. La obligación de luchar contra todas las manifestaciones de opresión nacional no contiene aún ninguna explicación en el sentido de hacia qué relaciones y formas políticas debe orientarse el proletariado consciente en la Rusia de hoy para solucionar las cuestiones nacionales polacas, letonas, judías, etcétera; qué programa debe oponer a los diversos programas burgueses, nacionalistas y pseudosocialistas en la actual lucha de clases y de partidos. Resumiendo, la consigna sobre «el derecho de las naciones a la autodeterminación» no

es, en el fondo, una directiva política o programática de la cuestión de las nacionalidades sino, hasta cierto punto, una jugada para *eludir la cuestión*.

II

El carácter demasiado general del punto noveno del programa socialdemócrata ruso ya nos indica que soluciones de esta naturaleza son ajenas a la doctrina del socialismo marxista. «El derecho de las naciones» – que abarque todos los países y todos los tiempos con idéntica justicia – no es otra cosa que un cliché, una frase metafísica, como sus análogos «derechos del hombre» y «derechos del ciudadano». El materialismo dialéctico – fundamento del socialismo científico – ha desterrado definitivamente de su vocabulario estos axiomas «eternos».

¿Acaso la dialéctica histórica no demostró que no existen verdades «eternas» y por ende tampoco «derechos eternos»? O, citando a Engels: «Lo que aquí y ahora es bueno, allá y en otro tiempo es malo, y viceversa»; es decir, lo que vemos justo y razonable en ciertas circunstancias puede convertirse en injusto y absurdo en otras diferentes. Por lo demás, el materialismo dialéctico demostró claramente que los contenidos reales de esas verdades, fórmulas y derechos «eternos», son impuestos en cada oportunidad por las relaciones *materiales* del correspondiente medio ambiente social y de su época histórica.

Partiendo de tal base, el socialismo científico revisó todo el acervo de clichés democráticos y de metafísica ideológica heredado de la burguesía. «Democracia», «libertad ciudadana», «igualdad» y demás hermosas frases del mismo estilo hace tiempo que han dejado de constituir para la socialdemocracia actual verdades o derechos supremos que floten majestuosamente sobre los hombres y los tiempos. Son investigados y tratados por el marxismo apenas como expresiones de ciertas y definidas circunstancias históricas, como categorías en continua mutación de sus contenidos materiales, y por tanto de los valores políticos, siendo esta eterna mutación la única verdad «eterna».

Cuando Napoleón u otro déspota por el estilo hace uso de un plebiscito – forma extrema de la democracia política – y lo hace para los fines propios del cesarismo aprovechando el oscurantismo político y la dependencia económica de las masas populares, no vacilamos en atacar categóricamente tal «democracia» sin que nos turbe en lo más mínimo

la majestad todopoderosa del pueblo, que constituye algo así como una divinidad intocable para los metafísicos de la democracia burguesa. 126

Cuando el alemán Tessenorff²⁰⁸, gendarme del zar o demócrata nacionalista «realmente polaco», defiende «la libertad de trabajo» de los rompehuelgas protegiéndolos de la presión moral y material de los obreros organizados, no vacilamos un instante en manifestar nuestra solidaridad con estos últimos, reconociendo que los asiste el más completo derecho –tanto moral como histórico– de *reprimir* a los incautos y *compeler* a sus competidores a la solidaridad, aunque desde el punto de vista formal del liberalismo «los dispuestos a trabajar» tengan de su parte el indudable derecho de «todo individuo libre» de proceder de acuerdo con sus razones o sus sinrazones.

Finalmente, cuando los liberales de la escuela de Manchester piden que el asalariado sea abandonado a su propia suerte en su lucha contra el capital, escudándose en la «libertad de los ciudadanos», no vacilamos en desenmascarar este clisé metafísico que recubre la más evidente desigualdad económica, y sin ambages exigimos el amparo legal y estatal para la clase asalariada, cometiendo una flagrante violación de la formal «igualdad ante la ley».

Por lo tanto, la cuestión de las nacionalidades no puede constituir una excepción entre todos los problemas políticos, sociales y morales, considerados bajo la misma luz por el socialismo moderno, y no es posible darle solución con una frase hecha, incierta y generalizadora, aunque sea una consigna tan hermosa y altisonante como «el derecho de todas las naciones a la autodeterminación». Porque tal axioma, o bien no expresa ni significa absolutamente nada y es un clisé hueco que no obliga a nada,

208. Herman Ernst Christian von Tessenorff (1831-1895): Procurador del Estado en Berlín, en marzo de 1875, obtuvo la prohibición y disolución en Prusia del *Alleemeiner Deutscher Arbeiterverein* (Sindicato General de los trabajadores alemanes) y de la *Sozialdemokratische Arbeiterpartei* (Partido Socialdemócrata Obrero) los dos partidos lassalliano y eisenachiano, bajo la acusación de violación del *Vereingasetz* (Ley de agrupaciones), que prohibía las coaliciones entre las asociaciones políticas. También la *Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands* (Partido Socialista Obrero Alemán) surgida del congreso de Gotha fue provisionalmente prohibida en 1876 a propuesta de Tessenorff, quien se distinguió además por las persecuciones a los líderes obreros socialistas, los procesos por ultraje a las instituciones del Estado, al emperador, a Bismarck, etcétera. Su nombre está vinculado al primer periodo de persecución organizada contra el movimiento socialista alemán. [N. del ed.]

o bien implica el deber incondicional de los socialistas de apoyar todas las tendencias nacionales, y en este caso es francamente erróneo.

Resulta ya del principio fundamental del materialismo histórico que la posición de los socialistas frente a las cuestiones nacionales depende principalmente de las circunstancias concretas de cada caso, que varían considerablemente de país a país y, además, con el correr del tiempo cambian notablemente en el mismo lugar geográfico. Basta un conocimiento superficial de los hechos históricos para reconocer que el problema de las luchas nacionales en el seno de la Sublime Puerta Otomana, en los Balcanes, presenta un aspecto totalmente diferente, distintos antecedentes económicos e históricos, otra repercusión internacional y otras posibilidades para el futuro que la cuestión de la lucha irlandesa contra la dominación de Inglaterra; análogamente, las complicaciones surgidas de las interrelaciones de los pueblos que conforman el Estado austríaco son totalmente diversas de las condiciones concurrentes en la formación de la cuestión polaca. Asimismo, debido a que las características del problema nacional en un país dado varían con el tiempo, consecuentemente su apreciación debe sufrir ajustes periódicos. Tomemos por ejemplo nuestros tres grandes movimientos nacionales a partir de la guerra de Kósciuszko²⁰⁹. Sólo a los ojos de un metafísico de la ideología católico-nobiliaria de la clase de Szujski²¹⁰, creyente en que la misión histórica de Polonia es la del «Cristo de las naciones», o bien para un ignorante de la contemporánea «escuela» socialpatriótica, pueden estos tres hechos constituir una triple e idéntica repetición del mismo truco histórico, es decir de «la lucha por la independencia de un país sojuzgado». Quien corte más a fondo los tejidos históricos con el bisturí del investigador, máxime si es el bisturí de un investigador *materialista* dialéctico, y llegue hasta el fondo de nuestros tres levantamientos nacionales, podrá ver tres

209. *Tadeusz Kósciuszko* (1746-1817): Noble lituano, héroe nacional de Polonia. Luchó en América bajo las órdenes de Washington, en Polonia, contra los ejércitos de Catalina la Grande, en 1791-1793. Después del reparto de Polonia entre Rusia y Prusia, en enero de 1793, Kósciuszko participó en la preparación de la insurrección general del pueblo polaco, que estalló en abril de 1794. El movimiento triunfó en Varsovia, donde se constituyó un gobierno nacional del que Kósciuszko fue el elemento galvanizador. Derrotado el movimiento independentista por las tropas prusianas, rusas y austríacas coaligadas, Kósciuszko fue encarcelado en San Petersburgo, hasta su liberación en 1796. Murió en el exilio suizo y sus restos sólo fueron trasladados a su Cracovia natal en 1918, cuando la independencia y la reunificación de Polonia fueron conquistadas. [N. del ed.]

210. *Józef Szujski* (1833-1883): historiador conservador polaco. [N. del ed.]

movimientos sociopolíticos totalmente diferentes, que solamente gracias a circunstancias exteriores adquirieron en cada caso la misma faz de lucha contra el invasor. Medir la guerra de Kósciuszko, el levantamiento de noviembre y la sublevación de enero²¹¹ con la misma e idéntica medida, la de los «sagrados derechos del país sojuzgado», demuestra precisamente una falta de capacidad valorativa y resulta de una posición totalmente acrítica frente a los hechos y la política.

Un ejemplo palmario de cómo los cambios en las condiciones históricas influyen sobre la posición valorativa de los socialistas frente a la cuestión de las nacionalidades lo constituye la llamada cuestión oriental. En la época de la guerra de Crimea, en 1855 las simpatías de toda Europa democrática y de los socialistas estaban de parte de Turquía y en *contra* de los intentos independizantes de los eslavos meridionales.

El «derecho» de todos los pueblos no impedía a Marx, Engels o Liebknecht atacar duramente a los eslavos balcánicos y abogar categóricamente por la causa de la *totalidad* de Turquía. Su apreciación de aquellos movimientos nacionales de las tribus eslavas enquistadas en el seno de Turquía no partía de las «eternas» y sentimentales consignas del liberalismo, sino del punto de vista de esas relaciones materiales que constituían, según sus opiniones en aquellos tiempos, el *contenido* de los mencionados levantamientos nacionales. Luego de llegar a la conclusión de que tras las aspiraciones emancipadoras de los socialmente atrasados eslavos balcánicos no había otra cosa que maquinaciones imperiales rusas tendientes al desmembramiento de Turquía, Marx y Engels subordinaron inmediatamente la causa de la libertad nacional de los eslavos a los intereses de la democracia europea, apoyando la integridad de Turquía en su calidad de muralla defensiva ante la reacción rusa. Esta política conservó su vigencia de tradición entre los socialdemócratas alemanes hasta mediados de la década del noventa, cuando, en ocasión de las luchas de los armenios turcos, el ya anciano Wilhelm Liebknecht hizo una arenga imbuida de tal espíritu. Sin embargo, precisamente en aquellos años la posición de la socialdemocracia alemana e internacional relativa a la cuestión oriental cambió radicalmente, adoptando una dirección opuesta. La socialdemocracia comenzó a apoyar abiertamente las aspiraciones de las nacionalidades sojuzgadas por Turquía, aspiraciones

211. Se refiere a los levantamientos nacionales de 1794-1895, 1830-1831 (sublevación de noviembre y de 1863-1864, sublevación de enero). [N. del ed.]

tendientes a conquistar de cualquier forma las condiciones necesarias para la existencia cultural, y dejó de preocuparse por el mantenimiento artificial de la integridad turca. También en esta oportunidad la socialdemocracia no sólo se guiaba por el sentido de solidaridad con los armenios o los macedonios como pueblos sojuzgados, sino primordialmente por el análisis del sustrato material de las interrelaciones en el Oriente desde la mitad del siglo pasado. Al llegar por tal vía de razonamiento a la conclusión de que la decadencia política de Turquía era consecuencia de su desarrollo económico y político en la segunda mitad del siglo XIX, y de que además el mantenimiento del estado de cosas en Turquía convenía —al menos momentáneamente— a los intereses de la diplomacia del absolutismo ruso, la socialdemocracia adoptó en este caso, al igual que en todas las demás cuestiones, no la posición contraria a la dirección del desarrollo objetivo sino que, de acuerdo con éste y aprovechando sus resultados, salió en defensa de los intereses de las civilizaciones europeas, promoviendo precisamente los estallidos nacionales en Turquía así como también, por otra parte, apoyando todas las aspiraciones de renovación y reforma de Turquía desde su interior, por más insignificantes que fueran los fundamentos sociales para tal acción.

El segundo ejemplo de la misma táctica nos lo proporcionan las posiciones asumidas por Marx y Engels en relación a las aspiraciones nacionales de los checos, posiciones francamente opuestas a las tomadas respecto a Polonia. No cabe duda alguna de que, desde el punto de vista del «derecho de los pueblos a la autodeterminación», los checos podían pretender el mismo apoyo por parte de los demócratas y los socialistas europeos que los polacos. Marx, sin embargo, sin tomar en cuenta esa letra muerta, fulminó en sus análisis a los checos de su tiempo, conjuntamente con sus exigencias de liberación, considerándolas como una complicación perjudicial para la situación revolucionaria. Y lo que las hacía más condenables era la convicción de Marx de que los checos constituían una nacionalidad moribunda en camino directo a la desaparición total.

Los redactores del *Manifiesto Comunista* proclamaban estas condenas simultáneamente con las más esforzadas defensas del movimiento nacional polaco, para el cual pedían auxilio a todas las potencias progresistas y revolucionarias.

Este modo, precisamente, en que Marx trató la cuestión checa y la cuestión polaca demuestra el lúcido realismo, ajeno a todo sentimentalismo, con el que examinaba las causas nacionales en el periodo de la revolución.

La revolución de 1848 —escribe Marx en sus artículos dedicados precisamente a esta revolución y publicados en el periódico norteamericano *Daily Tribune* en los años 1851 y 1852— promovió de golpe la reivindicación de todas las naciones oprimidas a una existencia independiente y el derecho a decidir por sí mismas sus propios asuntos; por eso era completamente natural que los polacos exigieran inmediatamente la reconstitución de su país en las fronteras de la vieja república Polaca que existió hasta 1772²¹². Ahora bien, estas fronteras habían quedado ya anticuadas incluso para entonces, si se toman como delimitación de las nacionalidades alemana y polaca; y cada año que pasaba quedaban más anticuadas aún a medida que progresaba la germanización; pero como los alemanes propugnaban con tanto entusiasmo la reconstitución de Polonia, debían esperar que les pidiesen, como primera prueba de la sinceridad de sus simpatías, que renunciasen a su parte del botín despojado. Por otro lado, ¿es que habían de ser cedidas regiones enteras, pobladas principalmente por alemanes, y grandes ciudades, enteramente alemanas, a un pueblo que aún no había dado ninguna prueba de una capacidad de progreso que le permitiese salir del estado de feudalismo basado en la servidumbre de la población agrícola? La cuestión era bastante complicada. La única solución posible estaba en la guerra contra Rusia; entonces, el problema de la delimitación entre las diferentes naciones en revolución pasaría a un plano secundario en comparación con el principal de levantar una frontera segura contra el enemigo común; los polacos, tras recibir extensos territorios en el este, se harían más tratables y razonables en el oeste; después de todo, Riga y Mitawa [Jelgava] serían para ellos no menos importantes que Danzig [Gdansk] y Elblag [Elbiong]. Así, el partido avanzado de Alemania, que estimaba necesaria la guerra contra Rusia para ayudar al movimiento en el continente y consideraba que el restablecimiento nacional, incluso de una parte de Polonia, llevaría inevitablemente a esa guerra, apoyaba a los polacos; en tanto que el Partido Liberal de la clase media gobernante preveía su caída en una guerra nacional contra Rusia que pondría en el poder a hombres más activos y enérgicos; por eso, fingiendo entusiasmo por

212. Frustrada la insurrección nacional de la confederación de Bar, Prusia, Austria y Rusia conciertan en 1772, el primer reparto de Polonia que pierde en favor de dichas potencias gran parte de su territorio: la Pomerania oriental, Galitzia, Rutenia y los territorios al este del Dvina y del Dniéper (Rusia Blanca). [N. del ed.]

la extensión de la nacionalidad alemana, declaró a la Polonia prusiana, foco principal de la agitación revolucionaria polaca, parte inseparable del futuro gran imperio alemán. [Subrayados de R. L.]

Con análogo realismo político. Marx consideraba el problema checo:

El problema de la nacionalidad motivó también otra lucha en Bohemia. Este país, poblado por dos millones de alemanes y tres millones de eslavos de lengua checa, tenía grandes recuerdos históricos, casi todos relacionados con la anterior supremacía de los checos, Pero la fuerza de esta rama de la familia eslava quedó quebrantada desde la guerra de los husitas en el siglo xv; las provincias de habla checa fueron divididas, y una parte formó el reino de Bohemia, otra el principado de Moravia, y la tercera, el montañoso territorio carpático de los eslovacos, fue incluida en Hungría. Los moravos y los eslovacos habían perdido desde hacía tiempo todo vestigio de sentimiento y vitalidad nacionales, si bien conservaban en gran parte su lenguaje. Bohemia estaba rodeada de países enteramente alemanes por tres lados. El elemento alemán había hecho grandes progresos en su propio territorio; incluso en la capital, Praga, las dos nacionalidades eran casi iguales en número; y el capital, el comercio, la industria y la cultura espiritual estaban por doquier en manos de los alemanes. El profesor Palacky²¹³, paladín de la nacionalidad checa, no es otra cosa que un erudito alemán trastornado que ni aun hoy puede hablar el checo correctamente sin acento extranjero. Mas, como suele suceder a menudo, la feneciente nacionalidad checa, feneciente según todos los hechos conocidos de la historia de los cuatro siglos últimos, hizo en 1848 un último esfuerzo para recuperar su anterior vitalidad, y el fracaso de este esfuerzo, independientemente de todas las consideraciones revolucionarias, había de probar que Bohemia podía existir en adelante sólo como parte de Alemania, aunque una porción de sus habitantes pudiera seguir hablando en una lengua no germánica durante varios siglos más²¹⁴.

213. *Frantisek Palacky* (1798-1876), historiador checo, presidente en junio de 1848 del congreso eslavo de Praga. [N. del ed.]

214. *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, pp. 57-62. (*Revolution und Konterrevolution in Deutschland*) es en realidad una obra de Engels. Estos diecinueve artículos, escritos entre agosto de 1851 y septiembre de 1852 y publicados en el periódico *New*

Citamos estos párrafos para subrayar el *método* que siguieron tanto Marx como Engels con respecto a la cuestión de las nacionalidades, método que no tomaba en cuenta ninguna fórmula abstracta, sino solamente las relaciones reales de cada caso en particular. Ese método, por otra parte, no impidió que de vez en cuando cometieran errores de apreciación en tal o cual situación. La situación actual demuestra hasta qué punto se equivocaba Marx al predecir hace sesenta años la desaparición de la nacionalidad checa, cuya vitalidad se hace sentir cada vez más en el seno de Austria y, a la inversa, al sobrevalorar el significado internacional del nacionalismo polaco, destinado a fenecer por el mismo desarrollo interno de Polonia. Pero esos errores históricos no disminuyen en nada el valor del método mismo de Marx, ya que no existe un *método* de investigación que pueda prevenir a priori su aplicación errónea en casos particulares. El mismo Marx jamás tuvo la pretensión de ser infalible y nada es tan ajeno al espíritu de su filosofía como los juicios históricos infalibles en última instancia. Marx pudo equivocarse con respecto a tales o cuales movimientos nacionales, y ya en los años 1896 y 1897 la autora de este ensayo intentó demostrar lo erróneo y obsoleto del punto de vista marxiano ante la cuestión polaca, como también ante la cuestión oriental. Pero precisamente esa antigua posición de Marx y de Engels tanto con respecto a la cuestión de Turquía y de los eslavos del sur, como al movimiento nacional de los checos y los polacos, demuestra sin lugar a dudas cuán lejanos estaban los fundadores del socialismo científico de solucionar todas las cuestiones de las nacionalidades según un mismo patrón y, por otra parte, cuán poca importancia daban a los «derechos» metafísicos de las nacionalidades, en presencia de tangibles, materiales cuestiones del desarrollo europeo.

Finalmente, un ejemplo aún más llamativo de cómo trataban la cuestión nacional los creadores de la moderna política socialista nos lo proporciona su apreciación del movimiento emancipador de los helvecios en el siglo XIV, apreciación puramente histórica y por tanto libre de todos

York Daily Tribune del 25 de octubre de 1851 al 23 de octubre de 1852, fueron no obstante firmados por Marx. La primera edición en forma de libro apareció en inglés en 1896 al cuidado de Eleanor Marx (*Revolution and Counter-Revolution on Germany in 1848*). En el mismo año se publicó también la edición alemana y en 1900 la primera edición completa del libro en ruso. Sólo en 1913, con la primera publicación del epistolario de Marx y Engels, se pudo restablecer la verdadera paternidad de los artículos (Marx-Engels. *Werke*, vol. VII, p. 607). [N. del ed.]

los intereses y pasiones de la política actual. Aquel levantamiento de los cantones suizos contra la sangrienta opresión del despotismo de los Habsburgo, levantamiento que, bajo la forma del mito histórico de Tell, fue objeto de la máxima adoración por parte del romanticismo idealista del liberalismo burgués, fue valorado en el año 1847 por Friedrich Engels de la siguiente manera:

La lucha de los cantones forestales suizos contra Austria, el famoso juramento en Rittlen, el heroico tiro de Tell, la inolvidable batalla de Morgarten, todo ello constituyó la lucha de unos pastores intranquilos e inquietos contra el empuje del desarrollo histórico, lucha de los tercios, conservadores intereses particulares contra los intereses de toda la nación, lucha de la barbarie contra la ilustración, del salvajismo contra la civilización. Obtuvieron la victoria, pero, como castigo, se les cerró más tarde el acceso a los logros de la civilización²¹⁵.

A esta apreciación Kautsky añade por su parte el siguiente comentario:

Podríamos tal vez poner en duda la misión civilizadora que los Habsburgo llevaban a cabo en Suiza en el siglo XIV. Pero es cierto que la conservación de la independencia de los cantones constituyó un fenómeno puramente conservador y no revolucionario, y que, como consecuencia, la libertad de dichos cantones sirvió de foco para la más negra de las reacciones en el centro mismo de Europa. Fueron precisamente esos cantones forestales los que batieron en el año de 1531 en Kappel a Zwingli con sus huestes, erigiendo así una compuerta contra la difusión del protestantismo en Suiza. Fueron ellos los que proporcionaron ejércitos a todos los déspotas europeos; los suizos de los cantones forestales fueron los más fieles defensores de Luis XVI contra la revolución, por lo cual la república les erigió el famoso monumento en Lucerna²¹⁶.

215. Friedrich Engels, «Der Schweizer Bürgerkrieg», MEW 4, p. 393. [N. del ed.]

216. *Die Neue Zeit*, II (1905-1906), p. 146. En realidad, es el año 1904-1905: «Die Rebellionen in Schillers Dramen Von K. Kautsky». en el cual está también la cita de Engels de *Gesammelte Schriften von Marx und Engels 1841 bis 1850*, II, p. 382. Se trata de un león esculpido en la roca construido sobre un proyecto de Thorvaldsen en honor de los guardias suizos caídos en las Tullerías el 10 de agosto de 1792. [N. del ed.]

Desde la perspectiva del «derecho de los pueblos a la autodeterminación» el levantamiento de los helvecios, por supuesto, merece desde todo punto de vista la máxima simpatía de los socialistas. Por lo menos, no cabe duda de que el deseo de emanciparse del yugo de los Habsburgo fue expresión real de la voluntad del «pueblo» o de su inmensa mayoría; por otra parte, el movimiento liberador helvecio tenía un carácter netamente defensivo, sin llevar oculta ninguna tendencia a sojuzgar otras nacionalidades y dirigido únicamente contra la opresión de una invasión verdaderamente foránea y además dinástica. El paralelo entre ambas luchas por la independencia nacional —la húngara del año de 1848 y la suiza, cinco siglos anterior— es tanto más significativo por cuanto ambas iban dirigidas contra el mismo enemigo, es decir, contra el absolutismo de los Habsburgo austríacos. Ante tal yuxtaposición, ante el hecho de esa base común, se hace aún más llamativo el mismo método, el mismo punto de vista de Marx y de Engels sobre la política de las nacionalidades.

A pesar de todas las características externas revolucionarias del movimiento suizo, y a pesar del ambiguo carácter defensivo-ofensivo del movimiento magiar, el que además tuvo su expresión cipaya cuando los revolucionarios húngaros ayudaron al gobierno de Viena a sojuzgar la revolución italiana, a pesar de todo ello, repetimos, los creadores del socialismo científico criticaron con toda dureza el levantamiento de los helvecios, considerándolos un fenómeno reaccionario, y contrariamente dieron su apoyo al levantamiento húngaro del siglo xiv contra el poder centralista de los Habsburgo fue, a los ojos «derecho de las naciones a la autodeterminación», a la que los helvecios eran acreedores en mucho más alto grado que los magiares, sino en un análisis realista del movimiento desde el punto de vista histórico y político. La sublevación de los desmenuzados cantones campesinos con sus particularismos del siglo xiv contra el poder centralista de los Habsburgo fue, a los ojos de Engels, un fenómeno históricamente reaccionario, en igual medida que el absolutismo del poder señorial tendiente al centralismo era, *en aquel entonces*, factor del progreso histórico. Mencionemos al pasar que desde un punto de vista análogo Lassalle consideraba como manifestación reaccionaria las guerras campesinas y la contemporánea rebelión de la pequeña nobleza alemana en el siglo xvi contra el creciente poder ducal. Sin embargo, en el año 1848, el mismo absolutismo de los Habsburgo constituía una supervivencia reaccionaria de la Edad Media, y el levantamiento nacional de los húngaros, como aliados naturales de la

revolución interna en Alemania, debía considerarse *per se* como un factor del progreso histórico.

III

Por otra parte, al adoptar tal posición, Marx y Engels en realidad no pagaban ningún tributo al egoísmo de partido o de clase, ni tampoco sacrificaban naciones enteras a las necesidades y posibilidades de las democracias occidentales europeas, como surge aparentemente de los párrafos anteriores.

Sin duda, si los socialistas proclamaran una amnistía general y universal para todos los pueblos sojuzgados, ello sonaría mucho más generoso y sería más adulador para la vivaz imaginación de los jóvenes «intelectuales».

Pero tal tendencia a endilgar el derecho a la libertad, igualdad y otros beneficios por el estilo a todos los pueblos, países, grupos, naciones, en fin, a cualquier ser humano, mediante un solo trazo de la pluma, caracteriza precisamente a la era juvenil del movimiento socialista y de modo particular a la bravuconería fraseológica del anarquismo.

El socialismo de la moderna clase obrera, es decir el socialismo científico, huye de las soluciones generosas y altisonantes respecto de los problemas sociales y nacionales, y se aboca al estudio de las condiciones reales de esas cuestiones.

La socialdemocracia no se caracteriza por la «generosidad» de sus soluciones programáticas y, desde tal punto de vista, siempre queda distanciada de aquellos partidos socialistas que no están ligados a «doctrinas» científicas y que por ello siempre tienen sus bolsillos llenos de hermosos presentes para todo el mundo. Así, por ejemplo, en Rusia, el partido de los social-revolucionarios ha dejado muy atrás a la socialdemocracia en cuestiones agrarias, disponiendo a su antojo de una receta para los campesinos a fin de aplicar inmediatamente el socialismo en el campo, sin la aburrida espera que significa que se produzcan semejantes condiciones en la esfera de la producción industrial. En comparación con tales partidos, la socialdemocracia es y será siempre un partido pobre, tal como fue pobre en un tiempo Marx en comparación con el noble y magnánimo Bakunin, tal como fueron pobres Engels y el mismo Marx en comparación con los representantes del socialismo «verdadero» o «filosófico».

Sin embargo, el secreto de esa generosidad de todos los socialistas con matiz anárquico y de la pobreza de la socialdemocracia estriba en que el género anárquico mide «las fuerzas según los proyectos, y no los proyectos según las fuerzas», mide sus deseos únicamente por lo que su mente especulativa y especuladora en el vacío utópico reconoce como «bueno» o como «imprescindible» para la salvación de la humanidad, mientras que los objetivos de la socialdemocracia se arraigan totalmente en el terreno histórico y es por ello que cuenta con posibilidades históricas. El socialismo marxista difiere, entre otros, de todos los demás «socialismos» porque no pretende guardar en su bolsillo un montón de remiendos para tapar todos los agujeros hechos por el desarrollo de los tiempos.

En realidad, aunque en nuestra condición de socialistas reconociéramos el inmediato derecho de todas las naciones a la independencia, no por ello sus destinos sufrirían cambio alguno. El «derecho» de un pueblo a la libertad, como el «derecho» del obrero a la independencia económica, valen tanto en las actuales condiciones sociales como aquel famoso «derecho» de todo ser humano a comer en platos de oro, del cual ya Nicolai Chemichevski²¹⁷ había escrito que estaba dispuesto a venderlo en cualquier momento por un rublo. En la década de los cuarenta, la proclamación del «derecho al trabajo» era el postulado tiernamente amado de los socialistas utópicos franceses y cumplía el papel de solucionar de modo inmediato y radical todas las cuestiones sociales. Después de un brevísimo intento por ponerlo en práctica durante la revolución de 1848, sin embargo, este «derecho» culminó en el fracaso, lo que era inevitable inclusive en caso de haberse organizado mejor los famosos «talleres nacionales». El análisis de las relaciones reales de la economía actual, tal como fue expuesto por Marx en *El Capital*, debe llevar a la convicción de que aun en caso de proclamar los actuales gobiernos un «derecho al trabajo universal», tal derecho no sería más que una frase hecha, y ni uno solo de los integrantes del ejército de desocupados que hoy esperan en el empedrado de la calle podría con este derecho hacer un poco de sopa para sus niños hambrientos.

En la actualidad, la socialdemocracia ha comprendido que el «derecho al trabajo» dejará de ser una frase hecha en el momento en que se su-

217. *Nihilista* (1828-1889): Con su novela *¿Que hacer?* ejerció gran influencia sobre el movimiento revolucionario-terrorista premarxista. [N. del ed..]

prima el régimen capitalista, en el cual la crónica falta de trabajo de una cierta parte del proletariado constituye una condición ineludible para la producción. Por lo tanto, la socialdemocracia, sin proclamar ni pedir la proclamación de ese «derecho» utópico, tiende más bien en el terreno práctico a la supresión del régimen mismo por medio de la lucha de clases, señalando únicamente como remedios provisionales para la desocupación, las organizaciones sindicales, el seguro de desempleo, etcétera.

Del mismo modo, constituye una perfecta utopía la esperanza de solucionar todas las cuestiones nacionales sobre el terreno capitalista por medio de la devolución o la garantía de la posibilidad de la «autodeterminación» a todas las naciones, pueblos y tribus. Y decimos utopía porque la relación de fuerza externas en el terreno político entre las clases, es lo que condena de antemano muchas aspiraciones del programa político de la socialdemocracia a ser efectivamente irrealizables. Por ejemplo, innumerables voceros de las filas del movimiento obrero internacional manifiestan con todo convencimiento que el postulado de la aplicación universal del día de trabajo de ocho horas por medios legales no tiene ninguna posibilidad de realización en una sociedad burguesa ante la creciente reacción social de las clases dominantes, el *impasse* general de las reformas sociales, la creación de potentes asociaciones empresariales, etcétera. A pesar de ello, nadie se ha decidido aún a decir que el postulado de la jornada laboral de ocho horas es una utopía, ya que responde plenamente al desarrollo progresivo de la sociedad burguesa misma. En cambio, la devolución a todos los grupos étnicos u otros grupos «nacionales» determinados de tal o cual manera de la posibilidad efectiva de la «autodeterminación» constituye una utopía con respecto precisamente a la corriente del desarrollo histórico de las sociedades modernas. Sin retroceder con el ejemplo hacia aquellos tiempos vetustos cuando en los albores de la creación de las naciones modernas los pueblos eran objeto de continuos cambios territoriales de aquí para allá, y se juntaban, se aliaban, se separaban, se aniquilaban entre sí, queda como realidad innegable que todas las naciones más antiguas sin excepción constituyen, como resultado de aquella historia larga y llena de cambios étnicos, creaciones mixtas desde el punto de vista nacional. Es documento histórico visible de esas revoluciones la existencia de innumerables residuos étnicos, que atestiguan hoy día el antiguo aniquilamiento de masas enteras de población. Marx, inclusive, sostenía en un tiempo que el destino actual de esos pueblos-residuos era constituir el pilar de la contrarrevolución,

hasta el día de su aniquilamiento definitivo de la faz de la tierra por el gran huracán de la revolución o de la guerra universal.

No hay ningún país europeo —escribía en la *Neue Rheinische Zeitung*— que no posea en cualquier rincón una o varias ruinas de pueblos, residuos de una anterior población, contenida y sojuzgada por la nación que más tarde se convirtió en portadora del desarrollo histórico. Esos restos de una nación implacablemente pisoteada por la marcha de la historia —como dice Hegel—, esos desechos de pueblos, son siempre, y siguen siéndolo hasta su total exterminación o desnacionalización, portadores fanáticos de la contrarrevolución, así como toda su existencia en general ya es una protesta contra una gran revolución histórica. Así pasó en Escocia con los gaélicos, soportes de los Estuardo desde 1640 hasta 1745. Así en Francia con los bretones, soporte de los Borbones desde 1792, hasta 1800. Así en España con los vascos, soportes de Don Carlos. Así en Austria con los eslavos meridionales paneslavistas, que no son nada más que el desecho étnico de un desarrollo milenario sumamente confuso.

En otro de sus artículos sobre las aspiraciones paneslavistas de independizar a todos los pueblos eslavos, Marx escribe:

[...] los alemanes y los magiares, por la época en que en Europa en general las monarquías se volvían «una necesidad histórica», ensamblaron a todas esas pequeñas nacioncitas mutiladas e impotentes en un gran imperio y de tal modo las capacitaron para participar de un desarrollo histórico al cual, abandonadas a sí mismas, hubiesen permanecido totalmente ajenas [...]

Pero ahora la centralización política, debido a los pujantes progresos de la industria, el comercio y las comunicaciones, se ha vuelto una necesidad mucho más apremiante aún que allá por los siglos xv y xvi. Lo que aún tiene que centralizarse, se centraliza²¹⁸.

218. *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle*, al cuidado de Franz Mehring, vol. III, pp. 241 y 255. Estos artículos, que aparecían no firmados en la *Neue Rheinische Zeitung*, son ahora atribuidos a Engels. Se trata de «Der magyarische Kampf», aparecido en el n. 194 (13 de enero de 1849) y de «Der demokratische Panslawismus», aparecido en el n. 222 (15 de febrero de 1849). Véase Marx y Engels. *Werke*, vol. VI, pp. 165-76 y 270-86). [N. del ed.]

Hace tiempo ya que hemos dejado de suscribir la opinión de Marx respecto a los esclavos del sur, pero el mismo hecho de que el desarrollo histórico y en particular el moderno desarrollo capitalista no tienda a devolver una existencia autónoma a cada nacionalidad sino todo lo contrario es reconocido actualmente con igual validez que en los tiempos de la *Nueva Gaceta del Río*. En su más reciente trabajo, *Nacionalidad e internacionalidad*, Karl Kautsky elabora el siguiente esquema sobre el destino histórico de las nacionalidades:

Hemos visto que la lengua representa el instrumento más importante de las poblaciones sociales. A medida que con el progreso económico se desarrollan estas relaciones, crece también el círculo de los que hablan la misma lengua. De allí surge la tendencia de ciertas naciones a la expansión, al sojuzgamiento de otros pueblos, los cuales pierden su propia lengua y adoptan el idioma foráneo de la nación dominante, o bien una lengua híbrida.

Según Kautsky, se han formado simultáneamente tres grandes comunidades culturales humanas: la cristiana, la islámica y la budista.

Pero cada uno de estos círculos culturales abarca lenguas y naciones muy diversas. Dentro de cada uno de ellos, la parte dominante de la cultura no es nacional sino internacional. Sin embargo, las relaciones mundiales actúan aún más allá. Se expanden cada vez más e instauran por doquier el imperio de la misma producción capitalista [...] Cuando una comunidad cultural y comercial estrecha y perdurable subsiste entre varios pueblos, una nación, o un par de naciones, logra imponerse en razón de sus méritos más elevados, ya sea económicos, científicos o artísticos. Sus lenguas se hacen imprescindibles para los comerciantes y para todo hombre culto que habite dentro del perímetro de esa comunidad cultural internacional; su cultura - economía, arte, literatura— imprime su carácter predominante a toda la comunidad cultural. Un papel semejante desempeñan el griego y el latín en la cuenca del Mediterráneo, en las postrimerías de la Antigüedad. En el mundo islámico, el que cumple este papel es el árabe; en el círculo cultural cristiano —que abarca naturalmente tanto a judíos como ateos— el alemán, el inglés y el francés se convirtieron en idiomas universales. Resulta probable que el desarrollo económico y político

añada a estas tres lenguas una cuarta, la rusa, como lengua universal [...] Paralelamente al surgimiento de las lenguas universales propias de los comerciantes y de los círculos cultos, se va produciendo la unificación de las naciones en comunidades culturales internacionales. Esta unificación no ha sido nunca más estrecha que en la actualidad; nunca, ha sido menos posible una cultura puramente nacional. Es por ello que resulta singularmente extraño que Otto Bauer no hable de otra cosa que de la cultura *nacional*, planteando como meta del socialismo el poner a las masas populares en posesión de la cultura *nacional* [...] Cuando la sociedad socialista proporcione a las masas una educación adecuada, entonces les dará también la posibilidad de dominar varias lenguas, lenguas universales, y por ende de participar en toda la cultura internacional y no solamente en la cultura particular de una comunidad lingüística nacional aislada. Mas una vez llegado al punto en que la masa de la población de nuestros Estados culturales domine una o varias lenguas universales además de sus lenguas nacionales, quedará preparado el terreno para un gradual retroceso y posterior desaparición de las lenguas de las naciones más pequeñas en primer término, para terminar en la unificación de toda la humanidad civilizada en una sola lengua y en una sola nacionalidad, a semejanza de los pueblos de la cuenca oriental del Mediterráneo, los cuales después de Alejandro Magno fueron unidos por el helenismo, y los pueblos de la cuenca occidental que más tarde se fundieron en la latinidad.

La diversidad de lenguas dentro de nuestro círculo cultural hace más difícil el entendimiento mutuo entre los miembros de las distintas naciones y constituye un obstáculo para el progreso de la civilización. Pero solamente el socialismo será capaz de superar este obstáculo, y tendrá que actuar durante mucho tiempo antes de lograr la educación total de las masas populares a tal grado como para lograr resultados tangibles. Es necesario tomar conciencia ya de que *nuestro internacionalismo no representa una clase especial de nacionalismo, que sólo se diferenciaría del nacionalismo burgués por el hecho de no actuar agresivamente como éste, permitiendo, por el contrario, a cada nación los mismos derechos que reivindica para sí misma y reconociendo la total soberanía de cada país (Souveränität).* Esta concepción, que transfiere el punto de vista del anarquismo del individuo a las naciones, no responde a la estrecha comunidad cultural que existe entre las naciones de la civilización contemporánea. Estas, en efecto, constituyen, económica y culturalmente, un único cuerpo social cuyo desarrollo descansa

en el concurso armónico de sus partes, posible únicamente cuando cada una de ellas se subordina al todo. La Internacional Socialista no constituye un conglomerado de naciones soberanas donde cada una de ellas actúa de acuerdo con su libre arbitrio bajo el supuesto de no lesionar la igualdad de derechos de las demás, sino que conforma un organismo cuyo funcionamiento es tanto más perfecto cuanto más fácilmente se entiendan sus partes y cuanto más unánimemente actúen según un plan común²¹⁹.

Tal es el esquema histórico esbozado por Kautsky. A decir verdad, el autor considera la cuestión desde un punto de vista diferente al de Marx, enfatizando el aspecto cultural y pacífico del desarrollo, mientras que Marx acentúa el aspecto político, cuya expresión tangible es la lucha.

Sin embargo, ambos caracterizan el destino de la humanidad dentro del desarrollo histórico no como tendiente a la fragmentación y la emancipación sino todo lo contrario. Kautsky formula —si no nos equivocamos, por primera vez en la literatura socialista de los tiempos modernos— un plan histórico tendiente a suprimir en el futuro mundo del régimen socialista las diferencias nacionales y a amalgamar a la humanidad civilizada en una sola nacionalidad.

Notemos —dice el mismo autor— que en los tiempos modernos el desarrollo del capitalismo provoca fenómenos que aparentemente niegan esa verdad histórica; el despertar y el crecimiento de las conciencias nacionales, como también la necesidad del Estado nacional, que constituye la forma estatal «que mejor responde a las condiciones modernas, [...] la forma en que el Estado puede cumplir con mayor facilidad sus tareas»²²⁰.

Sin embargo, ese Estado nacional «más perfecto» no es sino una abstracción fácilmente susceptible de ser desarrollada y defendida teóricamente pero que no se corresponde con la realidad. La marcha histórica hacia una comunidad, hacia una civilización universal, evidentemente se lleva a cabo entre negaciones y absurdos, al igual que todo el desarrollo social; sin embargo, esas contradicciones no se encuentran allí donde las busca Kautsky, es decir en la aspiración a un «Estado nacional» ideal, sino más bien donde las señala Marx: en la pelea mortal entre las naciones,

219. [Subrayado de Rosa Luxemburgo]

220. *Ibid.*, p. 23.

en la tendencia a la creación —atiende y a pesar de los amplios círculos culturales— de grandes Estados capitalistas.

El desarrollo *imperialista*, característica relevante de la era contemporánea que adquiere cada día mayor preponderancia gracias al progreso del capitalismo, condena a priori a un sinnúmero de pequeñas y medianas naciones a la impotencia política. Sin contar a las pocas potencias, voceros del desarrollo capitalista, que poseen los medios materiales y espirituales imprescindibles para sostener la independencia económica y política, la «autodeterminación», es decir la libre existencia de países pequeños y medianos, es y será una gran ilusión. La devolución de la independencia a todos o a la mayoría de los países hoy sojuzgados sólo sería posible si la libertad de las naciones pequeñas tuviera alguna oportunidad de supervivencia y futuro desarrollo dentro de la etapa capitalista. Entre tanto, las condiciones económicas y políticas de los grandes Estados son tan indispensables dentro de la lucha capitalista que inclusive los pequeños Estados políticamente soberanos y formalmente independientes que existen en Europa desempeñan en la vida política europea el papel de meros espectadores y, más a menudo, de chivos expiatorios. ¿Puede acaso hablarse seriamente de la autodeterminación de los montenegrinos, búlgaros, rumanos, serbios, griegos y, en parte, incluso de los suizos, formalmente independientes, cuya independencia misma es producto de la lucha política y del juego diplomático del «concierto europeo»? La idea de garantizar la autodeterminación a todas las «naciones» —tomada desde tal punto de vista— significa en perspectiva al menos un retroceso hasta el desarrollo capitalista prematuro de los pequeños Estados medievales, mucho antes de los siglos xv y xvi.

La segunda característica básica del desarrollo capitalista, que también convierte la idea de que hablamos en utopía, es el *imperialismo* capitalista.

El ejemplo de Inglaterra y Holanda nos demuestra que en ciertas condiciones una nación capitalista puede, omitiendo la fase transitoria del «Estado nacional», crear inmediatamente un Estado colonial en la época de la manufactura. Siguiendo el ejemplo de Inglaterra y Holanda, países que ya en los albores del siglo xvii comenzaron a conquistar colonias, procedieron a hacer lo propio todos los grandes Estados capitalistas en los siglos xviii y xix. Como consecuencia de esta corriente tenemos los continuos desmoronamientos de la independencia de nuevos países, pueblos y continentes enteros.

El mismo desarrollo del comercio internacional en la era capitalista provoca la ineludible, aunque a veces muy lenta ruina de todas las sociedades más primitivas, aniquila su manera histórica de «autodeterminación» y las hace dependientes de la rueda trituradora del desarrollo capitalista y de la política internacional. Sólo una completa ceguera formalista puede motivar la aseveración de que por ejemplo el pueblo chino –tanto si consideramos a los habitantes de este país como una o varias nacionalidades– se «autodetermina» realmente. Tras la acción destructora del comercio mundial, sigue directamente la ocupación de los países coloniales o su dependencia política en diversos grados y formas, y si la socialdemocracia combate con todas sus fuerzas la política colonial en todas sus formas, tratando de obstaculizar su progreso con toda energía, simultáneamente se da cuenta perfectamente de que el progreso tanto como el origen mismo de la política colonial están arraigados profundamente en las bases de la producción capitalista, que ineludiblemente acompañarán el futuro desarrollo del capitalismo, y que los únicos incautos que creen que los países actuales cambiarán de proceder son los apóstoles burgueses de la «paz». Desde el punto de vista de tal desarrollo de las necesidades de la lucha por la existencia en los mercados mundiales, la política internacional y las posesiones coloniales «son las que mejor cumplen su cometido en las condiciones actuales» para los grandes Estados capitalistas, las que mejor sirven a las necesidades de la explotación capitalista. Es decir, no el Estado «nacional», como supone Kautsky, sino el Estado rapaz. A modo de comparación de los diversos grados de aproximación a ese aparente ideal, los mejores ejemplos no son ni Francia –al menos en su parte europea nacionalmente homogénea– ni mucho menos España, que perdió casi totalmente su carácter imperialista para retornar al «nacional» después de haber perdido sus colonias, sino la nación británica –sobre la base de sus conquistas europeas y en todas partes del mundo–, la nación alemana, los Estados Unidos de América, que guardan en su seno la explotación de los negros a semejanza de una herida infecta, y los pueblos conquistadores de Asia.

Las cifras que expresan la tendencia imperialista a conquistar otras nacionalidades saltan a la vista de este pequeño cuadro:

La siguiente es la cantidad de habitantes en las colonias pertenecientes a:

	<i>Gran Bretaña</i>	<i>Francia</i>	<i>Alemania</i>	<i>Holanda</i>
En Asia	361.445.000	18.073.000	120.041	37.734.000
En África	40.028.000	31.500.000	11.447.000	—
En América	7.557.300	428.819	—	142.000
En Australia	5.811.000	89.000	448.000	—

	<i>Bélgica</i>	<i>Dinamarca</i>	<i>España</i>	<i>Portugal</i>	<i>Estados Unidos</i>
En Asia	—	—	—	810.000	7.635.425
En África	19.000.000	—	291.000	6.460.000	—
En América	—	42.422	—	—	953.243
En Australia	—	—	—	—	13.000

A las enormes cifras citadas aquí, que redondean en 500 millones la cantidad de habitantes sometidos, habría que añadir las colosales posesiones de países que no figuran como colonias pero que en realidad dependen totalmente de los países europeos, y luego dividir la suma por la innumerable cantidad de nacionalidades y grupos étnicos, para tener una idea aproximada de la acción del imperialismo capitalista en contra del destino de las naciones y de su posibilidad de «autodeterminación».

Infaliblemente, también la historia de la expansión colonial se traduce de vez en cuando en la contradictoria tendencia a la emancipación económica y luego política de los países sometidos. Los ejemplos más notables los constituyen las gestas emancipadoras de los Estados Unidos contra Inglaterra a fines del siglo XVIII, de los países de América del Sur contra España y Portugal en las décadas de los años 20 y 30 del siglo pasado, como también la consecución de la autonomía por parte de los Estados australianos de Inglaterra. Sin embargo, un análisis más profundo señalará en seguida diferentes condiciones de origen. Tanto Norteamérica como Sudamérica fueron víctimas, hasta el siglo XIX inclusive, del primitivo sistema de la política colonial que consistía más en el pillaje del país y de sus riquezas naturales a fin de engrosar las arcas de los países europeos que en una explotación racional que fomentase la producción capitalista. Además, se trataba de continentes enteros —poseedores de todas las condiciones para el progreso capitalista autónomo—, los cuales debían abrirse camino propio rompiendo las herrumbradas cadenas de la dependencia política. Mientras en Norteamérica, que dependía de Ingla-

terra, esta presión capitalista actuaba con mayor fuerza, en Sudamérica, en cambio, que hasta allí había sido preponderantemente un continente agrícola, encontró una resistencia mucho menor por parte de España y Portugal, económicamente atrasados.

Como es obvio, tales riquezas excepcionales no constituyen una regla en las condiciones naturales de todas las colonias. Por otra parte, el sistema colonizador contemporáneo crea una dependencia mucho menos superficial que el antiguo. Pero, básicamente la conquista de la independencia por parte de las colonias americanas no suprimió en sí el sojuzgamiento nacional, sino que hubo un intercambio de nacionalidades: simplemente cambiaron los papeles. Estados Unidos –cuyo elemento revolucionario que se emancipó de la corona de Inglaterra no fue un pueblo foráneo sino los mismos ingleses inmigrantes que se habían establecido en América sobre las ruinas y los cadáveres de los aborígenes pieles rojas– constituye hoy día uno de los más fuertes focos de conquista imperialista. Lo propio podemos decir de Brasil, la Argentina y otras excolonias, cuyo elemento preponderante lo constituyen inmigrantes portugueses y españoles; estos países lograron su independencia de los reinos europeos principalmente para tener el monopolio del comercio de esclavos y de su explotación en las plantaciones, y para conquistar todas las colonias más débiles de la vecindad. Es más que probable que condiciones parecidas existan también en la India, donde últimamente parece surgir un serio movimiento «nacional» contra Inglaterra. La sola existencia de la enorme cantidad de nacionalidades con diverso grado de desarrollo social y cultural, y su interdependencia, debe ser una campana de alarma contra apresurados juicios relativos a que el movimiento indio es un movimiento «nacional».

Aparentemente estas excepciones, tras un análisis más detenido, sólo confirman las conclusiones de cuán ajeno se halla el régimen capitalista contemporáneo de conceder la independencia real de todas las nacionalidades.

A decir verdad, el problema se puede formular de manera mucho más simple separando la cuestión de la conquista colonial de la cuestión de las nacionalidades. Se trata de un punto de vista aplicado muy a menudo, consciente o inconscientemente, por los defensores de los «derechos de los pueblos» que, por otra parte, responde a la posición que han tomado con respecto a la política colonial, por ejemplo, Eduard David de la socialdemocracia alemana o Van Kol de la holandesa, según la cual las

conquistas coloniales en general se consideran como manifestaciones de la misión civilizadora de los pueblos europeos, imprescindibles inclusive en el régimen socialista. Tal posición puede caracterizarse brevemente como la versión «europea» del principio filosófico de Fichte en la conocida paráfrasis de Ludwig Börn: *Ich bin ich – was ausser mir, ist Lebensmittel*²²¹. Tomando como naciones propiamente dichas a las naciones europeas y como «fuente de alimentación» a los pueblos coloniales, entonces se puede hablar de «Estados nacionales», contando entre ellos a países tales como Francia, Italia o Dinamarca; pero en este caso «el derecho de las naciones a la autodeterminación» es aplicable únicamente a las cuestiones intraeuropeas y se convierte en teoría de las razas dominantes, dejando entrever claramente su procedencia ideológica liberalburguesa, conjuntamente con su cretinismo «europeo». En la comprensión de los socialistas, tal derecho debe llevar a priori un carácter universal, y bastará tener en cuenta sólo esta premisa para demostrar que la esperanza de realizar este «derecho» en el terreno internacional con el régimen existente constituye una utopía que entra en directa contradicción con las tendencias del desarrollo capitalista, en las cuales la socialdemocracia ha basado su existencia. El regreso universal de todos los pueblos existentes a sus respectivas unidades nacionales y a su desmenuzamiento en Estados y estadillos nacionales constituye una empresa totalmente desesperada y, desde el punto de vista histórico, reaccionaria²²².

221. «Yo soy yo; lo que está fuera de mí es fuente de alimentación» [N. del ed.]

222. En las mentes de los formalistas legales y en las definiciones profesoras este desarrollo se refleja como «la degeneración de la idea nacional»: «La segunda corriente del nacionalismo se manifiesta en la tendencia de las naciones que ya han conseguido su independencia política a lograr la supremacía entre las demás. Estas tendencias se manifiestan por una parte en la glorificación de hechos históricos pretéritos o de actuales virtudes de carácter nacional, esto es, del espíritu de una nación, o en la formulación de esperanzas indefinidas sobre el futuro papel cultural, esto es, en una cierta predeterminación que se bautiza, ahora, con el nombre de nacionalismo. Por otra parte surgen las tendencias a ampliar los límites territoriales, a afianzar su posición internacional por medio de agresión y colonialismo; lo que ha recibido el nombre de imperialismo. Estos movimientos constituyen la consecuencia de la idea nacional y a pesar de la contradicción con la idea original no podemos dejar de ver su semilla y a la vez la muerte de esa idea. Evidentemente, el siglo de las nacionalidades llegó a su ocaso. Esperemos un siglo nuevo, coloreado por corrientes nuevas» (V. M. Ustinov, *Ideja nacionalnogo gosudarstva*, Jarkov, 1906).

IV

La mera enunciación del «derecho de las naciones» no basta para caracterizar a una posición como socialista en las cuestiones nacionales, no sólo porque no toma en cuenta toda la variedad de condiciones históricas (lugar y tiempo) de cada caso en particular, no sólo porque no considera la orientación general del desarrollo de las relaciones internacionales, sino, principalmente, porque ignora totalmente la teoría básica del socialismo moderno: la teoría de la sociedad de clases.

Al hablar del «derecho de los pueblos a la autodeterminación» nos referimos generosamente a la totalidad de un «pueblo», a una unidad social y políticamente homogénea, pero precisamente tal noción de «pueblo» corresponde a ciertas categorías de la ideología burguesa que han sido objeto de una revisión radical por parte de la teoría marxista, la cual demostró fehacientemente que tras cortinillas de humo tales como la «libertad del ciudadano», la «igualdad ante la ley», etcétera, se esconde en cada caso un contenido histórico bien definido.

En una sociedad de clases, el «pueblo», como un todo social y político homogéneo, no existe, mientras que sí existen en cada nación las clases sociales con sus intereses y «derechos» antagónicos. No existe literalmente una sola esfera en lo social, desde las más groseras relaciones materiales hasta la más sutil de las morales, en que las clases propietarias y el proletariado consciente ocupen la misma posición, o figuren como una totalidad «nacional» no diferenciada. En el campo de las relaciones económicas, las clases burguesas representan constantemente los intereses de la explotación, mientras que el proletariado representa los intereses del trabajo. En la esfera de las relaciones legales la piedra fundamental de la sociedad burguesa es la propiedad privada, mientras que el interés del proletariado exige la emancipación del hombre del yugo de la propiedad. En la jurisprudencia la sociedad burguesa representa la «justicia» de clase, la justicia de los satisfechos y dominantes; el proletariado, entre tanto, defiende la clemencia y el principio de tener en cuenta las influencias sociales sobre el individuo. En las relaciones internacionales, la burguesía representa la política de la gñeña y la conquista y, en la fase actual, el sistema de derechos aduaneros y la guerra económica, mientras que el proletariado representa la política del libre comercio y de la paz universal. En la esfera de las ciencias sociales y de la filosofía, las doctrinas burguesas y la que representa la posición del proletariado

ocupan posiciones francamente contrarias; a las clases propietarias y a su idea sobre la vida y el mundo la representan el idealismo, la metafísica, el misticismo, el eclecticismo, mientras que el proletariado contemporáneo tiene su escuela propia: el materialismo dialéctico. Inclusive en el dominio de las relaciones, digamos, panhumanas, es decir en lo que se refiere a la ética, a las corrientes artísticas o a la educación, los intereses, puntos de vista e ideales de la burguesía por una parte, y los del proletariado consciente, por la otra, representan dos campos enemigos separados por un abismo. Y en aquellas esferas donde las aspiraciones e intereses formales de la burguesía y del proletariado son en su totalidad o en su mayor parte aparentemente idénticos o comunes —como, por ejemplo, en el campo de las aspiraciones democráticas—, allí, bajo la identidad de consignas y formas se esconde una total discrepancia en cuanto al contenido y a la política real.

Por lo tanto, no podemos hablar de una voluntad común y homogénea, de una autodeterminación del «pueblo», en una sociedad así constituida. Y si hallamos en la historia de las sociedades modernas ciertos movimientos «nacionales» y ciertas luchas por los «intereses nacionales», se trata de los sempiternos movimientos clasistas del estrato burgués predominante, que en un momento dado puede hasta cierto punto representar también los intereses de otros estratos sociales si bajo la forma de «intereses nacionales» defiende ciertas pautas progresistas del desarrollo histórico y si la clase trabajadora aún no se ha diferenciado como clase independiente y políticamente consciente de la masa de la población guiada por la burguesía. La burguesía francesa tenía, en tiempos de la gran revolución, pleno derecho de representación del «pueblo» francés como tercer estado, e inclusive la burguesía alemana podía hasta cierto grado considerarse en 1848 como «representante» del «pueblo» alemán, aunque ya el *Manifiesto Comunista* y parcialmente, la *Nueva Gaceta del Rin*, constituían la vanguardia de la diferenciación política del proletariado en Alemania. Sin embargo, en ambos casos, era evidente que el significado de la causa revolucionaria de la clase burguesa se identificaba, en aquel periodo de desarrollo social, con la causa de toda la población que constituía —conjuntamente con la burguesía— una masa políticamente homogénea en contra del feudalismo.

Esta circunstancia demuestra también que la manipulación de los «derechos de los pueblos» no puede ser concluyente para la posición del partido socialista en la cuestión de las nacionalidades. La misma

existencia del tal partido es testimonio de que la burguesía *dejó* de ser representante de todo el pueblo, que la clase proletaria ya no se esconde tras la falda burguesa, sino que se ha separado de ella, conformándose como clase independiente con diferentes aspiraciones sociales y políticas. Y debido a que las nociones de «pueblo», «derechos» y «voluntad del pueblo» como un todo homogéneo son, como dijimos, residuos de los tiempos del antagonismo inmaduro e inconsciente entre el proletariado y la burguesía, su uso por el proletariado consciente y organizado sería una crasa contradicción, y no una contradicción contra la lógica escolar sino contra la lógica *histórica*.

Por lo tanto, con respecto a la cuestión nacional en nuestra sociedad el partido socialista debe tomar en cuenta en primer término la oposición de clases. La cuestión nacional checa adquiere ciertas formas para la pequeña burguesía y otras para el proletariado; igualmente, no podemos buscar una solución de la cuestión nacional polaca que satisfaga por igual al señor Koscielski²²³ de Miloslawie y a su siervo, o contemporáneamente a la burguesía de Varsovia y de Łódź y a los obreros polacos dotados de conciencia política; la cuestión judía se presenta de una manera en la mentalidad de la burguesía judaica y de otra en la de su proletariado revolucionario. La cuestión de las nacionalidades, al igual que todas las otras cuestiones sociales y políticas, es para la socialdemocracia básicamente una *cuestión de intereses de clase*.

Desde el punto de vista del socialismo místico-sentimental (que pululaba, por ejemplo, en Alemania en la década de los años cuarenta, representado por «verdaderos socialistas» como Karl Grün y Moses Hess²²⁴ y cuya edición caricaturesca polaca fue más tarde el socialismo a la Limanowski –véase *Lud Polski* y luego *Pobudka* en la década de los ochenta–), el objetivo de los socialistas era aspirar a todo lo bello y lo bueno. Y sobre este principio el señor Limanowski, posteriormente caudillo del Partido Socialista Polaco, asociaba por ejemplo el socialismo polaco al objetivo de la reconstrucción de Polonia, observando que el socialismo es una idea ineludiblemente hermosa, que el patriotismo es

223. Probablemente se refiere al político y escritor Koscielski (1845-1911). Era de nacionalidad polaca, confiaba en un antagonismo ruso-alemán y tenía sendos escaños en la Casa de los Señores prusiana y en el Reichstag, donde en 1893 votó en favor de la ampliación del ejército. [N. del ed.]

224. Véase los últimos dos apartados del segundo volumen de nuestra edición de *La Ideología Alemana* en largamarchaeditorial.cl. [N. del ed.]

una idea no menos bella: «¿por qué, pues, ambas no podrían unirse en un solo objetivo?»

El único grano de verdad en este enmarañado socialismo sentimental es la utópica parodia de la idea, en sí misma correcta, de que el régimen socialista garantiza por vez primera en la historia de las sociedades clasistas la realización de los más altos ideales humanos generales con respecto a la formación de las relaciones sociales por medio de la supresión de las clases dominantes.

Y tal es precisamente el contenido, tal el real significado del principio enunciado por el congreso internacional de Londres en la resolución ya citada. «El derecho de las naciones a la autodeterminación» dejará de ser una frase hueca en una sociedad en la cual tampoco el «derecho al trabajo» sonará a vacío. El régimen socialista, que suprimirá radicalmente no sólo el predominio de una clase social sobre otras, sino conjuntamente con ello la misma existencia de las clases sociales y sus contradicciones, la misma división de la sociedad en clases con aspiraciones e intereses diferentes, ese régimen hará realidad una sociedad como conjunto de unidades ligadas por intereses armónicos y solidarios, es decir como un todo homogéneo con una voluntad común y organizada y con la posibilidad de satisfacer sus objetivos. El régimen socialista, por tanto, también hará realidad al «pueblo» como voluntad homogénea —en la medida en que las naciones existan como cuerpos socialmente independientes o, como lo considera Kautsky, formen un solo Estado— y las condiciones materiales para la libre autodeterminación. En una palabra, la sociedad logrará la posibilidad real de libre autodeterminación nacional cuando esté capacitada para decidir conscientemente sobre su existencia económica y sobre sus condiciones productivas. Los «pueblos» decidirán sobre su existencia histórica cuando la sociedad humana domine sus procesos sociales.

Por lo tanto, es básicamente errónea la analogía que tratan de demostrar a veces los partidarios «del derecho de los pueblos a la autodeterminación» entre este «derecho» y todos los demás postulados democráticos, como la libertad de palabra, la libertad de prensa, la libertad de asociación y de reunión. Si el reconocimiento del derecho a la libre asociación —proclaman— es un deber en nuestra calidad de partido de las libertades políticas, lo que no nos impide combatir las asociaciones de los partidos burgueses enemigos, así el reconocimiento del «derecho de los pueblos» no nos obliga a prestar nuestro apoyo a cada caso

particular de «autodeterminación» nacional, lo que no por ello deja de ser, sin embargo, un deber democrático. La citada teoría parece ignorar totalmente que esos «derechos», aparentemente análogos, se hallan en diferentes planos históricos. Las libertades de asociación, de palabra, de prensa, etcétera, constituyen formas de existencia de la sociedad burguesa madura legalmente formuladas, mientras que «el derecho de los pueblos a la autodeterminación» constituye tan sólo la fórmula verbal de una idea metafísica, totalmente irrealizable en el seno de la sociedad burguesa y sólo posible en el terreno del régimen socialista.

Sin embargo, en su política actual, el socialismo no es el recipiente de todas las aspiraciones místicas, «bellas» y «nobles», sino la expresión política de relaciones bien definidas, es decir de la lucha de clases del proletariado contemporáneo contra el imperio de la burguesía, y de la tendencia a establecer la dictadura de su clase a fin de suprimir las formas actuales de producción. Este objetivo constituye para el partido socialista, en su calidad de partido del proletariado, la principal regla de conducta, y decide acerca de la dirección de todas las cuestiones particulares de la vida social.

La socialdemocracia es el partido clasista del proletariado. Su objetivo histórico es ser vocero de los intereses del proletariado y, al mismo tiempo, de los intereses del desarrollo revolucionario de la sociedad capitalista en su marcha hacia la realización del socialismo. Por tanto, la socialdemocracia tiene la misión de hacer posible no el derecho de los pueblos a la autodeterminación, sino el derecho a la autodeterminación de la clase trabajadora, de la clase explotada y perseguida: el proletariado. Desde tal posición, la socialdemocracia examina sin excepción todas las cuestiones sociales y políticas y, basándose en ellas, formula sus exigencias programáticas. La socialdemocracia no permite que el «pueblo» decida según su mejor parecer y su «autodeterminación» en cuestiones tales como las de las formas políticas, o de la política interior, o las jurídicas, educacionales, impositivas, militares, etcétera. Sin embargo, el problema de las condiciones del ser nacional político y del ser nacional cultural ocupan en no menor grado el ámbito de los intereses clasistas del proletariado, a la par de las cuestiones ya enumeradas; entre éstas y las político-culturales se produce generalmente una estrecha unión de interrelaciones y causalidades. Por ende, tampoco en este caso puede la socialdemocracia dejar de cumplir con su deber y exigir en cada caso la consecución de aquellas formas político-culturales que mejor respondan

a los intereses del proletariado y de la lucha de clases en una época y lugar dados, como también a los intereses del desarrollo revolucionario de la sociedad, sin abandonar esas cuestiones a que las solucione el «pueblo».

Esto es perfectamente comprensible cuando pasamos de la teoría abstracta al terreno de las relaciones concretas.

El «pueblo» debe tener el «derecho» a la autodeterminación. Pero ¿quién es ese «pueblo», quién es su plenipotenciario, quién tiene el derecho de expresar la voluntad del «pueblo»? ¿Cómo realmente reconocer los deseos del «pueblo»? ¿Acaso existe un solo partido político que no afirme ser —en oposición a todos los demás— el verdadero vocero de la voluntad del «pueblo», mientras que el resto de los partidos representan tan sólo una versión caricaturesca de la voluntad popular? Todos los partidos liberales burgueses se consideran encarnaciones de la voluntad del «pueblo» y poseen el monopolio de su representación. Más aún, también invocan la voluntad y los intereses del pueblo los partidos conservadores y los reaccionarios, hasta cierto punto con igual derecho. La gran revolución francesa fue una indudable expresión de la voluntad popular; sin embargo Napoleón, que aniquiló con el golpe del 18 Brumario la obra de la revolución, tomó como base textual de su reforma estatal el principio de la «volonté générale»²²⁵.

En 1848, la voluntad del «pueblo» consagró en primer término a la república y al gobierno provisional, luego a la asamblea nacional y finalmente a Luis Bonaparte, quien dejó sin efecto tanto la república como el gobierno provisional y la asamblea nacional. En Polonia, la voluntad popular fue tomada en usufructo por el partido de las centurias negras²²⁶, como también por la «Democracia Nacional»²²⁷, que invocando la «au-

225. Voluntad general [N. del ed.]

226. Las «centurias negras» eran bandas terroristas creadas por el régimen zarista para la lucha contra el movimiento revolucionario. Se componían de elementos reaccionarios de la pequeña burguesía, del lumpenproletariado y de criminales. Asesinaron a trabajadores progresistas e intelectuales y programaban pogromos de judíos. [N. del ed.]

227. En junio de 1897 fue fundado el partido nacionaldemocrático, representante de los intereses de la gran burguesía, de una parte de los grandes propietarios terratenientes y de la pequeña burguesía. Su concepción era nacionalista y antisemita. Su programa político refutaba decididamente toda transformación revolucionaria de la sociedad, y auspiciaba una transformación en sentido interclasista. Sus principales representantes eran Román Dwowski y Zygmunt Baliki. [N. del ed.]

todeterminación del pueblo» instigaba a los obreros «nacionalistas» a asesinar a los obreros socialistas.

La «verdadera» voluntad del «pueblo» se asemeja pues al verdadero anillo de la fábula de Lessing sobre el sabio Natán: se perdió y parece imposible hallarla y diferenciarla de las falsas y falsificadas. Aparentemente, el principio democrático proporciona un método para hallar la verdadera voluntad del pueblo determinando la voluntad de la *mayoría*.

El pueblo quiere lo que quiere su mayoría. Sin embargo, este principio no puede ser concluyente para ningún partido socialdemócrata: tal axioma sería equivalente a la autoaniquilación de la socialdemocracia como partido revolucionario. La socialdemocracia es, por su naturaleza misma, un partido que representa los intereses de la inmensa mayoría del pueblo. Sin embargo, sigue siendo en la sociedad burguesa, y desde el punto de vista de la expresión consciente de la voluntad, un partido minoritario que tiende a la expansión. Pero no busca la expansión reflejando en sus aspiraciones, sus exigencias, su política, la voluntad de la mayoría nacional, sino, al contrario, expresando la voluntad consciente de la clase proletaria, y ni siquiera de su mayoría sino de su estrato más revolucionario: el proletariado industrial urbano; trata de que esa voluntad se labre su propio camino y llegue a todo el pueblo trabajador, descubriéndole sus propios intereses. La «voluntad del pueblo» o de su mayoría no constituye, en consecuencia, una divinidad ante la cual la socialdemocracia se pone de rodillas; al contrario, la misión histórica de la socialdemocracia es revolucionar y formar la voluntad «popular», es decir, la de su mayoría trabajadora. Por otra parte, las manifestaciones tradicionales de la conciencia social en la sociedad burguesa, que también se observan en las clases obreras, constituyen formas hostiles a los ideales y aspiraciones socialistas. Inclusive en Alemania, donde la socialdemocracia es uno de los partidos políticos más poderosos, sus tres millones y cuarto de votantes son ampliamente superados por los ocho millones de electores de los partidos burgueses, y la cifra total de votantes es de trece millones de personas. Las estadísticas de las elecciones parlamentarias nos proporcionan un cierto, aunque inexacto, material de juicio sobre la formulación de las fuerzas políticas en los tiempos de paz. El pueblo alemán, por lo tanto, se «autodetermina» actualmente votando en su mayoría por conservadores, clericales, librepensadores, y entregándoles su destino político. Y lo mismo sucede, en mayor grado aún, en todos los demás países.

V

Tomemos un ejemplo concreto como ensayo de aplicación del principio de la «autodeterminación» de un «pueblo».

Refiriéndose a Polonia en el actual periodo revolucionario, uno de los socialdemócratas rusos integrante de la redacción de la desaparecida *Iskra*²²⁸ desarrolló en el año 1906 la idea de la necesidad de la asamblea constituyente de Varsovia de la siguiente manera:

Si partimos de la base de que la organización política de Rusia constituye el momento decisivo en la cuestión de la opresión nacional existente, debemos llegar a la conclusión de que el proletariado de las nacionalidades sojuzgadas y de los países anexados debe tomar la parte más activa en la organización de la asamblea legislativa panrusa.

Esta asamblea deberá, a mi parecer, cumplir una misión revolucionaria, romper las cadenas de la opresión con las cuales los zares han ligado entre sí a la nacionalidad dominante y a las sojuzgadas.

*Y no existe ningún otro método satisfactorio, es decir revolucionario, de solucionar tal cuestión que no sea el de dar vida a los derechos de las nacionalidades a la autodeterminación*²²⁹. La misión del partido proletario unido de todas las nacionalidades en el seno de la asamblea constituyente será precisamente lograr tal solución de la cuestión nacional, solución factible sólo si se apoya en el movimiento popular de las masas y en su influencia sobre la asamblea constituyente.

Pero ¿en qué forma concreta habrá de realizarse ese ya reconocido derecho a la autodeterminación?

Allí donde la cuestión nacional más o menos se identifica con la cuestión jurídico-estatal —lo que es aplicable a Polonia—, el órgano que podrá realizar el derecho a la autodeterminación conquistado por el pueblo puede y debe ser *una asamblea constituyente nacional, cuya*

228. *Iskra* fue el periódico del Partido Socialdemócrata de Rusia fundado por iniciativa de Lenin en 1900. Tenía como epígrafe el verso del poeta decembrista A. I. Odоеvski: «De la chispa brotará la llama». El primer número de *Iskra* apareció en Leipzig el 11 (24) de diciembre de 1900; los siguientes en Munich, desde abril de 1902 en Londres y desde la primavera de 1903 en Ginebra. Del comité de redacción de *Iskra* formaban parte V. I. Lenin, G. V. Plejánov, J. O. Mártov, P. B. Axelrod, A. N. Potrésov y V. I. Zasúlich. Desde noviembre de 1903, hasta su último número (112) que apareció en octubre de 1905, *Iskra* fue el órgano del menchevismo. [N. del ed.]

229. El subrayado es de Rosa Luxemburgo. [N. del ed.]

misión especial será determinar qué relaciones adoptará dicho «país limítrofe» con el Estado general, su permanencia futura en su seno o la independencia, su organización interna y futura unión con la federación.

Por lo tanto, la asamblea constituyente polaca debería decidir si Polonia ha de formar parte de la nueva Rusia y cuál, en tal caso, sería su constitución. *Y el proletariado polaco debería utilizar todas sus fuerzas para que la voluntad clasista imprimiese su sello en la decisión de aquel órgano constituyente nacional.*

Y si nosotros debiéramos exigir ya que la asamblea panrusa pasara positivamente la solución de la cuestión nacional polaca²³⁰ a la dieta de Varsovia, no creo en la necesidad de aplazar la convocatoria de esta dieta hasta tanto la constituyente de Petersburgo se ocupe de tal cuestión.

Al contrario, considero que el gobierno que se decida finalmente a convocar la asamblea constituyente para toda Rusia deberá convocar (o bien sancionar la convocatoria) a una dieta especial para Polonia. *La misión de la asamblea panrusa será sancionar los trabajos de la dieta varsovia, y tomando en cuenta las diversas fuerzas sociales que jugarán sus cartas en la constituyente de Petersburgo la sanción será tanto más segura y más acorde con los reales principios de la democracia cuanto más fuerte haga sentir la voz del pueblo polaco, que lo hará con toda seguridad en las elecciones a la dieta convocada para decidir los futuros destinos de Polonia.*

Por lo tanto, nuestro objetivo debe ser la convocatoria simultánea de las constituyentes panrusa y polaca.

Sin embargo, la presentación por parte del proletariado de la exigencia de una asamblea especial para Polonia no debe significar en ningún caso que el pueblo polaco debe tan sólo designar a la asamblea panrusa una simple delegación de la dieta de Varsovia.

Considero que tal representación no respondería a los intereses del desarrollo revolucionario, porque ligaría entre sí a los elementos proletarios y burgueses de la dieta polaca con tal solidaridad y res-

230. Aquí y en todas partes hablo de la concreta solución de la cuestión nacional polaca, sin tomar en cuenta aquellos cambios que pueden resultar ineludibles al tratar el mismo asunto para otros países. [Nota del autor del artículo citado (véase *Robotnik*, n. 75, 7 de febrero de 1906).]

ponsabilidad que el efecto sería contradictorio con las verdaderas relaciones de sus intereses.

En la asamblea panrusa el proletariado y la burguesía polaca no deben ser representados por una sola delegación, inclusive si supiéramos que ésta contara proporcionalmente con todos los representantes a la dieta, de acuerdo a los votos obtenidos. En tal caso, no sólo desaparecería la representación directa e independiente del proletariado, sino que también se haría más difícil la formación de partidos políticos en Polonia. En tal caso, las elecciones a la dieta polaca, cuyo objetivo principal será determinar las relaciones políticas entre Polonia y Rusia, no podrán demostrar la faz política y social de los partidos contrincantes al nivel en que lo podrán hacer las elecciones a la asamblea panrusa, las que demostrarán también *las cuestiones generales de la política y del socialismo que diferencian definitivamente la sociedad contemporánea*²³¹.

El citado artículo (que imparte la sanción moral del ala oportunista de la socialdemocracia rusa a la consigna del Partido Socialista Polaco en el primer periodo revolucionario: la constituyente varsoviaña) no tuvo ningún efecto práctico. Después de la escisión del PSP, la así llamada «izquierda» de dicho partido, que abandonó públicamente el programa de la reconstrucción de Polonia, debió abandonar también el incipiente nacionalismo en forma de consigna sobre la constituyente de Varsovia. Sin embargo, el artículo citado es un intento característico de operar en la práctica en base al principio del «derecho de los pueblos a la autodeterminación».

En dicha argumentación, que hemos citado en su totalidad para posibilitar su apreciación polifacética, nos llaman la atención varios puntos. En primer término, según el autor, por una parte «la asamblea constituyente polaca debería decidir si Polonia ha de formar parte de la nueva Rusia y cuál, en tal caso, sería su constitución», y, por la otra, «el proletariado polaco debería utilizar todas sus fuerzas para que la voluntad clasista imprimiese su sello en la decisión de aquel órgano constituyente nacional». Aquí la voluntad clasista del proletariado polaco se opone expresamente a la voluntad general del «pueblo» polaco. La voluntad clasista del proletariado puede realmente imprimir «su sello»

231. Este artículo fue publicado en *Robotnik*, órgano del PSP. [Nota de la redacción del *Przegląd Socjaldemokratyczny*.]

a las decisiones de la constituyente varsoviaña siempre y cuando sea formulada clara e inteligentemente; en otras palabras, el partido clasista del proletariado polaco, el partido socialista, debe tener un programa bien definido con respecto a la cuestión nacional para presentarlo ante la constituyente de Varsovia, programa que responda no tanto a la voluntad general del «pueblo» sino a la voluntad y a los intereses del proletariado polaco. Por ende, en la constituyente polaca, con respecto a la cuestión nacional, la voluntad o «la autodeterminación del proletariado» se opone a la voluntad o la «autodeterminación del pueblo». Para los socialistas polacos «el derecho de los pueblos a la autodeterminación» desaparece como principio obligatorio y es reemplazado por un programa político definido sobre cuestiones nacionales.

De allí surge un resultado un tanto extraño. El Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia deja la solución de la cuestión polaca al «pueblo» polaco, mientras que los socialistas polacos no han de hacer lo mismo, sino tratar de hallar la solución dentro del espíritu que anima la voluntad y los intereses del proletariado. Pero el partido del proletariado polaco forma parte orgánica del partido panestatal: por ejemplo, como es sabido, la socialdemocracia del reino de Polonia y de Lituania es componente del Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia. La socialdemocracia de «todas las Rusias», unida teórica y prácticamente, tiene por tanto dos posiciones diferentes: en su totalidad toma la defensa de las «naciones», pero en sus partes componentes reivindica la defensa del proletariado de cada país en particular. Estas posiciones son tan diferentes entre sí que pueden llegar a constituir una crasa contradicción. Las agudas hostilidades clasistas en toda Rusia demuestran férreamente que no sólo en cuestiones de política interna sino también en la política internacional los partidos proletarios parten de una base totalmente diferente que los partidos burgueses y pequeñoburgueses de cada una de las nacionalidades. ¿Qué posición, entonces, tomará el Partido Obrero de Rusia en caso de producirse la colisión?

Supongamos, sólo a manera de ejemplo, que en la constituyente panestatal la parte polaca presenta dos programas contradictorios: un programa autónomo de la Democracia Nacional y otro programa autónomo de la socialdemocracia polaca; ambas posiciones pueden, sin embargo, diferir en gran parte, inclusive pueden ser contradictorias, tanto por su espíritu como por su tendencia y por su forma política. ¿Cuál será, pues, la posición de la socialdemocracia rusa? ¿A cuál de estos programas

reconocerá como expresión de la voluntad y la «autodeterminación» del «pueblo» polaco? La socialdemocracia polaca jamás se erigió en vocero del «pueblo», mientras que la Democracia Nacional, por el contrario, habitualmente se presenta como el heraldo de la voluntad «popular». También podemos suponer, por un momento, que este último partido, aprovechando el oscurantismo de ciertos elementos de la pequeña burguesía y de algunos estratos del proletariado, obtenga la mayoría de los votos para la asamblea constituyente. ¿Qué harán entonces los representantes del proletariado panruso? ¿Apoyarán los proyectos de la Democracia Nacional satisfaciendo así una formulación programática y ocupando una posición contraria a sus compañeros polacos, o bien se unirán a ellos, limitando el «derecho de los pueblos» a su papel de frase hueca que no obliga a nada? ¿O tal vez los socialdemócratas polacos se verán obligados a apoyar en la constituyente nacional y en la agitación interna su propio programa, mientras que en la constituyente panestatal, como miembros disciplinados del partido, votarán en contra de sí mismos?

Tomemos otro ejemplo más. Viendo la cuestión desde un punto de vista puramente abstracto, supongamos que en la asamblea constituyente de la población judía —porque no vemos el objeto de limitar las constituyentes sólo para Polonia— obtiene la mayoría de votos el partido sionista y exige la aprobación de un fondo monetario de emigración para toda la masa judía. Mientras tanto, la representación clasista del proletariado judío combate con toda determinación esta oposición considerándola una utopía nociva y reaccionaria. ¿Cuál sería en ese caso la posición de la socialdemocracia rusa?

Una de dos: o el «derecho de las naciones a la autodeterminación» ha de ser idéntico para la socialdemocracia rusa a las posiciones tomadas por los respectivos proletariados, es decir, a los programas de sus partidos socialdemócratas, y en tal caso tal fórmula constituye una paráfrasis mistificadora de la posición clasista, o bien el proletariado ruso debe reconocer plenamente tal derecho y atender únicamente a la voluntad de la *mayoría* nacional de los países sojuzgados, aunque en contra de esa mayoría esté expresamente el proletariado respectivo con su programa clasista. Y en tal caso se trataría de un particularísimo dualismo político, que une la disonancia entre la posición clasista y la «nacional» con la disonancia entre el partido panestatal y sus partidos componentes.

Por otra parte, la constituyente especial polaca ha de ser el órgano de la realización del derecho de la nación a la autodeterminación. Sin

embargo, el autor restringe este derecho en dos aspectos. En primer término, el ámbito de competencia de la dieta de Varsovia se reduce a las relaciones entre Polonia y Rusia, y en segundo lugar sus decisiones dependen de la sanción de la constituyente de Petersburgo, sanción que puede impartirse o bien rehusarse. En tal caso «el derecho de las naciones a la autodeterminación» se convierte en una cosa harto problemática. Los partidarios nacionalistas de la constituyente varsovia no se contentarían con ver su papel limitado a las relaciones ruso-polacas, sino que exigirían su competencia sobre todas las demás facetas internas y externas de la vida social de Polonia. Y desde el punto de vista del «derecho de los pueblos a la autodeterminación» tendrían todo el derecho del mundo. Si la «constitución polaca» ha de decidir —como es comprensible— sobre el derecho electoral el derecho de reunión y agremiación, el derecho de prensa, etcétera, entonces resulta poco claro qué cuestiones políticas quedan a decisión de la gran constituyente panestatal en relación a Polonia. Aquí podemos aplicar uno de los dos puntos de vista: o la constituyente varsovia ha de ser un órgano efectivo de la autodeterminación del pueblo polaco —y entonces estaría en igualdad de derechos con la constituyente de Petersburgo— o sólo juega un papel dependiente de la constituyente panestatal, y en tal caso la «autodeterminación de los pueblos», conjuntamente con la «sanción» del pueblo ruso, trae a la memoria la famosísima idea alemana: *«Die Republik mit dem Grossherzog an der Spitze»*²³².

El mismo autor nos proporciona la pista de cómo en su razonamiento el «derecho a la autodeterminación» queda anulado por la competencia y la sanción de la constituyente de Petersburgo. El periodista menchevique supone que la asamblea de Varsovia será el órgano de los intereses nacionales, mientras que la panestatal será el de los intereses sociales, clasistas, el terreno de la lucha entre el proletariado y la burguesía. Es por ello que el autor no sólo muestra su desconfianza hacia la «voluntad popular» de Varsovia, sino que exige elecciones directas en Polonia para salvaguardar mejor los intereses del proletariado polaco. De ahí la vacilación entre una y otra posición y el deseo de subordinar el órgano de la «voluntad popular» al órgano de la lucha clasista. Se trata pues de otro dualismo político, en el cual la colisión entre los puntos de vista «nacional» y clasista adquiere la forma de oposición entre las dos constituyentes citadas.

Queda una pregunta: si la representación en la asamblea panestatal es más beneficiosa para la defensa del proletariado polaco, ¿por qué ese cuerpo no ha de decidir también sobre la cuestión nacional polaca y asegurar así la expresión de la voluntad y los intereses del proletariado polaco? Estas vacilaciones y contradicciones surgen simplemente del deseo de unificar la posición «nacional» con la posición clasista del proletariado.

Además, debemos añadir que toda esa construcción de la constituyente de Varsovia no dejará de ser un castillo de naipes, hasta tanto los destinos de la dependencia o independencia nacional y estatal se solucionen por medio de elecciones y no por el desarrollo social y económico, por los intereses materiales clasistas y —en sus manifestaciones externas— por la lucha, la guerra o la revolución. La constituyente de Varsovia tendría su razón de ser si Polonia conquistara antes su independencia de Rusia por medio de la fuerza. Pero ya que la revolución actual no sólo no tuvo resonancia en Polonia ni demostró ninguna tendencia de separar a este país de Rusia, sino que, al contrario, aniquiló los restos de tales tendencias, ya que la Democracia Nacional y el Partido Socialista Polaco renegaron del programa de reconstrucción de Polonia, el «derecho» del pueblo polaco a la autodeterminación es igual al derecho a comer en platos de oro.

El postulado de la constituyente de Varsovia, en su calidad de ensayo improvisado del fenecido nacionalismo polaco, carece de todo peso político o teórico, a semejanza de una pompa de jabón que estalla segundos después de su creación. Este postulado nos sirve para ilustrar prácticamente la aplicación del «derecho de las naciones a la autodeterminación» y como demostración de que, en labios de la socialdemocracia, tal frase suena a una bendición barata a que cada uno haga lo que pueda, o simplemente como un conjunto de palabras sin ningún significado real. Por otra parte, con tal posición la socialdemocracia traiciona su propia vocación: la defensa de los intereses clasistas del proletariado y del desarrollo revolucionario de la sociedad, son las únicas consideraciones tratadas por los creadores del socialismo científico al dilucidar la cuestión de las nacionalidades.

La conservación de esta frase hecha metafísica en el programa del Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia sería una traición a la posición clasista, tan celosamente guardada en todas las particularidades del programa. El punto nueve debe ser reemplazado por un texto concreto, aunque general, que dé una solución a la cuestión nacional de acuerdo a los intereses del proletariado de las respectivas nacionalidades. Ello no significa que el programa nacional de un partido socialdemócrata

se convierta en el programa del partido panestatal. Es imprescindible una evaluación crítica de cada uno de esos programas por la totalidad del partido obrero, pero también su apreciación desde el punto de vista de las condiciones reales en que vive la sociedad, desde el punto de las tendencias generales del desarrollo capitalista y de los intereses de la lucha de clases del proletariado, que es lo único que puede formar una posición homogénea y consecuente tanto del partido general como de sus partes componentes.

OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL²³³

Vladimir Il'ich Lenin

1913

Es evidente que la cuestión nacional ha pasado a ocupar hoy día un lugar destacado entre las cuestiones de la vida pública rusa. Tanto el nacionalismo militante de los reaccionarios como el paso del liberalismo contrarrevolucionario burgués al nacionalismo (sobre todo ruso, pero también polaco, judío, ucraniano, etc.) y, finalmente, el aumento de las vacilaciones nacionalistas entre diversos socialdemócratas «nacionales» (es decir, no rusos), quienes han llegado a violar el programa del partido, nos obligan a prestarle al problema nacional más atención que la prestada hasta ahora.

El presente artículo tiene un objetivo especial: examinar en su conjunto estas vacilaciones programáticas de los marxistas, y de los que se dicen marxistas, respecto a la cuestión nacional. En el n° 29 de *Sévernaya Pravda* (5 de septiembre de 1913, artículo *Los liberales y los demócratas ante la cuestión de los idiomas*), tuve ocasión de referirme al oportunismo de los liberales en el problema nacional. Un artículo de F. Libman en el periódico oportunista judío *Die Zeit* arremetió contra este artículo mío. Por su parte, Lev Yurkévich, oportunista ucraniano, critica el programa de los marxistas de Rusia en el problema nacional (*Dzvin*, 1913, n° 7-8). Ambos autores tocan tantas cuestiones, que para contestarles tendré que referirme a los más diversos aspectos del tema. Creo que lo mejor será empezar por reproducir el artículo publicado en *Sévernaya Pravda*.

1. Los liberales y los demócratas ante la cuestión de los idiomas

Los periódicos se han referido repetidas veces al informe del gobernador general del Cáucaso, que no se distingue por su espíritu centurionegrista,

233. Tomado de *Escritos sobre la cuestión nacional*, 2022, Fundación Federico Engels. [N. del ed.]

sino por su tímido «liberalismo». Entre otras cosas, el gobernador general se pronuncia contra la rusificación artificial de las nacionalidades no rusas. En el Cáucaso, los elementos de las nacionalidades no rusas se esfuerzan *ellos mismos* por enseñar el ruso a sus hijos, como ocurre, por ejemplo, en las escuelas religiosas armenias, donde la enseñanza del ruso no es obligatoria.

Al señalar esto, *Rússkoje Slovo* (nº 198), uno de los periódicos liberales de mayor difusión en Rusia, llega a la acertada conclusión de que la hostilidad hacia el idioma ruso en nuestro país «se debe exclusivamente» a su implantación «artificial» (debería haber dicho «forzada»).

«No hay razón para preocuparse por la suerte de la lengua rusa. Ella misma se ganará el reconocimiento en toda Rusia», dice el periódico. Y esto es cierto porque las necesidades del intercambio económico obligarán siempre a las nacionalidades que viven en un mismo Estado (mientras quieran vivir juntas) a aprender el idioma de la mayoría. Cuanto más democrático sea el sistema político existente en Rusia, con más vigor, rapidez y amplitud se desarrollará el capitalismo y más imperiosamente las exigencias del intercambio económico impulsarán a las distintas nacionalidades a estudiar el idioma más conveniente para las relaciones comerciales comunes.

Pero el periódico liberal se apresura a refutarse a sí mismo y a demostrar su inconsecuencia liberal:

Es poco probable —dice— que incluso entre los adversarios de la rusificación haya alguien dispuesto a negar que en un país tan inmenso como Rusia debe existir un idioma común y que ese idioma [...] sólo puede ser el ruso.

¡La lógica patas arriba! La pequeña Suiza no ha perdido nada, sino que gana, por el hecho de, en vez de tener un idioma único, tener nada menos que tres: alemán, francés e italiano. El 70% de la población son alemanes (en Rusia, el 43% son rusos), el 22% franceses (en Rusia, el 17% ucranianos) y el 7% italianos (en Rusia, el 6% polacos y el 4,5% bielorrusos). Y si los italianos de Suiza hablan con frecuencia en francés en el Parlamento común, no lo hacen obligados por alguna feroz ley policiaca (en Suiza no las hay), sino sencillamente porque los ciudadanos civilizados de un Estado democrático prefieren un idioma comprensible por la mayoría. El idioma francés no despierta odio en los italianos porque

es el idioma de una nación libre y civilizada, un idioma que no ha sido impuesto mediante ninguna repulsiva medida policial.

¿Por qué, entonces, la «enorme» Rusia, mucho más heterogénea y tremendamente atrasada, debe *frenar* su desarrollo conservando privilegios de cualquier tipo para uno de los idiomas? ¿No será al contrario, señores liberales? ¿No deberá Rusia, si quiere alcanzar a Europa, acabar cuanto antes y de la manera más completa y enérgica con toda clase de privilegios?

Si desaparecen todos los privilegios, si se deja de imponer uno de los idiomas, todos los eslavos aprenderán fácil y rápidamente a entenderse entre ellos y no les asustará la «horrible» idea de que en el Parlamento común se escuchen discursos en lenguas distintas. Las necesidades del intercambio económico *determinarán* por sí mismas qué idioma *conviene* más que sepa la mayoría, en interés de las relaciones comerciales. Y esta determinación será tanto más firme porque será adoptada de forma voluntaria por la población de las distintas nacionalidades, y será tanto más rápida y amplia cuanto más consecuente sea la democracia y más rápido, por ello, sea el desarrollo del capitalismo.

Los liberales abordan la cuestión de los idiomas del mismo modo que el resto de las cuestiones políticas: como mercaderes hipócritas, tendiendo una mano (abiertamente) a la democracia y la otra (por la espalda) a los feudales y a la policía. ¡Estamos contra los privilegios!, gritan los liberales, mientras regatean a escondidas con los feudales y obtienen de ellos tal o cual privilegio.

Así es *todo* nacionalismo liberal-burgués, ya sea el ruso (el peor de todos por su carácter violento y su parentesco con los Purishkévich²³⁴), el polaco, el judío, el ucraniano, el georgiano o cualquier otro. Bajo la consigna de «cultura nacional», la burguesía de *todas* las naciones, tanto en Austria como en Rusia, lo que *en realidad* hace es dividir a los obreros, debilitar la democracia y regatear con los feudales la venta de los derechos y la libertad del pueblo.

La consigna de la democracia obrera no es «cultura nacional», sino cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial. Que la burguesía engañe al pueblo con diversos programas nacionales «positivos». El obrero con conciencia de clase le responderá: sólo hay

234. *Vladimir Purishkévich* (1870-1920): Diputado ultrarreaccionario ruso, perteneciente a las «centurias negras» y famoso por su defensa de los pogromos antisemitas. [N. del ed.]

una solución para la cuestión nacional (en la medida en que es posible resolverla en general en el mundo capitalista, en el mundo del lucro, las discordias y la explotación), y esa solución es la democracia consecuente.

Pruebas: en Europa occidental, Suiza, país de vieja cultura, y en Europa oriental, Finlandia, país de joven cultura.

El programa nacional de la democracia obrera exige: ningún privilegio para ninguna nación o idioma; solución absolutamente libre y democrática del problema de la autodeterminación política de las naciones, o sea, de su separación como Estado; promulgación de una ley para todo el país declarando ilegal y no válida toda medida (de los *zemstvos*²³⁵, ayuntamientos urbanos, comunidades, etc.) que implante privilegios de cualquier tipo para una de las naciones y menoscabe la igualdad de las naciones o los derechos de una minoría nacional; cualquier ciudadano del Estado tiene derecho a pedir la anulación de tal medida por anticonstitucional y el castigo de quienes hubiesen intentado aplicarla.

Frente a las discordias nacionalistas de los diversos partidos burgueses a propósito del idioma, etc., la democracia obrera reivindica la unidad incondicional y la completa fusión de los obreros de *todas* las nacionalidades en *todas* las organizaciones obreras (sindicales, cooperativas, de consumo, educativas, culturales...), en contraposición a todo nacionalismo burgués. Sólo esa unidad y fusión podrán salvaguardar la democracia, los intereses de los obreros frente al capital —que tiene ya un carácter internacional y lo tendrá cada vez más— y el desarrollo de la humanidad hacia un nuevo modo de vida sin privilegios ni explotación.

2. La «cultura nacional»

Como habrá visto el lector, el artículo de *Sévernaya Pravda* muestra con un ejemplo —el idioma oficial— la inconsecuencia y el oportunismo de la burguesía liberal, que en la cuestión nacional tiende la mano a los feudales y a la policía. Cualquiera puede darse cuenta de que la burguesía liberal también actúa con la misma deslealtad, hipocresía y torpeza (incluso

235. *Zemstvos*: Gobiernos comarcales y provinciales instituidos en 1864 en Rusia. Fue una de las reformas liberales del zar Alejandro II, quien también abolió la servidumbre de la gleba. Los *zemstvos* estuvieron dominados por la burguesía y fueron suprimidos después de la revolución de Octubre. [N. del ed.]

desde el punto de vista de los intereses del liberalismo) en numerosos asuntos análogos.

¿Qué se deduce de esto? Que *todo* nacionalismo liberal-burgués siembra la mayor corrupción en los medios obreros y ocasiona un perjuicio enorme a la causa de la libertad y a la lucha de clase del proletariado. Y esto es tanto más peligroso dado que la tendencia burguesa (y feudal-burguesa) *se encubre* con la consigna de «cultura nacional». Los centurionegristas y los clericales, y tras ellos los burgueses de *todas* las naciones, llevan a cabo su sucia y reaccionaria labor en nombre de la cultura nacional (rusa, polaca, judía, ucraniana, etc.).

Esta es la realidad de la vida nacional hoy, abordada desde el punto de vista marxista, es decir, desde el punto de vista de la lucha de clases, si se comparan las consignas con los intereses y la política de las clases, y no con los «principios generales», las declamaciones y las frases carentes de sentido.

La consigna de cultura nacional es un engaño burgués (y a menudo también centurionegrsta y clerical). Nuestra consigna es la cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial.

El bundista Libman se lanza aquí al combate y me anodada con este demoledor pasaje:

Todo el que conozca, por poco que sea, el problema nacional, sabe que la cultura internacional no es una cultura *innacional* (sin forma nacional); una cultura innacional que no sea rusa, ni judía, ni polaca, sino cultura a secas, es un absurdo; las ideas internacionales sólo pueden prender en la clase obrera cuando son adaptadas al idioma que habla el obrero y a las condiciones nacionales concretas en que vive; el obrero no debe ser indiferente a la situación y el desarrollo de su cultura nacional, pues única y exclusivamente a través de ella tiene la posibilidad de participar en la «cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial». Esto es bien conocido, pero V. I.²³⁶ no quiere saber nada de ello.

Medítese bien sobre este típico razonamiento bundista, destinado, como se ve, a echar por tierra la tesis marxista expuesta por mí. Con el

236. Se trata de Lenin, identificado con las iniciales de sus nombres de pila: Vladímir Ilich. [N. del ed.]

aire de suprema suficiencia de un «conocedor del problema nacional», nuestro bundista nos ofrece, en calidad de verdades «bien conocidas», los habituales conceptos burgueses.

Efectivamente, estimado bundista, la cultura internacional no es in-nacional. Nadie dijo lo contrario. Nadie ha propugnado una cultura «a secas» que no sea ni polaca, ni judía, ni rusa, etc., de modo que su vana palabrería no es más que un intento de distraer la atención del lector y velar la esencia del asunto con estruendo verbal.

En *cada* cultura nacional existen, aunque sea en forma rudimentaria, *elementos* de cultura democrática y socialista, pues en *cada* nación hay masas trabajadoras y explotadas cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una ideología democrática y socialista. Pero en *cada* nación existe asimismo una cultura burguesa (centurio-negrista y clerical en la mayoría de los casos, por añadidura), y no simplemente en forma de «elementos», sino como cultura *dominante*. Por eso la «cultura nacional» en general *es* la cultura de los terratenientes, el clero y la burguesía. El bundista deja en la sombra y «vela» con su palabrería hueca esta verdad básica, elemental para un marxista, con lo cual, *en lugar* de poner de manifiesto y explicar el abismo que separa a las clases, lo oculta a los ojos del lector. *En realidad*, el bundista se expresa aquí como un burgués, cuyos intereses reclaman que se difunda la creencia en una cultura nacional por encima de las clases.

Al lanzar la consigna de «cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial», tomamos *de cada* cultura nacional *sólo* sus elementos democráticos y socialistas, y los tomamos única y absolutamente en oposición a la cultura burguesa y al nacionalismo burgués de *cada* nación. Ningún demócrata, y con mayor razón ningún marxista, niega la igualdad de derechos de todos los idiomas o la necesidad de polemizar en el idioma propio con la burguesía «propia» y de propagar las ideas anticlericales o antiburguesas entre el campesinado y la pequeña burguesía «propios». Huelga decirlo, pero con estas verdades indiscutibles el bundista vela lo que está en discusión, es decir, el verdadero quid de la cuestión.

Y la cuestión consiste en si es admisible que los marxistas lancen directa o indirectamente la consigna de cultura nacional, o si, en oposición a ella, deben propagar en todos los idiomas, «adaptándose» a todas las particularidades locales y nacionales, la consigna del *internacionalismo* de los obreros.

Lo que determina el significado de la consigna de «cultura nacional» no son las promesas o las buenas intenciones de tal o cual intelectualillo al «interpretarla» como «vehículo de cultura internacional». Considerar así las cosas sería de un subjetivismo pueril. El significado de la consigna de cultura nacional lo determina la correlación objetiva entre todas las clases del país dado y de todos los países del mundo. La cultura nacional de la burguesía es un *hecho* (y, repito, la burguesía se alía en todas partes con los terratenientes y los curas). El agresivo nacionalismo burgués, que embrutece, engaña y divide a los obreros para hacerlos ir a remolque de la burguesía, es el hecho fundamental de nuestra época.

Quien quiera servir al proletariado debe unir a los obreros de todas las naciones, luchando invariablemente contra el nacionalismo de la burguesía, tanto la propia como la extranjera. Quien defiende la consigna de la cultura nacional no tiene cabida entre los marxistas; su lugar está entre los nacionalistas pequeñoburgueses.

Tomemos un ejemplo concreto. ¿Puede un marxista ruso aceptar la consigna de la cultura nacional, rusa? No. Quien lo haga debería ser incluido entre los nacionalistas, no entre los marxistas. Nuestra tarea es luchar contra la cultura nacional dominante, centurionegrsta y burguesa de los rusos y desarrollar, exclusivamente en un espíritu internacionalista y en la más estrecha alianza con los trabajadores de otros países, los gérmenes también existentes en la historia de nuestro movimiento democrático y obrero. Debemos luchar contra nuestros propios terratenientes y burgueses rusos, contra su «cultura», en nombre del internacionalismo, «teniendo en cuenta» las particularidades de los Purishkévich y los Struve. Esto es lo que se debe hacer, y no predicar ni admitir la consigna de cultura nacional.

Lo mismo podemos decir de la nación judía, la más oprimida y perseguida. La cultura nacional judía es una consigna de los rabinos y de los burgueses, es una consigna de nuestros enemigos. Pero en la cultura judía y en toda la historia del pueblo judío hay también otros elementos. De los diez millones y medio de judíos que hay en el mundo, algo más de la mitad viven en Galitzia y en Rusia, países atrasados y semisalvajes donde son mantenidos *por la fuerza* en una situación de casta. La otra mitad vive en el mundo civilizado, donde los judíos no están aislados como casta. Allí se han manifestado con toda evidencia los grandes rasgos progresistas, de significación mundial, de la cultura judía: su internacionalismo, su identificación con los movimientos avanzados de la época (la proporción

de judíos que participan en los movimientos democráticos y proletarios supera en todas partes el porcentaje de judíos en la población).

Quien directa o indirectamente lanza la consigna de «cultura nacional» judía es (por mejores que sean sus intenciones) un enemigo del proletariado, un partidario de cuanto hay de *anticuado* y de *casta* en el pueblo judío, un cómplice de los rabinos y de los burgueses. Por el contrario, los judíos marxistas que se unen con los obreros rusos, lituanos, ucranianos y otros en organizaciones marxistas internacionales, contribuyendo (tanto en ruso como en yiddish²³⁷) a la creación de la cultura internacional del movimiento obrero, esos judíos, al luchar contra la consigna de «cultura nacional», continúan —a pesar del separatismo del Bund— las mejores tradiciones del pueblo judío.

Nacionalismo burgués e internacionalismo proletario son dos consignas antagónicas inconciliables que corresponden a los dos grandes campos de clase del mundo capitalista y expresan *dos* políticas (es más, dos concepciones) en la cuestión nacional. Al defender la consigna de cultura nacional y edificar sobre ella todo un plan y el programa práctico de la llamada «autonomía cultural-nacional», los bundistas son *de hecho* vehículos del nacionalismo burgués entre los trabajadores.

3. El espantajo nacionalista de la «asimilación»

El problema de la asimilación, es decir, la pérdida de las particularidades nacionales y la absorción por otra nación, ilustra con toda claridad las consecuencias de las vacilaciones nacionalistas de los bundistas y de cuantos piensan como ellos.

El señor Libman, que trasmite y repite con exactitud los argumentos, o mejor dicho, las artimañas habituales de los bundistas, ha calificado de «viejo cuento de la asimilación» la reivindicación de unir y cohesionar a los obreros de todas las nacionalidades del país en organizaciones obreras únicas (véase más arriba el final del artículo reproducido²³⁸ del *Sévernaya Pravda*).

237. Lengua de los judíos del centro y el este de Europa. Los judíos mediterráneos hablan sefardí (judeo-español). [N. del ed.]

238. Se trata de la sección 1 de este texto: «Los liberales y los demócratas ante la cuestión de los idiomas». [N. del ed.]

«Por consiguiente —dice F. Libman refiriéndose a la conclusión de dicho artículo del *Sévernaya Pravda*—, si le preguntamos a un obrero a qué nacionalidad pertenece, tendrá que contestarnos: soy socialdemócrata».

Nuestro bundista considera esto como el colmo del ingenio. Pero, en realidad, él mismo se desenmascara por completo con *semejantes* agudezas y con su griterío acerca de la «asimilación», *dirigidas contra* una consigna consecuentemente democrática y *marxista*.

El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional. La primera es el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, la lucha contra toda opresión nacional, la creación de Estados nacionales. La segunda es el desarrollo y multiplicación de todo tipo de vínculos entre las naciones, el derrumbamiento de las barreras nacionales, la formación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc.

Ambas tendencias son una ley universal del capitalismo. La primera predomina en los inicios de su desarrollo, la segunda caracteriza al capitalismo maduro, que marcha hacia su transformación en sociedad socialista. El programa nacional de los marxistas tiene en cuenta ambas tendencias, defendiendo, en primer lugar, la igualdad de derechos de las naciones y de los idiomas (y también el derecho de las naciones a la autodeterminación, de lo cual hablaremos más adelante) y considerando inadmisible *cualquier privilegio* en este aspecto, y, en segundo lugar, propugnando el principio del internacionalismo y la lucha implacable para evitar que el proletariado se contamine del nacionalismo burgués, incluso del más sutil.

Y surge la pregunta: ¿a qué se refiere nuestro bundista cuando clama al cielo contra la «asimilación»? *No puede* referirse a la opresión de las naciones ni a los *privilegios* de que goza una de ellas ya que la palabra «asimilación» aquí no pinta nada porque todos los marxistas, individualmente y como un todo único, oficial, han condenado de manera muy concreta e inequívoca la menor manifestación de violencia, opresión o desigualdad nacional; porque, finalmente, esta idea, propia de todo marxista, también está expresada de la manera más categórica en el artículo del *Sévernaya Pravda* contra el que arremete nuestro bundista.

No, aquí no valen subterfugios. Al condenar la «asimilación», Libman *no* piensa en la violencia, *ni* en la desigualdad *ni* en los privilegios. ¿Queda algo real en el concepto de asimilación si excluimos toda violencia y toda desigualdad?

Desde luego que sí. Queda la tendencia histórica mundial del capitalismo a romper las barreras nacionales, a borrar las diferencias nacionales, a *asimilar* las naciones, tendencia que cada década se manifiesta con mayor pujanza y que es una de las más poderosas fuerzas motrices de la transformación del capitalismo en socialismo.

No es marxista, y ni siquiera demócrata, quien no acepta ni defiende la igualdad de las naciones y de los idiomas, quien no lucha contra toda opresión o desigualdad nacional. Esto es indudable. Pero es igualmente indudable que el pseudomarxista que cubre de insultos a un marxista de otra nación, acusándolo de «asimilador», es simplemente un *nacionalista pequeñoburgués*. A esta poco digna categoría de personas pertenecen todos los bundistas y (como veremos ahora mismo) los social-nacionalistas ucranianos, como L. Yurkévich, Dontsov y Cía.

Para demostrar con ejemplos concretos hasta qué punto son reaccionarias las concepciones de estos filisteos²³⁹ nacionalistas, aportaremos datos de tres clases.

Los que más vociferan contra el espíritu «asimilador» de los marxistas ortodoxos rusos son los nacionalistas judíos de Rusia, sobre todo los bundistas. Sin embargo, como muestran las cifras citadas más arriba, de los diez millones y medio de judíos que hay en el mundo *cerca de la mitad* viven en países *civilizados*, donde se dan *más* condiciones para la «asimilación», mientras que los judíos de Rusia y Galitzia, seres infelices, atrasados, carentes de derechos y oprimidos por los Purishkévich rusos y polacos, viven en condiciones de *mínima* «asimilación», de máxima segregación, que llega incluso a las «zonas de asentamiento», la «norma porcentual» y demás delicias purishkevichianas²⁴⁰.

En el mundo civilizado los judíos no son una nación, es donde más se han asimilado, dicen K. Kautsky y O. Bauer. Los judíos de Galitzia y de Rusia no son una nación; aquí, desgraciadamente (y *no* por culpa de ellos, sino de los Purishkévich), siguen siendo una *casta*. Tal es la opinión indiscutible de personas que conocen bien la historia judía y que toman en consideración los hechos que acabamos de referir.

239. Los filisteos fueron un pueblo bíblico. En sentido figurado, un filisteo es alguien de miras cortas y escasos conocimientos. [N. del ed.]

240. *Zonas de asentamiento*: Regiones rusas donde los judíos estaban autorizados a tener residencia fija.

Norma porcentual: Porcentaje de judíos que podían ser funcionarios públicos o ingresar en los centros públicos de enseñanza media y superior. [N. del ed.]

¿Qué demuestran estos hechos? Que sólo pueden clamar contra la «asimilación» los filisteos reaccionarios judíos, que pretenden hacer retroceder la rueda de la historia y obligarla a marchar no desde las condiciones de Rusia y Galitzia hacia las de París y Nueva York, sino al revés.

Los mejores judíos, famosos en la historia del mundo, al que dieron destacados dirigentes de la democracia y el socialismo, nunca han clamado contra la asimilación; sólo claman contra ella quienes contemplan con reverente temor la «traserá» judía.

Podemos hacernos una idea aproximada de la medida en que se realiza el proceso general de asimilación de las naciones, en las actuales condiciones del capitalismo avanzado, por la estadística que nos ofrece, por ejemplo, la emigración a Estados Unidos. Durante el decenio 1891-1900, emigraron desde Europa 3.700.000 personas, y en los nueve años comprendidos entre 1901 y 1909, 7.200.000. El censo estadounidense de 1900 registra más de diez millones de extranjeros.

El estado de Nueva York —donde, según ese censo, vivían más de 78.000 austríacos, 136.000 británicos, 20.000 franceses, 480.000 alemanes, 37.000 húngaros, 425.000 irlandeses, 182.000 italianos, 70.000 polacos, 166.000 personas procedentes de Rusia (en su mayoría judíos), 43.000 suecos, etc.— parece un molino en donde se van triturando las diferencias nacionales. Y lo que ocurre en Nueva York a enorme escala, a escala internacional, ocurre también en *cada* gran ciudad o localidad industrial.

Quien no esté hundido en los prejuicios nacionalistas no podrá dejar de percibir que este proceso de asimilación de las naciones por el capitalismo es un grandioso progreso histórico, una destrucción del conservadurismo nacional de las regiones apartadas, especialmente en países atrasados como Rusia.

Tómese Rusia y la actitud de los rusos hacia los ucranianos. Como es natural, cualquier demócrata, sin hablar ya de los marxistas, luchará resueltamente contra la increíble humillación del pueblo ucraniano y reivindicará para él la plena igualdad de derechos. Pero *debilitar* los vínculos y la alianza existentes hoy, en el marco de un mismo Estado, entre el proletariado ucraniano y el proletariado ruso sería una traición abierta al socialismo y equivaldría a seguir una política estúpida, *incluso* desde el punto de vista de los «objetivos nacionales» burgueses de los ucranianos.

El señor Lev Yurkévich, que se declara «marxista» (¡pobre Marx!), es un ejemplo de esa estúpida política. En 1906 —escribe Yurkévich—,

Sokolovsky (Basok) y Lukashévich (Tuchapski)²⁴¹ afirmaban que el proletariado ucraniano estaba completamente rusificado y que no necesitaba una organización separada. Sin aportar un solo dato referente al *fondo de la cuestión*, Yurkévich arremete contra Sokolovsky y Lukashévich por decir tal cosa y lanza histéricos aullidos —en el estilo del más bajo, obtuso y reaccionario nacionalismo—, acusándolos de «pasividad nacional», de «apostasía nacional», de haber «dividido [!!!] a los marxistas ucranianos», etc. Hoy, a pesar del «aumento de la conciencia nacional ucraniana entre los obreros», sólo una *minoría* de obreros tiene «conciencia nacional», mientras que la mayoría —según nos asegura Yurkévich— «se encuentra aún bajo la influencia de la cultura rusa». Y nuestro deber —exclama este filisteo nacionalista— «no es seguir a las masas, sino dirigirlas, explicarles sus objetivos nacionales» (*Dzvin*, p. 89).

Todo este razonamiento de Yurkévich es nacionalista burgués de la primera a la última línea. Pero incluso desde el punto de vista de los nacionalistas burgueses, algunos de los cuales quieren la plena igualdad de derechos y la autonomía de Ucrania, mientras que otros reclaman un Estado ucraniano independiente, este razonamiento no resiste la crítica. A los esfuerzos de los ucranianos por su liberación se opone la clase de los terratenientes rusos y polacos, así como también la burguesía de ambas naciones. ¿Cuál es la fuerza social capaz de hacer frente a estas clases? La primera década del siglo xx nos ofrece la respuesta: esa fuerza es únicamente la clase obrera, que aglutina tras ella al campesinado democrático. En su afán de dividir y, por lo tanto, debilitar la única fuerza auténticamente democrática —cuyo triunfo haría desaparecer la opresión nacional—, Yurkévich no sólo traiciona los intereses de la democracia en general, sino también los de Ucrania, su patria. Si los proletarios rusos y ucranianos actúan unidos, la libertad de Ucrania *es posible*; sin esa unidad no se puede pensar siquiera en tal cosa.

Pero los marxistas no se contentan con el punto de vista nacionalista burgués. Hace ya varios decenios que viene operándose un claro proceso de acelerado desarrollo económico del sur, es decir, de Ucrania, que atrae a centenares de miles de campesinos y obreros rusos a las haciendas capitalistas, a las minas y a las ciudades ucranianas. En este

241. Nacionalistas ucranianos que anteriormente habían estado vinculados al POSDR y defendido, por tanto, la más completa unidad organizativa de todos los trabajadores del imperio zarista. [N. del ed.]

sentido, la «asimilación» del proletariado ruso y ucraniano es un hecho indiscutible. Y *este* hecho es *indiscutiblemente* progresista. El capitalismo va sustituyendo al *mujik*²⁴² ignorante, atrasado y sedentario de las regiones rusas o ucranianas apartadas, por el proletario móvil, cuyas condiciones de vida van rompiendo la estrechez de miras nacional, tanto rusa como ucraniana. Supongamos que, con el tiempo, se establezca entre Rusia y Ucrania una frontera estatal: también en este caso el carácter históricamente progresista de la «asimilación» de los obreros rusos y ucranianos será indudable, como lo es la mezcla de naciones en Estados Unidos. Cuanto más libres sean Ucrania y Rusia, *más rápido y más amplio* será el desarrollo del capitalismo, el cual, a su vez, atraerá con más fuerza hacia las ciudades, las minas y las fábricas, desde todas las regiones del país y desde todos los países vecinos (en caso de que Rusia y Ucrania acaben siendo dos Estados vecinos), a obreros de *todas* las nacionalidades.

Cuando Yurkévich descarta los beneficios que pueden obtenerse del contacto, la fusión y la asimilación del *proletariado* de dos naciones, en aras de un éxito momentáneo de la causa nacional ucraniana, actúa como un verdadero burgués, y además como un burgués estrecho, torpe y de miras cortas, es decir, como un filisteo. Primero la causa nacional y después la causa proletaria, dicen los nacionalistas burgueses, a los que hacen coro los Yurkévich, los Dontsov y demás marxistas de pacotilla. Nosotros decimos: la causa proletaria ante todo porque no sólo asegura los intereses constantes y vitales del trabajo y de toda la humanidad, sino también los de la democracia, y sin democracia no se puede concebir una Ucrania autónoma ni independiente.

Por último, en el razonamiento de Yurkévich, tan extraordinariamente rico en perlas nacionalistas, debemos señalar además lo siguiente: una minoría de obreros ucranianos —dice— tiene conciencia nacional, mientras que «la mayoría se encuentra todavía bajo la influencia de la cultura rusa».

Cuando se trata del proletariado, esta oposición de la cultura ucraniana en su conjunto a la cultura rusa en su conjunto equivale a una desvergonzada traición a los intereses del proletariado, en beneficio del nacionalismo burgués.

En cada nación moderna —decimos nosotros a todos los social-nacionalistas— hay dos naciones. En cada cultura nacional hay dos culturas. Hay la cultura rusa de los Purishkévich, los Guchkov y los Struve, pero

242. *Mujik*: Campesino pobre. [N. del ed.]

también hay la cultura rusa simbolizada por los nombres de Chernishevski²⁴³ y Plejánov. También hay *dos* culturas *como estas* entre los ucranianos, al igual que en Alemania, Francia, Gran Bretaña, entre los judíos, etc. Si la mayoría de los obreros ucranianos se encuentran bajo la influencia de la cultura rusa, sabemos también perfectamente que, en paralelo a las ideas de la cultura clerical y burguesa rusa, operan también las ideas de la democracia y de la socialdemocracia rusa. Al luchar contra el primer tipo de «cultura», el *marxista* ucraniano destacará siempre la otra cultura y dirá a los obreros de su nacionalidad: «Debemos aprovechar, utilizar y consolidar con todas nuestras fuerzas cualquier oportunidad para vincularnos a los obreros rusos conscientes, a su literatura y a sus ideas, pues así lo exigen los intereses vitales del movimiento obrero *tanto* ucraniano *como* ruso».

Si el marxista ucraniano se deja arrastrar por su odio, *absolutamente legítimo y natural*, hacia los opresores rusos, *hasta el extremo* de hacer extensiva a la cultura proletaria y a la causa proletaria de los obreros rusos aunque sólo sea una partícula de ese odio, entonces ese marxista se habrá deslizado a la charca del nacionalismo burgués. Del mismo modo, el marxista ruso se hundirá en la charca del nacionalismo no sólo burgués, sino también centurionegrta, si por un solo instante olvida la reivindicación de la plena igualdad de derechos para los ucranianos y de su *derecho* a formar un Estado independiente.

Mientras vivan en el mismo Estado, los obreros rusos y ucranianos deben defender juntos, en la más estrecha unidad organizativa y cohesión, la cultura general o internacional del movimiento proletario, mostrando absoluta tolerancia en cuanto al idioma en que se hace la propaganda y a las *particularidades* puramente nacionales o locales de esa propaganda. Tal es la exigencia imperiosa del marxismo. Cualquier discurso a favor de la separación de los obreros de una nación de los de otra, cualquier ataque contra la «asimilación» marxista, cualquier intento de oponer, en lo que respecta al proletariado, una cultura nacional en su conjunto a otra cultura nacional aparentemente integral, etc., es nacionalismo *burgués*, contra el cual se debe luchar implacablemente.

243. *Nikolái G. Chernishevski* (1828-1889): Socialista utópico ruso del siglo xix. [N. del ed.]

4. La «autonomía cultural-nacional»

El problema de la consigna «cultura nacional» tiene enorme importancia para los marxistas, no sólo porque determina el contenido ideológico de toda nuestra propaganda y agitación en torno a la cuestión nacional, diferenciándolas de la propaganda burguesa, sino también porque todo el programa de la muy discutida autonomía cultural-nacional se basa en esta consigna.

El mayor defecto de ese programa en el terreno de los principios es su propósito de introducir el nacionalismo más refinado, más absoluto y más extremo. Según la esencia de ese programa, cada ciudadano se inscribe en tal o cual nación, y cada nación constituye una entidad jurídica con derecho a imponer cargas fiscales a los miembros de la misma, con su Dieta nacional y con sus ministros nacionales.

Esta idea, aplicada a la cuestión nacional, se asemeja a la idea de Proudhon²⁴⁴, aplicada al capitalismo. No se trata de destruir el capitalismo y su base (la producción mercantil), sino de *limpiar* esa base de abusos, excrescencias, etc.; no se trata de abolir el intercambio y el valor de cambio, sino, por el contrario, de hacerlo «constitucional», universal, absoluto, «justo», libre de oscilaciones, de crisis y de abusos. Tal era la idea de Proudhon.

Tan pequeñoburgueses como Proudhon, con su teoría que convierte en una categoría absoluta y eleva a la cima de la perfección el intercambio y la producción mercantil, son la teoría y el programa de la «autonomía cultural-nacional», que convierte en una categoría absoluta y eleva a la cima de la perfección el nacionalismo burgués, al que depura de violencias, injusticias, etc.

El marxismo no es conciliable con el nacionalismo, por muy «justo», «limpito», sutil y civilizado que sea. En vez de cualquier nacionalismo, el marxismo propugna el internacionalismo, la fusión de todas las naciones en esa unidad superior que se va desarrollando ante nuestros ojos con cada kilómetro de vía férrea, con cada trust internacional y con cada sindicato obrero (internacional por su actividad económica, así como por sus ideas y aspiraciones).

El principio de la nacionalidad es históricamente inevitable en la sociedad burguesa, y, teniendo presente la existencia de esta sociedad, el

244. *Pierre-Joseph Proudhon* (1809-1865): Ideólogo anarquista francés. [N. del ed.]

marxista reconoce plenamente la legitimidad histórica de los movimientos nacionales. Pero para que ese reconocimiento no se transforme en una apología del nacionalismo, es preciso que se limite rigurosamente a lo que hay de progresista en tales movimientos, para que no contribuya a que la ideología burguesa enturbie la conciencia del proletariado.

El despertar de las masas del letargo feudal es progresista; es progresista su lucha contra toda opresión nacional, por la soberanía del pueblo, de la nación. Por eso la defensa de la democracia más resuelta y más consecuente en todos los aspectos de la cuestión nacional es una obligación *incondicional* para todo marxista. Esta tarea es fundamentalmente negativa. Pero este es el límite al que el proletariado puede llegar en su apoyo al nacionalismo, pues más allá empieza la actividad «positiva» de la *burguesía* en su afán de *fortalecer* el nacionalismo.

La liquidación de toda opresión feudal, de toda opresión nacional y de todo privilegio para una nación o una lengua determinadas es un deber imperativo del proletariado como fuerza democrática, y ciertamente es de interés para la lucha de clase del proletariado, oscurecida y frenada por las disputas nacionales. Pero apoyar al nacionalismo burgués *más allá* de esos límites, estrictamente fijados y encuadrados en un determinado marco histórico, significa traicionar al proletariado y ponerse de parte de la burguesía. Ahí hay una línea fronteriza, a menudo muy tenue, que bundistas y social-nacionalistas ucranianos olvidan por completo.

¿Combatir toda opresión nacional? ¡Por supuesto que sí! ¿Luchar *por* cualquier desarrollo nacional, *por* la «cultura nacional» en general? ¡Por supuesto que no! El desarrollo económico de la sociedad capitalista nos muestra en todo el mundo ejemplos de movimientos nacionales inmaduros, ejemplos de grandes naciones formadas por la fusión o en detrimento de otras pequeñas, ejemplos de asimilación de naciones. El principio del nacionalismo burgués es el desarrollo de la nacionalidad en general; de ahí el exclusivismo del nacionalismo burgués, de ahí las interminables disputas nacionales. Por el contrario, el proletariado, lejos de querer defender el desarrollo nacional de cada nación, pone en guardia a las masas contra tales ilusiones, defiende la libertad más completa del intercambio económico capitalista y saluda todo tipo de asimilación de naciones, excepto el realizado por la fuerza o el basado en privilegios.

Afianzar el nacionalismo en cierta esfera «equitativamente» limitada, hacer «constitucional» el nacionalismo y asegurar la separación de todas las naciones entre sí por medio de una institución estatal particular: tal es el

fundamento ideológico y el contenido de la autonomía cultural-nacional. Esta idea es enteramente burguesa y enteramente falsa. El proletariado no puede apoyar ningún afianzamiento del nacionalismo; al contrario, apoya todo lo que ayuda a eliminar las diferencias nacionales y a derribar las barreras nacionales, todo lo que estrecha los vínculos entre las nacionalidades, todo lo que conduce a la fusión de las naciones. Actuar de otro modo significa ponerse del lado del reaccionario filisteísmo nacionalista.

Cuando, en su congreso de Brünn (1899), los socialdemócratas austriacos discutieron el proyecto de autonomía cultural-nacional, casi no prestaron atención a la valoración teórica de dicho proyecto. Pero conviene señalar que contra él se expusieron dos objeciones: 1) que reforzaría el clericalismo; 2) que «tendría por resultado la perpetuación del chovinismo y su extensión a cada pequeña comunidad y cada pequeño grupo» (p. 92 de las actas oficiales del congreso de Brünn, en alemán. Existe una traducción al ruso editada por el nacionalista Partido Obrero Socialista Judío).

No cabe duda de que la «cultura nacional», en la acepción corriente de la palabra, es decir, las escuelas, etc., en la actualidad se encuentra bajo la influencia dominante del clero y de los chovinistas burgueses en todos los países del mundo. Cuando los bundistas, defendiendo la autonomía «cultural-nacional», dicen que la constitución de las naciones *depurará* la lucha de clases en el seno de las mismas de toda consideración extraña, incurren en una sofistería²⁴⁵ evidente y ridícula. En toda sociedad capitalista, la lucha de clases se desarrolla ante todo en la esfera económica y política. Separar *de esto* la esfera de la educación es, en primer lugar, una utopía absurda porque no se puede separar la escuela (lo mismo que la «cultura nacional» en general) de la economía y la política; y, en segundo lugar, es precisamente la vida económica y política de un país capitalista la que *obliga* a cada paso a derribar los absurdos y anticuados prejuicios y barreras nacionales, mientras que separar el sistema escolar, etc., perpetuaría, agravaría y reforzaría el clericalismo y el chovinismo burgués «puros».

En las juntas directivas de las sociedades anónimas tenemos juntos y en perfecta armonía a capitalistas de diferentes naciones. En las fábricas trabajan hombro con hombro obreros de diferentes naciones. En toda

245. Uso de sofismas, argumentos aparentes utilizados para defender una falsedad. [N. del ed.]

cuestión política verdaderamente seria y profunda se toma partido de acuerdo con las clases, y no de acuerdo con las naciones.

Eliminar el control del Estado sobre la educación, para dárselo a las naciones, representa precisamente tratar de *separar* de la economía, que une a las naciones, la esfera más ideológica, valga la expresión, de la vida social, la esfera en que mejor se dan la cultura nacional «pura» o el cultivo nacional del clericalismo y el chovinismo.

De aplicarse, el plan de autonomía «extraterritorial» (no vinculado al territorio donde vive tal o cual nación) o «cultural-nacional» sólo significaría una cosa: *segregar la enseñanza por nacionalidades*, es decir, establecer divisiones nacionales en los asuntos escolares. Basta con pensar en esta *verdadera* esencia del famoso plan bundista, para entender su carácter extremadamente reaccionario, incluso desde el punto de vista de la democracia, por no hablar ya desde el punto de vista de la lucha de clase del proletariado por el socialismo.

Un solo ejemplo y un solo proyecto de «nacionalización» de la enseñanza escolar mostrarán con suma claridad de qué se trata. En toda la vida de Estados Unidos subsiste aún la división entre estados nortños y estados sureños. Los primeros poseen las mayores tradiciones de libertad y de lucha contra los esclavistas; los segundos poseen las mayores tradiciones de esclavitud, vestigios de la persecución de los negros, oprimidos económicamente, vejados culturalmente (44% de analfabetos entre los negros y 6% entre los blancos), etc. Pues bien, en los estados del norte los niños negros acuden a las mismas escuelas que los niños blancos. En el sur hay escuelas segregadas —«nacionales» o raciales, como se prefiera— para los negros. Me parece que este es el único ejemplo de «nacionalización» de las escuelas en la práctica.

En el este de Europa existe un país donde todavía son posibles los casos Beilis²⁴⁶ y donde los judíos son condenados por los Purishkévich a vivir en una situación peor que la de los negros. En ese país se ha discutido recientemente en el ministerio un proyecto de *nacionalización de las escuelas judías*. Por fortuna, es difícil que esta utopía reaccionaria se lleve a

246. Menájem Beilis fue un joven judío de Kiev acusado falsamente, en 1913, del asesinato ritual de un niño cristiano. En realidad, el crimen fue cometido por las centurias negras a instancias del Estado zarista, que buscaba atizar una oleada de pogromos que desviase a las masas del movimiento revolucionario, en ascenso tras la matanza de los mineros del Lena un año antes. Su juicio dio lugar a manifestaciones obreras de protesta en diferentes ciudades rusas. Beilis fue absuelto. [N. del ed.]

la práctica, lo mismo que la utopía de la pequeña burguesía austríaca, que, desesperada de ver lograda una democracia consecuente y terminadas las disputas nacionales, ha inventado *compartimientos* en la enseñanza escolar para las naciones, a fin de evitar que estas puedan pelearse *por el reparto* de las escuelas..., pero puedan «constituirse» para *perpetuar* las disputas entre las diferentes «culturas nacionales».

En Austria, la idea de autonomía cultural-nacional sigue siendo en gran medida una fantasía literaria, que los propios socialdemócratas austríacos no se toman en serio. En Rusia, por el contrario, ha sido incorporada al programa de todos los partidos burgueses judíos y de algunos elementos pequeñoburgueses y oportunistas de distintas naciones, como el Bund, los liquidadores caucasianos y la conferencia de partidos nacionales de tendencia narodniki de izquierda de Rusia. (Entre paréntesis, esta conferencia se celebró en 1907 y sus resoluciones fueron aprobadas con la *abstención* de los eseristas²⁴⁷ rusos y de los socialpatriotas polacos del Partido Socialista Polaco. ¡La abstención es un método sumamente característico de los eseristas y del PSP para mostrar su actitud hacia una importantísima cuestión de principios del programa nacional!)

En Austria es precisamente Otto Bauer, el primer teórico de la «autonomía cultural-nacional», quien dedicó un capítulo especial de su libro a demostrar la imposibilidad de aplicar tal programa a los judíos. En Rusia, sin embargo, son precisamente todos los partidos burgueses judíos –y su imitador, el Bund– quienes han aceptado este programa²⁴⁸. ¿Qué signi-

247. Miembros del Partido Social-Revolucionario ruso, llamados así por su acrónimo (SR).

248. Se comprende que los bundistas suelen negar con vehemencia que *todos* los partidos burgueses judíos hayan aceptado la «autonomía cultural-nacional». Este hecho demuestra demasiado a las claras el verdadero papel del Bund. Cuando un bundista (Manin) trató de repetir en *Luch* esta negación, fue totalmente desenmascarado por N. Skop (véase *Prosveschenie*, n° 3). Pero cuando Lev Yurkévich cita en *Dzvin* (1913, n° 7-8, p. 92) la siguiente frase del artículo de N. Sk. publicado en *Prosveschenie* (n° 3, p. 78): «Los bundistas vienen defendiendo desde hace tiempo, con todos los grupos y partidos burgueses judíos, la autonomía cultural-nacional», y *tergiversa* esta cita *eliminando* de ella la palabra «bundistas» y *sustituyendo* las palabras «autonomía cultural-nacional», por «derechos nacionales», ¡¡sólo nos queda alzar los brazos, pasmados!! Lev Yurkévich no sólo es un nacionalista, no sólo muestra una ignorancia asombrosa en cuanto a la historia de los socialdemócratas y su programa, sino que también es un auténtico *falsificador de citas* a mayor gloria del Bund. ¡Mal andan los asuntos del Bund y de los Yurkévich! (Nota del Autor). N. Skop o N. Sk. era Grigori Zinóviev. [N. del ed.]

fica esto? Significa que la historia ha puesto al descubierto en la práctica política de otro Estado lo absurdo de la fantasía de Bauer, exactamente como los bernsteinianos rusos (Struve, Tugán-Baranovsky, Berdiáev y Cía.) pusieron al descubierto, con su rápida evolución del marxismo al liberalismo, el verdadero contenido ideológico del bernsteinismo alemán.

Ni los socialdemócratas austríacos ni los rusos han incorporado a su programa la autonomía «cultural-nacional». Pero los partidos burgueses judíos del país más atrasado y una serie de grupos pseudosocialistas pequeñoburgueses *la aceptaron* para difundir entre la clase obrera, sutilmente, las ideas del nacionalismo burgués. El hecho habla por sí mismo.

* * *

Ya que hemos tenido que referirnos al programa nacional de los austríacos, debemos restablecer la verdad, con frecuencia desfigurada por los bundistas. En el congreso de Brünn se presentó un programa *puro* de «autonomía cultural-nacional». Fue el programa de la socialdemocracia sudeslava, cuyo punto 2 dice: «Cada pueblo que vive en Austria forma, independientemente del territorio que ocupen sus miembros, un grupo que administra con plena autonomía todos sus asuntos nacionales (de idioma y culturales)». Este programa no sólo fue defendido por Kristan, sino también por el influyente Ellenbogen. Pero fue retirado, pues no obtuvo ni un solo voto. Se aprobó un programa *territorialista*, es decir, un programa por el que no se crea *ningún* grupo nacional «independientemente del territorio que ocupen los miembros de la nación».

El punto 3 del programa aprobado dice: «Las *regiones* autónomas de una misma nación forman en conjunto una unión nacional única que resuelve sus asuntos nacionales de manera completamente autónoma» (véase *Prosveschenie*, 1913, n° 4, p. 28²⁴⁹). Evidentemente, también este programa de compromiso es un programa falso. Lo aclararemos con un ejemplo. La comunidad de colonos alemanes de

la provincia de Sarátov, más los alemanes del arrabal obrero de Riga o de Lodz, más la colonia alemana de las afueras de Petersburgo, etc., constituyen la «unión nacional única» de los alemanes en Rusia. Es evidente

249. Se trata del artículo de Stalin *El marxismo y la cuestión nacional*, en cuyo cuarto capítulo se cita el texto del programa nacional aprobado en el congreso de Brünn del SPÖ (Partido Socialdemócrata Austríaco). [N. del ed.]

que los socialdemócratas no pueden *exigir* tal cosa ni *afianzar* tal unión, a pesar de que, como es natural, no niegan en absoluto la *libertad* de realizar todo tipo de uniones, incluida la unión de cualesquiera comunidades de cualquier nacionalidad de un determinado Estado. Pero dedicarse a separar, por una ley del Estado, a los alemanes, etc., de los diferentes lugares y de las diferentes clases de Rusia, para agruparlos en una unión nacional alemana única es algo que pueden hacer los curas, los burgueses, los pequeños burgueses y quien se quiera, menos los socialdemócratas.

5. La igualdad de las naciones y los derechos de las minorías nacionales

Cuando discuten la cuestión nacional, los oportunistas rusos suelen remitirse al ejemplo de Austria. En mi artículo²⁵⁰ publicado en *Sévernaya Pravda* (*Prosveschenie*, n° 10, pp. 96-98), contra el que arremeten los oportunistas (Semkovsky en *Nóvaya Rabóchaya Gazeta* y Libman en *Die Zeit*), afirmo que sólo hay una solución al problema nacional —en la medida en que es posible, en general, solucionar este problema en el capitalismo—, y que esa solución es la democracia consecuente. Como prueba me referí, entre otras cosas, al ejemplo de Suiza.

Este ejemplo no agrada a los dos oportunistas arriba mencionados, quienes tratan de refutarlo o de reducir su significación. Kautsky, vean ustedes, afirma que Suiza es una excepción, que cuenta con una descentralización muy especial, con condiciones geográficas especiales, con una original distribución de la población que habla distintos idiomas, etc., etc.

Todo esto no son más que tentativas de *eludir* el fondo de la discusión. Suiza constituye, naturalmente, una excepción en el sentido de que no es un Estado integrado por una sola nación. Pero esa misma excepción (o atraso, añade Kautsky) la tenemos en Austria y Rusia. En Suiza, naturalmente, han sido las peculiares y originales condiciones históricas y sociales las que aseguraron al país una democracia *más amplia* que en la mayoría de los países europeos vecinos.

Pero, ¿qué tiene que ver aquí todo esto, cuando estamos hablando del *modelo* que debe imitarse? En las actuales condiciones, los países que cuentan con tal o cual institución basada en principios *consecuentemente*

250. Se trata de la sección 1 de este texto: «Los liberales y los demócratas ante la cuestión de los idiomas». [N. del ed.]

democráticos constituyen una excepción en el mundo. ¿Acaso esto impide que nosotros defendamos en nuestro programa la democracia consecuente en todas las instituciones?

La particularidad de Suiza reside en su historia, en sus condiciones geográficas, etc. La particularidad de Rusia reside en la fuerza de su proletariado, sin precedentes en la época de las revoluciones burguesas, y en el terrible atraso general del país, que impone objetivamente la necesidad de avanzar con excepcional rapidez y decisión, so pena de toda suerte de adversidades y reveses.

Nosotros elaboramos el programa nacional desde el punto de vista del proletariado. Ahora bien, ¿desde cuándo se recomienda tomar como modelo los peores ejemplos, en vez de los mejores?

En todo caso, ¿no es un indudable e indiscutible que, bajo el capitalismo, la paz nacional se ha conseguido (en la medida en que puede conseguirse) únicamente en los países que cuentan con una democracia consecuente?

Como esto es indiscutible, la obstinación de los oportunistas por remitirse al ejemplo de Austria, en vez de al de Suiza, representa un típico recurso kadete, que siempre copian las peores constituciones europeas en vez de las mejores.

En Suiza existen *tres* idiomas oficiales, pero los proyectos de ley sometidos a referéndum se imprimen en *cinco* idiomas, es decir, en los tres oficiales y en dos dialectos romanches. Según el censo de 1900, de los 3.315.443 habitantes de Suiza, 38.651 hablan estos dos dialectos, o sea, poco más del *uno por ciento*. En el ejército, los oficiales y suboficiales «cuentan con absoluta libertad para dirigirse a los soldados en su lengua materna». En los cantones de Valais y los Grisones (cada uno con poco más de cien mil habitantes), ambos dialectos gozan de plena igualdad²⁵¹.

Y nosotros preguntamos: ¿debemos propugnar y apoyar esta *experiencia* viva de un país avanzado o tomar de los austríacos *fantasías* como la «autonomía extraterritorial», que no ha sido probada en ninguna parte del mundo (y que los mismos austríacos aún no han aceptado)?

Propugnar esta fantasía equivale a propugnar la división de la enseñanza escolar por nacionalidades, algo evidentemente perjudicial. Pero la experiencia de Suiza demuestra que *en la práctica se puede* asegurar y se

251. René Henry: *La Suisse et la question des langues* (Suiza y la cuestión de los idiomas), Berna, 1907.

ha asegurado la máxima (relativamente) paz nacional con un Estado consecuentemente (de nuevo de forma relativa) democrático.

En Suiza —dicen los que estudiaron este problema— *no existe la cuestión nacional* en el sentido que se le da en la Europa oriental. La propia expresión [cuestión nacional] es allí desconocida [...] Suiza ha dejado muy atrás, allá por los años 1797-1803, las luchas entre las nacionalidades²⁵².

Esto significa que la época de la gran revolución francesa, que dio la solución más democrática a los problemas inmediatos relacionados con el paso del feudalismo al capitalismo, *logró «resolver»* también, de pasada y entre otras cosas, la cuestión nacional.

¡Que traten ahora de afirmar los Semkovsky, los Libman y demás oportunistas que esta solución «exclusivamente suiza» *no es aplicable* a cualquier distrito o incluso a una parte de cualquier distrito de Rusia, donde en una población de sólo 200.000 habitantes existen *dos dialectos* hablados por cuarenta mil personas cuyo deseo es gozar en su tierra de *plena igualdad* en cuanto al idioma!

La defensa de la absoluta igualdad de las naciones y de las lenguas distingue en cada nación únicamente a los elementos consecuentemente democráticos (es decir, únicamente a los proletarios), *uniéndolos* no por su nacionalidad, sino por su deseo de profundas y serias mejoras del régimen general del Estado. Por el contrario, a pesar de las buenas intenciones de algunos individuos o grupos, la defensa de la «autonomía cultural-nacional» *separa las naciones* y en la práctica acerca a los obreros de una nación a *su* burguesía (todos los partidos burgueses judíos aceptan esta «autonomía cultural-nacional»).

La salvaguarda de los derechos de las minorías nacionales se halla íntimamente vinculada al principio de la plena igualdad. En mi artículo del *Sévernaya Pravda*, este principio queda expresado casi en los mismos términos en que más tarde se formularía de manera oficial y más exacta en la resolución de la reunión de marxistas²⁵³. Esa resolución reclama que «se incluya en la Constitución una ley fundamental que prohíba

252. Ed. Blocher: *Die Nationalitäten in der Schweiz* (Las nacionalidades en Suiza), Berlín, 1910.

253. Se trata de la reunión del verano de 1913. [N. del ed.]

todo privilegio de cualquier nación y toda violación de los derechos de las minorías nacionales».

Libman intenta ridiculizar esta formulación, y pregunta: «¿Cómo vamos a saber en qué consisten los derechos de las minorías nacionales?». ¿Incluyen esos derechos el tener «su programa» en las escuelas nacionales? ¿Cómo de numerosa debe ser una minoría nacional para tener derecho a contar con jueces y funcionarios propios y escuelas en el idioma nacional? De estas preguntas, Libman quiere deducir la necesidad de un programa nacional «positivo».

En realidad, estas preguntas muestran a las claras el contrabando reaccionario que trata de introducir nuestro bundista, so pretexto de discusiones sobre particularidades y detalles supuestamente secundarios.

¡«Su propio programa» en su propia escuela nacional...! Los marxistas, estimado social-nacionalista, tienen un programa escolar *general*, que exige, por ejemplo, una escuela absolutamente laica. Para los marxistas, en un Estado democrático no es admisible, nunca ni en ningún caso, *apartarse* de este programa general (la población local es la que decide las materias «locales», los idiomas, etc.). En cambio, el principio de «retirarle al Estado el control» de la enseñanza escolar para dárselo a las naciones significa que nosotros, los trabajadores, permitimos que las «naciones» de nuestro Estado democrático gasten el dinero del pueblo [en escuelas religiosas! ¡Sin él mismo darse cuenta, Libman ha puesto en evidencia el carácter reaccionario de la «autonomía cultural-nacional»!

«¿Cómo de numerosa debe ser una minoría nacional?». Esto no lo establece ni siquiera el programa austríaco, que tanto gusta a los bundistas, que dice (con más concisión y menos claridad que nosotros): «Los derechos de las minorías nacionales son garantizados por una ley especial promulgada por el Parlamento imperial» (punto 4 del programa de Brünn).

¿Por qué nadie les preguntó a los socialdemócratas austríacos cuál es exactamente esa ley, cuáles son exactamente los derechos que garantiza y a qué minoría se los garantiza?

Porque cualquier persona razonable comprende la inoportunidad y la imposibilidad de que un programa determine cuestiones de detalle. El programa sólo establece los principios fundamentales. En el presente caso, el principio fundamental está implícito en el programa austríaco y claramente expresado en la resolución de la última reunión de los marxistas de Rusia. Este principio proclama: ningún privilegio nacional y ninguna desigualdad nacional.

Para aclararle este problema al bundista, pondremos un ejemplo concreto. Según el censo escolar del 18 de enero de 1911, las escuelas primarias de San Petersburgo dependientes del Ministerio de «Instrucción» Pública tenían 48.076 alumnos. Entre ellos había 396 judíos, es decir, menos del uno por ciento. Había, además, dos rumanos, un georgiano, tres armenios, etc. ¿Se puede elaborar un programa nacional «positivo» que abarque toda esa diversidad de relaciones y condiciones? (Por lo demás, como se comprende, San Petersburgo no es, ni mucho menos, la ciudad más heterogénea de Rusia en el aspecto nacional). Ni siquiera unos especialistas en «sutilezas» nacionales como los bundistas serían capaces de elaborar tal programa.

En cambio, si la Constitución del país contiene una ley fundamental que invalida toda medida que atente contra los derechos de una minoría, cualquier ciudadano puede exigir que sea anulada una disposición que prohíba, por ejemplo, la contratación por cuenta del Estado de maestros especiales de yiddish, historia judía, etc., o que niegue un local oficial para dar clases a los niños judíos, armenios, rumanos o incluso a un solo niño georgiano. En todo caso, no es pedir un imposible exigir, sobre la base de la igualdad, que sean satisfechos todos los deseos justos y razonables de las minorías nacionales, ni nadie dirá que abogar por la igualdad sea perjudicial. Por el contrario, propugnar la división de las escuelas por nacionalidades, propugnar, por ejemplo, escuelas especiales para los niños judíos de San Petersburgo sería indudablemente perjudicial, y la creación de escuelas nacionales para *toda* minoría nacional, para uno, dos o tres niños, sería verdaderamente imposible.

Tampoco es posible que ninguna ley general del Estado establezca cómo de numerosa ha de ser una minoría nacional para tener derecho a escuelas especiales o a maestros especiales de asignaturas complementarias, etc.

Por el contrario, una ley general del Estado que establezca la igualdad puede muy bien ser puntualizada y desarrollada en reglamentos complementarios y en disposiciones de las dietas regionales, los ayuntamientos, los zemstvos, las comunidades rurales y otras autoridades.

6. Centralización y autonomía

El señor Libman escribe en su réplica:

Tómese en nuestro país a Lituania, el territorio del Báltico, Polonia, Volinia, el sur de Rusia, etc. En todas partes encontraréis una población *mixta*. No hay ciudad donde no exista una gran minoría nacional. Por muy lejos que se lleve la descentralización, en las distintas localidades (sobre todo en los municipios urbanos) siempre se encontrarán distintas nacionalidades juntas; y es precisamente la democracia la que pone a la minoría nacional en manos de la mayoría nacional. Pero, como es sabido, V. I. está en contra de tal organización federal del Estado y de tal descentralización infinita, como las que existen en la Confederación Helvética. ¿Por qué, pues, cita el ejemplo de Suiza?

Ya he explicado más arriba por qué cito el ejemplo de Suiza. Igualmente he explicado que el problema de garantizar los derechos de las minorías nacionales *sólo* puede ser resuelto promulgando una ley general en un Estado consecuentemente democrático y que se atenga firmemente al principio de la igualdad. Pero en el pasaje que acabamos de transcribir, Libman repite una de las objeciones (u observaciones escépticas) más en boga (y más falsas) de todas las que suelen hacerse contra el programa nacional de los marxistas, y que por eso merece ser analizada.

Los marxistas, como es natural, están en contra de la federación y la descentralización, por el simple motivo de que el capitalismo exige para su desarrollo Estados lo más extensos y centralizados posibles. *A igualdad de las demás condiciones*, el proletariado consciente abogará siempre por un Estado más grande. Luchará siempre contra el particularismo medieval, saludará siempre la más estrecha cohesión económica de grandes territorios en los que se pueda desarrollar ampliamente la lucha del proletariado contra la burguesía.

El extenso y rápido desarrollo que el capitalismo imprime a las fuerzas productivas *reclama* grandes territorios unidos y agrupados en un Estado único, donde la clase burguesa —y con ella su inevitable antípoda, la clase obrera— pueda cohesionarse destruyendo todas las viejas barreras medievales, estamentales, estrechamente locales, de pequeñas nacionalidades, religiosas, etc.

En otro lugar hablaremos del derecho de las naciones a la autodeterminación, es decir, a separarse y formar Estados nacionales independientes. Pero, dado que diferentes naciones siguen constituyendo un Estado único, los marxistas no propugnarán en ningún caso ni el principio federal ni la descentralización. El gran Estado centralizado representa un enorme

progreso histórico desde la fragmentación medieval hacia la futura unidad socialista mundial, y solamente *a través* de ese Estado (*indisolublemente* ligado al capitalismo) puede haber camino hacia el socialismo.

Pero sería inexcusable olvidar que, al defender el centralismo, defendemos exclusivamente el centralismo *democrático*. A este respecto, todos los filisteos en general, y los filisteos nacionalistas en particular (incluido el difunto Dragománov²⁵⁴), han embrollado de tal modo la cuestión, que nos vemos obligados a volver sobre ella una y otra vez para aclararla.

El centralismo democrático no sólo no descarta la autonomía local con *autonomía* de las regiones que tienen especiales condiciones económicas y sociales, una distinta composición nacional de la población, etc., sino que, por el contrario, reclama imperiosamente *una y otra*. En nuestro país se confunde a cada paso el centralismo con la arbitrariedad y la burocracia. Esa confusión surge naturalmente de la propia historia de Rusia, pero, a pesar de todo, un marxista no puede incurrir en ella de ninguna manera.

Lo mejor será explicarlo con un ejemplo concreto.

En su extenso artículo *La cuestión nacional y la autonomía*²⁵⁵, Rosa Luxemburgo comete, entre muchos errores curiosos (de los que hablaremos más adelante), el error particularmente curioso de intentar *limitar* exclusivamente a Polonia la reivindicación de la autonomía.

Pero veamos en primer lugar cómo define la autonomía.

Rosa Luxemburgo reconoce —y como marxista está obligada desde luego a reconocerlo— que todas las mayores y más importantes cuestiones económicas y políticas de la sociedad capitalista deben ser competencia exclusiva de un parlamento central de todo el Estado, y no de las dietas autónomas de las distintas regiones. Entre esas cuestiones figuran: la política arancelaria, la legislación comercial e industrial, las vías y los medios de comunicación (ferrocarriles, correos, telégrafos, teléfonos, etc.), el ejército, el sistema fiscal, el derecho civil²⁵⁶ y penal, los principios generales de la educación (como la ley de una escuela puramente laica, de la enseñanza general, del programa mínimo, de la organización

254. Mijaíl P. Dragománov (1841-1895): Ideólogo del nacional-liberalismo ucraniano y defensor de la autonomía cultural-nacional. [N. del ed.]

255. *Przegląd Socjaldemokratyczny*, Cracovia, 1908 y 1909. [N. del A.]

256. En el desarrollo de su idea, Rosa Luxemburgo entra en detalles, mencionando, por ejemplo —y con toda razón—, las leyes del divorcio (nº 12, p. 162 de la citada revista). [N. del A.]

democrática de la escuela, etc.), la legislación sobre la protección del trabajo, sobre las libertades políticas (derecho de asociación), etc., etc.

Incumben a las dietas autónomas —sobre la base de las leyes generales del Estado— las cuestiones de significación puramente local, regional o nacional. Al ampliar también esta idea con gran —por no decir con excesiva— minuciosidad, Rosa Luxemburgo menciona, por ejemplo, la construcción de ferrocarriles locales (nº 12, p. 149), las carreteras locales (nº 14-15, p. 376), etc.

Es evidente que no se puede concebir un Estado moderno verdaderamente democrático que *no* conceda semejante autonomía a toda región con peculiaridades económicas y sociales sustanciales en cierto grado, con una población de composición nacional específica, etc. El principio del centralismo, indispensable para el desarrollo capitalista, lejos de verse socavado por tal autonomía (local y regional), es, por el contrario, puesto en práctica de un modo *democrático* y no burocrático gracias precisamente a ella. *Sin* esa autonomía, que *facilita* la concentración del capital, el desarrollo de las fuerzas productivas y la cohesión de la burguesía y del proletariado en *todo el país*, sería imposible, o al menos se vería muy entorpecido, el amplio, rápido y libre desarrollo del capitalismo, pues la injerencia burocrática en las cuestiones *puramente* locales (regionales, nacionales, etc.) es, en general, uno de los mayores obstáculos para el desarrollo económico y político, y, en particular, uno de los obstáculos al *centralismo* en los asuntos serios, importantes y fundamentales.

Por eso es difícil evitar una sonrisa al leer cómo nuestra magnífica Rosa Luxemburgo se afana por demostrar, muy en serio y en términos «estrictamente marxistas», que la reivindicación de la autonomía *¡sólo* es aplicable a Polonia y únicamente a título de excepción! Aquí, claro está, no hay ni asomo de patriotismo estrecho; aquí sólo tenemos consideraciones «prácticas»... por ejemplo, respecto a Lituania.

Rosa Luxemburgo toma cuatro provincias: Vilna, Kovno, Grodno y Suvalki, tratando de convencer a sus lectores (y a sí misma) que están habitadas «sobre todo» por lituanos; además, sumando las poblaciones de estas provincias, encuentra que los lituanos constituyen el 23% del total, y si a ellos se suman los samogitios²⁵⁷, alcanzarían el 31%, es decir, menos de la tercera parte. La conclusión, claro está, es que la idea de la autonomía de Lituania es una idea «arbitraria y artificial» (nº 10, p. 807).

257. Pueblo de las Tierras Bajas lituanas, también llamados samaitas. [N. del ed.]

El lector que esté al tanto de los conocidos defectos de la estadística oficial de Rusia descubrirá inmediatamente el error de Rosa Luxemburgo. ¿Por qué tomar la provincia de Grodno, donde los lituanos constituyen sólo un 0,2% –*dos décimas por ciento*– de la población? ¿Por qué tomar toda la provincia de Vilna, y no únicamente el distrito de Troki, donde los lituanos constituyen *la mayoría* de la población? ¿Por qué tomar toda la provincia de Suvalki, fijando el número de lituanos en el 52% de su población, en lugar de tomar solamente los distritos lituanos, es decir, cinco de los siete, en los cuales los lituanos constituyen el 72% de la población?

Es ridículo hablar de las condiciones y exigencias del capitalismo moderno y al mismo tiempo tomar una división administrativa de Rusia que no es «moderna» ni «capitalista», sino medieval, feudal y burocrático-oficial, y por añadidura tomarla en su forma más burda (provincias en lugar de distritos). Está claro como la luz del día que no puede hablarse de llevar a cabo en Rusia una reforma local seria sin abolir esa división y sustituirla por otra *realmente* «moderna» y que responda de verdad a las exigencias del capitalismo, *no* a las del fisco, la burocracia, la rutina, los terratenientes o los curas; e indudablemente, una de las exigencias actuales del capitalismo es la máxima homogeneidad nacional de la población, pues la nacionalidad, la identidad de idioma son un importante factor para la plena conquista del mercado interior y para la plena libertad del intercambio económico.

Cosa curiosa, este error patente de Rosa Luxemburgo lo repite el bundista Médem, quien no desea demostrar la «exclusividad» de los rasgos específicos de Polonia, sino la inutilidad del principio de la autonomía nacional-territorial (¡los bundistas abogan por la autonomía nacional-extraterritorial!). Nuestros bundistas y nuestros liquidadores van recogiendo por el mundo todos los errores y todas las vacilaciones oportunistas de los socialdemócratas de diferentes países y de distintas naciones, incorporando a su bagaje *lo peor* de la socialdemocracia mundial. Con los recortes de los escritos bundistas y liquidacionistas se podría crear un ejemplar *museo* socialdemócrata *de mal gusto*.

La autonomía regional –razona en tono doctoral Médem– es adecuada para una región o para un «territorio», pero no para un distrito lituano, estonio, etc., con una población que oscila entre el medio millón y los dos millones de habitantes y una extensión equivalente a la de una provincia. «No sería una autonomía, sino un simple *zemstvo* [...] Sobre la base de

este zemstvo habría que establecer la verdadera autonomía»..., y el autor condena la «destrucción» de las viejas provincias y los viejos distritos²⁵⁸.

Pero lo que en realidad «destruye» y mutila las condiciones del capitalismo moderno es el mantenimiento de una división administrativa oficial medieval, propia del feudalismo. Sólo alguien imbuido del espíritu de esa división puede especular, con el aire erudito de los expertos, sobre una contraposición entre el «zemstvo» y la «autonomía», exhortando de forma estereotipada a que la «autonomía» sea para las regiones grandes y el zemstvo, para las pequeñas. El capitalismo moderno no reclama en absoluto esas formas estereotipadas de carácter burocrático. ¿Por qué no debe haber comarcas nacionales autónomas con una población de medio millón de habitantes o incluso de 50.000? ¿Por qué esas comarcas no han de poder unirse, en las más diversas formas, con comarcas vecinas de distintas dimensiones para constituir un «territorio» autónomo único, si tal unión es conveniente y necesaria para el intercambio económico? Todo esto lo guarda en secreto el bundista Médem.

Advirtamos que el programa nacional de Brünn de los socialdemócratas, al proponer la división de Austria en comarcas «nacionalmente delimitadas [...] en lugar de las tierras históricas de la Corona» (punto 2 del programa de Brünn), se coloca por entero en el terreno de la autonomía nacional territorial. Nosotros no habríamos llegado tan lejos. No cabe duda de que la composición nacional homogénea de la población es uno de los factores más propicios para un intercambio comercial libre, amplio y verdaderamente moderno. No cabe duda de que ni un solo marxista —e incluso ni un solo demócrata firme— defenderá los territorios austríacos de la Corona ni las provincias o los distritos rusos (muy malos, aunque no tanto como los territorios austríacos de la Corona), como tampoco discutirá la necesidad de sustituir estas divisiones caducas por otras que respondan en lo posible a la composición nacional de la población. No cabe duda, por último, de que para acabar con toda opresión nacional tiene gran importancia la creación de comarcas autónomas, incluso pequeñas, de composición nacional homogénea, en torno a las cuales podrían «gravitar» y con las que podrían establecer todo género de relaciones y uniones libres los miembros de esa nacionalidad que se encuentren

258. V. Médem: «Contribución al planteamiento de la cuestión nacional en Rusia», en *Véstnik Evropy*, núms. 8 y 9, 1912.

dispersos por el país e incluso por el mundo. Todo esto es indiscutible y sólo puede ser objetado desde un punto de vista tozudamente burocrático.

Ahora bien, la composición nacional de la población es *uno* de los factores económicos más importantes, pero *no el único ni* el más importante. Las ciudades, por ejemplo, desempeñan un papel económico *importantísimo* en el capitalismo, y en todas partes (Polonia, Lituania, Ucrania, Rusia...) se distinguen por la composición nacional heterogénea de su población. Sería absurdo e imposible separar por consideraciones «nacionales» a las ciudades de las aldeas y comarcas que en lo económico pivotan alrededor de ellas. Por eso los marxistas no deben atenerse íntegra y exclusivamente al principio «nacional-territorialista».

Mucho más acertada que la solución austríaca es la solución propuesta por la última conferencia de los marxistas de Rusia, que sobre esta cuestión presentó la tesis siguiente:

Es necesaria [...] una amplia autonomía regional [no sólo para Polonia, naturalmente, sino para todas las regiones de Rusia] y una autonomía administrativa local plenamente democrática al establecerse los límites de las regiones autónomas y autoadministradas, [que no han de ser los límites de las actuales provincias, distritos, etc.], sino [que han de ser establecidos] por la propia población local sobre la base de las condiciones económicas y sociales, la composición nacional de la población, etc.

La composición nacional de la población figura aquí *al lado* de otras condiciones (primeramente las económicas, luego las sociales, etc.) que deben servir de base al establecimiento de nuevos límites que respondan a las necesidades del capitalismo moderno, no a las de la burocracia y la barbarie asiática. La población local es la única que puede «apreciar» con la máxima exactitud dichas condiciones, y en esa apreciación deberá basarse el parlamento central para establecer los límites de las regiones autónomas y las competencias de los parlamentos autónomos.

* * *

Todavía nos queda por examinar la cuestión del derecho de las naciones a la autodeterminación. En este terreno, toda una colección de oportunistas de todas las nacionalidades (el liquidador Semkovsky, el bundista

Libman, el social-nacionalista ucraniano Lev Yurkévich) se han dedicado a «popularizar» los errores de Rosa Luxemburgo. En nuestro próximo artículo²⁵⁹ nos ocuparemos de este problema, tan embrollado por toda esa «colección».

259, Se trata de *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, escrito en febrero-mayo de 1914. [N. del ed.]

EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACIÓN²⁶⁰

V. I. Lenin

1914

El punto 9 del programa de los marxistas de Rusia, que trata del derecho de las naciones a la autodeterminación, ha provocado en estos últimos tiempos (como ya hemos indicado en *Prosveschenie*) toda una campaña de los oportunistas. Tanto el liquidador ruso Semkovsky, en el periódico petersburgués de los liquidadores, como el bundista Libman y el social-nacionalista ucraniano Yurkévich, en sus órganos de prensa, han arremetido contra dicho punto, tratándolo con el máximo desprecio.

No cabe duda de que esta «invasión de las doce tribus²⁶¹» del oportunismo, dirigida contra nuestro programa marxista, guarda estrecha relación con las actuales vacilaciones nacionalistas en general. Por ello nos parece oportuno examinar detenidamente esta cuestión. Observemos tan sólo que ninguno de los oportunistas arriba citados ha aducido ni un solo argumento propio: todos se han limitado a repetir lo dicho por Rosa Luxemburgo en su largo artículo polaco de 1908-1909 *La cuestión nacional y la autonomía*. Los «originales» argumentos de esta autora serán los que tendremos presentes con más frecuencia en nuestra exposición.

1. ¿Qué es la autodeterminación de las naciones?

Es natural que, ante todo, esta cuestión se plantee cuando se intenta examinar de un modo marxista la llamada autodeterminación. ¿Qué debe entenderse por ella? ¿Deberemos buscar la respuesta en definiciones jurídicas, deducidas de toda clase de «conceptos generales» del derecho?

260. Tomado de *Escritos sobre la cuestión nacional*, 2022, Fundación Federico Engels. [N. del ed.]

261. Según la mitología judeo-cristiana, Josué repartió la tierra prometida entre doce tribus israelitas, descendientes de cada uno de los doce hijos de Jacob, el nieto de Abraham. [N. del ed.]

¿O bien hay que buscar la respuesta en el estudio histórico-económico de los movimientos nacionales?

No es de extrañar que a Semkovsky, Libman y Yurkévich ni se les haya pasado por la cabeza plantear esta cuestión, saliendo del paso con simples risitas burlonas a costa de la «falta de claridad» del programa marxista y tal vez no sabiendo siquiera, en su simpleza, que de la autodeterminación de las naciones habla no sólo el programa ruso de 1903²⁶², sino también la decisión del congreso internacional de Londres de 1896 (ya hablaremos con detenimiento de ello en su lugar). Mucho más extraño es que Rosa Luxemburgo, quien tantas declamaciones hace sobre el supuesto carácter abstracto y metafísico de dicho punto, haya incurrido ella misma precisamente en el pecado de lo abstracto y metafísico. Precisamente Rosa Luxemburgo es quien viene a caer a cada paso en disquisiciones generales sobre la autodeterminación (hasta llegar incluso a una elucubración del todo divertida sobre el modo de conocer la voluntad de una nación), sin plantear en ninguna parte, de un modo claro y preciso, si el quid de la cuestión está en las definiciones jurídicas o en la experiencia de los movimientos nacionales del mundo entero.

El plantear con exactitud esta cuestión, inevitable para un marxista, hubiera deshecho en el acto las nueve décimas partes de los argumentos de Rosa Luxemburgo. Ni es la primera vez que surgen movimientos nacionales en Rusia ni le son inherentes solamente a ella. La época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada en todo el mundo a movimientos nacionales. La base económica de esos movimientos estriba en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal, eliminándose cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación en la literatura. El idioma es el medio principal de comunicación entre los hombres; la unidad de idioma y el libre desarrollo del mismo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, correspondiente al capitalismo moderno, de una agrupación libre y amplia de la población en cada una de las diversas clases; es, por último, la condición de un estrecho nexo del mercado con todo propietario, grande o pequeño, con todo vendedor y comprador.

262. Se trata del programa aprobado en el II Congreso del POSDR. [N. del ed.]

Por eso, la tendencia de todo movimiento nacional es formar *Estados nacionales*, que son los que mejor cumplen esas exigencias del capitalismo contemporáneo. Impulsan a ello factores económicos de lo más profundos, y por eso, para toda Europa occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es *lo típico*, lo normal en el período capitalista.

Por consiguiente, si queremos entender qué significa la autodeterminación de las naciones, no jugando a las definiciones jurídicas ni *inventando* definiciones abstractas, sino examinando las condiciones históricas y económicas de los movimientos nacionales, llegaremos inevitablemente a la conclusión siguiente: por autodeterminación de las naciones se entiende su separación política de los organismos de otra nación, se entiende la formación de un Estado nacional independiente.

Más abajo veremos otras razones por las que sería erróneo entender por derecho a la autodeterminación todo lo que no sea el derecho a una existencia estatal independiente. Pero ahora debemos detenernos a analizar cómo ha intentado Rosa Luxemburgo *desahacerse* de la inevitable conclusión sobre las profundas bases económicas en que descansan las tendencias a la formación de Estados nacionales.

Rosa Luxemburgo conoce perfectamente el folleto de Kautsky *Nacionalidad e internacionalidad* (suplemento de *Die Neue Zeit* n° 1, 1907-1908; traducido al ruso en la revista *Naúchnaya Mysl*, Riga, 1908). Sabe que Kautsky²⁶³, tras examinar detalladamente el problema del Estado nacional en el apartado 4 de su folleto, llegó a la conclusión de que Otto Bauer «*subestima* la fuerza de la tendencia a la creación de un Estado nacional» (p. 23). La propia Rosa Luxemburgo cita las palabras de Kautsky: «El Estado nacional es la forma de Estado que *mejor corresponde* a las condiciones modernas [es decir, a las condiciones capitalistas civilizadas, progresistas en el aspecto económico, a diferencia de las condiciones medievales, precapitalistas, etc.], es la forma en que el Estado puede cumplir con mayor facilidad sus tareas» (es decir, las tareas de un desarrollo más libre, más amplio y más rápido del capitalismo). A esto hay que añadir, además, la observación final de Kautsky, más exacta aún: los Estados de composición nacional heterogénea (los llamados Estados

263. Preparando, en 1916, la reedición de este artículo, Lenin añadió aquí la siguiente nota: «Rogamos a los lectores que no olviden que Kautsky fue hasta 1909, cuando publicó su magnífico folleto *El camino al poder*, enemigo del oportunismo, del cual se hizo defensor en 1910-1911, y, más decididamente, en 1914-1916». [N. del ed.]

multinacionales a diferencia de los Estados nacionales) son «siempre Estados cuya estructura interna es, por tales o cuales razones, anormal o subdesarrollada» (atrasada). No hace falta decir que Kautsky habla de anormalidad exclusivamente en el sentido de no corresponder a lo más adecuado para el capitalismo en desarrollo.

Cabe preguntar ahora cuál ha sido la actitud de Rosa Luxemburgo ante estas conclusiones históricas y económicas de Kautsky. ¿Son acertadas o erróneas? ¿Quién tiene razón, Kautsky, con su teoría histórico-económica, o Bauer, cuya teoría es, en el fondo, psicológica? ¿Qué relación guarda el indudable «oportunismo nacional» de Bauer, su defensa de una autonomía cultural-nacional, sus apasionamientos nacionalistas («la acentuación del factor nacional en ciertos puntos», como ha dicho Kautsky), su «enorme exageración del factor nacional y su completo olvido del factor internacional» (Kautsky), con su subestimación de la fuerza que entraña la tendencia a crear un Estado nacional?

Rosa Luxemburgo ni ha planteado este problema. No ha notado esta relación. No ha reflexionado sobre el *conjunto* de las concepciones teóricas de Bauer. Ni siquiera ha opuesto en la cuestión nacional la teoría histórico-económica a la psicológica. Se ha limitado a las siguientes observaciones contra Kautsky:

Ese Estado nacional «más perfecto» no es sino una abstracción, fácilmente susceptible de ser desarrollada y defendida teóricamente, pero que no corresponde a la realidad (*Przegląd Socjaldemokratyczny*, 1908, n° 6, p. 499).

Y para confirmar esta declaración categórica, sigue razonando. El desarrollo de las grandes potencias capitalistas y el imperialismo hacen ilusorio el «derecho a la autodeterminación» de los pequeños pueblos:

¿Puede acaso hablarse en serio —exclama Rosa Luxemburgo— de la «autodeterminación» de los montenegrinos, búlgaros, rumanos, serbios, griegos y, en parte, incluso de los suizos, pueblos todos que gozan de una independencia formal producto de la lucha política y del juego diplomático del «concierto europeo»? (!) (p. 500).

Lo que mejor responde a las condiciones «no es el Estado nacional, como supone Kautsky, sino el Estado de rapiña». Inserta unas cuantas

decenas de cifras sobre las proporciones de las colonias pertenecientes a Gran Bretaña, Francia, etc. ¡Leyendo semejantes razonamientos no puede uno menos que asombrarse de la capacidad de la autora para no distinguir *las cosas*! Enseñar a Kautsky, dándose importancia, que los Estados pequeños dependen de los grandes en lo económico, que los Estados burgueses luchan entre sí por el sometimiento rapaz de otras naciones, que existen el imperialismo y las colonias: todo esto no tiene nada que ver con el asunto, son elucubraciones ridículas, infantiles. No sólo los pequeños Estados, también, por ejemplo, Rusia depende por entero, en el aspecto económico, del poderío del capital financiero imperialista de los países burgueses «ricos». No sólo los Estados balcánicos, Estados en miniatura, sino también la América del siglo XIX ha sido, en el aspecto económico, una colonia europea, según dejó ya dicho Marx en *El Capital*. Todo esto lo sabe de sobra Kautsky, como cualquier marxista, pero nada de ello viene a cuento con relación a los movimientos nacionales y al Estado nacional.

Rosa Luxemburgo sustituye el problema de la autodeterminación política de las naciones en la sociedad burguesa, de su independencia estatal, por el de su autodeterminación e independencia económicas. Esto es tan inteligente como si una persona expone, al tratar de la reivindicación programática que exige la supremacía en el Estado burgués del parlamento, es decir, de la asamblea de representantes populares, su convicción, plenamente justa, de que en un país burgués el gran capital tiene la supremacía bajo cualquier régimen.

No cabe duda de que la mayor parte de Asia, el continente más poblado del mundo, está en una situación de colonia de las «grandes potencias» o de Estados dependientes en grado sumo y oprimidos en el sentido nacional. Pero, ¿caso esta circunstancia de todos conocida altera en lo más mínimo el hecho indiscutible de que, en la misma Asia, sólo en Japón, es decir, sólo en un Estado nacional independiente, se han creado condiciones para el desarrollo más completo de la producción mercantil, para el crecimiento más libre, amplio y rápido del capitalismo? Ese Estado es burgués y, por ello, ha empezado a oprimir él mismo a otras naciones y a sojuzgar a colonias; no sabemos si, antes de la bancarrota del capitalismo, Asia tendrá tiempo de estructurarse en un sistema de Estados nacionales independientes, a semejanza de Europa. Pero queda como un hecho indiscutible que el capitalismo, tras despertar a Asia, ha provocado también allí, en todas partes, movimientos nacionales, que

estos movimientos tienden a crear Estados nacionales en Asia y que precisamente tales Estados son los que aseguran las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo. El ejemplo de Asia habla *a favor* de Kautsky y *en contra* de Rosa Luxemburgo.

El ejemplo de los Estados balcánicos habla también contra ella porque cualquiera puede ver ahora que, precisamente a medida que se crean en esa península Estados nacionales independientes, se van dando las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo en ella.

Por consiguiente, el ejemplo de toda la humanidad civilizada y progresista, el ejemplo de los Balcanes y el ejemplo de Asia, demuestran, a pesar de Rosa Luxemburgo, la absoluta justeza de la tesis de Kautsky: el Estado nacional es regla y «norma» del capitalismo, el Estado de composición nacional heterogénea es atraso o excepción. Desde el punto de vista de las relaciones nacionales, el Estado nacional es el que ofrece, sin duda alguna, las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que semejante Estado, erigido sobre las relaciones burguesas, pueda excluir la explotación y la opresión de las naciones. Quiere decir tan sólo que los marxistas no pueden perder de vista los poderosos factores *económicos* que originan las tendencias a crear Estados nacionales. Quiere decir que «la autodeterminación de las naciones», en el programa de los marxistas, *no puede* tener, desde el punto de vista histórico-económico, otra significación que la autodeterminación política, la independencia estatal, la formación de un Estado nacional.

Más abajo hablaremos detalladamente de las condiciones que se exigen, desde el punto de vista marxista, es decir, desde el punto de vista proletario de clase, para apoyar la reivindicación democrático-burguesa de «Estado nacional». Ahora nos limitamos a definir el *concepto* de «autodeterminación», y sólo debemos señalar que Rosa Luxemburgo *conoce* el contenido de este concepto («Estado nacional»), mientras que sus partidarios oportunistas, los Libman, los Semkovsky, los Yurkévich, ¡no saben ni eso!

2. Planteamiento histórico concreto de la cuestión

La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, sea encuadrado en un marco histórico *determinado*, y después, si se trata de un solo país (por ejemplo, de un programa nacional

para un país dado), que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen ese país de los otros en una misma época histórica.

¿Qué implica este requisito absoluto del marxismo aplicado a nuestro problema?

Ante todo, que es necesario distinguir estrictamente dos épocas del capitalismo diferentes por completo desde el punto de vista de los movimientos nacionales. Por una parte, la época de la bancarrota del feudalismo y del absolutismo, la época en que se constituyen la sociedad democrático-burguesa y su Estado, la época en que los movimientos nacionales adquieren por primera vez un carácter de masas, incorporando de uno u otro modo a *todas* las clases de la población a la política por medio de la prensa, de su participación en instituciones representativas, etc. Por otra parte, presenciamos una época en que los Estados capitalistas tienen ya su estructura acabada, un régimen constitucional establecido hace mucho tiempo y un antagonismo muy desarrollado entre el proletariado y la burguesía; presenciamos una época que puede llamarse la víspera del hundimiento del capitalismo.

Lo típico de la primera época es el despertar de los movimientos nacionales y la incorporación a ellos de los campesinos, que son el sector de la población más numeroso y más «difícil de mover» para la lucha por la libertad política en general y por los derechos de la nación en particular. Lo típico de la segunda época es la ausencia de movimientos democráticos burgueses de masas, cuando el capitalismo desarrollado, al aproximar y amalgamar cada día más las naciones, ya plenamente incorporadas al intercambio comercial, pone en primer plano el antagonismo entre el capital fundido a escala internacional y el movimiento obrero internacional.

Claro que ambas épocas no están separadas por una muralla, sino ligadas por numerosos eslabones de transición; además, los diversos países se distinguen por la rapidez del desarrollo nacional, por la composición nacional de su población, por su distribución, etc., etc. No puede ni hablarse de que los marxistas de un país determinado procedan a elaborar el programa nacional sin tener en cuenta todas las condiciones históricas generales y estatales concretas.

Aquí es justamente donde tropezamos con el punto más débil de los razonamientos de Rosa Luxemburgo. Rosa Luxemburgo engalana con brío extraordinario su artículo de una retahíla de palabrejas «fuertes» contra el punto 9 de nuestro programa, declarándolo «demasiado general»,

«cliché», «frase metafísica», etc., etc. Era natural esperar que una autora que condena de manera tan excelente la metafísica (en sentido marxista, es decir, la antidualéctica) y las abstracciones vacías nos diera ejemplo de un análisis concreto del problema encuadrado en la historia. Se trata del programa nacional de los marxistas de un país determinado, Rusia, en una época determinada, comienzos del siglo xx. Era de suponer que Rosa Luxemburgo hablase de la época *histórica* por la que atraviesa Rusia, de *cuáles* son las particularidades *concretas* de la cuestión nacional y de los movimientos nacionales del país *dado* y en la época *dada*.

¡Rosa Luxemburgo no dice absolutamente nada sobre ello! ¡No encontrarán en ella ni sombra de análisis de cómo se plantea la cuestión nacional en *Rusia* en la actual época histórica, de cuáles son las particularidades de *Rusia* en ese sentido!

Se nos dice que la cuestión nacional se plantea en los Balcanes de un modo distinto que en Irlanda; que Marx conceptuaba así y *así* los movimientos nacionales polaco y checo en las condiciones concretas de 1848 (una página de citas de Marx); que Engels emitía tal y cual juicio sobre la lucha de los cantones forestales suizos contra Austria y la batalla de Morgarten²⁶⁴, disputada en 1315 (una página de citas de Engels con el correspondiente comentario de Kautsky); que Lassalle²⁶⁵ consideraba reaccionaria la guerra campesina del siglo xvi en Alemania, etc.

No puede afirmarse que esas observaciones y citas brillen por su novedad, pero, en todo caso, al lector le resulta interesante volver a recordar una y otra vez precisamente cómo abordaban Marx, Engels y Lassalle el análisis de problemas históricos concretos de diversos países. Y, al releer las instructivas citas de Marx y de Engels, se ve con singular evidencia la ridícula situación en que Rosa Luxemburgo se ha colocado a sí misma. Predica con gravedad y elocuencia que es necesario hacer un análisis concreto de la cuestión nacional encuadrado en la historia de épocas diferentes de distintos países, y ella misma no hace el *mínimo* intento de determinar *cuál* es la fase histórica de desarrollo del capitalismo por la que atraviesa *Rusia* en los comienzos del siglo xx, cuáles son las

264. Batalla en la que los campesinos suizos derrotaron a las tropas austríacas de la casa de Habsburgo. [N. del ed.]

265. *Ferdinand Lassalle* (1825-1864): Abogado y político alemán defensor de un socialismo pequeñoburgués que tendría gran influencia en la socialdemocracia alemana. Mantuvo posiciones oportunistas respecto a cuestiones teóricas y políticas fundamentales. [N. del ed.]

particularidades de la cuestión nacional en este país. Rosa Luxemburgo da ejemplos de cómo *otros* han analizado al modo marxista la cuestión, como para subrayar deliberadamente lo a menudo que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones y lo a menudo que los buenos consejos encubren el no querer o no saber seguir dichos consejos en la práctica.

He aquí una de sus instructivas comparaciones. Alzándose contra la consigna de independencia de Polonia, Rosa Luxemburgo se refiere a un trabajo suyo de 1898 que demostraba el rápido «desarrollo industrial de Polonia» con la salida de los productos manufacturados a Rusia. Ni que decir tiene que de esto no se deduce absolutamente nada sobre el problema del *derecho* a la autodeterminación, que esto sólo demuestra que ha desaparecido la vieja Polonia señorial, etc. Pero Rosa Luxemburgo pasa de manera imperceptible y sin cesar a la conclusión de que, entre los factores que ligan a Rusia con Polonia, predominan ya en la actualidad los factores puramente económicos de las relaciones capitalistas modernas.

Pero he aquí que nuestra Rosa pasa al problema de la autonomía y —aunque su artículo se titula *La cuestión nacional y la autonomía* en general— comienza por demostrar que el reino de Polonia tiene un derecho *exclusivo* a la autonomía (véase sobre este punto *Prosvieschenie*, 1913, n° 12). Para corroborar el derecho de Polonia a la autonomía, Rosa Luxemburgo caracteriza el régimen estatal de Rusia por indicios evidentemente económicos, políticos, etnológicos y sociológicos, por un conjunto de rasgos que, en suma, dan el concepto de «despotismo asiático» (*Przegląd Socjaldemokratyczny* n° 12, p. 137).

De todos es sabido que semejante régimen estatal tiene una solidez muy grande cuando, en la economía del país de que se trate, predominan rasgos absolutamente patriarcales, precapitalistas, y hay un desarrollo insignificante de la economía mercantil y de la diferenciación de las clases. Pero si en un país cuyo régimen estatal se distingue por presentar un carácter acusadamente *precapitalista* existe una región nacional delimitada que tiene un rápido desarrollo del capitalismo, resulta que cuanto más rápido sea ese desarrollo capitalista tanto más fuerte será la contradicción entre ese desarrollo y el régimen estatal *precapitalista*, tanto más probable será que la región avanzada se separe del resto del país, al que no le ligan los lazos del «capitalismo moderno», sino los del «despotismo asiático».

Así pues, Rosa Luxemburgo no ha atado en absoluto cabos, ni siquiera en lo que se refiere a la estructura social del poder en Rusia con relación a

la Polonia burguesa; y en cuanto a las peculiaridades históricas concretas de los movimientos nacionales en Rusia, ni siquiera las plantea.

En este problema es donde debemos detenernos.

3. Las particularidades concretas de la cuestión nacional en Rusia y la transformación democrático-burguesa de ésta

A pesar de lo elástico que es el principio del «derecho de las naciones a la autodeterminación», que es el más puro de los tópicos, ya que, evidentemente, se puede aplicar por igual no sólo a los pueblos que habitan en Rusia, sino también a las naciones que viven en Alemania y en Austria, en Suiza y en Suecia, en América y en Australia, no lo encontramos ni en un solo programa de los partidos socialistas contemporáneos (*Przegląd* n° 6, p. 483).

Así escribe Rosa Luxemburgo en el comienzo de su cruzada contra el punto 9 del programa marxista. Atribuyéndonos a nosotros la interpretación de que este punto del programa es «el más puro de los tópicos», la propia Rosa Luxemburgo incurre precisamente en ese pecado, al declarar con divertida osadía que «evidentemente, [este principio] se puede aplicar por igual» a Rusia, Alemania, etc.

Lo evidente —contestaremos nosotros— es que Rosa Luxemburgo ha decidido ofrecer en su artículo una colección de errores lógicos que servirían como ejercicios para los estudiantes de bachillerato. Porque la parrafada de Rosa Luxemburgo es un completo absurdo y una mofa del planteamiento histórico concreto de la cuestión.

Si el programa marxista no se interpreta de manera pueril, sino marxista, será fácil percatarse de que se refiere a los movimientos nacionales democrático-burgueses. Siendo así —y sin duda alguna es así—, se deduce «evidentemente» que ese programa concierne «en general», como «tópico», etc., a *todos* los casos de movimientos nacionales democrático-burgueses. No menos evidente sería también para Rosa Luxemburgo, de haberlo pensado lo más mínimo, la conclusión de que nuestro programa se refiere *tan sólo* a los casos en que existe tal movimiento.

Si Rosa Luxemburgo hubiese reflexionado sobre estas consideraciones evidentes, habría visto sin mayor esfuerzo qué absurdo ha dicho. Al acusarnos a *nosotros* de haber propuesto un «tópico», aduce *contra nosotros* el

argumento de que no se habla de autodeterminación de las naciones en el programa de los países donde *no hay* movimientos nacionales democrático-burgueses. ¡Un argumento muy inteligente!

La comparación del desarrollo político y económico de distintos países, así como de sus programas marxistas, tiene inmensa importancia desde el punto de vista del marxismo, pues son indudables tanto la naturaleza común capitalista de los Estados contemporáneos como la ley general de su desarrollo. Pero hay que saber hacer semejante comparación. La condición elemental para ello es poner en claro si son *comparables* las épocas históricas del desarrollo de los países de que se trate. Por ejemplo, sólo perfectos ignorantes (como el príncipe E. Trubetskói en *Rússkaya Mysl*) pueden *comparar* el programa agrario de los marxistas de Rusia con los de Europa occidental, pues nuestro programa da una solución al problema de la transformación agraria *democrático-burguesa*, de la cual ni siquiera se habla en los países de Occidente.

Lo mismo puede afirmarse de la cuestión nacional. En la mayoría de los países occidentales hace ya mucho tiempo que está resuelto. Es ridículo buscar en los programas de Occidente solución a problemas que no existen. Rosa Luxemburgo ha perdido aquí de vista precisamente lo más importante: la diferencia entre los países que hace tiempo han terminado las transformaciones democrático-burguesas y los países que no las han terminado.

Todo el quid está en esa diferencia. La desestimación completa de esa diferencia es lo que convierte el larguísimo artículo de Rosa Luxemburgo en un fárrago de tópicos vacíos que no dicen nada.

En la Europa occidental continental, la época de las revoluciones democrático-burguesas abarca un lapso bastante determinado, aproximadamente de 1789 a 1871. Esta fue precisamente la época de los movimientos nacionales y de la creación de los Estados nacionales. Terminada esta época, Europa occidental había cristalizado en un sistema de Estados burgueses que, como norma, eran además uniformes en el aspecto nacional. Por eso, buscar ahora el derecho a la autodeterminación en los programas de los socialistas de Europa occidental significa no comprender el abecé del marxismo.

En Europa oriental y en Asia, la época de las revoluciones democrático-burguesas no comenzó hasta 1905²⁶⁶. Las revoluciones en Rusia,

266. Año de la primera revolución rusa. [N. del ed.]

Persia, Turquía y China, las guerras en los Balcanes: tal es la cadena de los acontecimientos mundiales ocurridos en *nuestra* época en nuestro «Oriente». Y en esta cadena de acontecimientos sólo un ciego puede no ver el despertar de *toda una serie* de movimientos nacionales democrático-burgueses, de tendencias a crear Estados independientes y unidos en el aspecto nacional. Precisamente y solamente porque Rusia y sus países vecinos atraviesan por esa época, necesitamos en nuestro programa un punto sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Pero veamos unos cuantos renglones más del pasaje antes citado del artículo de Rosa Luxemburgo:

En particular, el programa de un partido que actúa en un Estado de composición nacional extraordinariamente heterogénea y para el que la cuestión nacional desempeña un papel de primer orden —el programa de la socialdemocracia austríaca— no contiene el principio del derecho de las naciones a la autodeterminación.

De modo que se quiere persuadir «en particular» al lector con el ejemplo de Austria. Veamos, desde el punto de vista histórico concreto, si hay mucho de razonable en el ejemplo.

Primero, hacemos la pregunta fundamental de si se ha llevado a cabo la revolución democrático-burguesa. En Austria empezó en 1848 y terminó en 1867. Desde entonces, hace casi medio siglo, rige allí una Constitución burguesa, en líneas generales, que permite actuar legalmente a un partido obrero.

Por eso, en las condiciones interiores del desarrollo de Austria (es decir, desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo en Austria, en general, y en sus diversas naciones, en particular) *no hay* factores que den lugar a saltos, uno de cuyos efectos concomitantes puede ser la formación de Estados nacionales independientes. Al suponer, con su comparación, que Rusia se encuentra en condiciones análogas respecto a este punto, Rosa Luxemburgo no sólo admite una hipótesis falsa por completo, antihistórica, sino que se desliza sin querer hacia el liquidacionismo.

Segundo, tiene una importancia de singular magnitud la proporción entre las naciones, totalmente diferente en Austria y en Rusia, respecto al problema que nos ocupa. Austria no sólo ha sido, durante largo tiempo, un Estado donde predominaban los alemanes, sino que los alemanes de Austria querían tener la hegemonía en la nación alemana en general.

Esta «pretensión» la deshizo la guerra de 1866, como quizá tenga a bien recordar Rosa Luxemburgo (que tanta aversión parece sentir contra los tópicos, los clichés, las abstracciones...). La nación dominante en Austria, la alemana, quedó *fuera de los confines* del Estado alemán independiente, definitivamente formado hacia 1871. Por otro lado, el intento de los húngaros de crear un Estado nacional independiente había fracasado ya en 1849 bajo los golpes del ejército feudal ruso.

Así pues, se ha creado una situación peculiar en grado sumo: ¡los húngaros, y tras ellos los checos, no tienden a separarse de Austria, sino a mantener la integridad de Austria precisamente en beneficio de la independencia nacional, que podría ser aplastada del todo por vecinos más rapaces y más fuertes! En virtud de esa situación peculiar, Austria ha tomado una estructura de Estado bicéntrico (dual) y ahora se está convirtiendo en tricéntrico (triple: alemanes, húngaros y eslavos).

¿Sucedee en Rusia algo parecido? ¿Aspiran en Rusia los alógenos a unirse con los rusos bajo la amenaza de una opresión nacional *peor*?

Basta hacerse esta pregunta para ver lo absurda, rutinaria y propia de ignorantes que resulta la comparación entre Rusia y Austria en cuanto a la autodeterminación de las naciones.

En lo tocante a la cuestión nacional, las condiciones peculiares de Rusia son precisamente las contrarias de lo que hemos visto en Austria. Rusia es un Estado con un centro nacional único, ruso. Los rusos ocupan un gigantesco territorio compacto y su número ronda los 70 millones. La peculiaridad de este Estado nacional reside, primero, en que los alógenos (que en conjunto constituyen la mayoría de la población, el 57%) pueblan precisamente la periferia; segundo, en que la opresión de estos alógenos es mucho más fuerte que en los países vecinos (incluso no tan sólo en los europeos); tercero, en que hay toda una serie de casos en que los pueblos oprimidos que viven en la periferia tienen compatriotas al otro lado de la frontera y que estos gozan de mayor independencia nacional (basta recordar, aunque sólo sea en las fronteras occidental y meridional del Estado, a finlandeses, suecos, polacos, ucranianos y rumanos); cuarto, en que el desarrollo del capitalismo y el nivel general de cultura son con frecuencia más altos en la periferia alógena que en el centro del Estado. Por último, precisamente en los Estados asiáticos vecinos presenciamos el comienzo de un período de revoluciones burguesas y de movimientos nacionales que incluyen en parte a los pueblos afines dentro de las fronteras de Rusia.

Así pues, son precisamente las peculiaridades históricas concretas de la cuestión nacional en Rusia las que hacen especialmente urgente que reconozcamos el derecho de las naciones a la autodeterminación en la época que atravesamos.

Por lo demás, incluso vista en el sentido del hecho escueto, es errónea la afirmación de Rosa Luxemburgo de que en el programa de los socialdemócratas austríacos no figura el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación. Basta abrir las actas del congreso de Brünn, en el que se aprobó el programa nacional, para ver las declaraciones del socialdemócrata rutenio Gankévich, en nombre de toda la delegación ucraniana (rutena²⁶⁷) (p. 85 de las actas), y del socialdemócrata polaco Reger, en nombre de toda la delegación polaca (p. 108), diciendo que los socialdemócratas austríacos de ambas naciones incluían entre sus aspiraciones la de la unificación nacional, la de la libertad e independencia de sus pueblos. Por consiguiente, la socialdemocracia austríaca, sin propugnar directamente en su programa el derecho de las naciones a la autodeterminación, transige al mismo tiempo plenamente con que ciertos *sectores* del partido presenten reivindicaciones de independencia nacional. ¡De hecho, esto significa justamente, como es natural, reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación! De modo que la apelación de Rosa Luxemburgo a Austria habla en *todos* los sentidos *contra* ella.

4. El «practicismo» en la cuestión nacional

Los oportunistas han hecho suyo, con singular celo, el argumento de Rosa Luxemburgo de que el punto 9 de nuestro programa no contiene nada «práctico». Rosa Luxemburgo está tan entusiasmada con este argumento, que en una misma página de su artículo encontramos repetida hasta ocho veces esa «consigna».

El punto 9 «no da —dice ella— ninguna indicación práctica para la política cotidiana del proletariado, ninguna solución práctica de los problemas nacionales».

Analicemos este argumento, que también se formula de manera que el punto 9 o no expresa absolutamente nada u obliga a apoyar todas las aspiraciones nacionales.

267. Los rutenos son un grupo étnico eslavo oriental, con idioma propio. Algunos los consideran un subgrupo del pueblo ucraniano. [N. del ed.]

¿Qué significa la reivindicación de «practicismo» en la cuestión nacional?

O bien un apoyo a todas las aspiraciones nacionales, o bien el contestar «sí o no» a la disyuntiva de la separación de cada nación, o bien, en general, la «posibilidad de satisfacción» inmediata de las reivindicaciones nacionales.

Examinemos estas tres posibles interpretaciones de la reivindicación de «practicismo».

La burguesía, que, como es natural, en los comienzos de todo movimiento nacional actúa como fuerza hegemónica (dirigente) del mismo, llama labor práctica al apoyo a todas las aspiraciones nacionales. Pero la política del proletariado en la cuestión nacional (como en las demás cuestiones) sólo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con su política. La clase obrera sólo apoya a la burguesía en aras de la paz nacional (que la burguesía no puede dar plenamente y es viable sólo si hay una *completa* democratización), en beneficio de la igualdad de derechos, en beneficio de la situación más favorable posible para la lucha de clases. Por eso, precisamente *contra el «practicismo»* de la burguesía, los proletarios propugnan una política de *principios* en la cuestión nacional, prestando a la burguesía siempre un apoyo *sólo condicional*. En la cuestión nacional, toda burguesía desea o privilegios para *su* nación o ventajas exclusivas para esta; a esto precisamente es a lo que se le llama ser «práctico». El proletariado está en contra de toda clase de privilegios, en contra de todo exclusivismo. Exigirle «practicismo» significa ir a remolque de la burguesía, caer en el oportunismo.

¿Contestar «sí o no» en lo tocante a la separación de cada nación? Parece una reivindicación sumamente «práctica». Pero, en realidad, es absurda, metafísica en la teoría y conducente en la práctica a subordinar el proletariado a la política de la burguesía. La burguesía plantea siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de un modo incondicional. El proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases. Teóricamente no puede garantizarse de antemano que la separación de una nación determinada o su igualdad de derechos con otra nación ponga fin a la revolución democrático-burguesa. Al proletariado le importa, *en ambos casos*, garantizar el desarrollo de su clase; a la burguesía le importa dificultar ese desarrollo, supeditando las tareas de dicho desarrollo a las tareas de *su* nación. Por eso el proletariado se limita a la reivindicación negativa, por así decirlo, de reconocer el *derecho* a la

autodeterminación, sin garantizar nada a ninguna nación ni comprometerse a dar *nada a expensas* de otra nación.

Esto no será «práctico», pero de hecho es lo que garantiza con mayor seguridad la más democrática de las soluciones posibles; el proletariado necesita *tan sólo* estas garantías, mientras que la burguesía de cada nación necesita garantías de *sus* ventajas, sin tener en cuenta la situación (las posibles desventajas) de otras naciones.

Lo que más interesa a la burguesía es que una reivindicación determinada sea «realizable»; de aquí la eterna política de transacciones con la burguesía de otras naciones en detrimento del proletariado. En cambio, al proletariado le importa fortalecer su clase contra la burguesía, educar a las masas en el espíritu de la democracia consecuente y del socialismo.

Esto no será «práctico» para los oportunistas, pero es la única garantía real, la garantía de la máxima igualdad y paz nacionales, a despecho tanto de los feudales como de la burguesía *nacionalista*.

Desde el punto de vista de la burguesía *nacionalista* de cada nación, toda la misión de los proletarios en la cuestión nacional «no es práctica», pues estos, enemigos de todo nacionalismo, exigen la igualdad «abstracta», la ausencia de cualquier privilegio. Al no comprenderlo y ensalzar de un modo poco razonable el «practicismo», Rosa Luxemburgo ha abierto las puertas de par en par precisamente a los oportunistas, en particular a las concesiones del oportunismo al nacionalismo ruso.

¿Por qué al ruso? Porque los rusos son en Rusia la nación opresora, y en el aspecto nacional, naturalmente, el oportunismo tendrá una expresión entre las naciones oprimidas y otra, distinta, entre las opresoras.

En aras del «practicismo» de sus reivindicaciones, la burguesía de las naciones oprimidas llamará al proletariado a apoyar incondicionalmente sus aspiraciones. ¡Lo más práctico es dar un «sí» categórico a la separación de una nación *en particular*, y no al *derecho* de todas las naciones a separarse!

El proletariado se opone a semejante «practicismo»: al reconocer la igualdad de derechos y el derecho igual a formar un Estado nacional, aprecia y coloca por encima de todo la unión de los proletarios de todas las naciones, evalúa toda reivindicación nacional y toda separación nacional *bajo el ángulo* de la lucha de clase de los obreros. La consigna de «practicismo» es, en realidad, la de adoptar sin crítica las aspiraciones burguesas.

Se nos dice: apoyando el derecho a la separación, apoyan al nacionalismo burgués de las naciones oprimidas. ¡Esto lo dice Rosa Luxemburgo

y lo repite el oportunista Semkovsky, único representante, por cierto, de las ideas de los liquidadores sobre este problema en el periódico de los liquidadores!

Nosotros contestamos: no, precisamente a la burguesía es a quien le importa aquí una solución «práctica». Para los trabajadores, lo importante es distinguir los *principios* de ambas tendencias. *Dado que* la burguesía de una nación oprimida lucha contra la opresora, nosotros estamos siempre, en todos los casos y con más decisión que nadie, *a favor*, ya que somos los enemigos más decididos y consecuentes de la opresión. Dado que la burguesía de la nación oprimida está a favor de *su* nacionalismo burgués, nosotros estamos en contra. Lucha contra los privilegios y la violencia de la nación opresora y ninguna tolerancia con el afán de privilegios de la nación oprimida.

Si en la agitación no lanzamos ni propugnamos la consigna del *derecho* a la separación, favoreceremos no sólo a la burguesía, sino a los feudales y al absolutismo de la nación *opresora*. Hace tiempo que Kautsky empleó este argumento, que es irrefutable, contra Rosa Luxemburgo. En su temor de «ayudar» a la burguesía nacionalista polaca, Rosa Luxemburgo niega el *derecho* a la separación en el programa de los marxistas de *Rusia*, y a quien ayuda *en realidad* es a los rusos ultrarreaccionarios. Ayuda en realidad al conformismo oportunista con los privilegios (y con cosas peores que los privilegios) de los rusos.

Apasionada por la lucha contra el nacionalismo en Polonia, Rosa Luxemburgo ha olvidado el nacionalismo ruso, aunque precisamente *este* es ahora el más temible; es precisamente un nacionalismo menos burgués pero más feudal, es precisamente el mayor freno para la democracia y la lucha proletaria. En *todo* nacionalismo burgués de una nación oprimida hay un contenido democrático general *contra* la opresión, y a este contenido le prestamos un apoyo *incondicional*, apartando rigurosamente la tendencia al exclusivismo nacional, luchando contra la tendencia del burgués polaco a oprimir al judío, etc., etc.

Desde el punto de vista del burgués y del filisteo, esto «no es práctico». Pero es la única política práctica y fiel a los principios en la cuestión nacional, la única que ayuda de verdad a la democracia, a la libertad y a la unión del proletariado. Reconocer el derecho a la separación para todos; apreciar cada cuestión concreta sobre la separación desde un punto de vista que elimine toda desigualdad de derechos, todo privilegio, todo exclusivismo.

Tomemos la posición de la nación opresora. ¿Puede acaso ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos? No. Los intereses de la libertad de la población²⁶⁸ rusa exigen que se luche contra tal opresión. La larga historia, la secular historia de represión de los movimientos de las naciones oprimidas, la propaganda sistemática de esta represión por parte de las clases «altas», han creado prejuicios que son enormes obstáculos a la causa de la libertad del propio pueblo ruso, etc.

Los ultrarreaccionarios rusos apoyan conscientemente estos prejuicios y los alientan. La burguesía rusa transige con ellos o se amolda a ellos. El proletariado ruso no puede alcanzar *sus* fines, no puede desbrozar para sí el camino hacia la libertad, sin luchar sistemáticamente contra esos prejuicios.

Formar un Estado nacional autónomo e independiente en Rusia sigue siendo, por ahora, tan sólo privilegio de la nación rusa. Nosotros, los proletarios rusos, no defendemos ningún privilegio, tampoco ese. Luchamos sobre el terreno de un Estado determinado, unificamos a los obreros de todas las naciones de ese Estado, no podemos garantizar tal o cual vía de desarrollo nacional, marchamos hacia nuestro objetivo de clase por *todas* las vías posibles.

Pero no se puede ir hacia este objetivo sin luchar contra todos los nacionalismos y sin propugnar la igualdad de todas las naciones. Así, por ejemplo, depende de mil factores, desconocidos de antemano, si Ucrania podrá llegar a formar un Estado independiente. Y, como no queremos *hacer* «conjeturas» vanas, estamos firmemente por lo que es indudable: el derecho de Ucrania a semejante Estado. Respetamos este derecho, no apoyamos los privilegios de los rusos respecto a los ucranianos, *educamos* a las masas en el espíritu del reconocimiento de este derecho, en el espíritu de la negación de los privilegios *estatales* de cualquier nación.

En los saltos que han atravesado todos los países en la época de las revoluciones burguesas son posibles y probables los choques y la lucha por el derecho a un Estado nacional. Nosotros, proletarios, nos decla-

268. A cierto L. VI. de París, le parece que esta palabra no es marxista. Este L. VI. es un divertido *superklug* (lo que puede traducirse por «superinteligente»). Por lo visto, el «superinteligente» L. VI. se propone escribir un estudio sobre la supresión (¡desde el punto de vista de la lucha de clases!) de las palabras «población», «pueblo», etc. en nuestro programa mínimo. [N. del A.]

L. VI. era L. Vladimirov, primero liquidador y más tarde bolchevique. [N. del ed.]

ramos de antemano *adversarios* de los privilegios de los rusos, y en esta dirección desarrollamos toda nuestra propaganda y nuestra agitación.

En su afán de «practicismo», Rosa Luxemburgo ha perdido de vista la tarea práctica *principal* tanto del proletariado ruso como del proletariado de cualquier otra nación: la agitación y propaganda cotidianas contra toda clase de privilegios nacionales de tipo estatal, a favor del derecho, igual para todas las naciones, a tener su Estado nacional; esta tarea es (ahora) nuestra principal tarea en la cuestión nacional porque sólo así defendemos los intereses de la democracia y de la unión, basada en la igualdad de derechos, de todos los proletarios de todas las naciones.

Poco importa que esta propaganda «no sea práctica» ni desde el punto de vista de los opresores rusos ni desde el punto de vista de la burguesía de las naciones oprimidas (unos y otros exigen un sí o un no *concreto*, acusando a los socialdemócratas de «vaguedad»). En realidad, precisamente esta propaganda, y sólo ella, asegura una educación de las masas verdaderamente democrática y socialista. Sólo tal propaganda garantiza también las mayores probabilidades de paz nacional en Rusia, si sigue siendo un Estado de composición nacional heterogénea, y la separación más pacífica (e inocua para la lucha de clase proletaria) en diversos Estados nacionales, si se plantea el problema de semejante división.

Para explicar de un modo más concreto esta política, la única proletaria ante la cuestión nacional, analicemos la actitud del liberalismo ruso ante la «autodeterminación de las naciones» y el ejemplo de la separación de Noruega de Suecia.

5. La burguesía liberal y los oportunistas socialistas en la cuestión nacional

Hemos visto que, en la lucha contra el programa de los marxistas de Rusia, Rosa Luxemburgo tiene por uno de sus principales «triunfos» el siguiente argumento: reconocer el derecho a la autodeterminación equivale a apoyar el nacionalismo burgués de las naciones oprimidas. Por otra parte, dice Rosa Luxemburgo, si por tal derecho se entiende únicamente la lucha contra cualquier violencia en lo referido a las naciones, no hace falta un punto especial en el programa porque la socialdemocracia se opone en general a toda violencia nacional y a toda desigualdad de derechos nacionales.

El primer argumento, según demostró de un modo irrefutable Kautsky hace ya casi veinte años, hace pagar la culpa del nacionalismo a justos por pecadores, porque resulta que, temiendo el nacionalismo de la burguesía de las naciones oprimidas, Rosa Luxemburgo favorece *en realidad* el nacionalismo ultrarreaccionario de los rusos! El segundo argumento es, en el fondo, un temeroso esquivar el problema: reconocer la igualdad nacional, ¿supone o no reconocer el derecho a la separación? Si lo supone, Rosa Luxemburgo admite que es justo por principio el punto 9 de nuestro programa. Si no lo supone, no reconoce la igualdad nacional. ¡Los subterfugios y evasivas no sirven para nada en este caso!

Pero la mejor manera de comprobar los argumentos arriba indicados, así como todos los argumentos de esta índole, consiste en estudiar la actitud de las *diferentes clases* de la sociedad ante la cuestión. Para un marxista, semejante comprobación es obligatoria. Hay que partir de lo objetivo, hay que tomar las relaciones recíprocas de las diversas clases en el punto de que se trata. Al no hacerlo, Rosa Luxemburgo incurre precisamente en el pecado de lo metafísico, de lo abstracto, del tópico, de las generalidades, etc., del que en vano trata de acusar a sus adversarios.

Se trata del programa de los marxistas *de Rusia*, es decir, de los marxistas de todas las naciones de Rusia. ¿No convendría echar una ojeada a la postura de las clases *dominantes* de Rusia?

Es conocida de todos la postura de la «burocracia» (perdónesenos este término inexacto) y de los terratenientes feudales del tipo de la nobleza unificada²⁶⁹. Negación absoluta tanto de la igualdad de derechos de las naciones como del derecho a la autodeterminación. La vieja consigna, tomada de los tiempos del régimen de servidumbre: autocracia, religión ortodoxa, nación, con la particularidad de que por esta última tan sólo se entiende la nación rusa. Incluso los ucranianos son declarados «alógenos», incluso su lengua materna es perseguida.

Veamos a la burguesía de Rusia, *llamada* a tomar parte —una parte muy modesta, es verdad, pero, al fin y al cabo, parte— en el poder, en el sistema legislativo y administrativo del «3 de junio»²⁷⁰. No se necesitan

269. Alusión al Consejo de la Nobleza Unificada, organización reaccionaria fundada en 1906. Defendía la autocracia, la propiedad terrateniente y los privilegios de la nobleza. [N. del ed.]

270. Se trata del golpe de Estado reaccionario del 3 (16) de junio de 1907. Disolvió la II Duma de Estado y modificó la ley electoral para aumentar enormemente la representación de terratenientes y burgueses, y reducir la de trabajadores y campesinos, privando

muchas palabras para demostrar que, en esta cuestión, los octubristas²⁷¹ siguen en realidad a la derecha. Es de lamentar que algunos marxistas presten mucha menos atención a la postura de la burguesía liberal rusa, los *progresistas* y los kadetes. Y, sin embargo, quien no estudie esa postura y no reflexione sobre ella incurrirá inevitablemente en el pecado de lo abstracto y de lo vacío al analizar el derecho de las naciones a la autodeterminación.

El año pasado, la polémica entre el *Pravda* y el *Rech* obligó a este órgano principal del Partido Demócrata Constitucionalista, tan hábil en la evasiva diplomática a la hora de contestar francamente preguntas «desagradables», a hacer, sin embargo, algunas confesiones valiosas. Se armó el barullo en torno al Congreso Estudiantil de toda Ucrania, celebrado en Lvov en el verano de 1913. El «experto en cuestiones ucranianas» o colaborador ucraniano del *Rech*, señor Moguilianski, publicó un artículo en el que cubría de las más selectas injurias («delirio», «aventurerismo», etc.) la idea de la separación de Ucrania, idea propugnada por el social-nacionalista Dontsov y aprobada por dicho congreso.

Sin identificarse para nada con Dontsov e indicando claramente que este señor era un social-nacionalista y que muchos marxistas ucranianos discrepaban de él, el periódico *Rabóchaya Pravda* declaró, sin embargo, que el *tono* del *Rech*, o mejor dicho, *la manera en que planteó la cuestión en principio* el *Rech* es absolutamente indecorosa, inadmisibles en un demócrata ruso o en una persona que quiere pasar por demócrata. Que el *Rech* refute directamente a los Dontsov si quiere, pero *en principio* es inadmisibles que el pretendido órgano ruso de la democracia olvide la *libertad* de separación, el *derecho* a la separación.

Unos meses más tarde, Moguilianski publicó unas «explicaciones» en el n° 331 del *Rech*, enterado por el periódico ucraniano *Shliaji*, de Lvov, de las objeciones de Dontsov, quien, por cierto, observó que «sólo la prensa socialdemócrata rusa había manchado [¿estigmatizado?] debidamente la diatriba patrioter del *Rech*». Las «explicaciones» de Moguilianski

de derechos electorales a la mayoría de la población de la Rusia asiática. La III Duma, elegida según la nueva ley, tuvo una composición centurionegrista y kadete. [N. del ed.]

271. Miembros de la Unión del 17 de Octubre, organización que representaba al gran capital industrial ruso. Se fundó en 1905 para impulsar las medidas del manifiesto que el 17 de octubre de ese año hizo Witte, presidente del consejo de ministros, partidario de hacer concesiones al movimiento revolucionario y de convocar elecciones a la Duma. [N. del ed.]

consistieron en repetir por tres veces: «La crítica de las recetas del señor Dontsov [...] no tiene nada en común con la negación del derecho de las naciones a la autodeterminación».

Hay que decir —escribía Moguilianski— que tampoco «el derecho de las naciones a la autodeterminación» es una especie de fetiche [¡¡¡escuchen!!] que no admite ninguna crítica: condiciones de vida malsanas en una nación pueden engendrar tendencias malsanas en la autodeterminación nacional, y poner al descubierto estas últimas no significa todavía negar el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Como ven, las frases de un liberal sobre lo del «fetiche» estaban plenamente a tono con las frases de Rosa Luxemburgo. Era evidente que Moguilianski deseaba rehuir el dar una respuesta directa a la pregunta: ¿Reconoce o no el derecho a la autodeterminación política, es decir, a la separación?

El *Proletárskaya Pravda* (nº 4, 11/12/1913) hizo a bocajarro esta pregunta tanto al señor Moguilianski como al Partido Demócrata Constitucionalista.

El periódico *Rech* publicó entonces (nº 340) una declaración sin firma, es decir, una declaración oficial de la redacción, que la respondía. Esta respuesta se resume en tres puntos:

1) En el punto 11 del programa del Partido Demócrata Constitucionalista se habla de forma directa, clara y precisa del «derecho» de las naciones a una «libre autodeterminación *cultural*».

2) *Proletárskaya Pravda*, según la afirmación del *Rech*, «confunde irremediablemente» la autodeterminación con el separatismo, con la separación de esta o la otra nación.

3) «En efecto, los kadetes no han pensado nunca en defender el derecho de “separación de las naciones” del Estado ruso» (véase el artículo *El nacional-liberalismo y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, en *Proletárskaya Pravda*, nº 12, 20/12/1913).

Fijémonos ante todo en el segundo punto de la declaración del *Rech*. ¡Qué claramente demuestra a Semkovsky, Libman, Yurkévich y demás oportunistas que sus gritos y habladurías sobre una pretendida «falta de claridad» o «vaguedad» en cuanto a la «autodeterminación» no son *en la práctica*, es decir, en la correlación objetiva de las clases y de la lucha de las clases en Rusia, sino una *simple repetición* de los discursos de la burguesía monárquica liberal!

El *Proletárskaya Pravda* hizo a los instruidos señores «kadetes» del *Rech* tres preguntas: 1) Si negaban que en toda la historia de la democracia internacional, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se entiende por autodeterminación de las naciones precisamente la autodeterminación política, el derecho a constituir un Estado nacional independiente; 2) si negaban que el mismo sentido tenía la conocida decisión del congreso socialista internacional celebrado en Londres en 1896, y 3) si negaban que Plejánov, escribiendo ya en 1902 sobre la autodeterminación, entendía por tal precisamente la autodeterminación política. Cuando el *Proletárskaya Pravda* hizo estas tres preguntas, ¡los kadetes guardaron silencio!!

No dijeron ni una palabra porque no tenían nada que contestar. Tuvieron que reconocer en silencio que el *Proletárskaya Pravda* tenía sin duda razón.

Los gritos de los liberales sobre la falta de claridad del concepto de «autodeterminación», de su «irreparable confusión» con el separatismo entre los socialdemócratas, no son sino una tendencia a *embrollar* la cuestión, rehuir el reconocimiento de un principio general de la democracia. Si Semkovsky, Libman y Yurkévich no fueran tan ignorantes, les habría dado vergüenza hablar ante los obreros en tono *liberal*.

Pero sigamos. El *Proletárskaya Pravda* obligó al *Rech* a reconocer que las palabras sobre la autodeterminación «cultural» tienen en el programa kadete precisamente el sentido de una *negación* de la autodeterminación *política*.

«En efecto, los kadetes no han pensado nunca en defender el derecho de “separación de las naciones” del Estado ruso»: estas son las palabras del *Rech*, que no en vano recomendó *Proletárskaya Pravda* a *Nóvoe Vremia* y *Zémschina*²⁷² como muestra de la «lealtad» de nuestros kadetes. Sin, naturalmente, dejar de aprovechar la ocasión para mencionar a los «semitas» y decir toda clase de mordacidades a los kadetes, el *Nóvoe Vremia* declaraba, sin embargo, en su número 13.563:

«Lo que constituye para los socialdemócratas un axioma de sabiduría política [es decir, el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación, a la separación] empieza en nuestros días a provocar divergencias incluso entre los kadetes».

272. El *Nóvoe Vremia* y el *Zémschina* eran periódicos reaccionarios. [N. del ed.]

Los kadetes adoptaron una posición de principios absolutamente idéntica a la del *Nóvoe Vremia*, declarando que «no habían pensado nunca en defender el derecho de separación de las naciones del Estado ruso». En esto consiste una de las bases del *nacional-liberalismo* de los kadetes, de su afinidad con los Purishkévich, de su dependencia de estos últimos en el terreno político-ideológico y político-práctico.

Los kadetes han estudiado historia —decía *Proletárskaya Pravda*— y saben muy bien a qué actos *pogromoides*, expresándonos con suavidad, ha llevado muchas veces en la práctica la aplicación del tradicional derecho de los Purishkévich a «agarrar y no dejar escapar»²⁷³.

Sabiendo perfectamente que la omnipotencia de los Purishkévich tiene origen y carácter feudal, los kadetes se colocan, sin embargo, por entero *en el terreno* de las relaciones y fronteras establecidas precisamente por esa clase. Sabiendo perfectamente cuántos elementos no europeos, antieuropeos (asiáticos, diríamos nosotros, si la palabra no pudiese sonar a inmerecido desprecio para japoneses y chinos), hay en las relaciones y fronteras creadas o fijadas por esa clase, los kadetes los consideran el límite que no se puede traspasar.

Esto es precisamente adaptación a los Purishkévich, servilismo ante ellos, miedo de hacer vacilar su posición, esto es defenderlos contra el movimiento popular, contra la democracia. «Esto significa en la práctica —decía *Proletárskaya Pravda*— adaptarse a los intereses de los feudales y a los peores prejuicios nacionalistas de la nación dominante, en vez de luchar constantemente contra dichos prejuicios».

Como personas conocedoras de la historia y con pretensiones de democracia, los kadetes ni siquiera intentan afirmar que el movimiento democrático —que en nuestros días es típico tanto de Europa oriental como de Asia y que tiende a transformar a ambas de acuerdo con el modelo de los países civilizados, capitalistas— deba indefectiblemente dejar intactas las fronteras fijadas en la época feudal, en la época de omnipotencia de los Purishkévich y de la falta de derechos de extensos sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía.

273. Expresión para describir la arbitrariedad policial. Es el lema de Mymretsov, prototipo del policía zafio y bruto de la Rusia zarista profunda en la obra *La garita*, del escritor Gleb Uspenski (1843-1902). [N. del ed.]

La última conferencia del Partido Demócrata Constitucionalista, celebrada del 23 al 25 de marzo de 1914, ha demostrado, por cierto, que el problema planteado por la polémica entre *Proletárskaya Pravda* y *Rech* no era, en modo alguno, tan sólo un problema literario, sino que revestía la mayor actualidad política. En la reseña oficial del *Rech* (nº 83, 26/3/1914) sobre esa conferencia leemos:

Se trataron también de forma especialmente animada los problemas nacionales. Los diputados de Kiev, a los que se unieron N. V. Nekrásov y A. M. Koliubakin, indicaron que la cuestión nacional es un factor importante que está madurando y que es imprescindible afrontar con más energía que hasta ahora. F. F. Kokoshkin²⁷⁴ indicó, sin embargo [este es el «sin embargo» que corresponde al «pero» de Schedrín²⁷⁵: «de puntillas no se es más alto, no, no se es más alto»], que tanto el programa como la anterior experiencia política exigen que se proceda con la mayor prudencia en lo tocante a las «fórmulas elásticas» de la autodeterminación política de las naciones.

Este razonamiento de la conferencia kadete, de todo punto notable, merece la mayor atención de todos los marxistas y de todos los demócratas (entre paréntesis, hagamos notar que el *Kierskaya Mysl*, periódico, por lo visto, enteradísimo y, sin duda, fiel transmisor de los pensamientos de Kokoshkin, añadía que este señor aducía de un modo especial, claro que como advertencia a sus contrincantes, el argumento del peligro de la «disgregación» del Estado).

La reseña oficial del *Rech* está redactada con maestría diplomática, para levantar lo menos posible el telón y disimular lo más posible. Pero de todos modos queda claro, en sus rasgos fundamentales, lo ocurrido en la conferencia kadete. Los delegados burgueses liberales, que conocían la situación en Ucrania, y los kadetes «de izquierda» plantearon *precisamente* la cuestión de la autodeterminación *política* de las naciones. De lo contrario, Kokoshkin no habría tenido por qué aconsejar que se procediese «con prudencia» en lo referido a esta «fórmula».

En el programa de los kadetes, que los delegados de la conferencia kadete naturalmente conocían, figura precisamente la autodeterminación

274. Uno de los fundadores del partido kadete. [N. del ed.]

275. *Mijaíl E. Saltykov-Schedrín* (1826-1889): Escritor satírico y demócrata revolucionario ruso. [N. del ed.]

«cultural», y *no* la autodeterminación política. Por tanto, Kokoshkin *defendía* el programa *contra* los delegados de Ucrania, *contra* los kadetes de izquierda, defendía la autodeterminación «cultural» *contra* la «política». Es de todo punto evidente que, al alzarse contra la autodeterminación «política», al esgrimir la amenaza de la «disgregación del Estado», diciendo que la fórmula de la «autodeterminación política» es «*elástica*» (¡completamente a tono con Rosa Luxemburgo!), Kokoshkin defendía el nacional-liberalismo ruso contra elementos más «izquierdistas» o más democráticos del Partido Demócrata Constitucionalista y contra la burguesía ucraniana.

Kokoshkin venció en la conferencia kadete, como puede verse por la traidora palabreja «sin embargo» en la reseña del *Rech*. El nacional-liberalismo ruso triunfó entre los kadetes. ¿No contribuirá esta victoria a que se aclaren las mentes de los elementos poco razonables que, entre los marxistas de Rusia, han comenzado también a temer, tras los kadetes, «las fórmulas elásticas de la autodeterminación política de las naciones»?

Veamos, «sin embargo», cuál es, en el fondo, el curso que siguen los pensamientos de Kokoshkin. Invocando la «anterior experiencia política» (es decir, evidentemente, la experiencia de 1905, en que la burguesía rusa se asustó, temiendo por sus privilegios nacionales, y contagió su miedo al Partido Demócrata Constitucionalista), hablando de la amenaza de «disgregación del Estado», Kokoshkin ha demostrado comprender perfectamente que la autodeterminación política no puede significar más que el derecho a la separación y a la formación de un Estado nacional independiente. La pregunta es: ¿Cómo hay que conceptualizar estos temores de Kokoshkin, desde el punto de vista de la democracia en general, así como desde el punto de vista de la lucha de clase proletaria en particular?

Kokoshkin quiere convencernos de que el reconocimiento del derecho a la separación aumenta el peligro de «disgregación del Estado». Este es el punto de vista del policía Mymretsov, con su lema de «agarrar y no dejar escapar». Desde el punto de vista de la democracia en general es precisamente al contrario: el reconocimiento del derecho a la separación *reduce* el peligro de «disgregación del Estado».

Kokoshkin razona absolutamente en el espíritu de los nacionalistas. En su último congreso atacaron furiosamente a los ucranianos mazepistas²⁷⁶.

276. *Independentistas*: El término deriva de Iván S. Mazepa (1639-1709), gran terrateniente cosaco ucraniano que, aliado con el rey de Suecia, luchó contra el imperio ruso. [N. del ed.]

El movimiento ucraniano —exclamaban Sávenko²⁷⁷ y compañía— amenaza con debilitar los lazos que unen a Ucrania con Rusia ¡¡porque Austria, con la ucraniofilia, estrecha los lazos de los ucranianos con Austria!! Lo que no se comprendía era por qué no puede Rusia intentar «estrechar» los lazos de los ucranianos con Rusia con *el mismo método* que los Sávenko reprochan a Austria, es decir, concediendo a los ucranianos el libre uso de su lengua materna, la autodeterminación administrativa, una Dieta autónoma, etc.

Los razonamientos de los Sávenko y los Kokoshkin son absolutamente del mismo género e igualmente ridículos y absurdos desde un punto de vista puramente lógico. ¿No está claro que, cuanto mayor sea la libertad de que goce la nación ucraniana en uno u otro país, tanto más estrecha será la ligazón de esa nación con el país de que se trate? Parece que no se puede cuestionar esta perogrullada sin romper resueltamente con todos los postulados de la democracia. ¿Y puede haber, para una nación como tal, mayor libertad que la de separación, la libertad de formar un Estado nacional independiente?

Para que esta cuestión, embrollada por los liberales (y por quienes, sin comprender, les hacen coro), quede más clara aún, pondremos el más sencillo de los ejemplos. Tomemos el divorcio. Rosa Luxemburgo dice en su artículo que un Estado democrático centralizado, al transigir por completo con la autonomía de diversas de sus partes, debe dejar a la jurisdicción del Parlamento central todas las esferas legislativas de mayor importancia, entre ellas la del divorcio.

Es perfectamente comprensible esta preocupación por que el poder central del Estado democrático asegure la libertad de divorcio. Los reaccionarios están en contra de la libertad de divorcio, aconsejan que se proceda «con prudencia» en lo relativo a dicha libertad y gritan que eso significa la «disgregación de la familia». Pero los demócratas consideran que los reaccionarios son unos hipócritas, pues en realidad defienden la omnipotencia de la policía y de la burocracia, los privilegios de un sexo y la opresión de la mujer; consideran que en realidad la libertad de divorcio no significa la «disgregación» de los vínculos familiares, sino, por el contrario, su fortalecimiento sobre los únicos cimientos democráticos que son posibles y estables en una sociedad civilizada.

277. *Anatoli I. Sávenko* (1874-1922): Nacionalista ultrarreaccionario ruso. [N. del ed.]

Acusar a los partidarios de la libertad de autodeterminación, es decir, de la libertad de separación, de fomentar el separatismo es tan necio e hipócrita como acusar a los partidarios de la libertad de divorcio de fomentar la destrucción de la familia. Del mismo modo que en la sociedad burguesa impugnan la libertad de divorcio los defensores de los privilegios y de la venalidad, bases del matrimonio burgués, negar en el Estado capitalista la libertad de autodeterminación, es decir, de separación de las naciones, no significa otra cosa que defender los privilegios de la nación dominante y los procedimientos policiacos de administración, en detrimento de los democráticos.

No cabe duda de que la politiquería engendrada por *todas* las relaciones de la sociedad capitalista da a veces lugar a charlatanería en extremo frívola y hasta sencillamente absurda de parlamentarios o periodistas sobre la separación de tal o cual nación. Pero sólo los reaccionarios pueden dejarse asustar (o fingir que se asustan) por semejante charlatanería. Quien sustente un punto de vista democrático, es decir, de la solución de los problemas del Estado por la masa de la población, sabe perfectamente que hay «un gran trecho»²⁷⁸ entre la charlatanería de los politicastos y la decisión de las masas. Las masas de la población saben perfectamente, por la experiencia cotidiana, lo que significan los lazos geográficos y económicos, las ventajas de un gran mercado y de un gran Estado, y sólo optarán por la separación cuando la opresión nacional y los roces nacionales hagan la vida en común absolutamente insoportable, frenando las relaciones económicas de todo género. Y, en este caso, los intereses del desarrollo capitalista y de la libertad de lucha de clase estarán precisamente del lado de quienes se separen.

Así pues, se miren por dónde se miren los razonamientos de Kokoshkin, resultan el colmo del absurdo y del escarnio a los principios de la democracia. Pero en esos razonamientos hay cierta lógica: la lógica de los intereses de clase de la burguesía rusa. Kokoshkin, como la mayoría del Partido Demócrata Constitucionalista, es lacayo de la bolsa de oro de esa burguesía. Defiende sus privilegios en general, sus privilegios *estatales* en particular, los defiende con Purishkévich, al lado de este, con la única diferencia de que Purishkévich tiene más fe en el garrote feudal, mientras que Kokoshkin y compañía ven que el garrote resultó

278. Lenin cita unas palabras de *La desgracia de tener ingenio*, comedia del escritor ruso A. Griboédov. [N. del ed.]

muy quebrantado en el año 1905 y confían más en los procedimientos burgueses de embaucamiento de las masas, por ejemplo, en asustar a los pequeños burgueses y a los campesinos con el fantasma de la «disgregación del Estado», de engañarles con frases sobre la unión de «la libertad popular» con los pilares históricos, etc.

La significación real de clase de la hostilidad liberal al principio de autodeterminación política de las naciones es una y sólo una: nacional-liberalismo, salvaguarda de los privilegios estatales de la burguesía rusa. Y todos estos oportunistas que hay entre los marxistas de Rusia, que precisamente ahora, en la época del sistema del 3 de junio, han arremetido contra el derecho de las naciones a la autodeterminación (el liquidador Semkovsky, el bundista Libman, el pequeñoburgués ucraniano Yurkévich), *en realidad* van sencillamente a la zaga del nacional-liberalismo, corrompen a la clase obrera con las ideas nacional-liberales.

Los intereses de la clase obrera y de su lucha contra el capitalismo exigen una completa solidaridad y la más estrecha unión de los trabajadores de todas las naciones, exigen que se rechace la política nacionalista de la burguesía de cualquier nación. Por ello, tanto el que los socialdemócratas se pusieran a negar el derecho a la autodeterminación, es decir, el derecho de las naciones oprimidas a separarse, como el que se pusieran a apoyar todas las reivindicaciones nacionales de la burguesía de las naciones oprimidas significaría apartarse de las tareas de la política proletaria y someter a los obreros a la política de la burguesía. Al obrero asalariado le da igual que la burguesía rusa lo explote más que la alógena, la burguesía polaca más que la judía, etc. Al trabajador asalariado que haya adquirido conciencia de los intereses de su clase le son indiferentes tanto los privilegios estatales de los capitalistas rusos como las promesas de los capitalistas polacos o ucranianos de instaurar el paraíso en la tierra cuando ellos gocen de privilegios estatales. El desarrollo del capitalismo prosigue y proseguirá, de un modo u otro, tanto en un Estado heterogéneo unido como en Estados nacionales separados.

En todo caso, el trabajador asalariado seguirá siendo explotado, y para luchar con éxito contra esa explotación el proletariado tiene que ser independiente del nacionalismo, los proletarios tienen que mantener una postura de completa neutralidad, por así decir, en la lucha por la supremacía entre las burguesías de las diversas naciones. En cuanto el proletariado de una nación cualquiera apoye en lo más mínimo los privilegios de su burguesía nacional, este apoyo provocará inevitablemente la

desconfianza del proletariado de la otra nación, debilitará la solidaridad internacional de clase de los obreros, los desunirá, para regocijo de la burguesía. Y el negar el derecho a la autodeterminación, o a la separación, significa indefectiblemente apoyar en la práctica los privilegios de la nación dominante.

Nos convenceremos de ello con mayor evidencia aún si tomamos el ejemplo concreto de la separación de Noruega de Suecia.

6. La separación de Noruega de Suecia

Rosa Luxemburgo toma precisamente este ejemplo y razona sobre él del modo siguiente:

El último acontecimiento que se ha producido en la historia de las relaciones federativas, la separación de Noruega de Suecia —que en su tiempo se apresuró a comentar la prensa socialpatriotera polaca (véase el *Naprzód* de Cracovia) como una reconfortante manifestación de la fuerza y del carácter progresista de las aspiraciones a la separación estatal—, se ha convertido inmediatamente en prueba fulminante de que el federalismo y la separación estatal que de él resulta en modo alguno son expresión ni de progreso ni de democracia.

Tras la llamada «revolución» noruega, que consistió en destronar y hacer salir de Noruega al rey de Suecia, los noruegos eligieron tranquilamente otro rey, después de haber rechazado formalmente en plebiscito popular el proyecto de instauración de la república. Lo que los adoradores superficiales de toda clase de movimientos nacionales y de todo lo que se asemeja a independencia proclamaron como «revolución» era una simple manifestación del particularismo campesino y pequeñoburgués, un deseo de tener por su dinero un rey «propio», en lugar del rey impuesto por la aristocracia sueca; era, por tanto, un movimiento que no tenía absolutamente nada en común con el espíritu revolucionario. Al mismo tiempo, esta historia de la ruptura de la unión sueco-noruega ha vuelto a demostrar hasta qué punto, también en este caso, la federación que había existido hasta aquel momento no era sino la expresión de intereses puramente dinásticos y, por tanto, una forma de monarquismo y de reacción (*Przegląd*).

¡¡Esto es literalmente todo lo que dice Rosa Luxemburgo sobre este punto!! Hay que reconocer que será difícil poner de manifiesto la impotencia de su postura con más relieve del que lo ha hecho ella misma en el ejemplo que aducimos.

La cuestión consistía y consiste en si la socialdemocracia necesita, en un Estado de composición nacional heterogénea, un programa que reconozca el derecho a la autodeterminación o a la separación.

¿Qué nos dice sobre esto el ejemplo de Noruega, escogido por la misma Rosa Luxemburgo?

Nuestra autora da rodeos y hace quiebros, ironiza y clama contra *Naprzód*, ¡¡pero no responde a la cuestión!! Rosa Luxemburgo habla de lo que se quiera, ¡¡con tal de *no decir ni una palabra* del fondo de la cuestión!!

Es indudable que los pequeños burgueses noruegos, que han querido tener rey propio por su dinero y han hecho fracasar en plebiscito popular el proyecto de instauración de la república, han puesto de manifiesto cualidades pequeñoburguesas bastante malas. Es indudable que si *Naprzód* no lo ha notado, ha mostrado cualidades igualmente malas e igualmente pequeñoburguesas.

Pero, ¿¿a qué viene todo esto??

¡Porque de lo que se trataba era del derecho de las naciones a la autodeterminación y de la actitud del proletariado socialista ante ese derecho! ¿Por qué, pues, Rosa Luxemburgo no responde a la cuestión, sino que da vueltas y más vueltas en torno a la misma?

Dicen que para el ratón no hay fiera más terrible que el gato. Para Rosa Luxemburgo, por lo visto, no hay fiera más terrible que los *fraki*. *Fraki* es el nombre popular del Partido Socialista Polaco, la llamada fracción revolucionaria, y el periodiquillo de Cracovia *Naprzód* comparte las ideas de esta «fracción». La lucha de Rosa Luxemburgo contra el nacionalismo de esa «fracción» ha cegado hasta tal punto a nuestra autora, que todo desaparece de su horizonte, a excepción del *Naprzód*.

Si *Naprzód* dice «sí», Rosa Luxemburgo se considera en el sagrado deber de proclamar inmediatamente «no», sin pensar en lo más mínimo que, con semejante procedimiento, lo que demuestra no es su independencia de *Naprzód*, sino precisamente todo lo contrario, su divertida dependencia de los *fraki*, su incapacidad de ver las cosas desde un punto de vista algo más amplio y profundo que el del hormiguero de Cracovia. *Naprzód*, desde luego, es un órgano muy malo y no es en absoluto marxista, pero

eso no debe impedirnos analizar a fondo el ejemplo de Noruega, toda vez que lo hemos aducido.

Para analizar este ejemplo a lo marxista, no debemos pararnos en las malas cualidades de los muy temibles *frakí*, sino, primero, en las particularidades históricas concretas de la separación de Noruega de Suecia, y, segundo, en ver cuáles fueron las tareas del *proletariado* de ambos países durante esa separación.

Noruega está ligada a Suecia por lazos geográficos, económicos y lingüísticos no menos estrechos que los lazos que unen a muchas naciones eslavas no rusas a los rusos. Pero la unión de Noruega a Suecia no era voluntaria, de modo que Rosa Luxemburgo habla de «federación» completamente en vano, sencillamente porque no sabe qué decir. Noruega *fue cedida* a Suecia por los monarcas durante las guerras napoleónicas, contra la voluntad de los noruegos, y los suecos tuvieron que llevar tropas a Noruega para someterla.

Después de eso hubo durante largos decenios, a pesar de la autonomía de extraordinaria amplitud de que gozaba Noruega (Dieta propia, etc.), constantes roces entre Noruega y Suecia, y los noruegos procuraron con todas sus fuerzas sacudirse el yugo de la aristocracia sueca. En agosto de 1905 se lo sacudieron por fin: la Dieta noruega decidió que el rey de Suecia dejase de ser rey de Noruega, y el referéndum del pueblo noruego, celebrado más tarde, dio una aplastante mayoría de votos (cerca de doscientos mil, contra algunos centenares) a favor de la completa separación de Suecia. Los suecos, tras algunas vacilaciones, se resignaron.

Este ejemplo nos muestra en qué terreno son posibles y se producen casos de separación de naciones, manteniéndose las relaciones económicas y políticas contemporáneas, y qué *forma* toma a veces la separación en un ambiente de libertad política y democracia.

Ni un solo socialdemócrata, si no se decide a declarar que le son indiferentes la libertad política y la democracia (y en tal caso, naturalmente, dejaría de ser socialdemócrata), podrá negar que este ejemplo demuestra *de hecho* que los obreros conscientes *tienen la obligación* de desarrollar una labor constante de propaganda y preparación a fin de que los posibles choques motivados por la separación de naciones se ventilen *sólo como* se ventilaron en 1905 entre Noruega y Suecia, y no «al modo ruso». Esto es precisamente lo que expresa la reivindicación programática de reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación. Y Rosa Luxemburgo, ante un hecho desagradable para su teoría, ha tenido que escudarse con

temibles inectivas en la mentalidad de los pequeños burgueses noruegos y en el *Naprzód* de Cracovia porque comprendía perfectamente hasta qué punto ese hecho histórico *desmiente de un modo irrevocable* sus frases, según las cuales el derecho a la autodeterminación de las naciones es una «utopía», equivale al derecho «a comer en plato de oro», etc. Semejantes frases sólo expresan una fe oportunista de lamentable presunción en la inmutabilidad de la actual correlación de fuerzas entre las naciones de Europa oriental.

Prosigamos. En el problema de la autodeterminación de las naciones, lo mismo que en cualquier otro, nos interesa, ante todo y sobre todo, la autodeterminación del proletariado en el seno de las naciones. Rosa Luxemburgo ha dejado modestamente a un lado también este problema, comprendiendo lo desagradable que resulta para su «teoría» examinarlo en el aducido ejemplo de Noruega.

¿Cuál fue y debió ser la postura del proletariado noruego y sueco en el conflicto motivado por la separación? Los obreros noruegos conscientes, desde luego, hubieran votado *después* de la separación por la república²⁷⁹, y si hubo socialistas que votaron de otro modo, eso sólo demuestra que a veces hay mucho oportunismo obtuso, pequeñoburgués, en el socialismo europeo. Sobre esto no puede haber dos criterios, y solamente nos referimos a este punto porque Rosa Luxemburgo intenta velar el fondo de la cuestión con disquisiciones *que no vienen al caso*. No sabemos si, en lo que se refiere a la separación, el programa socialista noruego obligaba a los socialdemócratas noruegos a atenerse a un criterio determinado. Supongamos que no, que los socialistas noruegos dejaron en suspenso la cuestión de hasta qué punto era suficiente para la libre lucha de clase la autonomía de Noruega y hasta qué punto frenaban la libertad de su vida económica los eternos roces y conflictos con la aristocracia sueca. Pero es indiscutible que el proletariado noruego debía haberse opuesto a esa aristocracia y apoyado una democracia campesina noruega (incluso a pesar de toda la estrechez de miras pequeñoburguesa de esta).

¿Y el proletariado sueco? Sabido es que los terratenientes suecos, apoyados por el clero sueco, predicaban la guerra contra Noruega; y como

279. Si la mayoría de la nación noruega estaba por la monarquía y el proletariado, por la república, al proletariado noruego, hablando en general, se le abrían dos caminos: o la revolución, si estaban maduras las condiciones para ella, o la sumisión a la mayoría y una larga labor de propaganda y agitación. [N. del a.]

Noruega es mucho más débil que Suecia, como ya había sufrido una invasión sueca, como la aristocracia sueca tiene un peso muy considerable en su país, esta prédica era una amenaza muy seria. Puede asegurarse que los Kokoshkin suecos gastaron mucho tiempo y energías en tratar de corromper a las masas suecas, exhortándolas a «proceder con prudencia» en lo tocante a las «fórmulas elásticas de la autodeterminación política de las naciones», pintándoles los peligros de «disgregación del Estado» y asegurándoles que la «libertad popular» es compatible con los principios de la aristocracia sueca. No cabe ninguna duda de que la socialdemocracia sueca habría traicionado la causa del socialismo y la causa de la democracia si no hubiese luchado con todas sus fuerzas contra la ideología y la política tanto de los terratenientes como de los Kokoshkin, si no hubiese propugnado, *además* de la igualdad de las naciones en general (igualdad que también reconocen los Kokoshkin), el derecho de las naciones a la autodeterminación, la libertad de separación de Noruega.

Al reconocer los obreros suecos el derecho de los noruegos a la separación, la estrecha unión de los obreros noruegos y suecos y su plena solidaridad de hermanos de clase *salían ganando*. Porque los obreros noruegos se convencían de que los obreros suecos no estaban contagiados de nacionalismo sueco, de que la fraternidad con los proletarios noruegos estaba, para ellos, por encima de los privilegios de la burguesía y la aristocracia suecas. La ruptura de los lazos impuestos a Noruega por los monarcas europeos y los aristócratas suecos fortaleció los lazos entre los trabajadores noruegos y suecos. Los obreros suecos han demostrado que, a través de *todas* las vicisitudes de la política burguesa —bajo las relaciones burguesas es perfectamente posible que renazca la sumisión de los noruegos a los suecos por la fuerza!—, sabrán mantener y defender la completa igualdad de derechos y la solidaridad de clase de los obreros de ambas naciones en la lucha tanto contra la burguesía sueca como contra la burguesía noruega.

Esto revela, entre otras cosas, lo infundadas e incluso sencillamente poco serías que son las tentativas que a veces hacen los *fraki* de *aprovechar* nuestras divergencias con Rosa Luxemburgo en contra de la socialdemocracia polaca. Los *fraki* no constituyen un partido proletario, socialista, sino un partido nacionalista pequeñoburgués, una especie de eseristas polacos. Nunca se ha hablado ni pudo hablarse de ninguna unidad de los socialdemócratas de Rusia con este partido. En cambio, ni un solo socialdemócrata de Rusia «se ha arrepentido» nunca de acercarse y

unirse a los socialdemócratas polacos. A la socialdemocracia polaca le corresponde el gran mérito histórico de haber creado por primera vez en Polonia un partido marxista de verdad, proletario de verdad, en una Polonia impregnada hasta la médula de aspiraciones y pasiones nacionalistas. Pero este mérito de los socialdemócratas polacos es un gran mérito no porque Rosa Luxemburgo haya dicho toda clase de absurdos contra el punto 9 del programa marxista de Rusia, sino a pesar de esta lamentable circunstancia.

Para los socialdemócratas polacos, naturalmente, el «derecho a la autodeterminación» no tiene una importancia tan grande como para los rusos. Es perfectamente comprensible que la lucha contra la pequeña burguesía de Polonia, cegada por el nacionalismo, haya obligado a los socialdemócratas polacos a «forzar la nota» con particular empeño (a veces quizá un poco exagerado). Ni un solo marxista de Rusia ha pensado nunca en acusar a los socialdemócratas polacos de estar en contra de la separación de Polonia. Estos socialdemócratas solamente se equivocan cuando, a semejanza de Rosa Luxemburgo, intentan negar la necesidad de que en el programa de los marxistas *de Rusia* se reconozca el derecho a la autodeterminación.

En el fondo, esto significa trasladar relaciones comprensibles desde el punto de vista del horizonte de Cracovia, a la escala de todos los pueblos y naciones de Rusia, incluidos los rusos. Eso significa ser «nacionalistas polacos al revés», y no socialdemócratas de Rusia, internacionalistas.

Porque la socialdemocracia internacional está precisamente a favor de reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación. De lo cual pasamos a ocuparnos.

7. El acuerdo del congreso internacional de Londres de 1896²⁸⁰

El acuerdo dice:

El congreso declara que está a favor del derecho completo a la autodeterminación (*selbstbestimmungsrecht*) de todas las naciones y expresa sus simpatías a los obreros de todo país que sufra actualmente bajo el yugo de un absolutismo militar, nacional o de otro género; el congreso exhorta a los obreros de todos estos países a ingresar en las filas de los

280. Se trata del IV Congreso de la Segunda Internacional. [N. del ed.]

obreros conscientes (*klassenbewusste*, de los que tienen conciencia de los intereses de su clase) de todo el mundo, a fin de luchar al lado de ellos para vencer al capitalismo internacional y alcanzar los objetivos de la socialdemocracia internacional²⁸¹.

Como ya hemos señalado, nuestros oportunistas, Semkovsky, Libman y Yurkévich, desconocen sencillamente este acuerdo. Pero Rosa Luxemburgo lo conoce y cita su texto íntegro, en el que figura la misma expresión que en nuestro programa: «autodeterminación».

Cabe preguntar: ¿Cómo elimina Rosa Luxemburgo este obstáculo del camino de su «original» teoría?

¡Oh, muy sencillo! El centro de gravedad está aquí en la segunda parte de la resolución... su carácter declarativo... ¡¡sólo por confusión puede apelarse a ella!!

El desamparo y la desorientación de nuestra autora son sencillamente asombrosos. Por lo general, los oportunistas son los únicos que aluden al carácter declarativo de los puntos consecuentemente democráticos y socialistas en los programas, rehuyendo cobardemente la polémica franca contra ellos. A lo que se ve, no sin motivo se ha encontrado esta vez Rosa Luxemburgo en la triste compañía de Semkovsky, Libman y Yurkévich. Rosa Luxemburgo no se atreve a confesar con sinceridad si estima acertada o errónea la citada resolución. Se zafa y se esconde, como si esperase tener a un lector tan poco atento y tan ignorante que olvide la primera parte de la resolución al llegar a la segunda o que nunca haya oído hablar de los debates que hubo en la prensa socialista *antes* del congreso de Londres.

Pero Rosa Luxemburgo está muy equivocada si se imagina que logrará pisotear con tanta facilidad ante los obreros conscientes de Rusia una resolución de la Internacional sobre una importante cuestión de principios, sin haberse dignado siquiera a analizarla con espíritu crítico.

En los debates que precedieron al congreso de Londres —principalmente en las columnas de la revista de los marxistas alemanes *Die Neue Zeit*— se expresó el punto de vista de Rosa Luxemburgo, ¡y *ese punto de vista*, en el

281. Véase el informe oficial alemán sobre el congreso de Londres: *Verhandlungen und Beschlüsse des internationalen sozialistischen arbeiter und Gewerkschafts Kongresses zu London, vom 27. Juli bis 1. August 1896*. Berlín, 1896, p. 18. Hay un folleto ruso con los acuerdos de los congresos internacionales, donde, en vez de «autodeterminación», se ha traducido erróneamente «autonomía». [N. del a.]

fondo, sufrió una derrota ante la Internacional! Este es el fondo del asunto, y debe tenerlo en cuenta sobre todo el lector ruso.

Los debates giraron en torno a la cuestión de la independencia de Polonia. Se expresaron tres puntos de vista:

1) El punto de vista de los *fraki*, en cuyo nombre habló Haecker. Querían que la Internacional reconociese en su programa la reivindicación de la independencia de Polonia. La propuesta no fue aceptada. Este punto de vista sufrió una derrota ante la Internacional.

2) El punto de vista de Rosa Luxemburgo: los socialistas polacos no deben exigir la independencia de Polonia. Desde este punto de vista, no se podía ni hablar de proclamar el derecho de las naciones a la autodeterminación. Este criterio fue también derrotado ante la Internacional.

3) El punto de vista que entonces desarrolló del modo más minucioso K. Kautsky, al tomar la palabra contra Rosa Luxemburgo y demostrar la extrema «unilateralidad» del materialismo de ella. Desde este punto de vista, la Internacional no puede incluir hoy en su programa la independencia de Polonia, pero los socialistas polacos —dijo Kautsky— pueden propugnar plenamente tal reivindicación. Desde el punto de vista de los socialistas es absolutamente erróneo desentenderse de las tareas de la liberación nacional en un ambiente de opresión nacional.

La resolución de la Internacional reproduce precisamente las tesis fundamentales de este punto de vista: por una parte, se reconoce sin ambages y sin dejar margen a tergiversación alguna el pleno derecho de todas las naciones a la autodeterminación; por otra, se exhorta de forma no menos explícita a los obreros a concertar la unidad *internacional* de su lucha de clase.

Nosotros consideramos que esta resolución es totalmente acertada y que, para los países de Europa oriental y de Asia de comienzos del siglo xx, es precisamente esta resolución, y precisamente la conexión indisoluble entre sus dos partes, lo que constituye la única directriz acertada de política proletaria de clase en la cuestión nacional.

Detengámonos con más detalle en los tres puntos de vista mencionados.

Sabido es que Marx y Engels consideraban que toda la democracia de Europa occidental, y más aún la socialdemocracia, estaban absolutamente obligadas a apoyar con energía la reivindicación de independencia de Polonia. Para las décadas del 40 y del 60 del siglo pasado, época de revolución burguesa en Austria y Alemania, época de «reforma campesi-

na» en Rusia²⁸², este punto de vista era acertado por completo y el único consecuentemente democrático y proletario. Mientras las masas populares de Rusia y de la mayoría de los países eslavos aún estaban sumidas en un profundo sueño, mientras *no había* en esos países movimientos democráticos independientes, de masas, el movimiento liberador *aristocrático* en Polonia adquiriría un valor primordial, gigantesco, desde el punto de vista no sólo de la democracia de toda Rusia, no sólo de la democracia de todos los países eslavos, sino de la democracia de toda Europa²⁸³.

Pero si este punto de vista de Marx era acertado por completo para el segundo tercio o para el tercer cuarto del siglo XIX, ha dejado de serlo para el siglo XX. En la mayoría de los países eslavos, e incluso en uno de los países eslavos más atrasados, Rusia, han surgido movimientos democráticos independientes e incluso un movimiento proletario independiente. Ha desaparecido la Polonia aristocrática, dando paso a la Polonia capitalista. En tales circunstancias, Polonia no podía menos que perder su *excepcional* trascendencia revolucionaria.

Cuando, en 1896, el PSP (Partido Socialista Polaco, los *fraki* actuales) intentó «perpetuar» el punto de vista de Marx *de otra época*, eso ya significaba utilizar la *letra* del marxismo contra el *espíritu* del marxismo. De ahí que tuviesen completa razón los socialdemócratas polacos cuando se declararon en contra de los entusiasmos nacionalistas de la pequeña burguesía polaca, cuando indicaron que la cuestión nacional tenía una

282. Alusión a la abolición de la servidumbre de la gleba, en 1861. [N. del ed.]

283. Sería un trabajo histórico muy interesante comparar la posición de un noble polaco insurgente de 1863, con la de Chernishevski, revolucionario demócrata de toda Rusia quien (como Marx) también supo apreciar la importancia del movimiento polaco, y con la posición del pequeñoburgués ucraniano Dragománov, quien apareció mucho más tarde y expresó el punto de vista del campesino, todavía tan salvaje, dormido, encostrado en su montón de estiércol, que su legítimo odio a los terratenientes polacos le impedía comprender la importancia de la lucha de estos terratenientes para la democracia de toda Rusia (véase *La Polonia histórica y la democracia de Rusia*, de Dragománov). Dragománov ha merecido plenamente los entusiastas abrazos que más tarde le prodigó P. Struve cuando ya se había convertido en nacional-liberal. [N. del a.]

Lenin se refiere a la insurrección de liberación nacional polaca de 1863-1864 contra el yugo zarista, originada por una leva masiva. Sus demandas, además de la independencia nacional, incluyeron diversas reivindicaciones democrático-burguesas (como la supresión de la corvea, la obligación de trabajar gratuitamente las tierras del señor feudal). Marx y Engels lo consideraron un movimiento progresista, y el primero redactó, en nombre de los emigrados alemanes en Londres, un llamamiento a ayudar a los polacos, que finalmente fueron aplastados en el verano de 1864. [N. del ed.]

importancia secundaria para los obreros polacos, cuando crearon por primera vez en Polonia un partido puramente proletario, cuando proclamaron el principio de la unión más estrecha entre el obrero polaco y el obrero ruso en su lucha de clase, principio de inmensa importancia.

Pero, ¿significaba esto, sin embargo, que a comienzos del siglo xx la Internacional podía considerar superfluo para Europa oriental y Asia el principio de autodeterminación política de las naciones, su derecho a la separación? Esto sería el mayor de los absurdos y equivaldría (teóricamente) a considerar terminada la transformación democrático-burguesa de los Estados de Turquía, Rusia y China; sería (prácticamente) oportunismo respecto al absolutismo.

No. Para Europa oriental y para Asia, en una época en que se han iniciado revoluciones democrático-burguesas, en una época en que han surgido y se han exacerbado movimientos nacionales, en una época en que han aparecido partidos proletarios independientes, la tarea de estos partidos en política nacional debe ser una tarea doble: 1) reconocer el derecho de todas las naciones a la autodeterminación, porque aún no está terminada la transformación democrático-burguesa, porque la democracia obrera propugna con seriedad, franqueza y consecuencia, no al modo liberal, no al modo de los Kokoshkin, la igualdad de derechos de las naciones; y 2) reconocer la alianza más estrecha e indisoluble de la lucha de clase de los proletarios de todas las naciones de un Estado determinado, para toda índole de circunstancias históricas, con todo género de modificaciones que la burguesía introduzca en las fronteras de los diversos Estados.

Esta doble tarea del proletariado es precisamente la que formula en 1896 la resolución de la Internacional. Idéntica precisamente es, por los principios en que se basa, la resolución adoptada por los marxistas de Rusia en su reunión del verano de 1913. Hay gentes a quienes les parece «contradictorio» que esta resolución, al reconocer en su punto cuarto el derecho a la autodeterminación, a la separación, parezca «conceder» el máximo al nacionalismo (en realidad, en el reconocimiento del *derecho* a la autodeterminación de *todas* las naciones hay un máximo de *democracia* y un mínimo de nacionalismo), y en el punto quinto previene a los obreros contra las consignas nacionalistas de cualquier burguesía y exige la unidad y la fusión de los obreros de todas las naciones en organizaciones proletarias internacionales únicas. Pero sólo inteligencias absolutamente obtusas pueden ver aquí una «contradicción», pues son

incapaces de comprender, por ejemplo, por qué *han ganado* la unidad y la solidaridad de clase de los proletariados sueco y noruego, cuando los obreros suecos han defendido para Noruega la libertad de separarse y constituir un Estado independiente.

8. Karl Marx, el utopista, y Rosa Luxemburgo, la práctica

Declarando una «utopía» la independencia de Polonia y repitiéndolo hasta dar náuseas, Rosa Luxemburgo exclama con ironía: ¿Por qué no exigir la independencia de Irlanda?

Evidentemente, la «práctica» Rosa Luxemburgo desconoce la actitud de Marx ante la independencia de Irlanda. Vale la pena detenerse en este punto para dar un ejemplo analítico de una reivindicación *concreta* de independencia nacional desde el punto de vista verdaderamente marxista, y no oportunista.

Marx tenía la costumbre de «probar los dientes», como él decía, de los socialistas que conocía, comprobando su conciencia y su convicción²⁸⁴. Cuando conoció a Lopatin, Marx escribió a Engels el 5 de julio de 1870 alabando al joven socialista ruso, pero añadía:

El punto débil: *Polonia*. Sobre este punto Lopatin dice exactamente lo mismo que un inglés —por ejemplo, un cartista inglés de la vieja escuela— sobre Irlanda.

Marx interroga a un socialista que pertenece a una nación opresora sobre lo que piensa de una nación oprimida y descubre en el acto el defecto *común* de los socialistas de las naciones dominantes (inglesa y rusa): la incomprensión de su deber socialista para con las naciones oprimidas, el hacerse eco de prejuicios tomados de la burguesía de la «nación grande».

Antes de pasar a las declaraciones positivas de Marx sobre Irlanda, hay que hacer la salvedad de que Marx y Engels guardaban en general una actitud rigurosamente crítica frente al problema nacional, apreciando su valor histórico relativo. Así, el 23 de mayo de 1851 Engels escribe a Marx que el estudio de la historia le lleva a conclusiones pesimistas respecto a Polonia, que la importancia de Polonia es temporal, sólo hasta la revolución agraria en Rusia. El papel de los polacos en la historia es

284. Lenin se refiere a los recuerdos de Wilhelm Liebknecht sobre Marx. [N. del ed.]

el de «tonterías atrevidas». «Ni por un momento puede suponerse que Polonia, incluso comparada solamente con Rusia, represente con éxito el progreso o tenga cierto valor histórico». En Rusia hay más elementos de civilización, de instrucción, de industria, de burguesía, que en la «ale-targada Polonia de los terratenientes nobles [...] ¡Qué significan Varsovia y Cracovia comparadas con San Petersburgo, Moscú y Odessa!». Engels no cree en el éxito de las insurrecciones de la nobleza polaca.

Pero todas estas ideas, que son de una perspicacia genial, en modo alguno impidieron que doce años más tarde, cuando Rusia aún seguía aletargada y Polonia, en cambio, hervía, Marx y Engels sintiesen la más cálida y profunda simpatía por el movimiento polaco.

En 1864, al redactar el mensaje de la Internacional, Marx escribe a Engels (4 de noviembre de 1864) que es preciso luchar contra el nacionalismo de Mazzini²⁸⁵: «Cuando en el mensaje se habla de política internacional, me refiero a países, no a nacionalidades, y denuncio a Rusia, no a países de menor importancia». Para Marx no ofrece dudas la subordinación de la cuestión nacional a la «cuestión obrera». Pero su teoría está tan lejos del propósito de pasar por alto los movimientos nacionales como el cielo de la tierra.

Llega el año 1866. Marx escribe a Engels sobre la «camarilla proud-honiana» de París, que

declara que las naciones son un absurdo y ataca a Bismarck y a Garibaldi²⁸⁶. Como polémica contra el chovinismo, su táctica es útil y explicable. Pero cuando quienes creen en Proudhon (y entre ellos figuran dos buenos amigos míos de aquí, Lafargue y Longuet) piensan que toda Europa puede y debe permanecer quieta, tranquilamente sentada sobre el trasero, hasta que los señores acaben en Francia con la miseria y la ignorancia [...] resultan ridículos (carta del 7 de junio de 1866).

Ayer —escribe Marx el 20 de junio de 1866— hubo en el Consejo de la Internacional un debate sobre la guerra actual [...] Como era de

285. *Giuseppe Mazzini* (1805-1872): Revolucionario demócrata burgués que luchó por la unificación italiana. [N. del ed.]

286. *Otto von Bismarck* (1815-1898): Político conservador prusiano artífice de la unificación alemana. [N. del ed.]

Giuseppe Garibaldi (1807-1882): Dirigente político-militar de la lucha por la unificación nacional italiana. [N. del ed.]

esperar, la discusión giró en torno al problema de las «naciones» y a nuestra actitud ante él (...) Los representantes de la Joven Francia (*no obreros*) defendieron el punto de vista de que todo grupo étnico y la propia nación son prejuicios anticuados. Stirnerianismo²⁸⁷ proudhoniano [...]. Todo el mundo debe esperar a que los franceses maduren para la revolución social [...]. Los ingleses se rieron mucho cuando yo comencé mi discurso diciendo que nuestro amigo Lafargue y otros, que han suprimido las naciones, nos hablaban en francés, es decir, en una lengua incomprensible para las nueve décimas partes de la reunión. Luego di a entender que Lafargue, sin darse él mismo cuenta de ello, entendía por negación de las naciones, al parecer, su absorción por la ejemplar nación francesa.

La deducción que resulta de todas estas observaciones críticas de Marx es clara: la clase obrera es la menos llamada a hacer un fetiche de la cuestión nacional porque el desarrollo del capitalismo no despierta necesariamente a *todas* las naciones a una vida independiente. Pero, una vez surgidos los movimientos nacionales de masas, desentenderse de ellos, negarse a apoyar lo que en ellos hay de progresista, significa caer, en realidad, bajo la influencia de prejuicios *nacionalistas*, es decir: considerar a *su propia* nación como «nación ejemplar» (o, añadiremos nosotros, como nación dotada del privilegio exclusivo de organizarse en Estado)²⁸⁸.

Pero volvamos al problema de Irlanda.

La postura de Marx ante este problema la expresan, con especial claridad, los siguientes fragmentos de sus cartas:

He tratado de suscitar por todos los medios la simpatía de los obreros ingleses por la lucha de los fenianos²⁸⁹ [...] Antes creía imposible la

287. Alusión a las ideas del filósofo alemán Max Stirner (1806-1858), teórico del individualismo burgués. [N. del ed.]

288. Compárese, además, con la carta de Marx a Engels de 3 de junio de 1867: «Por las crónicas de París del Times, me he enterado con verdadera satisfacción de las exclamaciones polonófilas de los parisinos contra Rusia [...] Proudhon y su minúscula camarilla doctrinaria no son el pueblo francés». [N. del a.]

289. Miembros de la Hermandad Republicana Irlandesa y de su rama estadounidense, la Hermandad Feniana, organización que en 1867 organizó una insurrección para acabar con el dominio británico en Irlanda. El término deriva del gaélico Fianna, nombre que en la mitología celta de Irlanda y Escocia recibían las bandas de jóvenes guerreros. [N. del ed.]

separación de Irlanda de Inglaterra. Ahora la creo inevitable, aunque después de la separación se pueda llegar a una federación.

Esto es lo que Marx decía a Engels en la carta del 2 de noviembre de 1867. Y en otra carta, del 30 de noviembre del mismo año, añadía:

¿Qué consejo debemos dar nosotros a los obreros *ingleses*? A mi juicio, deben hacer de la anulación de la Unión [de Irlanda con Inglaterra; es decir, de la separación de Irlanda de Inglaterra] un punto de su declaración, en pocas palabras, el asunto de 1783, pero democratizado y adaptado a las condiciones del momento. Esta es la única forma legal y, por consiguiente, la única posible de emancipación de los irlandeses que puede entrar en el programa de un partido *inglés*. La experiencia habrá de mostrar más tarde si la simple unión personal puede seguir existiendo entre los dos países [...].

Lo que necesitan los irlandeses es:

- 1) Autonomía e independencia con respecto a Inglaterra.
- 2) Una revolución agraria.

Como Marx concedía inmensa importancia al problema de Irlanda, daba conferencias de hora y media sobre este tema en la Unión Obrera alemana (carta del 17 de diciembre de 1867). En una carta del 20 de noviembre de 1868, Engels señala «el odio que existe entre los obreros ingleses hacia los irlandeses», y al cabo de un año, poco más o menos (24 de octubre de 1869), volviendo sobre este tema, escribe:

De Irlanda a Rusia sólo hay un paso [...] Por el ejemplo de la historia irlandesa puede verse qué desgracia es para un pueblo haber sojuzgado a otro. Todas las infamias inglesas tienen su origen en la esfera irlandesa. Todavía tengo que estudiar la época de Cromwell, pero, de todos modos, no me cabe la menor duda de que, también en Inglaterra, las cosas habrían tomado otro cariz si no hubiese sido necesario dominar por las armas a Irlanda y crear una nueva aristocracia.

Señalemos de paso la carta de Marx a Engels del 18 de agosto de 1869:

En Posnania, los obreros polacos han tenido una huelga victoriosa gracias a la ayuda de sus camaradas de Berlín. Esta lucha contra «el señor capital» —incluso en su forma inferior, en forma de huelgas—

terminará con los prejuicios nacionales de un modo más efectivo que las declamaciones sobre la paz en boca de los señores burgueses.

Por lo que sigue, puede verse la política que Marx aplicaba en la Internacional respecto al problema irlandés.

El 18 de noviembre de 1869 Marx escribe a Engels que ha pronunciado un discurso de hora y cuarto en el Consejo de la Internacional sobre la actitud del gobierno británico ante la amnistía irlandesa y que ha propuesto la resolución siguiente:

Se acuerda:

Que, en su respuesta a la exigencia irlandesa de poner en libertad a los patriotas irlandeses, el señor Gladstone²⁹⁰ ultraja deliberadamente a la nación irlandesa;

que Gladstone liga la amnistía política a condiciones igualmente humillantes, tanto para las víctimas del mal gobierno como para el pueblo representado por ese gobierno;

que Gladstone, si bien obligado por su situación oficial, ha aplaudido pública y solemnemente la revuelta de los esclavistas norteamericanos²⁹¹, y ahora se pone a predicarle al pueblo irlandés la doctrina de la sumisión pasiva;

que, en lo tocante a la amnistía irlandesa, toda su política es una auténtica manifestación de la *política de conquista*, cuya denuncia por parte del señor Gladstone sirvió para echar a sus rivales *tories* del gobierno;

que el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores²⁹² expresa su admiración ante la valentía, la firmeza y la elevación de espíritu con que el pueblo irlandés despliega su campaña por la amnistía;

que esta resolución deberá ser comunicada a todas las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores y a todas las organizaciones obreras de Europa y América que estén relacionadas con ella.

290. *William Gladstone* (1809-1898): Primer ministro británico, líder del Partido Liberal. [N. del ed.]

291. Se trata de la secesión iniciada por varios estados esclavistas del sur de EEUU, lo que desencadenó la guerra civil norteamericana de 1861-1865. [N. del ed.]

292. Nombre oficial de la Primera Internacional. [N. del ed.]

El 10 de diciembre de 1869, Marx escribe que su informe sobre el problema irlandés en el Consejo de la Internacional tendrá la estructura siguiente:

Independientemente de toda frase «internacionalista» y «humanitaria» sobre «justicia para Irlanda» —porque esto se sobreentiende en el Consejo de la Internacional—, *el interés absoluto y directo de la clase obrera inglesa exige la ruptura de su actual unión con Irlanda*. Estoy profundamente convencido de ello, y las razones no las puedo revelar, en parte, a los propios obreros ingleses. He creído durante mucho tiempo que la ascendencia de la clase obrera inglesa permitiría derrocar el régimen irlandés. He defendido siempre esta opinión en el *New York Daily Tribune* [periódico estadounidense en el que Marx colaboró mucho tiempo]. Un estudio más profundo me ha persuadido de lo contrario. La clase obrera inglesa *no hará nada* mientras no se desembarace de Irlanda [...] La reacción inglesa, en Inglaterra, tiene sus raíces en el sojuzgamiento de Irlanda (subrayados en el original).

Ahora tendrá el lector bien claro cuál era la política de Marx en el problema irlandés.

El «utopista» Marx era tan poco «práctico», que estaba a favor de la separación de Irlanda, separación que, medio siglo más tarde, no se ha realizado aún.

¿A qué se debe esta política de Marx? ¿No fue, acaso, un error?

Al principio, Marx creía que el movimiento que liberaría Irlanda era el movimiento obrero de la nación opresora, y no el movimiento nacional de la nación oprimida. Sabedor de que sólo la victoria de la clase obrera podrá traer la liberación completa de todas las naciones, Marx no hace de los movimientos nacionales algo absoluto. Es imposible tener en cuenta de antemano todas las correlaciones que puedan establecerse entre los movimientos burgueses de liberación de las naciones oprimidas y el movimiento proletario de emancipación de la nación opresora (precisamente esto es lo que hace tan difícil la cuestión nacional en la Rusia contemporánea).

Pero las cosas han ocurrido de manera que la clase obrera inglesa ha caído, por un período bastante largo, bajo la influencia de los liberales, yendo a la zaga de los mismos, decapitándose ella misma con una política obrera liberal. El movimiento burgués de liberación en Irlanda se ha

acentuado y ha adquirido formas revolucionarias. Marx revisa su opinión y la corrige. «Qué desgracia es para un pueblo el haber sojuzgado a otro». La clase obrera de Inglaterra no podrá liberarse mientras Irlanda no se libere del yugo inglés. La esclavización de Irlanda fortalece y nutre a la reacción en Inglaterra (¡igual que nutre a la reacción en Rusia el sojuzgamiento de una serie de naciones!).

Y Marx, al hacer aprobar en la Internacional una resolución de simpatía por «la nación irlandesa», por «el pueblo irlandés» (¡el inteligente L. VI. seguramente haría trizas al pobre Marx por haber olvidado la lucha de clase!), propugna la *separación* de Irlanda de Inglaterra, «aunque después de la separación se pueda llegar a una federación».

¿Cuáles son las premisas teóricas de esta conclusión de Marx? En Inglaterra hace ya mucho tiempo que, en general, se culminó la revolución burguesa. Pero no es el caso de Irlanda, donde las reformas de los liberales ingleses la están terminando ahora, medio siglo después. Si el capitalismo hubiese sido derribado en Inglaterra con la rapidez que esperaba Marx al principio, no habría lugar en Irlanda para un movimiento democrático-burgués del conjunto de la nación. Pero puesto que ha surgido, Marx aconseja a los obreros ingleses que lo apoyen, que le impriman un impulso revolucionario, que lo lleven a término en bien de *su* propia libertad.

En la década de los 60 del siglo pasado, las relaciones económicas entre Irlanda e Inglaterra eran, desde luego, más estrechas aún que las relaciones entre Rusia y Polonia, Ucrania, etc. Saltaba a la vista que la separación de Irlanda era «poco práctica», «irrealizable» (aunque sólo fuese por su situación geográfica y por el inmenso poderío colonial de Inglaterra). Aunque, en principio, enemigo del federalismo, Marx admite en este caso incluso la federación²⁹³ *con tal de que* la liberación de Irlanda

293. No es difícil ver, dicho sea de paso, por qué, desde el punto de vista socialdemócrata, no puede entenderse por derecho a la «autodeterminación» de las naciones *ni* la federación *ni* la autonomía (aunque, hablando en abstracto, ambas encajan en la categoría de «autodeterminación»). El derecho a la federación es, en general, un absurdo, ya que la federación es un contrato bilateral. Ni que decir tiene que los marxistas no pueden en modo alguno incluir en su programa la defensa del federalismo en general. En lo que respecta a la autonomía, los marxistas no defienden «el derecho a» la autonomía, sino la autonomía *misma*, como principio general y universal de un Estado democrático de composición nacional heterogénea, con marcadas diferencias en las condiciones geográficas y de otro tipo. Por eso, reconocer «el derecho de las naciones a la autonomía» sería tan absurdo como reconocer «el derecho de las naciones a la

no se haga por vía reformista, sino revolucionaria, por el movimiento de las masas populares irlandesas apoyadas por la clase obrera inglesa. No puede haber ninguna duda de que tal solución a ese problema histórico habría sido la más beneficiosa para los intereses del proletariado y para un rápido desarrollo social.

Pero las cosas sucedieron de otro modo. Tanto el pueblo irlandés como el proletariado inglés han resultado ser débiles. Sólo ahora, por miserables componendas entre los liberales ingleses y la burguesía irlandesa, *se resuelve* (el ejemplo del Ulster demuestra con cuánta dificultad) el problema irlandés con una reforma agraria (con rescate) y la autonomía (sin establecer aún). ¿Y qué? ¿Se debe acaso deducir de esto que Marx y Engels eran «utopistas», que presentaban reivindicaciones nacionales «irrealizables», que cedían a la influencia de los nacionalistas pequeño-burgueses irlandeses (no hay duda sobre el carácter pequeñoburgués del movimiento feniano), etc.?

No. Marx y Engels propugnaron, también en la cuestión irlandesa, una política consecuentemente proletaria, una política que educase de verdad a las masas en el espíritu de la democracia y del socialismo. Sólo esta política podía salvar, tanto a Irlanda como a Inglaterra, de diferir por medio siglo las transformaciones necesarias y de que los liberales las desfigurasen para complacencia de la reacción.

La política de Marx y Engels en el problema irlandés constituye un magnífico ejemplo de la actitud que debe mantener el proletariado de las naciones opresoras ante los movimientos nacionales, y este ejemplo ha conservado hasta hoy un valor *práctico* enorme: esta política es una advertencia contra la «precipitación lacayuna» con que los pequeños burgueses de todos los países, lenguas y colores se apresuran a declarar «utópica» la modificación de las fronteras de los Estados creados por las violencias y los privilegios de los terratenientes y de la burguesía de una nación.

Si los proletariados de Irlanda y de Inglaterra no hubiesen adoptado la política de Marx, si no hubiesen hecho suya la consigna de separación de Irlanda, ello habría sido el peor de los oportunismos por su parte, habría significado un olvido de las misiones de un demócrata y de un socialista, una concesión a la reacción y a la burguesía *inglesas*.

federación». [N. del a.]

9. El programa de 1903 y sus liquidadores

Las actas del congreso de 1903, que aprobó el programa de los marxistas de Rusia, son muy difíciles de encontrar, y la inmensa mayoría de los actuales militantes del movimiento obrero no conocen los motivos de los diversos puntos del programa (sobre todo dado que no todas las publicaciones que los tratan gozan del beneficio de la legalidad...). De aquí que sea necesario detenerse en el examen que se hizo en el congreso de 1903 de la cuestión que nos interesa.

Hagamos notar, ante todo, que, por pobre que sea la bibliografía socialdemócrata rusa sobre el «derecho de las naciones a la autodeterminación», sin embargo de ella resulta con toda claridad que ese derecho se ha interpretado siempre en el sentido de derecho a la separación. Los Semkovsky, los Libman y los Yurkévich, todos estos señores que lo ponen en duda, que declaran que el punto 9 es «poco claro», etc., sólo hablan de «falta de claridad» por ignorancia supina o por despreocupación. Ya en 1902, Plejánov, defendiendo en *Zariá* «el derecho a la autodeterminación» en el proyecto de programa, escribía que esta reivindicación, que no es obligatoria para los demócratas burgueses, «es obligatoria para los socialdemócratas».

Si nos olvidásemos de ella —escribía Plejánov— o si no nos decidiésemos a presentarla por temor a herir los prejuicios nacionales de nuestros compatriotas de la tribu rusa, el grito de combate de la socialdemocracia internacional —¡Proletarios de todos los países, uníos!— sonaría en nuestros labios como una vergonzosa mentira!²⁹⁴

Estas palabras caracterizan con mucho acierto el argumento fundamental a favor del punto analizado, con tanto acierto que no sin motivo las han pasado y las pasan temerosamente por alto los críticos de nuestro programa, que se olvidan de su parentesco.

Renunciar a este punto, sean cuales sean los motivos, significa *de hecho* una concesión «vergonzosa» al nacionalismo *ruso*. ¿Por qué ruso, cuando se habla del derecho de *todas* las naciones a la autodeterminación? Porque se trata de *separarse* de los rusos. El interés de la *unión de los proletarios*, el interés de su solidaridad de clase, exige que se reconozca el *derecho de las*

294. Plejánov: *Proyecto de programa del POSDR*, en *Zariá* n° 4, 1902.

naciones a la separación: eso es lo que hace doce años reconoció Plejánov en las palabras citadas; de reflexionar sobre ello, probablemente nuestros oportunistas no hubiesen dicho tantas tonterías sobre la autodeterminación.

En el congreso de 1903, donde se aprobó este proyecto de programa defendido por Plejánov, el trabajo principal se concentró en la *comisión del programa*. Es de lamentar que no se levantasen actas de ella. Precisamente tendrían especial interés en el punto que tratamos porque los representantes de los socialdemócratas polacos, Warszawski y Hanecki, *sólo* intentaron defender en la comisión sus puntos de vista e impugnar el «reconocimiento del derecho a la autodeterminación». El lector que hubiese deseado comparar sus argumentos (expuestos en el discurso de Warszawski y en la declaración del mismo y de Hanecki, pp. 134-136 y 388-390 de las actas) con los argumentos de Rosa Luxemburgo en el artículo polaco que hemos analizado vería la completa identidad de los argumentos.

Pero, ¿cuál fue la actitud de la comisión del programa del II Congreso, donde quien más habló contra los marxistas polacos fue Plejánov, ante esos argumentos? ¡Esos argumentos fueron ridiculizados con mordacidad! El absurdo de proponer a los marxistas de Rusia que excluyesen el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de las naciones quedó demostrado de manera tan clara y patente, que los marxistas polacos ¡¡no se atrevieron a repetir sus argumentos en la sesión plenaria del congreso!! Abandonaron el congreso, convencidos de lo desesperado de su postura ante la asamblea suprema de los marxistas tanto rusos como judíos, georgianos y armenios.

No hace falta decir que este episodio histórico tiene suma importancia para todo el que se interese en serio por *su propio* programa. El fracaso completo de los argumentos expuestos por los marxistas polacos en la comisión de programa del congreso, así como su renuncia al intento de defender sus opiniones ante el pleno, son hechos muy significativos. No en vano Rosa Luxemburgo pasó «modestamente» en silencio por este hecho en su artículo de 1908: ¡el recuerdo del congreso le resultaba, por lo visto, demasiado desagradable! Tampoco ha dicho nada de la propuesta, desafortunada hasta el ridículo, de «corregir» el punto 9 del programa, propuesta que Warszawski y Hanecki hicieron en 1903 en nombre de todos los marxistas polacos y que no se han decidido (ni se decidirán) a repetir ni Rosa Luxemburgo ni otros socialdemócratas polacos.

Pero si Rosa Luxemburgo, ocultando su derrota de 1903, ha guardado silencio sobre estos hechos, las personas que se interesan por la historia de su partido se preocuparán de conocerlos y de meditar sobre su significación.

Nosotros proponemos —escribían al congreso en 1903 los amigos de Rosa Luxemburgo, al retirarse del mismo— dar la siguiente redacción del punto 7 [ahora 9] del proyecto de programa: «nº 7: *Instituciones que garanticen la completa libertad de desarrollo cultural a todas las naciones que integran el Estado*» (p. 390 de las actas).

Así pues, los marxistas polacos formulaban entonces, en lo tocante a la cuestión nacional, opiniones tan poco definidas que, *en lugar* de autodeterminación, proponían, en el fondo, ¡nada menos que un sucedáneo de la famosa «autonomía cultural-nacional»!

Esto parece casi inverosímil, pero desgraciadamente es un hecho. En ese mismo congreso, aunque había cinco bundistas (con cinco votos) y tres caucasianos (con seis votos), sin contar a Kostrov (con voz pero sin voto), no hubo *ni uno solo* que votase a favor de la *supresión* del punto referente a la autodeterminación. Se emitieron tres votos a favor de añadir a este punto «la autonomía cultural-nacional» (según la fórmula del bundista Goldblat²⁹⁵: «creación de instituciones que garanticen a las naciones la completa libertad de desarrollo cultural») y cuatro a favor de la fórmula de Líber²⁹⁶ («derecho [de las naciones] a su libertad de desarrollo cultural»).

Ahora, cuando ha surgido un partido liberal ruso, el Partido Demócrata Constitucionalista, sabemos que la autodeterminación política de las naciones ha sido sustituida en *su* programa por la «autodeterminación cultural». Por consiguiente, los amigos polacos de Rosa Luxemburgo, «*al luchar*» contra el nacionalismo del PSP, ¡lo hacían tan bien, que proponían sustituir el programa marxista por un programa *liberal*! Y, por añadidura, al hacerlo acusaban de oportunismo a nuestro programa. ¡No es de extrañar, pues, que en la comisión del programa del II Congreso esta acusación fuese acogida sólo con risas!

295. Seudónimo de V. Médem. [N. del ed.]

296. *Mijail I. Líber* (Holdman) (1880-1937): Destacado dirigente del Bund. Liquidador en el período de reacción (1907-1910) que siguió al fracaso de la revolución rusa de 1905. Chovinista durante la Primera Guerra Mundial. [N. del ed.]

¿En qué sentido entendían la «autodeterminación» los delegados al II Congreso, de los cuales, según hemos visto, no hubo *ni uno solo* que estuviese en contra de la «autodeterminación de las naciones»?

Lo atestiguan los tres pasajes siguientes de las actas:

Martínov²⁹⁷ considera que no hay que dar a la palabra «autodeterminación» una interpretación amplia; sólo significa el derecho de una nación a separarse para formar una entidad política aparte, pero de ningún modo la autonomía regional (p. 171).

Martínov era miembro de la comisión del programa, en la que fueron refutados y ridiculizados los argumentos de los amigos de Rosa Luxemburgo. Por sus concepciones, Martínov era entonces economicista, adversario furibundo de *Iskra*, y si hubiese expresado una opinión no compartida por la mayoría de la comisión del programa, con toda seguridad habría sido refutado.

Goldblat fue el primero en tomar la palabra cuando, después del trabajo de la comisión, se discutió en el congreso el punto 8 (ahora 9) del programa:

Contra el «derecho a la autodeterminación» no puede objetarse nada. Cuando alguna nación lucha por su independencia, no podemos oponernos a ello. Si Polonia no quiere contraer matrimonio legal con Rusia, hay que dejarla en paz, según ha dicho el camarada Plejánov. Estoy de acuerdo con semejante opinión dentro de estos límites (pp. 175-176).

Plejánov no habló en absoluto sobre este punto en la sesión plenaria del congreso. Goldblat se refiere a unas palabras dichas por Plejánov en la comisión del programa, donde el «derecho a la autodeterminación» se explicó de forma detallada y popular en el sentido de derecho a la separación. Líber, que habló después de Goldblat, observó:

Claro está que, si alguna nación no puede vivir dentro de los confines de Rusia, el partido no le creará ningún obstáculo (p. 476).

297. *Alexander Martínov* (1865-1935): Portavoz de los economicistas en la polémica contra Lenin y el *Iskra*. [N. del ed.]

Como puede ver el lector, en el II Congreso del POSDR, que aprobó el programa, no hubo dos opiniones respecto a que la autodeterminación significaba «tan sólo» el derecho a la separación. Incluso los bundistas asimilaron entonces esta verdad, y sólo en nuestros tristes tiempos de contrarrevolución persistente y de toda clase de «abjuraciones» ha habido gente que, por ignorancia, se ha atrevido a declarar que el programa es «poco claro». Pero antes de dedicar tiempo a estos tristes «socialdemócratas» de pacotilla, terminemos de hablar de la actitud de los polacos ante el programa.

Los polacos vinieron al II Congreso (1903) declarando que era imprescindible y urgente la unificación. Pero lo abandonaron tras sufrir «reveses» en la comisión del programa, y su última palabra fue una declaración escrita, en la que se hacía la citada propuesta de *sustituir* la autodeterminación por la autonomía cultural-nacional, tal y como figura en las actas del congreso.

En 1906, los marxistas polacos ingresaron en el partido, pero ¡¡ni en ingresar en él ni después (ni en el congreso de 1907, ni en las conferencias de 1907 y 1908 ni en el pleno de 1910) *presentaron nunca* propuesta alguna de modificación del punto 9 del programa ruso!!

Esto es un hecho.

Y este hecho evidencia que, a pesar de todas las frases y aseveraciones, los amigos de Rosa Luxemburgo consideraron concluidos los debates de la comisión del programa del II Congreso y definitiva la resolución del mismo, que reconocieron tácitamente su error y que lo corrigieron cuando, tras abandonar el congreso en 1903, ingresaron en 1906 en el partido sin intentar ni una sola vez plantear, a través de los cauces *del partido*, la revisión del punto 9.

El artículo de Rosa Luxemburgo fue publicado con su firma en 1908 —desde luego, a nadie se le ocurrió jamás negar a las plumas del partido el derecho a criticar el programa—, y *después* de ese artículo tampoco hubo ni un solo organismo oficial de los marxistas polacos que plantease la revisión del punto 9.

Por esta razón, Trotsky presta en verdad un flaco servicio a ciertos admiradores de Rosa Luxemburgo cuando, en nombre de la redacción del *Borbá*, escribe en el número 2 (marzo de 1914):

Los marxistas polacos consideran que el «derecho a la autodeterminación nacional» carece en absoluto de contenido político y debe ser suprimido del programa (p. 25).

¡Trotsky obsequioso, enemigo peligroso! En ninguna parte, si no es en «conversaciones particulares» (es decir, sencillamente en chismes, de los que siempre vive Trotsky), *ha podido* encontrar pruebas para incluir a los «marxistas polacos» en general entre los partidarios de cada artículo de Rosa Luxemburgo. Trotsky ha presentado a los «marxistas polacos» como gentes sin honor y sin vergüenza, que no saben siquiera respetar sus convicciones ni el programa de su partido. ¡Trotsky obsequioso!

Cuando en 1903 los representantes de los marxistas polacos se retiraron del II Congreso a *causa* del derecho a la autodeterminación, Trotsky pudo haber dicho en aquel *entonces* que ellos consideraban este derecho falto de contenido y que debía suprimirse del programa.

Pero, después de eso, los marxistas polacos *ingresaron* en el partido que tenía tal programa y ni una sola vez propusieron revisarlo²⁹⁸.

¿Por qué ha silenciado Trotsky estos hechos a los lectores de su revista? Sólo porque le conviene especular, instigando las divergencias entre adversarios polacos y rusos del liquidacionismo, y engañar a los obreros rusos respecto al programa.

Trotsky jamás ha tenido una opinión firme en un solo problema serio del marxismo, siempre «se ha metido por la rendija» de tales o cuales divergencias, pasándose de un bando a otro. En estos momentos se halla en compañía de bundistas y liquidadores. Y estos señores no tienen muchos miramientos con el partido.

Vean lo que dice el bundista Libman:

Cuando la socialdemocracia de Rusia —escribe este caballero— incluyó hace quince años en su programa el punto sobre el derecho de cada nación a la «autodeterminación», todo el mundo [!!] se preguntaba: ¿qué

298. Se nos comunica que, en la reunión celebrada por los marxistas de Rusia en el verano de 1913, los marxistas polacos participaron *tan sólo* con voz, pero sin voto, y que, en lo tocante al derecho a la autodeterminación (a la separación), no votaron en absoluto, manifestándose en contra de tal derecho en general. Por supuesto, tenían pleno derecho a proceder así y a desarrollar como antes su agitación en Polonia contra su separación. Pero esto no se parece mucho a lo que dice Trotsky, pues los marxistas polacos no exigían que se suprimiese del programa el punto 9. [N. del a.]

quiere decir realmente esta locución en boga [!!]? No hubo respuesta a esta pregunta [!]. El sentido de esta palabra quedó [!] envuelto en bruma. En realidad, entonces era difícil disipar esa bruma. Todavía no ha llegado el momento en que pueda concretarse este punto, se decía entonces; que siga por ahora envuelto en bruma [!], y la propia vida dirá qué contenido debe dársele.

¿Verdad que es magnífico este «niño sin calzones»²⁹⁹ que se burla del programa del partido?

¿Y por qué se burla?

Sólo porque es un ignorante supino que no ha estudiado nada, que ni siquiera ha leído algo sobre la historia del partido, sino que ha caído sencillamente en medio de los liquidadores, donde «es costumbre» andar desnudo en el problema del partido y del partidismo.

En una obra de Pomialovski, un seminarista se vanagloria de «haber escupido en una tina con col»³⁰⁰. Los señores bundistas han ido más lejos. Hacen salir a los Libman para que escupan públicamente en su propia tina. ¿Que ha habido una resolución del congreso internacional, que en el congreso de su propio partido dos representantes de su propio Bund han revelado (¡con lo «severos» críticos y enemigos decididos del *Iskra* que eran!) su completa capacidad para comprender el sentido de la «autodeterminación» e incluso se mostraron conformes con ella? ¿Qué importa todo esto a los Libman? ¿No será más fácil liquidar el partido si los «publicistas del partido» (¡bromas aparte!) tratan a lo seminarista la historia y el programa del partido?

He aquí al segundo «niño sin calzones», al señor Yurkévich, del *Dzvin*, quien probablemente ha tenido en sus manos las actas del II Congreso, ya que cita las palabras de Plejánov, reproducidas por Goldblat, y demuestra saber que la autodeterminación sólo puede significar el derecho a la separación. Pero esto no le impide difundir entre la pequeña burguesía ucraniana, contra los marxistas rusos, la calumnia de que estos están por la «integridad estatal» de Rusia (1913, nº 7-8, p. 83 y otras). Naturalmente, los Yurkévich no podían inventar mejor medio que esta calumnia para alejar a la democracia ucraniana de la democracia rusa. ¡Y un alejamiento

299. La frase está tomada de la obra de Saltykov-Schedrín *En el extranjero*. [N. del ed.]

300. Se trata de Relatos del seminario, donde el escritor ruso Nikolái Pomialovski (1835-1863) describe la vida en los seminarios. [N. del ed.]

tal está conforme con toda la política del grupo de colaboradores del *Dziin*, que preconizan la *separación* de los obreros ucranianos en una organización nacional *aparte*.³⁰¹

Al grupo de pequeños burgueses nacionalistas que dividen al proletariado —este es precisamente el papel objetivo del *Dziin*— le viene que ni pintado, como es natural, propagar el más impúdico embrollo sobre la cuestión nacional. Es fácil comprender que los Yurkévich y los Libman —que se ofenden «terriblemente» cuando se dice de ellos que «están situados a un lado del partido»— no hayan dicho nada, ni una sola palabra, de cómo hubiesen querido resolver ellos en el programa la cuestión del derecho a la separación.

He aquí al tercer y principal «niño sin calzones», al señor Semkovsky, que en las páginas del periódico de los liquidadores denigra ante el público ruso el punto 9 del programa y declara a la vez que, ¡¡«por ciertas razones, no comparte la propuesta» de excluir este punto!!

Es inverosímil, pero es un hecho.

En agosto de 1912, la conferencia de los liquidadores plantea oficialmente la cuestión nacional. En año y medio no hubo ni un solo artículo sobre el punto 9, a excepción del de Semkovsky. ¡Y en ese artículo el autor *refuta* el programa, «no compartiendo, por *ciertas* razones» (¿una enfermedad secreta, o qué?), la propuesta de corregirlo!! Puede garantizarse que en todo el mundo no se encontrarán fácilmente ejemplos de semejante oportunismo, y aún peor que oportunismo, de abjuración del partido, de liquidación del mismo.

Un ejemplo bastará para mostrar cuáles son los argumentos de Semkovsky:

¿Qué hacer —escribe— si el proletariado polaco quiere luchar conjuntamente con todo el proletariado de Rusia dentro de un solo Estado, pero las clases reaccionarias de la sociedad polaca que, por el contrario, quieren separar a Polonia de Rusia obtuvieran en un referéndum la mayoría de votos a favor de ello? ¿Deberíamos los socialdemócratas rusos votar en el parlamento central con nuestros camaradas polacos

301. Véase especialmente el prólogo de Yurkévich al libro de Levinsky (escrito en ucraniano) *Resumen del desarrollo del movimiento obrero ucraniano en Galitzia*, Kiev, 1914. [N. del a.]

contra la separación o votar *a favor* de ella para no violar «el derecho a la autodeterminación»? (*Nóvaya Rabóchaya Gazeta*, n° 71).

¡De lo que puede deducirse que Semkovsky ni siquiera comprende *de qué se trata!* No ha pensado que el derecho a la separación supone precisamente que el problema *no* lo resuelve el parlamento central, sino únicamente el parlamento (Dieta, referéndum, etc.) de la región *que se separa*.

¡Con la pueril perplejidad del «cómo debe procederse» si en una democracia la mayoría está por la reacción, se vela un problema de política real, verdadera, viva, cuando *tanto* los Purishkévich *como* los Kokoshkin consideran que hasta la mera idea de la separación es un crimen! ¡¡Probablemente los proletarios de *toda* Rusia no deben luchar hoy contra los Purishkévich y los Kokoshkin, sino prescindir de ellos y luchar contra las clases reaccionarias de Polonia!!

Y semejantes absurdos inconcebibles se escriben en el órgano de los liquidadores, uno de cuyos dirigentes ideológicos es el señor Márto, el mismo Márto que redactó el proyecto de programa y lo defendió en 1903 y que más tarde incluso escribió en defensa de la libertad de separación. Por lo visto, Márto razona ahora según la regla:

*Allí no hace falta un inteligente;
manden ustedes a Read,
y yo veré.*³⁰²

¡Márto manda a Read-Semkovsky y permite que en un diario se tergiverse y embrolle sin fin nuestro programa ante nuevos grupos de lectores que lo desconocen!

Sí, sí, el liquidacionismo ha llegado lejos: entre muchísimos de los exsocialdemócratas, e incluso entre los destacados, no ha quedado ni rastro de espíritu de partido.

Claro está que no se puede comparar a Rosa Luxemburgo con los Libman, los Yurkévich y los Semkovsky, pero el hecho de que precisamente tales gentes se hayan aferrado a su error demuestra con singular evidencia en qué oportunismo ha caído ella.

302. Lenin cita la letra de una canción de los soldados de Sebastopol, escrita por León Tólstói, que habla de la fracasada operación de las tropas rusas en el riachuelo Chernaya, el 4 de agosto de 1855, durante la guerra de Crimea. El general Read mandaba dos divisiones. [N. del ed.]

10. Conclusión

Hagamos balance. Desde el punto de vista de la teoría marxista en general, el problema del derecho a la autodeterminación no presenta dificultades. No se puede hablar en serio de poner en duda el acuerdo de Londres de 1896, ni que por autodeterminación se entiende únicamente el derecho a la separación, ni que la formación de Estados nacionales independientes es una tendencia de todas las revoluciones democrático-burguesas.

Hasta cierto punto, la dificultad la crea el hecho de que en Rusia luchan y deben luchar juntos el proletariado de las naciones oprimidas y el proletariado de la nación opresora. La tarea consiste en salvaguardar la unidad de la lucha de clase del proletariado por el socialismo, repeler todas las influencias burguesas y centurionegristas del nacionalismo. Entre las naciones oprimidas, la separación del proletariado en un partido independiente conduce a veces a una lucha tan encarnizada contra el nacionalismo de dichas naciones, que se pierde la perspectiva y se olvida el nacionalismo de la nación opresora.

Pero esta pérdida de la perspectiva es posible tan sólo durante corto tiempo. La experiencia de la lucha conjunta de los proletarios de naciones diferentes prueba con demasiada claridad que debemos plantear los problemas políticos desde el punto de vista de toda Rusia, y no desde el punto de vista «de Cracovia». Mientras tanto, en la política de toda Rusia dominan los Purishkévich y los Kokoshkin.

Predominan sus ideas, y la persecución de los habitantes alógenos por «separatismo», por *pensar* en la separación, es predicada y llevada a la práctica en la Duma, en las escuelas, en las iglesias, en los cuarteles, en centenares y miles de periódicos. Todo el clima político de Rusia entera está emponzoñado del veneno de este nacionalismo ruso. La desgracia del pueblo consiste en que, al esclavizar a otros pueblos, afianza la reacción en toda Rusia. Los recuerdos de 1849 y 1863 constituyen una tradición política viva que, si no se producen tempestades de proporciones muy grandes, amenazará durante largos decenios con dificultar todo movimiento democrático y, *sobre todo*, socialdemócrata.

No puede caber duda de que, por natural que parezca a veces el punto de vista de algunos marxistas de las naciones oprimidas (cuya *desgracia* consiste a veces en que las masas de la población quedan deslumbradas por la idea de *su* liberación nacional), *en la práctica*, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas objetiva entre las clases en Rusia, la renuncia a

defender el derecho a la autodeterminación equivale al peor oportunismo, a contagiar al proletariado las ideas de los Kokoshkin. Y estas ideas son, en el fondo, las ideas y la política de los Purishkévich.

Por eso, si el punto de vista de Rosa Luxemburgo podía justificarse al principio como estrechez específica polaca, «de Cracovia»³⁰³, ahora, cuando en todas partes se ha acentuado el nacionalismo y, sobre todo, el nacionalismo gubernamental ruso, cuando es *este nacionalismo* el que dirige la política, semejante estrechez es ya imperdonable. En la práctica se aferran a ella los oportunistas de *todas* las naciones (temerosos ante la idea de «tempestades» y «saltos»), que consideran terminada la revolución democrático-burguesa y van a la zaga del liberalismo de los Kokoshkin.

El nacionalismo ruso, como todo nacionalismo, pasa por distintas fases, según qué clases predominen en el país burgués. Hasta 1905, casi no conocimos más que a nacional-reaccionarios. Después de la revolución, han surgido en nuestro país *nacional-liberales*.

Esta es la posición que ocupan de hecho en nuestro país tanto los octubristas como los kadetes (Kokoshkin), es decir, toda la burguesía contemporánea.

En lo sucesivo *es inevitable* que surjan nacional-demócratas rusos. Peshejónov, uno de los fundadores del Partido «Socialista Popular», ha expresado ya este punto de vista cuando exhortaba (en el fascículo de agosto de 1906 de *Rússkoye Bogatstvo*) a proceder con prudencia respecto a los prejuicios nacionalistas del *mujik*. Por mucho que se nos calumnie a los bolcheviques, pretendiendo que «idealizamos» al *mujik*, nosotros siempre hemos distinguido y distinguiremos rigurosamente entre el juicio del *mujik* y el prejuicio del *mujik*, entre el espíritu democrático del *mujik* contra Purishkévich y la tendencia del *mujik* a transigir con el pope y el terrateniente.

La democracia proletaria debe tener en cuenta ya ahora el nacionalismo de los campesinos rusos (no en el sentido de concesiones, sino en el sentido de lucha), y probablemente lo tendrá en cuenta durante un período

303. No es difícil comprender que el hecho de que los marxistas *de toda Rusia* y, en primer lugar, los rusos, reconozcan el *derecho* de las naciones a la separación no descarta en lo más mínimo la *agitación* contra la separación por parte de los marxistas de esta o aquella nación *oprimida*, del mismo modo que reconocer el derecho al divorcio no descarta la *agitación* contra el divorcio en este o aquel caso. Por eso creemos que inevitablemente aumentará el número de marxistas polacos que se reirán de la inexistente «contradicción» que ahora «atizan» Semkovsky y Trotsky. [N. del a.]

bastante prolongado³⁰⁴. El despertar del nacionalismo en las naciones oprimidas, que se ha mostrado con tanta fuerza después de 1905 (recordemos aunque sólo sea el grupo de «autonomistas-federalistas» de la primera Duma, el ascenso del movimiento ucraniano, el del movimiento musulmán, etc.), provocará inevitablemente un recrudecimiento del nacionalismo de la pequeña burguesía rusa en la ciudad y en el campo. Cuanto más lenta sea la transformación democrática de Rusia, tanto más empeñados, rudos y encarnizados serán el hostigamiento nacional y las discordias entre la burguesía de las diversas naciones. El singular espíritu reaccionario de los Purishkévich rusos engendrará (e intensificará) a la vez tendencias «separatistas» en tales o cuales naciones oprimidas, que a veces gozan de una libertad mucho mayor en los Estados vecinos.

Semejante estado de cosas plantea al proletariado de Rusia una tarea doble, o mejor dicho, bilateral: luchar contra todo nacionalismo y, en primer lugar, contra el nacionalismo ruso; reconocer no sólo la completa igualdad de derechos de todas las naciones en general, sino también la igualdad de derechos respecto a la edificación estatal, es decir, el derecho de las naciones a la autodeterminación, a la separación; y, al mismo tiempo y precisamente en interés del éxito en la lucha contra toda clase de nacionalismos de todas las naciones, propugnar la unidad de la lucha del proletariado y de las organizaciones proletarias, su más íntima fusión en una comunidad internacional, a despecho de las tendencias burguesas al aislamiento nacional.

Completa igualdad de derechos de las naciones, derecho de autodeterminación de las naciones, fusión de los obreros de todas las naciones;

304. Sería interesante seguir el proceso de modificación, por ejemplo, del nacionalismo en Polonia, pasando de nacionalismo aristocrático a nacionalismo burgués y después a nacionalismo campesino. Ludwig Bernhard, en su libro *Los polacos en Prusia* (hay una traducción rusa), colocándose él mismo en el punto de vista de un Kokoshkin alemán, describe un fenómeno extraordinariamente característico: la formación de una especie de «república campesina» de polacos en Alemania, en forma de estrecha agrupación de toda clase de cooperativas y demás uniones de campesinos *polacos* en lucha por la nación, por la religión, por la tierra «polaca». El yugo alemán ha agrupado a los polacos, les ha hecho replegarse sobre sí mismos, despertando el nacionalismo, al principio, en la aristocracia, después en los burgueses y, por último, en las masas campesinas (sobre todo después de que los alemanes iniciaran en 1873 una campaña contra el idioma polaco en las escuelas). Hacia eso mismo van las cosas en Rusia, y no sólo por lo que se refiere a Polonia. [N. del a.]

tal es el programa nacional que enseña a los obreros el marxismo, que enseña la experiencia del mundo entero y la experiencia de Rusia.

* * *

El presente artículo estaba ya preparado cuando he recibido el número 3 de *Nasha Rabóchaya Gazeta*, donde V. Kosovski³⁰⁵ escribe sobre el reconocimiento del derecho a la autodeterminación para todas las naciones:

Mecánicamente trasladado de la resolución del I Congreso del partido (1898), que a su vez lo tomó de los acuerdos de los congresos socialistas internacionales, este derecho, según puede verse por los debates, era interpretado por el congreso de 1903 en el mismo sentido que le daba la Segunda Internacional: en el sentido de la autodeterminación política, es decir, de la autodeterminación de la nación hacia la independencia política. De este modo, la fórmula de autodeterminación nacional, que significa el derecho a la separación territorial, no atañe para nada al problema de cómo regular las relaciones nacionales dentro de un organismo estatal determinado para las naciones que no puedan o no quieran salir del Estado existente.

De lo que se infiere que Kosovski ha tenido en las manos las actas del II Congreso de 1903 y conoce perfectamente el verdadero (y único) sentido del concepto de autodeterminación. ¡¡Comparen esto con el hecho de que la redacción del periódico bundista *Zvit* suelte a Libman para que se mofe del programa y le impute falta de claridad!! Extraños hábitos «de partido» tienen los señores bundistas... Sólo «Alá sabe» por qué Kosovski declara que la aceptación de la autodeterminación por el congreso es un traslado *mecánico*. Hay gentes que «quieren hacer objeciones», pero no ven el fondo del asunto, no saben cuáles, ni cómo, ni por qué, ni para qué hacerlas.

305. Seudónimo de Muska Y. Levinsón (1870-1941), uno de los líderes del Bund. [N. del ed.]

COLECCIÓN DEBATE

ROLANDO ASTARITA Y MAXIMILIANO RODRÍGUEZ

Crítica del Programa de Transición

VARIOS AUTORES

Estado y Capital. Debate acerca del rol de los
comunistas frente a las instituciones

¡Encuentra estos libros y más en
www.largamarchaeditorial.cl!

NOTA:

Si encuentras erratas o deseas compartir tus comentarios sobre esta edición, no dudes en escribirnos a nuestro correo electrónico.

Cada aporte nos ayuda a corregir y perfeccionar futuras impresiones, de modo que las próximas lectoras y lectores reciban el libro en mejores condiciones.

editorial.largamarcha@gmail.com

